



J. A. RIOS

ISABELLA

LA NANA DE DULCE
MUERTE

ISABELLA
LA NANA DE DULCE MUERTE

De J. A. Ríos

© 2016 J. A. Ríos

Todos los derechos reservados

Depósito legal: PM-225-19

Publicación independiente

Autor: J. A. Ríos

Maqueta: J. A. Ríos

Diseño portada: Sol Taylor

Revisión – Edición: Marisa Mestre

*«Hasta la sombra más oscura
cuenta con una luz que la proyecta»*



Capítulo 1

Más sombras que luces

Las húmedas y viejas paredes de aquel edificio custodiaban miles de declaraciones. Sara lloraba desconsolada mientras los agentes de policía de la comisaría central de Málaga seguían interrogando de forma agresiva.

—¡Vamos! Tenemos pruebas suficientes, su marido ya ha confesado.

—¡Noooo! —gritó desgarrada mientras los agentes se miraban desconcertados.

—Su marido nos dijo que fue un accidente, usted aún no ha dicho nada y llevamos aquí dos horas. El tiempo corre en su contra, tenemos una orden judicial para registrar su casa y todo apunta a que, fuera lo que fuese lo que allí pasó, ustedes mataron a su hija.

—¡No era mi hija! —gritó Sara de nuevo—. Mi hija murió hace años —hablaba entre sollozos.

—Sabemos que Isabella no era su hija biológica, que contrató un vientre de alquiler en Brasil, práctica no muy legal, por cierto...

—No lo entiende, mi hija no es la que han encontrado, ella hace tiempo que se fue —dijo esta vez bajando la voz y mirando a los lados con ojos dementes y gesto desencajado.

En el mismo momento de acabar la frase, volvió a gritar como una demente desesperada que no era su hija. Los agentes tuvieron que reducirla por su violencia y llamar al servicio sanitario por si ocurría algo. Se encontraban en un centro en el que trataban los casos de violencia extrema; por lo general los acusados intentaban con frecuencia suicidarse o autolesionarse, por eso siempre contaban con asistencia sanitaria.

Habían pasado casi diez horas desde la detención de Sara y Tomás por el asesinato de su única hija, Isabella, en circunstancias bastante extrañas.

Sara era una mujer muy guapa y bastante culta, de complexión atlética, con los brazos definidos y de piel clara. Tenía el pelo rojo enmarañado, ojos verdes y cansados y con bolsas bajo ellos, tan moradas, que se veían

ensangrentadas.

Su gesto cambió en pocos segundos. Al fin obtuvo lo deseado: una potente dosis de tranquilizante que la dejó con la mirada perdida hacia el frente como si los sanitarios y los agentes fueran transparentes. Todos vieron claramente cómo sus pupilas cambiaban por la reacción del medicamento. Llevaba un buen rato en silencio e inmóvil, se limitaba a sonreír cuando le preguntaban o se dirigían a ella. Los agentes estaban hablando de cuál sería el próximo paso a seguir cuando, de repente, empezó a balancearse de izquierda a derecha como un péndulo, tarareando una tétrica canción que parecía una nana. Les fue fácil identificar que era portugués, una melancólica melodía infantil en voz susurrada y débil, pero macabra. La única mujer policía en la sala sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo; fue como una descarga que, más que asustarla, la repugnó.

Le pareció horrible que aquella madre estuviera cantando tranquilamente tras haber matado o, por lo menos, haber participado activamente en el asesinato de su hija, una menor de trece años con un talento natural para la música, la danza y cualquier cosa en la que ponía sus ganas. Era la hija que cualquier padre querría tener: ejemplar, educada y culta, con una inteligencia por encima de la media de su edad.

Cuando encontraron el cuerpo, este presentaba múltiples lesiones, intoxicación por tranquilizantes, marcas en los brazos de haber sido agarrada mientras alguien la estrangulaba. Lo que más sorprendió a los agentes que la encontraron en aquella cuneta fue ver que había sido salvajemente destripada, pero colocada con sumo cuidado en el suelo.

—Sara, ¿es cierto que mientras usted agarraba a su hija, sedada por los tranquilizantes, su marido la ahogó hasta que murió antes de destriparla?

—Usted no lo entiende, no tiene hijos —respondió mirando su vientre—. Yo no maté a mi hija, mi hija murió hace tiempo —dijo antes de volver a tararear la tétrica canción mirando de nuevo al infinito, dejándose llevar por aquella interpretación macabra.

—Mire, Sara, hay pruebas más que suficientes para acusarlos de un asesinato premeditado y con alevosía. La cuestión, para que yo pueda dormir esta noche después de dos días es: ¿Por qué lo hicieron? Isabella tocaba el piano, estaba en el conservatorio de danza, participó en aquel *talent show* hace un par de años... ¡La noticia ha conmocionado a la opinión pública! ¿Qué opina, Sara? ¿Qué le parece que todos piensen que son los asesinos de una pobre niña indefensa?

La agente trataba de que la acusada se derrumbara, que declarara por ella misma el crimen para evitar el largo proceso de investigación de un caso que a ninguna comisaría de policía le gustaría tener en sus archivos. Sara seguía meciéndose de lado a lado como si nada.

En ese mismo momento en la casa familiar se terminaba el registro del domicilio, hasta entonces custodiado por la policía desde la detención. Cuando el padre declaró pudieron pedir la orden de registro al juez, que la emitió en el acto. La casa, situada en uno de los mejores barrios de la capital, estaba ordenada y parecía haber sido limpiada recientemente.

Casi todos miraban con curiosidad los cuatrocientos metros cuadrados de parcela. Aquella familia era conocida, algo mediática desde la aparición en público de Isabella. Dejó a todos impactados con su forma de tocar el piano. Su aparición se hizo famosa cuando el jurado le preguntó cómo se llamaba la pieza que había tocado. Ella respondió que no se acordaba y esto hizo que el público se riera y sintiera una enorme empatía por aquella pequeña. El jurado preguntó de nuevo pidiéndole que hiciera un esfuerzo, creyendo que eran los nervios, pero la pequeña respondió que no se acordaba de haber tocado nada. Esto dejó en silencio al plató que al instante acabó con una ovación para arropar a la joven artista en aquel momento tan tenso. La niña se empezó a asustar y la tuvieron que sacar del escenario bastante desconcertada.

Emitieron el vídeo en las noticias y se convirtió en viral en internet en muy poco tiempo. Los titulares decían: «Niña con impresionante talento tiene un lapso de memoria en directo». Aunque ella no volvió a participar, la repercusión mediática casi la hizo ganadora.

Los agentes siguieron con el registro; uno de ellos se paró frente a una foto sobre la chimenea que parecía tomada en aquel momento en el plató y la añadió al archivo de pruebas. Todas las demás fotos que tenían en la casa eran de cuando era mucho más pequeña, cosa que extrañó al policía.

Los agentes se miraban según investigaban las distintas habitaciones. Hablaban lo justo entre ellos y se afanaban en recabar toda información importante. Era un gran equipo, con muchos años de experiencia, lo que hacía que prestaran especial atención al lugar en cuestión, ya que, donde encontraron a Isabella, no habían hallado nada importante.

En el registro encontraron tres ordenadores: uno en la habitación de la pequeña, otro en el despacho del padre y un tercero, el de la madre, que aún estaba encendido y sin ningún tipo de clave. Se veía el típico salvapantallas con un símbolo rebotando en todas direcciones en una coreografía infinita.

Instintivamente y por inercia, el agente movió el ratón y se encendió la pantalla mostrando la última consulta que habían realizado. Era un libro, al parecer sobre santería. En la página en la que se encontraba, se leía sobre cómo alejar envidias y malas energías. El ordenador portátil aún tenía batería por lo que el agente decidió dejarlo tal cual para que lo revisaran. Lo cerró y lo puso junto con el resto de las pruebas recabadas hasta el momento.

En la habitación de Isabella, además de medallas, trofeos de gimnasia y certámenes musicales, encontraron un armario lleno de partituras. Uno de los agentes del registro, había ido al conservatorio y le pareció curioso que aquella pequeña tuviera tantas composiciones perfectamente ordenadas y aparentemente estudiadas. Sabía que hacían falta años de estudio para poder ejecutar bien una sola obra y allí había más de un clásico escondido y alguna composición creada por la propia Isabella.

Al lado del escritorio se encontraron un piano eléctrico con la última partitura que allí se tocó aún montada. ¿Por qué unos padres que iban a asesinar a su hija parecían apoyar todas sus aficiones y gustos? Aparentemente era la casa de una familia acomodada y feliz. Había ropa doblada a los pies de la cama y la habitación estaba dispuesta como para recibir a la chica a la llegada de clase. En el armario había un cajón con llave. Tras forzarlo encontraron ropa interior que no parecía de una niña de su edad. También había una foto reciente de Isabella, posando con otra menor en actitudes adultas. El agente se preguntó quién habría tomado aquella foto. Podría ser prueba de un delito sexual por parte de su padre y el intento de taparlo de su madre, así que lo puso con las pruebas importantes, pensando que aquel caso cada vez se volvía más oscuro y difícil de tratar.

Se percataron de que la puerta tenía marcas de haber tenido un pestillo por dentro, a una altura muy baja, como para que una niña pequeña lo pudiera usar. Hicieron fotos de las marcas y dieron por acabado el minucioso registro de la habitación de Isabella.

Subieron a la habitación del matrimonio en la planta superior. Los agentes observaron atónitos a su alrededor, estaban ante una especie de búnker, como una de esas habitaciones del pánico. Parecía bastante raro verlo en Málaga. Se miraron y negaron entre ellos con gesto de incredulidad. Lo primero en lo que se fijaron fue en que por dentro también se podía cerrar. Era demencial tanta seguridad, después de todo no eran multimillonarios, solo una familia de clase media con bastantes recursos.

La enorme habitación tenía una caja fuerte oculta, tras un cuadro. Un

curioso lienzo que representaba, precisamente, una caja fuerte. Estaba abierta, como si se hubiera dejado así aposta, solo había que girar la palanca de apertura. Dentro, además de algunas joyas, encontraron una bolsa con trozos de cuerda, un metrónomo ensangrentado envuelto en un paño y los pasaportes de la familia, en los cuales constaba alguna que otra visita a Brasil.

El registro concluyó sin más hallazgos relevantes. Antes de que abandonaran la casa, uno de los agentes responsables fue informado de que el padre de Isabella acababa de sufrir un infarto durante el interrogatorio.

Tomás caía al suelo con la mano en el pecho y retorciéndose de dolor mientras en otra sala, en la planta baja, Sara gritaba desconsolada el nombre de su marido.

—¡Hija de puta! ¿Por qué no me matas a mí también? ¡Mátame! ¡Acaba con esta mierda de una vez! —La agente la miró sorprendida creyendo que se dirigía a ella, aunque miraba hacia arriba como si pudiera ver a través del techo.

—Pero..., ¿qué dice, Sara? ¿A quién le habla? —preguntó frunciendo el ceño, mientras Sara seguía gritando el nombre de su marido y diciendo que la matara a ella también.

—¡Tomás, al final lo ha conseguido! ¡Isabella nos ha destrozado la vida! ¡Maldita seas, Isabella!

Se hizo un silencio en la sala. A los pocos segundos el comisario entró y pidió a los agentes que salieran un momento para explicarles el repentino revés del caso.

—¿Quién le ha dicho a la acusada que su marido ha muerto? No he dado tal orden —los agentes se miraron extrañados.

—Ha sido ella la que se ha puesto a gritar como loca, aquí no sabíamos nada. No sé..., ¿no habrá tomado algo el acusado? Podrían tenerlo preparado —contestó la agente aún asombrada.

—Imposible. He presenciado el interrogatorio del padre en todo momento. Lola, a partir de ahora tú te harás cargo de lo que queda. Creo que puedes empatizar con ella.

Este quería que Lola diera por cerrado el caso que parecía tener un final claro. Tenían la declaración del padre, en la que contó con todo detalle cómo realizaron el asesinato y cómo su mujer agarraba a Isabella, mientras él la ahorcaba. El comisario recordó cómo aquel hombre lloraba mientras decía que estaba cansado y que ya era suficiente. Se culpó de todo, diciendo que fue por su egoísmo de ser padre, que le habían advertido y que tenía que haberlo

hecho antes.

Le pidió a la agente que se diera toda la prisa posible, solo disponían de una hora antes de que se celebrara el juicio y, si no tenían otra confesión clara por parte de la madre, la podían declarar demente e internarla en un centro psiquiátrico bajo vigilancia. Los agentes sabían que era tan culpable como su marido, pero en el estado en el que se encontraba y siendo adicta a medicamentos antidepresivos, sedantes y ansiolíticos, era más probable que acabara en un psiquiátrico que en la cárcel.

Nadie quería tener un caso como aquel, tan oscuro y que daría a la prensa suficiente carnaza como para montar miles de teorías y conspiraciones. Si se filtraba que la madre era aficionada a la santería y rituales esotéricos, sería un magnífico catalizador para crear incógnitas en un asunto que ya era bastante complicado de por sí.

Lola Blumer, o la agente Blum, como la conocían en el cuerpo, llevaba un año en homicidios y seis como agente de policía. Se dedicaba plenamente a su trabajo y nunca dejaba que su vida personal se mezclara con su vida laboral o, por lo menos, lo intentaba. Gracias a su destreza en varios casos importantes, había demostrado con creces que estaba preparada para el puesto de comisaria para el que estaba postulando.

Lola le pidió a su jefe entrar sola en la sala.

—No estás bien de la cabeza. ¿Pretendes que te deje sola con una asesina demente? Si te agrade nos la cargamos todos y lo sabes.

—Sé que puedo sacarle más información. Hay algo detrás de esta historia que no encaja bien.

—Razón de más para que no te deje, no quiero que indagues más en esta mierda. Está bastante claro, joder, el caso está prácticamente cerrado, Lola. No me sirve de nada darte el sermón... ¡Y vosotros, qué estáis mirando! —dijo al resto que le escuchaban bajando la vista—. Lola, tenéis media hora para sacarle información, haz lo que sea necesario y cierra de una vez el caso —terminó mirando de nuevo a los cuatro agentes del actual equipo de la agente Blum.

—Gracias, Millán..., eh... comisario. Acabaré lo antes posible —contestó con una gran sonrisa que pronto se borraría de su cara.



Capítulo 2

Un recuerdo rebobinado

Lola entró en la sala de interrogatorios y, antes de que pudiera poner la mano en el pomo, la puerta se cerró violentamente. Sara clavó su mirada en ella.

—¿Todo bien? —preguntaron sus compañeros al otro lado de la puerta.

—Sí, sí... ha sido solo una corriente —contestó apresurada por el sobresalto al sentir el fuerte tirón.

Se dio la vuelta cogiendo aire para componerse y se quedó helada al ver a Sara mirándola. Sentía que aquella mirada la traspasaba como si pretendiera meterse en su cabeza. A los pocos segundos oyó una voz clara:

—¿De verdad quieres saber? —Se quedó parada, con la sensación de que no podía mover ni un solo músculo.

—¿Qué has dicho? —preguntó con la voz temblorosa, haciendo casi un esfuerzo para hablar.

Se sentía vulnerable, para nada podía hacer uso de su alter ego: una agente de policía implacable y fría que no se amedrentaba con facilidad. Pero aquello era distinto. Por un momento pensó en que era mala idea ponerse al frente del caso, cuando la realidad la devolvió en un segundo a la sala.

—¿De verdad quieres saber?

Esta vez la voz sí que salió de los labios de Sara, con lo que pudo confirmar que antes lo había escuchado en su mente. Lola sintió un escalofrío que recorrió todo su cuerpo de pies a cabeza. Sintió más frío al llegar a la nuca, mientras el pecho se le vaciaba y le provocaba una enorme sensación de angustia. Aquella voz sonaba distinta y en los dos segundos durante los que salió de sus labios, consiguió que Lola se asustara y cayera hacia atrás, tirando su silla al intentar alejarse de Sara a la que le había cambiado la cara por completo. Era una masa informe de huesos y carne.

Al verse en el suelo, se dio cuenta de que no recordaba cuándo se había sentado en aquella silla. Todo estaba resultando bastante extraño y había pasado como a cámara lenta.

«A lo mejor estoy sufriendo algún tipo de alucinación», pensaba mientras

se dolía del golpe que se había dado al caer.

Trató de levantarse sin perder la mirada de Sara, mientras sus compañeros gritaban al otro lado e intentaban abrir la puerta que se había quedado bloqueada. Lola les pidió que se tranquilizaran mientras se dirigía a abrirla. Justo cuando tocó el pomo, la tensión de la puerta desapareció, haciéndola ceder por el forcejeo de los agentes. Sara se lanzó con violencia hacia uno de ellos. Los corpulentos agentes consiguieron, después de un duro enfrentamiento, reducir a la mujer.

La agente Blum permanecía inmóvil sin poder reaccionar. No entendía cómo sus compañeros habían entrado tan pronto, no le había dado tiempo ni a empezar el interrogatorio. Con la acusada reducida en el suelo, con las esposas e inmovilizada con bridas en los tobillos, les preguntó por qué habían entrado si no habían pasado ni cinco minutos. Ellos la observaron asombrados: ahora la trastornada parecía ella. Llevaban más de media hora tratando de que les contestara, habían estado insistiendo hasta que se dieron cuenta de que la puerta estaba bloqueada y les iba a resultar imposible abrirla.

—¿Media hora? ¿Me estáis vacilando? Si no llevo ni cinco minutos... ¿De qué estáis hablando? ¿Qué está pasando? Esto parece una broma pesada. Si no fuera porque conozco a la acusada, diría que os estáis quedando conmigo — dijo mientras veía cómo se llevaban a Sara.

—Pero ¿qué te pasa Lola? —preguntó el comisario entre preocupado y molesto— ¡Has estado más de media hora inmóvil en la sala!

—Solo he estado un instante paralizada..., luego me sobresalté y caí al suelo.

—Has mirado la hora antes de empezar el interrogatorio, ¿verdad? — preguntó esta vez el comisario con un tono un poco más cercano.

—Claro, como siempre.

Comprobó su reloj con una sonrisa que se le borró al momento al ver que había pasado mucho más tiempo allí dentro del que recordaba. Más de treinta y cinco minutos de los que solo recordaba unos cuatro o cinco...

—Millán, no sé qué ha pasado, pero si no tienes inconveniente me gustaría ver las imágenes.

—Lola, ¿estás bien? Te veo bastante afectada —dijo el comisario mientras la cogía del brazo y la apartaba del resto de compañeros.

El comisario conocía bien a Lola. Su padre y él fueron compañeros en el cuerpo, al igual que Lola lo fue de la hija del comisario hasta que esta fue asesinada por un narcotraficante, según las informaciones oficiales. El

acusado había estado jugando con ellos, haciéndoles creer que seguía viva. Más tarde declaró haberla matado, descuartizado y quemado, esparciendo sus restos a un río. Dio la ubicación exacta y encontraron ropa y efectos personales de Paula, además de evidencias de una gran hoguera.

Fue un trance difícil de superar. Todos los de la comisaría tenían una buena relación con las chicas a las que llamaban «Ángeles de Charlie».

—Claro que puedes ver las imágenes, es más, debes hacerlo. Te he estado observando desde el otro lado del espejo y estabas muy rara ahí dentro — contestó acompañándola al ascensor y pidiendo que les llevaran agua a la sala de control.

Rebobinaron hasta el punto en el que Lola entraba en la habitación. La puerta se cerró violentamente y ella se sentó frente a Sara. Unos veinte segundos después, Lola le preguntaba a Sara que qué había dicho. Se quedó inmóvil, mirando a la acusada fijamente mientras pasaban los segundos: dos, cinco... diez.

La agente no daba crédito a lo que estaba viendo. Sara movía la cabeza de lado a lado mientras cantaba aquella canción frente a ella. Lola, al verlo, empezó a marearse; no recordaba haberla escuchado cantar allí dentro, aunque aquello seguro que no lo olvidaría en mucho tiempo. Estaba aturdida y solo miraba el reloj, se había obsesionado con aquel lapso de tiempo que había perdido sin darse cuenta. Incluso tuvo que agarrarse a la mesa de control para no perder el equilibrio. Asintió con la cabeza para que el comisario no se preocupara y siguió atenta la grabación. Estaba hipnotizada por aquella canción, con los ojos muy abiertos y el gesto ausente, como si no estuviera en la sala. De pronto, aquella mujer se levantó violentamente y con la voz cambiada, una voz andrógina que ponía los vellos de punta. Empezó a hablar de manera incomprensible al tiempo que alguien susurraba, lo que hacía la escena aún más siniestra. Sara se paró delante de ella, con la cara desencajada y los ojos en blanco.

Podía oír a sus compañeros detrás de la puerta intentando abrirla. En ese momento, Sara dijo una palabra en portugués y a continuación la empujó, haciendo que cayera de la silla: «*Diabo*».

Lo que el vídeo mostraba después eran los únicos cinco minutos que sí recordaba, por lo que interrumpieron la grabación. Se llevó instintivamente las manos a los hombros, donde había recibido el impacto de Sara al empujarla y, aunque muy sutil, notó una molestia que le confirmó lo que había visto, como si su cuerpo pudiera recordar el golpe, pero no su cerebro.

El comisario se acercó a ella al verla tan afectada y la sacó de la sala de control para hablarle en privado.

—¿Por qué no has reaccionado? Viendo tu cara no creo que sea el momento de hacerte un interrogatorio de lo que he visto, aunque no me faltan ganas. Mírate, estás a punto del desmayo no es normal que estés así, igual tienes algo de fiebre —intentó sacar su vena paternal—. Debes irte a casa, por hoy has acabado tu jornada y también es una orden. Así que no me discutas.

Lola aceptó sumisa y sin fuerzas la petición del comisario. Realmente se sentía enferma y aclarar sus recuerdos le vendría bien. Seguía aturdida, así que le dio las gracias con un gesto por dejarle ver la grabación y se despidió levantando la mano sin articular palabra. Sentía sudores fríos, sequedad en la garganta y la boca como si los labios se le fueran a romper. Sus compañeros, preocupados al ver su cara blanca como el papel, le preguntaron si necesitaba algo, pero ella solo quería teletransportarse a su cama. Negó con la cabeza y, tras pedir el informe del traslado de Sara, se dirigió a buscar su coche como una zombi.

Estaba tan cansada que le costó meter la llave en el contacto y por un momento dudó de si debía conducir en aquel estado. Todo había sucedido muy rápido y a la vez lento. Mejor dicho, en su cabeza no había pasado. Arrancó de forma mecánica y condujo durante media hora tratando de no vomitar por el camino.

Aparcó frente a su casa y entró rápidamente para evitar encontrarse con algún vecino de la urbanización que la pudiera descubrir en aquel estado. Al cerrar la puerta de su casa se sintió segura. El olor del incienso que ponía a veces y el ambientador de la entrada le resultó demasiado fuerte y volvieron las náuseas.

La casa estaba en silencio. Su marido se encontraba en Londres por trabajo y echó de menos tenerle cerca en aquel momento. Trabajaba varios días seguidos y luego libraba otros tantos, con lo que él atendía la casa y se ocupaba de la comida y la compra la mayoría de las veces. Sabía que, en un par de días, estaría en casa de nuevo y, aunque ya estaba acostumbrada, se sintió más sola que nunca.

Se fue directa al baño, se apoyó en el lavabo mirándose al espejo y se sorprendió al ver lo demacrada que estaba, como si llevara tres noches seguidas de insomnio. Se mojó la cara y el cuello para tratar de recuperar un poco la compostura. Le sentó bien refrescarse, aunque seguía sintiéndose cansada, desconcentrada y sin fuerzas, como si su cuerpo pesara dos

toneladas. Acabó de asearse y entró en la habitación de matrimonio.

Era temprano y la luz del mediodía entraba por los ventanales por lo que bajó las persianas para poder conseguir la oscuridad deseada y tratar de descansar. Lola era de esas personas que no podía dormir con un hilo de luz. Se tiró en la cama boca abajo, quitándose solo los zapatos. Todo le daba vueltas; aún teniendo los ojos cerrados notaba la sensación de mareo. Intentó calmarse y poco a poco la noria cesó. Emitió un suspiro de descanso profundo y se abrazó a su almohada, poniéndose en posición fetal, acurrucándose entre las sábanas para disfrutar de aquel momento de calma total. Todo había cesado, el mareo, las náuseas, la pesadez del cuerpo e incluso por un momento el horrible recuerdo del interrogatorio. Estaba consiguiendo relajar su cuerpo por completo, cuando escuchó un ruido proveniente del piso de abajo que la sobresaltó.

No podía ver nada, todo estaba a oscuras y esperó varios segundos para ver si sus ojos, acostumbrados ahora a la falta de luz, percibían algo. De nuevo sintió una ansiedad y un agobio incontrolables, pero esta vez de una manera aún más irracional. La oscuridad le evocaba aquel miedo que no recordaba desde que era pequeña y que no cesaba hasta que encendía la luz. Antes de hacerlo, se dio cuenta de que el sonido venía de la cocina, como si se hubiera caído algo de la encimera. Reaccionó y presionó el interruptor de la habitación que se alumbró y le mostró que, lógicamente, estaba sola. Se dirigió entonces a la cocina a oscuras, parándose en la puerta, sintiendo que había alguien más allí. Por un instante quiso tener su arma cerca para protegerse, pero le pareció exagerado, pues estaba segura de que estaba sola en la casa. Encendió la luz y vio su bolso tirado en el suelo con sus cosas esparcidas, pero una de ellas colocada por encima de todas. Era la copia del traslado de Sara, la recogió y cuando levanto la vista a la altura de la encimera, se encontró con unos enormes ojos que la miraban.

Dio un grito que asustó al pobre gato. El animal maulló con fuerza, casi como si quisiera arañarla con el bufido por el susto recibido. Lola carcajeó de forma estridente e incontrolada, acabó tosiendo de tanto reír acordándose de lo asustaba que estaba por creer que había alguien allí. ¿Cómo había podido olvidar a Gustavo? Se sintió ridícula e irresponsable.

Miró el cuenco de comida y agua, que estaban vacíos, y entendió por qué el minino llamaba la atención. Gustavo volvió a saltar hacia ella, esta vez para buscar una caricia y su ración de comida, por supuesto.

Lola cogió el papel que había quedado al descubierto y metió el resto de

las cosas en el bolso, mientras Gustavo daba buena cuenta de su comida a deshoras. Cogió un vaso de agua y se lo llevó al dormitorio junto con el papel y el ordenador portátil bajo el brazo para indagar en el extraño suceso en el interrogatorio del que había sido protagonista sin quererlo.

Reírse le había hecho sentirse muy bien y ya no le quedaba ningún síntoma extraño de aquella horrible experiencia. Solo tenía un nuevo caso entre manos que, estaba segura, le iba a dar más de un susto. Con este nuevo control que sentía sobre sí misma, y sin notarse tan cansada como antes, se concentraría sin problemas y podría verlo todo desde una perspectiva distinta. Tenía que aprovechar aquel bienestar y averiguar lo que había pasado lo antes posible, ahora que tenía los detalles frescos. Quizás así podría entender lo que había llevado a aquella familia a destrozarse cuando tenían todo lo que habían deseado en la vida.



Capítulo 3

El exiliado

Recordó haber leído que Sara había estado ingresada unos días en un psiquiátrico por una crisis de ansiedad y un brote extraño de alucinaciones transitorias, justo cuando más éxito estaba teniendo con su cuarta novela.

Encontró algo que en un principio no tendría que estar relacionado, pero que llamó su atención por ser un caso que ya conocía, aunque que no salió a la luz por proteger la identidad de la niña: el profesor de piano que enseñó a Isabella durante año y medio. El asunto acabó con la imputación del profesor y la desaprobación por parte de los vecinos del pequeño pueblo donde vivían. Era un hombre querido y respetado con más de quince años de experiencia en la docencia y sin antecedentes. El profesor no llegó a entrar en la cárcel y se mudó a Jerez al poco tiempo para intentar empezar de cero. Lola apuntó la dirección y miró el reloj: aún era temprano. Siguiendo un fuerte impulso que no pudo controlar se vistió rápidamente, cogió las llaves, la carpeta con el informe y se puso rumbo a Jerez de la Frontera, con la intención de hablar con el profesor personalmente.

Cuando se quiso dar cuenta ya estaba en la autopista. Iba bastante relajada, pensando que nunca había estado en Jerez. Le habían contado que era una ciudad muy bonita, de callejuelas empedradas y entornos de cientos de años de antigüedad, aunque no habría tiempo para visitas turísticas.

Vio una indicación de servicios de restauración y paró para comer algo y comprar agua. Un bocadillo sería lo más rápido para seguir la marcha cuanto antes y que su estómago parara de martirizarla. Le supo a gloria, aún más teniendo en cuenta que apenas hacía hora y media no podía ni beber de las náuseas que sentía. Bebió con avidez, terminando de un trago la botella de medio litro que había comprado. Siguió conduciendo casi sin darse cuenta de que había hecho prácticamente todo el camino y que apenas le quedaba media hora para llegar.

Observó distraídamente el espejo retrovisor y en el reflejo apareció el gesto de Sara desencajado y demacrado como en la habitación del

interrogatorio. Dio un volantazo que casi le hizo chocar con el guarda raíl del lateral izquierdo. Recuperó rápidamente el control y volvió a fijarse en el espejo donde solo se reflejaba la parte trasera del coche. Miró hacia atrás por instinto para asegurarse de que no había nadie. Pensó de nuevo en el interrogatorio y en esa media hora que no recordaba. El sonido del teléfono la hizo volver a la realidad.

—¿Lola? Soy Pepe Millán. ¿Dónde estás? Estoy llamando a tu casa y... — se paró al escuchar el ruido del tráfico— ¿Estás conduciendo? Te dejé bien claro que te fueras a descansar —terminó el comisario con tono molesto y autoritario.

—Sí, lo sé, estoy bien y sé quién eres, tengo tu teléfono grabado desde que uso móvil, nos obligaste a memorizarlo a Paula y a mí —Se calló al darse cuenta de que había nombrado a su hija de la que no solían hablar desde su muerte—. Perdón, no quería nombrarla —dijo provocando un cambio en el tono de la conversación.

—No te disculpes, Lola —respondió el comisario—. Eres a la única a la que puedo oír hablar de Paula, pero no te llamaba para eso. Quería pedirte algo y entendería que no quisieras hacerlo después de lo que ha pasado. Es Sara, la acusada, quiere hablar contigo en el psiquiátrico por la mañana, justo antes de que le den la medicación. Insistió mucho en esto... ¿Me oyes? —Se hizo un silencio— ¿Sigues ahí?

—Sí, sí. Ahora estoy camino de Jerez —se dio cuenta de que tenía que haberlo omitido—, pero estaré de vuelta por la noche como tarde. Claro que iré, estoy perfectamente.

—Podemos quedar a las siete y media, me han dicho que a las ocho pasan con la medicación. Esa mujer no está loca, nos está tomando el pelo. Uno de los guardias me contó que, por un momento, la asesina había vuelto a ser una persona equilibrada, pero después de pedir verte empezó a cantar esa puta canción que me pone los vellos de punta. También intentó agredir a uno de los agentes que la trasladaban y a una de las enfermeras y tuvieron que reducirla... Pero ¿qué coño haces tú en Jerez? Se supone que...

—¿Eh? Es por algo personal —le cortó—... ya te contaré mañana en el hospital.

—No te metas en líos, Lola. Si necesitas algo no dudes en llamarme.

—No te preocupes, jefe. Ya hablamos mañana, descansa tú también que ha sido un día duro.

Colgó para cortar la conversación lo antes posible para que no le hiciera

preguntas. No quería darle más explicaciones. Si supiera que iba a ver al profesor, no le haría ninguna gracia. Después de todo, se había venido a la ciudad del arte solo por una corazonada.

Recompuesta del susto, pensó que aquella visión de Sara tenía que ver con la llamada, como un aviso premonitorio. Le dio un escalofrío de los pies a la cabeza y se sacudió con energía para expulsar aquel extraño pensamiento de su mente. Creyó que se estaba volviendo loca, que todos aquellas lagunas mentales y extrañas visiones eran porque algo dentro de su cabeza no andaba bien. Miró el navegador y vio que solo faltaban diez minutos para llegar a su destino: el conservatorio de música donde el profesor daba clases.

Había preferido tomarse la ventaja de no avisarle. Sabía que el factor sorpresa tenía un doble filo y el profesor estaba en su pleno derecho de no recibirla, incluso de ni siquiera hablar con ella.

Llegó al aparcamiento del conservatorio a las tres de la tarde.

Un gorrilla de la zona le indicó la maniobra, Lola sacó un euro del bolso y le dio las gracias. Este contestó agradecido, con un piropo que Lola no quiso oír; ni siquiera le miró. El gorrilla acabó con mucho arte, mirando a otro sitio negando con la cabeza y subiendo los hombros con los brazos caídos.

—*Bueno, morena, no te enfadeh, si ehque ereh mu guapa, iha..., ¿qué le hago?* —Lola sonrió bajando la cabeza sin que él se diera cuenta, intentando disimular que le había hecho mucha gracia.

Lola pensó lo afortunada que era al imaginar la vida que había llevado aquel hombre estropeado por la vida y los excesos que había cometido, probablemente, para poder soportarla. Sin duda había elegido bien su camino. Se acordó entonces de algo que le decía su padre y que ella llevaba grabado a fuego: «No juzgues a nadie sin juzgarte a ti misma primero». Llevaba consigo siempre en la mente esa frase que le había ayudado en todos los ámbitos de su vida, en lo personal y por supuesto en lo profesional.

Su padre murió cuando ella tenía trece años. El comisario y él eran compañeros desde que entraron en el cuerpo de Policía. En un tiroteo, una de esas mal llamadas «balas perdidas» encontró su cabeza. Según el informe, se precipitó con una información en una redada de narcóticos porque alguien dio el soplo y los traficantes les estaban esperando.

Fuera hacía bastante calor y Lola agradeció el aire acondicionado de aquel impresionante edificio que conservaba su encanto a pesar del escaso mantenimiento, algo bastante evidente por las humedades y las paredes desconchadas.

Llegó a la secretaría guiada por los carteles e indicaciones y allí encontró un par de mesas de escritorio con todos los equipos, pero solo una ocupada por una funcionaria, que le sonrió y saludó con amabilidad.

—Buenos días —respondió Lola—. Estaba buscando al profesor Mejía.

—El profesor Mejía... —La mujer se quedó pensativa hasta que se dio cuenta de por quién preguntaba—. ¡Ah!, pregunta por Juan. Acaba de empezar la primera clase de la tarde, ese piano que suena es el suyo.

El sonido bajaba hasta allí como si descendiera las escaleras para recibirla.

—¿Está interesada en sus clases? Puedo darle información del curso siguiente.

—No, no... Es algo personal. ¿Sabe cuánto tardará?

—La clase dura una hora y media más o menos. Puede esperarlo en el vestíbulo porque pasará por allí seguro.

—De acuerdo, muchas gracias.

Se sentó en los sillones con la carpeta del caso abierto sobre el regazo por la parte donde hablaba del profesor para revisar los datos. Instintivamente, cogió el teléfono e hizo una llamada a una colega del departamento de archivo de la comisaría.

—¿Lidia? ¿Estás ocupada? Necesito que me ayudes con algo.

—¡Lola! ¿Qué tal estás? Me dijo uno de los chicos que te quedaste bloqueada en el interrogatorio y que te fuiste a casa descompuesta.

—Estoy bien y no es eso lo que yo recuerdo... En fin, ¿me vas a ayudar? Anda porfa.

Escuchó la risa de su compañera al otro lado de la línea:

—A ver... ¿qué tengo que buscar? ¡Ay! ¡No sé qué haríais los investigadores de éxito sin mí! —Y volvió a reírse para bromear con Lola.

—Escúchame bien. Necesito... —dijo esta vez en voz más baja y tapándose la boca con la mano—... que busques un informe relacionado con el caso en el que estoy, el del profesor que fue acusado de abusar de Isabella.

—¡Joder, Lola! Pequeño dices, anda que no hay que sortear normas. Lola, ten cuidado, tienes a gente mirando con lupa todo lo que haces. Lo sabes, ¿verdad? Y querrás que te lo mande ahora, claro. Y en un archivo PDF... Sí que me vas a complicar la tarde, sí.

Mientras seguía protestando, Lidia ya había metido las claves en el sistema; por supuesto la ayudaría en todo lo que pudiera, siempre y cuando no fuera delito. Encontró en un par de clics el informe completo del caso.

—Bueno, dame unos minutos, modificaré el formato y te lo envío a tu correo. Lola, sabes que me la puedo cargar por esto, ¿no? Esto merece una de esas maravillosas cenas que prepara Kai.

—¡Eso está hecho!

—Vale, guapa, te lo estoy enviando. Nos vemos pronto entonces — contestó justo cuando Lola cortaba impaciente por recibir el correo.

Había dejado de fumar un par de años atrás y aquel momento era perfecto para un cigarro, el tiempo justo para que Lidia le enviara el informe. Mientras entretenía su mente pensando en aquellos cigarros que aún deseaba fumar, notó que su móvil le avisaba de una notificación pendiente. Desbloqueó la pantalla y fue directa al informe.

Comenzó a pasar páginas rápidamente intentando encontrar algo en lo que reparar. De pronto, empezó a negar con la cabeza, ¿cómo no se le había ocurrido antes? Paula había llevado ese caso. Recordó una conversación mientras ella y Kai estaban de vacaciones en la Riviera Maya, en la que Paula le habló del caso en cuestión. También recordó por qué en aquel momento no le suscitó ningún interés: por los deliciosos *margarita* del hotel y su necesidad de descanso. Paula le contó que estaba a punto de cerrarlo, pero que algo raro había detrás de aquello y no eran los abusos. Lola no pudo nada más que animarla y seguir disfrutando de sus vacaciones. Volvió de sus recuerdos mientras escuchaba una conocida melodía.

*Acalma a minha menina dorme,
sua mãe está aqui.*

*Acalma a minha menina dorme,
eu cuido de você.*

*Dormir o meu anjo bonito,
cura sono.*

Dormir o meu anjo bonito, alma pura.

*Acalma a minha menina dorme,
I devem manter a tua alma.*

*Acalma a minha menina dorme,
até o amanhecer.*

*Acalma a minha menina dorme,
Eu já chegou.*

*Acalma a minha menina dorme,
voar para o céu.*

Acalma a minha menina dorme, Vou véu...

Esta vez, cantada por una impresionante voz femenina y acompañada al piano por unas manos que parecían acariciar las teclas para sacar las notas. Los acordes que acompañaban a la solista eran como un réquiem descompuesto y a veces irregular. Aquella voz lo convertía en música celestial para según qué oídos, porque a Lola le seguía poniendo la piel de gallina. Sin poder evitarlo una lágrima recorrió su mejilla al oír la triste canción de cuna y entender perfectamente su significado. Sintió otro escalofrío al recordar la tétrica interpretación que salía de la garganta de Sara como una burla macabra. Le pareció horrible.

Se dirigió a la recepción y le preguntó a la chica que si conocía aquella canción. Esta tardó en reaccionar embelesada por la melodía.

—Es bonita, ¿verdad? Pero muy triste, es la primera vez que oigo la letra. La melodía sí me suena, pero, claro, en un conservatorio es difícil quedarse con todas las composiciones.

—La entiendo perfectamente, yo no la había oído antes así. Es preciosa, conmovedora y a la vez muy triste, sí. ¿Pero cómo se llama, lo sabe?

—No, la verdad, pero parece una canción de duelo más que una nana, como desvela su letra.

La chica se removió incómoda en su asiento y se santiguó cerrando los ojos por un segundo.

—Mire, ahí viene el profesor Mejía, pregúntele a él, creo que la canción salía de su sala de ensayo.

El murmullo de los alumnos saliendo de sus clases inundó toda la estancia. Unos cuantos salían adelantando al profesor y saludándolo al pasar a su lado. Lola se apartó de la recepción para ser lo más discreta posible y fue al encuentro del profesor que bajaba el último tramo de escaleras. Este se percató al momento de que aquella visita no era de ninguna admiradora o antigua alumna y, si algún desconocido quería hablar con él, siempre pensaba que era policía o periodista. Se fijó en la carpeta y el aspecto de Lola. Ella le sonrió. Definitivamente no era periodista.

—¿Qué es lo que quiere, agente? Mi privacidad es un derecho, lo sabe bien.

—Me llamo Lola, señor Mejía, y quería hablar con usted un momento. No vengo a interrogarlo en calidad de policía, quiero contarle algo por su implicación en el pasado con un suceso desagradable.

—¿Desagradable, dice? No tiene usted ni puta idea... —cerró los ojos un segundo para calmarse—. Perdome, no quería ser grosero, pero necesito

olvidar aquella historia.

La agente Blum le apartó un poco para evitar la mirada curiosa de la recepcionista. Lola le explicó el asesinato de Isabella y el fallecimiento de su padre en la sala de interrogatorios. Este se quedó helado por la noticia y perdido en un recuerdo que le había perseguido demasiado tiempo.

—No sé por qué no me extraña que le diera un infarto al pobre hombre.

Lola encontró el hueco para seguir indagando: no había mencionado a Isabella.

—¿Qué quiere decir? Isabella..., ¿no le da pena?

Por un momento pensó que aquel hombre no cumplía el típico perfil de delincuente u obseso sexual, pero aquella contestación insensible le había hecho dudar.

—Mire, agente...

—Blum —contestó ella al ver que él quería seguir con la cortesía por desconfianza.

—Agente Blum, aléjese todo lo que pueda de esa gente. No me alegro de la muerte de nadie, pero por culpa de esa niña y la histérica de su madre perdí mi trabajo en la Facultad. Pagué un alto precio personal, mi divorcio, y profesional. Al fin y al cabo, ¿quién querría a un violador en su equipo? —Lola frunció el ceño ante la confesión del profesor—. Sí, así me llamaban sin conocerme. Tuve que aguantar pintadas en mi casa y en el coche. ¿Que si no me da pena, dice?... Perdone. Nadie merece morir, pero no me extraña la noticia —terminó apretando los labios y negando con la cabeza.

Lola se quedó desconcertada con sus palabras. Parecía un hombre resentido que se mostraba como víctima. No era dolor, sino rabia y miedo lo que notaba en su voz.

«Si ese hombre resultó absuelto, aquello fue una auténtica putada», pensó.

Para ella, Isabella se había llevado la peor parte, en cualquier caso. Una niña asesinada por sus padres adoptivos en la flor de la vida y quizás abusada por su profesor de música.

—Sé lo que está pensando agente, pero esa cría y su familia destrozaron mi vida. Lo único que puedo asegurarle es que jamás le puse un dedo encima. No quiero saber más de este asunto y tampoco tengo por qué seguir hablando con usted. Estuve a disposición de la policía en su día. En estos momentos querría seguir recuperando mi vida. Ahora, si me disculpa... —dijo mientras se encaminaba hacia la puerta.

—¿Y si le dijera que le creo? —añadió rápidamente Lola para evitar que

se fuera. Juan la miró fijamente—. Algo oscuro le ha pasado a esa familia. He tenido una experiencia un poco desagradable con Sara, la madre de la menor. ¿Recuerda usted algún suceso extraño en el que se viera involucrado y que le resulte difícil de explicar? —preguntó dejándose llevar por su instinto—. Fue Sara la que puso la denuncia, pero había también un testigo vital que le incriminó: su propia mujer, Carolina San Miguel. Necesito que me ayude a atar cabos, Señor Mejía.

—¿Así que no soy el único que cree que están malditos?

—Yo no he dicho tal cosa —contestó rápidamente.

—Esa mujer vino a hablar con mi esposa y, no sé cómo, pero la convenció. Carol apoyó la declaración diciendo que últimamente tenía comportamientos sexuales muy raros y esto dio credibilidad a su denuncia. ¿Quién iba a cuestionarlo si mi propia mujer lo confirmaba? Aquella... señora, Sara, se empeñó en que había abusado de la niña y se dedicó a pregonarlo por el colegio y por todo el pueblo. La gente que me conocía desde pequeño empezó a insultarme cuando se cruzaban conmigo. Y todo esto sin tener ni una sola prueba. No la toqué, se lo puedo jurar.

Lola sabía que el hecho de que no la hubiera tocado no le eximía de un delito sexual, pero le veía tan sincero que aprovechó para volver a enganchar la conversación.

—¿Por qué no le pidió entonces daños y perjuicios? Si no había pruebas, estaba ganado, ¿no? —preguntó con suspicacia.

—Aquello había dañado tanto mi imagen e hizo tanto daño a mi familia, que solo pensaba en desaparecer. Aunque me dieran la razón, no quería seguir removiendo toda aquella mierda. Solo quería perderme lejos y dormir durante días sin más compañía que mi música —calló un segundo mientras observaba a Lola y achinó los ojos—. ¿Sabe? Me recuerda a alguien... ¿Por qué no vamos a la cafetería? Estaremos más cómodos y me vendrá muy bien un café.

Había algo en ella que le hacía sentir cómodo y quería arreglar la imagen de borde que había mostrado hasta el momento.

—Soy Juan, encantado. Lola, ¿verdad? Un nombre precioso, muy querido aquí en Jerez.

—Sí, Lola. Gracias, Juan, a mí también me vendrá bien ese café... Mire, yo no estoy aquí para juzgarlo, no vengo con la intención de preguntar por su caso, solo necesito que me ayude a entender, que me aporte algo de luz en tanta oscuridad.

Se sentaron en la cafetería y Juan pidió un par de cafés y un botellín de

agua que acabó casi de un trago. Se atusó el cuello de la camisa. Se sentía tenso, así que desabrochó el primer botón y soltó un suspiro de alivio, como si se hubiera quitado un peso de encima. Acto seguido empezó a contarle su versión de la historia.

—Aquella tarde Isabella estaba a punto de acabar su lección. Yo estaba de pie con ella de espaldas sentada al piano, en una ejecución impecable que iba *in crescendo*. Estaba realmente emocionado disfrutando de su música.

A Lola le pareció que había estado bastante desafortunado al ponerla en situación e hizo un gesto involuntario de desaprobación

—¿Pasa algo, agente?

—No, Juan. Siga, por favor, no quería cortarle. Voy a pedir un vaso de agua yo también —contestó para disimular.

—Yo adoraba a Isabella, era una niña muy dulce y cariñosa, pero aquella tarde le pasó algo que aún hoy no puedo entender. Seguía escuchándola y, cuando faltaba apenas un minuto para que acabara la partitura, cerré los ojos para poder inundarme con aquella maravillosa melodía. Me parece estar escuchándola ahora mismo... Le puse las manos en los hombros con intención de notar sus movimientos y tratar de predecir sus notas. Mi mujer estaba a punto de llegar a casa y yo estaba disfrutando de un recital maravilloso.

»Aunque algo para lo que no tengo explicación pasó de repente: yo seguía absorto con el recital cuando noté que los hombros de Isabella estaban desnudos. Era invierno y ella llevaba un jersey de cuello alto, pero estaba desnuda, ¿cómo era posible? Solo había tenido los ojos cerrados un momento y las manos posadas en sus hombros todo el tiempo sin que ella dejara de tocar, no me lo explico. Estaba asustado. Le pregunté qué estaba haciendo, pero ella parecía no estar allí, estaba ausente mientras seguía tocando. Cuando pude reaccionar, cogí mi abrigo que estaba en una silla cercana y la tapé al mismo tiempo que la cogía en brazos. En ese momento, mi mujer entró en el salón. Se asustó al verme allí tapando a la niña y con su ropa en el suelo, al lado del piano. De pronto Carol empezó a gritarme, a la vez que yo seguía sin saber qué pasaba. En medio de todo este lío llegó la madre de Isabella a recoger a su hija y la situación se complicó todavía más. Le juro que no toqué a la niña ni la obligué a desnudarse, como declaró su madre a la policía. Había una agente, que por cierto, se parecía a usted. ¿Cómo se llamaba? ¿Paloma?...

—Paula, se llamaba Paula —contestó Lola sorprendida al ver que se acordaba de ella.

—Eso es, Paula. Me dijo que, si era culpable, ella misma se encargaría de tirarme por encima de la valla de la cárcel, pero que, si era inocente, se encargaría de que se hiciera justicia. Al principio nadie creyó mi versión, ni siquiera mi mujer. Ella decía que tenía comportamientos extraños como te comenté antes. Hacía unos meses que nuestra vida sexual no pasaba por su mejor momento, así que encontró relación en aquello y dio credibilidad a lo que Isabella y su madre contaron en el juicio.

—¿Y qué es lo que finalmente creyó Paula?

—¿Por qué no se lo pregunta usted misma? Ni siquiera vino al juicio.

—Eso no será posible... No sé si recordará un caso de asesinato a una policía.

—Claro que lo recuerdo, no hace tanto de aquello. ¿Era Paula? —preguntó con tono de sorpresa—. La verdad es que se portó tan bien conmigo, que me extrañó no verla allí. Estoy seguro de que, si me la hubiera encontrado después del juicio, hubiera sido diferente. Puede que animado por ella hubiera denunciado. Pero qué más da ya, ¿verdad? Pobre chica.

—¿Entonces Paula no estuvo en el juicio? Vaya sorpresa... —dijo Lola intentando buscar una explicación—. Y, dígame, ¿cree que hay algún motivo para que, en un principio, ella declarara en su contra? No es muy normal que usted mismo reconociera que ella se desnudó estando usted delante.

—¿Y qué quería que hiciera? Dije la verdad, era tan absurdo todo que tuve que contarla o volverme loco. Pero sé que ella tampoco lo hizo. No pudo desnudarse... No dejé de tocarle los hombros... —añadió dándose cuenta de que aquella verdad podría generar más dudas que otra cosa—. No soy un sádico y no me gustan las menores. Todo fue un malentendido de mi mujer porque no atendía sus necesidades sexuales —acabó diciendo bajando un poco la voz.

—Ahora lo entiendo —respondió Lola atando cabos al fijarse un poco más en él, en su cuidada apariencia, en sus movimientos y en esas necesidades sexuales no atendidas—, es usted gay, ¿verdad? Disculpe, pero es deformación profesional. No me interesa lo más mínimo su vida personal, pero creo que, si entonces hubiera hablado de su orientación sexual, podría haber sumado más credibilidad a su declaración, ¿por qué no lo hizo?

—Fue algo más complicado. Unos días antes del suceso, mi mujer me pilló en la cama con uno de mis antiguos alumnos, un chico de veintitrés años del que me enamoré perdidamente en aquella época. Ella llegó antes del trabajo y no la oímos. Fue una situación bastante desagradable, pues nos pilló en pleno

acto sexual. Aquello la destrozó. Por eso, cuando me vio con Isabella, solo pensó que yo era un perverso. Creo que en su cabeza nunca confió en que yo fuera homosexual, le era más fácil hacerse a la idea de cualquier otra cosa peor a que la dejara de querer por un hombre —suspiró en una pausa para recomponerse del recuerdo—. Fue espantoso. Su familia me quería mucho y yo a ellos, aún les echo de menos. Lógicamente, nunca les di mi versión, pues ni siquiera creo que quisieran escucharla después de semejantes circunstancias, y yo ya tenía la vida lo bastante destrozada como para salir del armario y dar otra campanada más. Ese fue el motivo de no seguir con esta historia y escapar a la ciudad del arte, cuando tuve ocasión. Aquí no me conocen, me siento realizado como profesor y, lo más importante, mi vida personal no le interesa a nadie.

—Me deja usted fría, Juan. Siento varias cosas a la vez. Por un lado, quiero creerle y por otro, está todo tan enredado que me es más fácil verle como culpable. Sé que le dije al principio de la conversación que no quería juzgarlo, pero realmente no esperaba esta confesión. La verdad, me ha ayudado bastante hablar con usted. Ahora sé que algo no andaba bien en esa familia —dijo mientras él le agarraba el antebrazo y se le acercaba un poco más.

—Tenga cuidado con esa mujer, está completamente loca y su hija también. Que Dios me perdone por decir esto, pero no siento pena por la noticia. Siento pena de la Isabella que conocí, pero algo en ella cambió desde su vuelta de Brasil.

Se estaba haciendo tarde mientras Lola y su nuevo confidente seguían conversando en la cafetería de la escuela que estaba a punto de cerrar. De fondo se escuchaba el café borboteando al salir de la cafetera, el motor del molinillo automático, el sonido de los platos y vasos al chocar en el fregadero, todo en una coreografía musical, como en una orquesta que toca una partitura contemporánea y repetitiva, pero única y con unos acordes imprescindibles. El olor de aquel elaborado café despertó las ganas de ambos y le indicaron a la camarera que se apuntaban a uno más. Lo cierto era que Lola estaba tan atenta a la conversación que el anterior se le había quedado casi entero en la taza y totalmente frío.

—¿Brasil? ¿Qué quiere decir? Esté tranquilo, no le mencionaré en el informe. Esta visita es extraoficial.

—Estuvo con sus padres de vacaciones por segunda o tercera vez, no lo recuerdo. Según me contaron, pues era una familia bastante cercana por aquel

entonces, iban a conocer a parte de la ascendencia biológica de Isabella. Yo no le encontré sentido, pero su madre parecía muy emocionada con el viaje. Isabella no estaba tan contenta, recuerdo que apenas le di diez clases antes de aquel viaje y conocía perfectamente su nivel. Era una niña con mucho talento desde muy pequeña y el piano no se le daba mal, pero a la vuelta de Brasil vino distinta, como si hubieran pasado por ella varios años. Hasta su elegante y cuidada postura de bailarina, se veía más madura. Recuerdo que, en su primera clase al regreso, cuando le pregunté si sabía lo que era una *bossa*, me contestó tocando los acordes de una nana que decía que había aprendido. Me dijo que la había oído en sus sueños. Al principio me gustaba pensar que la había compuesto ella, pero reconozco que, ahora con más distancia, veo que es casi imposible que fuera suya.

Juan dejó de hablar mientras la camarera depositaba los cafés en la mesa y retiraba los servicios sucios.

—Su forma de tocar había... cambiado, había madurado, volviéndose más intensa y depurada.

—La he oído antes por segunda vez. La recepcionista me dijo que salía de su clase y le iba a preguntar por esa canción, precisamente.

—Esa es la Nana de Dulce Muerte, como la titulé en su día; hacía mucho tiempo que no la usaba en mis clases. Quizás le resulte raro, pero mi alumna me ha contado algo que, si no fuera porque no creo en las casualidades, nunca le contaría. Al parecer, ha tenido un sueño extraño en el que oyó una voz que le pedía que me la cantara —Lola lo miraba con estupor sacudiéndose de cintura para arriba—. Hace unos años la usé como ejemplo de limpieza, sutileza y perfección, pero cuando traduje la letra del portugués se me puso la piel de gallina al comprobar que se trataba del triste canto de una madre que velaba el deceso de su hijo. Por eso le puse ese nombre. Esas notas ponen a flor de piel los sentimientos y la letra, como habrá podido comprobar, se entiende perfectamente, lo que la hace más triste y misteriosa. Hoy me ha ayudado a crear un clima melancólico para que mis alumnos se vayan a casa con la música en la piel, como les digo siempre. Aunque la composición vocal de la solista nos ha dejado a todos en clase maravillados, me ha traído recuerdos bastante difíciles de afrontar. Más tarde me he encontrado con usted y, aquí me tiene, haciéndole confesiones a una extraña —concluyó con una mueca y subiendo uno de los hombros.

—Sí, la he oído, es muy bonita..., en la voz de esa chica, claro. Yo la conocía en una versión un poco más tétrica. Sara, la madre de Isabella, la

canta, o más bien la tararea, o la... no sé..., no debería estar contándole esto. Siga, por favor...

—No se preocupe, Lola, y hágame caso: aléjese de esa mujer o la meterá en un lío —Juan la observó, cayendo en la cuenta de un pequeño detalle—. ¿Y la nana, la estaba cantando Sara? Esa mujer cumple todos los tópicos..., pero mire, quédese con la pieza que ha oído hoy. No hay nada más puro en la música que encontrar la belleza incluso en la melancolía, ya que alguna vez alguien se dejó el alma en su composición, por muy triste que sea su significado. De hecho, solo habría que cambiar la parte del duelo para que fuera una nana infantil que cualquiera podría cantar a sus hijos.

—A mí me produce escalofríos de todas formas... ¿Qué ha querido decir con que cumple todos los tópicos?

—Que para mí esa mujer es una puta psicópata, no está loca, yo creo que se lo hace. Las pastillas las toma para aguantarse a ella misma. Es ególatra, prepotente y mala persona, de las típicas que se creen importantes y miran a todo el mundo por encima del hombro. Uff...—apretó los dientes con rabia—, discúlpeme, pero es que no soporto a esa mujer. Era una escritora de éxito que usaba un seudónimo, pero que lo daba a conocer, lo utilizaba por pura diversión según decía en sus entrevistas. Si sus lectores supieran cómo es realmente, no sé si la leerían. Bueno, seguro que después de este caso se hace más famosa y eso, si le soy sincero, me revienta el estómago.

—Es cierto, con todo lo sucedido se me había olvidado reparar en esa parte. Yo he leído alguna de sus novelas. Ahora, con la visión que tengo de su autora, sus novelas me resultan aún más perturbadoras.

—Lola, es usted buena persona, me cae bien y me recuerda a Paula. Era su amiga, ¿verdad? Por cómo evita hablar de ella... creo que su implicación es personal. Disculpe la pregunta, ¿eran ustedes pareja?

Juan le preguntó por mera curiosidad creyendo que la empatía que sentía por Lola venía por una conexión de este tipo.

—No, qué va —sonrió poniéndose colorada—. No éramos pareja, pero casi. Pasamos nuestra infancia y adolescencia juntas y terminamos trabajando en la misma comisaría y en el mismo departamento. Solo nos faltó tener vida sexual, aunque no fue el caso. Ambas tuvimos nuestras vidas personales por separado y, si me hubieran gustado las chicas, habría sido una bomba de relojería tenerla como pareja. Éramos como hermanas, en realidad —terminó de nuevo sonriendo.

—Disculpe, no quería incomodarla, solo era mera curiosidad, he sido

bastante desconsiderado.

—No se preocupe, no me ha incomodado, me ha hecho gracia —miró el reloj y se dio cuenta de lo tarde que era—. Juan, debo marcharme, tengo que conducir otro par de horas y se me va a hacer de noche. Ha sido usted muy generoso. Si alguna vez necesita algo o si recuerda algo importante, no dude en llamarme, por favor —dijo entregándole una tarjeta con su contacto.

—Tenga cuidado, esa mujer intentará manipularla de alguna forma para conseguir su cometido. Si la pueden encerrar, no dude en hacerlo y olvide a esa familia para siempre.

—Descuide, Juan, tendré cuidado; y una vez más, gracias. Me alegro de haberle conocido y siento mucho todo lo que ha tenido que pasar.

Se encaminó hacia la salida observando de nuevo el reloj, se le había pasado el tiempo volando. Aquella conversación le había revelado más datos de los que en principio estaba buscando.

Subió al coche, se puso el cinturón y bostezó con pereza. Ahora la vuelta ya no le apetecía tanto. Aunque sabía que no se le haría largo poniendo en orden la conversación y los detalles que le había dado el profesor, arrancó resignada.

Así fue, mientras conducía analizaba el encuentro como si lo tuviera grabado en vídeo. Sabía que Isabella era de orígenes brasileños, pero no encontraba en ello la relación con el posible cambio de la familia. Tenía que seguir por aquella línea de investigación.

Cuando quiso darse cuenta llegó a la entrada de Málaga. Eran ya las once de la noche. Entró en la casa, por segunda vez en ese día, agotada, pero esta vez satisfecha y con ganas de dormir para poder estar temprano bien despejada para la cita con Sara. Se preparó un bocadillo rápido con un poco de fiambre del frigorífico y se abrió una botella de vino blanco para amenizar su cena. Estuvo tentada de volver a mirar el informe después de todos los datos que tenía por si veía algo a tener en cuenta como un repaso o una nueva actualización, pero necesitaba descansar. Su cuerpo se lo pedía a gritos, aunque su cabeza le dijera lo contrario.

Capítulo 4

La Nana de Dulce Muerte

Hacía muchos años que no dormía sola y se había metido en la cama sin saber de Kai. Tampoco había recibido ningún mensaje suyo en todo el día. Repitió la llamada varias veces sin obtener respuesta. Le dejó un mensaje más en su buzón de voz, además de los de texto y audio, que tampoco parecía haberlos recibido. Se quedó boca arriba mirando la pantalla del móvil hasta que se apagó inundando de completa oscuridad la habitación, tal y como a ella le gustaba dormir. Pero estar sola..., eso era otra cosa.

Con los ojos abiertos como platos, pero sin poder ver nada, comenzó a asustarse y a sentir la inquietante sensación de que la estaban mirando, como si alguien más estuviera en la habitación. Llamó a Gustavo y apareció tan rápido que Lola dio un bote en la cama de la impresión. Al instante su sensación cambió al sentirse acompañada por su peludo compañero, que se metió en la cama sin pensarlo. Lo abrazó y el felino respondió con un cariñoso maullido mientras se acomodaba acurrucándose al lado de su dueña, empujando con sus patas la zona de la cama donde había decidido colocarse.

Lola se sumió en un profundo sueño en el que se veía con Kai en una cafetería de Londres. Estaban sentados en una mesita pequeña en un local repleto de gente. Habían pedido un delicioso café *latte* muy caliente, pero imprescindible para el frío que hacía. Mientras comentaban su visita al museo británico, se acercó a la mesa una exuberante rubia que se dirigió a Kai saludándolo con efusivo entusiasmo. A él le cambió la cara, pero comenzó a hablar con la mujer como si Lola fuera transparente. Estaba celosa e intentaba llamar la atención de su marido mientras la rubia se le sentaba encima. Una situación absurda, incómoda y dolorosa. Incómoda por tener los ojos de todos los clientes que había en el local clavados en ella. Y dolorosa por ver a Kai divirtiéndose con la rubia en sus narices. Se levantó y trató de recriminarle, mientras veía cómo el resto hablaban entre ellos y se reían haciendo burlas. Lola no podía creer lo que estaba pasando, se preguntaba por qué su marido, la persona a la que amaba, le estaba haciendo vivir aquella situación. En ese

instante la mujer se dio la vuelta hacia Lola y le preguntó:

—¿De verdad quieres saber? —la misma frase que había pronunciado Sara y que la había dejado congelada.

—¿De verdad quieres saber? —esta vez la voz salía de Kai, aunque no parecía el mismo. En el mismo momento en que terminaba la pregunta, la empujó con fuerza haciéndola caer de la silla.

Desde el suelo y llorando le preguntaba por qué la había empujado. Notaba perfectamente los golpes en los hombros y, cuando quiso levantarse, oyó a lo lejos, muy bajito en principio, un sonido familiar que la hizo despertar de aquella horrible pesadilla.

Sentía con angustia que no podía abrir los ojos, tampoco mover un solo músculo, pero era perfectamente consciente de su agónico despertar. El sonido le llegaba cada vez más claro, un bufido seco y fuerte como el que hacen los gatos cuando intentan defenderse de algo. El miedo irracional que sentía de repente, le dio las fuerzas necesarias para abrir los ojos. Los abrió, pero seguía sin poder ver nada. Notaba cómo Gustavo estaba totalmente tenso, pegado a su espalda, traspasándole el miedo y la tensión que estaba viviendo. El bufido era cada vez más intenso e interminable, como si algo estuviera cerca amenazándolos. Por mucho que abría los ojos, inmóvil, seguía sin percibir nada. Miraba sin ver hacia la pared y comprobó que, lo que quiera que fuera, estaba de espaldas a ella aterrorizando a su gato y dejándola petrificada. Ahora entendía el comportamiento de Gustavo, pues ella no podía, o no quería, moverse.

Estuvo así unos segundos interminables, hasta que se dio cuenta, casi avergonzada, de que una agente de policía como ella no debía estar en esa situación de descontrol. Y menos aún abrazada a una almohada, usándola como escudo y con su gato aterrorizado en su costado. Lola percibió algo muy caliente en su espalda: aquel animal se estaba orinando literalmente de miedo y esto la hizo reaccionar. Encendió la luz rápidamente, intentando enfocar la vista al máximo, todo lo que le permitía aquel resplandor tan brusco. En mitad de la habitación se alzaba una nube negra. Se hacía cada vez más pequeña, hasta desaparecer en una implosión en el tiempo en que Lola se terminaba de acostumbrar a la luz. En un principio pensó que era fruto de la misma impresión al despertar de aquella rara pesadilla.

Gustavo se calmaba mientras miraba en la misma dirección, gesto que le confirmó a su ama, que él también había visto desaparecer aquello. El pobre animal sacudía sus patas dando respingos, como si tuviera escalofríos. Se bajó

de la cama con pasmosa tranquilidad mientras olisqueaba y parecía darse cuenta de que se había orinado. Lola lo observaba extrañada, ya que ni en las épocas de celo lo había hecho y, mucho menos, encima de la cama. Sabía que de por sí los gatos eran bastante pulcros con su pelaje y por eso podían pasar horas acicalándose. Le inquietó que aquel suceso tan extraño llegara a afectar al pobre animal, que maulló mirándola como disculpándose por lo sucedido. Lola sintió un escalofrío, sacudió la cabeza y cerró los ojos, pensando por un segundo si abrirlos, por si volvía a ver aquello. Los abrió en un suspiro y, para su alivio, todo parecía normal.

Se puso de pie mirando el desastre y la extraña marca que había dejado la mancha de orina todavía húmeda. En su imaginación veía una forma parecida al mapa de Brasil. Estaba a punto de esbozar una sonrisa al darse cuenta de semejante disparate, cuando la sorprendió otro sobresalto: la alarma del móvil que había puesto a las seis y cuarto. Se repuso de nuevo y, sin más tiempo para sustos, decidió irse al cuarto de baño para darse una ducha y quitarse aquel olor fuerte que le había dejado el pis de gato en el camisón.

Algo más tarde, secándose el pelo, miró el teléfono móvil de nuevo. Eran las seis y media y Kai no había leído ni contestado ninguno de sus mensajes. Tuvo el reflejo de volver a marcar, pero prefirió no fomentar más su paranoia y pensó que aún era temprano y que quizá Kai había terminado tarde en alguna reunión. Como apenas estaba amaneciendo, y en Londres serían las cinco y media de la mañana, su marido estaría en brazos de Morfeo. Se le vino a la mente sin poder evitarlo la pesadilla y sonrió al pensar en él, imaginándolo dormido en la cama con aquella rubia. Le daba rabia pensar en ello, pero le hacía gracia ponerse celosa de una simple pesadilla. Si decidía contárselo, que lo haría, las bromas con el tema les durarían meses.

Se preparó con esmero un abundante desayuno y arregló todo el desastre en el dormitorio. Al cabo de una hora, salió de casa tirando las sábanas directamente a la basura y se volvió a montar en el coche camino del psiquiátrico con tiempo de sobra. Aun así, aceleró con temeridad, saltándose incluso algunos límites de velocidad por las prisas de querer llegar cuanto antes. Estaba ansiosa por volver a ver a Sara y averiguar por qué tenía tanto interés en verla. Cuando se disponía a estacionar frente al psiquiátrico, vio al comisario en su coche, parado a su derecha, bajando la ventanilla para saludarla. Aparcó y se sentó junto a él, en el lado del conductor.

—Buenos días, jefe. ¿Qué tal has dormido?

—¿Por qué lo dices? —preguntó extrañado como si tampoco hubiera

tenido una noche tranquila.

—No, por nada..., solo preguntaba.

—Sabía que vendrías un poco antes y por eso estoy aquí. Tenemos algo de tiempo antes de que te reúnas con ella. Dígame, agente Blum, ¿a qué fue usted ayer a la escuela de música en Jerez? —un corto silencio llenó de tensión la escena—. Mira, Lola, confío en ti, pero si me mientes, que sabes que lo odio, pondrás en riesgo nuestra confianza y te conozco desde que eras una cría. ¿Por qué no me dijiste que ibas a ver al profesor Mejía? Te habría acompañado alguien. No tienes que contarme cada paso que das en tu vida personal, Lola, pero en lo referente al trabajo quiero saberlo todo. Es lo único que necesito para poder proteger a mi equipo. Y he perdido a varios en mi carrera por su propia incompetencia, además de a mi propia hija. Y tú también... ambos perdimos a Paula.

—Te recuerdo que, además, perdí a mi padre siendo muy joven en aquella intervención temeraria en la que estuvisteis involucrados. Según dice mi tía, mi madre nunca logró superarlo. A veces pienso que murió de pena.

—A eso me refiero, Lola, no quiero perder a más seres queridos. Mi mujer está ingresada en un psiquiátrico parecido a este, drogada de pastillas e intentando superar la muerte de Paula, que, para ella, aún está viva. Tiene alucinaciones, dice que la ve en sueños. Los médicos aseguran que tiene una depresión profunda y un trastorno bipolar, pero lo cierto es que está consumida por la pena —concluyó el comisario visiblemente afectado. Al instante se recompuso al darse cuenta de que había dejado escapar demasiados sentimientos.

—Tienes razón, Millán, te mentí. Sabes que si te lo hubiera contado no me habrías puesto a alguien para que me acompañara a Jerez, me habrías impedido ir, sin más. Puedes estar tranquilo, solo quería hablar con el profesor de música al saber que había estado implicado en el pasado en un suceso bastante oscuro con la familia. Y créeme que me ha servido de mucho. Él los conocía cuando todavía eran una familia normal, por lo menos aparentemente.

—Ya sabes lo que quiero que hagas, no le des más vueltas a un molino sin trigo. Cierra el puto caso que al final nos salpicará por algún lado. Lola, es tu oportunidad de ser comisaria en un futuro, no la cagues mezclándote más de lo debido. Vamos, tienes que subir y prométeme que te limitarás a escucharla e intentar sacarle la confesión. Aunque ya no sirva de nada, te dará muchos puntos y nos vendrá bien para el informe del caso —Lola odiaba cuando ponía

ese tono de «polisabelotodo» y miraba al cielo en señal de súplica—. Yo subiré contigo y te esperaré en la sala de control de la enfermería. Este edificio es de máxima seguridad. Como te decía, la tienen atada y ha pedido verte antes de que le den la medicación, que, por lo que sabemos, también contiene algunos sedantes. No te acerques a menos de un metro de ella, lo justo y necesario para que te cuente lo que sea. Esa mujer está loca y si ha pedido hablar contigo es probable que intente engañarte de algún modo. Ten cuidado, te lo pido por favor —terminó la frase abriendo las puertas del coche para que ella se bajara.

—¿Y qué hay de ti, Millán? —preguntó mientras bajaba la pierna derecha volviéndose hacia él en el asiento.

—Yo te esperaré en el control, te lo he dicho —contestó molesto, pensando que no había estado atenta.

—No, me refiero a... ¿cómo lo llevas? Dices que tu mujer está destrozada, pero a ti, a ti aún no te he visto derrumbarte, ni siquiera flaquear. Eso es peor, creo. Deberías de expresarte un poco más, apenas hablamos de Paula desde su muerte. Al principio, por estar inmerso en su búsqueda, y luego, por el duelo, pero siempre petrificado y sin mostrar tus sentimientos... Perdona, no quería recordártelo de nuevo, pero yo... también me preocupo por ti, no sé cómo eres capaz de contener siempre todas esas emociones que te deben de estar consumiendo por dentro.

Lola terminó la frase bajándose del coche y apoyándose en la ventanilla para mirarlo fijamente a los ojos, con la esperanza de ver escapar al menos un signo de tristeza. Entonces recordó que nunca lo había visto llorar.

—Estoy bien, no quiero que te preocupes. Lo que peor llevo es que Paula me ocultara aquel chivatazo que recibió y al que decidió ir sola sin ninguna protección, ni siquiera llevaba su arma. Me mintió, Lola, y nunca lo hacía — Lola leyó en su rostro un gesto de ira e impotencia, marcado por un fuerte apretón de dientes—. Me dijo que iba a pasar un par de días en casa de unos amigos. No te llamé entonces porque acababas de llegar de vacaciones. Aquello pasó y debemos aceptarlo. Paula no va a volver por más vueltas que le dé. A veces pienso que no fui un buen padre. Tuve delante al asesino y raptor de mi hija que nos mareó con la ubicación del cadáver y ahora me arrepiento de no haberlo matado con mis propias manos. Tengo grabada la cara de mi mujer cuando me preguntó por qué no le había matado si había tenido la oportunidad. Desde entonces no me dirigió la palabra, culpándome con su silencio de no haberme enterado en qué estaba metida nuestra hija.

Cuestionó hasta mi valía como comisario y la verdad es que creo que tenía razón... Ahora ve, no te entretengas que al final llegas tarde —y acabó de apurar su cigarro puro, a lo que Lola respondió con aspavientos apartando el humo.

—No te tortures, Millán. A mí también me mintió y era mi amiga. A su padre, o más bien, su jefe, pues no te bajabas del papel de comisario ni un minuto, quizás no se lo contara todo, pero a mí sí. Entonces supe que había cosas de ella que desconocía en absoluto. Aquello me dolió mucho como amiga, pero pudo más la pena de perderla y no volverla a ver más que el hecho de que me mintiera. Sin embargo, tú..., tú parece no pasar página, como si no quisieras rehacer tu vida. Por cierto, ahora me doy cuenta de que nunca fui a visitar a Esther. Sé que no es un buen momento para que te pida esto, pero me gustaría ver a tu mujer. No me atreví a pedírtelo antes porque sabía que vería a Paula en su rostro, cada vez se parecía más a su madre. Perdona, Millán, no quiero incomodarte, pero tiene que sentirse muy sola. Quizás le venga bien ver alguna cara conocida. ¿Qué te parece? —terminó pensando que aquello le haría sentir bien.

—Creo que no es buena idea, Lola, no sé si te reconocerá. Esa medicación la tiene en un estado de letargo constante. Te agradezco el detalle, Esther está bien, dentro de lo que cabe, pero no creo que te guste verla en ese estado. Ahora vuelve al trabajo, te necesito alerta y concentrada. ¿Me oyes? Eres la agente Blum y se hace tarde.

Llegaron al control de enfermería y Lola preguntó por la paciente. Se dio cuenta de que en el portafolios de la enfermera la tenían puesta con su seudónimo como escritora. Por este simple detalle supo que alguna de las enfermeras era fan de sus libros. Sara Watson, así se leía, para ellas era una persona conocida, una *celebrity*, y tenía una distinción especial. El resto de los pacientes eran un número seguido de la letra A o B dependiendo de dónde durmieran. Las enfermeras ya tenían anécdota para muchos años con aquella famosa ingresada en su clínica. Además, se sabía perfectamente el motivo por el que estaba allí y a Lola le pareció que tardaría muy poco en filtrarse la noticia.

Imaginó el informativo donde daban la noticia del hallazgo del cadáver de Isabella y una vez más un escalofrío recorrió su cuerpo. Su mente dibujaba la imagen de un televisor donde se mostraban las fotos más escabrosas del cadáver junto con la cara desencajada de Sara, tal cual la viera en la declaración el día anterior. Sacudió de nuevo su cabeza para poner en orden

sus pensamientos y alejarse de aquella fantasía oscura. Puso atención a la enfermera de guardia y advirtió que a su alrededor había un ejército de cámaras de vigilancia que controlaban todo el edificio.

—Buenos días, la última del pasillo, a mano derecha. Le abriré las puertas de control y la acompañaré hasta la puerta. Creo que quiere verla a solas. No tiene que preocuparse por nada. La interna está atada, pero no se acerque mucho, no sabemos cómo va a reaccionar. Estaremos vigilando constantemente por la seguridad de la interna y por su propia integridad. Está de acuerdo, ¿verdad?

—Claro, no se preocupe, sé lo que hago. Abra la puerta, por favor. Gracias por las indicaciones, veo que se toman ustedes muy en serio su trabajo. Aunque lo dudé por un instante al ver como se referían a ella en el portafolio, lo reconozco.

Lola hizo una crítica mental al recordar cómo nombraban a Sara en la ficha, algo más metida en la piel de una agente a la que no se le escapaba ningún detalle.

—Bueno..., eso es cosa mía, disculpe. Soy seguidora de sus obras desde hace años y solo es una broma inocente entre compañeras. Lo cambiaré si les parece mal —contestó la enfermera un poco avergonzada por la situación.

—No es necesario, no voy a meterme en su forma de trabajar. Es solo que me parece un poco macabro, e incluso paradójico, sabiendo que a ella este clima de los psiquiátricos le gustaba especialmente para sus tramas.

Caminó por el largo pasillo blanco y llegó a la puerta de la habitación donde se encontraba Sara. La empujó y entró, cerrándola tras de sí. Encontró una habitación de techos altos en la que la luz natural entraba por unos tragaluces del tamaño de un ladrillo aproximadamente, pegados al borde superior de la pared. Contaba también con luz artificial y una mesita auxiliar alta que usaba el equipo médico para atender al paciente.

Sara estaba tumbada en la camilla en una postura relajada, esperándola. Volvió la cara hacia Lola y le sonrió amablemente. Aquello era más espeluznante de lo que Lola había imaginado para aquel encuentro. Se había preparado mentalmente para ver de nuevo su rostro, pero no tenía nada que ver con lo que recordaba. Aquella mujer, aún con su limitación para moverse, no parecía sentirse cautiva por las correas. Era increíble cómo el gesto y hasta el color de su cara habían cambiado totalmente en una expresión de mejoría bastante notable.

—Buenos días, agente Blum. Veo que no ha traído flores, pero podría

llevarse las a mi marido por mí cuando vaya a su entierro...

Lola se quedó sorprendida al escuchar su mote, así solo la llamaban sus compañeros. Notó cierto tono de burla y una actitud altiva que no le gustaron nada.

—...A él le gustaban las plantas, se ocupaba del jardín y plantó un árbol con Isabella. Recuerdo que aquella tarde me esperaron con una barbacoa lista para celebrarlo.

Sara rompió a llorar, dejando ver la pena que la consumía por dentro.

—Siento mucho la muerte de su marido y también la de su hija. ¿Por qué lo hicieron, Sara? Su marido confesó antes de morir que no aguantaba más. Nos contó que usted la agarraba mientras él la asfixió y que luego la destripó. Se ensañaron con ella... ¿Qué les pasó, Sara?

—Olvide ese asunto, Lola, no quiera saber más. Le han estado pasando cosas extrañas últimamente, ¿verdad? Si valora lo suficiente su vida y la de sus seres queridos, manténgase al margen de este asunto, agente.

—No entiendo, ¿me está amenazando?

Lola sabía que aquella mujer tenía razón en algo: le habían pasado cosas extrañas, pero había querido pensar que todo era fruto del estrés.

—¿Ha dormido bien hoy? Parece usted cansada, como si hubiera tenido pesadillas... —dijo esta vez sonriendo con lágrimas resbalando por sus mejillas.

—Pues no muy bien, ¿cómo lo sabe? —contestó frunciendo el ceño, dejándola ver su desconfianza.

—Porque yo también he tenido pesadillas —y se volvió hacia la pared todo lo que le dejaba su postura—. No quiero estar atada, hágame un favor y saque su pistola. ¡Mátame! No quiero seguir viviendo. ¡Hágalo! —gritó esta vez desgarrada, provocando un sobresalto a Lola que se llevó la mano al arma por instinto.

—¿Me ha traído hasta aquí para pedirme que la mate? Me habían dicho que quería contarme algo...

Dejó un silencio en el aire para dejar paso a Sara, un recurso psicológico que había usado en muchos interrogatorios.

—Así es, quería decirle que sí, que ayudé a mi marido a matar a Isabella. Hágalo, vamos, ¿a qué espera? Soy una madre horrible, una asesina. ¡Acabe con esta tortura! —seguía gritando sin parar.

Lola ya tenía su confesión, además grabada por las cámaras de vigilancia, pero no era suficiente para ella.

—Si es una declaración, no era necesaria, las pruebas lo dicen todo, Sara. Ganas no me faltan de matarla, pero no funcionan así las cosas. Mi trabajo no es ejecutar personas por más atrocidades que hayan hecho. ¿Qué los llevó a matar a su hija? Ayer dijo que aquella no era Isabella, que su hija estaba muerta. ¿Qué quiso decir con eso? Usted tuvo varios abortos antes de... buscar a Isabella. ¿Se refiere a eso, a un aborto anterior? Si no era su hija ¿por qué la educaron como tal?

—Agente Blum, no entiende usted nada. Aléjese de esto, no soy la primera en avisarla —Lola recordó las palabras de Juan cuando le aconsejaba apartarse—, métame en prisión o deje que me pudra aquí dentro, pero olvide a Isabella y cierre el caso o lo lamentará, se lo aseguro.

Sara se volvió de nuevo hacia Lola, mostrándole esta vez un gesto asustado, como si estuviera recordando un episodio anterior, mientras negaba con la cabeza. La cara se le estaba desfigurando a la vez que sus marcadas ojeras se oscurecían en segundos. Lola sintió una caricia helada recorriendo lentamente su espalda hasta llegar a la nuca al ver el cambio que había sufrido el rostro de Sara.

—¿De verdad quieres saber?

«Otra vez la puñetera pregunta», pensó Lola para sí.

—Pues claro, es mi deber y quiero saberlo todo —contestó intentando controlar su inquietud con un ataque directo para volver a tomar el control de la conversación—. No juegue conmigo, Sara, ahórrese esa actuación de loca perturbada y dígame de una vez a qué se refiere.

—Ya no me quedan fuerzas. Es algo que teníamos que pagar..., un alto precio por las maravillosas cosas que nos fueron concedidas cuando creíamos que no había esperanzas. Un contrato oscuro con...

Sara empezó a gritar y a retorcerse, cambiando su voz y articulando sonidos que se manifestaban en aullidos de dolor que parecían estar quemándola por dentro. Se curvó en la camilla presa de violentos espasmos y rápidas contracciones, agarrando el colchón con fuerza como si hubiera recibido varias descargas eléctricas.

Lola no supo qué hacer y una vez más se quedó paralizada. Vio claramente cómo las correas se soltaban con suavidad. En unos segundos seis manos invisibles y a la vez desataban a Sara de las muñecas, la cintura y los tobillos. No le dio tiempo a reaccionar cuando la mujer se abalanzó sobre ella con la cara desfigurada y sosteniendo un bisturí en la mano para atacarla. Tenía la mandíbula exageradamente marcada, parecía que sus dientes se fueran salir

del sitio. Emitió un grito agudo a tal volumen que se pudo oír desde fuera de la habitación. Lola sacó su pistola por instinto y disparó a Sara a la altura del pecho, alcanzando el corazón en un movimiento certero y casi automático. El disparo se oyó en todo el edificio, seguido de un silencio sepulcral, mientras Sara caía al suelo a los pies de Lola. Su rostro se relajó antes de dar en las frías baldosas. Lo alzó para mirarla a los ojos y le dio las gracias.

—¡Una ambulancia, pidan una ambulancia! ¡Que venga un médico, por favor! —gritaba desesperada mientras intentaba presionar la herida de Sara que la miraba agonizando. Sangraba por la boca y en un momento de lucidez se volvió a dirigir a ella.

—Olvídese de Isabella... —le dijo con un susurro en la última exhalación de su muerte, mientras el hilo de su vida se rompía en los brazos de su ejecutora.

Entre tanto, en el control de cámaras el comisario, que lo había visto todo, bajó a toda velocidad un piso para llegar a la habitación en menos de un minuto. La enfermera que estaba en el puesto de la planta donde se encontraba Lola y él tardaron el mismo tiempo, mientras ella abría ambas puertas de seguridad. La chica entró en la habitación en primer lugar para socorrer a la enferma y cuando vio la escena miró a Lola con desconfianza.

—Le dije que no se acercara. ¿Por qué le ha quitado las correas? ¡Se lo dejé bien claro! —gritó la chica con impotencia.

La enfermera se llevó las manos a la cabeza en un intento de desbloquearla y poder reaccionar a tiempo. Tomó el pulso a Sara, que permanecía inmóvil y sin vida en los brazos de Lola. Esta reprimía unas lágrimas mezcla de frustración y tristeza al darse cuenta de que había perdido el control por completo.

—Yo no la he desatado, ha sido muy extraño, las correas debían estar sueltas. Se echó sobre mí, tenía un bisturí. Me gustaría saber cómo ha conseguido hacerse con un objeto tan peligroso.

—Pero..., ¿qué dice? —cuestionó con asombro al mirar la mano de Sara que todavía empuñaba el bisturí.

—Lola, ¿estás herida? Dame tu arma, por favor.

Esta vez intervino el comisario mirándola a los ojos e intentando tranquilizarla mientras cogía el bisturí hábilmente con un pañuelo para no contaminar las pruebas.

—Estoy bien, más o menos. Acabo de matar a la única testigo del asesinato de su hija junto con su marido justo después de su confesión.

Prefiero comentarte esto a solas, comisario —añadió entregándole la pistola y dejando a Sara en manos del equipo médico.

—Te juro que no la he desatado, Millán —dijo convincente—. Esa mujer se me echó encima de repente, me decía que la matara y reconoció haber agarrado a Isabella mientras su marido la asfixiaba con sus propias manos. Está loca, por un momento pensé que nos daría una confesión más completa por tener remordimientos, pero le cambió la cara, Millán. Parecía una *yonki* agresiva de repente, no lo puedo entender —se llevaba la mano a la cabeza negando todo el rato.

—Lo he visto todo, Lola, y he pedido ver las grabaciones de nuevo, el técnico ya las está preparando. Tendrás que acompañarme y, aunque estoy casi seguro de que no, si le quitaste tú las correas se nos va a caer el pelo. La enfermera vendrá a verlas. Hay que averiguar si en algún momento pudo despistarse y perder el bisturí. La cuestión es, ¿cómo se hizo con el objeto si lleva atada desde que la ingresaron? No te ofendas, pero hasta que se aclare el suceso, te sacaré de circulación para que los de asuntos internos no metan las narices. Te lo vas a tomar como unas vacaciones y no hay discusión posible. Dame tu placa, te lo pido como favor personal.

—No entiendo por qué debo dejar mi trabajo. No voy a cuestionar tu decisión, pero creo que hay cosas que aún no han salido y tienen que ver directamente con este caso y todo lo que lo rodea.

Lola entregó su placa a regañadientes esta vez negando por la decepción, pues era consciente de que no tenía opciones.

—Tenemos grabada la confesión, Lola, y son pruebas más que suficientes para cerrar el caso. Se les acusará de asesinato a ambos: a ella por ser colaboradora necesaria, obviamente, y a él como actor principal del asesinato. No hay nada más, los motivos en este caso no me importan... ¿Lo entiendes? Y a ti tampoco —sentenció—. Ya es bastante macabro encontrar el cadáver de una niña asesinada con ensañamiento por sus propios padres. Tú le disparaste en defensa propia y las pruebas están grabadas, así que del resto me encargo yo personalmente —concluyó el comisario.

Justo llegaban a la puerta de la sala de control donde esperaba la enfermera para ver las imágenes, abrazada a su portafolio como si se sintiera desprotegida.

—Yo misma le puse las correas, es imposible que se haya desatado sola —espetó la chica con la voz entrecortada, la mirada perdida y en completo estado de *shock*.

—Ahora podremos aclararlo, veo que ha traído su registro. Necesito algunos datos de esta noche que solo usted, habiendo estado en el turno de guardia, nos podrá aclarar —contestó el comisario invitándola a entrar en la sala.

—Sí, bueno..., no sé lo que necesita, pero aquí lo debo tener todo —y levantó su portafolio, nerviosa.

En ese momento solo se acordaba de su relevo que entraba en el turno de día junto con otras dos enfermeras más en menos de media hora. La misma a la que tenía que haber cambiado el turno en el que estaba, pero decidió no hacerlo. Pensó en el marrón del que se habría librado si hubiera sido un poco más flexible con sus compañeras.

Ya dentro de la sala el técnico tenía pausada la imagen. El joven tenía la cara blanca perlada por el sudor, como si estuviera viendo un fantasma. La imagen estaba parada justo en el momento en el que Lola entraba en la habitación. Había quince monitores de unas veinticuatro pulgadas cada uno emitiendo imágenes de las distintas zonas, controladas por las más de cien cámaras de vigilancia que había repartidas por todo el edificio. Aquel centro era más parecido a una prisión que a un hospital.

El técnico había activado el sonido de una de las pantallas, condenando el del resto de monitores. Iniciaron la revisión de la grabación con el gesto aprobatorio del comisario. El técnico estaba deseando volver a ver aquella imagen para comprobar que sus ojos no le habían mentado. Millán pidió entonces que lo pusiera un poco antes de que entrara Lola, por si acaso. El chico con un par de movimientos ágiles de sus dedos volvió a pausar la imagen, rebobinó unos minutos y paró la grabación de nuevo en un plano en el que Sara dormía. Hizo zoom en la imagen para que pudieran ver más de cerca la cara de Sara, pero controlando que el encuadre se distorsionara lo menos posible. Cuando fijó el primer plano, todos estaban atentos a la cara con gesto tranquilo de aquella mujer. De pronto, sus ojos se abrieron clavándose fijamente en la cámara, con lo que cada uno tuvo la impresión de que le estaba mirando directamente a los ojos. Se oyó un susurro que Lola entendió perfectamente, aquella pregunta que le taladraba el cerebro. Todos dieron un bote a la vez de la impresión, algo totalmente involuntario, a excepción del comisario, que permanecía impassible mirando fijo el monitor. El zoom se alejó de manos del técnico mientras se veía cómo Sara se giraba hacia la pared, dejando ver solo parte de su perfil en el que se distinguía perfectamente que tenía los ojos abiertos, pero como si con su postura quisiera mostrar que

estaba dormida. Una imagen inquietante que no superaría lo que les quedaba por ver.

Enseguida llegó la parte donde Lola entraba en la habitación. El comisario pidió ralentizar la imagen justo antes de que Sara se levantara de la camilla. El técnico, que entendió lo que quería ver, mejoró la imagen aumentándola y confirmando así, para asombro de la enfermera, que Sara estaba desatada.

—Ahí lo tiene, usted que estaba tan segura... ¡Estaba desatada! —espetó el comisario, increpando a la chica.

—No es posible, comisario, yo misma lo comprobé por la noche, la última vez que fui a verla.

—¿Y qué quiere decirme con eso? ¿Qué se las ha desatado un fantasma? Usted misma ha visto las imágenes, las correas estaban flojas, sobrepuestas ¿A qué hora la vio por última vez? —preguntó haciéndole un gesto hacia el portafolio.

—Pues a las tres de la madrugada entré una vez y... a las seis y pico, otra —dijo golpeando al lado de la hora anotada en las fichas imprescindibles de rellenar en las guardias.

—Usted busque las imágenes y las horas a las que entró.

El técnico habilitó otros dos monitores para este fin y puso la grabación de las tres y la de las seis respectivamente. En la primera la enfermera entraba en la habitación y no se dirigía a Sara, viendo que estaba dormida. Salía sin problemas y un zoom de la imagen confirmaba que las correas estaban atadas, quedaba bastante claro comparando ambas imágenes. En la grabación de las seis de la mañana, la enfermera entraba con una bandeja y un calmante.

—Creía que no le darían medicación antes de la visita —comentó el comisario— ¿Qué era eso que le puso?

—Un tranquilizante que no tiene más efecto que relajarla para que descanse otro par de horas.

La grabación seguía con la enfermera acercándose a los pies de la cama y al cabecero para comprobar que tenía las correas seguras.

—¿Lo ve? Se lo dije —dijo la chica aliviada—. Yo cumplo con mi trabajo, señor.

El comisario seguía mirando el vídeo sin prestarle mucha atención a la enfermera. Se veía cómo Sara se despertaba y le preguntaba lo mismo, que qué le iba a suministrar. Se oía claramente que la enfermera contestaba que era algo para que pudiera dormir un poco más, que no se preocupara, ya que podría despertarse cuando quisiera. La chica miraba la imagen orgullosa de

cómo había hecho su trabajo, con media sonrisa. En la grabación Sara le decía que se acercara. Ella dejaba la bandeja encima de la mesa y posteriormente acercaba su oído a los labios de Sara, aunque el micrófono de la cámara solo captaba susurros incomprensibles.

Llegados a ese punto de la grabación, la enfermera no recordaba nada de lo que veía, jamás se habría acercado tanto a Sara. Acto seguido se daba la vuelta para salir de la habitación, dejando allí la bandeja, como impulsada por una orden. Todos esperaban su regreso mientras la imagen parecía estar pausada. El técnico adelantó la grabación hasta que se observaba cómo la enfermera volvía con una de sus manos en el bolsillo. Sara le volvía a hablar, aunque de nuevo la cámara no pudo captar el sonido. La joven se acercaba a pocos milímetros de sus labios para poder oírla, se erguía a continuación como una autómatas y se dirigía a los pies de la cama, desatando las correas y dejándolas sobrepuestas. No podía creer lo que estaba viendo. Hizo lo mismo con las correas de sus muñecas y metió la mano en el bolsillo para dejar algo bajo la almohada.

—No recuerdo nada de eso, lo juro. Eso está manipulado —dijo mirando al técnico como si él hubiera podido montar aquello.

—Está grabado, Mónica, tú misma lo has visto. ¿Qué manipulación crees que puede haber ahí? —contestaba el aludido.

—No recuerdo nada, de verdad. No sé qué decir de lo que he visto.

Mientras tanto la cinta seguía emitiendo y, cuando la enfermera salía de la habitación, Sara volvía a mirar al objetivo, clavando su mirada en los observadores.

—¡Tú me matarás! —y dio de nuevo la vuelta hacia la pared para quedarse en la misma postura hasta que dos horas más tarde apareció Lola.

—Estas imágenes quedan confiscadas. De momento no hablen de esto con nadie y si se filtra algo tendré claro que salió de esta sala. Señorita, creo que su jornada va a acabar en comisaría, tengo que tomarle declaración. Eso que hemos visto no es normal. Tendrá que explicarle al juez por qué desató usted a la interna de forma claramente negligente.

—No lo recuerdo, señor, se lo juro. Solo sé que entré en la habitación, aunque es cierto que tampoco recuerdo haberle puesto el calmante. No puedo negar lo que he visto, pero fue contra mi voluntad. Yo nunca haría algo tan imprudente. Sería como saltarse la norma por excelencia de un centro de internamiento de este tipo. Llevo más de diez años trabajando aquí y jamás había vivido algo así. Esa mujer me hizo algo, de eso estoy segura.

—Mire, las imágenes son claras, aunque no será aquí donde se la juzgue, si es que ha cometido algún delito. Esperaré mientras me preparan las imágenes para el caso —dijo mientras sacaba a Lola para hablar con ella en privado—. Tú te vas a casa a descansar como te he dicho antes; yo me ocupo de todo. No le des más vueltas, está todo en las imágenes. Me llevaré a la enfermera para tomarle declaración. Ya están de camino dos de los chicos del equipo, no debes preocuparte.

—Pero, Millán, ¿has visto lo mismo que yo? Esa mujer le ha dicho algo y acto seguido esa chica ha ido como una zombi a cumplir su orden. Es de locos. O no hemos visto la misma imagen o yo estoy viendo cosas donde no las hay, no sé qué pensar.

—Más bien será lo segundo. Lola, estás cansada y lo que ha ocurrido no ha sido moco de pavo. Intenta olvidar esto poco a poco y recupera la normalidad. Te necesito al cien por cien en el departamento y quiero que sepas que nunca dudé de ti, solo tenía que verlo con mis propios ojos por segunda vez.

—¿Lo ves? Hay cosas que tú también necesitas confirmar por ti mismo, porque te hacen dudar. Eso me pasa con este caso. ¿Crees que hay algo siniestro en esas imágenes? —preguntó intentando ver alguna reacción—. No sé..., parece una especie de posesión o alguna forma de manipulación mental. Es como ver a un hipnotizador hacer un *show* en televisión. No me negarás que todo esto es un poco raro, ¿no?

—Lola, toma, bebe un poco de agua —le decía mientras le acercaba una botella que había sacado de las máquinas expendedoras—, intenta olvidar todo esto. En mis años de trabajo he visto cosas que no puedo explicar, pero, si tienen una resolución fácil, sin tenerse en cuenta según qué detalles, hay que aprovechar el atajo y cerrarlo sin más. Esto no es nuevo para ti. Mira, me recuerdas mucho a tu padre. Él fue el mejor compañero que tuve, pero también el más testarudo y por eso le pasó lo que le pasó. Perdona que sea tan directo, niña, te he visto crecer y sé que tu padre estaría orgulloso de ti. No te mezcles en asuntos que te puedan salpicar de alguna manera. A veces las cosas más inexplicables son solamente eso y no hay que darle más vueltas. Pero también te digo que la única responsable de que Sara estuviera desatada, le dijera lo que le dijera, es la enfermera, a la que le va a caer un puro que no veas.

—¿Mi padre? ¿Por qué me hablas de mi padre? Mi madre me decía lo mismo, que no podía parecerme más a él. Entonces estamos de acuerdo en que hay cosas inexplicables en este caso, ¿verdad?

—Déjalo ya, Lola, no quiero paranoias. Si la prensa se hace eco de la más mínima cosa, se van a inventar mil y una historias de fantasmas y demonios para enriquecer una noticia que se puede vender en la primera plana de cualquier informativo. No estoy dispuesto a estar esquivando tonterías de la prensa sensacionalista. Vete a casa ahora mismo y no me hagas que pida que te acompañen para comprobar que te vas a descansar.

Ella lo miró algo extrañada, primero le daba el caso y luego se lo quitaba. Estaba claro que Millán tenía prisa por cerrarlo, pero ella no estaba dispuesta a dejarlo estar. Había vivido de primera mano suficientes historias como para desvincularse así, por las buenas. Y si el comisario estaba seguro de ella como decía, ¿por qué la apartaba del caso? Se sentía defraudada y empezó a pensar que aquel hombre abatido que ella creía conocer era una persona bastante fría y egoísta. Lo veía como a un jefe «tocapelotas» que quiere que todo se haga como él dice y porque él lo dice.

Se volvió al comisario y le dijo:

—Perfecto, Millán, tú mandas, me voy a mi casa. Cuando me necesites para la declaración me llamas, estaré esperando. No puedo ocultar que estoy muy molesta, pues no veo necesario que me apartes así, sin más. Esto podría darles motivos suficientes a los superiores para que pregunten o indaguen. Pero no voy a cuestionar tus órdenes, no estoy en disposición. Ya nos veremos y que quede claro que quiero volver al trabajo cuanto antes —dijo mientras se metía la botella de agua en el bolso y le daba la espalda camino de los ascensores.

Un equipo médico sacaba el cuerpo de Sara en una camilla tapado completamente con una sábana. Al verlo, Lola revivió los momentos antes del disparo y sintió un leve mareo que controló mientras esperaba que el equipo médico pasara delante de ella. Salió del edificio tambaleándose. Sus movimientos eran lentos y apenas podía mantenerse en pie. En su cabeza, sin poder evitarlo, se repetía la dichosa melodía cuando, a penas a un metro de su coche, se hizo la oscuridad.



Capítulo 5

Terrores diurnos

Los sonidos cesaron. Lola se sentía mecida como en una cuna. A lo lejos escuchaba una voz distorsionada. Notaba pesadez en su cuerpo y le costaba reaccionar. En un esfuerzo sobrehumano, abrió los ojos y empezó a procesar la luz que recibían sus retinas poco a poco. Lo primero que sintió fue un dolor en la cabeza que la hizo despertar el resto de los sentidos al instante. Estaba en su cama y pronto reconoció una voz bastante familiar.

—¿Cariño, estás bien? ¿Cómo te encuentras? Millán te ha traído a casa — le decía su marido mientras refrescaba su frente con un paño húmedo.

—¿Cómo... en casa? ¿Kai? ¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar en Londres? —preguntó desorientada mientras le cogía la mano.

Aunque estaba más consciente, pensaba que todo había sido un mal sueño y no se había despertado para la cita con Sara.

—¿Qué hora es? Kai, tengo que ir a trabajar, tengo que ir a ver a Sara, me he debido quedar dormida en una pesadilla horrible.

—No, Lola, te has desmayado. Cuando te metiste en el ascensor, me sentí mal por haber sido tan tajante contigo y bajé las escaleras corriendo para buscarte. Ya habías salido y estabas casi a la altura del coche, cuando te paraste en seco y caíste al suelo desmayada sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo. Te diste un golpe en la cabeza — intervino el comisario.

Lola fue consciente al oír su voz de que no había sido una pesadilla.

—Lo primero que hice fue llamar a Kai, que me dijo que estaba llegando...

—Le pedí que te trajera a casa ¿Cómo iba a perderme el día de tu cumpleaños, cariño? —intervino Kai.

—Como tienes el médico cerca y parecías estar más dormida que otra cosa, a pesar del golpe, te metí en el coche para que el personal no montara más líos. Además, no me apetecía que te quedaras en aquel hospital ingresada. Pensé que, si Kai lo viera necesario, te llevaría a su clínica.

—Agua, necesito agua —Kai le acercó un vaso y le ayudó a terminar de incorporarse.

—Millán ha sido muy amable, él me aseguró que te traería no más tarde del mediodía, para asegurarse de que te daría la sorpresa, pero no esperaba

que vinieras así. Yo insistí en verte primero cuando me llamó, puro egoísmo personal. Además, sé que no estás pasando unos días muy buenos con ese caso. ¿Quieres ir a la clínica? Lo único que me faltaría es un análisis de sangre, por lo demás, está todo normal, a parte del chichón que tienes en la cabeza. No es tan grande, creo que te desmayaste antes y no por el golpe.

—Gracias, Millán, no me gustan nada los hospitales. Si hubiera podido elegir habría decidido venirme a casa. No te preocupes, no quiero hablar de eso con Kai delante. No te ofendas, cariño, es trabajo. No estoy de acuerdo con tu decisión, pero no tengo otra y creo que esto te da más razones para que descansen, aunque yo no lo necesito. No quiero ir a ninguna clínica, Kai —se dirigió a él mientras se tocaba el bulto a la altura de la nuca— Y lo de la analítica no creo que sea necesario, me la hice hace un par de semanas y salió todo perfecto, así que estoy bien.

—Bueno, eso ya lo hablamos luego, sabes que también puedo tomar la muestra y enviarla directamente al laboratorio, no hay problema.

—Lola, Kai, os dejo. Veo que estás despierta y en buenas manos. Tengo media hora para llegar al entierro del padre de Isabella. No debes preocuparte. Te he dejado tu placa en la mesita. La pistola me la llevo, solo para que vengas a verme en unos días. Tómame el tiempo que necesites, así descansas y hablamos de todo lo que quieras tranquilamente.

—No puedo hacer eso, estoy bien —dijo saltando de la cama sin darse cuenta de que estaba en ropa interior y con una camiseta de estar por casa— Quiero ir a su entierro, sé que puedo...

El comisario le hizo una señal para que se bajara la camiseta con la que casi se le veían las bragas. Ella al darse cuenta, tiró de un pantalón de chándal de Kai y se lo puso en dos segundos.

—Tú no puedes nada de momento, Lola. Te prometo que hablaremos cuando estés mejor. Feliz cumpleaños.

Había olvidado su propio cumpleaños. Estaba realmente afectada, eso estaba claro.

—Gracias por acordarte y por traerme, intentaré descansar, pero si te llamo, me mantendrás al tanto, ¿verdad?

—No lo dudes, pero no se te ocurra hacerlo en todo el día, que te conozco, o no será un descanso —sonrió mientras salía de la habitación.

Ella entendió por la placa y por su comentario que no la apartaría de momento mientras no se filtrara el nombre del agente que había matado a la acusada en defensa propia. Pensó que lo mejor era intentar relajarse y hacer

caso a su jefe. Al mirar a Kai con su gesto de aprobación supo que la guerra la tenía perdida. Se puso una bata fina que tenía en el armario, pues sentía un poco de frío, aunque la temperatura fuera más bien elevada aquella tarde.

—¿Tienes hambre? Puedo traerte algo y te quedas en la cama o puedes bajar conmigo a disfrutar del banquete.

—¿Banquete? ¿Qué banquete? Sí que tengo hambre. ¿Has preparado algo?

—Pues sí, un par de kilos de sushi, canapés variados, un asado con su salsa listo para servir... En fin, toda la comida para una fiesta sorpresa. Es de un *catering*, claro. Vino un poco antes de que tú llegaras. Feliz cumpleaños, preciosa.

Le entregó un regalo que por su envoltura delataba un libro.

Kai era detallista, pero las sorpresas no eran su fuerte.

—¿Fiesta sorpresa? ¡Pero si no venías en dos días! Además, ¿por qué no contestabas a mis mensajes? Sé que puedes estar un par de días incomunicado o muy ocupado, pero un «holacariñoestoybien» no hubiera estado de más...

—Bueno, no te enfades, no sabía cómo hacerlo. Estaba seguro de que, si te llamaba, ibas a notar algo. Te iba a escribir cuando supe que estarías ocupada como poco hasta la hora de comer. Eso me daba tiempo para ultimar todo y sorprenderte en casa con una fiesta sorpresa —le decía mientras se encaminaban a la cocina en la planta baja de la casa.

—¿Tú y yo solos con tanta comida? —preguntaba mientras sacaba una bandeja de canapés de la nevera atestada de alimentos.

—¿Pero cuánta gente viene? Kai, no sé si estoy sorprendida o asustada.

—No te preocupes, cariño, he cancelado todo. Supuse que no tendrías ganas de ver a nadie y menos de asistir a una fiesta sorpresa. Podemos comer y cenar durante días sin tener que salir de casa ni preparar nada y, si te apetece, otro día invitamos a tus amigos.

—¿Amigos, Kai? ¿Estás loco, a quien has invitado? No tenemos tantos amigos.

—Verás, cogí la lista de contactos de tu Facebook, la de tu móvil, y, como tenías el teléfono de casi todos los alumnos del instituto, se me ocurrió montar un grupo de whatsapp para reunir a todos tus conocidos —y le mostró la pantalla del móvil con los contactos del grupo.

—¿¡Queeé!?! No me lo puedo creer, mi prima Carmen, me la como. María, la profe de yoga; Marta, que no la veo desde el instituto. ¿Pero qué gazpacho has montado aquí, cariño? ¿¡Fran!?! Fran ha confirmado. Kai, ¿has invitado a mi primer novio del instituto? —le decía esta vez exagerando la pregunta—.

No me lo puedo creer... ¡Y el otro va y confirma!

—Pues, puede ser —dijo sonriendo—, creo que cuando me di cuenta ya tenía el gazpacho hecho, como tú dices.

—También ha confirmado Sofía, la ex de Paula, bueno ya me entiendes. Que fuerte, hacía mucho que no sabía de ella. Se quedó destrozada, pobre chica. Creo que tampoco lo superó. Sí que iba a ser una gran sorpresa después de todo. Aunque hay algunos a los que no tenía pensado volver a ver. ¿Cómo conseguiste el de Fran? Todavía estoy alucinando.

—Pues en el grupo del reencuentro de hace dos años al que no pudiste ir porque estábamos de vacaciones, ¿recuerdas?

Lola soltó una carcajada. Le pareció muy bonito que tratara de sorprenderla y se tomase tantas molestias, así que lo abrazó y lo besó, dándole las gracias a dos centímetros de su boca, mirándolo fijamente. Pensó que era un poco torpe, como siempre en esas cosas, pero era el mejor compañero que podía tener y el mejor médico. Además, lo amaba con todas sus fuerzas y se consideraba afortunada y feliz. Solo se entristeció por un instante, al acordarse de que no habían podido tener hijos, aunque las pruebas médicas arrojaron que todo estaba dentro de lo normal. No habían llegado al punto de plantearse la inseminación, algo de lo que quizás hablarían pronto, pues ambos lo deseaban.

Lola quiso hacer algo fuera de lo normal...

—Pues tendremos fiesta, es una pena de comida y no pienso pasarme una semana comiendo sushi por más que me guste. Voy a meterme en el grupo que hiciste para decirles a todos los que quieran venir, que vengan. Me apetece hacer algo distinto y está todo organizado.

—Pero, cariño, no creo que sea buena idea, además, tú misma lo has dicho: te he montado una fiesta con personas que no tienen nada que ver entre ellas. Y te has dado un golpe, ¿no será mejor que descanses?

—Y dale con el descanso, que me encuentre perfectamente, Kai, no te preocupes. Además, si quieres que me olvide durante todo el día del trabajo, me tendrás que mantener ocupada y creo que evadirme me va a venir bien. A ver, me meto en el grupo y les digo que vengan en un par de horas.

«¡Hola a todos! Y gracias por la sorpresa que, sin duda, me habéis dado. Me encuentro bien, ha sido solo un tropiezo tonto. ¿Qué os parece a los que podáis, si nos vemos en casa en un par de horas? Para la comida ya no dará tiempo y habréis improvisado algo, seguro, así que os esperamos con una merienda cena sobre las ocho».

Empezaron todos como locos a poner emoticonos de aprobación y dejaron

sus mensajes. Confirmó su asistencia casi toda la lista, a excepción de Sofía, que ni siquiera parecía haber leído el wasap. Ella era la persona a la que más le apetecía ver. En su último encuentro no habían tenido una conversación relajada. Sofía le reprochó a Lola por qué ella no sabía en lo que andaba metida Paula, su novia. En aquel momento no quiso echarle más leña al fuego. Lola le escribió después un mensaje en el que le decía que ella misma se hacía aquella pregunta cada día desde la muerte de Paula. En el mensaje que le envió entonces terminaba despidiéndose con un fuerte abrazo y le pedía que la llamara algún día para verse. Era lo último que juntas compartían escrito, ya que no recibió contestación tampoco entonces. Lo intentó en un par de ocasiones más, llamándola por teléfono, pero no hubo suerte. Decidió respetarla y no volvió a comunicarse con ella. Al poco rato, como si sus mentes estuvieran conectadas, ella respondió que iría.

Prepararon juntos el catering en la mesa que Kai aún tenía montada en el jardín. Un impresionante bufé digno de la fiesta de una *celebrity*. Subieron a la habitación para arreglarse, su marido se dio cuenta de la marca del hombro donde recibió el golpe de Sara.

—No quieres hablar de ello..., ¿verdad? —preguntó Kai con todo el tacto que pudo.

—No pude hacer nada, Kai, se me echó encima y, gracias a que había una cámara que lo grabó todo, se demostró que fue defensa propia. Al principio pensaron que yo la había desatado, incluso Millán dudó por un momento, aunque lo había visto desde el control de seguridad. No es que no quiera hablar de ello, es que me parece horrible: he matado a una persona Kai, eso no tiene vuelta atrás.

—Cualquiera en tu situación hubiera reaccionado de la misma forma — intentó consolarla.

—No estoy tan segura, no llegó a herirme. Si hubiera querido hacerlo lo habría hecho, solo buscaba que la matara. Me lo pidió en varias ocasiones y luego, cuando cayó a mis pies, me lo agradeció. Tenía que haber intentado quitarle el bisturí y ahora estaría viva...

—Ya estamos, deja de buscar culpas, Blum, hiciste lo que debías, si hubieras intentado quitárselo a lo mejor no estaríamos hablando ahora mismo. Cuando Millán me lo contó tuve claro que te desmayaste por el estrés. Pero me he asustado mucho, Lola. Si te hubiera pasado algo... no sé, qué haría sin ti.

—Es mi trabajo, Kai, y mi deber es precisamente afrontar riesgos por la seguridad de los demás. Creo que Millán quiere apartarme, porque me ve

incapaz; tenía que haberla reducido ¡joder! —dijo negando con la cabeza mientras se metía en la ducha.

Kai le dejó una toalla limpia colgada y no pudo evitar mirarla mientras el agua le corría por el cuerpo desnudo. Era una mujer preciosa de sinuosas y grandes curvas proporcionadas, que se cuidaba mucho en el gimnasio. Él tenía una magnífica genética, no definida por el deporte, pero sí por una vida sana en la que sacaba tiempo para correr de vez en cuando.

Era un hombre de músculos estilizados al que no le gustaba tener vello en el cuerpo, con lo que solía depilarse por completo. Ella se dio la vuelta y le sonrió mirándolo con picardía al darse cuenta del morboso momento de su marido observándola. No dudó al verla receptiva y se metió en la ducha cuando aún tenía los slíps puestos. Se los quitó mojados, dejando ver su sexo. Ella lo besó con rapidez, con la mirada perdida en un alarde de pasión, como si estuviera viviendo una aventura. Se había dado cuenta de que era la primera vez que lo hacían en la ducha y aquello le gustó más. Tenían buen sexo habitualmente pero aquel momento estaba embriagado por un clima extraño que los impulsaba a desinhibirse y dejarse llevar. Él la notó especialmente sexual y activa. El contacto de sus cuerpos desnudos y el agua caliente hacían que se intensificara aún más aquella sensación.

—Lola, tranquila, no debes excitarte tanto —dijo abrazándola con fuerza intentando abarcar cada centímetro de su piel con su la suya. Se besaron, acariciaron y mordieron con pasión.

El momento duró hasta que el acumulador de agua caliente se quedó sin existencias. Tuvieron que parar entre risas para terminar con los albornoces sobrepuestos, sudando, piel con piel, en un intenso orgasmo que dejó a ambos exhaustos. Al poco rato, cuando la ducha recuperó agua caliente, se volvieron a meter para enjabonarse mutuamente, cosa que también tenía su morbo. Kai aún no se había recuperado del todo y notó a Lola un poco extraña, como si siguiera ausente, en aquella escena sexual y excitante. Él se extrañó al verse una herida de arañazos bastante notable en la espalda, cuando veía cómo ella lo enjabonaba en el reflejo del espejo del baño, pero no recordaba en qué momento se lo había hecho. Sin duda, Lola se había dejado llevar y su desatada pasión la había llevado a herirle sin darse cuenta. Ahora que se la había visto, notaba el escozor de la zona, pero no quería parar a su mujer que seguía disfrutando de su cuerpo como si lo viera por primera vez.

De repente, Kai dio un respingo al ver una imagen distorsionada de Lola en el espejo. Sería por estar empañado, pero su cara parecía desfigurada,

aunque si la miraba delante de él, su cara era perfectamente normal.

—¿Lola, estás bien? Te noto distinta. Hacía mucho tiempo que no hacíamos nada nuevo, me ha encantado y como sigas así... uff, me van a dar ganas de repetir. ¿Blum...? ¿Me estás oyendo? —Lola lo miraba fijamente, pero no le contestaba, seguía ensimismada como si no fuera con ella.

Al abrir el agua más fuerte para enjuagarse, ella reaccionó por fin y lo miró diciéndole que había sido su mejor sexo desde hacía años. Kai sonrió satisfecho y le enseñó la espalda con un gesto exagerado de dolor, aunque solo le escocía un poco.

—Estoy mejor que nunca, pero te he arañado, madre mía no me había dado cuenta, ¿te duele?

—No mucho, me escuece un poco, pero compensa. Aráñame todo lo que quieras, cariño —contestó de broma con cara de satisfacción.

—Te juro que no me había dado cuenta, de repente he sentido una explosión de mis sentidos y no podía parar.

—Ni yo quería que pararas. Por cierto, volviendo a la conversación de antes, creo que Millán tiene razón: tienes que descansar. Sabes que no me gusta meterme en tus cosas, pero hace más de un año que no coges vacaciones y tú no eres *superwoman*, te vendrá bien. Además, tengo buenas noticias: me han ascendido, ahora soy jefe de urgencias y hasta dentro de cinco días no tengo que volver —decía mientras le secaba la espalda ya fuera de la ducha.

—De momento descansaré un par de días, luego ya veremos, no puedo dejar el caso a medio cerrar. Aunque Millán se ocupe de todo, no me quedaré tranquila y lo sabes. Hay cosas de esa familia que me dan escalofríos y no solo por el asesinato en sí.

—Millán dice que debes olvidarte, que está más que claro y cerrado... y que, con tu ayuda, la asesina declaró antes de morir, aunque ya no hiciera falta. Debes hacerle caso, me ha dicho que no te dejara ir a comisaría antes del jueves, así que tienes dos días para hacerte a la idea.

—No te prometo nada, yo creo que hay algo más. Claro que, él no quiere un caso complicado en sus archivos cuando le quedan cinco años para jubilarse, y este caso lo es. Es más fácil dejarlo estar. Y puede ser la base en la práctica de la criminología: hay un asesinato, un cadáver y unos responsables del asesinato. Hasta las posibles armas del crimen y un móvil como la locura. Realmente está todo, por eso es raro, porque está preparado, orquestado con un final. Pero ¿y el resto? El resto está en la investigación y en saber por qué motivo sucedió todo. Ya sabes que yo me hice policía

precisamente para esclarecer sucesos y ayudar a los inocentes, pero aquí parece haber pocos. Isabella es al final la damnificada y fue brutalmente asesinada. No quiero un trabajo cómodo, así aterricé en homicidios, porque sé que hasta el crimen más escabroso tiene un motivo detrás y este caso en especial tiene tantos claros, que se oscurece en cada nueva revelación — acabó poniéndose la ropa interior con una toalla pequeña enrollada en la cabeza.

—Sé que te apasiona tu trabajo y por eso somos tan compatibles, porque entiendes mis ausencias y las horas que dedico a mis investigaciones. Sé de lo que hablas, el trabajo que más me gusta es el de laboratorio. Curar es una pasada, pero no depende de uno y puede ser muy ingrato descubrir una realidad no siempre agradable. Pero estoy de acuerdo con Millán: este caso está resuelto e indagar más puede hacer que salgan a la luz temas que toquen la sensibilidad de la gente y, desde luego, esto es carnaza para la prensa más dañina. Por cierto, tengo muchas ganas de que abras el regalo. Lógicamente es un libro.

—¡Venga ya! No me había dado cuenta... —y sonrió cogiendo el regalo con cara de sorprendida un poco forzada para hacerle reír.

—Espera, quiero decirte algo antes —y le puso su mano en las suyas que ya estaban desembalado el regalo con el que se llevaría una sorpresa—. Lo primero: todavía estoy alucinado, pensaba que me ibas a odiar por la fiesta y de repente parece que estás encantada. Y lo segundo: ya sabes que soy un poco torpe, lo compré hace más de una semana, y me enteré por ti hace un par de días de que una de las autoras que leías estaba mezclada en un caso de asesinato. No supe quién era Sara Watson hasta que me contaste lo del caso, así que espero que te guste, aunque creo que es un poco raro, quizá no debería habértelo dado después de lo que ha pasado.

—Bueno, por lo de Sara no te preocupes, tengo hasta curiosidad por saber qué libro es. El resto tú no podías saberlo, así que haces bien. Si de casualidad hubiera usado tu cuenta de Amazon para comprar, se te habría destripado la sorpresa de todas formas. Y la fiesta, bueno, ya me conoces, si llega a ser una sorpresa me habría dado un infarto y te habría dejado de hablar por lo menos media hora —le decía de broma. Sentía ternura por él, todo se le torcía al pobre—. Pero de pronto he tenido una... —y no le dejó terminar.

—Tienes una corazonada. En serio, me das miedo, Lola, la última vez que dijiste eso, nos perdimos en Tailandia. Menos mal que aquel complejo era todo propiedad del hotel y al rato conseguimos orientarnos.

—No, en serio, esta vez es distinto y, si viene Sofía, para mí es importante. Mira, cuando el pasado se muestra al presente es por algo del futuro. Paula ya ha salido un par de veces en estos días, por lo tanto, ahí tienes la conexión. ¿Quién me iba a decir a mí que iba a ver a Sofía? ¿Estoy loca verdad? —y se rio de nuevo, esta vez ya arreglada con un sutil maquillaje.

—Me da igual, lo que me importa es verte feliz y que te duches conmigo más a menudo —esta vez sonrió él—. Solo te pido que tengas cuidado con lo que buscas en el caso, también sabes que puede no salir bien. No me gustaría que te obsesionaras por encontrar algo que te pueda herir más los sentimientos que otra cosa, y no me refiero a Sofía, me refiero al caso lógicamente. Esa pequeña no lo tuvo que pasar muy bien y por eso te digo que entiendo al comisario.

—No te preocupes, seré prudente y cambiaré el calentador de agua por uno con más litros —y ambos rieron a carcajadas mientras ella desenvolvía el regalo.

Observaron la portada y comprobaron que se trataba del último *bestseller* de la escritora. Se titulaba «La oscuridad del alma y otras maldiciones». Con ese título no pudo reprimirse a abrir las primeras páginas en las que aparecía una nota previa a la novela que decía lo siguiente:

«Mi alma ya no es mía, es de otro ser, y yo no puedo hacer más que compartirla para no perderla del todo. No te das cuenta de que no la tienes hasta que notas el tremendo vacío. Cuando nada te llena y la vida te pesa una tonelada, cuando tu felicidad se vuelve tristeza y todo lo que has deseado se cumple, pero nada te satisface; cuando todo a tu alrededor es oscuro y tu luz se apaga lentamente y la luz de los otros te molesta, es que has perdido tu alma».

A Lola le parecía que Sara estaba describiendo su depresión.

—Cariño, date prisa, los invitados están a punto de venir —le cortó Kai, haciéndola volver a la habitación de nuevo—. Vamos a hacer lo siguiente: yo bajo a recibirlos, los voy pasando al jardín y les voy sirviendo algo de beber, mientras tú terminas de arreglarte. No creo que se retrasen por cómo se han dado las cosas. Seguro que llegan puntuales, tu malestar ha creado algo de expectación. Por muy poco que te guste el protagonismo, hoy te va a tocar, agente Blum.

—Perfecto, si es que piensas en todo. Muchas gracias, Kai, siento haberte estropeado la sorpresa.

—¿Encima dices eso? Tú no tienes la culpa, cariño. Además, tengo otra sorpresa y no aceptaré un no por respuesta.

—Otra sorpresa, no... Bueno, sí... No me digas que has contratado un *stripper* —intentó seguirle el juego bromeando.

—Si quieres que me desnude delante de todos vas a tener que drogarme o hacerme beber todo el vino que puedas, yo hoy por ti hago lo que quieras —la cogió de la cintura y la besó—. Toma, y es obligatorio hacer justamente lo que hay en ese sobre, tómalo como una prescripción médica.

—Esto..., Kai, eeh... no sé qué decir —comentaba mientras abría el sobre para ver el contenido. Antes de abrirlo, leyó una nota que rezaba lo siguiente:

«A mi compañera, con todo mi amor. Solo tienes que elegir dónde y yo te seguiré».

—Qué mono, hacía mucho que no te ponías tan ñoño.

Abrió el sobre y encontró una tarjeta donde se leía:

«Vale por unos días de vacaciones a donde tú elijas. Canjeable en cinco días siguientes».

Lola se quedó un poco parada. Tenía encima un caso pesado que no la dejaba actuar con normalidad. Para colmo, estaba a punto de celebrar su fiesta de cumpleaños y, aunque por un lado le gustaba la idea, por otro, sentía un poco de agobio al pensar en tener a tanta gente cerca, teniendo en cuenta lo extraños que habían sido los últimos días. Ahora, plantearse desconectar de aquello y hacer un viaje era poco menos que impensable.

—Verás, Kai, me hace mucha ilusión, de veras, pero el momento es un poco complicado... —antes de que terminara de decir nada, saltaron mensajes y vibraron ambos teléfonos al recibir notificaciones en el grupo, a la vez que el timbre de la casa sonaba.

—Bueno, lo hablamos luego. No te preocupes ahora por eso, solo quería que lo pensaras. Voy a bajar a abrir, que llegan los invitados.

Ella ya estaba lista y esperaba un poco para intentar encontrarse con todo el mundo a la vez. Llegaron casi todos, a excepción de Sofía. Pudo oír al grupo comentando mientras se reunían en la cocina, donde Kai les servía unas bebidas y les decía dónde estaba todo para que la siguiente se la sirvieran ellos sin problemas. Todo estaba dispuesto: vasos, hielo, limones cortados, varios cócteles de especias, para esos modernos *gin-tonic* que estaban tan de moda, aunque a ninguno de los dos les gustaran. Pensado sin faltar detalle y lo suficientemente cómodo como para que cada cual eligiera entre un sin fin de posibilidades. Kai no había calculado bien y había comprado dos botellas de cada cosa por si acaso.

Los invitados llevaban más de un cuarto de hora en el jardín y Kai había

avisado de que Lola estaba haciendo una llamada importante y bajaría en cuanto pudiera. Pensó que una mentira piadosa no haría daño a nadie y así se empezaría a integrar entre ellos. Era curioso ver a varios grupos y algunos que se preguntaban de qué se conocían o si se habían visto en algún otro sitio.

Lola salió de la habitación y comenzó a bajar la escalera con los nervios de una quinceañera. Había tomado sin querer mucho más protagonismo del que quería o necesitaba en ese momento. Se agobiaba de nuevo y trató de respirar hondo mientras bajaba con tranquilidad, retocándose el pelo y mirando sus pasos. Oyó el timbre y por inercia gritó:

—¡Ya abro yo!

Kai llegaba a la cocina por el jardín que dejaba ver casi toda la planta diáfana. Vio a Lola acercarse a la puerta, se dio la vuelta y siguió atendiendo a los invitados.

Era Sofía que venía con su pareja. Una chica algo menor que ella con un *look* bastante actual y urbano. Ella se presentó directamente, pues Sofía se quedó sin reacción al ver a Lola. Le recordaba a Paula. No se parecían mucho físicamente, pero tenían muchos gestos y expresiones que habían mimetizado, como era normal, en dos amigas inseparables desde que eran pequeñas.

—Soy Lola, encantada —la chica respondió, se llamaba Laura y tenía una voz muy dulce para nada compatible con su imagen algo más dura— ¿Qué tal estás, Sofía? —la abrazó con fuerza y esta le respondió con lo mismo, pero no quiso propiciar aún ninguna conversación porque entendió que la situación era violenta para ella.

Las invitó a pasar y llegaron a la cocina de donde había salido Kai para recibirlas también. Les sirvió unas bebidas y entraron a la vez al jardín donde todos gritaron entre aplausos:

—¡¡Sorpresaa!!

Se sentía un poco ridícula. Le pasaba siempre y aquel año no iba a ser menos. Agradeció la asistencia a todos un poco cortada, saludando uno por uno para quitarse de encima el primer contacto. Pensó que debía relajarse. Los invitados estaban cómodos y todos se alegraban de verla bien, sabiendo que había tenido un desmayo. Decidieron, cuando bajó a petición de Kai, que no le hablarían del tema para que disfrutara de la fiesta. Todos acataron encantados la propuesta.

A la hora más o menos ya había intercambiado momentos con casi todos los presentes como buena anfitriona. Rio con Fran, que le regaló un piropo incluso delante de su esposa, a la que parecía no haberle hecho ninguna gracia.

Sin duda su aspecto había mejorado desde que Fran la conocía y ahora era una mujer todavía más atractiva si cabe.

Cerca se encontraban Sofia y Laura, que hacían un brindis cómplice. Lola esperó a que acabaran y a continuación le hizo un gesto a Kai para que se acercara a las chicas con una bandeja de mojitos recién preparados. Laura no tomaba alcohol y Kai le dijo que le acompañara a la cocina. Fue bastante hábil y encontró el momento perfecto para dejar a Lola con Sofia, a solas, a lo que la chica accedió encantada entendiendo el mensaje. Tenían cerca un jazmín que envolvía el jardín con un aroma natural y sobre el que Sofia comentó para romper el hielo.

—Sí, huele bien, si te pones muy cerca puedes terminar colocada — contestó Lola para quitarle la tensión al encuentro.

—Lola, siento no haberte llamado, pero no podía... Mis fuerzas, más bien mi egoísmo, no me dejaban pensar en otra cosa —se disculpó.

—No me pidas perdón, yo tampoco lo hice, pero pensaba que no querías entonces y que ya encontraríamos algún momento más adelante como este para hablar —la abrazó y le acarició la espalda para intentar darle consuelo. Sofia empezó a llorar tratando de que nadie se diera cuenta.

—No pude hacer nada, no sabía en qué andaba metida. Algo de unos traficantes, me dijo, y algo sobre un chivatazo de un informador suyo. Pero ya llevaba unos días muy rara. Hacía días que no me tocaba y empezó a tomar unas pastillas que luego supe que eran una medicación para la esquizofrenia. Por lo que sé, acababa de empezar el tratamiento. Llevaría apenas un par de tomas, las cajas estaban casi enteras. No supe de su enfermedad hasta que me lo dijo su madre y luego no soporté que Paula, su padre..., tú y todo el mundo, me lo ocultara.

—¿De qué hablas, Sofia? ¿Esquizofrenia? No tenía ni idea de eso —le preguntó asombrada para asegurarse de que no se había equivocado— ¿Su madre te contó eso? ¿Y Millán también lo sabe? —preguntaba cada vez más descolocada.

—Pues claro, es una de esas cosas congénitas en su caso y que, en cualquier momento de su vida le podía dar la cara. Lo que sí te puedo decir, es que algo malo le estaba pasando y entonces no me di cuenta. Su ausencia lo oscureció todo y solo pensaba en que un hijo de puta mal nacido, la había matado, quemado y se había deshecho de sus restos ¿Pero tú crees que verdaderamente Paula era tan vulnerable o descuidada? Quizás un poco imprudente e impulsiva, pero no sé cómo se pudo dejar secuestrar por un solo

individuo que la engañó para conseguir dinero y luego la mató porque es un psicópata. Está todo tan atado que asusta ¿no crees? Claro que su padre lo sabía, él me lo confirmó cuando supo que fui a ver a su mujer a salud mental —Lola recordó su conversación con Kai por la tarde y cómo describía tal coincidencia en el caso de Isabella y cómo lo veía todo muy atado...

—Ahora sí creo que teníamos que haber hablado antes. Yo no sabía nada, ella nunca me contó nada de una enfermedad como aquella. Cuando pasó todo y se encontró su ropa, también se cerró como un caso de asesinato y desaparición resuelto sin más. El dolor y mi implicación han hecho que nunca fuera ver a su madre y tampoco hablara contigo. Ahora también me siento egoísta y Paula..., seguro que me necesitaba cuando yo estaba de vacaciones.

De pronto empezó a sentirse mal y vio la cara de Sofía desfigurarse por completo, vio a Paula en su rostro diciéndole:

—Lola, despierta, no estás dormida, despierta ¿De verdad quieres saber?

Gritó asustada y se echó hacia atrás mientras Sofía la miraba extrañada. Empezó a convulsionar de pie delante de todos los presentes y a curvarse en posturas imposibles que hacían que todos se apartaran. A los pocos segundos cayó de nuevo al suelo, esta vez con los ojos abiertos y con todos los músculos del cuerpo en tensión.

—¿Qué ha pasado? —preguntaba su marido mientras se arrodillaba para atenderla.

—No sé, parece que ha visto un fantasma. Estábamos hablando de Paula y... de pronto ha empezado a gritar su nombre y se ha caído al suelo. Bueno, antes ha tenido un momento en el que su cuerpo se ha tensado de una forma violenta y es cuando ha caído.

Kai no lo había visto por estar en la cocina con Laura, pero las caras de los presentes eran suficiente prueba.

Todos estaban pendientes de aquel suceso. A los que estaban más cerca les impactó ver la cara de Lola en aquel momento. Ahora parecía estar en trance, como en un síncope que no acaba de terminar y ante el que Kai, por un momento, no supo reaccionar. Llegó por detrás Laura, que le metió un pañuelo en la boca para que no se mordiera la lengua y Kai se lo dejó, controlando que, aunque agitada, respiraba bien. A los pocos segundos cerró los ojos y su cuerpo se relajó haciendo a los presentes suspirar de alivio.

El la llevó al sofá con ayuda de las chicas y despidió a todos emplazándolos a quedar en otro momento; estaba claro que la fiesta había terminado y ninguno tenía ganas ni de acabar su copa.



Capítulo 6

Pregúntale a Barbie

Paula estaba en mitad de la investigación de un caso de abusos del que no tenían ninguna prueba física y que le estaba dando bastantes quebraderos de cabeza. Se encontraba en casa después de un duro día de trabajo, esperando a Sofía, que llegaría pronto del hospital. Estaba haciendo horas extra como enfermera en la planta de digestivo en el Carlos Haya en Málaga. Paula revisaba el móvil y los antiguos mensajes de sus contactos, cuando vio el de una amiga que le había recomendado una profesora de yoga muy buena. A Sofía no le gustaba nada el yoga y lo sabía de sobra, pero se le ocurrió proponérselo a Lola, a ella la convencería seguro, por lo menos quedarían más a menudo fuera del trabajo. La llamó, aun sabiendo que estaba empezando sus vacaciones. Calculó que en México se acabarían de levantar o ya llevarían un rato en la playa.

—Hola “loca” ¿Qué tal estáis? —así la llamaba desde pequeña cuando la quería picar por algo.

Su relación con Lola era lo más parecido a tener una hermana, pero además eran buenas amigas.

—Tía, con mucho estrés, llevo cinco minutos en el bar de la piscina en remojo esperando a que me pongan un *margarita*, ¿te lo puedes creer? De verdad, estoy deseando volver al trabajo —contestó entre carcajadas con Kai, al que también se oía de fondo— Y tú, ¿qué tal sargento? ¿cómo estás, cómo llevas el caso? ¿Alguna novedad?

—Uf, no quiero ni hablar de eso, Blum, yo sí que estoy estresada y no lo digo de coña, como tú. Me está volviendo un poco loca y creo que necesito evadirme. Cuando vengas te cuento mejor, que ahora no es momento de que te llene la cabeza con movidas, tú disfruta. Por cierto... ¿nos apuntamos a yoga? Tengo el teléfono de una profesora muy buena que me han recomendado.

—¿¿Yoga?? Pero si no puedo parar quieta, no me veo yo una hora meditando sin moverme.

—Que no, Blum, no seas cateta —y rieron a carcajadas poniéndose en situación—. No es solo meditación, por lo visto hay niveles muy difíciles en los que hacen falta años para hacer algunas posturas.

—Uy, eso mismo me pasó a mí con el sexo, me hicieron falta años para asimilar alguna postura —y volvieron a reírse, de nuevo acompañadas por Kai.

—Qué tía, siempre eres la misma. ¿Ves? Esto es lo que me hacía falta: reírme contigo. Ya te echo de menos.

—Pero si no te ha dado tiempo, llevo fuera dos días. Anda, te acompañaré a yoga la primera clase, pero no te prometo continuar. Ahora me voy a tomar otro *margarita* a tu salud, que me seduce mucho más que el yoga. ¿Oye, que tal Sofía? Sigue haciendo guardias, ¿no? Kai quería hablar con ella, por lo visto el supervisor le preguntó si conocía a alguien para una vacante en la clínica. Mira, hacemos una cosa, hace meses que no cenamos en casa, nos juntamos y me cuentas lo del caso. Así estos se pueden poner a lo suyo. Si es que... tenemos hasta las parejas compatibles. Como no quisiste nada conmigo en su día y me «hiciste la cobra».

—Lola, no te «hice la cobra» —decía sin poder aguantar la risa—, tú me ibas a besar por compasión cuanto te conté aquello de que nunca había besado a una chica... Mira tonta, te lo tenía que haber robado.

—¿El marido? —preguntó con sorna.

—El beso, gilipollas, ahora tendríamos otra anécdota para contar a los nietos. Por cierto, acabo de caer ¿Qué tal lo lleváis? Habéis hablado, imagino...

—Sí, nos hemos decidido, vamos a ser padres. Ya dejé los anticonceptivos y Kai está encantado con la idea. ¿Te acuerdas la de vueltas que le di pensando que no le iba a hacer gracia? Pero está encantado, así que nos pondremos a ello y el Caribe es un sitio perfecto. Nos vemos en quince días y no te rayes con el caso. Intenta mirar las cosas desde fuera. Nada más llegar, te llamo, quedamos y me pones al día —colgaron al unísono quedándose con una extraña sensación, como si el pasado les estuviera dejando alguna señal, pero que ninguna supo interpretar.

Paula tenía un cuerpo esculpido de gimnasio y también buena genética. Estaba bastante tonificada, pero solo se le notaba en bañador o ropa interior. De piel morena y ojos claros e intensos tirando a violeta; de esos ojos únicos de un color tan singular, que eran casi hipnóticos. No solía maquillarse y con que se marcara la raya del ojo, llamaba la atención. De estatura media y carácter afable, normalmente la tenían que sacar a rastras de casa, pero cuando se animaba, no tenía prisa por volver. Vivía con Sofía y su gato Gustavo, al que trataban como el rey de la casa. Era el inseparable de Paula, se enroscaba

en sus piernas hasta cuando iba andando. A Sofía no le hacían mucha gracia los gatos ya que le daban ataques de alergia cuando se les caía mucho el pelo.

Paula se preparaba un baño caliente para relajarse, cuando recibió una llamada al móvil que la mantendría en vela toda la noche. Era del hospital de salud mental, donde estaba ingresada su madre.

—¿Paula Millán? —preguntó una voz femenina. Era la psiquiatra que la trataba—. Verá, su madre lleva pidiendo todo el día que la llamemos, no deja de repetir que quiere hablar con usted...

—¿Qué me dice? Pero si la última vez casi ni se acordaba de mí...

—Por eso, es como si tuviera un despertar de su depresión, está más consciente y participativa. Creo que por lo menos debería usted de disfrutar de verla así. Habla con todos con mucho ánimo. Íbamos a llamar a su padre, pero ella insistió en que usted fuera la primera a la que debíamos avisar.

—¿Ha preguntado por mí...? —no pudo evitar emocionarse—. No se preocupe yo me encargo de avisar a mi padre. ¿Puedo ir ahora?

—Bueno, es un poco tarde. En realidad, la llamaba para que viniera mañana, pero dado el caso y estando de guardia, no me importa recibirla y que la vea. ¿Vive usted cerca?

El hospital era privado, lo costeaba su padre desde que su madre cayó enferma con la certeza de que era el mejor sitio en el que podía estar.

—No, pero en menos de veinticinco minutos puedo estar ahí. Gracias, doctora... Sánchez, ¿verdad?

—Eso es, pregunte por mí en el control de acceso, ya habré avisado de su visita.

Se vistió a toda prisa y corrió todo lo que pudo hasta el garaje donde estaba aparcado su coche. Tenía en la cabeza las palabras del acusado contando lo que había vivido con Isabella ¿Y si el profesor era inocente y la madre de Isabella estaba loca? ¿Y su hija, arrastrada por ella, iba por el mismo camino? Se acordó de nuevo de su madre en el hospital y volvió a poner toda su atención en la carretera para no despistarse. Iba a toda velocidad, estuvo tentada de sacar la sirena de emergencias, pero no sería ético que utilizara su posición para beneficiarse. Intentó tranquilizarse, pues estaba dándole más vueltas de las que debía. Entre tanto, recordó que su madre, antes de caer en aquel oscuro agujero de la depresión, había hablado con ella y le había dicho que quería separarse. Al principio no le dio mucha importancia y se limitó a preguntarle si era feliz. Su contestación era lo que no esperaba: «Ese no es el caso. He sido feliz durante años, pero ahora las cosas

son distintas. He estado engañada durante todo este tiempo». Paula no intentó indagar más. Más adelante supieron que todos aquellos sentimientos contradictorios eran parte de su enfermedad. Tuvo brotes en los que decía que veía sombras difusas en sueños y que esas sombras venían a por ella. Despertaba gritando y diciendo que estaba llena de sangre o que estaba ardiendo. La asaltaban pesadillas nocturnas en un agónico despertar semiinconsciente. Paula recordaba aquellos momentos como los peores de su vida. Presenció un intento de suicidio en primera persona de su madre antes de que la empezaran a medicar en salud mental. Luego todo cambió, cuando uno de los tratamientos de ansiolíticos y antidepresivos dejó al descubierto una enfermedad durmiente: la esquizofrenia, con la que justificaban todos aquellos episodios de manías persecutorias, autolesiones y alucinaciones.

Paula estaba preocupada por los acontecimientos de los últimos días. Desde que estaba metida en el caso, le habían sucedido cosas extrañas. Seguía ensimismada en sus recuerdos cuando una fuerte pitada de un coche la hizo pisar a fondo el freno y tensarse en el asiento. Por suerte llevaba unos minutos en un semáforo parada y se había puesto la señal verde, por segunda vez. El conductor que tenía justo detrás aporreaba el claxon insistente, apenas a dos segundos de abrirse el semáforo. Ella sacó el brazo indicándole que se calmara, siguió su marcha y en pocos minutos llegó al hospital. Preguntó por la doctora en el control de acceso sin bajarse del coche y le dieron un pase de visita para que lo mostrara al personal si era necesario. Registraron sus datos y le dieron paso levantando la barrera metálica. Aparcó cerca de la puerta. Tenía intención de volver antes de que llegara Sofía a casa. No quería contarle nada de momento, pues era bastante aprensiva y podía preocuparse. Subió dos pisos a zancadas, no le gustaban los ascensores, pero con su forma física una simple escalera no suponía ningún problema.

Llegó a la planta donde estaba su madre y se dirigió al despacho en el que normalmente les atendía la doctora. Reconoció perfectamente aquel olor acre y penetrante que odiaba de los hospitales. Se le revolvía el estómago si pasaba más de una hora allí dentro. Se dio cuenta de que era la primera vez que venía sin su padre y se sintió culpable de no habérselo contado. Quería comprobarlo por ella misma antes de darle la noticia, podría ser algo puntual y era mejor asegurarse. Sabía que su madre era el amor de su vida. Le había oído decir mil veces esas palabras mientras se despedía. Ella le miraba con la baba resbalando por la comisura del labio, por efecto de la fuerte medicación que la mantenía en un estado de letargo constante. Hasta ese momento no se

había dado cuenta de que su madre llevaba mucho tiempo en aquel estado. Si le habían rebajado la medicación y estaba estable, quizás podría mejorar. Entró emocionada en el despacho de la doctora y vio una cara desconocida.

—Usted no es la doctora Sánchez... ¿verdad? Tengo una cita con ella, he llegado un poco antes.

—Tiene usted razón, señora Millán, soy la doctora Berta Salas, del equipo médico del hospital. La doctora Sánchez está de vacaciones. En su ausencia, soy responsable de los enfermos con psicopatías graves. Esto se lo digo solo para que sepa que su madre sigue en buenas manos. La he citado yo, disculpe que no me haya presentado por teléfono y tampoco le aclarara este dato, pensé que no era importante; o no más que el motivo por el que la he citado.

—No se justifique, doctora, a veces mi profesión no me deja hacer preguntas normales. De hecho, mi actitud sigue siendo de interrogatorio, ¿verdad? —Y sonrió para intentar relajar la tensión que traía, acompañada por la doctora que asentía a la broma intentando empatizar con ella.

—Pase, no se quede ahí, siéntese por favor —la invitaba agotando la risa — ¿Quiere un café, un té o algo para beber? Me gustaría comentarle algo que nos llevará un rato y quiero que esté usted cómoda.

—Para empezar a sentirme cómoda tendrá usted que tutearme, y sí, me vendrá bien un té, gracias.

—¿Le gusta..., te gusta el mate? Tengo una tetera siempre caliente y lista ¿Te sirvo una taza?

—Sí, Berta, cómo no, pero sólo un poco.

—Mira, Paula, tu madre ha experimentado un cambio abismal. Es la razón por la que decidí llamarte a estas horas. Además, ella insistió en que fueras tú la que vinieras antes que ningún familiar, mucho menos su marido. Así lo exigió en plenas facultades mentales, a mi juicio, con palabras literales.

—Pero se suponía que debía estar medicada por su seguridad... — intervenía desconcertada—. Sus brotes eran constantes y solo con aquel nivel de fármacos desaparecerían la ansiedad y esa mierda que parecía poseerla cuando le daba una crisis. No entiendo nada, doctora.

—A eso precisamente voy ahora. Saltándome una orden, pero siendo jefe en funciones —hizo unas comillas en el aire—, hice una revisión a su madre en ausencia de la doctora Sánchez, a la que no pretendo cuestionar profesionalmente, por lo menos de momento —aclaró—. Ella insistió tanto en que no le cambiara la medicación a la paciente, que mi curiosidad médica hizo que me preguntara porqué. Lo primero que hice fue una analítica. Al margen de

una leve intolerancia a la lactosa, el resto parece estar en los niveles normales. Me di cuenta de que le suministraban una medicación antigua y obsoleta, ya que se conocen actualmente otros tratamientos más eficaces y con menos efectos secundarios. Al principio mi intención no era llegar de suplente a un hospital nuevo y cambiar todo lo que no está bien sin consultarlo. Pero la verdad es que la dosis también me parecía excesiva —se aseguró de que la puerta estaba cerrada para que nadie pudiera oírlas—, y la cambié. Al ver que con la dosis más baja de la medicación antigua seguía sin tener brotes de ningún tipo, decidí cambiarle la medicación por un tratamiento mucho más actual que conozco bien y no tiene ni la mitad de los efectos secundarios que el anterior, como te he comentado antes. Han pasado menos de cuatro días y la mejoría ha sido más que notable. Tu madre ha preguntado por la doctora y, al enterarse de que la sustituyo, ha manifestado que no quiere volver a verla. Dice que cada noche reza para que se quede donde esté y yo no me vaya... —sonrió de satisfacción sin poder esconder su orgullo profesional.

—Mi pregunta ahora es ¿por qué tomaba esa medicación si era un tratamiento obsoleto? ¿Es que el resto del personal no está cualificado para ver lo que has visto tú?

—Ese es otro tema, Paula. Aquí a los médicos que llevan tantos años no se les cuestiona. Y las enfermeras que suministran la medicación diariamente, créeme —puso algo de énfasis—, menos aún cuestionarán a un médico. Yo soy médico y creo que mi colega se estaba equivocando. Esto lo digo desde la más sincera humildad y haciéndome cargo de la responsabilidad de un cambio de tratamiento brusco y sus consecuencias. Tampoco quiero dejar en mal lugar a mi colega con el comentario. Seguro que todo tiene una explicación, pero de momento he decidido que esto es lo mejor para tu madre y si estás de acuerdo y me firmas el consentimiento, podré seguir adelante con el tratamiento.

—Pues, Berta, ahora estoy un poco descolocada, quizás deba llamar a mi padre y consultarle antes. Lleva muchos años aguantando esta situación...

—Tu padre fue informado al segundo día y rehusó el tratamiento, pero mi responsabilidad como médico no me dejó hacer lo que me pidió, sino lo que debía. Sé que esto es motivo de demanda, pero me enseñaron que curar no entiende de leyes, ni de buenos ni malos. No podía seguir viendo a tu madre en aquel estado innecesario.

—¿Y mi padre lo sabía?! No entiendo... ¿Hace cuánto? ¿Dos días? Esto es de locos...

—No te enfades, él no es médico y solo decía que no quería verla sufrir.

Yo en parte le entiendo, es difícil muchas veces hasta para gente de la profesión.

La doctora le siguió contando que el tratamiento, al no afectar tanto a las capacidades cognitivas del paciente, podía permitir en un ochenta por ciento de casos que hiciera una vida completamente normal. Precisamente por eso se había saltado las normas. La invitó a ver por ella misma los cambios acompañándola a su habitación. Su madre la recibió como no lo hacía en años. No hablaba, la observaba fijamente con gesto de pena y negaba con la cabeza. Solo salió de su boca con un hilo de voz, una palabra clara «Hija...». La abrazó y Paula rompió a llorar emocionada al sentir aquel contacto intencionado por parte de su madre. Con la medicación anterior, no soportaba las visitas. Paula lo pasaba fatal cuando la veía en aquel estado. En aquella ocasión era distinto.

Su madre la cogía de la mano y la llevaba hasta los pies de su cama para que se sentara. La doctora le hizo un gesto a Paula con la cabeza para indicarle que estaba en la oficina si la necesitaba, así madre e hija podrían estar a solas.

Su rostro había cambiado, como si hubiera recuperado vida de repente y estuviera deseando hablarle de algo. Paula, por miedo a que aquel momento se acabara, le preguntó segura y directa:

—Mamá, me han dicho que has preguntado por mí. ¿Quieres decirme algo? —soltó casi en un susurro, sin poder contener la emoción de ver a su madre visiblemente mejorada.

Efectivamente parecía una persona completamente sana.

—Quería verte, te echaba de menos... eres mi hija, no podía dejarte sola.

—Yo también tenía ganas de verte, mamá ¿Cómo te sientes? —preguntó esta vez enjugando las lágrimas y dibujando una sonrisa.

—Estoy bien, lo importante eres tú, cariño. Es fundamental que tengas presente que no estás enferma. Yo no estoy enferma y tú tampoco, hija...

—Claro que no estás enferma, lo has estado, pero ya estás mejor. Mírate, estás despierta —no quiso indagar en aquel comentario, que no le había pasado desapercibido.

—Quiero pedirte disculpas, mi niña. Cuando venías a verme con tu padre, no os podía ver con claridad. De pronto vuestros rostros se deformaban y veía demonios; las enfermeras y sus batas, que un día eran ángeles, otros se convertían en fantasmas, que atormentaban mi mente. No puedo explicar con palabras las figuras horribles que vi a mi alrededor durante estos años. Ahora no sé bien qué es real, todo este estado de normalidad aún me tiene

confundida. Hija, tú eres lo que más me importa en este mundo. Daría mi vida por ti y lo sabes, pero te dejé sola en el peor momento.

—Mamá..., lo siento mucho. Eso que cuentas... debió ser horrible —recibió un escalofrío al intentar visualizar la explicación—, pero no te preocupes, te pondrás mejor, no dejaré que te vuelvan a sedar. ¿Por qué en el peor momento? Yo estoy bien, sigo en la comisaría con papá, de jefe, que ya sabes cómo se las gasta —dijo bromeando intentando sacar una sonrisa a su madre.

—Tú no te acuerdas de nada, ¿verdad, Paula? No me mientas tú también, han sido muchos años de mentiras. Hasta yo misma lo hacía pensando que estaba en el purgatorio o en el infierno rodeada de oscuridad y muerte. Solo quería acabar con aquello y no podía. Ahora sé que, pase lo que pase, no debo dejarte sola...

—No estoy sola, mamá, y tú tampoco. Tienes a papá —su gesto de desaprobación no le gustó nada— y me tienes a mí ¿De qué debo acordarme? ¿Estás bien, quieres que avise a la doctora? —Al instante, su madre negó con la cabeza sin articular palabra, dejando a Paula helada por la expresión de miedo.

—Ella se porta bien, es la única que siempre vi como un ángel. Un día abrí los ojos, como despertando de un sueño, y allí estaba ella, sonriendo y ofreciéndome agua que bebí y disfruté como en años. Fíjate qué cosa tan simple, esas pastillas lo distorsionan todo.

—Sí que es amable, sí. Me encargaré personalmente de que sea ella la que te trate.

—¡No, sácame de aquí! Tengo que irme contigo, no podemos perder tiempo.

—Sabes que eso no es posible, mamá. Estás mejor y eso es evidente, pero aún tienes que hacer caso a la doctora Salas. Ella está aquí para ayudarte y yo también. Vendré cada día a verte, antes solo venía cada dos o tres días y la mitad ni te enterabas. Ahora debes descansar y no preocuparte por mí, sino por ti, y ponerte buena pronto para poder volver a casa con papá..., o conmigo, si no quieres irte con él —ella intuyó que no quería ver a su padre, pero no quería indagar más por si provocaba con el tema uno de esos brotes que la desestabilizaban.

—Tú ya no vives en casa, ¿verdad?

—No, mamá, tengo una relación con una pareja desde hace varios años...

—No intentes ocultar su género, Paula, soy tu madre, y nadie mejor que yo

te conoce. Lo sé desde hace mucho tiempo, pero no tuve valor de decirte que no me importaba en absoluto, siempre que la persona que estuviera a tu lado te hiciera feliz.

—Gracias, mamá —la abrazó con fuerza—. Pues ya os conoceréis, vendrá a verte y, si decides quedarte con nosotras, estará encantada de cuidarte. Además, es enfermera y no debes preocuparte por tu tratamiento, ella te ayudará con las tomas.

Hasta aquel momento no se había planteado llevarse a su madre a vivir a su casa, pero estaba segura por, cómo era Sofia, de que no suponía ningún problema.

—¿Y has recogido ya todas tus cosas de casa, incluidas las del sótano?

—Algunas cosas sí y otras no. He dejado allí cosas del instituto y un par de sudaderas que no volveré a ponerme, aunque vuelven a estar de moda. ¿Te imaginas?...

—Hay una caja, ¿recuerdas? Donde estaban las fotos de los días de pesca con tu padre, las películas VHS y un montón de recuerdos de los momentos que pasabais juntos. Seguro que está donde tienes los patines de hielo, de cuando te dio por aquello.

—¿Quieres esas cosas, mamá? Te las puedo traer —se ofreció extrañada, pero dispuesta a complacerla.

—Sí, cógelas por mí de casa de tu padre y habla con tu pareja... Me quiero ir a vivir con vosotras, si ella me acepta, claro —añadió con un gesto prudente—. Cariño, revisé todos esos cachivaches un día antes de entrar en este hospital y vi algo que deseé que se debiera a la medicación o que fueran alucinaciones de mi cabeza, y de eso me convencí. Ahora estoy segura de que no eran las pastillas. No puedo decirte nada, yo soy tu madre...

Su rostro se transformó en una mueca de terror y dijo: «Pregúntale a Barbie...». Al terminar la frase, su mirada demente se perdía en el espacio de aquella habitación, helando la sangre de Paula.

—Mamá, me estás asustando, ¿qué te pasa? Lo revisaré, no te preocupes. Es más, vendré y lo veremos todo juntas —su madre la miró agarrándole el antebrazo y negando con la cabeza, a la vez que unas abundantes lágrimas sin llanto caían por sus mejillas—. Bueno, tranquila, lo veré yo en casa, no te preocupes, ahora debes descansar.

Paula pensó que su madre estaba empezando a desvariar de nuevo y decidió que era buen momento para irse y llamar a la doctora. Lo cierto es que recordaba perfectamente aquella caja a la que su madre se refería, conocía

cada elemento que había guardado en ella. No sabía qué quería decir con aquello de «pregúntale a Barbie», pero sintió curiosidad por volver a ver aquellos objetos. Leyó entre líneas que había algo del pasado que había marcado a su madre y Paula no recordaba.

Se sintió culpable por su internamiento. No lograba acordarse de ningún episodio traumático; su infancia había sido feliz, quizás un poco consentida. Pasó un periodo en el hospital, cuando le diagnosticaron por primera vez su enfermedad, que podía dar una explicación a ciertos acontecimientos. Pero al margen de aquello, y sin tener en cuenta la medicación que tomó un par de veces, casi todas las personas que conocía habían tenido alguna vez pesadillas, aunque fueran episodios pasajeros, con lo que no le dio especial importancia.

Habló con Berta sobre lo sucedido en la habitación y esta le comentó que no debía preocuparse y que era normal que todavía tuviera efectos de la medicación anterior. Le explicó que pronto esperaba mejores resultados. Le aconsejó también no tener en cuenta nada de lo que dijera hasta que pasara mínimo un mes con el nuevo tratamiento. Paula se quedó tranquila al ver que su madre estaba en buenas manos. De hecho, si no llega a ser por lo amable y sincera que había sido la doctora, le habría puesto una reclamación al hospital por haber mantenido a su madre con una medicación antigua e inadecuada durante tanto tiempo. Se montó en el coche y llamó a su padre con un impulso incontrolable antes de leer los mensajes que le había enviado Sofía.

—Papá, ¿dónde estás?

—En la comisaría, ¿y tú? ¿Qué pasa, Paula? ¿Estás bien?

—Sí, esto... quería pasarme a recoger unas cosas de casa y hablar contigo, pero no por teléfono. Está todo bien, mejor que bien. Tengo buenas noticias, aunque prefiero contártelas en persona.

—Bueno, salgo del trabajo en una hora, si quieres paso por tu casa y charlamos un rato. Ya mañana tendrás tiempo de llevarte lo que necesites, ¿no? —le pareció raro que tuviera tanto interés y prisa en recoger sus cosas de casa, después de que hacía ya tiempo que la había dejado.

—Sí, claro, no te preocupes, ven a casa y hablamos. ¿Has cenado? Tendré algo preparado por si acaso, que ya me conozco yo tus cenas.

—De acuerdo entonces, hija, te dejo que tengo trabajo y no estoy solo, ahora no puedo seguir hablando. Esta noche me cuentas eso tan importante.

Paula colgó y miró los mensajes de Sofía que ya estaba preocupada por no recibir respuestas. Iba a quedarse de guardia, no le había quedado más

remedio que repartirse las horas de una compañera que se había puesto enferma. Llegaría a las siete de la mañana como pronto. Paula contestó con emoticonos tristes, pero enviándole ánimos. Tampoco le quiso contar nada de su madre y menos por mensaje. Solo le comentó que había ido a verla y tenía buenas noticias, lo mismo que le había dicho a su padre.

Al soltar el teléfono móvil dentro del bolso dio con sus llaves, donde también tenía las llaves de la casa familiar. Pensó que, a su padre, no le importaría que se pasara por sus cosas; después de todo, eran objetos que había coleccionado de sus mejores momentos y eran suyos. Ella lo idolatraba; un ejemplo a seguir, un hombre recto y estricto, pero comprensivo y cariñoso. Nunca notó su ausencia por el trabajo, todo el tiempo que tenía se lo dedicaba llevándola al zoo, de pesca, incluso a algún concierto al que él iba por complacerla, aunque no le gustara el tipo de música. Nunca se había metido en sus relaciones personales y se preocupó de caer bien a sus amigos, incluida Lola, para estar siempre cerca de ellas y llevarlas a los cumpleaños de otros compañeros de clase. Las mimaba todo lo que podía y les permitía hacer «fiestas pijama» a cada rato, donde él siempre aparecía con pizzas, hamburguesas o comida a la que cualquier adolescente no haría ascos. Todos adoraban a Millán porque, sobre todo, les respetaba y les dejaba estar a solas, aunque los controlaba a su manera.

Arrancó el coche y condujo rumbo a su antigua casa. Pensó que recordar con él aquellos momentos y darle la buena noticia de su madre le vendría bien. Había sido un magnífico padre para ella y se lo merecía. Normalmente no solía tener detalles de este tipo con él, así que sería una sorpresa.

Llegó a la casa, todo estaba a oscuras. Encendió un par de luces y buscó las llaves del sótano en el aparador de la entrada. Estaban donde siempre, como si no las hubieran movido de allí desde hacía años. Y, en efecto, así era; su padre no había vuelto a abrir aquel armario lleno de cosas desde que Paula decidió guardar allí su gran colección de muñecas junto a su niñez.

Bajó las escaleras del sótano, que estaban bien iluminadas. Crujían a cada paso que daba, aunque era una construcción fuerte y reciente. Al abrir el armario, se le vino encima una bolsa gigante llena de peluches con la que llenaba la cama en la que casi no cabía de adolescente. La apartó, sacudiéndose el polvo que había arrastrado la bolsa del estante alto donde estaba. Recordó que aquel enorme armario tenía su propia luz que ahora estaba tapada por las muñecas que inundaban cada rincón. Una de las muñecas pareció tumbarse hacia ella justo cuando intentaba coger la bolsa. Se trataba

de la enorme Rosaura, una edición a tamaño natural, más alta que la propia Paula cuando se la regalaron. Ahora le parecía un poco macabra, pero llegó a querer a esa muñeca casi como a una hermana. Era mejor que tener una amiga invisible, aunque a ella no le hacía falta, tenía a Lola desde la guardería. En la parte derecha estaban colocadas todas sus Barbies, con su inconfundible estilo *snob* y aire de niñas bien, algunas todavía con su embalaje original sin abrir. Las apartó para encontrar la caja en cuestión. Rosaura se había quedado tumbada de lado mirándola, o eso le pareció a Paula. Aquellas muñecas le estaban dando escalofríos y, por una vez, decidió hacer caso a Sofía y volver en otro momento para donarlas al hospital. Sacó la caja, que pesaba más de lo que recordaba, y metió el resto de las muñecas junto con Rosaura, a la que no conseguía mantener en pie. Cuando se agachó para ponerse a su altura y colocarla mejor, se le vinieron encima todos los juguetes, haciéndola caer al suelo. El armario completo cayó sobre ella y no le dio en la cara de milagro. Quedó a pocos centímetros de su frente, apoyado en la pared que tenía detrás. Al verse allí sentada, con todo encima, percibió un fuerte olor antiguo que le provocaba náuseas. Una marca de colonia que Millán tuvo que dejar de ponerse. Lo recordaba tan nítido que le amargaba la garganta, como si al dar un beso a su padre se le hubiera quedado impregnado el olor. Le provocó una arcada involuntaria que controló al instante sacudiendo la cabeza y oliendo su mano derecha donde se ponía su perfume para espantar así aquel olor dulce y viejo que impregnaba sus sentidos.

—Joder, con las dichosas muñecas, podría oler a plástico. Ya le diré a mi padre que ponga bolas de alcanfor o algo... Qué antigua —se dijo—, si Lola, me viera se reiría de esta escena durante meses. ¡Ay loquita, que bien estáis en el Caribe!

Se levantó sin más sobresaltos y colocó el armario en su posición original. Volvió a meter todo de nuevo sin ningún orden. La tétrica muñeca terminó sentada y con la cabeza apoyada en la pared del armario y un pañuelo que le tapaba los ojos, dejando ver su sonrisa de plástico. Apagó la luz interior y cerró el pesado armario de madera maciza. El contenido de la caja también se había desperdigado por el suelo. Recogió a puñados, con las dos manos, todos los objetos menos uno en el que reparó extrañada por que casi no se acordaba de él debido a la cantidad de años que hacía que no lo usaba. Un diario, cómo no, de Barbie, rosa, cerrado con una llave, guardando sus secretos. Pensó unos segundos, pero no recordaba dónde podría estar aquella llave. Al rato se le ocurrió que podría forzarlo cuando llegara a casa. Después de todo era

policía. Aquella tontería le hizo tanta gracia que subió riendo las escaleras para salir de sótano.

Mientras dejaba la casa, recibió un mensaje de voz de Sofía en el que le daba las buenas noches y le deseaba dulces sueños. A los pocos minutos de camino, una tormenta de verano descargó sobre la ciudad, obligándola a aminorar la marcha y encender los parabrisas. Iba pensando, en el tramo que tenía del garaje al portal, que se iba a poner como una sopa. Así fue: llegó empapada a la puerta y soltó la caja para poder abrir. Se apartó el pelo mojado y entró en el edificio, arrastrando las suelas en el felpudo. Subió tres pisos con la caja a pulso, entró en su casa y Gustavo la recibió sacudiéndose, como si él mismo tuviera el agua encima. Quería acercarse, pero esperó a que su ama estuviera tranquila en el sofá para acurrucarse a su lado, pues los gatos no son buenos amigos del agua y Gustavo no iba a ser menos. Paula se secó rápido y se puso un pijama corto. Ahora sí, sentada y seca, suspiró tranquila. Pensó que se podía haber quedado inconsciente hasta que su padre la encontrara, si aquel armario le hubiera dado en la cabeza. Cogió entonces el diario y, con un destornillador pequeño y apenas un par de movimientos en la enclenque cerradura, consiguió abrirla.

Comenzó a hojear páginas. Las fechas recordaban que lo empezó cuando apenas tenía cinco años.

—«Pregúntale a Barbie», ¿se estará refiriendo mi madre a este diario?...

Capítulo 7

Dos escenarios para una misma escena

Ojeó el diario y comenzó a leerlo desde el principio por si encontraba algo que llamara su atención. Algo que ella misma hubiera escrito y no pudiera recordar. El diario contaba aventuras de niña reflejadas con una caligrafía básica, pero correcta. Se fijó en un fragmento y, al leerlo, la asaltó un recuerdo. Era una reseña donde contaba uno de los momentos entre su padre y ella que se repetía varias veces a lo largo del cuaderno. La remontaba a aquella noche en la que, por fin, después de varios intentos, pudieron ver una película juntos mientras tomaban palomitas y refrescos. Eligieron una versión original de *La historia interminable* de la que, según apuntaba la reseña, no sabía el final. Tenían la obligación de terminarla y él siempre se burlaba de ella por quedarse dormida.

—Esta vez no me dormiré —Paula recordaba aquellos momentos como si hubieran sido ayer.

—Pero si habéis intentado ver esa película tres o cuatro veces, ¿por qué no la ponéis desde donde os quedasteis? —contestó su madre, descubriéndole la solución, mientras su padre reía.

—Si no aguanta ni veinte minutos, no creo que se acuerde ni de dónde se quedó. Yo sí la he visto completa —contestó Millán entre risas, contagiando a su mujer.

—No, así no tiene gracia, hay que verla entera y la tengo que acabar con papá para demostrarle que no me quedo dormida —ella sabía que no recordaba más de la mitad de la película y le daba rabia, pues le había gustado y quería ver el final.

Volvió de aquel pasado en el que tenía seis o siete años en el momento en el que su teléfono móvil comenzó a sonar. Era su padre...

—Paula, lo siento, tengo para largo, mínimo dos horas, se me ha complicado la reunión. ¿Te parece que nos veamos mañana? Puedo recogerte y me invitas a desayunar, así me cuentas eso tan importante.

—No pasa nada, mañana nos vemos, pero sin falta porque verdaderamente lo es; importante, quiero decir. Las cosas ya las he recogido yo, no hace falta

que me las traigas.

—¿Cosas? ¿Qué cosas? ¿Has estado en casa?

—Sí. No creí que te importara, me pillaba de paso y tenía las llaves. Eran unos recuerdos que quería tener, un diario de pequeña, una caja con algunas cosas de cuando íbamos a pescar y algunas bobadas más. Estaban en el armario del sótano —se hizo un silencio al otro lado.

—¿Papá? ¿Estás ahí?

—Sí, sí, lo siento, estoy ocupado, ya te dije. Es solo que me habría gustado llevártelas, no creí que quisieras nada de lo que había, aparte de las muñecas. Tu novia me dijo que las quería donar y la verdad es que me parece genial.

—¿Novia, papá? Qué expresión tan rara, oída de tu boca.

—Es tu novia, ¿no? Empecemos a llamar a las cosas por su nombre, ya eres mayor. Y... ¿solo las cosas del sótano entonces?

—Sí, claro, no tengo más cosas, papá. Mi dormitorio completo está desmontado en el sótano y, por cierto, casi se me cae encima. No he visto el resto de la casa, así que no te preocupes por el desorden, no te voy a regañar.

—¿Te has hecho daño?

—No, para nada. He puesto el mueble como he podido, dentro está todo revuelto. Hay que apuntalar ese armario o asegurarlo de alguna manera, no sé, me pasaré a hacerlo un día de estos.

—No te preocupes por eso, ya me ocupo yo. Tú bastante tienes con tus cosas. Bueno, te dejo, hija, mañana nos vemos. Entonces, ¿está todo bien?

—Qué pesadito, que sí, está todo perfecto... Por cierto, ¿a que no sabes de qué me estaba acordando antes de hablar contigo? De *La historia interminable*, que nunca la terminé de ver, qué paradoja, ¿no crees? —acabó sonriendo.

—Pues debería estar allí también. O la tiré, la tiré a la basura, eso es..., quizá la tiraría tu madre, vete a saber. Era una cinta muy vieja y seguramente estaría estropeada. Mejor será que te la descargues, seguro que encuentras hasta una versión mejor.

—¿La tiraste? Joder, papá, esos recuerdos no se tiran. Además, era un clásico. ¿No la tendrás en la estantería del salón por casualidad?

—Pues no creo, te digo que no recuerdo dónde está, si es que la tengo. Casi seguro que la tiré. Bueno, hasta mañana, te dejo que tengo trabajo —esta vez fue un poco más cortante.

Paula se quedó pensando en la cinta de vídeo que recordaba perfectamente

y que había visto tantas veces colocada en la estantería del salón. Su padre coleccionaba algunas cintas en VHS que él mismo llamaba «sus clásicos», por eso no entendía que hubiera tirado aquella película, que además significaba mucho para ambos. Decidió ir a buscarla. Gustavo la miró y maulló como diciéndole mentalmente: «¿Dónde vas ahora humana inquieta?». Y sacudió una de sus patas.

Salió veloz de su piso, subió al coche y buscó las llaves de la casa familiar, movida por el potente impulso de una de sus corazonadas. Era algo que no podía explicar, como si su cuerpo, por sí solo, decidiera dónde ir. Llegó a la casa de sus padres, encendió las luces del salón y de la cocina y observó que estaba todo bastante recogido. Se le vino a la mente que alguien venía a limpiar. A su padre se le daban bien las tareas de la casa, pero dejarlo tan perfectamente ordenado y limpio era otra cosa. Lo supo sobre todo por el orden, era de esos elementos que desencajan en la escena de un crimen. Como policía, estaba perfectamente entrenada para captar esos detalles, incluso en lugares donde se encontraba por primera vez.

Se dirigió directamente a la estantería donde estaban las películas y, mientras echaba un vistazo rápido para ver si encontraba la que buscaba, sintió que la estaban observando. Llamó a Gustavo por inercia, pensando que el gato estaba cerca, aunque enseguida se dio cuenta de que no estaba en su casa. Miró hacia arriba, que era de donde venía el ruido. Procedía claramente de la habitación de su padre. Subió las escaleras, amortiguando los pasos a toda velocidad. Tuvo el reflejo involuntario de poner su mano donde normalmente llevaba su arma, solo que en aquel momento no la tenía consigo, como hubiera sido lo normal estando de servicio.

—No jodas, Paula... —susurraba frustrada al sentirse desprotegida. — ¿Hola? ¿Hay alguien? ¿Papá? —preguntaba mientras acercaba el oído a la puerta.

Entró en la habitación lentamente y encendió la luz. La ventana estaba abierta. Al darse cuenta de que el sonido procedía del viento balanceando la persiana a medio cerrar, se sintió estúpida, asustada como una adolescente por un ruido que tenía una lógica explicación. Cerró la ventana a la vez que ladeaba la cabeza y sonreía avergonzada de sí misma.

—Ya te vale, Paula, menuda «poli» estás hecha —se decía a sí misma en voz alta.

Recordó aquel episodio con Isabella la última vez que había hablado con ella y de nuevo le vinieron a la memoria aquellas palabras que, entonces, no

había entendido. Paula se acordó de que le preguntó si en algún momento el profesor la había agredido. La niña le contestó que no lo sabía, que no quería recordar aquello. De pronto, a Isabella le cambió el gesto, como más tarde pasaría con su madre, y le dijo:

—Y tú, Paula... ¿quieres recordar? —Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza con aquella pregunta del pasado.

Empezó a sentirse indispuesta y entró en el baño de la habitación con la intención de refrescarse la cara. Subió la mirada al espejo y reconoció que no tenía muy buen aspecto. En el reflejo, por encima de su hombro derecho, vio la cortina de la bañera moverse levemente y un escalofrío le estalló en la nuca, mientras el grifo del lavabo soltaba agua a borbotones. Sin dejar de mirar al espejo, escuchó cómo también el grifo de la bañera se ponía en funcionamiento, emitiendo un estridente chirrido al girar antes de soltar el torrente de agua. No podía moverse. Ni un músculo. Se miraba en el espejo y no entendía por qué no había comprobado detrás de la cortina, pero lo cierto era que estaba paralizada de terror. Notó el calor del vaho en el ambiente, empañando por completo el espejo que deformaba su imagen, y dejándola contemplar claramente cómo la cortina se abría ante sus ojos. No podía darse la vuelta del miedo que se le había instalado hasta en los huesos. Empezó a ver unos pies metidos en el agua, magullados, con heridas. El agua se tornaba roja, como ensangrentada. Al abrirse la cortina por completo se reconoció en la bañera. Pero no era posible, no podía ser ella. Aquella figura se levantó y gritó con una voz andrógina:

—¿De verdad quieres saber?

La pregunta iba acompañada de una melodía que no conocía, pero que terminó de helar la sangre en sus venas. Lo que sí pudo confirmar es que aquella canción, que parecía una nana, estaba cantada en portugués. Sin saber muy bien por qué, en su mente dibujó a Isabella cantándola.

Se dio la vuelta violentamente, con la intención de darle un golpe a aquello, fuera lo que fuese. Cayó a la bañera, descolgando a la vez la cortina, y dándose un fuerte golpe que la hizo sangrar abundantemente. La bañera estaba vacía. Se levantó con dificultad y cogió una toalla para ponérsela en la frente y parar la hemorragia que no le dejaba ver por el ojo derecho. Intentó vislumbrar lo que había a su alrededor sin demasiado éxito. Era un corte pequeño en la ceja, aunque muy escandaloso. Miró en la habitación para asegurarse de que no había nadie más. Parecía que todo hubiera sido fruto de su imaginación.

Se sentó en la cama frente al tocador enmarcado también por un espejo y se miró la herida. Necesitaba algo para curarse la ceja y recordó que su padre seguramente tendría puntos de aproximación, de esos que se pegan y juntan los cortes pequeños. Empezó a buscar en los cajones de la cómoda. En el cuarto encontró una caja que servía de botiquín, en cuyo interior halló otra más pequeña que contenía los puntos adhesivos que buscaba. Se puso un par sin desinfectar la herida, pero hicieron perfectamente su función. Cortó la incesante hemorragia que caía sobre su ojo y que le había manchado casi toda la cara. Al verse no pudo evitar visualizar la imagen de aquel reflejo que había visto en el espejo momentos antes. Como ella, también tenía la cara ensangrentada, aunque además aparecía amoratada e hinchada por el agua. Ahogada y con heridas, así lo resumía su mente al recordarlo. Todavía sentía escalofríos, aunque no conseguía adivinar si eran producto del miedo o del golpe que la había destemplado. Se acordó de su madre y la insistencia en que recogiera sus cosas, mientras abría el último cajón de la cómoda, sin saber aún lo que estaba buscando. Encontró, debajo de unas sábanas amarillentas de estar guardadas, una caja de cartón un poco más ancha que una de zapatos, cerrada con cinta adhesiva. Por el peso, la forma compacta y el sonido que produjo al agitarla, le pareció que podía contener cintas de vídeo y quizás fueran las que buscaba, pero no se atrevía a abrirlo porque eso sí que era, a todas luces, profanar la intimidad de su padre y no tenía ningún motivo que lo justificara. Pensó decirle que había empezado por el cajón de abajo a buscar los puntos adhesivos, una excusa perfecta que él no se tragaría, pero tampoco podría rebatir. Una casualidad, sin más. Pasó la toalla por la caja llenándola de sangre a la vez que, sin querer, manchaba parte de las sabanas. Contempló la macabra escena y por un momento pensó que realmente le estaba dando un brote de aquella horrorosa enfermedad contra la que luchaba desde pequeña para que no se manifestara. Nunca antes quiso darle importancia, pero en su primer encuentro con Isabella, pudo ver por unos segundos un rostro que no se correspondía con la pequeña, una caricatura tétrica que había aparecido de repente, un demonio de piel oscura como la ceniza y ojos blancos como la nieve.

Al recordar la imagen, sacudió la cabeza cerrando los ojos en un intento de despojarse de ella. Se le había quedado grabada, aunque no había querido bucear entre sus recuerdos antes, por el terror que le suponía encontrarse con esa cara de nuevo. Su madre había empezado así; tenía visiones de ese tipo antes de acabar en el hospital y Paula no estaba dispuesta a terminar como

ella. Pero ¿cómo podía explicar si no lo sucedido en el baño? Por lo general, no era miedosa, aquello no se podría comparar a nada que hubiera vivido con anterioridad. Ni en la más peligrosa de las intervenciones que había hecho en su larga temporada en la calle como agente de policía, había tenido una sensación tan aguda de debilidad.

Seguía mirando la sangre de sus manos, mientras ascendía su mirada de nuevo al espejo. En ese mismo instante, la luz de la habitación se apagó, dejándola a oscuras, sentada frente a la cómoda con la caja en el regazo e, instantáneamente, volvió la sensación de sentirse observada... Cogió el teléfono móvil de su bolsillo, apretó el botón de encendido e iluminó la pantalla con la intención de ver algo antes de moverse. Acercó el móvil al tocador y, al hacerlo, vio con horror una figura negra a su espalda que parecía estar sentada en la cama mirándola fijamente a través del reflejo.

—¿Quién eres?! —gritó con el miedo atenazando su garganta.

Entonces la figura la atravesó como el viento de una tormenta sin lluvia, helado como la muerte. Por un instante creyó perder el conocimiento, pero solo era un vértigo de la impresión. En menos de un segundo la oscura figura se estampó contra el cristal, como queriendo atravesarlo por el lugar exacto en el que se reflejaba el rostro aterrorizado de Paula. Era extraño, podía ver a aquel ser desde dos perspectivas distintas: desde la cama y desde el reflejo. Antes de que pudiera asumir aquello, la imagen desdoblada de su mente se hizo añicos al igual que el espejo, que reventó proyectando cientos de minúsculos pedazos de cristal sobre ella sin hacerle ni un solo rasguño. En ese mismo momento se hizo la luz en la habitación. Toda la tensión, la tenebrosa figura y la oscuridad habían desaparecido.

Tenía que espabilarse y hacer algo si quería que las cosas cambiaran. Se le ocurrió que iría al día siguiente a hablar con la psiquiatra y, si tenía que plantearse tomar un tratamiento, sabía que era ella la persona adecuada para suministrarlo. Quería contarle lo que le había pasado para que le diera su opinión profesional. Le inspiraba confianza y necesitaba poner remedio si aquello, como sospechaba, eran brotes esquizofrénicos. Lo que más miedo le daba de su enfermedad era llegar a perder el control de esas visiones y que su cerebro las mezclara con la realidad. Aquel episodio del baño y ahora el de la habitación, habían sido bastante reales. De hecho, se sorprendió sacudiéndose los cristales que se le habían enredado en el pelo.

Recordaba perfectamente el olor de la sangre en la bañera, antes de darse la vuelta y ver cómo el vaho desaparecía prácticamente delante de sus ojos.

Antes de que aquello fuese a más, tenía que poner remedio. Pero ya no le valía con cualquier cosa. Sin tener ninguna explicación clara, le dio aún más miedo pensar que ese episodio no fuera fruto de la enfermedad...

Volvió en sí y sacó las llaves del bolsillo, rajó la caja que aún sujetaba en las manos y, como suponía, allí estaban las cintas de vídeo. Y allí estaba también, y esto sí que no lo esperaba, *La historia interminable* rodeada por *El mago de Oz* y *E.T. el extraterrestre*. Cogió la que le interesaba y, al dejar el hueco, vio unos sobres debajo de las cintas. Justo cuando iba a sacarlos, escuchó un golpe seco en el piso de abajo. Cogió los sobres y puso el resto en la caja tan rápido como pudo. Salió de la habitación y empezó a bajar las escaleras, quedándose en el primer tramo un segundo más de lo necesario, que le sirvió para darse cuenta de que la única luz que tenía era la que salía de la habitación. Instintivamente se llevó la mano al arma.

—Paula, cálmate, no hay nadie. Es todo producto de tu imaginación — intentaba convencerse. Al terminar de decir esto, oyó de nuevo un golpe.

Lo pudo localizar claramente en la cocina así que saltó el último tramo de escaleras para llegar lo antes posible. Al llegar al marco de la puerta con la luz apagada vio una figura enorme parada en mitad de la cocina con un cuchillo en la mano derecha y los brazos caídos a ambos lados del cuerpo. Antes de que la figura pudiera mover un músculo, Paula se abalanzó para tratar de inmovilizarlo. Ambos se reconocieron cuando ella ya había iniciado su defensa, habiéndole propinado un contundente rodillazo en sus partes que lo había dejado KO. Encendió la luz...

—¿Papá? ¡¿Pero qué coño haces aquí?! Me has dado un susto de muerte — se agachó a su altura al ver su cara de dolor mientras se recuperaba de la impresión.

—¿Cómo que qué hago aquí? ¿Estás de coña? ¿Qué haces *tú* aquí? Yo estoy en mi casa. ¿Y qué te ha pasado, hija? ¡Estás llena de sangre! Vaya golpe, me has dejado sin respiración —decía mientras tosía y se retorció en el suelo.

—No, lo he dicho porque pensé que tenías para largo en la comisaría — dijo con el gesto entristecido por haber agredido a su padre, intentando ayudarle a incorporarse.

—Y qué, ¿has venido a escondidas? Pensabas que no vendría, ya. Pero, dime, ¿qué te ha pasado? ¿Te han atacado? Pensé que había alguien más en la casa, esperaba encontrar a varios atacadores. He oído cristales romperse, como si hubieran estallado las ventanas del piso de arriba. Me has dado un

susto de muerte y una tremenda patada en los cojones. ¿Me puedes explicar qué está pasando?

—Papá, no te enfades, siento el rodillazo, pero me he asustado. Lo de la ceja no tiene importancia. Subí a tu dormitorio después de oír un ruido y entré en el baño para asegurarme. Resbalé y me di un buen golpe con la bañera. He montado una que no veas. Lo siento, papá, te he revuelto los cajones buscando puntos o tiritas que sabía que tendrías... ¿Estás mejor? —le decía haciendo un gesto de disculpa.

—Sí..., bueno, me duele todavía el estómago y no sé cómo me contengo las ganas de vomitar. El dolor de abajo está pasando, pero ha sido muy intenso. ¿A qué has venido otra vez? ¿Olvidaste algo?

Paula notó que lo decía nervioso, al ver los primeros cajones abiertos, llenos de sangre y los cristales por todos lados. A ella también le impresionó ver de nuevo la imagen de lo que parecía el escenario de un crimen.

Le ayudó a llegar a la cama y le acomodó. Mientras limpiaba un poco aquel desastre, su padre le preguntó por la noticia que tenía que darle.

—¿Qué era aquello tan importante que tenías que decirme?

—Vaya, lo había olvidado. Me ha llamado la psiquiatra de mamá esta tarde. Está mejor, he hablado con ella.

—¿Con la psiquiatra? ¿Tu madre, mejor? Paula, ya sabes que esa...mejoría... «fantasma» desaparece pronto y no hay que hacerse ilusiones ¿Por qué no me ha avisado la doctora Sánchez? ¿Has estado en el hospital?

—Con las dos, papá, he hablado con las dos. Pero la doctora Sánchez no estaba, ha fallecido un familiar suyo y no volverá en unas semanas. Hay una doctora sustituyéndola, la doctora Berta Salas.

Le contó todos los detalles del cambio de tratamiento, sin omitir que el anterior estaba obsoleto. Le dijo que tenía que haber puesto una reclamación al hospital y que no lo hizo gracias a aquella doctora. Empezó a cambiarle la cara, se puso serio y nervioso.

—Lleva muchos años con el mismo tratamiento y al menos estaba tranquila. No quiero que soporte más ataques y tenga alucinaciones. Ya sabes que desvaría e incluso se intenta hacer daño. Tendré que hablar con esa doctora nueva a ver por qué le cambia el tratamiento sin mi consentimiento.

—Yo insistí y asumo todas las responsabilidades, papá. Prefiero probar nuevos medicamentos a dejarla como un vegetal durante otros diecisiete años. Esta psiquiatra me gusta mucho, así que vamos a esperar, por lo menos, a que vuelva la doctora Sánchez. Seguro que si la ve mejor estará de acuerdo. De

todas formas, no me gusta mucho esa mujer. Mamá le tiene miedo y dice que le daba muchos sedantes. Hasta la dosis la tenía por encima de lo normal, ¿qué querías que hiciera? Seguro que tú habrías firmado también.

—No sé, Paula, tú misma lo has dicho, son muchos años. Razón de más para aceptar que no va a curarse. Dejémoslo estar por hoy, mañana iré al hospital cuando salga de la comisaría. Y cuando quieras venir a casa, avísame antes por favor. Podría habérselo dicho a la asistenta para que preparara tus cosas.

—Lo sabía, tienes asistenta. Se nota su mano en la casa. Pues se va a asustar cuando vea la sangre que he dejado por ahí desparramada. Va a pensar que has matado a alguien, pobre chica —y sonrió el chiste mientras a su padre parecía no haberle hecho ninguna gracia.

—No te preocupes, yo lo limpiaré. Y ahora vete a descansar, anda, que es muy tarde.

Estaba despidiéndose de él cuando, al colocarse la sudadera, notó la cinta y los sobres que había cogido momentos antes. Justo en la puerta estuvo tentada de subir para decírselo, pero ya era muy tarde y le llevaría un rato la explicación, así que cerró la puerta con la promesa en su cabeza de contárselo al día siguiente. Ahora solo quería llegar a casa.

Una vez hubo llegado, sacó la cinta de vídeo del bolsillo delantero de la sudadera que imitaba la bolsa de un canguro. Con todo aquel jaleo, había cogido la película equivocada, *El mago de Oz*. Pensó en aquel fastidioso revés, aunque enseguida comprendió que se le habían pasado los ánimos de ver cualquier película. Lo que sentía era curiosidad por aquellos sobres y, sin saber por qué, imaginó que podrían contener algo relacionado con una infidelidad. Quizás su madre se refería a eso, aunque realmente ella no recordaba nada referente a aquel asunto. Él siempre había mostrado mucho respeto y amor por su madre y Paula estaba segura de que estuvieron muchos años enamorados.

Se sintió mal por leer las cartas en secreto y no preguntar nada a su padre antes, aunque también se había quedado preocupada al ver su falta de ilusión con respecto a la mejoría de su madre. Volvió a los sobres. En cada uno de ellos venía únicamente rotulado el título de una película.

Abrió el que correspondía a *El mago de Oz* y leyó el par de párrafos escritos a máquina:

«Espero que no haya habido ningún error en el envío de su película, estoy deseando ver La historia interminable. Hace varios días que debería

haberla recibido. Espero recibirla pronto, ese es el trato, si no, me veré obligado a informar a la organización.

PD. Que disfrute de esta otra con su familia».

Miró de nuevo la cinta y tuvo curiosidad por verla. Aquella carta le había hecho recordar algo de manera clara: nunca había visto con sus padres *El mago de Oz*. Seguramente estaría en la estantería del salón y no dentro de un cajón, con otras diez o quince más. Sería parte de la documentación de un caso o algo parecido, no tenía por qué tratarse de una infidelidad. Sin embargo, al recordar la portada escrita a bolígrafo con esa letra torcida de cuando era pequeña de *La historia interminable*, se quedó pensando por qué estaba allí, guardada con las demás, ocultas en el cajón. Después de todo, a lo mejor no se había equivocado al tener aquel incontrolable impulso de coger aquellas cosas movida por una intuición. El resto, lo acontecido en el baño y la habitación, prefería no recordarlo. Le aterraba pensar en aquella horrible enfermedad.

Sin querer pensarlo más, sacó la cinta y la introdujo en el antiguo reproductor de VHS. El *film* comenzaba con el sonido clásico de las cintas de antaño, con cortes e imperfecciones que distorsionaban por segundos la inconfundible banda sonora. *Somewhere over the rainbow* sonaba de fondo mientras se sucedían las imágenes. No pensó en adelantar la introducción de la película para no forzarla, ya que parecía que se iba a romper de un momento a otro. Se puso el pijama mientras veía el principio y se cogía un yogurt de la nevera, pues se le habían pasado las ganas de cenar nada más. Mientras la veía iba revisando el resto de las cartas. Observó que casi todas llegaron con pocos días de diferencia, algunas no venían siquiera de España y estaban escritas en inglés. En la mayoría de ellas encontraba la misma reclamación: que alguien no había recibido su cinta, en este caso *La historia interminable*, aunque ninguna tan directa como la primera en la que hacía mención a «la organización».

Sin darse cuenta, empezó a dar cabezadas y en menos de media hora se quedó profundamente dormida. En uno de esos impulsos del cuerpo involuntarios, sintió que se caía del sofá, dando un respingo que la obligó a despertar violentamente. Al darse cuenta de que se había dormido y que la película estaba llegando al final, ya que esta sí la había visto entera, se frotó los ojos y notó una punzada en la ceja, justo donde el golpe le había dejado de recuerdo un buen chichón. Intentaba a duras penas seguir despierta y varias veces estuvo a punto de parar el vídeo e irse a la cama. Eran las dos de la madrugada cuando la película finalizó. Ojeó una vez más los sobres,

desperdigados a su lado en el sofá y miró de nuevo la pantalla al oír un ruido estridente. Le siguió un cambio en el plano y empezaron a enfocarse imágenes de una grabación que parecía casera. En ellas se veía a un hombre manipulando una cámara delante del objetivo, tan próximo a él que no se podía distinguir su rostro. El hombre, que llevaba un antifaz puesto, comenzó a alejarse mientras la imagen se terminaba de enfocar. Parecía que aquel pedazo de cinta era la más estropeada de toda la película. Se sentó en la mesa de madera delante del televisor para tener más cerca la pantalla y ver mejor. En un momento en el que la imagen se estabilizó, distinguió claramente que aquel hombre llevaba un atuendo bastante informal. Al apartarse del plano, haciendo un suave gesto de presentación con la mano, se empezaba a distinguir un sofá que contenía un cuerpo pequeño cubierto por un manta y una muñeca a su lado. No se apreciaba bien del todo, pero Paula, en su trabajo, había visto alguna imagen de mucha menos calidad que, sin embargo, le había ayudado a descubrir detalles que parecían borrones a simple vista. El extraño del antifaz observaba a aquella niña, devolviendo repentinamente la mirada a la cámara. Se acercó al objetivo y Paula retrocedió por instinto, arrastrando un poco la mesa.

Aquel hombre se había puesto la cámara en la mano y se acercaba cada vez más a la niña. Lo siguiente que vio la dejó completamente inmóvil. No daba crédito a lo que acababa de presenciar. Mientras intentaba asimilar aquellas horribles imágenes, no percibió que estaba recibiendo una llamada al móvil que había puesto en modo silencio. Ni siquiera la vibración la devolvía a su realidad, a su salón. Estaba aterrada y rabiosa. Empezó a llorar en cuanto se dio cuenta de la horrible conexión. La llamada seguía activa y pendiente de contestación. Por fin se percató y vio parpadear en la pantalla, mientras enjugaba sus lágrimas, el contacto con el que menos necesitaba hablar: el comisario. Cuando se recompuso lo suficiente fue a descolgar, pero la llamada había acabado su tiempo de espera. No quiso devolverla. ¿Se habría dado cuenta de que ella tenía aquellas cintas? ¿Qué significaba todo aquello?

Aguantó toda la secuencia, no porque fuera policía, sino porque se cortaba justo cuando aquel cerdo desnudaba a la niña dormida. Se acordó de Isabella y de la insistencia de su padre en que se olvidara del caso. ¿Se trataría de algún otro caso que también quería olvidar...?

No paraba de hacerse preguntas. Estuvo largo rato pensando en aquello, con el vídeo parado y la pantalla en negro sin emitir nada, hasta que se quedó de nuevo dormida, esta vez agotada por el intenso día y la interminable cadena

de sucesos y tensiones.

Tuvo pesadillas con aquella grabación. Soñaba que alguien la visitaba mientras dormía y se le acercaba. Se mezclaban los sonidos a su alrededor con los maullidos de su gato. Sintió de repente una picadura en su brazo. No lograba despertar de aquellas terribles pesadillas. Poco a poco, como una visión difuminada a punto de desaparecer, los ruidos y el sueño cesaron, haciéndose la mañana.

Despertó lentamente y un poco desconcertada. No sabía la hora que era, pero podía oír a Sofía en la cocina y olía a la comida que seguramente ella estaba preparando. No era café. Normalmente, cuando estaba de turno de noche y Sofía había podido descansar algo en su guardia, desayunaban juntas. Paula despertaba mientras ella la esperaba leyendo en la cocina con su taza de café en la mano. Hacían un desayuno americano bastante completo, pero por la ausencia de olor que percibía aquella mañana, se le había debido olvidar. Se dirigió al baño y vio que estaba muy limpio, más de lo que recordaba la noche anterior. A Sofía le había cundido la mañana bastante, pensó. Se miró en el espejo y observó la herida que estaba perfectamente tapada y con mejor aspecto. Tenía un apósito y unos puntos de aproximación bien puestos que tampoco recordaba. Mientras intentaba hacer memoria y se examinaba el rostro, vio en el reflejo del espejo una pequeña mancha roja y alguna más en otra esquina que parecían restos de sangre. Se volvió para mirar la pared y confirmó lo que pensaba, pero no era posible. ¿Por qué había sangre allí de pronto? Le resultaba todo bastante extraño.

—Vaya, estás despierta. Y tienes mejor aspecto —le dijo Sofía, apoyada en la puerta del baño.

—Sí, estoy bien, eso creo. ¿Qué pasa, cariño, has salido más tarde?

—He podido salir un poco antes cuando supe que te habías caído. Me llamó tu padre.

—¿Cómo? ¡¿Mi padre?! —decía extrañada por no recordar aquello.

—Sí, hija, has liado una que no veas. Menos mal que no has visto la sangre del baño. Cuando llegué estaba todo hecho un cristo. Tu padre te había dejado en la cama tumbada cuando te desmayaste.

Paula empezó a dar vueltas por la casa entre asustada y alucinada, volviendo a la habitación que estaba cerca del baño, cuando se fijó en la sangre de la cama a la altura de la almohada.

—¿Pero fuiste a casa de mi padre? ¿Aquí? No entiendo nada. Me caí en casa de mi padre, estoy segura.

—¿Qué dices? Fue aquí, Paula, sí que estás afectada. Igual deberíamos hacerte una radiografía. Puedo preguntar quién está en rayos y nos pasamos por el hospital. Te caíste en casa, Paula, y tu padre me llamó porque tú le llamaste al móvil. Me dijo, que abriste la puerta un poco antes de caer al suelo desmayada. Lo encontré muy asustado al pobre y limpiando la sangre como podía. Se ha cortado y todo con una de las estanterías de cristal del baño, me ha dado una lástima...

—Sofía, me caí en casa de mi padre y yo no le llamé. Fue en su casa y el espejo... Fue después de encontrar unas cintas y unos sobres con cartas extrañas dentro. Me siento confundida, sé que mi padre no ha estado aquí... ¿Cómo ha abierto la puerta? No recuerdo haberle abierto yo, todo eso que me dices me pasó en su casa.

—Paula, me estás asustando. Yo he venido a casa y él estaba cuidándote. ¿Qué cintas? Anda, vístete que nos vamos al hospital. Me quedaré más tranquila si te ven.

—No pienso ir al hospital, estoy bien, no me trates como a una niña. Te digo que todo eso no pasó en casa.

Sofía se sentía triste, quizás lo que le había contado su padre era cierto. Paula podía desarrollar brotes de esquizofrenia en cualquier momento y aquello no parecía nada normal. No la cuestionó y decidió escucharla. Paula le contó toda la historia omitiendo la parte de las cintas, pues no estaba dispuesta a preocuparla más y contarle algo tan oscuro, antes de preguntar a su padre por aquel caso. Ambas trataban de no preocupar a la otra, cada una con una razón distinta en su cabeza. Sofía quería preguntarle por qué no le había contado nunca que tenía aquella enfermedad y que podía dar la cara en algún momento. Prefirió no decirle nada, se sentía dolida y a la vez no quería tensar más a Paula, que ya estaba bastante desorientada.

—Mira, vamos a hacer una cosa, ¿por qué no descansas un poco y comes algo? Cuando te tranquilices, me explicas todo y vamos a ver a tu padre. Por cierto, me ha dicho que te tomes el día libre, y como es el jefe le vas a hacer caso. Nos quedamos en casa; yo no voy a dormir, ya me echaré una siesta luego.

—Está bien, pero tengo que hacer algo, ir a ver a mi madre. Tengo que hablar con la doctora que la lleva. Es importante, está mejor y le han cambiado el tratamiento, en fin, un tema que quiero cerrar, Sofía. Así que prefiero ir al hospital. No creo que tarde más de hora y media. No es trabajo, ya sabes, es personal.

Sofía quiso leer en sus palabras que, al mencionar a aquella doctora que le había inspirado confianza en tan poco tiempo, también le preguntaría por su propia enfermedad. Y estaba en lo cierto. Paula no pensaba en otra cosa, quería hablar con ella y pedirle su consejo. Al margen de aquel caos que se había organizado en la casa, ella estaba segura de haber vivido todo aquel episodio en casa de su padre. Lo recordaba perfectamente, tal y como ella creía que había pasado. Pero también dudaba de si podía haber sido producto de su enfermedad.

Impaciente por ir al hospital a hablar con la doctora Salas, las horas pasaban a cámara lenta. No podía disfrutar del rato con Sofía, era como si no la oyera. Se limitaba a asentir con la cabeza y mirar el reloj del móvil. Sofía se dio cuenta de que Paula estaba impaciente por irse y al final decidió adelantar la siesta forzando bostezos y desperezándose para mostrar que estaba cansada. Paula la conocía bien, pero le siguió el rollo, pues estaba loca por salir. En aquel instante recibió una foto de Lola desde el paraíso a la cual contestó con unos cuantos *emojis* sonrientes. Cómo la echaba de menos... Si estuviera con ella, seguro que podría ayudarla a comprender lo que estaba pasando. A Sofía no quería preocuparla y mucho menos hablarle de una enfermedad de la que ella misma quería huir cada vez que se acordaba.



Capítulo 8

La historia interminable, El mago de Oz y otras historias para adultos

Paula llegó al hospital en menos tiempo que el día anterior. En el control de entrada se identificó, aunque esta vez no tenía cita. El guardia de seguridad de la puerta no veía problema en dejarla pasar, pero una de las normas imprescindibles era que un médico lo confirmara. Llamó al control del edificio para consultarlo con la doctora Berta Salas. Esta también dudó. Paula lo notó en la cara del guardia de seguridad cuando hablaba con ella. Después de un par de segundos de espera, el guardia colgó y le dio acceso.

Paula entró en el recinto y dejó el coche bien aparcado en una preciosa entrada con un camino de piedrecitas grises y blancas que, con el verde de los setos, daban aquel a lugar un aspecto más parecido al de una facultad de medicina que al de un hospital de salud mental. Una impresionante fuente resonaba en su camino a las escaleras de entrada, formada por figuras mitológicas que escupían agua por sus bocas en una coreografía infinita y relajante. Sintió la pequeña brisa que traía el poco aire que corría. Miles de diminutas gotitas de agua refrescaron su paso hasta el primer escalón. Se detuvo en la puerta y miró hacia una de las ventanas de la parte frontal del edificio, donde daban las consultas de los doctores. En una de ellas se movió una cortina y vio una figura que no distinguía bien. Aquella persona negaba con la cabeza con los ojos desencajados, cuando por detrás apareció un médico que se asomó y apartó al enfermo de la ventana. Terminó saludando con una sonrisa a Paula y cerrando la cortina con un violento tirón. Paula pudo comprobar que en el resto de las ventanas las cortinas estaban echadas exactamente en la misma posición.

Se adentró en el edificio y buscó directamente el despacho de la doctora Salas. Llamó con un par de golpes suaves e inmediatamente la voz respondió dándole paso.

—Paula, ¿cómo está? Siéntese, por favor —a Paula le pareció que ya habían decidido tutearse y le extrañó la distancia marcada.

—Estoy preocupada por cosas que me han estado pasando y no sé si es

que me estoy volviendo loca o estoy viviendo fenómenos paranormales. Cuando ingresaron a mi madre, mi padre me contó que yo también podía desarrollar la enfermedad. No sé por qué le cuento esto, pero creo que necesito su ayuda.

—Mire, Paula, el que su madre tenga esquizofrenia y brotes puntuales de ira no quiere decir que usted vaya a desarrollar tal enfermedad mental ni que esta sea hereditaria, necesariamente. Eso sí, si puede describir los episodios que considera paranormales y me permite hacerle algunas pruebas, intentaré ayudarla. Lo primero de todo es que no debe preocuparse. Con la medicación adecuada es posible hacer una vida prácticamente normal. Pero aún es pronto para pensar en nada de eso. ¿Puedo sacarle una muestra de sangre para una analítica de rutina y hacerle unas preguntas? —terminó la doctora levantándose para buscar una jeringuilla del armario y sacarle la muestra.

Paula accedió. Al fin y al cabo, había decidido *motu proprio* ir a verla y pedirle consejo. Al margen de que estaba un poco más distante, era la misma doctora profesional y conciliadora que no se precipitaba a la hora de sus conclusiones. Los resultados de la analítica no los sabría hasta pasados unos días.

Tomó varios tarritos para hacer también un test psicotrópico y descartar que tomara alguna sustancia, para el que le pidió su consentimiento firmado. Por ser policía no sería distinta como paciente. La doctora Salas siguió el protocolo normal.

Aquel hospital privado contaba con los últimos avances en tecnología radiológica, por lo que le ofreció hacer un tac y otra prueba que consistía en colocar unos cables en la cabeza que medían ciertas respuestas neurológicas de su cerebro. Los resultados de estos test sí los tendría al momento y la doctora podría realizar una primera interpretación. Paula accedió y después de una hora se volvían a encontrar en el despacho en el que la doctora analizaba atentamente los resultados. Según veía todo estaba dentro de lo normal. No era el típico diagnóstico fácil o evidente, ni siquiera los datos se mostraban claros ni había pasado el tiempo suficiente como para una valoración aproximada.

—En este caso no puedo precipitarme, Paula. Parece que hay algo y merece más estudio, algo que quizás podría explicar sus visiones —no sabía cómo, pero decidió intentar empatizar de nuevo con ella.

—Entonces... ¿Tengo esquizofrenia? —preguntó para asegurarse ya resignada.

—No, no puedo decir tal cosa. Normalmente las personas con la

enfermedad son diagnosticadas por exclusión. Deben pasar meses de medicación después de una crisis y haber mejorado para poder determinar algo así. Pero esas visiones y el hecho de no saber cuándo o dónde han pasado podrían ser síntomas de un problema mental, debo serle sincera. No puedo llamar a eso esquizofrenia solo porque en su familia haya habido casos de la enfermedad.

—Y mi madre, ¿cómo está?, ¿puedo verla?

—Su madre..., la verdad es que no hay novedad. Uno de los supervisores del hospital no ve necesario el cambio de tratamiento y me culpa de la última crisis que sufrió. De momento seguirá con la nueva medicación, pero si no ven ningún avance significativo y le siguen dando brotes, la comisión del hospital podría obligarme a ponerle el tratamiento anterior. Después de todo, yo no soy su médico, por ahora solo su suplente y llevo poco tiempo aquí, Paula. En un hospital privado como este tengo poco que decir —la doctora quería contarle algo más, pero no sabía cómo y Paula se había dado cuenta de ello—. Lo primero que haré para terminar con su consulta es recetarle esta medicación. Tome estas cápsulas si esas visiones se hacen muy continuas y si en la segunda o tercera toma no fueran a mejor o notara algo diferente, me llama o se pasa directamente por aquí, ¿me ha entendido? La registraré como mi paciente, así no se meterán en el tratamiento que decida darle desde un primer momento, si es que lo necesita. Si le parece bien, claro.

—Me parece bien, pero no le prometo nada con esas pastillas. No me gustaría tener que depender de una medicación. Y lo de mi madre no lo entiendo. Ayer no puse una reclamación porque es usted muy amable y no parece que se conforme con cualquier cosa. Con esto que me cuenta, no tengo más remedio que dejarme aconsejar. Y si mi madre está mejor, seguirá tomando el mismo tratamiento, se lo puedo asegurar. Ese supervisor..., ¿puedo hablar con él? —preguntó Paula mientras guardaba la receta de la medicación en su bolso.

—En cuanto a su madre, ya le digo que poco más puedo hacer. Lo único que puedo decirle es que, mientras yo esté aquí, trataré por todos los medios de que reciba la medicación adecuada. El supervisor es un hueso duro de roer, también es el gerente del hospital. Ahora no está, suele venir por la mañana muy temprano y dedica dos horas a pasarse por cada una de las habitaciones.

—Bueno, eso no me parece mal, parece que se preocupa por los enfermos.

—Sí, bueno, también aprovecha para asegurarse de que todo se haga según las normas. No digo que no se preocupe por los pacientes, quiero decir que

dedica más tiempo a supervisar el trabajo que a otra cosa. No es una crítica — se justificaba—, además no es su cometido y, honestamente, creo que es el primer gerente con el que he trabajado que ve a los pacientes cada día. Eso cuando no está en nuestra central en Londres. Mire, este hospital tiene los mejores avances tecnológicos además de un válido y generoso equipo humano. No sé si sabe que es uno de los más preparados a nivel europeo, con pacientes de varios países. Hay muchas mujeres españolas y pocos hombres. Entre ellos un británico, también paciente, que ayuda un poco a organizar la hora de la tele o las salidas a los jardines de los enfermos que no se pueden mover. El resto, unos setenta de los doscientos que hay en total, son extranjeros, gente de bolsillos holgados que eligen el mejor clima para ellos mismos o sus familiares enfermos.

—Estoy un poco desconcertada. Son tantos datos los que me parecen importantes que me encantaría poder anotarlos. Pero no se pare, por favor, siga —intervino Paula.

—Le cuento todo esto porque es probable que pronto no esté aquí. Me encantaría quedarme, pero mi sustitución se ha adelantado precipitadamente y la doctora Sánchez volverá en menos de una semana. Sería posible que por mi currículum me ofrecieran quedarme, pero da la casualidad de que en solo dos semanas he cuestionado seis normas, así que no creo que les interese mantenerme el puesto. El resto es como una secta. Le aseguro que es la primera que vez que tengo un contacto tan frío con unos compañeros. A veces me da la impresión de trabajar con zombis. Perdón, creo que no debería desahogarme con usted, no tengo contacto con nadie de por aquí y me he dejado llevar, hemos cambiado un poco los papeles. De veras que es un buen hospital, solo que el personal es un poco distante, eso es todo. Se lo digo para que no se sorprenda si habla algún día con el supervisor.

—Y ahora, ¿qué debería hacer? ¿Quedarme de brazos cruzados hasta que la echen? Y si vuelven a poner el tratamiento antiguo a mi madre, ¿qué me aconseja que haga?

—Si cuando yo no esté aquí se lo cambian, podrá hacerles la petición y reclamar el porqué del cambio a un tratamiento más obsoleto. Le haré un informe para que lo pueda usar. Además, como sale de este mismo hospital con los sellos y papel con el membrete oficial, como mandan las normas, lo tendrán que dar por válido. Si con todo eso no consigue que le den la medicación y dosis que se considera correcta, yo sacaré a mi madre de aquí y no pondría una reclamación, sino una denuncia. No quiero que se alarme, su

madre lleva muchos años aquí y está bien cuidada. Los enfermos cuentan con un menú que muchos catalogarían de lujo. Las actividades e instalaciones son inmejorables, como le decía antes, y la atención personal a los pacientes, también. Se mantienen perfectamente aseados y cuidados de peluquería, manicura y pedicura. El centro dedica muchos recursos a que los enfermos se encuentren lo mejor posible, teniendo siempre en cuenta los distintos grados de la enfermedad. Otra cosa importante: si yo no estoy en el hospital no creo que pueda entrar a ver a su madre sin solicitar antes un permiso por escrito. Dicho permiso se confirma con el tutor responsable del ingreso, que en este caso es su padre. En pocas palabras: tendrá que venir con él o solicitarlo.

—Ahora que lo recuerdo, siempre hemos venido juntos, no se salta una cita. Yo pensaba que estaban limitadas. No sabía que se podía solicitar un permiso y, mucho menos, que mi padre lo tiene que autorizar. Claro, que no me pueden impedir ver a mi madre y no me gustaría usar mi trabajo para ello, no sé si me entiende...

—Le ruego..., te pido que no hagas eso, Paula. Me puedes meter en un lío. Me he mostrado distante porque quiero hacer lo que pueda por tu madre, del resto de enfermos no he podido siquiera tener acceso al historial —bajó la voz como si alguien las estuviera escuchando—, pero creo que no se tiene muy en cuenta la posible mejoría de muchos, mientras se les sigue dando tratamiento preventivo por agresividad. Lo de tu padre es otro formalismo más, tampoco me parece raro en un centro tan exclusivo. Piensa que, si vinieras por tu cuenta y yo no te diera el acceso, no podrías pasar hasta tener el permiso aprobado. Lo hacen con todos los enfermos a menos que vengan con su tutor que, en tu caso, es tu padre. Pero no creo que tengas ningún problema por eso, ¿no? —preguntó esta vez la doctora, haciendo ver en su cara que sabía que algo no encajaba en la cabeza de Paula—. Me he mostrado distante pues pensaba que, si el supervisor me ha dado el sermón, había sido porque habías hablado con él o porque estabas de acuerdo con la reclamación que le hizo tu padre. Se lo contaste tú, como es lógico, pero no entiendo por qué no pidió hablar conmigo y fue directamente al gerente.

—¿Me tuteas de nuevo, Berta? Parece que ya no te doy desconfianza —dijo añadiendo un poco de ironía—. No, con mi padre no hay ningún problema, pero, si viene por aquí, es mejor que no sepa que he estado en el hospital. Solo hasta que hable personalmente con él. No sabía que tenía el acceso restringido sin su autorización. Y no voy a *montar el pollo*, no te preocupes, pero mientras estés aquí tendrás que darme acceso, solo te pido

eso. Cambiando de tema, ¿me has dicho que la mayoría son mujeres? Me parece curioso. Y, ¿por qué hablas de la enfermedad en general? —preguntó esta vez en su papel de policía por aquel detalle que le había llamado la atención.

—Sí, es bastante curioso. Creo que hay cuatro hombres, el resto todas son mujeres. Algunos hospitales hacen distinciones o eligen a los pacientes por sus posibles, aunque también podría ser una casualidad. Este hospital está especializado solamente en casos de esquizofrenia paranoide, trastornos de la personalidad y/o demencias con crisis recurrentes, que hacen volverse especialmente agresivos a los pacientes. Por eso el caso de tu madre me llamó la atención. Si alguna vez tuvo algún proceso agresivo, ahora ya no es un peligro, por eso puedes estar tranquila —añadió abriendo la puerta y mirando fuera para confirmar que nadie las estaba espiando—. Claro que te daré acceso y ahora será más fácil siendo tú mi paciente. Si no fuera a ayudarte con esto no te habría dicho nada, pero tenía que estar segura de que querías que tu madre mejorara, por eso empecé de nuevo con tanta cortesía. A mí también me gustaría saber por qué motivo se mantiene a estos enfermos casi sedados, algunos aparentemente sin necesidad.

—Mi madre nunca ha sido peligrosa. Su problema fue que empezó a decir cosas sin sentido y a gritar como si estuviera desquiciada. Solo se calmaba cuando venía aquel médico y le pinchaba los tranquilizantes. Estuvo así unos días antes de que se la llevaran al hospital. Mi madre decía que soñaba que veía películas infantiles que no eran para niños, que eran horribles. Tiró todas las películas y libros de las estanterías y gritaba a mi padre, reclamándole que no hacía nada. Pensamos que se estaba volviendo loca, así empezó todo...

En ese momento se quedó callada. Aquella última frase se había conectado con una imagen clara de sus recuerdos: la caja con las cintas de vídeo de su padre.

—¿Tranquilizantes, dices? No es muy ortodoxo, que digamos, pero bueno, imagino que tu padre intentaría contactar con el mejor médico, como haría yo, y aquí están los mejores de la especialidad. A lo mejor era alguien de aquí. ¿Qué te pasa, te has quedado muy callada? Tienes la cara blanca, ¿te encuentras bien? —añadió viendo la cara descompuesta de Paula y llenando un vaso de agua para acercárselo.

Paula intentó desviar la conversación rápidamente para salir de allí. Solo pensaba en ver a su padre y pedirle explicaciones. Estaba todo tan enredado que realmente no entendía nada, o más bien, no quería componer todas las

piezas del puzle en su cabeza hasta tener a su padre delante. No podía siquiera imaginar qué había detrás de todo aquello y por qué mantenía allí a su madre. Sin duda, el que el supervisor reprendiera a la doctora Salas era cosa del comisario. Seguro que había llamado para quejarse cuando lo supo. ¿Por qué no querría su padre que le cambiaran el tratamiento?

Se despidió de Berta y se fue directa a la comisaría para hablar con él. No iba a pasar por casa. Sofía notaría su malestar y aquello prefería resolverlo a solas con su padre. Entró en la oficina y se dirigió directamente al despacho. En el camino le saludaron un par de compañeros y el último añadió:

—Millán no está, Paula, pensé que lo sabrías. Ha tenido que ir a Madrid. Me dijo que le avisara si venías hoy. Sabía que no te tomarías el día libre ni de coña. No volverá en un par de días. ¿Qué te ha pasado? ¿Y ese golpe? Es por eso que te quedabas hoy en casa, ¿no? ¿Estás mejor? —el compañero insistía más por curiosidad que por preocupación.

—Sí, no te preocupes, me di un golpe tonto, se me vino el suelo hacia la frente. ¿Qué te parece? —intentó hacerse la graciosa con una broma y esbozó una sonrisa forzada— ¿Qué es lo que ha ido hacer a Madrid, ¿lo sabes? —preguntó acercándose a su mesa.

—Pues ni idea. Esta mañana estaba un poco raro, la verdad, no se tomó ni el café. Recibió una llamada con la que no parecía estar cómodo. Cerró la puerta de su despacho y al rato salió para decirme que tenía que irse. Fue cuando me contó que no te encontrabas bien, pero que seguro que vendrías. Me obligó a jurarle que te mandaría para casa y no te dejaría trabajar, así que no me lo pongas difícil y vete a descansar que seguro que tienes cosas mejores que hacer con Sofía que estar aquí.

—Carlos, no me quedaré a trabajar, pero voy a coger algo del despacho — al llegar a la altura de la puerta se dio cuenta de que estaba cerrada con llave.

—No me mires así, yo no la tengo. Y si la tuviera tampoco te la daría, no me arriesgaría a la ira de Zeus, ni de coña.

—¿Ni por los viejos tiempos? —Paula y él se habían enrollado cuando estaban en la facultad de derecho.

—Sí, claro, no me utilices, no me arriesgo yo ni por un polvo contigo y con tu novia juntas, fíjate lo que te digo —contestó mientras se reía acompañado de otro compañero que asentía desde una mesa cercana por el comentario machista—. Además, no tengo la llave, te lo juro. Se la llevó, vi como la guardaba en el bolsillo.

—¿Viste si traía algo? Una..., caja. Son unas cosas que tenía que llevarme a casa, pero a lo mejor con las prisas de irse las dejó en el despacho —dejó las bromas aparte, pero siguió con su sonrisa para intentar saber algo más, siendo un poco más sutil.

—Ahora que lo dices, sí. Entró con una bolsa en la mano, pero la debió dejar en el despacho porque a su salida no la llevaba, de eso estoy seguro, ya sabes que no se me escapa nada.

—Eso sí que es cierto, no se te escapa nada, eres la *vieja del visillo*, Carlos, háztelo mirar —terminó para dejar a los dos compañeros cercanos retorciéndose de risa en sus mesas.

Se despidió de todos, salió del edificio y arrancó su coche para regresar a su casa. Se quedó pensando en todo lo que había pasado y cogió el móvil para llamar a su padre. Una voz femenina grabada le informaba amablemente de que el abonado no estaba disponible. Volvió a intentarlo de nuevo y tampoco tuvo suerte; definitivamente el teléfono estaba apagado. Tenía que hablar con él, había muchos nubarrones oscuros en todo aquello de las cintas de vídeo, pero lo que más le perturbaba era el asunto de su madre. Tiró el móvil con rabia al asiento del copiloto y siguió conduciendo hasta llegar a su casa.

Cuando entró en su apartamento su novia se estaba dando una ducha. Fue a la cocina donde el olor de un bizcocho que Sofía tenía en el horno la hizo suspirar y sentirse afortunada de tenerla a su lado. Puso una cafetera para cuando saliera de la ducha, mientras sacaba del bolso la receta de la medicación pensando en si contárselo o no. De pronto cayó en la cuenta de que tal vez todos esos nubarrones oscuros los estaba provocando aquello que la doctora había visto en su cerebro.

¿Y si todo había sido una alucinación? Miraba ensimismada el fondo de la taza vacía donde serviría el café.

Ya no estaba segura de nada. El sonido de la cafetera y el intenso aroma la devolvieron de nuevo a la cocina, mientras Sofía, que ya la había oído, voceaba desde la ducha:

—¡Ya salgo, cariño! No tardaré.

Paula guardó la receta en uno de los bolsillos del bolso y decidió no contarle nada, por lo menos hasta que tuviera la confirmación de las pruebas de la doctora. Justo cuando la cafetera terminaba de llenarse, el teléfono comenzó a sonar. En la pantalla aparecía el contacto de su padre. Dudó por unos segundos, pero al tercer tono no pudo contenerse y descolgó.

Capítulo 9

Isabella, un alma de alquiler

Sara y Tomás estaban emocionados. Por fin tenían a su pequeña Isabella en casa y casi todos los trámites legales resueltos, después de haber pasado un largo proceso hasta que la niña nació. Decidieron ir a Brasil recomendados por otro matrimonio que conocían y que también tenían un niño de siete años nacido de una madre de alquiler. En el país no era legal hacer tal cosa, pero se practicaba con total impunidad con los contactos adecuados y unos cuantos miles de euros. Bastantes; casi setenta mil llevaban gastados. En su caso eligieron a la misma madre que había tenido hacía siete años al hijo del matrimonio amigo. En un principio, cuando fueron a visitarlos para preguntarles por la experiencia, no habían pensado en ella como madre gestante, pero al verla allí, con una edad muy parecida a la de Sara y conociendo el dato de que había tenido ya dos partos de éxito, se decidieron por Tareyja. La madre en cuestión tampoco tenía pensado repetir la experiencia de ser madre de alquiler, pero cuando vio tan emocionada a Sara, jugando con sus otros tres hijos en la calle de la humilde casa donde vivían, sintió algo en su interior que le decía que tenía que hacerlo. Y no lo hizo porque ellos le ofrecieran un plus añadido a lo que normalmente se pactaba, aunque aquello ayudó bastante. Ellos vieron a aquella preciosa joven y tuvieron claro que no querían buscar a nadie más. Tomás incluso fantaseó con la posibilidad de tener una relación con aquella preciosa mujer, aunque sabía que todo se quedaría en su cabeza. Solo tendrían que agilizar los trámites con la clínica para proceder a la inseminación.

Tareyja era el perfil adecuado, no cabía ninguna duda. Vivía con una de sus tías y los niños estaban muy bien cuidados, parecían felices. El lugar era bastante humilde, cercano a uno de los barrios de favelas más grandes de Sao Paulo. La casa, situada en una estrecha calle gris en pendiente, no inspiraba mucha confianza, más bien parecía que se iba a venir abajo de un momento a otro. Dentro la cosa cambiaba bastante. Era un hogar humilde, pero bien cuidado. Aquella joven madre que había enviudado hacía un par de años había sabido rentabilizar bien su capacidad para recuperarse de los partos y aquella oportunidad le venía que ni pintada para sufragar los gastos del funeral,

además del arreglo de los papeleos de la propiedad y de otro terreno familiar heredado.

Pasaron allí unos días conociendo a la familia y confirmaron que los niños eran los reyes de la casa. Hicieron el contrato con un despacho de abogados que trabajaba en ambos países y controlaba bien los vacíos legales para poder realizar sin problemas la delicada operación. Como se solía decir, quien hizo la ley hizo la trampa, y a los doce meses y medio su hija Isabella de apenas un par de semanas ya estaba en su casa en Málaga. Mantenían contacto con la madre de alquiler y le enviaban fotos como si fuera un familiar más, mientras los días pasaban y las visitas de familiares y amigos ya solo eran ocasionales.

Sara se encontraba aquella mañana en la cocina de la casa tratando de preparar algo para comer. La pequeña se había pasado la noche llorando sin parar y no habían descansado nada. Ahora Tomás y la bebé estaban dormidos y ella disfrutaba de un poco de silencio después de varias horas de *heavy metal*. Estaba muy cansada, tanto que, mientras calentaba agua para cocer pasta y echarle directamente un bote de tomate frito por encima, daba cabezadas estando incluso de pie. Volvió en sí y preparó el biberón de la niña, a la que le tocaba la siguiente toma, aunque no tenía intención de despertarla todavía. Prefería dejarlo preparado y que Isabella descansara lo máximo posible.

Apenas terminó de mover la pasta, empezó a escuchar a su hija quejarse de nuevo. La pequeña lloró con fuerza y Sara le llevó el biberón para dárselo y ver si la calmaba un poco. Cogió a su hija en brazos y la sacó de la habitación al pasillo, que también estaba atenuado por una pequeña lámpara para que la luz no la molestara. Así, si se dormía con la toma, se metería en la cama con ella y dejaría la pasta para después del siguiente arranque de llanto. Al ir a darle el biberón, notó que Isabella estaba muy floja, no aguantaba su cabecita, aunque sí buscaba la tetina. Era como si no pudiera mantener la cabeza tensa, aunque sus ojos estaban abiertos y parecía bastante consciente. Se la colocó de manera que la pequeña no tuviera que forzar la cabeza para tomar el biberón. Cuando lo terminó, Sara observó que su hija no se había quedado dormida. Sonreía y a ella se le caía la baba, pero veía que su hija no tenía la tensión muscular acostumbrada, incluso sus brazos parecían demasiado laxos. Decidió despertar a su marido para que la llevara al hospital.

—Vamos, Sara, descansa, no te preocupes, será que está cansada. La pobre no ha dormido en toda la noche y nosotros tampoco.

—Que no, Tomás, mira, tómala. Cógela en brazos, verás que esto no es

normal.

Él hizo caso a su mujer y pudo comprobar lo que ella decía de su pequeña. Aunque su especialidad era la salud mental, era médico y sabía que aquella ausencia de tensión estando totalmente despierta no era natural. Entregó de nuevo a Isabella a los brazos de su madre y se vistió de prisa para llevarla al hospital. Estaba preocupado: aquellos síntomas no le gustaban nada, aunque la niña estuviera consciente. No quería asustar a su mujer, pero sabía que los daños neurológicos, ictus y otras enfermedades que no quería ni imaginar, podían provocar aquel estado de la pequeña. Para no precipitarse, comenzó a respirar y trató de tranquilizarse sin sacar ninguna conclusión equivocada.

—Le pasa algo malo, ¿verdad? Es eso..., no me lo quieres decir. ¿Qué es lo que tiene?

—No lo sé, Sara. Yo también estoy preocupado, pero seguro que lo que tiene es falta de sueño, quédate tranquila —contestó intentando disimular.

Llegaron y consiguieron aparcar muy cerca de la puerta de urgencias de neonatos del hospital privado donde los habían atendido en la primera revisión de Isabella. Entraron con algo de prioridad porque Tomás tenía una antigua colega trabajando allí que les pasó con el médico de guardia. Este, nada más ver a la pequeña y ver que sus ojos y estímulos auditivos funcionaban adecuadamente, adoptó un gesto de desaprobación al comprobar que no respondía a los reflejos físicos.

Tuvieron que sacar a Sara de la consulta y darle un calmante, pues se alteró de tal forma que no dejaba hacer su trabajo al médico. Tomás se quedó en la consulta con él y su hija, asegurándose primero de que su mujer estaba en las expertas manos de dos enfermeras que se encargaban de atenderla. El médico, después de hacerle un interrogatorio detallado sobre las últimas horas y preguntarles si habían notado algo inusual, le comentó a Tomás que aún debía de hacerle varias pruebas. Tomás apuntó que, por la noche, cuando lloraba casi sin parar, él recordaba que Isabella solía tener la tensión y los reflejos normales de los bebés, pero no podía aportar ningún dato más que le pareciera relevante.

Esperaron durante horas el resultado de las pruebas y después de cuatro cafés de máquina y unas galletas para matar el hambre, el médico los llamó a la consulta.

—Bueno, ya tenemos todos los resultados. Siéntense, por favor. La pequeña tiene que quedarse ingresada. Hemos visto algo en el TAC que no nos ha gustado y la analítica ha confirmado nuestras primeras sospechas. Tenemos

que repetir la prueba para estar seguros y hacer alguna otra más, pero..., siento decirles que creemos que Isabella tiene un tumor cerebral —esta última frase lapidaria cayó como un jarro de agua fría a ambos, que se miraron y rompieron a llorar abrazados.

—¿Está seguro, doctor? Debe haber algún error. ¿Puedo ver las imágenes del TAC? —preguntó Tomás al médico sin parar de mirar a su hija entristecido.

—Por desgracia, no creo que sea un error de las imágenes, aunque yo mismo he pedido que las repitan. Aún es precipitado sacar conclusiones, pero no sabemos si se puede operar. Está muy cerca de zonas que podrían afectar de alguna manera al sistema motor de Isabella. Como les digo, tiene que permanecer ingresada unos días para que terminemos el estudio. Si están de acuerdo, puedo empezar los trámites del ingreso.

Los dos se quedaron mirando, confiando en que aquella máquina que había hecho la prueba estuviera mal. Sara se secó las lágrimas fríamente, ante la mirada de asombro de su marido, y firmó la petición de ingreso. Tomás se había quedado bastante afectado al ver por sí mismo las imágenes. Sabía perfectamente lo que aquella mancha en su cerebro significaba.

Isabella estuvo una semana completa en el hospital y los médicos finalmente confirmaron sus sospechas. Por la zona donde se encontraba el tumor, no era posible operarlo. Los doctores fueron claros con ellos y les dieron muy pocas esperanzas de que Isabella superara los tres años. Quizás, si llegaba a esa edad, podrían tratar de operar, según cómo hubiera evolucionado la enfermedad.

La pequeña había reaccionado muy bien a un tratamiento que le permitía hacer una vida normal, siempre y cuando el tumor no creciera y presionara las zonas delicadas de su cerebro. Había una mínima posibilidad de operarla, pero era tan peligrosa que ni el médico se permitía plantearla. Les ofrecieron apoyo psicológico que rechazaron y se llevaron de nuevo a Isabella a casa.

Esa misma tarde, Sara habló con Tareyja por *Skype* y le contó entre sollozos lo del tumor de Isabella. Recibió la noticia como la recibiría cualquier madre, llorando desconsolada.

Después de pasar un rato llorando juntas, apareció en pantalla su tía Andiana y dijo algo en portugués que pareció molestar a Tareyja. Sara, que había mejorado un poco el idioma durante su estancia en Brasil, pudo entender parte de las palabras de la anciana: culpaba a Tareyja por su ambición, acusándola de haber traído una maldición a la niña. Se ofrecía a rezar por ella

y a hacer algún ritual para librarse del oscuro espíritu que atormentaba a la pequeña. Tareyja la apartó del plano con el gesto fruncido y le pidió que saliera de la habitación.

—Disculpa a mi tía, Sara, ella es mayor y sus creencias..., bueno, es una mujer muy supersticiosa.

—¿Qué dice de un espíritu oscuro? Tareyja, ¿de qué habla? ¿Crees que puede ayudar a Isabella?

—No lo sé, en el pueblo le tienen mucha fe como curandera, pero no es más que eso. No creo que sea un buen momento para hablar de ello.

Esta vez fue Tomás el que le pidió a Sara que dejaran la conversación. No quería que albergara falsas esperanzas y mucho menos que creyera en supersticiones. En el hospital se lo habían dejado muy claro: si decidían aplicar el tratamiento a Isabella, quizás pudieran alargar más su vida. Pero sabían que, de la misma manera que podía resultar positivo, la niña corría el riesgo de no soportarlo y empeorar. Apartó con delicadeza a su mujer del ordenador y se despidió de Tareyja. Ella les pidió que les informara y les aseguró que rezaría por Isabella cada noche.

Sara se quedó con la mirada perdida, mirando a su hija en la cuna plácidamente dormida. No tenía más remedio que ponerse las pilas y seguir con su rutina. Debía intentar asimilar lo que les quedaba por delante cuanto antes.

Sara Watson estaba a punto de publicar su cuarta novela y ya contaba con un gran número de seguidores de sus obras. Este último proyecto consistía en un thriller de terror sobre una casa encantada. La comenzó a escribir cuando vio por primera vez la casa de Tareyja. Su editora le había avisado de que la editorial no podía esperar más: tenían a algún otro autor novel con obras muy buenas y esto empujaba a adelantar la suya. Ella estaba en aquellos días tan despegada que le daba igual que aquel joven escritor le ganara terreno.

Habían pasado un par de meses e Isabella no había sufrido más crisis como aquella. Estaba teniendo una evolución tan extraordinaria que el mismo médico les aconsejó esperar para empezar con la medicación, al ver que no había empeorado. Quería saber si aquella pequeña era uno de esos casos en los que, si el tumor no presionaba las zonas delicadas de su cerebro, le permitiría hacer una vida normal durante más tiempo de lo que en principio esperaban. Y no se equivocó. La niña crecía y aquel tumor parecía dormido, aletargado, mientras ella aparentaba tener una infancia feliz, al margen de los constantes controles médicos.

Cuando Isabella cumplió dos años, y ellos disfrutaban cada minuto de su hija pensando que sería el último, hicieron una videoconferencia para celebrarlo con su familia brasileña. Así la llamaban. Habían seguido en contacto más frecuente desde la enfermedad de la niña, informando puntualmente de su evolución. Incluso la familia brasileña se ofreció a ayudar económicamente a Sara y Tomás, con el dinero que Tareyja tenía ahorrado. Ellos se sintieron conmovidos, aunque, por suerte, su problema no era precisamente financiero.

Por su parte, Sara, sin que su marido supiera nada, había solicitado a la tía de Tareyja que hiciera lo posible por la mejoría de la niña. Estaba convencida de que ella había tenido algo que ver en su estado actual, que de alguna forma su magia curativa o sus espíritus estaban calmando el mal que estaba rondando a su pequeña. Si Tomás se enteraba de aquello no le iba a gustar en absoluto, no creía en aquellas cosas. Demasiado era ya el hecho de aceptar que su mujer tuviera varios altares con distintos santos, velas y ofrendas a modo de ingredientes porque a ella le hacían sentir mejor. Para él no era más que lo que el médico pensaba: un tumor aletargado que, con suerte, no crecería mucho y se quedaría en su sitio. Había visto las últimas resonancias y pruebas y no daba crédito a la mejoría. En el transcurso de todas las imágenes se observaba cómo iba creciendo despacio, lentamente, al ritmo normal del cerebro sin, de momento, molestarlo.

Saludaron a Tareyja y a todos los familiares que tenía en Brasil, así decidieron disfrazarlo para la niña de momento. Sus hermanos de madre gestante serían sus primos y Tareyja una de sus tías. La relación que tenían era muy estrecha. Tareyja no solo quería a Isabella, aquel cariño familiar era recíproco. Hablaron de su próxima visita a Brasil que se produciría, con suerte, en unos cuantos meses, si el doctor autorizaba a la pequeña a viajar. Lo que Tareyja no podía imaginar era que Tomás y Sara tenían una sorpresa preparada en la que, Sara especialmente, había puesto mucho ahínco. La autorización ya estaba firmada y los billetes a Brasil, comprados. Decidieron contárselo cuando Isabella apagó las velas de la tarta y les dedicó unas palabras a través de la *cam*. La sorpresa añadida hizo que todos se emocionaran y aplaudieran al unísono. Sara acabó la videoconferencia recordándole a Tareyja que se verían pronto y que debía de empezar a preparar aquello en lo que habían quedado. Tomás le preguntó extrañado por sus misteriosas palabras y ella le contestó, sin darle demasiada importancia, que iban a hacer algo de turismo local para conocer las costumbres de las

raíces natales de Isabella.

Los meses pasaron sin más contratiempos y todo parecía ir según lo planeado. Incluso la editorial de Sara había decidido contar de nuevo con su obra cuando supieron el motivo por el que se había apartado de la circulación. Tenía pensado enviar el manuscrito a su vuelta de Brasil para no estar estresada en el viaje y así poder dedicarse por completo a lo que iba.

Aquella tarde, ya en casa de Tareyja, la tía Andiará se acercó con un té y unos dulces típicos caseros parecidos a las torrijas, pero empapados con un vino violáceo y una mezcla de miel. Mientras Isabella jugaba vigilada por sus primos mayores en la calle cerca de la casa, los adultos conversaban en el interior y disfrutaban de aquel rato familiar, esta vez de manera mucho más cercana.

—Bueno, espero que esas visitas que nos tenéis preparadas incluyan un rato de playa. Me apetece mucho ir a algún sitio bonito a pasar el día — comentó Tomás dejando a Tareyja con un gesto de contrariedad que Sara también percibió.

—¿Visitas? ¿Queréis hacer turismo? Sara, no se lo has contado, ¿verdad? Podemos hacer visitas, desde luego, pero tendría que hacer unas llamadas. No te preocupes, prepararemos algo.

—¿Qué es lo que no me has contado? ¿Se puede saber? —en ese mismo momento vio entrar a la tía Andiará con un cesto lleno de ingredientes y cachivaches parecidos a los que había puesto su mujer en los altares que había regado por toda la casa.

—Verás, cariño, no te enfades, pero le he pedido a Andiará que nos prepare un ritual de purificación. Ella es curandera y por lo que he investigado del tema, una de las mejores de todo Sao Paulo. Sé que no crees en estas cosas, pero hazlo por mí, por favor —suplicó—. Además, Andiará ha gastado mucho dinero en esos ingredientes.

—*E frango também* —añadió la anciana mirando a Sara y a Tomás con los ojos como platos.

—¿Cómo que un pollo? ¿Sara? ¿De qué va esto? ¿Para qué hace falta un pollo? Sabes de sobra que no me van estas cosas —contestó visiblemente molesto por haberse enterado cuando el ritual estaba a punto de empezar.

—Es solo un ritual de protección. Andiará dice que puede ayudarla, pero que solo debemos pensar en la mejoría de Isabella. Le podemos pedir cualquier cosa. Insiste en que en nuestro pensamiento solo visualicemos su mejoría. Y que algunas almas egoístas han pedido riquezas materiales y han

recibido desgracias a cambio de su ambición. Venga, cariño, hazlo por mí, no tenemos nada que perder. ¿Te da miedo ver morir a un pollo?

—Sara, estás mal de la cabeza, ¿van a sacrificar a un pollo? Si te da grima matar una cucaracha a pesar de que las odias...

Tomás negaba con la cabeza mientras la santera se iba con sus cosas al patio interior de la casa.

Ella intentó convencerle de que no iba a hacerle daño a la niña, sino todo lo contrario. Y Tomás, por el simple hecho de complacerla, accedió a regañadientes, aunque preguntó antes si se podía hacer el ritual sin matar al pollo. Vio que Andiara parecía molesta con la propuesta y le dijo que si pensaba que aquello era un juego. Él no volvió a abrir la boca y decidió esperar pacientemente a que todo aquel espectáculo de superstición y magia terminase. Por un lado, todo lo relacionado con la superchería le producía incredulidad; por otro, muy dentro de él, tenía que reconocer que aquellas historias le daban escalofríos y todavía no sabía cómo su mujer se había prestado para tal cosa. Sospechaba, más bien, que ella misma lo había propiciado.

El ritual empezaría justo cuando Sara volviera de la calle, después de comprobar que Isabella se encontraba bien. La veía correr con aquellos niños mientras le caían unas lágrimas de tristeza y alegría juntas. Su pequeña tenía puesto un vestido blanco y se había quitado los zapatos como los otros niños. También llevaba un lazo celeste que volaba con los saltos y carreras de la niña, al compás de su cabello castaño, fino como la seda, que le llegaba por los hombros. Se quedó quieta al ver a su madre de lejos, calle abajo. La saludó dedicándole una enorme sonrisa y tirándole un beso. Su madre devolvió el gesto y la avisó con cariño de que tuviera cuidado. La pequeña siguió jugando, corriendo detrás de los demás y riendo a carcajadas de felicidad. Sara entró y cerró la enorme puerta de madera tras de sí sin echar el pestillo, tal y como era costumbre en el barrio. Había cierto respeto por lo ajeno; digamos que, tener algunos delincuentes en las favelas cercanas que defendían su barrio de otras bandas, era una gran ventaja.

Se colocaron en círculos en torno a la cesta que había preparado Andiara, mientras ella empezaba con sus rezos y oraciones. Se agachaba y cogía los ingredientes que parecía ofrecer a la deidad que se pretendía invocar. Los agitaba en el aire y los rozaba con vigor por los hombros, primero de ella y después de él. Sara no conseguía entender nada. Aquella mujer, que aparentaba unos sesenta años, hablaba tan rápido que parecía otro idioma que

no era portugués. Y así era: aquella jerga se escuchaba como una mezcla de un par, puede que tres, dialectos antiguos que aún se usaban en algunas tribus nativas de las selvas de Brasil. Ambos estaban callados, con los ojos cerrados intentando pensar solo en aquello que les había solicitado Andiara.

Tomás entendió entonces que llegaba el momento del sacrificio con el que se pretendía apaciguar al espíritu oscuro que había maldecido a Isabella, según la tía Andiara. El animal se retorció y cacareaba como si supiera lo que le esperaba. Los rezos de la curandera se oían cada vez más altos, creando un clima realmente tenso. Tomás deseaba con todas sus fuerzas que aquello terminara cuanto antes, mientras Sara pensaba en la felicidad de Isabella con su saludo de minutos antes en su cabeza.

Mientras tanto, los niños jugaban tranquilamente al escondite, sin ningún problema aparente de comunicación. Los dos más mayores habían aprendido algunas palabras en castellano para poder entender y hablar con Isabella. La niña salió corriendo calle abajo detrás de uno de sus primos para esconderse con él en el mismo sitio. Cuando llegaron cerca de la casa el chico se ocultó detrás de un árbol y le dijo a Isabella que buscara otro sitio para que no les encontrasen. Al fin y al cabo, él también era pequeño, apenas cuatro años, y también quería ganar.

Ella miró la puerta cerrada de la casa y se puso delante. Esta se entornó ligeramente delante de ella, invitándola a entrar, y la pequeña la empujó sin problemas, teniendo en cuenta que para cualquier adulto hubiera resultado bastante pesada porque se trataba de un portón muy antiguo, con unas enormes bisagras oxidadas. La cerró y se quedó dentro mirando por una vieja rendija que la atravesaba, esperando que no la buscaran allí. Uno de sus primos, el que se la quedaba, vio a la niña, pero se hizo el despistado yendo antes a por su otro hermano. Ella se emocionó por la que consideró su hazaña personal: mientras no la tuviera en su campo de visión pensaba que él tampoco podría verla, de esas cosas que se aprenden cuando creces.

De pronto oyó las voces adultas que llegaban hasta ella y sintió curiosidad. Los chicos habían subido la calle fingiendo que la buscaban. La pequeña se dio cuenta de que sus primos se acercaban a la puerta y la iban a descubrir y, sin más, salió corriendo descalza por el gran pasillo de la casa que daba al patio interior de donde provenían los sonidos que había escuchado hacía un momento. Con tanto trajín se le soltó el lazo del vestido, que cayó lentamente en una espiral movida por el viento y la inercia de la carrera.

Los adultos continuaban la ceremonia ajenos a que Isabella se estaba

acercando al patio. La anciana gritó sus últimas palabras sobrecogiéndola a todos los presentes por la macabra escena que estaban presenciando. Sostenía un cuchillo afilado que amenazaba con degollar al animal y cuando procedía con un tenebroso grito a clavárselo al bicho, vio a la pequeña de pie, en la puerta del patio, mirándolos asustada. La anciana Andiará, por el sobresalto, dejó escapar al pollo justo al final del ritual. Isabella empezó a convulsionar de pie con los ojos en blanco, antes de que ninguno de ellos pudiera haberse acercado a tranquilizarla. Se había orinado encima por el miedo. De repente, la pequeña emitió un grito desgarrador que dejó a todos helados y cayó al suelo desmayada, convulsionando involuntariamente, restregándose en el charco de su propio orín. Su madre se acercó seguida de su padre, mientras Tareyja intentaba calmar a su tía, que negaba mirando al cielo de rodillas mientras seguía profiriendo extrañas plegarias en su idioma ininteligible.

Al poco rato Isabella empezó a abrir los ojos mientras los tres chicos entraban en el patio buscándola, creyendo que todavía estaba escondida. Tareyja les recriminaba que la hubieran dejado sola y los mandó a su cuarto sin saber que los chicos no entendían nada de lo que había pasado. Por suerte, no habían presenciado la imagen de la niña en aquel trance. La pequeña se despertó asustada al ver a los mayores a su alrededor. En su cabeza infantil no encajaba nada de lo que había pasado. Súbitamente volvió en sí y le dijo a su madre que no llorara, que estaba bien.

—¿Me he caído, mamá?

Empezó a llorar al notarse mojada, pero en seguida alegró el gesto y pidió que la cambiaran para jugar. No parecía pasarle nada anormal. De hecho, quería salir corriendo mientras su madre la aseaba y la abrazaba besándole la cabeza. Isabella la apartaba como hacen casi todos los niños cuando los adultos se empeñan en darles besos efusivamente. Y, aunque era una niña cariñosa, se cansaba pronto de los achuchones de su madre.

Tomás le dijo a su mujer que dejara que Isabella jugara dentro de la casa, cerca de ellos. Sus primos sacaron unos juegos para entretenerla. La niña tenía el semblante con el color algo subido, como si la temperatura de su cuerpo hubiera aumentado de forma repentina. Tareyja por instinto le tocó la frente con los labios, recurriendo a aquel primario e infalible termómetro que usaban todas las madres y, entornando los ojos afirmativamente, le indicó a Sara que la pequeña tenía fiebre. Isabella no se sentía mal. Era la misma niña llena de energía de antes de caerse redonda al suelo. Los adultos aún estaban dando vueltas en su cabeza a lo sucedido cuando la tía Andiará decidió hablar con

ellos utilizando a Tareyja de traductora, por si no la entendían. Sara y Tomás habían discutido. Él le recriminaba que no deberían haber hecho aquel ritual.

—Cálmese, ahora no es momento de culpar a su esposa. Lo mejor que pueden hacer es escucharme en silencio. Presten mucha atención porque lo que ha pasado no es ninguna superstición. El espíritu oscuro que poseía a Isabella tenía que haber sido combatido por otro espíritu de luz portado por el animal, que arrastraría a ambos, transfiriéndose a él. El ritual debía finalizar con la muerte del portador de ambas almas. Ella no debería haber estado presente: el espíritu oscuro podría haberla encontrado. No quiero que se tomen a la ligera lo que acaba de pasar. Ahora ella tiene un demonio y un ser de luz dentro y ambos pueden manifestarse. Su trabajo está en no dejarse engañar por ninguno de ellos. Pueden hacer realidad deseos, aunque..., eso sí, a un coste muy elevado. No le hablen a la niña de esto nunca. Si alguna vez es consciente, podría ser vulnerable, y a ella, sin ninguna duda, será muy fácil que la engañen. Esta historia se ha repetido en nuestra familia en el pasado y hacía ya varias generaciones que se había evitado con el sacrificio del portador. Ahora no hay nada que se pueda hacer. No la escuchen si habla a través de ellos. No la motiven si notan que mejora sus capacidades, pues estarían motivando también a su parte demoníaca. Ambos son demonios, no crean. Aunque uno sea de luz y el otro oscuro pueden confabularse para utilizar el alma de Isabella, vivir su vida y destrozarse, de paso, la suya. Les daré un amuleto que la niña debe llevar con el que intentaré contener a los espíritus. Han podido pasar la barrera de la muerte, dado que Isabella está rondada por ella, y eso los atrae. Tarde o temprano su hija morirá y si no se completa el ritual, los demonios quedarán libres y buscarán otro huésped. Esos espíritus son peligrosos, no se dejen engañar. Tampoco quieran saber más de lo que ya saben. Aunque su hija quiera contarles algo sobre ellos, recuerden, deben hacerla creer que son sueños y restarle importancia.

—¡Está usted completamente loca! ¡Lo que le ha pasado a mi hija es que se ha llevado un susto de muerte al oírle gritar con el maldito pollo en la mano, a punto de ser degollado! Hasta se hizo pis encima, mi pobre hija... Somos unos inconscientes, Sara —se dirigió a su mujer—. Eso de los espíritus no son más que supercherías. No nos hace falta ningún amuleto, bastante daño han hecho ya —ella alargó la mano para coger el amuleto de la mano de Andiara, dándole las gracias—Pero, Sara, ¿de verdad vas a creer a la curandera? ¿Vas a coger ese amuleto? ¡Eso no son más que tonterías! Bueno, mira, haz lo que quieras, pero en casa no entran más objetos esotéricos ni nada relacionado con

la santería o los curanderos, eso por delante.

Decidieron recoger sus cosas e instalarse en un hotel. Sara estuvo en contacto con Tareyja durante los tres días siguientes que les quedaban en Brasil. Isabella parecía encontrarse perfectamente. Su padre la estaba enseñando a nadar, asombrándose en cada brazada de su hija que parecía flotar casi sin su ayuda. Tareyja aseguró a Sara que no debía dar importancia a lo que había dicho su tía Andiara e insistió en que, si en algún momento necesitaba algo, no dudase en llamarla a cualquier hora.

Después de aquel suceso, Tomás se volvería del todo reacio a que siguieran teniendo tanto contacto. Empezó a pensar que la anciana quería obtener algo a cambio del ritual y por eso le aseguró a Sara que, si aquella mujer les pedía dinero, estaba dispuesto a ponerle una denuncia con la que se le iba a caer el pelo. Ella, sin embargo, estaba asustada y creía en las advertencias de Andiara. No sabía si era por la sugestión que conllevaba el ritual, pero había visto un humo negro, una gran sombra oscura sobre Isabella mientras convulsionaba salvajemente. La figura giró su atención hacia Sara justo antes de desaparecer, disipándose a la misma vez que Isabella caía al suelo. No se atrevió a preguntarle a su marido por lo que habían visto. Sabía que, aunque él lo hubiera presenciado al igual que ella, trataría de buscar alguna explicación empírica de esas que tanto la aburrían y que no la convencería jamás. Querían dedicar el máximo tiempo a disfrutar de ella y se propusieron hacer caso a una de las frases de la anciana: no hablar nunca de lo sucedido y menos en presencia de la pequeña.

Capítulo 10

Ángeles y demonios

Había transcurrido un año y medio desde el terrible suceso del ritual. Se encontraban en el hospital, en uno de los controles rutinarios de seguimiento del tumor de Isabella. Habían descartado darle quimioterapia por ser un tratamiento muy agresivo para alguien tan joven. El propio Carlos Valbuena, el médico de la niña hasta entonces, estuvo de acuerdo. Estaba convencido de que la esperanza de vida de la pequeña era mínima y no quería causarle más sufrimientos a ella, y, por ende, a sus padres. Aquel día todo iba a ser distinto después de las últimas pruebas realizadas.

El médico se acercó a los padres con un gesto de asombro, como el que acaba de ver un fantasma. Les pidió que pasaran a su despacho para estar más tranquilos.

—Todo está bien, no tenéis que preocuparos, pero tenemos que repetir las pruebas.

—Habla claro, Carlos, me estás asustando. ¿Cómo que no pasa nada? ¿Por qué quieres repetir las pruebas? El tumor ha crecido, ¿verdad? —preguntó Tomás agarrando la mano de su esposa, temiendo lo peor.

—Míralo tú mismo y verás si es necesario repetir las...

Encendió la pantalla con la que miraban las imágenes radiológicas y puso dos cortes idénticos: uno de hacía seis meses, en la anterior revisión, y el de aquel mismo día.

—¿Cómo es posible? Has equivocado las placas, ¿verdad, Carlos? Esta está limpia — señaló Tomás levantándose de su silla de un bote, sin poder dar crédito a lo que estaba viendo.

—Quieres decir que..., ¿el tumor ha desaparecido? —preguntó esta vez Sara, viendo clara la diferencia entre las imágenes.

—Ahora mirad esto —decía mientras les enseñaba las imágenes de la última resonancia en el ordenador—, ¡es increíble! Es de esas cosas que te cuentan algunos compañeros de profesión, pero que yo nunca creí posible, la verdad. Necesito hacer otras pruebas además de repetir el TAC. Me dais permiso, ¿verdad? No son invasivas, las pruebas son solo para determinar si queda algún rastro. Tenemos que hacer un contraste, pero estoy casi seguro de

que no hay nada.

El cerebro no solo parecía haber absorbido por completo el tumor, sino que la parte necrosada que aparecía en la resonancia anterior había sido sustituida por materia gris aparentemente sana. Según la valoración del doctor Valbuena de las pruebas que tenía, el cerebro también había crecido medio milímetro. Algo imperceptible al ojo, pero muy importante para las últimas conclusiones.

Tomás lloró como un niño pequeño, también Carlos tenía los ojos vidriosos por la alegría compartida y por el emocionante caso que estaba tratando personalmente. Estaba convencido, pero quiso asegurarse bien, y volvió a comprobar que las imágenes no se habían mezclado con las de otro paciente. El que tuvieran que hacer de nuevo las pruebas a Isabella implicaba que se quedara ingresada en el hospital para evitar así el trastorno de tener que esperar varias horas por los resultados.

Les ofrecieron una habitación bastante grande, donde podían estar los tres juntos. Había dos camas y pondrían una tercera a petición del médico, al ser un caso excepcional y teniendo en cuenta que, mínimo durante dos días, tendrían que quedarse allí. También se hacía cuando los pacientes venían de fuera y se encontraban en la situación de no tener alojamiento, pues aquel era un hospital privado. Carlos les pidió prudencia hasta tener los resultados. Después de reconocer que estaba casi seguro de lo que había visto, les dijo, para mantenerles en el peor de los casos, que los tumores no podían desaparecer así porque así, menos aún, en tan poco tiempo y sin tratamiento de ningún tipo. Esto también lo sabía de sobra Tomás.

La pequeña estaba resignada y sabía que aquello era importante. Su madre le había dicho que se pondría buena muy pronto y que gracias a un ángel guardián que siempre estaba con ella, no tendría que hacerse esas pruebas en mucho tiempo.

—Mamá, el ángel está dentro de mí, ¿verdad? A veces lo veo en sueños. Anoche lo vi, me dijo que no podía dejar entrar al demonio, que él me ayudaría a conseguirlo ¿El demonio se ha ido? También lo he visto, me visita en sueños...

—¿Qué es eso que dices pequeña? No hay demonios cerca de los ángeles, solo hay más ángeles, como tú. Por tu culpa la niña cree en esas historias de ángeles y demonios —susurró Tomás para evitar que Isabella pudiera oír la última frase.

Sara hizo un gesto de negación y frunció el ceño para indicarle que no

sabía nada de eso. Se dio cuenta de que aquella conversación no era propia de una niña de su edad. Hacía unos días, Isabella apenas hablaba con claridad y Sara la miró con curiosidad preguntándose cuándo había aprendido su hija a comunicarse así.

—No, papá, mamá no me ha dicho nada. Ha sido el ángel, aunque el demonio..., también me habla.

Aquellas palabras les pusieron los vellos de punta, pero intentaron quitarle importancia a lo que estaba diciendo. Ambos se acordaron de lo que dijo Andiara, la tía de Tareyja, y estaban decididos a no hablar de ello. Pero, unos días antes, a Sara le pareció que decirle que tenía un ángel custodio le ayudaría a decidir, llegado el caso, lo que estaba bien y lo que no, ya que la niña había manifestado tener pesadillas. Isabella era una niña muy inteligente y en los seis últimos meses había dado un gran cambio, aunque hasta aquel momento había pasado casi desapercibido para sus padres.

Coincidió con la mejora visible en las radiografías. Sus capacidades y su aprendizaje habían dado un salto cuantitativo con respecto a la media de los niños de su edad. Sara recordó entonces, como su hija fue capaz de memorizar la lista de la compra que había mirado apenas unos segundos. Se dio cuenta en el coche de que había olvidado la lista en casa e Isabella le dijo que no se preocupara, que ella se acordaba de todo. A Sara le pareció gracioso y en el supermercado la puso a prueba. Cuando llegaron a casa después hacer la compra, Sara cotejó la lista con el tiquet que traían, observando que la pequeña había añadido varias clases de galletas y dulces que su madre sabía perfectamente que no estaban en la lista original. Le sorprendió bastante que acertara con exactitud el resto de los productos, incluidos los de la limpieza. Recordaba con ternura como rieron juntas comprobando el pillaje de la astuta Isabella. Ahora, la miraba dormida en la cama del hospital y no dejaba de sonreír pensando en que su pequeño ángel se había curado. No veía el momento de contárselo a Tareyja.

Era ya bastante tarde y en el hospital había varios médicos de guardia haciendo horas extras, solo para ver los resultados de aquel increíble acontecimiento. El doctor Valbuena había preparado una pequeña exposición de las placas para mostrarlas al resto y conocer la opinión de sus colegas. Invitó también a Tomás, como médico, además de como padre de la paciente. Lo hizo para que sus compañeros pudieran preguntarle lo que quisieran. Tomás accedió encantado y dejó a Sara en la habitación con su hija. Ambas se quedaron dormidas mientras leían un cuento de hadas que jugaban con duendes

y unicornios; seres que, por cierto, a la pequeña le fascinaban y que «su ángel» le mostraba en sueños.

Isabella despertó precisamente como tocada por un espíritu celeste: serena, tranquila y con la sensación de haber descansado mucho, aunque había dormido apenas media hora. Vio a su madre dormida junto a ella con el libro abierto. Lo cerró y la tapó con la sábana. Sara se acurrucó en un sueño profundo y placentero por haber recuperado la tranquilidad, sin darse cuenta de que quien la arropaba era su propia hija. Isabella se puso sus pequeñas zapatillas con forma de setas bastante coloridas y acolchadas. Salió de la habitación que daba a un gran pasillo lleno de puertas, todas ellas cerradas. Al final del pasillo, a escasos treinta pasos, se entreabrió una de ellas dejando escapar unos rayos de luz que llamaron la atención de la niña. Sin dudarlo, se encaminó a la habitación como llamada por el resplandor que salía iluminando parte del pasillo.

—¿Ángel?, ¿eres tú? Quieres que vaya, ¿verdad? ¡Espérame! —apretó el paso, perdiendo una de las zapatillas por el camino.

Llegó a la altura de la habitación y se paró en seco antes de entrar, como si el sentido común impropio de una niña de su edad, la estuviera obligando a tener prudencia. En la cama, acostado boca arriba, se encontraba un niño un poco mayor que ella. En su cara, se notaba que estaba pasando una horrible enfermedad que lo estaba consumiendo. Ella lo miraba con ternura mientras se acercaba a los pies de la cama. El pequeño observaba su imagen a contraluz cuando le pareció que aquella niña se convertía en un ángel con sus imponentes alas. Ella se acercó y le tocó el pie. El pequeño sintió un agradable escalofrío recorrer su espalda y comenzó a llorar. Hacía muchos años que había perdido la sensibilidad en las piernas, pero había sentido perfectamente aquella caricia. Intentó moverla y su pierna derecha respondió perfectamente; la izquierda le siguió. El chico no podía creerlo, hacía tan solo unos minutos que se le estaba escapando la vida, cuando, de repente, entra un ángel que alivia sus dolores y le devuelve la movilidad.

—¿Has venido a llevarme contigo? —preguntó el chico entre sollozos.

Se bajó de la cama en la que estaba postrado desde hacía meses y se puso de pie ayudado por Isabella que le agarraba ambas manos con firmeza, como sabiendo lo que tenía que hacer.

—¿De verdad quieres saber? —la pequeña tenía la cara desencajada y con una mirada demente.

Detrás del chico había una sombra negra y densa que la asustaba. Podía

reconocer la figura del demonio que la visitaba en sus pesadillas, pero sabía que no estaba allí por ella. Justo cuando el chico intentaba de nuevo decirle algo cayó al suelo desplomado sin que Isabella pudiera sostenerlo. El niño se quejaba, pero no por el golpe del que no se había enterado, sino porque aquel dolor insoportable había vuelto. Al ángel se le había oscurecido esa luz que emanaba y que se había manifestado para él por detrás de Isabella. Aquel muchacho también había tenido pesadillas en las que una sombra oscura le tiraba de los pies con fuerza, lo sacaba violentamente por la ventana y se lo llevaba a un lugar oscuro. Isabella lloraba por no saber cómo ayudarle a colocarse otra vez en la cama. Llamaba a su ángel para que le volviera a dar fuerzas. Sara salió de la habitación oyéndola de lejos junto a los terribles lamentos del chico. Corrió por el pasillo recogiendo la zapatilla y llamando a la niña tan fuerte que alertó al equipo de enfermería que estaba de guardia. Al llegar a la altura de la habitación vio al chico en el suelo y a su hija intentando levantarlo. Se acercó, cogió al niño haciendo un tremendo esfuerzo y lo puso en la cama, asegurándose de que Isabella se encontraba bien.

—¿Que ha pasado, mi niña? ¿Por qué has venido sola? No puedes entrar en las habitaciones. Aquí hay niños y niñas que están malitos, cariño. No debes entrar sin permiso y mucho menos de noche.

—Mamá, este niño va a morir. Mi ángel me ha traído hasta aquí porque quería hacerle un regalo.

—¿Qué dices, hija? Este niño no se va a morir y nosotros nos vamos a la habitación a esperar a que venga papá.

La enfermera que había llegado alertada por el escándalo atendía al muchacho mientras su cara adoptaba un gesto de desaprobación al darse cuenta de su estado. Tenía una enfermedad terminal y sabía que sufría unos dolores en los huesos que le resultaban insoportables. El padre del niño entró en la habitación sofocado al ver que estaban atendiendo a su hijo. Había ido al bar a tomar un bocadillo para pasar una noche más junto a él. Sara cogió a su hija que aún agarraba la mano del chico sin querer soltarse. Tiraba de ella con fuerza para llevársela a su habitación mientras Isabella se resistía a soltarse. La cogió en brazos y, justo cuando Isabella aflojó su mano, el chico se retorció curvando su cuerpo, dando un grito estremecedor. Su padre, sin entender tal reacción, comprobó cómo su hijo intentaba señalar con la mano a Isabella y a su madre, que se habían dado la vuelta al oírle gritar. El chico de repente cayó a plomo, esta vez sin vida, en la cama, conservando una sonrisa y con los ojos abiertos. Sara tapó los ojos a Isabella sin saber que a la niña no le hacía falta

ver y se la llevó corriendo para que no presenciara la desgracia.

Una vez en la habitación, Isabella se quedó callada frente a la puerta cerrada dando la espalda a su madre, que la miraba extrañada.

—Ven aquí, cariño, ven a la cama y trata de estar tranquila. El pequeño seguro que estará bien —le decía mientras intentaba encajar lo que acababa de presenciar.

—Mark, se llamaba Mark, mamá, y te dije que iba a morir —decía mientras se acercaba a la cama con gesto tranquilo ante el asombro de su madre.

La actitud de su hija le causaba estupor y pensó que necesitaba hablar con la tía Andiara para preguntarle lo que debía hacer. Confiaba en que ella tuviera una explicación.

Mientras Sara se componía de todo lo sucedido, su marido se encontraba en la sala con otros cuatro colegas de profesión esperando a que Carlos expusiera los datos. Los allí presentes no podían creer lo que veían sus ojos. La primera conclusión del grupo era lógica: les parecía precipitado, aun teniendo las pruebas delante. Uno de ellos expuso solicitar una revisión al equipo técnico radiológico, pero no sabía que Carlos se había encargado de solicitar un par de radiografías de seguimiento a otros pacientes más una resonancia posterior a la prueba de Isabella para descartar la avería. No había ninguna duda de que los equipos funcionaban correctamente. Esto provocó más dudas a los presentes, que llevaban varios minutos mirando las imágenes en las pantallas luminosas, maravillados por los claros resultados. Uno de los médicos preguntó a Tomás si habían usado algún tratamiento alternativo. Sabían que él estaba investigando con unas píldoras a base de hierbas para otras enfermedades. Su cara, al dudar un segundo antes de contestar, dejó al resto de colegas pendientes de su respuesta.

—No, lo único que ha tomado son vitaminas. Un tratamiento de vitamina C y vitamina E alternativamente, que, en la dosis correcta, regula los estados depresivos de algunos sujetos con los que empecé el ensayo, pero nada más que eso. No tiene nada que ver con el fármaco con el que estoy trabajando, os lo aseguro, no ha tomado nada más —algunos le miraban incrédulos—. Apenas lleva un par de semanas con ese tratamiento a base de vitaminas y ni siquiera es tiempo suficiente para mejorar el ánimo. Os aseguro que es un tratamiento inofensivo que todavía está en fase experimental.

—Tomás, si tengo que ser sincero no contaba con la mejoría de Isabella y mucho menos a este nivel. Llegados a este punto y sin las pruebas que ahora

tenemos, me parecería imposible que todavía siguiera en pie como si nada. Lo único que puedo añadir es que no tengo explicación científica para lo que estamos viendo. Para mí, esto está más cerca del milagro que de la medicina.

Dos de ellos se quedaron boquiabiertos sin poder dar su opinión. Los otros dos, creyentes, afirmaban y apoyaban el comentario de Carlos.

—No sé si será un milagro, pero, caballeros, me van a permitir que me lleve a mi familia del hospital. Mi hija no necesita más pruebas —sentenció Tomás levantándose de su silla.

—No seas imprudente, Tomás, ¿y si...?

—¿Y si... qué?, ¿si le vuelve a salir? Tú mismo lo has visto, el tumor ha desaparecido. ¿Qué más pruebas quieres?

—Por eso lo digo, sabes que tal cosa no es posible. ¿Y si resulta que entender el sistema inmunológico de Isabella nos ayuda a salvar vidas? —añadió en un último intento por evitar que se llevara a la niña del hospital.

—No, gracias, mi hija no va a ser una cobaya, lo siento, Carlos. Haz el favor de prepararme el alta de Isabella. Gracias a todos por su tiempo —concluyó cortante y haciendo notar que estaba molesto para que no insistieran más.

Tomás sabía que su compañero, en parte, tenía razón. Aquel era un caso médico para estudio, pero aquellas pruebas se podían alargar años y ya lo habían pasado bastante mal. Salió de la sala dejando a los presentes con la palabra en la boca. Tomó aquella decisión fruto de un miedo irracional. Prefirió quedarse con aquel diagnóstico a seguir buscando más y encontrar algo que no le gustara. No quería ni imaginar que, durante alguno de esos estudios, volvieran a encontrar el tumor.

Cuando se acercó a recoger a su mujer y a su hija oyó el jaleo en la habitación del chico y los lamentos de su padre que lloraba su muerte, nombrándolo a gritos descarnados y sin vida que congelaban la sangre. Tomás se estremeció al ponerse por unos segundos en su lugar. Apretó el paso para llegar antes a la habitación y allí las encontró a las dos en la cama, esperándolo. Su mujer estaba muy seria. Le hacía gestos con las cejas señalando hacia afuera, sabiendo que había oído los gritos del padre, pues llegaban hasta la misma habitación de Isabella. Él, sin querer que su hija notara su preocupación, les comunicó que se iban a casa.

—¿Cómo que nos vamos? Pero..., ¿y las pruebas? ¿Qué ha dicho Carlos?

—Isabella está bien, no necesita tratamiento, y no la vamos a traer de momento a más revisiones. Las pruebas han confirmado lo que hemos visto

antes. Eso ya no está. He pedido el alta, luego te cuento los detalles en casa — terminó devolviéndole el gesto de la ceja, señalando a Isabella para que Sara se percatara de que no quería hablar con ella presente.

—Papá tiene razón: estoy bien. Ese niño se ha llevado al demonio por un tiempo. Mi ángel es ahora el único que me visitará en sueños...

—Ángeles y demonios... ¿Cómo sabes tú lo que es eso, pequeña? Ni tu madre ni yo te hemos hablado de ángeles, mucho menos de demonios. ¿De dónde sacas esas ideas? —ponía gesto de incredulidad al darse cuenta de que hablaba con su hija, casi como con un adulto.

—Lo que sé de mi ángel me lo cuenta él mismo. Al principio no me acordaba de las cosas que me contaba en los sueños. Me tranquiliza con historias de fantasía, como los cuentos que me leéis mamá y tú. Cuando le pregunto por algo, casi siempre me responde lo mismo: ¿De verdad quieres saber? Me habla de vosotros y de mi madre de Brasil... Dice que ella me tuvo en su vientre para que luego vosotros fuerais mis papás porque mamá está enferma y no puede tener hijos.

Ambos se quedaron mudos al oír aquello. Jamás habían hablado de tal cosa con ella. Tomás dudó por un momento si los chicos en Brasil, los que llamaban sus primos, le habrían contado aquella historia. Luego Isabella lo podía haber manifestado a través de sus sueños.

—Y, ¿qué más te ha dicho ese ángel? —Sara intervino asustada por la respuesta que temía recibir—. ¿Sabía él que te pondrías mejor?

A Tomás no le gustó en absoluto que siguiera alentando aquella fantasía religiosa y le hizo un mal gesto, entornando los ojos hacia arriba y mordiéndose el labio inferior.

—Sí, mamá. Me dijo que, si preguntabais por él, si queríais verlo, solo teníais que llamarlo en vuestros sueños. Él irá a visitaros y os contará todo lo que queráis saber. Pero no le pidáis nada, no le gusta que le pidan cosas. Yo una vez lo hice y me trajo al espíritu oscuro. Él es el que concede los deseos, pero no me gusta..., me asusta. Habla con una voz horrible que oigo retumbar en mi cabeza —los dos estaban boquiabiertos por la fluidez de palabra que mostraba Isabella—, y dice cosas muy feas de vosotros: que no soy vuestra hija, que vuestra hija vendrá pronto..., ¿Es que no me queréis? —comenzó a llorar tapándose los oídos con ambas manos, como si aquello fuera un recuerdo real de aquellas pesadillas.

Tomás temía que todo aquello de las voces se debiera a algún tipo de enfermedad mental y la principal candidata no era otra que la esquizofrenia.

Mientras tanto, Carlos llevaba un par de minutos detrás de la puerta y no pudo evitar oír la conversación que habían tenido. Entró con el alta en una mano y con la otra alzada a modo de disculpa por haberles oído.

—Tomás, ¿por qué no os quedáis unos días? Creo que es importante que Isabella nos cuente sobre sus sueños. Me gustaría llamar a un especialista. Un neurólogo amigo de mi suegro, ya sabes que tiene grandes contactos. Este hombre estudia la recuperación en casos terminales y sin explicación aparente. A lo mejor podemos aportar luz a sus investigaciones.

—Gracias señor Valbuena, pero nos vamos a casa. La niña, mi marido..., y yo; necesitamos descansar. Quiero olvidar el mal trago y quedarme solo con lo bueno para poder contarlo como una anécdota más adelante. Además, en presencia de ella no quiero que tratemos el tema, por eso me he quedado en la habitación —sentenció Sara de forma cortante, mientras se levantaba para recoger sus cosas.

—Mi mujer tiene razón, Carlos, nos vamos a casa. No vuelvas a hablarme de ningún médico, ni de pruebas delante de mi hija. Ella está bien, no hay que darle más vueltas.

—Perdonadme, he sido un imprudente —les decía esta vez apartando a ambos, mientras Isabella se quedaba en la cama—. No puedo evitar que el caso llegue a la comisión del hospital, así que seguro que os llamarán con la intención de hacerle más pruebas. Por otro lado, si se entera la prensa tendréis periodistas todo el día en casa hasta que saquen algún dato.

—¿Me estás amenazando con llevar el caso a la prensa? —intervino Tomás levantando la voz.

—Yo no haría tal cosa, Tomás. Nos conocemos desde la facultad y sabes que jamás traicionaría la confianza de un amigo —contestó molesto y bajando la voz mirando a Isabella.

—Tienes que evitarlo, Carlos, o mi hija se convertirá en un caso de estudio por la fuerza. He oído cosas de otros colegas que no me gustan nada. Tú sabes como yo que esas personas terminan siendo estudiados toda su vida, incluso se prueba su inmunidad. No estoy dispuesto a que se sacrifique la libertad de mi hija. Y por la prensa, no te preocupes; lo negaré todo, no somos famosos, se cansarán pronto.

—Vosotros podéis negar lo que queráis, pero no podréis evitar que algún médico de la comisión lo publique. Tienen acceso a las pruebas, y al historial, y querrán sacarlo a la luz de alguna forma. Se pasarán el secreto profesional por el forro para hacer presión y que no tengáis más remedio que acceder al

estudio. ¿Por qué no nos adelantamos y preparamos un artículo para alguna una revista médica? Sara, tú podrías escribirlo, nadie mejor que una escritora conocida. Así podríamos tener a la comisión del hospital entretenida y lograr que metan la pezuña lo menos posible.

—Mira, Carlos, ahora no tenemos ganas ni de pensar en ello, pero si hay algo nuevo o alguien se interesa por las pruebas avísame, por favor, es lo único que te pido.

Cogieron a Isabella, que seguía en la cama acariciando su muñeca disimulando que no había oído nada, y dejaron al doctor Valbuena con la palabra en la boca y mil dudas en su cabeza.



Capítulo 11

Soñando despierta

Lola despertaba intentando enfocar la vista y contener el fuerte mareo. Esa sensación le empezaba a resultar demasiado familiar. Tenía náuseas y las voces aún le llegaban lejanas, aunque podía sentir el tacto de alguien que la animaba a despertar. Acto seguido, una arcada incontrolable la ayudó a expulsar un coágulo de sangre. Sofía y Kai retrocedieron por puro instinto. Tosió y se limpió los labios mientras empezaba a tomar consciencia de dónde estaba. Al verse acompañada por su marido y su amiga, las náuseas y el malestar comenzaron a remitir poco a poco. Al mirar a su alrededor se sintió aturdida y desorientada al no ver a ninguno de los invitados de la fiesta.

—Lola, ¿estás bien? Te he cogido una muestra de sangre para una analítica. La voy a enviar al laboratorio del hospital con un mensajero. Sé que no vas a ir al hospital, así que me ahorro la discusión.

—No sé qué me ha pasado, no lo entiendo. Ha sido como si tuviera algo dentro que me hacía daño y ahora al expulsarlo me siento mejor. ¿Qué es esa sangre? ¿Qué ha pasado? ¿Me he desmayado otra vez? —preguntaba mientras se incorporaba mirando a su alrededor todavía desorientada—. ¿Dónde está todo el mundo?

—Lola, te has desmayado y me tienes bastante preocupado. Te comportas de forma extraña y creo que deberíamos plantearnos ir al hospital. ¿Los invitados? Ya se marcharon, cariño. Sofía ha tenido que ocuparse de tu exnovio por un ataque de ansiedad. Les has dado a todos un susto de muerte —explicó Kai tocando su frente para intentar reconfortarla—. Te has desmayado varias veces los últimos dos días y eso no es normal. Por no hablar del comportamiento tan raro que tienes a veces. No recuerdas nada de lo que ha pasado, ¿verdad? —preguntó Kai con aparente preocupación.

—Lola, Paula también se comportaba de forma muy rara antes de su desaparición. Creo que debes hacerle caso a Kai —añadió esta vez Sofía que sostenía a Gustavo en brazos desde hacía un buen rato.

—¿De forma rara? No sé a qué te refieres con «de forma rara». Estoy un poco atontada. Antes he tenido una sensación extraña, como si me desconectara de la vida real y viviera algo que solamente puedo explicar

como un sueño despierta. Estaban todos los de la fiesta. Soñé que algo me controlaba, como si yo fuera una marioneta, como si estuviera dentro de mi cuerpo y con mi consciencia en segundo plano. No sé qué pensar, ni cómo explicarlo... Y lo tengo claro: no voy a ir al hospital, solo necesito recuperarme un poco.

Al oír lo del sueño, Kai, Sofía y Laura no le quisieron decir que, de alguna manera, eso que intentaba explicar había pasado de verdad. Ninguno pudo evitar su cara de asombro. Kai estaba asustado. Como médico sabía bien que las sensaciones que refería Lola podían ser síntomas de una enfermedad mental. Se hacía tarde y las dos únicas invitadas que quedaban estaban a punto de despedirse, cuando Lola se acercó a Sofía que seguía sujetando al gato.

—Si quieres puedes llevarte a Gustavo, iba a pedírtelo. Solo por unos días, mientras nosotros hacemos un pequeño viaje. ¿Te parece bien?

—¿Viaje? ¿Dónde vamos? No creo que debemos pensar en eso ahora. Antes nos tenemos que asegurar de que estás bien. Por la tarde me enviarán los resultados. Pero preferiría que fuéramos al hospital, la verdad.

—Lola, estoy de acuerdo con Kai. Si te vuelve a pasar o necesitáis algo, me llamáis, por favor. Y no te preocupes por nada, yo estoy bien ahora. Me ha costado bastante aceptarlo, pero tengo la sensación de que hablar de Paula nos ha venido bien a las dos de alguna manera —añadió Sofía, ya que su conversación se había cortado por el suceso de hacía media hora.

—Muchas gracias, Sofía, y a ti también, Laura —añadió mirando a la pareja de Sofía que observaba la escena con los ojos como platos—. Por cierto, has dicho algo de la enfermedad de Paula —cambió de tema dirigiéndose de nuevo a Sofía—. Te aseguro que no sabía nada de ese tema. Puede que Millán tenga sus razones para ocultarlo. A lo mejor ella le pidió que no nos dijera nada. ¿Tomaba medicación? La verdad, porque me lo estás diciendo tú, pero me cuesta tanto creerlo... ¡Ay, mi loquita, cuántas dudas nos dejó al irse! Cuando notaba que había algo que la hacía perder el control lo pasaba fatal. Por eso lo tenía todo tan meditado y calculado, y quizás también por eso no nos dijo nada —no pudo evitar dejar caer unas lágrimas de añoranza—. Lo siento, Laura, pero hace años que no nos veíamos y...

—No debes preocuparte, Lola —la cortó—, sé que Paula era una persona muy importante para vosotras y no tienes que sentirte cohibida conmigo en ningún sentido.

La chica hizo un esfuerzo por ser cordial, pues la realidad era que lo estaba pasando fatal en su relación: los fantasmas de Paula atormentaban los

sueños de Sofía y a veces se despertaba sobresaltada y gritando.

—Creo que tomó medicación un par de ocasiones. Que yo sepa se la recetó la doctora que también trató a su madre durante un tiempo. Por lo visto se marchó del hospital al poco de que Paula empezara su tratamiento. Fue antes de que encontraran su cuerpo.

Sofía le contó todo lo referente al tratamiento de la madre de Paula hasta donde ella sabía, ya que su pareja nunca se había entretenido en explicar sus impresiones personales que quizás fueran las más importantes. Le relató el episodio en el que su padre la llamó cuando Paula se cayó en el baño de su casa, mientras Lola torcía el gesto extrañada de aquel detalle.

Sofía le describió a Lola la escena que encontró en su piso cuando llegó. Le explicó que el cuarto de baño y la habitación le parecieron el escenario de un crimen y también que Millán la retuvo en la puerta del apartamento antes de dejarla entrar, para prevenirla.

«—Sofía, no te asustes, Paula está bien. Es solo que ha sido un poco escandaloso. No me ha dado tiempo a limpiarlo. Si te cuento algo así por teléfono, te habrías traído una ambulancia y no es necesario...»

—Recuerdo que Millán intentó hacerse el gracioso, cuando las dos sabemos que no es propio de él.

Sofía le terminaba de explicar su recuerdo mientras Lola comenzaba a revolver en los suyos. Por el informe sabía que la madre gestante de Isabella era de Brasil y que la familia había viajado varias veces al país. Estaba segura de que ir allí le daría las piezas que necesitaba colocar en el puzle de su mente.

Mientras hablaban, Lola oyó el timbre de la entrada y vio claramente las luces de un vehículo traspasando las vidrieras de la puerta principal. Pensó que alguno de los invitados de la fiesta habría olvidado algo. Kai corrió a abrir mientras Sofía se ponía tensa y su pareja le tiraba de la manga pidiéndole que se fueran con gestos exagerados. Antes de que Lola se pudiera dar cuenta, los enfermeros habían entrado en la casa con un maletín médico rojo típico de los servicios de urgencias. Kai había llamado al hospital y venían a recogerla. Se lo había ocultado porque sabía que, al coger por sorpresa a Lola, no montaría ningún número delante de sus compañeros.

—Un momento... ¿Qué es todo esto? Yo no me muevo de casa. Kai, esto no me lo esperaba. Perdonen las molestias, pero estoy mucho mejor. No necesito que me trasladen al hospital.

—Señora Blumer, ya vemos que tiene buen aspecto, pero su marido nos ha

pedido que le hagamos un examen más completo. La llevaremos al hospital y, si todo está bien, le prometo como médico y colega de su esposo que le daremos el alta sin problemas.

—Kai, no te he dado mi aprobación para llamar a urgencias, no me encuentro mal, quizás un poco aturdida, pero nada más, de verdad.

—La tensión le ha podido afectar de alguna manera. Nos gustaría hacerle un electro y un par de pruebas más sin importancia. Como es tarde, la ingresaremos para que pase la noche en el hospital. Estará sola y cómoda en la habitación y, bueno, su marido ya se pasa media vida en la planta del laboratorio, así que no creo que le importe quedarse —dijo uno de los médicos de la ambulancia para quitarle hierro al asunto mientras la empujaban con amabilidad hacia la puerta.

Sus palabras fueron tan convincentes y su amabilidad parecía tan sincera que cuando Lola se quiso dar cuenta estaba ya en la puerta de la ambulancia con un jersey sobre los hombros con el que Kai la arropaba. Iban los dos solos en la parte trasera comentando lo sucedido. Cuando quisieron darse cuenta ya estaban en la habitación esperando las primeras conclusiones.

Era ya muy tarde, habían dado las tres de la madrugada y estaban bastante cansados. Lola rechazó un calmante que le aconsejaron que tomara porque no dudaba de que se quedaría dormida en poco rato; se sentía muy cansada. Solo tenía una cosa en la cabeza: cuanto antes saliera de allí y se hiciera las pruebas, antes podría seguir con sus pesquisas. Aquella idea la ayudaba a proyectarlo todo con mucha tranquilidad y positividad. Tanta, que se había olvidado por unos minutos de todos los trances pasados, como si su cerebro se acabara de reiniciar de nuevo y estuviera listo para seguir sin colapsar durante otro largo periodo de tiempo. Kai descansaba tranquilo. El hecho de que Lola accediera finalmente a hacerse las pruebas le había quitado la tensión que tenía acumulada. Ella lo miraba mientras dormía a su lado, unos segundos antes de caer también en un profundo sueño.

Se sentía libre, ligera como una pluma y sin ataduras terrenales. No sabía cómo explicar aquello, pero tampoco se iba a parar a pensar por qué sentía aquella paz, así que se limitó a disfrutarla sin más. Tenía una visión borrosa y a la vez podía verlo todo con mucha claridad. Entendía que su sueño estaba demasiado ligado a su conciencia, por así decirlo. De hecho, así era, tenía control pleno de sí misma. A diferencia de otras veces, ahora no quería despertar; era lo contrario a una pesadilla.

Pensó que sería como tener una biblioteca de capítulos del propio sueño,

en la que podía seleccionar a su antojo el instante preciso que quería vivir. Una descarga helada recorrió todo su cuerpo al darse cuenta de que esto era posible. Aunque si en algún momento despertaba, todo quedaría en un recuerdo onírico, si es que era capaz de retenerlo.

Con esa sensación tan extraña, pero a la vez tan poderosa, decidió que seguramente podía volar y flotar en el aire a su antojo. Notó cómo sus pies se despegaban del suelo y alzó la vista hacia arriba para intentar coger más velocidad. ¡Y lo hizo! Subió tanto que la ciudad se hizo diminuta a sus ojos. Sentía el frío en la piel como si estuviera desnuda, pero no le desagradó, era otra confirmación de aquella fantasía anhelada desde pequeña: poder volar. De repente, cuando apenas empezaba a disfrutar de la experiencia, oyó un grito estridente de mujer, como una nota aguda y sin fin...

Su cuerpo se precipitó al vacío velozmente, como si cayera desde un rascacielos, parándose en seco a un par de centímetros del suelo. Se encontraba de nuevo en su habitación del hospital. Su visión tenía un filtro extraño, una neblina grisácea que lo envolvía todo en su sueño consciente. Aquel grito interminable que había acompañado su caída procedía del baño. Volvió la vista a la cama y se sobresaltó al ver a Kai dormido, acurrucándose como si nada. Entonces se percató de que el grito solo era para ella. Podía sentir su propio cuerpo allí tumbado al lado de Kai y a la vez de pie, en dirección al baño, movida por aquella estridente voz que la atraía poderosamente. Fijó su atención en la puerta del baño y, antes de pensar en levantar la mano para abrirla, esta se meció lentamente, obedeciendo a la intención de Lola. Por un segundo tuvo miedo hasta que el alarido cesó.

La neblina entraba ahora más oscura e intensa al baño e impulsada por una fuerza extraña que también empujaba a Lola. Vio el espejo y el lavabo manchados de sangre seca como si hiciera mucho tiempo que estaba allí. Se asustó al distinguir una figura clara detrás de la cortina. También había sangre por el suelo, las paredes y parte de la bañera. La cortina cayó lentamente.

Todo aquello le resultaba raramente familiar y, antes de poder distinguir bien el rostro de la mujer que tenía delante, se dio cuenta de que aquel no era el baño del hospital. Parecía ser el de la casa de Paula, la casa familiar... No daba crédito, era Paula, como si se hubiera acabado de caer en aquel momento, con la cara ensangrentada y una brecha en la ceja bien definida.

—Paula, ¿me has traído tú hasta aquí? ¿Quieres mostrarme algo? —su amiga estaba silencio, mirándola con la boca aún abierta dando el grito, que se distinguía por el gesto de sus ojos, pero sin emitir ningún sonido, como si su

imagen estuviera pausada.

En los ojos de Paula se leía una mirada de terror, a la vez que su cuerpo permanecía rígido como una figura de cera. El pelo comenzó a debilitarse poco a poco. Lola lo vio desvanecerse y mezclarse lentamente con la niebla, dejándole una imagen bastante macabra de su amiga. Intentó gritar, pero tampoco podía; se había quedado muda e inmóvil. Ahora era Paula la que se movía, su cuerpo, más bien. Su mirada seguía inmóvil, fija en Lola. Sintió que aquel miedo se instalaba en lo más profundo de su ser y, antes de que pudiera reaccionar, Paula se le acercó agarrándola de la muñeca y le dijo al oído:

—¿De verdad quieres saber?

Aunque no pudo distinguir la voz de Paula, en su cerebro se representó la misma voz que había salido de la boca de Sara, incluso de la suya propia en la fiesta. El fuerte apretón de la muñeca le hizo sentir una dolorosa descarga que la despertó de un sobresalto cayendo en menos de un segundo, esta vez, en la cama. Cuando apenas pudo abrir los ojos, vio a su marido dormido. Todavía sentía los leves temblores fruto del violento despertar.

La habitación estaba delicadamente iluminada por los primeros rayos del alba que empezaban a colarse a través de los visillos. Lola se encontraba bocabajo, con la baba caída y los brazos bajo su cuerpo, en una postura bastante incómoda. Quiso moverse, pero le costó un enorme esfuerzo. Tenía los brazos dormidos y, aunque no era la primera vez que le pasaba, en este caso iba acompañado de una extraña sensación: alguien le sujetaba la muñeca. Empezó a moverse y a los pocos segundos de retorcerse en la cama como una oruga, despertó a Kai con el trajín. Este la miraba asustado. Lola tenía una herida en la frente y la cama estaba llena de sangre. Se sobresaltó y se puso en pie todo lo rápido que pudo. Le tapó la herida con la sábana de la cama y cuando Lola le apartó la mano, con el ceño fruncido por no saber qué pasaba, Kai se asombró al no ver ni un solo rastro de sangre y nada en su frente.

—¿Qué pasa, Kai, por qué me miras así? Parece que hayas visto un fantasma.

—Nada, mi amor, no es nada. Creo que una pesadilla me ha dejado residuos y al principio no te he visto con claridad. Lo siento, cariño —le dijo dándole un beso para quitarle importancia.

No quería contarle algo que la pudiera preocupar o confundir más que otra cosa; además, él no estaba seguro de lo que había visto.

—Bueno, yo tampoco he tenido un buen sueño, que digamos. Al principio recuerdo que me encontraba tranquila y en paz; incluso volé..., volé por

encima de la ciudad. Luego todo empezó a oscurecerse. He soñado con Paula, creo que quiere decirme algo, Kai.

—¿Qué estás diciendo, Lola? Me estás asustando. ¿Paula? Tú no sueles creer en esas cosas y eso es lo que me tiene preocupado. Estos días has estado sometida a demasiada presión. Quizás deberías descansar otro día entero en el hospital, yo me quedaría más tranquilo. Podría ser todo causa del estrés. Has..., bueno, ya sé que fue en defensa propia, pero has matado a alguien y eso no es fácil de encajar.

—No, muchas gracias, prefiero estar en casa —contestó molesta pretendiendo que no había oído la última frase—. En el hospital la comida no es mala y sé que tú pasas muchas horas aquí y lo ves de otra forma, pero yo no me acostumbro a estar encerrada, Kai, y eso es lo que siento en un hospital: me siento encerrada, prisionera..., secuestrada sería la palabra correcta.

En ese mismo momento, una botella de agua que había en una de las mesitas de noche cayó al suelo asustando a ambos, pero antes de que pudieran reaccionar, entró una enfermera a preguntarles si querían desayunar. Ella miró a Kai y le dijo que no tenía hambre y que prefería desayunar en casa. Él insistió en tomar algo, aceptando el ofrecimiento de la enfermera, quien, además, traía un calmante para Lola.

—¿Qué es esto? No voy a tomar ninguna pastilla.

—Es solo un calmante, señora, no se preocupe. El médico nos dijo que si no quería tomarlo no pasaba nada. Solo es un relajante suave. Aparte de evitar la conducción si se marchan hoy, no tiene que preocuparse por sus efectos, la ayudará a tranquilizarse —concluyó la enfermera soltando la pastilla en la mesita junto la botella de agua que había rodado hasta la puerta del baño.

La enfermera salió de la habitación dejando pasar el ruido, como si al abrir la puerta el hospital al completo se hubiera puesto en marcha. Lo cierto era que la insonorización de las habitaciones, que con gusto pagaban a altos precios los acaudalados clientes, era magnífica y evitaba la entrada de cualquier sonido exterior.

Entró el médico para darles su valoración de los resultados. Todo estaba bien, a excepción de una pequeña alteración en la analítica que pasó a explicarles. Su nivel de glucosa estaba alterado y quería repetirla.

Ella accedió sin problemas cuando el médico le aseguró que no tenía que esperar a las pruebas. Su marido podría tener los resultados al día siguiente en su despacho del laboratorio. El mismo médico se comprometió a visitarlo sobre las diez de la mañana, después de hacer su ronda por las habitaciones.

El glucómetro mostraba su nivel de glucosa algo alterado. Les recomendó controlarlo y le preguntó a Lola si tenía familiares diabéticos. Ella le contestó que su padre había usado insulina durante años. El médico hizo un gesto que no supieron descifrar y les recomendó estar más atentos ya que los antecedentes familiares eran indicadores claros de una posible herencia genética y la diabetes era totalmente plausible.

Kai se sintió bastante aliviado por la noticia, pensando que las bajadas de azúcar en sangre podrían ser la razón de los raros síncope de Lola. Así que se fueron a casa, a la que su esposa estaba deseando llegar. Kai celebró mentalmente que ya estaba de vacaciones de manera oficial y se acordó entonces de las palabras de su colega de verse al día siguiente en el despacho. Había accedido, por inercia, sin acordarse de que estaría de vacaciones. Resolvió que no iba a ser necesario tomarlas al ver el aspecto mejorado de Lola, ya en casa, y con su hiperactividad natural.

Se había puesto a recoger todo el desastre de la fiesta que se dejaron a medias. Algunas moscas revoloteaban por los platos y la comida del improvisado bufé de *sushi*, que tanto gustó a los invitados, pero que ahora parecía radiactivo y apestaba por haber pasado varias horas al sol. De nuevo los recuerdos del trance y la repetida pregunta; cada una de las veces que la había oído, esta había pasado por su mente a cámara rápida. Sacudió energicamente la cabeza, abrió los ojos y los cerró varias veces para volver a enfocar su vista y hacer desaparecer aquellas tormentosas imágenes.

Entre tanto, Gustavo, que debía estar con Sofía, se enroscaba en sus piernas mientras entonaba su particular ronroneo para sacarla de sus elucubraciones. En sus bigotes había restos de haberse pegado un festín de reyes con todo aquel pescado crudo.

—Pero ¿cómo...? ¿Qué haces aquí, bandido? Te has escapado, ¿eh? —lo cogió para acariciarlo y notó que tenía algo pegado en la pata...

Capítulo 12

El salmo del loco

Gustavo traía un esparadrappo pegado a la pata. Lo tenía liado de cualquier manera a modo de vendaje apresurado. Era evidente que no era un trabajo veterinario y mucho menos sanitario. Dudaba de que hubiera sido Sofía la que le había curado esa pata. La llamó para que se quedara tranquila; Gustavo había vuelto a su casa.

—Hola guapa, aquí lo tengo. Nada, que no hay manera, quiere quedarse conmigo. Oye, ¿le has curado tú una pata?

—¿Cómo? No entiendo nada...—le costó caer en un principio—. ¡Ah! Me hablas de Gustavo. Perdona no te pillaba. No he sido yo, ¿por? ¿Le ha pasado algo?

—No, no te preocupes, él está bien.

—Me alegro de oírte, se ve que te encuentras mejor, Blum. Por tu voz se te nota más recuperada. Este gato... Mira, quería quedármelo unos días para que no te diera mucha lata, pero lo paso fatal con la alergia y no creo que un tratamiento de choque sea el mejor remedio. Además, si se escapa y le pasa cualquier desgracia me sentiré culpable, y bastante tengo ya.

—Bueno, no te preocupes. Parece que le gusta nuestra casa. Lo que sí tendremos que hacer es darte unas llaves para cuando salgamos de viaje. Así por lo menos podréis darle una vuelta. Si no os importa, claro.

—¡Para nada! Lo haremos encantadas, será un placer, Blum, como en los viejos tiempos —y rieron a la vez.

Tenía que ponerse cuanto antes a ordenarlo todo para poder seguir con el trabajo. Se despidieron cariñosamente y se dio prisa para acabar de limpiar los restos de la fiesta con la ayuda de Kai.

Sofía accedió encantada. Sabía que lo de las llaves no era más que una excusa para recuperar el contacto y Lola ya tenía en la cabeza lo del viaje, aunque sabía que Kai no estaba muy por la labor.

Cuando ya tenían todo, a falta de rastrillar el jardín y terminar de recoger la cocina, ella le abandonó en la parte de abajo y subió a su habitación. Consultó el cuaderno donde lo tenía anotado todo de forma bastante metódica. Se puso a repasar las pruebas: las cuerdas ensangrentadas, los fármacos, que

resultaron ser benzodiazepinas de las más potentes, y el último manuscrito de Sara, que estaba inacabado y encontraron abierto en el registro de la casa de los Quintana. Sin olvidar las declaraciones de los filicidas, que ya habían sido actualizadas en el informe oficial. Se centró en una de las pruebas que en principio pasaron casi desapercibidas. Teniendo en cuenta la obsesión por el esoterismo y la depresión que sufría Sara, buscó en su ordenador el archivo del último manuscrito de la autora...

A su alrededor, Gustavo no paraba de restregarse y se lamía insistentemente la pata o, mejor dicho, el esparadrapo, intentando quitárselo. Estaba bastante despegado y no parecía tener ninguna herida. Cogió de nuevo al felino con intención de ayudarlo a desprenderse del incómodo vendaje, a lo que este accedió encantado, sin oponer resistencia, como si estuviera deseándolo desde hacía rato. Ni rastro, ninguna herida. Entonces algo llamó su atención. En el esparadrapo había un pequeño objeto pegado y cuando consiguió despegarlo vio algo escrito en él. Las letras estaban borrosas, pero aún se distinguían algunas. Aquello llamó poderosamente su atención: era una pastilla pequeña y blanca. No sabía qué podía significar. Las letras de lo que estaba escrito en la parte adhesiva estaban pintadas con una tintura roja que recordaba a la sangre. Se juntaban unas con otras, eran irregulares y de distinto grosor. Algunas estaban más marcadas y pudo deducir perfectamente que estaban pintadas con un dedo. Rezaba: «Salmo 34».

—Una reseña bíblica... ¿Qué significa esto?

Lola se acordó de la academia de policía donde le pusieron el diminutivo de su apellido. A partir de entonces, los compañeros y algunos amigos la llamaban Blum. Se vio en las clases de criminología en las que jugaban a inventar el *modus operandi* de un psicópata. Era un trabajo por grupos que consistía en descubrir al otro a través de los mensajes que solían dejar los supuestos asesinos en serie. Pensó que aquel mensaje se parecía al trabajo en el que ella y Paula usaron los salmos para crear el *modus operandi* de su psicópata ficticio. Llamó con urgencia a Kai para preguntarle si tenían una Biblia. Él se extrañó por la pregunta y se quedó pensando.

—Lo más parecido a una Biblia que recuerdo que tengamos en casa es aquel regalo tuyo de comunión. Un librito pequeño con las páginas doradas... Te acuerdas de lo que te digo, ¿verdad? Aquello será una Biblia, seguramente.

Ella bajó a buscarlo al trastero sin perder un segundo para terminar decepcionada, al ver que aquel librito tenía las letras tan pequeñas que apenas podía leerlas. Subió corriendo de nuevo las escaleras y se metió en un

buscador de Internet. Buscó el salmo 34 y comenzó a leer los pasajes. No había nada que le llamara la atención a primera vista. El salmo se refería a David, que se hizo pasar por demente ante Abimélec, por lo cual este lo echó de su presencia. «¡Ahí está la clave!», gritó en sus pensamientos emocionada.

—¿Qué pasa, Lola? ¿Ahora te interesa la religión? Cariño, es por el caso, ¿verdad? Estás con eso, pero se suponía que ibas a descansar. Me lo prometiste —añadió resignado.

—Bueno, más o menos. No estoy trabajando, es solo simple curiosidad.

No tenía pensado contarle nada de aquel extraño mensaje. Kai no sabía que Gustavo había traído algo pegado en la pata. Ni siquiera se había enterado de que había estado hablando por teléfono con Sofía.

Para Lola resultaba bastante raro que fuera un mensaje cifrado, pero no se iba a quedar con la duda rondando su cabeza. Se quedó pensando que cualquier pobre vagabundo podía haber encontrado a Gustavo en la calle y haberle pegado aquello durante la noche, cuando su teléfono sonó despertándola de sus pensamientos. En la pantalla parpadeaba un contacto que conocía bien: el comisario.

—¿Lola? ¿Qué tal estás? Espero que hayas descansado —no sabía qué contestar. Normalmente Millán no solía estar tan pendiente de ella.

La conocía desde pequeña, pero no tenía costumbre de llamarla cuando se encontraba mal. Era cierto que aquellos días habían sido muy intensos y se conformó cuando este le habló sobre el tema de Sara, la madre de Isabella.

—No le des vueltas a lo de esa mujer, que te conozco. El caso está cerrado. Julio se ha ocupado del informe y yo le he ayudado. Espero que no te importe.

—No..., para nada, estoy bien, no te preocupes. Te voy a hacer caso, Millán, me voy unos días de viaje, pero en una semana vuelvo. Hasta entonces, aceptaré estar fuera de servicio, pero a mi vuelta espero que revoques esa orden. Necesito volver a mi trabajo y esto es incuestionable —no quiso contarle lo del incidente en la fiesta y le hizo un gesto a Kai, que rápidamente entendió su intención de silencio.

—Vaya, vuelvo a escuchar a esa intrépida agente de policía que conozco, eso me alegra. Pero si necesitas cualquier cosa o te enteras de algún dato más, no dudes en llamarme, ¿vale? No me ocultes nada y esto también es incuestionable —le devolvió la puntilla.

—¿Algo más sobre qué? ¿No se supone que el caso está cerrado?

—No me subestimes, Lola. Conozco bien a mis agentes y sé que no te

quedarás quieta ni estando atada. Estoy hablando muy en serio cuando digo que el caso está cerrado. No quiero saber nada de esa familia ni de esa niña.

—Que sí, señor comisario, no te preocupes más. Voy a descansar, lo prometo. —Millán sabía que Lola le estaba mintiendo, pero aun así fingió quedarse conforme—. Bueno, te dejo que Kai me va a invitar a comer y tengo que arreglarme. Gracias por llamar.

Después de la despedida, la agente Blumer se quedó un rato con la cabeza de lado y el ceño fruncido mirando el teléfono, hasta que reaccionó cuando Kai le preguntó por la llamada. Sabía que era el comisario y también le extrañó que llamara, no era propio de él. Era un hombre amable, pero en este caso le resultaba un gesto sobreactuado. Lola le quitó importancia y le dijo que tenía que pensar. Luego salió al jardín de la casa y se sentó en el borde de la piscina.

El contacto del agua fría en los pies la hizo sentir un gran alivio y pudo descargar parte de la tensión acumulada. La idea de darse un baño para relajarse la seducía, pero no tenía ganas de subir a ponerse el bañador. Miró a su alrededor y sonrió como una adolescente traviesa al ver que el seto y los árboles del jardín tapaban completamente la vista de los posibles curiosos, y en un impulso incontrolado se desnudó. Saltó de cabeza al agua, buceando unos cuantos metros antes de volver a tomar aire. Estaba más o menos en la mitad de la piscina y no se había dado cuenta de que Kai la observaba desde la ventana del dormitorio. Metió la cabeza de nuevo en el agua para echarse el pelo hacia atrás y quedarse unos segundos con los ojos cerrados sintiendo el alivio que le proporcionaba la sensación de flotabilidad. Movía las manos hacia adelante y hacia atrás, acariciando la superficie. Percibió repentinamente que el agua estaba salada. Se sintió embriagada por la sensación de estar en una playa, incluso le llegaba el intenso olor a esencia de coco tan característico de los bronceadores para tomar el sol. Abrió los ojos y no pudo creer lo que veía. «¡Estoy en una playa!» Inmediatamente pasó por su cabeza la idea de que fuera otro sueño, pero no era posible, sabía que esta vez no estaba dormida.

Kai veía cómo su cara iba cambiando y cómo ella observaba asombrada a su alrededor, con apariencia de no saber dónde se encontraba. Dirigió su vista varias veces en dirección a la ventana. Kai, incluso, le hizo señales con la mano, sin éxito. Lola solo veía la blanca playa de arena que tenía enfrente. Estaba confusa. Era consciente de que su mente le estaba generando aquella imagen e intentó comprender el porqué. Quiso observar con atención los

detalles antes de volver de nuevo a su piscina, pues sabía que aquella visión no era fortuita. A los pocos segundos encontró su prueba: una bandera de Brasil coronaba una de las sillas de un puesto de socorristas. Supo que había encontrado lo que buscaba y la imagen se desvaneció, permitiéndola ver a Kai en la ventana intentando llamar su atención. Él le hizo un gesto mímico marcando su figura con curvas y poniéndole cara sexy al ver que estaba desnuda. Ella salió sonriendo, intentando disimular la experiencia, pero Kai sabía perfectamente que había tenido otra especie de trance. Estaba viendo tantas cosas extrañas en ella que había empezado a indagar por su cuenta para averiguar a qué podrían deberse aquellos episodios. Sin que ella lo supiera, había conseguido el contacto de un psiquiatra que trabajaba en un hospital privado donde se trataba a enfermos con una serie de trastornos concretos.

Para él era solo una pequeña mentira piadosa y convenció a Lola para que salieran a comer fuera de casa. Ella tampoco tenía pensado contarle nada de su visión y aún no sabía cómo iba a sacarle el tema del viaje a Brasil.

Kai le explicó por el camino, pues ella se había quedado muda asintiendo a casi todo, que se pasarían por el despacho de un colega para conocer su opinión. La animó diciéndole que podría consultarle alguna duda sobre sus episodios, solo por curiosidad. Sería una visita informal de media hora como mucho, el tiempo justo para llegar al restaurante. Tenían cita en el hospital, pues no se podía entrar sin ella al ser un centro privado. Fue muy hábil al preguntarle, acto seguido, por lo que le había pasado en la piscina, pues sabía bien que Lola no quería hablar de ello. Ella, para desviar el tema que era lo que él pretendía, aceptó a regañadientes ir a otro hospital. Pero le dejó una cosa clara: no se haría ni una sola prueba más. Él asintió feliz de no haberla tenido que convencer; tenía preparado todo un argumento para rebatir su negativa que no le había hecho falta sacar.

Llegaron al control de entrada del hospital y a la agente Blumer le resultó un sitio bastante familiar, aunque estaba segura de que no había estado allí antes. El guardia de la entrada subió la barrera de seguridad después de comprobar la cita con el médico en cuestión.

En un par de minutos estaban en una sala de espera bastante grande y completamente vacía. En aquel hospital no había familiares y la mayoría de los enfermos estaba en sus habitaciones, con lo que las salas comunes estaban desiertas. Habían recorrido largos pasillos y patios interiores en los que apenas se habían cruzado con un par de miembros del personal sanitario.

Ya en la sala contigua a la consulta, comprobaron la frialdad de la estancia

en la que había un suave eco y cuyo mobiliario constaba de una mesita baja con cuatro o cinco revistas bastante antiguas y dos sillas. Al poco rato de espera, el médico salió de su despacho para recibirlos.

Los invitó a entrar y les ofreció algo de beber. Ellos dieron las gracias por el ofrecimiento, pero denegaron su invitación. Kai porque estaba deseando que hablara con Lola, y ella porque solo pensaba en irse lo antes posible de allí. No le hacía gracia tener que contar historias que ni ella misma creería a nadie, si no fuera porque las había vivido en primera persona. El médico pidió a Kai que esperara unos minutos en la sala de espera porque quería hablar a solas con Lola. Kai se levantó antes de que terminara la frase y salió sin ni siquiera despedirse cerrando la puerta y dejando en el aire un tenso silencio.

—Su marido me ha contado por teléfono que ha pasado unos días bastante convulsos y que le han sucedido algunas cosas extrañas.

—Verá, doctor, tener al médico en casa, a veces, es como que tu padre sea el profe de tu clase, no sé si me explico. Para algunas cosas es bueno, pero para otras, no tanto. Está preocupado, pero yo estoy bien. He venido por él para que se quedara tranquilo, no porque yo necesite un psiquiatra.

—¿Y quiénes, según usted, necesitan un psiquiatra, señora Blumer? —preguntó el médico.

—Pues, no sé, los locos... —enseguida se dio cuenta que no era la mejor respuesta—... O la gente que tiene enfermedades mentales de algún tipo, ¿no?

—Y usted no me necesita porque no está loca ni tiene ninguna enfermedad mental, ¿verdad? Mire, Lola, los episodios dramáticos de nuestra vida, a menudo, nos afectan a la mente distorsionando la realidad. Quizás usted no crea necesitar ayuda de ningún tipo, pero es evidente, por sus episodios de alucinación, que algo no anda bien en su cerebro. Yo me dedico a eso, precisamente: a sanar la mente de las personas.

—¿Qué le ha contado mi marido? ¿De qué episodios habla?

Lola se sintió molesta al darse cuenta de que Kai había contado a aquel médico algo que desde fuera bien podía parecer una locura. Reconoció íntimamente que estaba un poco avergonzada por la situación.

—No se preocupe, los psiquiatras usamos algo parecido al secreto de confesión con nuestros pacientes. ¿Puede contarme algo que le haya pasado y que esté fuera de lo que considera normal?

—Para empezar, yo no soy su paciente, y no, no tengo nada extraño que contarle. Mi marido no debió llamarle, siento hacerle perder el tiempo —en

ese preciso instante, el rostro de Lola cambió para adoptar una grotesca mueca que observaba amenazante al doctor.

Kai seguía en la sala de espera. Miraba el reloj de forma compulsiva, incluso se acercó un par de veces a la puerta con la intención de entrar. A los veinte minutos de mirar el reloj sin que el tiempo pasara más rápido, se decidió a llamar a la puerta para comprobar que todo iba bien. En el mismo momento en que la abría, Lola se abalanzó contra el médico sujetándolo por el cuello. Este se la quitó de encima ayudado por Kai. Ninguno de los dos daba crédito a lo que estaba viendo: Lola había atacado al doctor, que la miraba con la cara desencajada. Ella estaba tumbada en el suelo por el forcejeo y se despertó enseguida de aquel violento trance sin recordar nada en absoluto. El tiempo había pasado sin que ella se diera cuenta, pero esta vez no le haría falta una grabación para confirmarlo. Solo tuvo que mirar el reloj y comprobar que la última media hora también había desaparecido de sus recuerdos. Era bastante raro tener que asumir que el tiempo se le escapaba a una realidad de la que no era consciente o, más bien, en la que perdía el control.

El psiquiatra respiraba agitado mientras intentaba a duras penas recuperar el aliento. Era un hombre mayor que Lola, de unos cincuenta y ocho años, bastante fuerte y más o menos de la misma estatura que ella. Le indicó con la mano a Kai que se calmara y tratara de levantar a Lola, que seguía bastante aturdida. Esta vez empezaron a llegarle los recuerdos vagamente, como en las imágenes del sueño. Lo veía todo difuminado por la neblina grisácea en aquella fría y destartalada habitación, que parecía usarse más bien poco por el olor a polvo y humedad que se respiraba en el ambiente. Recordaba cómo el médico había intentado convencerla de hacer una sesión de hipnosis. Él no paraba de hacerle preguntas, hasta que ella, con una ira incontrolable, se lanzó con intención de ahogarlo con sus propias manos.

Todavía conservaba aquella sensación de querer estrangularlo, sin saber por qué. La diferencia era que, en aquel momento, sí podía controlarse. Su marido la seguía mirando asombrado. Antes de que pudiera articular palabra, el médico le pidió esta vez a Lola que saliera para poder hablar con Kai. A ella no le gustó la idea, pero antes de que pudiera negarse, como si desde fuera supieran que el médico lo necesitaba, entró una enfermera que la acompañó con amabilidad a la sala de espera. Era evidente que algo había ocurrido y, si montaba un número y se negaba a colaborar, seguramente hasta su marido la tomaría por loca. Salió con la enfermera que la agarraba del brazo y le preguntaba cómo se encontraba. La chica se dio cuenta de que Lola

tenía los labios secos y le ofreció un poco de agua. Tenían que llegar a la sala de la enfermería y no podía dejarla sola. Lola accedió encantada. Tenía tanta sed que se bebería un litro entero de tenerlo a mano.

Mientras bajaban por las escaleras al piso de abajo, la agente Blumer empezó a escuchar jaleo del personal y pudo ver a varias personas con uniforme sanitario, aunque ningún enfermo por el momento. Se pararon en el mostrador del control de enfermeras; casi todas mujeres. La chica sacó un par de vasos de plástico blanco llenos de agua y se los ofreció.

—Son pequeños, le he traído dos, no creo que uno la sacie del todo.

Cogió ambos vasos y se los bebió en un par de tragos cada uno. Le devolvió uno de ellos ya vacío y con un gesto le dio a entender que quería más. La chica volvió a entrar para llenar el vaso de nuevo. La enfermera apretó ligeramente los labios al darse cuenta de que la enorme garrafa de agua se había terminado y, resignada, se dispuso a cambiarla. Llamó a una compañera para que la ayudara y, mientras lo hacía, Lola las observaba discretamente desde el mostrador. Pudo incluso oír la conversación que mantenían entre ellas.



Capítulo 13

¡Mira lo qué ha traído el gato!

— **T**ía, te has enterado, ¿no? Ha vuelto a pasar otra vez en el turno de noche. No tenemos bastante con las leyendas del hospital, sino que ahora además ese gato negro se le aparece a más gente... En la tercera planta, una vez más. Dicen que salía de la habitación de «la oscura» —comentaba la enfermera negando con la cabeza y sacudiéndose un escalofrío.

—¡Uff! No quiero ni escucharlo, ya sabes que esos temas raros del hospital prefiero no tocarlos. Que tú no haces noches, guapa —contestó cortando la conversación— ¡Pssss! Baja la voz, que nos oyen —añadió volviendo la cabeza y viendo cómo Lola se hacía la indiferente mirando para otro lado a la vez que se atusaba el pelo.

La enfermera le devolvió el vaso lleno y le dedicó una sonrisa, rezando para que no le preguntara por nada de lo que había oído. Pero antes de que pudiera siquiera pensarlo, la agente Blumer la interrogó:

—¿Gato? ¿Qué es eso de un gato negro? —preguntó de repente para pillarla por sorpresa.

—Mire, agente... Sí, no se extrañe, sé que es usted policía. En este hospital, como en otros tantos, se cuentan leyendas de gatos negros, ruidos extraños y figuras fantasmagóricas que se aparecen normalmente por la noche. Yo llevo unos tres años haciendo noches y nunca he visto nada raro. Y lo del gato ese, es imposible, no creo que un gato pueda entrar aquí y que luego desaparezca sin más.

—No sabe lo escurridizo que puede llegar a ser uno que yo conozco —masculló Lola.

—¿Perdone?

—No, nada, nada —contestó Lola para seguir con otra pregunta—. La oí decir que alguien ha visto al gato, ¿algún paciente?

—Pues eso creo yo, que son las fantasías de alguna paciente que ha contaminado a alguna compañera con su psicosis. Ya le digo que yo no he visto ningún gato. Si quiere puedo preguntarle a mi compañera, pero lo único que sabe es un simple chisme.

—Bueno, dígame a mi marido que me espere, tengo algo que hacer... ¿Un

baño, por favor? —puso una excusa con una idea clara en la cabeza.

—Tiene que seguir el pasillo y al fondo...

—...A la derecha, no me lo diga, todo lo ponemos allí— le cortó Lola, apretando el paso.

—Pues eso, muy cerca de los ascensores, yo la acompaño.

—No se moleste, le agradecería que se lo dijera a mi marido para que no me eche en falta, ya sabe cómo son los hombres —terminó con un comentario que, viniendo de otra, odiaría por machista, pero eficaz para empatizar con aquella chica.

—No se preocupe, el mío no sabe dar un paso sin mí. Pobres, qué harían sin nosotras... —contestó mientras sonreía y se iba en dirección contraria—. Sabe volver, ¿verdad?

—Sí, al fondo a la izquierda, ja, ja, ja... —rió un poco forzada.

Cuando llegó a la altura del hall de ascensores encontró uno de los cuatro abierto. Pulsó el tercer piso y comenzó a subir mirándose en el espejo por inercia. No tenía mal aspecto, aunque sus ojeras no habían desaparecido del todo. El ascensor llegó rápidamente a su destino. Las puertas se abrieron y salió por pura corazonada, aún no tenía claro qué hacía en el tercer piso. Cuando solo había dado dos pasos, oyó el pitido del ascensor que indicaba la apertura de puertas automática. Se paró en seco en la entrada al ver una imagen dantesca. Una de las pacientes, y lo supo porque iba en pijama, estaba en el suelo tirada con la cara pegada al espejo de la pared. Lola no podía moverse de donde estaba, ni siquiera se planteaba qué le estaba pasando a aquella mujer. El sonido retorcido de un traqueteo hecho con la garganta le puso la piel de gallina. La miraba con impotencia por el miedo que sentía, esperando alguna reacción de aquel fantasma o lo que fuera que se le había manifestado. Antes de que se planteara hacer nada, la puerta del ascensor se cerró y subió una planta.

—¿¡Hola!?! ¿Estás bien? —Y corrió por las escaleras para alcanzarlo.

Llegó a la altura de la puerta; estaba vacío. Aquella mujer, antes tirada en el ascensor, tenía la cabeza rapada y un aspecto cadavérico. No le había visto la cara, ¿cómo estaba tan segura de que era una mujer? Podría ser un chico joven, desde luego, pero estaba convencida de que no lo era. Se metió de una zancada y se dirigió a la planta tercera. Salió con la respiración agitada por la situación y confirmó que sus delirios no iban a cesar por el momento. Por otro lado, quería creer que eran solo mensajes que se le manifestaban de esa forma, pero aquello no dejaba de preocuparla.

Se encaminó por el pasillo. Paró en la habitación 303 frenada por un impulso. En el mismo momento, la puerta se abrió entre traqueteos rompiendo el completo silencio. Una tenue luz salió de la habitación envuelta en una ligera brisa que empujaba la puerta suavemente hasta dejarla entornada. La agente Blumer adelantó su pie derecho con el paso firme.

Cuando tenía la mano en el pomo, dudó un instante y oyó una voz que venía de detrás de ella. Se asustó al oír la grave y potente voz de la enfermera reverberando en el pasillo, como si fuera un gigante.

—¡Señora! ¡No puede entrar ahí, esta zona es reservada para el personal y los enfermos! ¿Tiene algún familiar? Ya sabe que no se puede venir sin avisar —espetaba en voz alta a la vez que se acercaba a su altura—. Ya me extrañaba que tardara tanto en volver del baño. Ande, sea buena chica y venga conmigo, por favor —añadió la enfermera bastante molesta.

A Lola no le hizo gracia que aquella mujer la tratara como si fuera una niña. Se fijó en que la enfermera cerraba la puerta de la habitación con llave y susurraba lo bastante alto como para que la oyera.

«¿Quién habrá abierto esta puerta?» Miró de reojo a Lola, pensando por un momento que había sido ella, pero no estaba forzada. Dio dos vueltas a la llave, la sacó y la guardó en el bolsillo de su bata blanca. Lola se fijó en que solo llevaba cuatro llaves de diferente color en el mismo llavero. Ya en el ascensor en compañía de la enfermera, comprobó que cada piso se marcaba con un color distinto, su confirmación de que tenían una llave maestra por cada planta.

—¿Acostumbran a encerrar a los enfermos? —preguntó Lola a la enfermera que se estaba retocando unos bucles exageradamente marcados.

—Se hace por su seguridad, pero eso son cosas del hospital. No creo que sea asunto... —recordó que estaba hablando con una policía y echó el freno— Quiero decir, que no es por nada malo, créame. Algunos podrían salir y hacerse daño, otros tienen una medicación tan fuerte que tenemos que ayudarlos a casi todo. Esto es un hospital privado, los familiares quieren que sus enfermos estén seguros. Además, podrían pelearse entre ellas, algunas tienen muy malas pulgas —dijo como si estuviera pensando en alguien en concreto.

—¿Ellas? —preguntó sorprendida— ¿Es que son todas mujeres?

—La gran mayoría. A día de hoy creo que quedan solo dos hombres en la primera planta. El resto son mujeres, sí. Bueno, ya estamos aquí... ¡Mire! Ahí está su marido —pregonó la chica aliviada por librarse de aquellas incómodas

preguntas—. ¡Hala! Que tengan un buen día. Y disculpe el susto que le he dado antes, pero si alguien se salta las normas en mi turno, soy yo la responsable.

—No se preocupe, Mercedes —leyó su nombre en la chapa de la bata—, la entiendo. Todos debemos cumplir con nuestras obligaciones. Pero siendo un sitio tan seguro, no comprendo por qué se les cuele un gato —añadió dedicándole una sonrisa irónica.

—Lola, cariño, ¿dónde estabas? Has tardado un poco, ¿no? —le decía Kai mientras le agarraba la mano al dirigirse hacia la salida.

—Sí, bueno, me he perdido buscando el baño. Luego me ha encontrado la enfermera y me ha traído contigo.

—Agente Blumer—añadió con sorna—, que nos conocemos. No duermo con la vecina —levantó la ceja y dejó su cara en incógnita—. Sé que no me lo quieres contar, que a eso ya me acostumbré en tu primer año como poli. Conozco esa cara.

—Bueno, no me perdí. Este hospital es raro, Kai, no sé por qué me has traído. Los enfermos están encerrados con llave y este sitio... me da mala espina.

—¿Cómo? ¿La intrépida investigadora Lola Blumer tiene miedo de los hospitales? Eso también lo sé, no te gustan desde pequeña, pero este es un buen hospital, muy bueno, de hecho. Un conocido me lo recomendó y además me dijo que Millán, tu jefe, tiene aquí a su esposa ingresada.

—¿En serio? No lo sabía. Qué casualidad. ¿No te parece raro que yo no sepa nada? Me habría gustado visitarla, pero cuando se lo dije el otro día, le noté un poco incómodo. Quizás no le guste tener que reconocer que su mujer tiene que estar sedada o encerrada por su seguridad.

Se sorprendió al darse cuenta de que ella misma le había quitado hierro a unos métodos que, minutos antes, le habían parecido excesivos. Se puso en la piel del comisario, quiso entender que no era fácil de explicar una situación de confinamiento por el motivo que fuera. Aún con esto, no se sintió tranquila. Ya tenía en la cabeza quedarse bien con el nombre del hospital e investigar sobre la coincidencia de que la mayoría de pacientes fueran mujeres.

Bajando las escaleras de la entrada al edificio principal del hospital, Lola notó la brisa difuminada que le llegaba del agua salpicada de la majestuosa fuente. Esto le provocó un *dejavu*, un recuerdo de su mente que no era suyo, y tuvo el impulso de darse la vuelta y mirar las ventanas del segundo y tercer piso. Se orientaba bastante bien y sabía que aquellas ventanas no correspondían a las habitaciones, pero una de ellas la atrajo entre todas. Vio

clara la misma imagen que en su día había visto Paula, pero esta se le proyectaba en el cristal como el fragmento de una película. Una mujer que no pertenecía a aquel tiempo, sino a otro, se asomaba para captar su atención. Solo podía interpretarlo como estar viendo un recuerdo del pasado del hospital que no era suyo. También se parecía a la mujer del ascensor, cosa que le inquietaba. A los pocos segundos, vio al médico meter a la paciente y correr la cortina; una cortina que ya estaba corrida.

—Lola, ¿qué te pasa? ¿Buscas a alguien? —preguntó Kai haciéndola volver al presente.

—No lo sé, espero que no, pero tengo una mala corazonada —contestó cambiando el gesto al oír el tono de llamada del teléfono móvil de Kai.

Era del hospital de su marido. Kai cambió por completo la expresión del rostro a los pocos segundos de contestar. Sus ojos se abrían cada vez más mientras contemplaba a Lola, asombrado, sonriendo como si les hubiera tocado la lotería.

—¿Estás segura, Tania? —Le decía a la compañera que estaba al otro lado del teléfono—. Eso no es posible, verás, es algo... bueno, gracias, nos vemos en unos días, quizás pase antes por allí —se despedía mientras apretaba la mano de Lola tan fuerte que ella le hizo un gesto exagerado de dolor para que se percatara. Kai aflojó, sujetando su mano con más ternura y la miró a los ojos para decirle algo para lo que no estaba preparada.

—A ver, Lola, cariño...

—¿Qué pasa, Kai? Me estás asustando, no sé si tengo que alegrarme o preocuparme.

—Pues, tú verás... ¡¡Estamos embarazados!!

Lola se quedó con la boca abierta sin poder reaccionar. Instintivamente, se llevó la mano al vientre y notó como se le vaciaba por completo. Pensó que se estaba sugestionando demasiado, muy pronto para tener un hambre incontrolable. Se justificó con la excusa de que era normal, pues se les había pasado un poco la hora de la comida. No pudo hacer otra cosa que abrazar a Kai, que parecía un niño pequeño al que le acaban de regalar su primera bici. Mientras estaba abrazada a él, miró la ventana del tercer piso y vio la cortina moverse, pero dentro de aquella habitación no había aire.

Su recién descubierto estado, que en otra época la habría hecho llorar de alegría, ahora la preocupaba bastante. Él, sin embargo, no podía contener la emoción y no dejaba de tocarle la barriga. Según la analítica, estaba en los primeros días de gestación. Lola no estaba contenta, sino preocupada por si

todo aquello que estaba pasándole últimamente pudiera afectar al bebé. Sintió entonces uno de los primeros momentos de responsabilidad, acompañado por otro escalofrío. Acto seguido, percibió cierta incomodidad, pero no se atrevió a retirar la mano de Kai. Él notó que su mujer no había reaccionado como esperaba. Entendió que podía sentirse un poco abrumada por la situación y sabía, pues lo habían hablado mil veces, que no comunicaría a nadie que estaba embarazada hasta haber pasado los tres primeros meses de gestación.

Decidieron pasar por un restaurante de comida rápida e ir a casa lo antes posible. Lola no habló en casi todo el trayecto. Kai, en cambio, se empeñaba en sonreír a casi todo bicho viviente que se cruzaba con el coche, repitiendo así una de sus innumerables payasadas. Hizo reír a Lola un par de veces con sus tonterías, pero esta volvía de nuevo a su preocupación.

Sentada en el asiento del copiloto, con los brazos cruzados en el vientre, pensaba si se estaría volviendo loca y, como si por su mente pasaran una tira de fotogramas, empezó a encajar las piezas. El hospital psiquiátrico, la mal interpretada locura de la enfermedad de Paula, el gato negro del hospital, «el salmo del loco» y, por último, Gustavo, no había duda. Lo que traía en la pata era un mensaje de alguien del hospital. Pensó rápidamente en la madre de Paula; ella estaba allí encerrada desde la muerte de su hija.

«¿Y si quisiera mandarme algún mensaje?» Pensó Lola.

Se le ocurrió por un momento contárselo a Kai, pero él no la entendería, así que se contuvo. Mientras aparcaban frente a la casa, el teléfono de Kai volvió a sonar de nuevo. El hospital les comunicaba otra sorpresa. Saltó la llamada al manos libres del coche.

—¿Kai? Soy Humberto, el supervisor. ¿Puedes hablar? Es importante —avisó la voz del otro lado.

—Sí, claro, dime, Humberto. Voy con mi mujer en el coche —apuntó.

—Bueno, de todas formas, esto os afecta a los dos así que... —Se miraron aterrados, pensando que había algún problema con las pruebas de Lola—... Tenemos un problema, y gordo, en el hospital de Londres. Tienes que adelantar tu vuelta, Kai. Lo siento, no tenemos a nadie más. El director, me ha pedido que te llame personalmente y te lo pida como un favor suyo —hubo un silencio y seguidamente, una carcajada de ambos, aliviados porque no era una mala noticia— Pero..., eh, bueno me alegro de que os lo toméis así de bien. Llama al despacho y hablamos tranquilamente. Le diré a Inma que te saque el billete para mañana mismo. Intentaré que sea a primera hora.

—Genial, Humberto, luego te llamo. Envíame un mensaje para avisarme lo

antes posible de la hora.

Ella vio la luz y casi escuchó los coros de *godspell* clamando aleluya, al darse cuenta de que Kai se iría de casa unos días y así ella podría investigar por su cuenta sin que él estuviera preocupado. Entraron en la casa y Kai tomó sus manos y mirándola muy serio afirmó:

—Sabes que, si me lo pides, nuevo cielo y tierra para que manden a otra persona durante unos días. Lola, no quiero separarme de ti ahora. Todo esto es muy grande para los dos. Sé que no es la primera vez que nos ilusionamos, pero creo que ahora sí es nuestro momento. ¿Cómo voy a dejarte sola? ¡Mira lo que ha traído el gato! —añadió mirando su vientre— ¡Vamos a ser padres, Lola!

—Bueno, Kai, no nos precipitemos. Si te digo la verdad, lo que menos me apetece ahora es tener que sacar todas las cosas del bebé. Esperemos unas semanas a ver qué pasa, porque esto no es normal. No me cuadran las fechas con mi ciclo. No debería estar embarazada...

—Pero lo estás, y vamos a salir adelante. Esta vez va a ser distinto, sé que saldrá bien. Estoy de acuerdo, no nos volveremos locos y esperaremos, pero irás a ver a Iria, tu ginecóloga, ella te aclarará las dudas. Llegados a este punto, no vamos a cuestionar algo que las pruebas ya han confirmado.

Aunque intentaba ser realista, no podía ocultar que estaba muy emocionado.

—Perfecto. Mañana iré de camino al centro, tengo que hacer unas cosas y paso por la clínica —mintió.

—Como sé que te vas a levantar temprano y mi vuelo saldrá antes de las doce, podrías desayunar conmigo, así salimos juntos de casa. Ahora estoy más tranquilo, Lola. ¿No te das cuenta? Esto explica tus desmayos, hasta los estados extraños. He leído artículos y sé que hay libros enteros dedicados a las experiencias que pasan las madres en el estado de gestación.

—No sé, Kai. No debemos precipitarnos, ojalá sea como dices. De todas formas, es demasiado pronto para sacar ninguna conjetura. Bastante tengo ya con el..., caso, sí, no puedo olvidarlo.

—Cariño, debemos descansar. Mañana tenemos otro duro día por delante. Podemos hacer una cena temprano y ver una peli. Nos vendrá bien desconectar un poco. Igual te apetece leer tu libro.

Decidieron pasar la tarde tranquilos, después de preparar la maleta de Kai y poner a cargar el portátil, el móvil, el busca y todos los aparatos que usaba a diario. Lola solo tenía su móvil y un lector de libros electrónicos que le

facilitaba la lectura cuando iban de viaje. Tenía una buena estantería llena de novelas de todos los géneros, acompañadas de libros técnicos de la academia y de su época de estudiante, todo en papel, el formato que más disfrutaba en realidad. Acabaron viendo una película de la tele antes de irse a dormir.

A la mañana siguiente, Kai se despidió de Lola en la puerta del consultorio de la doctora. Eran las diez y media de la mañana y su vuelo salía a las doce y media, con lo que iba sobrado de tiempo. Ella le guiñó un ojo y le dedicó un beso a través de la ventanilla. Lola esperó en la puerta un rato a que Kai arrancara, porque no tenía ninguna intención de subir a ver a su ginecóloga y menos tan temprano.

Se le ocurrió otra cosa mientras trataba de dormirse sin éxito la noche anterior, pues no había parado de darle vueltas a un mismo tema. Metió la mano en el bolsillo y apretó con fuerza el objeto que guardaba en su interior...

Capítulo 14

Otra vez esa puñetera canción...

Cogió un taxi para volver a su casa. Le había dicho a Kai que no conduciría por si le daba otro síncope. Para él todos esos estados raros y desmayos continuos ya tenían una explicación clara, pero Lola no estaba tan segura de que lo sucedido hubiera sido causado solo por su supuesto embarazo. Al llegar a casa cogió las llaves del coche y se dispuso a ir a su destino. Tardaría menos de dos horas y en el camino haría una llamada para avisar de su visita.

—¿Diga? —preguntó la voz que estaba al otro lado.

—¿Juan? Soy Lola, la agente Blumer. Verás, no sé si es un buen momento, pero quería pasarme a verte. Necesito hablar contigo.

—Hola, agente Blumer, Lola, ya te dije todo lo que sabía de la familia. No quiero hacer ninguna declaración. Además, estoy a punto de entrar en clase, así que tengo que dejarte.

—¡Juan! No cuelgues, por favor, no quiero preguntarte por el caso de Isabella, me ha quedado claro que no quieres saber nada de ellos, pero creo que necesito tu ayuda. Concédeme solo quince minutos, llegaré en una hora y media más o menos.

—Ya te dije que te alejaras de esa familia y entiendo que por tu trabajo no me hagas caso. Si quieres tener una vida normal, cierra ese caso de una vez.

—Pareces el comisario y no es precisamente lo que necesito. Quiero contarte algo. No sé por qué tengo la descabellada idea de que nadie más puede ayudarme con esto.

—Además, los padres han muerto e Isabella también —en realidad él tampoco podía olvidar a una de sus alumnas preferidas—, ¿qué más quieres saber? —de fondo oyó de nuevo la tétrica melodía rompiendo el silencio que había dejado Lola.

En vez de asustarla o ponerle los vellos de punta, como las veces anteriores, en esta ocasión lo percibió como una confirmación, otra de esas señales que recibía.

—Juan, me vas a recibir si no quieres que te mande una orden de detención inmediata al conservatorio. Yo en ningún momento te he dicho que sus padres

estén muertos. Nadie sabe nada sobre eso. ¿Cómo te has enterado de algo que no ha salido de mi comisaría?

—No vuelva a amenazarme, agente Blumer —le puso distancia—, ya estoy harto de amenazas por todos lados..., eh, bueno, no es justo. Ya no puedo más, será mejor verla y quitarme de una vez este peso de encima. Tiene razón, usted no me lo ha dicho, pero yo tampoco lo sé porque sea culpable, así que la orden de detención no le servirá de mucho.

—Perdóneme, perdóneme, Juan, no tenía que haber sido tan brusca — intentó rebajar el tono para no perderle—. Voy a ir a verte, sé que tengo que hacerlo y ahora más todavía. Prometo no quitarte mucho tiempo —concluyó.

Se despidieron y quedaron en verse directamente en la cafetería donde hablaron la primera vez. Él también le contaría algo que quería arrancar de sus entrañas desde hacía tiempo y cuanto antes se vieran, antes podría volver a recuperar su tranquila vida en Jerez.

Lola se sintió fatal por aquella niña. ¿Cómo podía haber olvidado siquiera por un momento un caso de asesinato tan brutal? Pensó que quizás estaba peor de lo que ella creía. Se acordó de que el profesor le contó que Paula estaba cambiada cuando empezó con el caso de los supuestos abusos. También recordó la posterior confirmación de Sofia de que Paula se había comportado de manera extraña. Era cierto que aquella familia le había traído dolores de cabeza, insomnio, pesadillas, terrores del pasado, pero no podía alejarse del caso sin más. Ahora estaba convencida de que la clave, aunque no fuera culpable, la tenía el profesor. Su intuición le decía que había algo más detrás de aquel horrible asesinato y por eso le estaban pasando cosas que no podía explicar, aunque en un principio le hicieran pensar que todos aquellos sucesos tuvieran que ver directamente con ella. Tenía que alejarse de todo lo que estaba pasando para acercarse más aún al caso. Si se volvía loca, corría el riesgo de acabar como sus protagonistas y esta idea la horrorizaba, sobre todo ahora que sabía que podía ser madre.

Puso un poco de música para relajarse en el camino e intentar no darle más vueltas, pero no podía. Se había hecho mil suposiciones y conjeturas con aquello que no la llevaban a ningún sitio. Se sintió horrible por haber dejado a aquella niña olvidada, como la dejaron sus padres después de asesinarla: tirada en una cuneta.

Recordó entonces la foto del cadáver y que estaba colocado boca arriba, como si durmiera plácidamente. Peinada y vestida con su ropa de adolescente, pero salvajemente destripada. Una macabra escena que le vació de nuevo el

estómago. Volvió a llevarse la mano al vientre para intentar aliviar la punzada. Al pensar en su bebé, sintió un escalofrío y miedo, un miedo incontrolable de impotencia, un sentimiento de sobreprotección extraño y nuevo, como si se hubiera convertido en el simple contenedor de algo mucho más importante. Quiso pensar que todo era un error de la analítica y se acordó de que todas esas dudas también eran normales cuando te quedabas embarazada.

—Será lo que tenga que ser —comentó en voz alta lo que debía haber sido un pensamiento.

Subía el volumen de la música que estaban dando en una emisora local. Ya estaba a pocos kilómetros de Jerez. Al terminar la frase observó mientras se le helaba la sangre, una imagen reflejada en el espejo retrovisor de dentro. La imagen de Sara, llorando lágrimas ensangrentadas con la boca abierta en un grito ahogado y un pitido agudo de fondo que Lola escuchó a pesar de la música. En apenas unos segundos dio un frenazo y un brusco giro del volante le hizo perder el control del coche. Se golpeó contra el guardarraíl por la parte del conductor, rompiéndose el cristal, un instante antes de que su cabeza impactara por la inercia. Su pelo se enredó en el vidrio roto, haciéndole perder algún mechón. El airbag había salido con un golpe seco en el mismo microsegundo del tremendo impacto. El vehículo se quedó clavado en la carretera con el morro en dirección contraria. Tuvo la gran suerte de no ir tan rápido como para que los pocos conductores que había en la autopista la pudieran esquivar sin problemas. Se bajó dejando el vehículo echando humo a su espalda.

Estaba aturdida. Además del golpe y los diminutos cortes en la cara por los cristales, tenía el hombro bastante dolorido y el costado magullado. El cinturón de seguridad se le había quedado tatuado en la parte alta del hombro y el pecho, tan marcado que no se podía ni rozar. Se apoyó en el quitamiedos derecho de la autopista mientras tomaba aire y recordaba la imagen del espejo. Oyó esta vez algo que le resultaba familiar: una sirena que apenas acababa de encenderse a unos metros. Era un coche de la Guardia Civil de Tráfico que se paró a socorrerla. Le hacían gestos desde dentro para que se calmara. Uno de los agentes, el copiloto, salió rápidamente del vehículo mientras el otro se quedaba para informar, pedir una ambulancia y dar parte del accidente.

—Señora, ¿está usted bien? —preguntó el guardia mientras se agachaba a su altura.

—Sí, no se preocupe. Soy compañera, bueno, soy agente de policía, la

agente Lola Blumer de la comisaría central de Málaga —hablaba con dificultad mientras sacaba la placa para identificarse.

—¿Qué le ha pasado? Debía ir a una velocidad moderada, de lo contrario, el golpe la habría matado. Su lado del conductor está completamente destrozado. Ha tenido bastante suerte, solo parece tener unos rasguños. ¿Se encuentra bien? ¿Se ha golpeado el estómago? —le preguntaba cuando la vio agarrándolo con ambas manos.

—No, ha sido más el susto que otra cosa, no me he dado ni un golpe. Llevaba cinturón y los cortes son por el impacto contra el airbag..., supongo. Me noto la cara un poco magullada, pero nada más. Tengo un amigo cerca y no estoy de servicio, así que les agradecería que no llamaran a la ambulancia, no necesito asistencia, se lo pido por favor. Pueden hacerme las pruebas que quieran, no bebo alcohol y mucho menos uso ninguna sustancia. El maldito gato se me cruzó sin que pudiera hacer nada —improvisó sobre la marcha, sin saber qué decir, intentando ocultar el dolor de su hombro izquierdo.

—Ya sabe cómo es esto, ¿no? No tengo más remedio que hacerle la prueba de alcohol y drogas. No se preocupe, llamaremos a la grúa municipal. El coche parece haber quedado en siniestro total y no podrá conducir. La llevaremos donde quiera en cuanto podamos despejar el accidente. Ahora, suba al coche patrulla, hay mucha gente parada. ¡Vamos, circulen, circulen! —gritaba mientras dirigía los coches y despejaba a los conductores que se habían bajado a socorrerla.

Uno de los conductores había puesto sus triángulos y se disponía a quitarlos cuando vio que el guardia civil se hacía cargo. Ayudaron a los guardias a mover el coche a una zona segura de la mediana y la circulación de la autopista, poco a poco, recuperó su ritmo normal.

Lola cogió el bolso de su coche y se dirigió al de la patrulla donde el otro agente, un poco más joven, anuló la ambulancia, pero solicitó el resto de los servicios. Ella se sintió un poco ridícula por ser protagonista de tan absurda situación. Después de descartar las pruebas de alcohol y drogas y llamar al seguro, se sentó en la parte trasera del coche y buscó su teléfono en el bolso. Seleccionó el contacto de Juan, le llamó y este descolgó aun estando en clase.

—¿Juan? Esto..., acabo de tener un accidente con el coche, pero estoy bien, no te preocupes. ¡Uf! Esa canción me da escalofríos, se me revuelven las tripas. Disculpa que sea tan sincera, pero estos días la he oído más de lo que quisiera.

—¡Lola! ¿Qué te ha pasado? Vienes de todas formas, eso me deja más

tranquilo. Y la melodía..., bueno, ya te dije que la uso y que mis alumnos me la suelen pedir.

Intentando olvidar aquella puñetera canción, se centró en que Juan le había parecido sincero y muy amable. Tenía la certeza de que era una buena persona. Lola le confirmó que, en cuanto pudieran, la llevarían a la Escuela de Música. Juan le pidió que no se acercara con el coche de la Guardia Civil o se podría malinterpretar su visita. Lola accedió a una petición lógica y de sentido común, en la que no había reparado.

Mientras colgaba, se miró en el reflejo de la ventana del coche patrulla. Recordó cómo en algún momento de la noche anterior, Gustavo saltaba a su lado de la cama y ella se desveló con aquella melodía en la cabeza. Se levantó con cuidado de no despertar también a su marido, que tenía que salir de viaje al día siguiente, y cogió al gato en sus brazos para llevárselo a la habitación de la planta superior. Se sobresaltó al oír unos enérgicos golpes en la ventana. Era uno de los guardias mientras le abría la puerta para que saliera. Habían llegado otros compañeros de apoyo para asistir el accidente y una de las patrullas la dejaría donde ella necesitara.

Lola no entendía por qué el tiempo pasaba tan rápido últimamente. Sentía que se le escapaba sin poder evitarlo y el accidente era una prueba más. La había parado en seco y, a la vez, había iniciado otros acontecimientos precipitándolo todo. Era una sensación de descontrol muy complicada de asimilar para ella que era una persona tan analítica y organizada.

Mientras la trasladaban aprovechó para llamar a su comisaría. Habló con uno de sus compañeros y le contó, omitiendo los detalles, que había tenido un accidente sin importancia. Le pidió que hiciera los trámites necesarios para que el vehículo terminara en el depósito de la comisaría y, como un favor personal, que no avisara al comisario de su llamada, ya que este mandaría a alguien a por ella de inmediato. Por cómo lo conocía sabía que sería capaz de desplazarse él mismo.

Llegó caminando calle abajo hasta la puerta de la escuela. Se miró en uno de los espejos retrovisores de un coche que había aparcado bastante cerca y disimuló los rasguños con un poco de maquillaje. Incluso se marcó bien los labios, cosa que hacía poco pues su exuberante aspecto no necesitaba tales excesos. Conforme con el resultado, dibujó una sonrisa forzada, a la vez que se colocaba la ropa y el peinado.

Entró diligente camino de la cafetería donde la esperaba Juan tomando su café y ojeando un folleto bastante antiguo. En su mesa había dos tazas vacías,

un plato con un par de servilletas usadas y unas migas que delataban un bocadillo rápido. Era la hora de comer y Lola seguía teniendo el estómago vacío. Saludó a Juan.

Después de contarle que había tenido un accidente, al que quizás fuera la única persona a la que se lo contaría por completo, comenzó a relatar todo lo que le había sucedido desde la primera experiencia extraña en el interrogatorio de Sara. No se dejó ni un solo detalle: el hospital, las visiones en la casa, la piscina con la bandera de Brasil, aquella playa, e incluso lo del supuesto embarazo, pues así lo nombró, como si estuviera convencida de que no estaba embarazada.

—Pues yo te veo perfecta —había vuelto a conectar con ella y quiso dejar la estirada cortesía de lado.

—Si..., bueno. Si no fuera por los cristales que todavía debo tener en el pelo —decía mientras se revolvía el cabello con bastante dificultad por el dolor del hombro.

Juan miró a Lola con ternura y se dio cuenta de que le había abierto su alma contándole intimidades que no sabía ni su propio marido. Pensó que aquella mujer se merecía, como poco, ser correspondida de la misma manera. Le enseñó entonces el folleto que tenía en sus manos.

—Lola, no esperaba que me contaras tantas cosas, y te lo agradezco porque sé de buena tinta que no es nada fácil cuando todo lo que te pasa parece una locura sacada de una película de terror —ella asentía con gesto de complicidad, cada vez más tranquila al ver que Juan había oído toda la historia y no había salido corriendo.

—Cuando venía en el coche no tenía intención ninguna de contarte nada, pero después del accidente recordé muchas cosas, entre ellas tu sinceridad al contarme uno de los episodios extraños con Isabella que, por lo que leo en tus palabras, no ha sido el único que viviste. ¿Qué es esto? ¿Un club de lectura o algo parecido? —preguntó poniendo atención al folleto que sostenía Juan—. Es muy antiguo, parece que tiene varios años.

En el folleto se leía: «¿Cuál es la película que más ves en familia?». Titulaba una imagen en la que un padre y sus hijos veían la tele en el sofá, con la madre en otro plano yendo hacia ellos desde la puerta de la cocina con un bol de palomitas. Lola pensó que era una imagen bastante machista y rancia, y le pareció más antigua de lo que era.

—Si tuviera que explicarte lo que es este folleto, te estaría obligando a detenerme. Llevo mucho tiempo intentando sacar esto del cajón sin saber

cómo, y creo que has sido tú la que me ha movido a hacerlo ahora. Justo antes de desaparecer, Paula me entregó este folleto y me dio un número que tengo memorizado desde entonces junto con una llave. Me pidió que lo guardara si a ella le pasaba algo y se la diera a la única persona que pudiera hacer algo al respecto. Entonces no caí, pues no sabía nada de ti y desconfiaba de cualquiera, la verdad. Ella me contó que era de vital importancia que no lo llevara a la Policía y de ahí mis dudas. Pero tú eres distinta, eres policía y no has dudado en contarme algo muy íntimo, además, Paula era tu amiga. No necesito más pruebas. Si te preguntas por qué no te lo dije entonces, es muy simple: soy un hombre de palabra y quería asegurarme de que eras la persona indicada. Todo encaja, el número que me dijo es el 034, el mismo que reza en la llave..., el salmo... —Lola no le dejó terminar.

—... ¡El salmo del loco! —Juan la miró extrañado al verla tan emocionada. Lola torció el gesto y se llevó la mano al hombro—. No es posible, es el mismo número, pero... ¿qué tiene que ver esta llave con un salmo? Juan, tienes que ayudarme. Si le cuento todo esto a mi marido pensará que estoy loca y no dudará en internarme en el mejor psiquiátrico de Europa.

—Pues te queda bastante cerca. Por lo que sé, está en Marbella y no me extrañaría nada que fuera el hospital del que me hablas. La madre de Isabella estuvo allí ingresada un par de semanas, creo... Luego salió y aquella mujer no volvió a ser la misma. Lo curioso es que su marido tampoco lo fue desde entonces. Recuerdo cómo alardeaba de que era uno de los mejores hospitales que existía para justificarse ante los demás. Creo que le avergonzaba su ingreso en salud mental. Para mí, la única diferencia es que tenían dinero para aburrir. Ella se podía permitir aquella carísima residencia para sanar el alma, así la llamaba.

—Es el hospital María Zambrano, allí está la madre de Paula. Será eso. ¿Cómo no he caído antes? Su madre me está mandando mensajes y seguramente Paula quería que quien los encontrara no se olvidara de su madre. Estoy confusa sabiendo que Sara también estuvo allí. No veo la conexión, pero estoy segura de que la hay. Y lo primero que voy a hacer es ir a ver a la madre de Paula. Necesito un coche, más bien, necesito un conductor. No puedo ni mover el brazo de lo que me duele —repitió la mueca de dolor— Menos mal que es el izquierdo... ¿Lo harás?

—¿Qué? ¿Acompañarte?... No sé, no me agrada la idea de remover un asunto que no me huele bien desde el principio. Por otro lado, algo me dice que no puedo dejarte sola con esto y siento que se lo debo a tu compañera de

alguna forma. Entonces ella me pidió algo, pero me negué a hacerlo —contestó mirando fijamente a Lola, que le puso un gesto de duda.

—¿Qué fue lo que te pidió?

—¡Vamos! Te llevo a Málaga y te lo cuento por el camino. Era una completa locura que, la verdad, ahora no me parece tan descabellada. Mira, así me paso por mi piso de Torremolinos que lo tengo abandonado.

—¿Tienes casa en Torremolinos? —preguntó extrañada.

—Claro, cerca de la calle San Miguel, en pleno centro, vaya —usó la coletilla que usaría un malagueño.

—Muchas gracias, Juan, no sé cómo voy a compensarte por esto. Necesito ayuda y no sé a quién acudir. Además, tengo como... una intuición contigo.

—Y esas intuiciones, ¿son por tu carrera o porque tienes visiones como... vidente? —dijo con sorna y haciendo la misma pausa para quitarle tensión al momento.

—Pues ya no sé qué contestar, ja, ja, ja. Creo que por mi carrera o eso espero —contestó moviendo el hombro y cambiando la sonrisa por otro gesto de dolor apretando los dientes.



Capítulo 15

Un hilo sin tejer

Por la carretera camino a Málaga, le fue contando la petición de Paula y el porqué de su negativa a ayudarla...

—Recuerdo que vi a Paula en la puerta de la escuela, justo cuando acababa mis clases. Llevaba esperándome más de una hora y me fijé en que mascaba chicle, lo envolvió en un pañuelo, y lo tiró en la papelera de uno de los ceniceros. Esos mismos que hay a ambos lados de la puerta del edificio que están rellenos de tierra. El color de la arena me recordó al albero de la Feria del Caballo que se celebra allí, en Jerez, imagino que la conocerás. En su cara vi que le estaba dando asco mirar aquel cenicero que me parece estar oliendo ahora mismo, creo que me dijo que estaba dejando de fumar.

—Claro que conozco la feria. Estuve con Paula y unas amigas en la época de la facultad. Salimos vestidas de faralaes uno de los días en que se reúnen la mayoría de las mujeres. Es extraña la sensación que tengo al oírte hablar de ella con algo más de distancia desde su muerte. Sigue, por favor.

Como si estuvieran conectadas en el tiempo, Lola tenía la misma sensación de asco delante de Juan mientras él le contaba todo aquello del olor al tabaco. Había visto un par de veces esos ceniceros y tenía grabada una imagen bien clara de Paula en aquella situación. Juan siguió contándole.

—Me acerqué hasta ella y le dije que no la esperaba. Poco más o menos tuvimos la misma conversación que he tenido contigo por teléfono hace media hora. Le dije que me dejara en paz, que no quería saber nada aquella familia. Entonces ella insistió y se sacó un as de la manga diciéndome que no venía en calidad de policía —Lola también se dio cuenta de la similitud y se lo hizo saber abriendo los ojos—, que, por cierto, es el motivo por el que te estoy contando todo esto. A ver, que medesví y quiero contarte muchas cosas a la vez, intentaré hacerlo bien.

—No te preocupes, Juan, hasta ahora te estoy siguiendo perfectamente. Adelante, para mí todo esto es nuevo y quizás sea lo que necesito.

—Le dije que estaba harto de que me estuviera buscando la Policía cuando intentaba pasar desapercibido. Y que, aunque estuviera de mi lado, los amigos no me amenazaban con una orden. Eso también coincide, ¿te das cuenta?

—Somos —bajó la vista—, éramos muy parecidas en la forma de proceder, creo que por eso fuimos grandes compañeras —Lola quedó en silencio para que Juan prosiguiera.

—Me pidió disculpas y añadió que no le parecía justo atacarme después de lo que estaba pasando. Luego me contó, y no me dejó más tranquilo, que lo que venía a pedirme se saltaba todos los códigos éticos y morales que conocía, pero que era la única persona que la podía ayudar.

La agente Blumer, a la que no se le escapaba nada, lo estaba viendo venir.

—Aquello, además de otra coincidencia, fue mucho peor de asimilar. Podía poner en riesgo mi reputación «aún más de lo que ya lo estaba», palabras literales de Paula. Después fue cuando me empezó a contar sobre la organización Zion, creo que se llamaba. Al parecer tenían cogidos por los huevos, perdón —se disculpó por el taco—, a unos cuantos poderosos. Se dedicaban, o se dedican, a la pornografía infantil, los muy cerdos. Llevan operando muchos años y Paula sospechaba que había más gente implicada de la que le gustaría y también estoy usando sus palabras.

Lola seguía embelesada mirándolo e imaginando a su amiga; la reconocía perfectamente en aquellas palabras de Juan. Además, estaba ganando un recuerdo nuevo de Paula gracias a un extraño que estaba conectado en el tiempo con ambas en una situación bastante parecida.

—Ella me pidió una locura que no me planteé en ningún momento por lo descabellado del asunto. Quería que me infiltrara como pederasta en la organización. Con mi implicación tan reciente, aunque sabía que era inocente, podríamos engañarlos y desenmascarar a Zion. Yo le dije que estaba loca, como a ti, le advertí que se alejara de la familia y creo que tampoco me hizo caso. Me seguía confesando que no confiaba en nadie, ni siquiera del departamento, y ahora sé que tú no estabas.

—¡Claro! Yo estaba en El Caribe con Kai. ¡¿Cómo pude estar tan ciega entonces?!

—Ella no me habló de ti, pero sé que eras tú la persona a la que ella habría necesitado en aquel momento —Juan se percató de que el comentario no había estado muy acertado.

—No pasa nada, Juan, ¿crees que no lo he pensado más de una vez? —confesó—. Pues muchas veces, y ahora solo puedo agradecerte esta confianza, aunque no quiero cortarte, me pregunto por qué no lo denunciaste... Ya, ya..., te dijo que no confiaba en la Policía, como yo.

—Pues sí, si te hubiera conocido entonces las cosas habrían sido distintas.

Yo le dije que estaba en sus cabales —repitió— y que no pensaba ayudarla con aquella idea que ahora no me parece tan demente. Después de mi negativa y de decirle una vez más que se alejara de la familia Quintana, me volvió a pedir otro favor. Me dio este folleto, una dirección postal, y una llave que también tengo. Me hizo prometer que, si le pasaba algo, lo guardaría hasta que apareciera alguien que buscara respuestas como ella. Te parecerá una tontería, pero aquello me confirma que pensaba en ti... y aquí estás. Se despidió recordándome que esperaba que la llamara al día siguiente y aceptara ayudarla con Zion, pero no lo hice. Y se fue sin más. Aquella fue la última vez que la vi.

Lola seguía atendiéndole en silencio, entusiasmada a la vez que confundida por la exposición de Juan.

—No pude hacer nada. Estuve a punto de pararla, quería ayudar a tu amiga, pero entonces estaba muy resentido con la Policía y pensaba que me querían tender una trampa para inculparme. Lo veía todo muy sucio y oscuro, espero que lo entiendas. Luego supe por las noticias que aquella misma tarde fue vista por última vez en una gasolinera a la entrada del centro de Málaga. Esa famosa imagen que salió en televisión, imagino que sabes de lo que hablo.

—Lo recuerdo perfectamente..., he visto mil veces ese vídeo. Me ocupé de redactar el informe de su caso o, más bien, de ayudar a su padre a redactarlo y darlo por cerrado. Tuvo que soportar reconocer sus efectos personales junto a sus restos. Llegué de viaje al día siguiente de su incineración.

Lola había decidido devolverle el detalle y se abrió a contarle lo sucedido aquellos días.

—Su padre no celebró el funeral hasta mi regreso porque sabía que ella era como una hermana para mí. Más que eso, las hermanas no siempre se quieren tanto. Tuvo un detalle conmigo al esperar que llegara, la verdad. Ella me llamó unos días antes. Seguro que quería contarme algo porque la noté un poco rara. Me dijo que quería hacer yoga y estuvimos riendo un rato, aunque ahora me doy cuenta de que no quería preocuparme o molestarme en mis vacaciones —añadió con un gesto de impotencia apretando los dientes—. Por otro lado, tengo mis dudas de si estaba bien del todo. Hace poco supe, casi por casualidad, que tomaba algún tipo de tratamiento o tenía que tomarlo. Padecía una enfermedad mental, esquizofrenia, aunque la familia nunca me contó nada. Creo que Paula no lo sabía, de lo contrario me lo habría contado. Quiero decir que debió de enterarse en los días previos a su desaparición y por eso estaba tan extraña. Qué paradoja, cómo es la vida, su madre ingresada

en un psiquiátrico... Por eso pienso que debe tratarse de ella. Me refiero a la persona que manda los mensajes a través de Gustavo, ¿no crees? —añadió emocionada mientras Juan hacía un gesto de duda—. Sigue las indicaciones del GPS, vamos directamente al hospital. Creo que allí podré averiguar algo.

—Pero es privado ¿no? Si es el mismo psiquiátrico en el que ingresó Sara no puedes entrar por las buenas, debes tener una autorización o algo parecido. ¿Me equivoco? —apostilló dando en el clavo.

—Así es, pero no me hace falta. Soy paciente del hospital. Mi marido tiene a un colega suyo trabajando allí y ahora es mi médico. No creo que les extrañe que me pase. Intentaré quedarme calladita, pero estaré atenta porque no sé qué va a pasar esta vez si me cuelo en las habitaciones. A lo mejor llaman a la Policía, en ese caso intentaré que venga el comisario. No me gustaría que se enterara de que estoy visitando a su mujer. Tengo tantas dudas que ya no sé para qué vamos allí... —decía mientras se tocaba la cabeza que le dolía por el aturdimiento.

—Pues será mejor que te acuerdes porque estamos en la misma puerta.

Lola se recolocó en el asiento al ver que estaban llegando al control de seguridad donde había un agente mirándolos. Desde su garita les hacía un gesto levantando las cejas a modo de saludo. Acto seguido les preguntó si tenían alguna cita. Lola respondió que venía a ver a su médico, pero él no estaba informado. Ella le dijo que había tenido una caída en el baño y le habló de su posible embarazo. Este contestó que allí no tenían urgencias ni ginecólogos, pero llamó al psiquiatra para ver si la podía recibir. Preguntó por el acompañante y ella contestó sin pensar.

—Mi marido, ¿quién si no? —contestó mostrando indignación.

—Sí, eso es, la señora Blumer, Lola Blumer —decía mientras miraba el DNI que ella le había entregado para identificarse—. Viene con su marido —hizo una pausa poniendo atención al otro lado del teléfono—. Muy bien, doctor, les hago pasar entonces.

Llegaron a la entrada del psiquiátrico atravesando un camino adornado con una chopera a ambos lados que les daba la bienvenida con el vaivén de sus copas. Aparcaron lo más cerca posible y Lola se bajó del coche seguida de cerca por Juan.

Subiendo la escalera de entrada al edificio empezó a ordenarlo todo en su mente. Estaba convencida de que la madre de Paula quería decirle algo. Entonces recordó los objetos que había traído Gustavo en su pata. Laprimera vez, un salmo, y la noche pasada, una llave roja. La llave le encajó

perfectamente con el recuerdo del ascensor y el color marcado de cada planta. El rojo era de la tercera y aquella debía ser la llave maestra. No tenía tiempo para abrirlas todas así que iría directamente a la que estaba abierta aquel día cuando la paró la enfermera.

Le pidió a Juan que fuera él a ver al médico. Le avisó de que el psiquiatra conocía a Kai, con lo que no podía hacerse pasar por él. Tenía que buscarse la vida para tratar de entretenerle el mayor tiempo posible. Ella fingiría de nuevo haberse perdido buscando un baño al que nunca iría. Juan la acompañó hasta la tercera planta antes de ir a entretener al psiquiatra.

—Está bien, somos amigos de la infancia, o primos..., yo venía a visitarte y en casa te has caído. Como tu marido está de viaje...

—Eso es cierto —añadió Lola.

—...pues te he traído yo, que estoy muy preocupado por ti, porque te comportas de forma muy extraña.

—¡Vaya! Eso es perfecto, Juan. Invéntate lo que sea para captar su atención. Ten en cuenta que es psiquiatra y este es listo, no se le escapa una.

Lola salió del ascensor y se aseguró de que no venía nadie. Era la hora perfecta porque, si normalmente los pasillos estaban desiertos, a la sagrada hora de la siesta más aún. Al verse sola y casi en silencio total sintió miedo. Tenía la certeza de que se debía a los extraños sucesos que había vivido y a los que hasta ahora no había querido dar nombre en su cabeza. Caminaba resignada y con la absurda sensación de que saldría alguna enfermera asesina por algún lado en cualquier momento. Llegó a la altura de la habitación y sacó la llave roja del bolsillo. La metió en la cerradura y, al girarla, notó que estaba bastante dura. Hizo varios movimientos para ver si le pillaba el punto, pero no lo encontraba. Lo intentó varias veces y sacó la llave con impotencia. Justo cuando pensó en probar en otra de las habitaciones se oyó el ascensor llegar y abrir las puertas de nuevo. La luz iluminó el lúgubre pasillo con una luz artificial suave. Nadie salía. Aguantó la respiración con la postura de haber sacado la llave aún congelada y a los pocos segundos cayó: sería Juan que seguramente había tenido el buen ojo de mandarle el ascensor a la tercera planta para que no lo tuviera que esperar.

Soltó el aire e intentó recomponerse de la tensión. Un sudor frío le bajó desde la cabeza como un torrente que notaba por debajo de la piel y le recorría cada centímetro del cuerpo, una corriente helada de pura adrenalina que desapareció al segundo. Oyó algo detrás de la puerta, mejor dicho, sintió que alguien estaba detrás con el oído apoyado como intentando escuchar algo.

Lola se apoyó también en la puerta y de nuevo experimentó esa sensación de vacío en el estómago. Puso la palma de la mano y dio dos golpes muy sutiles, pero suficientes. Al instante, otros dos golpes se sucedieron en respuesta, dejando a la agente Blumer inmóvil de nuevo para no perderse ni un solo sonido.

—Han cambiado las cerraduras... —se oyó un susurro con el que Lola abrió los ojos como platos.

—¿Hola? ¿Quién es usted? —nadie contestaba— ¿Hola?... ¿Me oye?

El decepcionante silencio se rompió con un fuerte golpe parecido a un portazo. Lola percibió hasta una corriente de aire que le hizo perder el equilibrio. Se quedó sentada en el suelo mirando la puerta con asombro. El pelo suelto le molestaba por la cara y el cuello. Se palpó la muñeca para usar la gomilla y recogerlo en una coleta para resolver el agobio. La puerta emitió un clic y se abrió un par de centímetros dejando escapar algo de luz. Se levantó lentamente, colocándose la ropa y llevándose la mano al hombro que le dolía cada vez más. Lo tenía dislocado y ella lo sabía, pero tenía otra prioridad. Alguien había podido abrir la puerta y la invitaba a pasar. Entre tanto no se dio cuenta de que el ascensor acababa de cerrarse para ir al llamado de la planta superior.

Lola entró en la habitación y encontró a la madre de Paula tumbada en la cama. Los temblores provocados por los dolores del cuerpo a causa del accidente y el miedo que todavía tenía pegado a los huesos le hicieron difícil poder controlar el involuntario castaño de los dientes.

—¿Tienes frío? —preguntó la mujer sin moverse de la postura y con los ojos cerrados.

La puerta se cerró sutilmente detrás de ella como queriendo pasar desapercibida.

—No, estoy aterrada. No sé qué hago aquí..., hace tiempo que quería visitarte, no pude desde la muerte de...

—¡No la nombres! —interrumpió la mujer abriendo los ojos, pero aún inmóvil—. Ella ya no existe para nadie..., ni siquiera para ti.

—¿Qué quieres decir, mami? —la llamaba mami. En el pasado a ella le encantaba que lo hiciera. Pasaba más tiempo en casa de Paula que en la suya propia, pero aquella situación era muy distinta.

—Yo no soy tu madre, ella te abandonó... —la contestación le dolió a Lola en lo más profundo de su corazón, pero muy dentro de ella también sentía lo mismo—. De la misma forma que yo abandoné a mi hija... —terminó esta

vez echándose a llorar, rota de dolor, como si algún recuerdo le desgarrara las tripas.

Los llantos se oían amplificados en las habitaciones de la planta. El contagio del dolor se sucedió en todas las pacientes que parecían compartir el mismo sentimiento, llenando cada rincón de melancolía y lamentos. Lola tuvo que taparse los oídos para intentar ensordecer sin éxito los agudos quejidos que le traspasaban el alma.

Un sentimiento que no pudo explicar puso a flor de piel todos sus sentidos. Sus lágrimas empezaron a brotar sin control. Le invadió la pena, le recorrió el pecho dejándola sin aire y Lola deseó morir en ese mismo instante para no sentir aquello. Tuvo el impulso de gritar, pero tampoco podía. Petrificada por el pavor, se quedó mirando a la madre de Paula, tumbada en la cama...

Aquellos llantos cesaron a la vez, haciendo aún más inquietante el silencio absoluto que imperó súbitamente. Lola no se atrevía a respirar siquiera, por temor de que al hacerlo se desatara de nuevo el melancólico concierto y esa horrible sensación. Antes de que acabara de llenar sus pulmones lentamente, la puerta se abrió con violencia dejando ver la luz del pasillo. Se dio cuenta, pero no se movió, al ver cómo la mujer que la había tratado como a una hija, la miraba con los ojos abiertos y mirada demente, fija y fría, mientras se incorporaba en la cama.

—¿Qué está pasando? ¿Puedes oírme? Dime algo, por favor. Tú me enviaste a Gustavo, ¿verdad? —preguntó intentando poner un poco de cordura a toda aquella situación disparatada.

—¿De verdad quieres saber? No fui yo, fue Paula —se hizo otro interminable silencio...

—¡Oiga! ¿Qué hace aquí dentro? Está prohibido entrar a las habitaciones. ¿Quién le ha abierto?

Un par de enfermeras rompieron aquella pausa suspendida en el aire dándole un susto de muerte. Lola se recompuso mientras Esther, la madre de Paula, se retorció en la cama intentando que las enfermeras no le pusieran el calmante que clavaron sin contemplación en el brazo de la paciente. Esta cayó al instante con el rostro tranquilo. Incluso esbozó una sonrisa inacabada y abstracta, marcada por la baba que le caía de la comisura del labio hasta llegar a la almohada.

Sus sentidos habían envejecido cien años y solo percibía luces y colores, aunque no los recordaría cuando recuperara la consciencia. Tampoco nada de lo sucedido en las horas previas. Lola les contó la milonga de que iba

buscando el baño y se había perdido. Comentó que había escuchado los ruidos de las internas.

—La puerta estaba abierta cuando llegué —afirmó disfrazada de inocencia.

Las enfermeras la miraron con desconfianza.

—Verá, soy paciente de este hospital, además de lo del baño, también soy policía y mi instinto me obligó a seguir unos gritos que parecían indicar algún tipo de peligro.

Las enfermeras quedaron más conformes, pero la empujaban amablemente mientras les hablaba, intentando mirar a su alrededor por si había dejado escapar algún detalle. Seguía contándoles la trola de que había perdido la noción del tiempo, sin poder evitar que cerraran la puerta en sus narices. Las enfermeras hablaban entre ellas.

—Ve tú a ver a la de la 34, yo ya me llevé un buen susto el sábado, esa mujer más que enferma está endemoniada. Yo llevaré a...

—La agente Blumer —contestó Lola para mostrar autoridad.

—Pues eso, agente, la acompaño a la salida.

—Tengo que ver a mi médico, no puedo irme así, sin más. Debo hablar con él de algo importante, es para lo que he venido al hospital —le decía a la enfermera mientras se dirigían hacia los ascensores.

Vio de reojo cómo la otra abría la puerta de la habitación 334 y desaparecía dejando el pasillo mudo. La que iba con ella, la acompañó hasta la misma puerta del despacho del médico, que aún seguía hablando con Juan. Lola oyó cómo Juan le explicaba con la habilidad de un actor de Hollywood lo preocupado que estaba por ella y su oposición a hacerse cualquier tipo de prueba después del accidente. El médico hizo pasar a Lola y salió un instante por indicación de un gesto de la enfermera, que le puso al corriente de la situación en la que había encontrado a la agente de policía. Este entró con el ceño fruncido y gesto de molestia, sospechando que toda aquella historia no era más que una treta.

Su cara cambió al fijarse en los cortes de Lola en la cara por el accidente y el tremendo moratón del brazo, junto con las señales del cinturón de seguridad. Ahora le tocaba a ella hacer su papel y tratar de irse lo antes posible de allí para contarle a Juan lo vivido en la tercera planta del hospital.

—Señora Blumer, ¿cómo no ha venido directamente a verme? La enfermera de guardia me ha dicho que la encontró en la habitación de una de las enfermas, sin ningún tipo de autorización, pero de eso ya hablaremos

luego. Creo que no es la primera vez que se pierde usted en el hospital. Ahora déjeme ver esas marcas y cuénteme qué le ha pasado.

Ante el asombro de Juan, le habló de su embarazo y le transmitió, de forma un poco forzada, la preocupación por su estado. A regañadientes, accedió a hacerse una analítica y una prueba de embarazo con una muestra de orina. No accedió a la ecografía que también propuso el médico, alegando que sabía que no tenían ginecólogos en plantilla. El médico le preguntó si había tenido algún sangrado que alertara de un posible aborto y ella negó con rotundidad y un gesto de escalofrío. Lo cierto es que ya se había hecho a la idea de que iba a ser madre y aquella pregunta provocó en ella una molestia que confirmó todavía más sus ganas.

—Y sobre el tema que me preguntaba, solo puedo decirle que al principio me perdí, luego oí unos gritos y mi condición de policía me llevó sin pensarlo a averiguar lo que estaba pasando. Verá, no es muy normal que todas las mujeres de la planta se pongan a llorar al unísono. Luego me encontré la puerta abierta de una de las habitaciones y no pude evitar entrar. Al poco rato fue cuando entraron las enfermeras y una de ellas me acompañó hasta su despacho cuando le conté que había venido a verle, doctor..., disculpe, no me acuerdo de su nombre, pero la enfermera parecía saber perfectamente a quién me estaba refiriendo.

—Doctor Brown, Michel Brown soy el supervisor del hospital y, aunque yo tampoco soy su médico, tengo aquí su informe y puedo atenderla en su ausencia. Me pregunto por qué se habrá perdido dos veces en mi hospital.

El médico se puso sus gafas de cerca que tenía colgadas junto con su fonendoscopio e hizo un gesto que preocupó a Lola. Sujetaba una carpeta que contenía las pruebas que le hicieron cuando atacó al médico que la atendió.

—¿Y dónde dice que le confirmaron su embarazo, señora Blumer?

—Pues lo cierto es que no se lo he dicho —Juan escuchaba atento toda la conversación sin perder ni un solo detalle—. Fue en la clínica privada donde trabaja mi marido, Kai. Nos lo confirmó uno de sus compañeros de laboratorio. ¿Por qué me lo pregunta? —Aquel médico le daba mala espina, pero como todo en aquel sitio del que estaba dispuesta a salir de forma inmediata.

—No quiero que se asuste, pero creo que ha podido haber algún error. Según esta prueba de embarazo, que es bastante efectiva —su tono se hacía más amable a medida que iba hablando—, no está usted embarazada. Me gustaría repetir la prueba de orina y hacerle otro estudio en más profundidad,

si no tiene inconveniente. Eso implicaría su ingreso en el hospital solo por su seguridad, claro, no porque tenga usted nada grave. Tampoco hemos encontrado nada que nos haga pensar que lo haya perdido en el accidente.

—¿Qué dice, doctor? Tiene que ser un error —contestaba desconcertada ante la cara de asombro de Juan, que le agarraba la mano intentando darle algo de consuelo—. Es un laboratorio bastante fiable, si no fuera donde trabaja mi marido tendría dudas, pero en este caso no tengo ninguna, debe ser un error. De ninguna manera voy a quedarme ingresada —no sabía qué hacer y optó por no tener en cuenta nada de lo que le había dicho el doctor—, no creo que sea necesario, doctor Brown. De hecho, me voy ahora mismo, estoy bien. Solo estoy un poco dolorida y con los calmantes me sentiré mejor enseguida.

—Señora Blumer, su informe anterior dice que ha tenido varios episodios extraños desde hace unos días, incluyendo un desafortunado altercado con mi colega que no voy a reproducir porque él mismo no le ha dado mucha importancia. Pero después de la confirmación de su primo —Lola miró a Juan intentando no descubrir su mentira—, no me cabe ninguna duda —prosiguió el médico— de que está usted atravesando algún proceso depresivo o estado mental alterado, quizás provocado por un momento puntual de estrés. Créame, es más que un motivo de ingreso en un hospital especializado como este. Si no tiene seguro privado, no se preocupe, el hospital se hará cargo de los gastos —terminó el médico quitándose las gafas y llevándose las a la boca mientras agarraba la otra mano de Lola y se acercaba frente a ella como si la conociera de toda la vida.

Lola retiró la mano bruscamente y se levantó haciéndole un gesto a Juan con la cabeza. Notó que aquel médico ocultaba algo y pensó que ya eran suficientes hilos de la telaraña por tejer. Debía actuar rápido.

—Le voy a decir algo para que le quede bien claro. No tengo ningún problema mental y lo que menos necesito en este momento es ponerme en manos de un psiquiatra. Espero que tenga usted buena tarde. No se moleste en acompañarnos —sentenció, alzando la mano invitándolo a acabar la visita de una manera formal.

Dejó al doctor Brown con la palabra en la boca, mientras le entregaba unas pastillas que le recomendó tomar. Ella las guardó y salió del despacho empujando con toda la amabilidad que pudo a Juan con ella y cerrando la puerta en las mismas narices del médico.

—Pero... ¿qué ha pasado ahí dentro, Lola? No entiendo nada. ¿Estás o no estás embarazada?

—Pues no lo sé, pero no me fío de él. Su insistencia en dejarme ingresada no me ha gustado nada. Otro médico en su caso me habría recomendado ir a un hospital de urgencias. Creo que hay algo en este sitio que me pone los vellos de punta y no son los gritos de las internas solamente. Lo del embarazo lo vamos a averiguar muy pronto. Me acompañas al laboratorio donde trabaja Kai, ¿verdad? No quiero ir sola.

—Me quedaré contigo el tiempo que necesites. Puedo dejarle mis clases a un compañero, tengo mis vacaciones completas y puedo disfrutarlas cuando quiera. Aunque solo puedo ausentarme un par de días sin avisar, tiempo suficiente para poder acompañarte donde necesites.

—Muchas gracias, primo —le dijo guiñando un ojo y dedicándole una sonrisa para intentar aliviar algo de tensión a aquella situación—. Sé que te voy a necesitar a mi lado y mi intuición no suele fallar. Lo del embarazo es algo que tengo que saber antes de perder la cabeza de verdad. Siento algo extraño y lo cierto es que hasta la semana que viene no debería tener la regla, así que lo mejor será ir al laboratorio para que me hagan otra prueba. Después tengo pensado pasar por la comisaría para hablar con mi jefe, el comisario. Es el marido de una de las internas de este hospital y el padre de Paula.



Capítulo 16

El misterioso William Saturday

Juan no dejaba de asombrarse cada vez que encajaban algún dato. Él mismo sentía la necesidad de aclarar unas cuantas incógnitas que rondaban en su cabeza, pero esto no impidió que siguiera a Lola hasta la salida del hospital, escuchándola atentamente sin hacer una sola pregunta. Ella le contó a pies juntillas todo lo que había vivido en la tercera planta del hospital, a lo cual él respondió con más gestos de asombro y algún que otro escalofrío que marcaba sacudiéndose y subiendo los hombros para liberarse de los mismos. De camino al laboratorio Lola le pidió a Juan un momento para hacer una llamada. Quería hablar con Kai y contarle lo que el médico le había dicho sobre su estado, omitiendo el resto de los detalles, incluido el accidente. Algo que sabía que podría provocar su vuelta a la mañana siguiente desde Londres, dejando colgado su trabajo por motivos de fuerza mayor. Estaba segura de que su marido no podría seguir allí después de saber lo de su accidente de coche. Aunque su salud no corría ningún peligro, no dudaría en dejarlo todo para estar al lado de su mujer.

Se puso muy nervioso cuando ella le contó lo que el psiquiatra le había dicho y, en vez de mostrar preocupación, se limitó a preguntarle el motivo de su visita al hospital. Le recriminaba que no le hubiera llamado si se sentía mal y, en efecto, le dijo que volvería al día siguiente, aunque acababa de llegar al hospital para hacerse cargo de su puesto en Londres. Su supervisor le confirmó que su vuelta se retrasaría más de una semana y le ofreció una cantidad de dinero indecente para que aceptara un puesto fijo en Londres, lo que le hizo pensar por un momento en cambiar su actual puesto en el laboratorio de Málaga.

Tendría más de diez días de descanso al mes y un sueldo que le permitiría no tener que mudarse de residencia, aunque tuviera que acostumbrarse a volar, cosa que tampoco le gustaba. De momento decidió no contarle nada a su mujer y mucho menos hacerlo por teléfono. Le pidió que no fuera al laboratorio hasta

que no hablara con su compañero. A Lola le extrañó, pero tampoco quiso hacer preguntas por sentirse culpable. Colgó el teléfono haciéndole prometer que no volvería al día siguiente, que se encontraba perfectamente y que seguro que se trataba de un error de la prueba que le hicieron en el psiquiátrico.

Kai tampoco pidió más datos y le prometió a regañadientes que no precipitaría su vuelta. Decidieron llamarse al día siguiente. Y así, de esa forma tan extraña, terminaron una conversación que los dejó a ambos en silencio, pensativos y mirando el móvil, a miles de kilómetros de distancia y con sentimientos de culpabilidad mutua por no haber contado toda la verdad...

Juan cambió la dirección sin que Lola le dijera nada, pues sabía perfectamente dónde estaba la comisaría que tantas veces había tenido que visitar cuando estuvo imputado. Ambos pensaron que lo más importante de toda aquella rocambolesca trama, más pura de una novela que de la realidad, estaba aún sin resolver: ¿por qué habían asesinado aquellos padres a su hija? Entonces, algo despertó a Lola de sus pensamientos, cuando empezó a conectar el hospital con el resto de elementos. Parecía ser la equis de todas las incógnitas.

—Estoy segura de que en ese hospital hay algo oscuro. La madre de Isabella estuvo un tiempo internada en él y la misma Isabella también. Pero... ¿qué tiene que ver con todo lo que me está pasando?

En aquel momento confiaba más en Juan que en cualquier otra persona de su entorno más cercano, incluido su propio marido, y esto la hacía sentir peor.

—¿Crees que Isabella, o la propia Sara, te están intentando decir algo? Quiero decir, no creo en fantasmas, pero sé que no me mientes cuando me dices que la viste reflejada en el espejo retrovisor del coche.

—Yo tampoco creo en fantasmas y de hecho nunca he pensado que sean fantasmas las imágenes que he visto. En mi trabajo los cadáveres hablan a los forenses y, si esos conocimientos o los avances que ahora tenemos en criminología, se los explicaras a alguien del siglo pasado, lo más probable es que creyera que son fruto de la locura o la brujería. Por tanto, no voy a ponerle puertas al campo, voy a abrir mi mente y a intentar pensar en todas las posibilidades hasta que descubramos la verdad. Porque tú me vas a ayudar, ¿cierto? No confío en nadie, Juan, y estoy segura de que a ti no te mueve ningún interés en todo esto.

—Puedes estar segura de ello, voy a ayudarte. Y no, no me mueve ningún interés. Ya te lo dije cuando veníamos para acá y, por haber sido tan sincera conmigo, sé que tengo que hacerlo. Te contaré algo más y te aseguro que no

habrá más secretos. Seguro que recuerdas la historia que te conté sobre cómo mi mujer, Carolina, me encontró con la niña en brazos cuando entró en la casa... Pues bien, Isabella me dijo algo al oído que al principio no quise contar a nadie, pero que ahora quizás pueda tener algún sentido: «Aléjate de mí o te haré mucho daño.» Yo me quedé petrificado. Fue una de las razones por las que no pude reaccionar en aquella absurda situación cuando llegó mi mujer y, al ver llorar a la niña, Carolina interpretó que yo la estaba obligando a hacer alguna asquerosa barbaridad, pues no sé qué se le pudo pasar por la cabeza. Ahora pienso que Isabella lloraba por mí, fue como... ¿un aviso? Como si no pudiera controlar nada de lo que pasó después y hubiera tenido un momento de cordura dentro de toda la locura que demostró en aquel momento. Entonces no quise que nadie supiera nada de aquella frase que me dijo al oído cuando la abracé tapándola con mi chaqueta. Sé que suena raro, pero estoy seguro de que tú me crees. Si hubiera dicho entonces algo de esto a Paula, habría pensado que estaba intentando inculpar de alguna manera a la niña y habría cebado la opinión de que mi estado mental se correspondía con el de un culpable que quería echar balones fuera. Me explico, ¿verdad?

—Juan, no creo que estés mal de la cabeza y hace tiempo que sé que no le hiciste nada a Isabella, por esa parte puedes estar tranquilo. Además, te agradezco que me cuentes esto ahora, pues me confirmas que puedo confiar en ti. Ese dato que has aportado me hace ver de otra forma tu primera pregunta. A lo mejor sí que es un aviso, pero ¿de qué...?

Kai estaba en su despacho escribiendo un mensaje de texto a su mujer que había borrado cincuenta veces por no encontrar las palabras, por no saber ni cómo empezar o por las dudas de no querer ni escribirlo realmente.

Antes de que pudiera pensar en borrarlo todo de nuevo, un compañero del hospital irrumpía en su despacho para hacerle una consulta. Kai puso el móvil en el cajón de su escritorio y se sacudió la cabeza abriendo los ojos para aclarar su mente y conectar la neurona que procesaba aquel idioma que controlaba perfectamente, pero que en ese caso parecía no querer hacer su trabajo. Oía sus frases sin procesarlas, contestaba con vocablos y sílabas sueltas. Su compañero le hablaba sobre la comisión del hospital y las decisiones que tomaban con respecto a las distintas opiniones que tenía la directiva sobre la dirección que debía seguir en las investigaciones o trabajos que se hacían en el laboratorio de investigación donde Kai Hergueta era uno de los máximos responsables.

—Sí, sí, no hay problema, Mark, pásame un informe completo antes de

empezar y aprobaré el presupuesto —contestó en un fluido inglés de forma automática. El chico salió del despacho con una gran sonrisa dando las gracias.

Juan aparcaba en Málaga su coche en la puerta de la comisaría y se volvía sobre su asiento poniéndose frente a Lola.

—Lola, ¿estás segura de que quieres hablar con él? Si se entera de que has ido al hospital para hablar con su mujer se va a cabrear. Ese hombre tiene muy malas pulgas y, por lo que dices, no quería que nadie fuera a ver a su mujer sin su consentimiento, ¿no?

—Sé que no le va a gustar, pero tengo una corazonada. Quiero ver su reacción y, si es la que espero, tendré motivos suficientes para iniciar una nueva línea de investigación. No te preocupes, sé bien lo que hago. Ahora es el momento de actuar, se puede decir que nuestra conversación ha despertado a la agente Blumer que será capaz de desenredar este entuerto. No me mires así, estoy bien, ya averiguaremos mañana en el laboratorio lo del embarazo. Podría ser una mentira del hospital para intentar ingresarme, estoy casi segura. Todo lo que he recibido hasta ahora son señales y tengo que prestar más atención si quiero sacar partido de ellas.

Lola Blumer salió del coche dejando a Juan con la boca abierta mientras la observaba marcharse con admiración. En ella veía a una mujer decidida que, a pesar de todo lo que le había pasado últimamente, no se desviaba ni un momento de su cometido. Era más joven que él, pero parecía mucho más madura.

Se sintió agradecido de que quisiera su ayuda, por un momento se sintió como su compañero de patrulla. Abrió el buscador de internet de su teléfono móvil y puso el nombre del hospital. No era muy diestro con las nuevas tecnologías y le costó algo de tiempo encontrar algún enlace en el que fijarse.

Inspirado por su nueva compañera, empezó a pasar las entradas que aparecían en las opciones de búsqueda, intentando ver alguna que fuera distinta por algo, buscando quizás una de esas señales de las que hablaba Lola, y de pronto vio algo que llamó su atención. Un enlace que hablaba sobre la fecha de su apertura. Era una de las entradas más antiguas que le hubiera pasado desapercibida si no hubiera sido porque en la foto del titular había un detalle que no encajaba. Una persona, bastante desenfocada, sujetaba un cartel de protesta escrito en inglés, en el que no se podía leer muy bien lo que decía. En otra de las entradas pudo ver la misma fotografía, esta de un periódico local bastante conocido en la que la persona que sujetaba el cartel ya no

estaba, era evidente que la foto había sido editada. Solo pudo distinguir una palabra de las que había escritas: «... *lie* ...». Copió ambos enlaces con bastante dificultad para enseñárselos a Lola; estaba seguro de que había encontrado algo importante.

Dentro de la comisaría la agente Blumer esperaba en la puerta de la oficina para hablar con Millán, que estaba ocupado atendiendo una llamada. Solo oía contestaciones cortas, como si del otro lado del teléfono le estuvieran dando indicaciones. Al poco rato la conversación cesó y pudo oír perfectamente un gran suspiro que seguía a la apertura de la puerta.

—Lola, te lo voy a preguntar una sola vez ¿Me vas a contar qué te ha pasado y por qué has ido al hospital psiquiátrico? —terminaba su pregunta ofreciéndole sentarse en una de las sillas que había frente a su escritorio.

—Pues que he tenido un accidente —comenzó mientras Millán la miraba de arriba abajo intentando asegurarse de que no tenía nada grave—. Yo misma le pedí al compañero que no te dijera nada, pero era cuestión de tiempo que recibieras el informe de traslado de mi coche al depósito. Lo único que te voy a pedir es que no le digas nada a Kai. Está trabajando en Londres y no quiero precipitar su vuelta. No se trata de una sorpresa de cumpleaños —soltó con ironía— Ese trabajo es muy importante para él y no quiero poner en peligro su carrera. Y..., bueno, lo del hospital es sencillo de explicar. Uno de los psiquiatras es conocido de Kai y me vio ayer tarde por los motivos que ya sabes. He tenido episodios un poco extraños estos días y varios síncope de los que has sido testigo —intentaba parecer convincente, contándole verdades a medias—, al menos de uno de ellos. Necesitaba hablar con él y comprobar que no estoy loca. Eso es todo —terminó sin comentarle nada de que había visto a su mujer.

—Me alegro de que no estés herida o, por lo menos, no de gravedad. Tenías que haberme llamado, habría mandado una patrulla a buscarte, yo mismo me habría acercado a Jerez a recogerte. Y, en segundo lugar, no me gusta que me oculten cosas, Lola. Mi equipo siempre ha estado unido y nos lo contamos todo. ¿Por qué has ido a ver a mi mujer? Te dije que no estaba bien, no ha sido una buena idea, Blum. Te has saltado las normas del hospital a la torera y conste que no te pongo una denuncia personalmente por ser quien eres —decía mientras daba un par de pasos para cada lado—. Eso forma parte de mi vida privada, una vida de la que no me siento muy orgulloso o que tal vezno quiera compartir con nadie y espero que lo entiendas. Ella está confinada por su seguridad, tiene episodios violentos. Las enfermeras han

confirmado al médico que te vio que presenciaste uno de ellos. Conmigo no te hagas la nueva, agente Blum, nos conocemos desde hace muchos años para que intentes colármela.

—No tuve elección, Millán, no sabía que era ella. Yo solo escuché unos gritos mientras buscaba el baño y tú me has enseñado que, si saltándome una norma puedo ayudar a alguien, debo hacerlo. Los gritos se oían en todas las habitaciones y una de ellas estaba abierta, era todo muy extraño y ella, bueno..., no quiero ni recordar lo sucedido. Parecía estar sufriendo y lo único que hicieron esas enfermeras antes de comprobar lo que le pasaba, fue pincharle un calmante que la dejó completamente zombi. ¿Estás seguro de que está en buenas manos? —omitió el resto de los motivos y que tenía una de las llaves maestras del hospital que no cumplió su función, que contaba con otras pruebas que comprobar y venían de la mano de Paula. Por el momento decidió ser prudente.

—Mira, Lola —suspiró mientras se secaba el sudor de la frente, provocado por la tensión del momento y el calor—, ese hospital es de los mejores que conozco y no creo que tú y yo debamos cuestionar la praxis de unos profesionales con tan buena reputación internacional. Tú, personalmente, no dejas que nadie te diga cómo debes hacer tu trabajo, ni siquiera yo. Te voy a pedir algo: aléjate de mi mujer, no vuelvas al hospital sin mi permiso, la próxima vez no dudaré en denunciarte en tu propia comisaría de policía. Es mi decisión. Ella no está en plenas facultades mentales, soy su tutor legal y yo soy el que decido lo que es mejor para ella. ¿Te ha quedado claro?

—Millán, no me acercaré al hospital, aunque no tengo más que volver para que me dejen ingresada, que era lo único que le interesaba al médico ese, el tal Brown, un tipo bastante raro.

—¡Que no vuelvas allí, Lola! ¡No te acerques al hospital! —gritó sin control y con la cara desencajada para asombro de Lola que se quedó muda al verlo tan alterado.

—No me acercaré de momento, pero creo que necesitas ayuda, todos necesitamos ayuda, yo también la necesito. Voy a volverme loca y lo peor es que algunos se empeñan en que lo esté. Millán, me voy a casa, espero una llamada con una explicación de lo que está pasando. Si no la recibo, no me dejarás más opción que ejercer mi deber como policía.

—No tengo ninguna explicación, todo estará bien si te alejas del hospital. Una pregunta más... ¿Quién es ese primo que te acompañaba al hospital? —preguntó dejando caer la cabeza hacia la izquierda, pero sin dejar de mirarla a

los ojos.

—Es un primo mío jerezano. ¿Qué quieres que te diga? Me quedé tirada en la carretera y no sabía qué hacer, hacía tiempo que no le veía así que también aproveche para acercarme a mis raíces. Sabes que nací en Jerez — el argumento era cierto, aunque también le sirvió para tapar la mentira de Juan. El primo existía y no había pasado por su barrio, pero eso no tenía por qué saberlo el comisario.

—No visites a mi mujer, deja mis asuntos personales en mis manos... — sonó el teléfono—. Disculpa, Lola, debo atender una llamada importante.

Ella se percató con habilidad por la gran pantalla de que la llamada venía con prefijo internacional y de un número sin nombre. Media fracción de segundo le faltó para memorizarlo, antes de que el comisario pudiera bajar el volumen y se pusiera las manos en la espalda para despedirse, indicándole con la cabeza que saliera de la oficina.

—Hablaremos pronto. Descansa y disfruta de tu familia, tú que puedes.

La agente Blumer salió de la comisaría y llegó a la altura del coche. Dio un golpecito en la ventanilla que sobresaltó a Juan.

—¡Qué susto! ¿Quieres matarme? Te aseguro que te intereso más vivo que muerto —decía mientras bajaba la ventanilla para mostrarle la pantalla de su móvil con las imágenes que había encontrado—. Y esto es lo que hay en Internet, seguro que la hemeroteca tiene algo más de información.

Lola le miró sorprendida e hizo un gesto de aprobación, mientras se acercaba a su altura para ver mejor las imágenes.

—¿Me dejas? —le preguntó mientras cogía el móvil de su mano. Ampliaba y reducía con gran habilidad para mirar los detalles—. Igual puedo conseguir que alguien de la comisaría nos ahorre el viaje, puede que... Jimmy, de la brigada de delitos tecnológicos, tenga acceso a la misma información a la que acceden los usuarios o más.

—¿Vas a volver dentro? No me has contado qué te ha dicho el comisario. ¿Todo bien? —preguntó preocupado por su aparente normalidad con todo lo que estaba sucediendo.

—Todo está bien. Sin darse cuenta me ha confirmado que tengo que volver al hospital, allí está pasando algo y tenemos que averiguar qué es. Sin pruebas y una orden no puedo entrar para hacer un registro y pedir una lista de pacientes. Casi nos pilla con lo del parentesco, menos mal que al final no le ha parecido tan descabellado. Dame diez minutos, voy a ver qué me pueden decir del sujeto que sostiene una pancarta donde dice claramente «mentira».

—Pues sí, la palabra «mentira» está clara, el resto lo tapa ese reflejo de la foto, pero se ve a un tipo con gafas que destaca del resto por su atuendo. Más típico de Gran Bretaña que de estos lugares y me refiero a la época en la que se tomó la foto, que debe de hacer más de veinte años. A finales de los noventa. Parece más un turista que otra cosa.

—Vale, pues no te muevas, no tardo nada.

Quince minutos después de volver a entrar a la comisaría esquivando a Millán, que todavía estaba dentro de su despacho, Lola salió con una sonrisa triunfante que iluminaba su rostro.

—He averiguado algo, tengo el nombre del sujeto que aparece en la foto. Se le identificó por un altercado con la Policía el mismo día, así que no ha sido difícil dar con él. Tienes buen ojo, deberías haber sido detective privado —le decía mientras sonreía—. Era extranjero y llevaba viviendo en Málaga poco tiempo. Se llama o se llamaba William Saturday. Jimmy no ha querido darme detalles del informe. Es un pelota del jefe y le teme como a una vara verde, así que no he querido comprometerlo más. De todas formas, ya no le necesitamos. Ahora que tengo el número de expediente puedo conseguir los datos entrando desde el ordenador de casa ¡ja! —le dedicó un guiño. Se sentía bastante mejor solo por la satisfacción de ver que las piezas del puzle iban encajando.

Lola le indicó a Juan la dirección que debía seguir.

—Una cosa, Juan. Tengo una habitación de invitados. No voy a permitir que te quedes en un hotel. Además, nos queda trabajo para rato y es mejor que permanezcamos juntos, hacemos buen equipo, ¿no te parece?

—Bueno, acepto la invitación, te dije que no pienso dejarte sola. Y exijo pagar la cena que pediremos a ese chino que seguro que tienes cerca de casa —rieron mientras se abría uno de los últimos semáforos que encontrarían en el camino.

—Eso está hecho. Y llámame Blum, si quieres. Mis compañeros y mis seres queridos me llaman Blum por culpa de Paula...

—Me encanta Blum, tuvo muy buen gusto. Por cierto, ¿cuándo llega tu marido? No quisiera encontrarme con la incómoda situación de que llegara temprano y encontrara un extraño en su casa con su mujer.

—No debes preocuparte por eso, pero, de todas formas, si te quedas más tranquilo, cuando le llame le diré algo. Es un hombre moderno y de mente muy abierta. Aunque no le contara nada, jamás le parecería incómodo, como mucho pensaría que eres algún familiar. Al año de casarnos se presentó en mi casa un

primo que vive en Texas que he visto cinco veces en mi vida. Se quedó dos semanas en casa porque Kai le insistió sin tener en cuenta los tirones de camisa que le di para que no dijera nada. Mira, de hecho, le voy a llamar ahora, así seguimos tranquilos con lo nuestro.

—Menos mal que no te está oyendo, si no pensaría por tus palabras que tenemos una aventura —ambos reían cómplices mientras Lola marcaba el teléfono de Kai.

A bastantes kilómetros de distancia, en Londres, Kai salía del laboratorio cuando la ciudad ya se iluminaba por las luces artificiales de la noche. El edificio estaba casi vacío, a esa hora solo quedaba el personal de limpieza que estaría trabajando en el primer piso, mientras él se encontraba en el séptimo de aquel edificio de quince plantas. Iba apagando las luces de los laboratorios a su paso, quedándose cada vez más a oscuras. Percibió una corriente de aire y pensó que quizás se había dejado una de las ventanas abiertas, pero no iba a volverse ahora que casi estaba en el ascensor. Al llegar a la altura del hall de bajada con las escaleras de emergencia a su derecha y los cuatro ascensores a unos metros de distancia, las luces parpadearon un par de veces y, de repente, todo quedó en completa oscuridad para Kai.



Capítulo 17

Dos advertencias, ningún resultado

—¡Demonios! ¡Qué buen momento, no veo nada! —decía Kai mientras intentaba alcanzar el teléfono en total oscuridad.

Lo tenía en el bolsillo contrario y con la otra mano sostenía el maletín, varios papeles y las llaves del coche. Sintió de nuevo la corriente de aire que parecía venir con más fuerza. Era fría y pensó que sería por el aire acondicionado de los despachos que hacía poco se había apagado, pero no pudo reprimir el reflejo de sacudirse al sentir una caricia helada rozarlo y dejarle la sensación de que había una presencia cerca de él. Intentó con los dos únicos dedos libres alcanzar su móvil en el bolsillo y se quedó paralizado por un instante por aquel miedo irracional al estar en completa oscuridad. Permaneció con los ojos cerrados como si se sintiera más seguro. Por fin consiguió agarrarlo y cuando se disponía a encenderlo, aquella presencia que sentía se le acercó tanto que casi notó el roce en su cuello.

Abrió los ojos y, con la visión aún borrosa, vio los números rojos del ascensor que parpadeaban sin encenderse, emitiendo un leve sonido solo perceptible por el silencio que lo envolvía todo. Sin mover ni un solo músculo, ni siquiera hacer presión con el dedo para encender la pantalla y ver algo más, llegó un susurro que le congeló la sangre del todo.

—Cuidadoo...

Un susurro antinatural, proyectado de la nada por una corriente de aire, alargado y seco en la última letra, que se le hizo eterno. Aunque no duró más de dos segundos, le atravesó las entrañas haciéndole gritar como un niño que despierta de una pesadilla. El móvil cayó al suelo y la pantalla se resquebrajó en mil pedazos, tiró el maletín y los papeles salieron volando, repartidos por el hall. Intentaba ver algo en aquella oscuridad mirando a todas partes nervioso, pues estaba seguro de haber oído una voz.

Se llevó otro susto tremendo al oír que el teléfono empezaba a sonar a

todo volumen. Descolgó rápidamente y cuando se lo llevó al oído las luces volvieron a parpadear y el vestíbulo se iluminó de repente. Se rompió el silencio por la voz de Lola al otro lado y el ruido de los motores de los ascensores al reiniciarse. No podía creerlo, se frotaba los ojos e intentaba mirar en dirección a los laboratorios por si conseguía ver a alguien, entender algo de aquella situación.

—*Hello?! Is anybody there?!*

—*Yes, honey, it is me...* ¿¿Kai?? —contestaba Lola al otro lado.

—Espera, Lola, dame un segundo. ¡¿Holaa?! ¿Hay alguien? —preguntó al aire esta vez en castellano.

Su voz sonaba entrecortada, sofocada. Lola hacía gestos de preocupación mirando a Juan, que la observaba en silencio.

Kai pulsó el botón de llamada, pero el ascensor ya llegaba a su planta. Antes de darse cuenta de que las llaves habían salido volando en el sobresalto, el ascensor se abrió. Observó con impotencia cómo estas, arrastradas por la puerta, terminaban cayendo por la rendija del ascensor al vacío y una persona aparecía frente a él.

—¡Mierda! ¡Las llaves! Lola, espera...

—¿Cómo que espere? Kai, ¿te pasa algo? Me estás preocupando —respondía Lola, mientras oía que Kai hablaba con alguien en inglés.

—No voy a ganar para sustos hoy... ¿Qué ha pasado con la luz? Se ha apagado todo de golpe.

—¿Está usted bien? He oído un grito, creía que le pasaba algo grave, señor.

Era el vigilante de seguridad del turno de noche que subía para asegurarse de que todo estaba en orden.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, no se preocupe. No hay nadie más aquí, ¿verdad?

—No debería haber nadie, señor. Hemos registrado todas las salidas del personal de laboratorios excepto la suya. Lo he comprobado antes de subir.

Le ayudaba a recoger los papeles y su maletín, pero sin perder de vista a Kai, que no dejaba de mirar a todas partes.

—Baja usted, ¿no?

—Pues sí, me iba ya mismo. Por cierto, no tendrá acceso al hueco del ascensor, ¿verdad?

—Ya he visto que se le ha caído algo, mañana avisaré a mantenimiento. Tendrán que hacerlo a primera hora, antes de que empiece el tráfico de la

mañana. Yo no tengo permiso para eso, lo siento, si es muy urgente puedo preguntar a mis jefes —añadió con la boca pequeña y un gesto un poco incómodo.

—No se preocupe, espero que mañana puedan recuperarlas. Gracias por todo. Deme un segundo —se había olvidado de que tenía a Lola colgada al teléfono—. Lola, ¿sigues ahí?

—Pues claro que sigo aquí, ¿dónde voy a estar? Kai, escuché gritos, no sé qué de unas llaves... ¿Puedes explicarme qué te ha pasado?

—Nada, cariño, no ha sido nada —no tenía intención de contárselo y menos delante del vigilante—. Las luces de la planta se han apagado y me he asustado, ¿te imaginas? —Decía forzando una risilla que no iba a convencer a Lola—. Con el trajín, las llaves de casa se me han caído por el hueco del ascensor, así que me toca volver en taxi. Bueno, también se me ha roto la pantalla del teléfono, al final te sales con la tuya y lo cambio.

—¿De verdad me lo estás contando todo? Te noto raro, tú no sueles asustarte con facilidad y menos gritar por quedarte a oscuras. Kai..., ¿te ha pasado algo más?

—Lola, estoy bien, no me ha pasado nada, solo la putada del coche. Menos mal que este hombre no habla castellano, ya he dicho dos tacos en menos de cinco minutos. ¿Qué tal tú? No me has respondido —el vigilante le miraba de reojo en el ascensor.

—Eh... Estoy bien, con un amigo, bueno es Juan, al final te vas a enterar, se queda en casa para hacerme compañía.

Tenía intención de ocultarle lo referente al accidente, pero algo le hizo cambiar de opinión.

—¿Juan? ¿Quién es ese Juan? —preguntó— Y ¿por qué está en casa? ¿Estás bien? ¿Ves? Tú sí que me ocultas algo, Lola, te conozco bien.

—Pues he tenido un pequeño percance con el coche —adornó como pudo—. Fui a Jerez a ver a Juan —en ese momento Kai cayó en quién era— por un asunto del caso. Ya sé que prometí descansar, pero ya me conoces. Fue un golpe sin importancia.

Lola hablaba con Kai mientras veía cómo Juan negaba con la cabeza y hacía una mueca, fijándose en las marcas moradas del cinturón de seguridad que dejaba ver su discreto escote.

—Estoy bien, estamos bien. Ambos estamos bien —de nuevo prefirió mentirle hasta ir a la clínica al día siguiente y confirmar lo que revelaban las pruebas del hospital con respecto a su estado.

—Bueno, llamaré a Marta para que esté preparada... ¿Por qué no te vas ahora mismo para allá? Voy a llamarla.

—Espera, Kai, no voy a ir a ningún sitio. Mañana en cuanto salga de la clínica te llamo, aunque seguro que te llama antes algún compañero. Pensé no decirte nada y sabes que en otras circunstancias así lo habría hecho, por eso tienes que estar tranquilo. Estoy bien. Mañana hablamos.

—Ok, pero me llamas nada más salir, ¿prometido?

—Sí, prometido —contestó para que se quedara conforme.

Colgaron con una despedida discreta, ya que ambos estaban acompañados. El ascensor llegó abajo cuando Kai colgaba el teléfono.

—Disculpe, señor, no ha habido ningún corte de energía en ninguna de las plantas y casualmente hablo español, mi madre era gallega, así que no se preocupe por los tacos, a mí también se me escapan a veces. Por cierto, mi nombre es Rick —dijo señalando su placa donde figuraba también su apellido.

Puso una sonrisa ante la sorpresa de Kai. Sorpresa, no porque le entendiera, pues no le parecía tan extraño, ya que conocía muchos españoles que trabajan en Londres, si no por lo que había dicho de la luz.

—¿No se ha producido ningún corte de luz? ¿Estás seguro? Por cierto, mi nombre es Kai, encantado —contestó rompiendo la barrera de la formalidad también con el nombre de pila.

—No, tenemos un ordenador que controla ese tipo de cambios y no he visto nada raro.

—Y habrá cámaras, imagino, en todas las plantas.

—Así es, pero no puedo decirle nada más al respecto por temas de seguridad interna. Bueno Kai, encantado de conocerle, mañana le diré a los de mantenimiento que suban las llaves a su oficina a primera hora.

Salió del edificio de investigación genética donde tenía su laboratorio, admirando distraído el gigantesco hospital que tenía justo delante. Por un reflejo automatizado, se llevó las manos al bolsillo para sacar las llaves del coche. Se paró a la altura de la puerta del conductor, ensimismado con todo lo que le había sucedido y acordándose de su mujer. Relacionó de alguna manera que sufría una posible paranoia creada por los episodios que ella misma había vivido, como si él se hubiera sugestionado por lo que pasó en su casa la tarde de su cumpleaños. Prefería buscarle esa explicación o se volvería loco, como quizás le estaba pasando a su mujer. Se sintió furioso y se acordó de que estaba en su casa con un hombre extraño del que no sabía nada, únicamente que había estado involucrado en un caso de abusos y ella se lo llevaba allí

para que le hiciera compañía. Lo cierto era que Kai no sabía nada de Juan ni de su vida privada. Lola le había contado los mínimos detalles del caso a su marido. Él se irritaba por momentos y sentía lo que nunca había sentido: celos. Celos de que alguien pudiera tocarla, acariciar el cuerpo y la piel de Lola, la mujer que le había hecho temblar tantas veces de placer. Cerró los ojos y percibió su perfume con el que estaba hechizado, e imaginó, sin poder evitarlo, que tenía una aventura con aquel desconocido. Sintió entonces algo más intenso, otra fragancia dulce y húmeda, una mezcla entre la tierra mojada, la hierba fresca de los enormes jardines y un delicado toque aromático de alguna flor que cada vez se hizo más intenso. Sin querer abrir los ojos, con la mirada cerrada, proyectada al cielo, noto pequeñas gotas de lluvia que caían sobre su cara. Comenzó a llover más fuerte, aumentando la intensidad de aquellos aromas que le ayudaron a disipar la desagradable sensación que la imaginación y los celos habían provocado.

—¿Se encuentra bien? —preguntó una voz femenina que le hizo abrir los ojos de golpe, mientras intentaba acomodarse a la luz de la tarde.

—Sí, gracias. Estoy bien. ¿Es usted española? —preguntó Kai sorprendido al ver que aquella preciosa mujer se había dirigido a él en castellano.

—Bueno, hablo español, soy de Transilvania. Mis abuelos eran españoles y se empeñaron bien en que en mi familia no perdiera su lengua —contestó dándose cuenta de que se había adelantado—. He sabido que habla usted español porque no tiene aspecto de ser británico. Además, los del hospital son bastante predecibles, siempre dan el mismo aparcamiento a los residentes españoles. Mi amigo Daniel tuvo el mismo aparcamiento durante unos meses.

—Pues gracias por preguntarlo. La verdad es que estoy bien. El problema es que no puedo mover mi coche. ¿No sabrá dónde puedo encontrar un taxi? —preguntó nervioso sin saber cómo seguir la conversación con una extraña que parecía querer seguir hablando con él.

—Si sale a la plaza no le será difícil ver uno y a unos cinco minutos encontrará una parada de metro. Yo voy para el centro, he quedado con un par de amigos en Picadilly Circus para dar una vuelta y tomar algo... Si quiere puedo dejarle cerca, si le viene bien. ¿A qué zona va exactamente? Disculpe, igual le he parecido atrevida, pero me he quedado tirada alguna vez en esta ciudad y tampoco es lo mejor que le puede pasar si tiene algo de prisa. Mi nombre es Vanessa Novicova. Con Vanessa es suficiente y prefiero que me tutee.

—Eh..., no, gracias, no se..., no te molestes —dijo ruborizado por el

ofrecimiento de aquella espectacular mujer que le tenía casi hipnotizado con su perfume—. Me arreglaré sin problemas. Me llamo Kai Hergueta, con Kai es suficiente —le devolvió la frase— encantado de conocerte —y le extendió la mano.

Fue respondido con un suave tirón y un par de besos a la española que, maridado con el perfume ahora impregnado en su piel, terminaron de embelesarlo.

—Pues el nombre no parece español. Kai, encantada. Y no es ninguna molestia. Además, no muerdo. Aunque venga de un castillo en Transilvania y salga cuando el sol está tapado por las nubes, no soy vampiresa o, por lo menos, no me alimento de sangre —terminó con una carcajada.

Le agarró el brazo sonriendo como si fuera un compañero de trabajo al que empujaba amablemente hacia su coche situado a escasos metros, insistiéndole en dejarle cerca de su destino como algo natural a lo que estaba acostumbrada. Kai se rio también, le hizo mucha gracia y añadió con sorna por no saber cómo actuar:

—Una pena que no seas vampiresa, podríamos ir volando hasta Picadilly Circus empujados por una bandada de millones de murciélagos.

—No traigo a mis mascotas al trabajo, llamarían mucho la atención —siguió, contagiando a Kai que en aquel momento se hubiera reído de cualquier chorrada por los nervios de la situación.

Para cuando quiso darse cuenta, entre bromas y risas, terminó delante de la ventanilla del conductor esperando a que Vanessa desbloqueara las puertas para entrar. Pensó que aquel nombre se habría usado en el género gótico, oscuro o literatura de género vampírico de la que casualmente Kai sabía algunas cosas. Había leído las Crónicas Vampíricas de Anne Rice y buena parte de la famosa saga Crepúsculo. En cualquier caso, a Vanessa la hubiera colocado entre los personajes de Anne Rice, con ese clima misterioso y sofisticado que los envuelve. Con todo esto, no se dio cuenta de que aquella mujer sabía más cosas de él de lo que se esperaría de alguien que acabas de conocer casualmente.

Se montaron en el coche y Kai se puso el cinturón de seguridad, mientras ella cambiaba una emisora local en la radio por un CD con canciones grabadas. Comenzó a sonar una canción que Kai reconoció perfectamente, pues era una de sus canciones favoritas de Brian Adams, *Summer 69*. Se consideraba un romántico y aquella canción le recordaba su adolescencia y la época en la que conoció a Lola. Traído por este recuerdo del pasado, le asaltó

uno bastante claro del presente. Le vino a la mente Lola y, como si todo estuviera orquestado en una trama, el teléfono sonó de nuevo para sobresalto de Kai, mientras Vanessa disimulaba mirar por el retrovisor para poder fijarse en el contacto que salía en la pantalla. Descolgó cuando la música comenzaba a bajar de volumen y Lola empezó a hablar sin dejarle contestar siquiera.

—¿Kai? ¿Dónde estás? Yo preocupada y tú ¿de bares por ahí? ¿Estás en un coche?

—Sí, cariño, no estoy de bares, me encontré con una compañera que va de camino, se ha ofrecido a llevarme a casa, acabamos de salir del hospital hace cinco minutos y pensaba llamarte ahora mismo. Como siempre estamos conectados, te has adelantado —añadió para normalizar una situación que a él mismo le resultaba incómoda.

—¿Una compañera? ¿Y está tan loca como tú para trabajar en día de fiesta? Bueno, ¿estás bien? Imagino que no podrás hablar ahora. Mañana te cuento por la mañana, no te preocupes por mí y descansa que te espera una tarde agitada. Solo quería saber que estabas bien, antes con el jaleo del ascensor no dabas pie con bola. Que tengas mucha suerte en el congreso.

—¡Mierda! ¡El congreso! Lola, lo había olvidado, estaba en el laboratorio para prepararlo, menos mal que me lo has recordado. Tengo que estar allí a las nueve, todavía tengo un par de horas por delante.

Vanessa parecía estar contenta por algo de lo que había oído, no podía separarse de él, así que tenía que inventar cualquier cosa.

—Kai, ¿ves cómo no estás bien? No es normal que hayas olvidado un congreso que llevas preparando meses y que es el motivo de tu puesto en Londres. Que digo yo una cosa: tienes dos horas y el congreso será en Waterloo, estás sin coche, cariño, creo que tienes un poco de prisa, con suerte tienes una hora para llegar desde el centro de Londres.

—Joder, Lola, el coche... ¿Por qué me pasan estas cosas siempre? Dices que soy un tipo afortunado, pero bueno, voy a ver cómo lo soluciono. Al final voy a tener que llamar a los organizadores, me ofrecieron recogerme en el hotel, pero les dije que prefería llegar en mi coche, ya sabes el corte que me dan esos formalismos —al otro lado del teléfono sonó el timbre de la casa que Kai pudo oír perfectamente.

—Bueno, cariño, ten cuidado y hazlo, llama a los organizadores para no complicarte la vida, seguro que te echan un cable. Y saluda a tu compañera de mi parte. Dame un segundo que abro al repartidor que nos trae la cena. Juan me ha invitado a cenar —Kai no pudo reprimir pensar que la estaba

seduciendo.

Miró de reojo la pierna de Vanessa que se movía sinuosa mientras cambiaba de marcha y apretaba el acelerador. Su vestido corto dejaba ver su atlética fisonomía y tuvo que sacudir la cabeza para volver en sí, sintiendo un leve mareo.

—Ten cuidado tú también. Hablamos cuando salgas de la clínica mañana, si esta noche se me hace tarde. Creo que darán un cóctel de bienvenida y una cena en uno de los patios del museo. Ya sabes, intentaré escaparme nada más empezar los postres.

Colgaron a la vez y el volumen de la canción subió escandalosamente, cosa que Vanessa hizo aposta para cortar la tensión del momento. Kai le hacía señas para que bajara la música, se encontraba realmente mal. No sabía si por su forma de conducir con tanta lluvia o por el mareo del fuerte y empalagoso perfume de Vanessa que ahora no le parecía tan agradable; más bien, le provocaba náuseas.

—Oye, te estás poniendo blanco, ahora pareces tú el vampiro, ¿estás bien? Toma, da un trago de agua —le ofreció una botella pequeña que tenía en el coche— Espero que no seas escrupuloso, solo le di un trago esta mañana.

—Gracias, Vanessa, eres muy amable. Creo que tienes que parar cuando puedas, no quiero tener un accidente embarazoso dentro de tu coche.

—Toma, una bolsa de papel; mi sobrina lo pasa mal en los viajes largos —Kai pensó que no le faltaba un detalle a aquella sofisticada mujer.

—Vaya, tienes un *kit* para imprevistos, o eso, o querías marearme con el perfume —Kai se dio cuenta de que había pronunciado la frase completa en alto. Aquel malestar no le dejaba pensar ni hablar con normalidad—. Perdona, no quería, en fin..., huele muy bien, pero creo que se te ha ido la mano un poco —y comenzó a reír como lo haría un borracho.

—Aguanta lo que puedas porque acabamos de salir a la autopista... ¿Podrías aguantar cinco minutos? Creo que tenemos una gasolinera de camino.

Kai no tuvo tiempo de responder. Miró la carretera y vio por su lado derecho una figura de mujer que le pareció familiar. No tenía pelo y vestía únicamente una camiseta de tirantes blanca y un pijama de hospital. Vio cómo la mujer, a la altura de la ventanilla, pronunciaba una palabra que pudo leer con claridad en sus labios

—Cuidadoo...

En un segundo la oscuridad se le vino encima y sus pesados párpados cayeron, cerrándose por completo y dejándolo en el más profundo de los

sueños.



Capítulo 18

Otra bala perdida

Lola abrió la puerta y Juan se acercó para ponerse delante de ella y pagar la cena. Ella hizo un gesto de agradecimiento y le dijo que estaba segura de que no era la única comida que compartirían juntos. Además, coincidían en el menú, como podría pasar con dos amigos de toda la vida.

Habían ordenado varias cosas para compartir y, mientras Juan terminaba de poner todo sobre la encimera de la moderna cocina americana, Lola encendía su portátil para entrar en el archivo privado de la comisaría. Abrió también una ventana por si les hacía falta consultar algo que pudiera estar registrado en la red, para después filtrar por el banco central de datos de la Policía donde solía estar guardaba toda la información que no salía a la luz sobre los casos intocables, estuvieran o no cerrados.

Volvieron a recuperar las imágenes para verlas juntos y con mejor resolución. Pudieron distinguir perfectamente la figura y el rostro del William Saturday que era entonces. Juan aprovechó una pizarra de hojas grandes que tenía Kai en el salón donde había preparado parte de su conferencia. Como buen profesor, hizo un esquema rápido de dónde querían llegar con los datos que tenían hasta entonces. Al más puro estilo policíaco, marcó posibles detalles en los que debía poner atención para llegar a otros.

Lola le veía crear el esquema de una esquina a otra de la página apaisada que tendría más de un metro cuadrado. Le parecía estar oyendo una partitura de fondo, como si estuviera viendo la creación de una obra de varios artistas distintos: un músico, un compositor y un bailarín junto con un escritor, todo en una misma escena, en una misma persona. Se divertía pensando que Juan la dibujaba desnuda, era de esas cosas que a veces le venían a la cabeza sin saber por qué. Miraba también su figura masculina y le parecía que estaba bastante bien proporcionado y que, seguramente, tendría un cuerpo envidiable... Como hiciera Kai en el coche un minuto antes a miles de kilómetros de distancia, sacudió la cabeza para volver en sí y siguió admirando la increíble exposición de datos que había creado Juan.

—Es impresionante, Juan, lo has montado todo tal y como lo haría uno de mis compañeros, ¿qué digo? Mucho mejor. Y estoy de acuerdo en que Saturday tiene información del hospital que tal vez se ha intentado tapar. Lo has marcado en tu exposición por la foto de la que lo han eliminado, ¿verdad? Es lo primero que pensé en el momento en que la vi: si lo han quitado de la foto, a lo mejor intentaron silenciarle de alguna forma.

—Por eso debemos encontrarlo y buscar en internet algún caso famoso, pues, si era periodista, por el aspecto lo digo, publicaría algo relacionado con un hospital psiquiátrico, claro —proponía mientras buscaba de manera impulsiva alguna noticia o artículo en el que apareciera el nombre de William Saturday.

—De lo que pasó en España el día de la foto, en los archivos de la Policía solo consta el informe de un altercado sin más detalles que un par de párrafos del suceso. Demasiado escueto para ser un informe en el que se había interpuesto una denuncia por parte del hospital y en la que, además, se había producido una agresión—pensó Lola, compartiendo seguidamente su observación con Juan.

—¡Mira! Al parecer le dio un puñetazo a uno de los médicos, la actuación de los compañeros fue rápida. Estaban prestando apoyo en la zona debido al gran número de personas que se había congregado en la inauguración. Ese fue el altercado del que hablaba Jimmy en la comisaría cuando me sacó los datos. Espera que voy a imprimir el informe.

Estuvieron revisando lo que encontraron y cuando ya pensaban que lo tenían todo, Lola consultó otro de los ficheros y su sorpresa fue mayúscula. El tal William Saturday estaba buscado por la Interpol en Reino Unido. Tenía varias causas pendientes y una de ellas consistía en un caso de abusos a un menor. Las demás eran delitos menores o altercados parecidos al de Málaga. Ambos se quedaron mirando sin articular palabra, no les hizo falta compartir que tuvieron un mismo pensamiento: aquel hombre era inocente.

—¿Figura alguna fecha de cuándo se ordenó su puesta en busca y captura? —preguntó Juan, que estaba plenamente concentrado en los datos.

—Pues sí, aquí la tienes —contestó Lola, doblando los papeles que había impreso para que lo viera con claridad—, 13 de mayo de 1995, hace unos veintitrés años ¿Qué te llama la atención de la fecha?

—Tengo mi primera corazonada y eso que no llevo mucho tiempo en esto del crimen —dijo haciendo un guiño a Lola, que sonrió negando con la cabeza por la broma—. Si miras la publicación del periódico, fueron unos pocos

meses después de lo que pasó aquí. Por eso tuvieron que interponer la orden internacional de búsqueda.

—No entiendo muy bien qué tiene que ver la fecha de la foto, creo que me he perdido algo —contestó Lola un poco frustrada al ver que Juan había tomado ventaja.

—Me refiero a que entonces vivía, quizá lo sigue haciendo, en España. Y además la fecha me da otra hipótesis, pero prefiero dejar de jugar a los detectives y dar paso a una experta.

—Lo que estás haciendo no es un juego, he tenido compañeros con mucha menos habilidad para fijarse en las claves importantes y creo que ninguno sería capaz de hacer esta exposición en una pizarra. Estoy pensando en incorporarla a mi sistema de trabajo, francamente, me has vuelto a impresionar. Ahora te daré mi opinión teniendo en cuenta tu aporte, a ver si mi hipótesis tiene algo que ver con la tuya.

Por un momento, Lola había olvidado todos los líos que rondaban su cabeza y se había centrado en el caso. Lo que estaba experimentando con Juan era lo que más le gustaba de su trabajo: descomponer los datos y volver a colocarlos según un orden lógico para ver si encajaban.

—Pongamos por caso que, en su protesta al psiquiátrico, fuera un poco más lejos y después de aquello se le ocurriera, como periodista que era, publicar algo en los medios de su país o incluso en los medios españoles. Lo que menos me cuadra es el tema de los abusos, algo que no me atrevo a encajar en todo este entramado por lo sórdido y oscuro que se presenta en el fondo. Lo que sí podemos hacer, antes de sacar una hipótesis precipitada, es buscar algo más sobre él —intervino Lola tomando un poco el control—. Mira Juan, aquí dice que el acusado no tenía identificación en ese momento y que fue identificado más tarde. También dice que estuvo en el hospital por lesiones leves... ¡Un momento! ...A los tres días del ingreso hospitalario se identifica al acusado... No tiene sentido, tres días por unas lesiones leves. ¡Bingo! Estuvo en el psiquiátrico, lo atendieron allí y por seguridad, así se lee, lo dejaron ingresado.

—No se me ocurre cómo podemos saber algo más de él, a mí se me acaba de ir la inspiración —dijo Juan al ver a Lola emocionada con las nuevas aportaciones—. Quizás tengan allí su registro, pero será difícil conseguir información de un hospital tan hermético.

—Bueno, eso lo veremos. Si es necesario, puedo mover unos contactos y conseguir una orden falsa para disuadirlos. Y se me ocurre una forma de

encontrar algo más de información, espera —Lola se puso de nuevo a los mandos del portátil y buscó algún libro publicado a su nombre.

Después de otras tantas combinaciones nuevas, encontró una página de autor escrita en inglés. Había dado en el clavo. Encontró una biografía en la que se mostraban dos de sus obras. Leyó todo lo rápido que le permitía su control del idioma, hasta que encontró otra de las posibles claves para seguir buscando. Como la biografía era más bien una reseña biográfica hecha por su hermana, mencionaba en uno de los párrafos los pseudónimos que usaba y uno en concreto le llamó la atención, pues solo faltaba que se lo hubieran subrayado: «Charlie Discreet».

—Está claro que bajo ese pseudónimo no escribía poesía —añadió Juan.

—Déjame que busque algo sobre «Charlie», a ver qué encuentro.

Lola enseguida encontró un par de entradas.

Una de ellas era de un periódico independiente que había publicado un artículo de opinión sobre una franquicia de hospitales psiquiátricos muy famosa. Los comentarios y otras páginas de medios digitales tachaban la información de falsa y pensada solo para vender uno de sus libros, el cual trataba precisamente sobre un hospital psiquiátrico. Leyó algún *post* en distintos medios en el que lo tachaban de farsante y oportunista, pero encontró uno que le llamó poderosamente la atención. Su hermana, Estephanie Ruíz, había escrito algo en su defensa, aunque sin mojarse mucho. Ella misma confesaba haber publicado el controvertido artículo firmado por «Charlie Discreet».

Lola trataría de saber algo más de William Saturday y sus pseudónimos contactando a la mañana siguiente con su hermana. Por lo que habían averiguado gracias a sus redes sociales, residía en España, así que no le costaría mucho dar con ella.

Cuando estaba a punto de comentarlo con Juan, la televisión, que no recordaba que estuviera encendida, se prendió, provocándoles un sobresalto. En la pantalla comentaban el caso de Isabella en un conocido programa del corazón nocturno que a veces también trataba temas de actualidad. En este caso se veía a una reportera delante del edificio del centro hospitalario donde había estado ingresada la madre de Isabella antes de morir. Relataba la última hora del caso con datos que sorprendieron a Lola y Juan, que se miraban incrédulos y aún con el escalofrío de que la televisión se encendiera justo en ese momento.

—Tienes programada la tele o algo, ¿verdad? Aunque por tu cara ya tengo

la respuesta. —Lola le pedía silencio con un siseo seco.

—¡Shhh! Escucha, están hablando del caso —le indicaba mientras se levantaba a por el mando para darle volumen al televisor.

Juan acató rápidamente su petición y mantuvo la atención puesta, al igual que Lola, en el parte de la reportera.

—Estamos en hospital penitenciario, que en realidad es un centro intermedio para imputados en delitos graves con trastornos mentales, para contarles la siguiente historia que solo de pensarlo me da escalofríos. Aquí se encontraba retenida la madre de Isabella, la niña que fue conocida por participar en un concurso de talentos. Sí, esa adorable niña que tocaba el piano con manos de ángel ha sido salvajemente asesinada por sus padres. La causa podría haber sido el abuso de unos fármacos que tomaba el matrimonio y que también suministraban a la pequeña. Eso podría explicar el extraño bloqueo que sufrió en directo, cuando su intervención se hizo viral. La famosa escritora de varios *best-sellers*, Sara Watson, ha sido cómplice junto a su marido, el conocido médico-científico Tomás Quintana, creador de unos fármacos también famosos por sus resultados con varias enfermedades mentales. Todo parece bastante paradójico en esta historia más propia de las novelas de la autora, donde la realidad ha superado con creces la crueldad de la ficción. Una pareja que parecía tenerlo todo en la vida: éxito en sus carreras profesionales, una hija deseada... Pues verán... —decía mientras se acercaba a la puerta del hospital, en una apertura del plano con ella y el edificio de fondo— ...hemos sabido por fuentes cercanas a la familia, que era una niña fruto de un vientre de alquiler. La Policía se mantiene bastante reacia a darnos información, pero nuestras fuentes nos han informado de que Sara Watson, además, intentó atacar a uno de los agentes que tuvo que defenderse con su pistola reglamentaria. Hemos intentado localizar al agente de policía, pero por el momento no tenemos información.

—Pues menos mal, menudos cabrones —espetó Lola sin cortarse un pelo—. ¿Cómo habrán averiguado todo eso? Por lo que han dicho de las pastillas que tomaba, me suena a filtración de alguien de la Policía. Sé que Millán no quería que saliera a la luz nada relacionado con los ataques de Sara. Lo de la medicación supongo que habrá sido por cubrirse las espaldas en el caso de que se filtre algo. Ni él mismo está seguro de lo que vio en las cámaras de vigilancia aquel día. De todas formas, te confieso que no me fio de él. Oculta muchas cosas y aunque le consideré siempre buena persona, después de lo de Paula, apareció un Millán oscuro y huraño durante un tiempo, para dar lugar en

la actualidad a una versión de él ligeramente mejor que la anterior, aunque forzado y tenso por completo en todas sus expresiones. Ahora que lo pienso, es como si desde entonces estuviera viendo a un actor. Ya han pasado unos años y debería haber pasado página, sin embargo, hay algo que no le deja romper del todo y que me encantaría saber —bajó la televisión cuando los colaboradores del programa empezaron a comentar la noticia. No le interesaban las especulaciones que se hacían teniendo la versión incompleta de los hechos.

Pasaron varias horas en las que Lola le estuvo contando cosas de Paula, de cuando eran pequeñas y de la relación que tenía con la familia, para que conociera un poco mejor al comisario. Sintió en algunos momentos, mientras hablaba de su amiga, que estaba cerca de ella. Por un instante, incluso pudo oler su perfume y se lo comentó.

—Es curioso cómo es la percepción de los recuerdos. A menudo trae consigo aromas, sensaciones y sentimientos y cómo también pasa a la inversa, esos aromas te trasladan a recuerdos que en principio estaban guardados.

Juan intervenía para empatizar con su nueva amiga, sin añadir nada, solo frases sin importancia para que ella siguiera descargando mochilas, deshaciendo nudos que le hacía falta soltar, y vaya si lo estaba haciendo... El también aprovechó para compartir algunas confidencias personales con ella.

Después de otro par de horas con la televisión encendida y cuando ya no quedaban más videntes dando sus predicciones, decidieron ir a dormir para poder madrugar y preparar el día que les esperaba.

Lola acompañó a Juan a la habitación que normalmente usaban los padres de Kai, situada en la misma planta que la suya. Así se sentiría un poco más segura, sabiendo que tenía a su nuevo compañero cerca. Era una sensación extraña para ella, tener miedo en su propia casa. Juan, por otro lado, dio un suspiro de alivio cuando, al enseñarle la habitación, supo que estaba a dos metros escasos de la de Lola.

—Por cierto, tienes un gato, ¿verdad? Ese que dices que te trajo un mensaje. ¿Dónde está? —preguntó Juan al ver un ratón de juguete en uno de los rincones de la habitación.

—Ahora que lo dices, no lo he visto en todo el rato que hemos estado en la cocina y habría venido a reclamarme su ración de comida. No creo que esté en casa, le dejamos una ventana abierta, al ser una propiedad privada no suele haber problemas de robos, hasta ahora —añadió torciendo un poco la cabeza.

—Espero que no se presente de noche en mi habitación, no suelo gustar a

los gatos en particular. Mira, esta cicatriz es del gato de mi anterior pareja. Se empeñó en traérselo a casa cuando se mudó. Menudo salvaje, ese Tigre, así se llamaba y hacía honor a su nombre. También salía y entraba como le daba la gana. Yo le decía que vivía como en un hotel y más de un día le dio por hacer el anuncio del papel higiénico en versión felina, haciendo trizas el rollo — Lola se estiraba un poco la espalda y hacía muecas de dolor, oyéndole y tratando de sonreír—. Te estoy aburriendo, ¿verdad? Además, tienes que estar cansada, deberías tomar algo para el dolor antes de acostarte.

—Bueno, bueno, no te preocupes tanto que me recuerdas demasiado a Kai y entonces nuestra aventura ya no tiene morbo —contestó con un toque de humor para cambiar de tema—. Y por Gustavo no te preocupes, no te enterarías aunque llegara y se acostara a dormir a tu lado. Es como un *ninja* y muy buen gato, no te hará nada, créeme. Ahora descansa, creo que tienes todo lo que puedes necesitar para asearte en ese baño de la izquierda. Mañana tenemos un día duro de trabajo, espero que no tengas prisa de momento por volver.

—En realidad, no. Ahora en verano tengo más libertad porque las clases que estoy dando son de apoyo, no son obligatorias. Nos las hemos repartido en un calendario entre todos los profesores para ayudar a los más rezagados a aprobar. Tengo que hacer un par de llamadas, pero, por lo demás, no tengo prisa. Me vendrá bien tomarme unas vacaciones, no he parado desde el pasado septiembre. Y ya que estamos cerca, también quiero pasar por mi piso de Torremolinos, me acompañarás, ¿verdad? —terminó diciendo desde la puerta de habitación donde pasaría lo que quedaba de noche.

—Perfecto, si nos organizamos bien podemos ir a comer allí, conozco un sitio en Torremolinos. Veremos, de todas formas, según se nos dé la mañana.

Juan entornó la puerta de la habitación y se aseguró de que la ventana estaba bien cerrada. No le importaba pasar calor, prefería estar seguro. Tampoco entendía por qué tenía miedo, al igual que Lola.

Se quitó la ropa y se puso una camiseta y unas bermudas que le había prestado Lola, se miró en el espejo de una de las puertas del armario empotrado y se sonrió al no reconocerse con aquel atuendo; le quedaba muy ancho, pues Kai tenía dos o tres tallas más. Se acostó bocarriba en la cama y se dio cuenta de que había un aire acondicionado centralizado, como el de los hoteles. Solo tenía que encender su módulo y se pondría en marcha. Pero por el rabillo del ojo, algo le dejó de piedra, sin poder ni querer moverse. Una sombra clara había cruzado el espejo. No distinguió qué era, pero estaba

seguro de que había visto algo pasar. En el oscurecido espejo, apareció, en uno de los bordes, una silueta oscura que se asomaba poco a poco, mostrándose, hasta que tuvo que prestarle atención.

Decidió moverse y se sentó en la cama delante del reflejo. La figura se movió en su espacio hasta colocarse justo frente a él. Le vino un escalofrío repentino y no pudo aguantar el primer plano de aquel gemelo oscuro mirándole y repitiendo sus movimientos. Decidió levantarse muy despacio, como para no molestar al reflejo, se dispuso a alcanzar la luz pensando que se desvanecería. Lo hizo..., pero no pasó nada. Allí sentado seguía aquel impostor de ultratumba que esperaba a que Juan se sentara delante de él. Juan hacía esfuerzos por contenerse, no quería gritar para que Lola no se asustara. Veía que el extraño reflejo le seguía con la mirada y la cabeza hasta que se sentó de nuevo frente al armario. Temblaba al ver la fantasmagórica imagen negra como la noche rodeada por un aura extraña que todavía le daba un aspecto más sobrenatural. No podía creer lo que veía..., el reflejo se transfiguraba delante de sus ojos y menguaba, tomando una forma infantil.

Era una figura bastante familiar y con la que le resultó más difícil aguantar la vista. Isabella estaba ahí, delante de él, mirándole y sonriendo como había hecho tantas veces. Notó cómo aquel halo extraño del reflejo se desvanecía para dejarle ver a la niña con total claridad. Era tan real que Juan rompió a llorar como un niño pequeño al verla, después de tantos años. Sacudió la cabeza para tratar de recuperar la cordura y devolver la visión normal a sus ojos, creyendo que el vino que había tomado le estaba jugado una mala pasada. Entonces, la niña extendió los brazos que parecían salir del espejo...

—...Ven y sácame de aquí... —susurró, invitándolo a que se acercara.

Antes de que Juan pudiera mover un músculo, la niña se abalanzó sobre él cogiéndole de los brazos y golpeándole con violencia contra su reflejo, con un grito que también siguió Juan al ver la sangre que recorría por su frente.

El espejo quedó rajado, ya solo con su reflejo habitual y la sangre escurriendo hasta el suelo. Le asustó de tal manera que no podía parar de gritar. Se puso la mano en la frente y en un segundo despertó boca arriba, en la misma postura. Miró al espejo y ahogó su grito al ver que había sido una horrible pesadilla... Poco duró su suspiro de alivio, comenzó de nuevo a gritar al ver entrar a la agente Blumer de una patada en la habitación, apuntándole con una pistola.

—¿Estás bien? —preguntó Lola desde la puerta, sin dejar de apuntarle con el pulso firme y el dedo dispuesto en el gatillo, mirando el espejo.

No quería perder de vista ambas direcciones. Entonces vio un pequeño cambio en el espejo, escuchó un crujido seco y el cristal se resquebrajó ante su asombro, propiciando el acto reflejo de su dedo que terminó apretando el gatillo...

Capítulo 19

El reflejo de un recuerdo oscuro

Era la mañana del día siguiente y la brisa era fría en una de las calles cercanas al enorme *Hyde Park* de Londres.

Kai se despertaba mojado, encima de un charco apestoso, acurrucado en una esquina. Estaba apoyado en la puerta metálica de un garaje abandonado. La cabeza le daba vueltas y no recordaba qué hacía allí. Sintió un dolor insoportable, como si le hubieran despertado dejando caer un yunque en la cabeza. Antes de que recuperara la visión, vio acercarse a un indigente que le ofreció beber de su botella tapada con una bolsa marrón. Y no le faltaron ganas, sentía la boca tan seca que no podía ni mover la lengua. El indigente pensó que era mudo y le hizo señales con el pulgar hacia arriba e insistiendo.

Se incorporó mareado y aturdido, sujetándose la cabeza y agarrándose a las esquinas para no caerse mientras aguantaba las náuseas. El indigente le ayudó a levantarse del suelo e incluso intentó colocarle la ropa a lo que Kai rehusó de malas formas, apartándolo para intentar zafarse. El indigente siguió su camino, canturreando como si Kai hubiera desaparecido. Ponía toda su atención en un gato negro, que decidió perseguir para darle también un poco del elixir que contenía en la preciada botella. Por más tumbos que daba, estaba como pegada a su mano con velcro, no se le caería jamás.

Kai, al ver al gato, recordó a Lola y, acto seguido, a Vanessa, de la que le venían *flashes*, como de un sueño muy realista. No tenía su teléfono móvil, ni su cartera. Tampoco sabía cuánto tiempo llevaba tirado en la calle, con lo que le podía haber robado cualquier delincuente y él ni se habría enterado. Salió del callejón al trasiego de las ocho de la mañana de una de las zonas más concurridas de Londres. El mercado de Candem Town se encontraba en plena actividad. La gente lo miraba y se apartaba por su mal aspecto y el olor que despedía que se podía percibir a varios metros.

Era la primera vez que se veía en una situación como aquella y tenía ganas de desahogarse con alguien, necesitaba a Lola, pero no estaba cerca. Cruzó la

plaza aligerando el paso con torpeza, intentando averiguar si el nauseabundo olor que despedía era del charco de orín en el que se había despertado o de él mismo. Tiritaba, pero no de frío, era el malestar lo que le hacía temblar. De pronto vio la luz al final del túnel: una parada de taxis. Estaba a salvo, pero, ¿y las llaves? No le parecía posible, no tenía las llaves, las había perdido y recordó el momento de cómo caían por la rendija de la puerta del ascensor, que pasó de nuevo a cámara lenta por su mente haciéndole sentirse más desafortunado.

—Hola, eh... verás, he tenido un problema —se dio cuenta de que estaba hablando en castellano y aunque el taxista entendía un poco, se hizo el sueco, sin tener que fingir mucho, pues era precisamente su nacionalidad.

—*Sorry? I don't understand* —contestaba el sueco, mientras trataba de escabullirse con otro cliente que necesitaba un servicio y estaba vestido de traje. Total, podía negarse a llevarlo, como una especie de derecho de admisión. Dudó un instante y rápidamente captó que aquel cliente se encontraba en una situación complicada.

—Suba al coche, y tome, use este periódico para sentarse —Kai actuó con sumisión absoluta mientras se limpiaba la cara y la nariz con la camiseta.

«Si Lola me viera», pensó.

—Y no toque nada, si es cierto que tiene usted dinero, tendrá que pagar la tintorería del coche.

—No se preocupe, le pagaré lo que me pida, usted lléveme a mi casa, bueno, no, lléveme a mi trabajo, luego me lleva a mi hotel y le pagaré el doble de lo que ponga el taxímetro —contestó mientras se ajustaba el cinturón de seguridad y se daba cuenta de que aquel joven de no más de treinta años se había dirigido a él, en un perfecto castellano—. Pero ¿cuántos idiomas habla? —preguntó esta vez, dando un largo suspiro con el que se tranquilizó un poco al verse más seguro dentro del coche.

—Cinco con el mío y chapurreo otros tres, pero no me mire así —le contestó mientras le sonreía a través del espejo retrovisor—, se puede decir que me crié entre más de diez nacionalidades distintas. Tenga, use esta colonia, no le vendrá mal esconder un poco ese olor que trae.

El taxista le iba contando que se había criado en un barco mercante y que toda su familia se dedicaba a la pesca de altura. Le explicaba que era un trabajo duro, pero en el que aprendió todo lo que sabía y con el que tuvo la oportunidad de venirse a vivir a Londres, hasta que se hizo taxista. Kai, por ser amable, pues no tenía ganas de hablar, le siguió la conversación

preguntándole por su familia, si estaban en Londres; una conversación basada en el mínimo esfuerzo. El chico le contestó que estaba a punto de ser padre, pero Kai no empatizó en un principio, como hubiera sido lo esperado. Simplemente pensó que debía seguir con una mentira que deseaba que fuera cierta.

—¡Anda! ¡Qué casualidad! —dijo un poco forzado, cosa que habría notado Lola, de haberle oído decirlo— Yo me enteré hace nada de que voy a ser padre.

Sin poder reprimirse, como si su cuerpo necesitara hacerlo, comenzó a llorar desconsolado, con todas las imágenes de la noche pasada en su cabeza dando vueltas, mezcladas con las mezquindades que había hecho por tratar de ayudar a Lola, a la mujer a la que amaba profundamente, o así lo sentía en aquel momento cuando la necesitaba más que nunca.

Llegaron al laboratorio y al entrar por la puerta, una de las chicas de la recepción del edificio lo reconoció al instante, un hombre tan pulcro y de aquella guisa, se dio cuenta al momento de que le había pasado algo. Al llegar a su altura, tuvo que reprimir las arcadas del olor que despedía. Parecía que llevara muchos días sin ducharse o que se había hecho sus necesidades encima varias veces.

—Señor..., ¿se encuentra usted bien? Dígame que necesita, ¿Quiere que llame a la Policía? —la chica de la recepción no se acordaba de su apellido, pero había reconocido perfectamente al residente español que había ocupado la plaza de responsable de laboratorio.

—No, bueno, no sé..., quizás debería poner una denuncia, pero de momento no se preocupe, Marie, estoy bien, ahora mejor estando ya aquí. Solo necesito que me ayude a salir de esta situación tan embarazosa lo antes posible y le estaré eternamente agradecido —dijo mientras se paraba en el baño que había en el enorme *hall*, con la intención de entrar en cuanto llegara alguien conocido.

—No se preocupe, señor, me ocuparé de todo. No se mueva de aquí, o entre si quiere, ahora vengo con algo más..., bueno, déjeme que pague el taxi lo primero —pensó que necesitaba con urgencia ropa limpia—. Es ese chico que está ahí... ¿verdad? Ahora tranquilícese, vuelvo en un par de minutos.

La chica se dio cuenta de que le debían haber atracado y que no llevaba dinero, pensó que un hombre como él no tenía la pinta del típico borracho que un día la lía y es capaz de terminar durmiendo la mona en un camión de estiércol.

Cogió dinero de su propio bolso para no alertar a los jefes y entró hábilmente en el cuarto de limpieza, pues sabía dónde se guardaban los uniformes de repuesto. Por lo general, antes de utilizarlos debían rellenar un impreso en recepción para recoger el equipo de trabajo y el registro de la llave que custodiaban, junto con todas las llaves maestras del edificio. Sacó un pantalón y una camiseta de manga larga que daba calor con solo mirarla, pero de momento no vio nada más adecuado para la enorme talla de Kai. Salió antes de llevarle la ropa a pagar al taxista, que parecía no tener prisa. Echaba un spray limpiador para la tapicería del asiento trasero que se había quedado impregnado del olor. Con un cepillo se afanaba en cada rincón, hasta en las partes donde Kai ni siquiera había rozado, con la obsesión de quitarse aquel hedor que despedía. Marie se acercó viendo que no tenía cara de muy buenos amigos, pero le resultó un chico bastante atractivo y como toda una profesional, puso su sonrisa de azafata y caminó decidida a su altura.

—Disculpe, señor, ¿me podría decir a cuánto asciende la cuenta de su servicio?

—No se preocupe, señorita, no creo que ese hombre me quiera timar ni nada parecido. Vendré mañana con la cuenta de la tintorería y seguro que el señor podrá pagarme personalmente.

—Pues agradecerá sin dudarle su generosidad, yo misma me comprometo a que reciba usted lo que le corresponde.

—Me ruboriza usted, no estará intentando ligar conmigo —bromeó con ella que le pareció una chica muy guapa.

—No sea grosero, ha sido muy amable con el señor Hergueta, sé que lo tendrá en cuenta. Muchas gracias —y se marchó entre ofendida y halagada.

Ella entró corriendo a recoger la ropa y se acercó hasta el aseo de la recepción donde la esperaba Kai, que no veía la hora de salir de aquel estado.

—Tenga, señor Hergueta. No creo que sea de su talla, pero tendrá que valer hasta que pueda ponerse ropa limpia. Si quiere puedo acompañarle a la primera planta, allí podrá usar los vestuarios de personal.

Era la primera vez que Kai sabía de aquellas instalaciones. Tenían, además de unos vestuarios con sauna, una sala de relax con cómodos sillones y estanterías con libros. Un par de mesas con revistas para pasar el tiempo, desconectar o hacer la hora de la comida. Kai no comía casi nunca allí, salía fuera como la mayoría de los directivos de la clínica.

Agradeció a la recepcionista su labor y añadió que se ocuparía personalmente de que fuera recompensada. A ella le dio vergüenza recordarle

el pago al taxista, pero lo hizo y Kai lo agradeció. Acto seguido se metió en la zona de las duchas solo, con el sonido seco de la última puerta del pasillo que había cerrado la recepcionista. Necesitaba aquel momento de intimidad absoluta.

Más de media hora estuvo debajo de la ducha, mientras los recuerdos de Vanessa, que no quería aceptar, se hacían más presentes. Intentaba saber sin éxito en qué momento había perdido el control. Solo recordaba con claridad el mareo del coche con el perfume, que casi podía percibir por encima del resto de olores que ahora se disipaban lentamente, con la fuerte fragancia del jabón de manos que tuvo que usar para lavarse.

Recordaba sus besos y caricias en el coche, tuvo sexo con Vanessa, estaba seguro, pero solo recordaba unos cuantos retales del lienzo de momento. Salió de la ducha, se secó con la toalla de mano y se vistió con un uniforme del personal de mantenimiento. Se miró al espejo y vio sus ojeras y una cara en la que casi no se reconocía. Sintió el vacío de su estómago que, con una punzada de hambre, le estaba avisando de que debía de tomar algo.

Subió las largas escaleras que nadie usaba a partir del tercer piso, a excepción del personal de limpieza o mantenimiento. Quería evitar que nadie le viera o tendría que dar demasiadas explicaciones. Llegó hasta la planta del laboratorio y vio a su compañero, que se pasaba las horas contrastando datos, aplicando fórmulas, variables y todo tipo de pruebas. Una cara conocida, por fin.

—¿Qué hora es, Harry? —preguntó acercándose a su mesa y mirando en los cajones por si habían traído las llaves de su coche.

—Llega usted cinco minutos antes de su hora, señor, le da tiempo a consultar el periódico, si quiere, pero... ¿se encuentra bien? Diría que esa no es su ropa habitual —contestó el chico, que no pudo tener más educación para decirle que no estaba vestido adecuadamente para la oficina.

Al chico le pareció que estaba reparando su coche y que se había cambiado para no manchar su ropa. Aunque sabía que aquello no era algo normal.

—Vaya, después de todo, algo sale bien, por lo menos no he llegado tarde al trabajo. Harry, vas a tener que organizarte solo, hoy me tomaré la mañana libre, tengo unas cosas importantes que hacer. Ponte de inmediato con el cultivo del BHD_{o3}, a ver si sale algún resultado y, si ves algo importante al microscopio, ya sabes qué tienes que hacer, anotarlo y grabar la reacción y el cambio, sin olvidarte de llamarme. ¡Mierda! No tengo teléfono, te llamaré yo,

no te preocupes. Por cierto, no te habrán entregado unas llaves, ¿verdad?

—Pues no, señor, pero sé que vino alguien de... —se quedó mirando la ropa de su jefe con una sensación extraña—, mantenimiento para decir que ten...

—Teníamos una avería y ya está solucionada, por suerte —interrumpió el jefe de mantenimiento, que llegaba en ese mismo momento y no había podido evitar oír que el chico hablaba de su sección—. Aquí tengo unas llaves que me pidieron que subiera, no hay ninguna doblada, cayeron bien después de todo. Lo que no sé si le funcionará es el mando a distancia del coche, le he puesto una pila, pero no he encontrado la tapa, así que tuve que hacer un apaño —y le entregó las llaves con cinta adhesiva negra para sujetar la pila a aquel chico, pensando que Kai era uno de los nuevos que estaba perdido por el enorme complejo—. ¿Y tú, qué haces aquí? ¿Te has perdido? No te conozco, ¿eres nuevo?

—No, señor, bueno, vengo desde hace años a estos laboratorios, soy médico, científico más bien —el jefe de mantenimiento soltó una carcajada que ahogó al ver que ninguno de los dos se reía—. No se preocupe, puede reírse, yo aún no tengo ánimos, pero espero poder reírme de esto pronto, quién sabe. Gracias por recuperar mis llaves, señor. Y por arreglar el mando —lo giró a la altura de los ojos dedicándole una última sonrisa.

Se dirigió al laboratorio a ver a uno de sus colegas bioquímicos, concretamente a uno con el que tenía más confianza. Le contó que sospechaba que le habían drogado o llevado contra su voluntad a algún sitio y tenía que hacerse una analítica. Le pidió discreción y este accedió sin problemas solo por la curiosidad de ser la primera persona que sabría lo que le había pasado. Kai espero las primeras pruebas, que, en segundos, solo con su saliva revelarían cualquier psicotrópico o sustancia sospechosa. El resultado fue positivo.

Kai no sabía si alegrarse o preocuparse, por lo menos tenía una razón para todas aquellas lagunas. Respiró de alivio, pues nunca tomaba drogas, por lo menos de forma voluntaria, y aquella prueba positiva le hacía sentirse un poco menos culpable por Lola, queriendo convencerse de que lo que tuvo con Vanessa, también fue contra su voluntad. Aunque en los pocos fragmentos que recordaba sintiera todo lo contrario...

—Tendré el resto de las pruebas en un par de horas, más o menos. No te preocupes, Kai, soy una tumba, pero esto te va a costar una tortilla de patatas para mí solito —terminó sonriendo y haciendo una broma forzada para ser

amable después de lo que acababa de ver.

Por un momento dudó de su compañero y pensó que tomaba drogas; no una ni dos, casi todas las que se pueden consumir en una discoteca de moda, si se quiere.

—Gracias, Gary, ya te explicaré con más calma, ahora mismo, ni yo sé muy bien lo que ha pasado. Tengo que ir a mi hotel a cambiarme de ropa y a descansar un rato, vendré luego a recoger los resultados. Te aseguro que todo esto tiene una explicación por más obvio que te parezca.

Bajó esta vez por el ascensor. Ya estaba a un par de minutos de llegar a su coche y a unos veinticinco de su hotel para poder cambiarse de ropa, afeitarse y tratar de descansar una hora por lo menos. Se sentía agotado y acababa de confirmar que le habían drogado. Estaba seguro de que había sido aquella despampanante vampiresa la que le había seducido con sus encantos oscuros para drogarle... Pero ¿con qué fin? Volvió a sentir otro escalofrío al pensar de nuevo que no sabía qué habían hecho con él en toda la noche.

Capítulo 20

Una inesperada realidad y *El Mago de Oz*

A muchos kilómetros de distancia, una hora antes, cuando Kai despertaba tirado en la calle y empapado del orín de un gato en celo que decidió marcarle un rato antes de despertar, Lola salía de su sueño al sentir la lejana llamada de Kai en sus pensamientos. Despertó preocupada y con una sensación rara y un olor fuerte e intenso que pronto se le metió en la nariz. Olía a orín, no podía soportarlo. Enseguida supo de dónde venía el olor. Era Gustavo, que de nuevo había marcado su cama.

Se estaba desligando de los recuerdos de otra pesadilla que le había acompañado durante toda la noche... En su sueño disparaba a Juan. Se desangraba ante sus ojos, sujetándose la cabeza justo por donde le había disparado. Se levantó temerosa de que la pesadilla no fuera tal, tenía dudas de lo que pasó después de que Juan tuviera las visiones en el espejo, no recordaba cuándo se había quedado dormida.

Sin pausa, se dirigió a la habitación donde dormía y, con más miedo que determinación, abrió la puerta para comprobar que la bala la había recibido el espejo. Suspiró tranquila al ver que la cama de Juan estaba vacía y al momento le vino el apetecible aroma del café recién hecho. Limpió el desastre de Gustavo en su habitación, se aseó en menos de veinte minutos y bajó a acompañar a Juan en el desayuno.

—Buenos días, Juan. ¿Qué tal has dormido? Espero que pudieras descansar algo después de lo de anoche.

—Me di un susto de muerte cuando oí el disparo, casi tan grande como la visión que tuve.

—Lo siento, no supe reaccionar de otra forma —intentó disculparse.

—¿Qué viste Lola? ¿Por qué disparaste al espejo? —Le preguntó pasándole una taza de café con un poco de leche, acordándose de que lo tomaba bastante oscuro.

—No sé, creo que lo mismo que tú, por eso te encontré en aquel estado. La verdad es que no lo recuerdo muy bien. Lo que pasó después, cuando disparé y te quedaste inmóvil mirándome durante un rato..., tuve miedo de que el susto

me hubiera provocado cambiar la dirección del disparo. ¿Otra muerte más en la misma semana? No, gracias —acabó.

Se llevó la taza a la boca, notando levemente el calor según se acercaba. Ya solo esa sensación empezaba a reconfortarla.

—Ya, pero tuviste buenos reflejos, yo habría disparado también. No sé lo que vi, Lola, pero sé que estaba en el espejo. Pensarás que estoy sugestionado con lo que me has contado, pero lo cierto es que no es sugestión lo que siento, es otra cosa. Una curiosidad que casi se convierte en necesidad de saber lo que está pasando en ese hospital. Por cierto, estoy recordando algo que quizás debí haberte contado antes. El padre de Isabella trabajó en aquel psiquiátrico durante mucho tiempo —Lola se atragantó con el café.

—¡No me fastidies! —acertaba a pronunciar entre los violentos golpes de tos—. Perdón —se disculpaba cogiendo una servilleta y tapándose la boca—, casi me ahogo.

—Pues sí, trabajó allí y yo, después de huir de Málaga, bueno, de aquí, no quería saber nada de la familia, así que les perdí la pista, por suerte. Hasta que apareciste y vinculamos el hospital en todas las variables. Esta mañana me he dado cuenta de eso, por ejemplo. Y me alegro de que aparecieras —aclaró—, me quedó algo pendiente con aquella pequeña... Algo me dice que todo está relacionado.

Antes de que Lola se pudiera componer del golpe de tos, sonó el timbre de la puerta para sorpresa de ambos que se quedaron mirando como si aquel ding, dong fueran las trompetas de un réquiem. Lola se levantó de la silla, dejó el resto del café en la encimera y se dirigió a la entrada. Juan recogió las tazas dando por terminada la primera ronda y se dispuso a preparar otra cafetera, mientras Lola atendía la puerta.

Estuvo tentado de salir a ver de quién se trataba, pero oyó cómo le estaban entregando algo. Por un momento pensó que era un pedido de Amazon que Lola tenía pendiente de recibir. Escuchó por fin cerrarse la puerta y se dio la vuelta hacia la cafetera para que Lola no le viera impaciente por saber qué pasaba.

Lola entró en la cocina con el paquete en la mano, envuelto a conciencia. La persona que lo hizo había usado cinta adhesiva transparente por kilos, asegurándose de que el contenido no saliera del cartón hasta llegar a las manos del destinatario. Por un instante pensó que podría ser un regalo de cumpleaños, pero, al ver la extraña firma del remitente, tuvo una corazonada. Solo eran dos letras de una caligrafía rebuscada y redondeada: C. D.

—¿Podría ser posible? —dijo Lola enseñando las siglas a Juan, que las miraba como si fueran caracteres chinos.

—Pues no sé qué quieres decirme, la verdad.

Lola, al ver que no se había dado cuenta, insistió haciendo un gesto enfático con los ojos que le invitaba a estrujarse un poco más el cerebro.

—Es solo una corazonada, pero... ¿no te suenan de nada esas siglas?

—¡Joder! No puede ser... ¿Charlie Discreet? Sería demasiada casualidad, ¿no crees?

—Pues sí, demasiada, pero con todo lo que hemos vivido últimamente no me parecería tan raro —acabó, rasgando bruscamente el papel impaciente por ver que era.

Ambos se quedaron boquiabiertos al ver el contenido de aquel extraño paquete que acababa de recibir. Una cinta VHS con la carátula bastante gastada, parecía haber sido usada muchas veces.

—¿*El Mago de Oz*? No entiendo nada —añadió Lola mientras abría la cinta para ver si había alguna nota dentro o si en el propio adhesivo de la cinta ponía algo sobre el remitente, pero no encontró nada, solo la pegatina con el título.

—Una peli, pues yo tampoco entiendo nada. Y en VHS, qué antigüedad..., sin duda será por algo. Igual es un regalo de alguien que se ha tomado muchas molestias en camuflar su contenido para que parezca..., eso mismo, una película cualquiera.

—Pues vaya faena, no tengo VHS, nos quedamos sin verla —intentó hacer una broma para tratar de restar un poco de tensión a aquel extraño momento—. Ahora me quedo intrigada, seguro que quien la mandó quiere que la vea. Espero que no sea uno de esos mensajes del tipo *anonymous*, con un tío con máscara y voz distorsionada. Lo sé, es muy obvio, pero soy policía, me pongo en cualquier supuesto y este tiene toda la pinta de ser un mensaje.

—Yo sí que tengo, pero no sé si funcionará. Un reproductor VHS, me refiero. Pasaremos por mi apartamento, creo que está guardado en el trastero. Hace tanto que no veo uno, que no sé si sabré ponerlo en marcha.

—Pues no se hable más, nos vamos. Nos terminamos el café y nos vamos al hospital. Tengo que ir a la clínica de Kai, por cierto, no me coge el teléfono... —se quedó pensativa un segundo—... En el hospital mejor nos presentamos sin avisar, por si acaso, no quiero poner sobre aviso a nadie de mi llegada. Son demasiadas casualidades juntas y prefiero seguir usando el factor sorpresa, pues al parecer, todo se empeña en encajarse solo. Luego

iremos a tu apartamento a ver si funciona el reproductor. Te invito a comer en ese sitio que dices, pero no podemos olvidar que nos queda saber lo que hay en el código postal y encajar la llave en toda esta historia... En fin, nos queda un día largo, espero que no me abandones ahora.

Lola apuró su segundo café lo más rápido que pudo, preguntó a Juan si estaba listo y este asintió cogiendo su bandolera, comprobando que no olvidaba nada que pudiera necesitar. Tenía el móvil, las gafas de cerca, el cepillo de dientes, que siempre llevaba consigo, y la cartera. Juan extendió la mano para ofrecerle a Lola guardar la cinta y esta se la entregó sin dudarlo, como haría con un compañero con el que llevaba trabajando años. No podía evitar acordarse de Paula cuando se encontraba en estas situaciones.



Capítulo 21

Un don maldito

Sara se afanaba en recoger todo el equipaje para su ansiado viaje a Brasil. En esta ocasión irían Isabella y ella solas, ya que su marido no podía dejar su investigación. Estaba a punto de dar con algo importante y por primera vez le ofrecerían los fondos necesarios para probar sus avances en un sujeto voluntario. Sara no discutió mucho, tenía todos sus hilos atados, ya que su editora se encargaría de cubrir las presentaciones de su última obra publicada. El equipo se ocuparía en su ausencia de controlar su aparición en redes sociales y, seguramente, la novela se convertiría en otro de sus *best-sellers* desde su primera edición, aunque para ella todavía formara parte de un simple deseo.

Para cuando quiso darse cuenta, se estaba colocando en la puerta de embarque del avión con su hija de la mano. Llevaba una pequeña mochila y, por sus rasgos, más exóticos que los de su madre, era el centro de atención de los presentes, con aquellos increíbles ojos azul oscuro, como una noche estrellada. Sara, sin embargo, veía los distintos rostros cercanos analizando y componiendo sus historias con la velocidad del rayo. Se recreaba imaginando sus oscuras pasiones, sus lazos familiares, los motivos del viaje, su estatus social e incluso su carácter o personalidad. En algunos casos, el simple juego la llevaba a descubrir a un nuevo personaje. Entre todos los rostros cercanos solo uno llamó poderosamente su atención. Una monja con su hábito y sus medias tupidas arrastraba una maletita pequeña que parecía contener pocas cosas. Tenía rasgos brasileños y miraba a Isabella ensimismada, con un gesto rígido y preocupante. La niña la miraba también a los ojos, absorta. Una pareja se acercaba con un perro que llevaba su bozal y su arnés de seguridad. Esperaba a ser metido en media hora en su transportín y también acompañaba inmóvil la mirada de ambas. Cuando la monja llegó a su altura, el perro comenzó a emitir aullidos cortos y lastimeros, tratando de llamar la atención. La monja, antes de agacharse para hablar con Isabella, miró en dirección al perro, quedándose de nuevo mudo e inmóvil y observándola desafiante,

mostrando unos amenazantes dientes blancos por las aberturas del bozal. La monja sintió un escalofrío, pero sonrió al can, que no cambiaba su gesto. Se agachó entonces a la altura de los ojos de Isabella, que parecía estar todavía viendo al perro a través de la monja.

—Hola, pequeña, ¿cómo te llamas? —preguntó la mujer en portugués, dando por hecho que la niña era brasileña.

—Me llamo Isabella. Y mi mamá se llama Sara. Y usted va a morir muy pronto, pero no será hoy —Isabella siguió jugando con su muñeca mirando al frente para asombro de su madre. Aunque Sara no sabía hablar portugués, había entendido perfectamente la palabra *morrer*.

La hermana se levantó horrorizada al ver la parca en los ojos de aquella niña, como si aquel mensaje viniera del mismo ángel de la muerte. Se dio la vuelta y, sin querer, se acercó demasiado al can, que reaccionó con un violento intento de morderla; sus dueños tuvieron que contenerlo. Por suerte, el animal no pudo alcanzarla, pero la señora se asustó y casi se cae al suelo intentando escapar de la mirada furiosa del perro. A los pocos segundos, el bulldog se sacudió enérgicamente emitiendo un gemido, para calmarse a los pies de sus amos dando un suspiro como si la cosa no fuera ya con él. Sara, que todavía se recuperaba de haber oído a su hija hablando en portugués, se agachó como antes hizo la monja, a la altura de Isabella.

—Isabella... ¿Qué le has dicho a esa señora? ¿Y desde cuándo sabes hablar en portugués?

—Madre, son mis orígenes, tengo un don, el mío es el don de la muerte. A veces veo que los demás tienen cerca su final. Como esa mujer —Sara se quedó petrificada mirando a su hija sin saber qué responder.

Negaba con la cabeza, mientras el sonido de la llamada al vuelo que tenía que tomar pasaba desapercibido, como si las palabras de su hija fueran las que se estuvieran repitiendo en los altavoces. Al instante se desvaneció su horrible pensamiento y lamentó haber tomado las pastillas que le había dado su marido para que pudiera hacer el vuelo más relajada. No le gustaba volar y pensó que todo aquello era parte de la fantasía, pero al margen del anuncio de los altavoces, fruto de varios hechos incluyendo las pastillas, sabía que el resto lo había vivido. La confusión la llevaba a pensar en las últimas palabras de su psiquiatra, desaconsejando el viaje y la ingesta incontrolada de alcohol, que no le importaba mezclar en cualquier momento desde que se enteraron de la posible enfermedad de Isabella.

—¡Pasajeros para el vuelo de Iberia 5981! Destino Sao Paulo. Pasajeros

con niños o necesidades especiales, *bussines class*, embarque prioritario de Iberia plus, embarquen en primer lugar —la locución se repitió en inglés y en este caso Sara no tuvo problema en entender, ya que su madre era inglesa y ese factor la convirtió en bilingüe prácticamente desde la cuna. Le dio un escalofrío al pensar que ahora su hija sabía más idiomas que ella con solo 5 años. Sara le enseñó inglés desde pequeña, por lo que hablaba español, inglés y ahora también portugués.

No tuvo tiempo de reaccionar cuando Isabella la cogió de la mano tirando de ella por casi toda la pasarela de acceso que llevaba hasta la entrada del avión. Por el camino tuvieron que pararse y, en la espera para entrar, vio de nuevo a la monja entre la gente, mirándolas como si tuvieran la sarna. Su mirada clavada desde los veinte pasos y más de cincuenta personas que las separaban, avivaba la tensión que Sara sentía. Isabella, sin embargo, sonreía a los que tenía por encima de su cabeza, aparentemente ajena a las miradas inquisidoras de la mujer. Esta rezaba en susurros, asustando a los cercanos, pidiendo con fervor que no le tocara sentarse cerca de aquella niña y su madre. Los rezos no tenían que ver con Dios, se remontó a sus creencias más antiguas, aquellas a las que nunca pensó recurrir: los rezos añejos de sus abuelas, aquellas oraciones que intentaban mantener alejado al más oscuro, y a la vez bello, de los demonios. Lo vio claro en el rostro de Isabella. Llevaba más de veinte minutos conteniendo el grito que descargaría su tensión y miedo.

A unos siete asientos de diferencia, donde la vista las separaba, la monja respiraba secándose el sudor del rostro, colocándose compulsivamente la toca, dejando ver parte de su cabello.

Sara e Isabella fueron acomodadas en primera clase; se habían cancelado un par de plazas y les ofrecieron los dos asientos que quedaron desocupados. La sobrecarga de cabina del avión se sorprendió al haber tomado una decisión por su cuenta, pero aquella niña y su madre le habían dado una sensación especial. Tuvo que justificar a sus compañeros el porqué de cambiarlas de asiento e incluso informar al capitán, quien aceptó después de oír la petición al oído de la propia azafata. A los pocos minutos, el avión despegaba hacia su destino.

Las horas en primera clase se hicieron bastante más cómodas para Sara, que necesitaba descansar y, aprovechando que podía ir prácticamente tumbada, se quedó dormida, dejando a Isabella jugando con la pantalla de entretenimiento. La niña bajó el volumen poco a poco, se quitó los auriculares, pasó con habilidad por encima de su madre, sin rozarla, y bajó al pasillo

iluminado solo con las bandas del suelo que lo dibujaban hasta la cortina de la clase turista. Casi todos dormían y el que no lo hacía estaba tan cansado después de cinco horas y media de vuelo que Isabella pudo caminar hasta llegar a la altura donde estaba la monja, pasando prácticamente desapercibida. La anciana rezaba, mientras la persona que tenía a su lado roncaba plácidamente con música clásica y antifaz para dormir, ajeno a la extraña situación. La niña la miraba con una sonrisa desdibujada, sin alma, vacía; la señora seguía rezando desencajada. Sonó la alarma de uno de los pasajeros cercanos, marcaba las 03:14 de la madrugada e Isabella fijó su mirada en ella, cambiando su mueca por otra de absoluta frialdad y dijo:

—Ayer no ibas a morir, hoy sí, no te resistas o sobrevivir será peor que el infierno al que temes.

Al terminar la frase, la monja empezó a tener un ataque de pánico, que agravó el asma que padecía. Las manos le temblaban y no era capaz de encontrar el inhalador para calmar la crisis. El pasajero de su derecha dormía como un tronco mientras ella convulsionaba en la silla delante de la niña, quien permanecía impasible a lo que estaba viendo. Al poco rato, la azafata llegó, para fortuna de la monja, ayudándola a encontrar su inhalador y apartando a Isabella. No quería que se asustara al ver a la mujer en aquel estado. Al instante se acercó otro compañero de la tripulación y se agachó a la altura de la pequeña, que parecía estar despertando de un mal sueño en medio de aquel avión. Entre sollozos, mientras el amable azafato la llevaba en brazos donde estaba su madre, le decía al oído:

—Se va a enfadar..., quería el alma de esa mujer —el chico la apartó para mirarla con gesto de sorpresa ante la frase de Isabella, pero decidió restarle importancia, dando por hecho que había sido fruto de la situación de estrés provocada por la situación.

Al llegar a la altura de su madre, la tuvo que despertar de sus sueños. Sara despertó asustada de su sueño al ver que traían a Isabella en brazos, llorando. El tripulante de la cabina le explicó que una señora se había sentido mal. Ella, más preocupada por el estado de su hija que por otra cosa, no pudo ver de quién se trataba antes de que el azafato cerrara la cortina para no alarmar a los pasajeros de primera clase.

Isabella no quiso hablar y se limitó a pedir agua. Engulló la botella y pidió otra más para asombro de su madre que de pronto se dio cuenta de que Isabella bebía mucha agua últimamente, en exceso. Las azafatas pasaban rápidamente, una detrás de otra; al parecer, ocurría algo. Se oía un revuelo de

gente, gritos y una voz que resonaba entre todas, una mujer que gritaba asustando a los pasajeros.

—Estáis todos condenados, muertos en vida, mortales esclavos de los sentidos y los sentimientos, moriréis cada uno de vosotros y yo también, ella os matará a todos..., no la miréis, no la miréis. Parece un ángel, pero viene del infierno, tiene sus alas quemadas, las he visto crecer en su espalda. ¡Matadla! Matadla o ella os matará a todos.

Llevaron a la mujer a la parte trasera del avión a una zona reservada a la tripulación. Una enfermera que había a bordo se ofreció a ayudarla, al ver que había sufrido una crisis y estaba provocado una histeria colectiva en el pasaje.

El capitán tuvo que pronunciar un mensaje de calma, aprovechando que quedaba media hora para llegar a Sao Paulo, con unos veinte minutos de adelanto sobre la hora prevista. Informó del tiempo exterior y, poco a poco, el pasaje pudo tranquilizarse, aunque no dejaron de comentar el suceso. Ninguno sabía que Isabella había estado cerca de la monja. La mayoría pensó que aquella mujer pertenecía a una secta religiosa y que solo pretendía asustarlos. Se desencadenó un pequeño caos. Los niños lloraban por el desconcierto de sus padres, notando que algo no andaba bien. Isabella conectó su pantalla, abrió una aplicación para colorear y se puso a darle color al dibujo con el dedo como si no pasara nada. De nuevo, sin nada que decir y sin querer pensar que la presencia de su hija era motivo de un suceso extraño, Sara quiso focalizar su atención en llegar a casa de Tareyja. Se emocionaba conteniendo las lágrimas, con la idea de poder contarle todo lo que había pasado los últimos meses. Tenía fe ciega en que ella podía explicarle muchas cosas y ayudar a la que era la hija de ambas a recuperar una infancia que cada vez tenía más lejana.

Ya en la puerta de la casa, después de un todo un periplo hasta llegar en taxi, vio a ambas mujeres esperando su llegada como se espera a un familiar querido. Se apresuraron a ayudarlas con el equipaje y Tareyja se puso a hablar con Sara mientras la tía Andiara se hacía cargo de Isabella, a la que cogió en brazos y besó con la pasión de una abuela. Soltaron las maletas sin más en la habitación donde dormirían. Al poco rato Sara les ayudaba con la comida, la mesa y les ponía al día de todo. Andiara le confirmó que los chicos llegarían pronto de la escuela. Tenían una larga caminata hasta llegar a la casa y cuando lo hicieran, ellos cuidarían de Isabella.

—La hora del café es perfecta, seguro que Isabella prefiere dormir la siesta, parece que no trae sueño —La niña asentía antes de que Sara tradujera

el comentario de la tía Andiara.

—¿Ves? A eso me refería con el aprendizaje... Isabella, hija, ¿por qué no les hablas en portugués y les enseñas lo que has aprendido?

La pequeña la miró, atusando el vestido de su muñeca y contestó que no sabía portugués. Las tres se quedaron asombradas al ver que la niña lo había dicho con un perfecto acento, incluso con dejes del dialecto y expresiones de la zona.

—Yo solo tengo que pensarlo, ellos lo hacen por mí —terminó dando saltitos camino de la habitación.

Sara trató de explicarles lo que había dicho y la anciana movió la cabeza, como dando algo por hecho en sus pensamientos.

La tarde llegó pronto, tras disfrutar de una comida en la que las tres celebraron con complicidad la mejoría de la niña. Sara mostró las imágenes radiológicas que tenía guardadas en su portátil con la extraña desaparición del tumor. La anciana, por el contrario, no sonreía en exceso, cuando empezó a encajar los detalles.

—No habéis pedido nada a los demonios, ¿verdad? —preguntó Andiara a Sara, a la que le dio un escalofrío.

—Tía, no empieces, vas a asustar a Sara, primero deja que te cuente —intervino Tareyja.

—Es importante, Tareyja, cállate tú. Sabes bien de lo que estamos hablando. Y no creas que te estoy culpando de nada, pero conoces los oscuros deseos del corazón. ¿Habéis pedido algo a los huéspedes? Isabella, ¿puedes hablar con ellos cuando quieras? —Sara tapó los oídos a Isabella, en un fallido intento de evitar que oyera la pregunta.

—Sí, ahora... ¿con quién quieres hablar, bruja?

La cucharilla del café de Sara empezó a tintinear del temblor que le provocó el oír una voz distinta salir de la boca de Isabella. No podía controlar que sus lágrimas cayeran por sus mejillas mientras veía que su hija seguía esperando la contestación de Andiara, que la miraba desafiante, como si viera a un monstruo de proporciones gigantescas ante ella. Los hijos se fueron a la habitación. El mayor intentó llevarse a Isabella, pero Tareyja le paró en seco la mano y le indicó con la cabeza que se marchara con sus hermanos y la dejara allí. La situación había tomado un cariz bastante distinto a como se lo había planteado cada una en su cabeza. Como si estuvieran en un aquelarre improvisado, Andiara animó a Sara a coger la mano de la niña.

—¡No le escuchéis! Tú tampoco, Isabella, trata de no oírle...

—¡Estoy en su cabeza, zorra! Me tiene que oír —soltó una carcajada macabra mientras la niña volvía sus ojos en blanco y su cabeza caía a plomo hacia atrás en la silla. Entonces se desmayó.

—Calma, calma... Es lo mejor que le puede pasar, Sara, debe estar agotada. Esta niña tiene un alma vieja, tanto que la oscuridad que tiene dentro en algún momento la consumirá —la consolaba Andiara mientras se levantaba a abrazarla.

Sara estaba dispuesta a contarles varios episodios extraños en los que Isabella demostraba haber aprendido cosas que nadie le había enseñado, pero lo que acababa de presenciar era la primera vez que le pasaba. Había tenido pesadillas con ella y la voz que había oído le resultaba familiar.

—Seguro que ha conseguido algo de vosotros, tiene demasiada fuerza. Nunca hablan por los niños, es cuando son adultos cuando empiezan a hacerse fuertes.

—No hemos hecho nada, Andiara, explícale que es la primera vez que se comporta de esa forma, bueno, y hace unas horas en el avión..., aquello que os conté con la monja. Ha podido oír a esa loca diciéndole cosas, la azafata me dijo que Isabella presenció un ataque de asma y se asustó. La monja decía que todos los que allí estábamos íbamos a morir y que estábamos condenados.

Mientras ponía a la niña en la cama, los chicos se acercaron a la puerta para ver qué pasaba. Tareyja les hizo de nuevo un gesto para que se fueran de allí y desaparecieron en un segundo. Por lo general eran unos niños muy obedientes, pero en aquel caso, la cara de preocupación de su madre santeraatendiendo a la niña no era un buen augurio. Isabella fue despertando poco a poco. Pidió agua de nuevo y, cuando estuvo saciada, se sentó en la cama mirando a las tres mujeres. Dijo:

—¿Dónde están los primos? Quiero jugar con ellos.

Parecía no acordarse de nada. Su cara había cambiado totalmente de un pálido grisáceo con marcados pómulos, a su morenita piel color caramelo, con sus ojos claros, haciendo contraste con su tez. Definitivamente tenía mejor aspecto.

La tarde pasó con relativa tranquilidad. Sara habló con su marido al que ocultó lo sucedido porque sabía que se empeñaría en que volvieran en el próximo vuelo. Se limitó a decir que Isabella estaba cansada del viaje.

—No quiero despertarla, cariño, luego hablas con ella, te llamaremos más tarde o, si no..., mañana —tenía miedo de que a Isabella le diera otro de esos ataques al teléfono.

—No me ocultarás nada..., ¿verdad, Sara? Nos conocemos desde hace muchos años y conozco esa forma tuya de desviar el tema cuando te interesa. Espero que no se te esté pasando por la cabeza mezclar a mi hija —marcó distancia—, en nada relacionado con la santería o esas curanderas. ¡Prométemelo, Sara! ¿No habrás...?

—Que no, Tomás. No seas paranoico —le decía mientras levantaba una ceja, gesto dirigido a Tareyja, que suspiraba entendiendo la situación—, no voy a hacer nada que perjudique a Isabella, pero si voy a intentar saber por qué se comporta de forma tan extraña —en esto último era en lo único en lo que estaban de acuerdo.

—Bueno, tú haz lo que quieras, pero mantén al margen a Isabella de tus paranoias de demonios y fantasmas. Al final nos volveremos todos locos.

—Tomás, no voy a contestar a eso, creo que te estás pasando —decía dolida al no entender que lo hacía por Isabella—, es tan hija mía como tuya. No me está gustando el tonito que estás usando. Será mejor que descanses tú también, creo que trabajas demasiado, eso también te volverá loco. Mañana hablamos, ahora será mejor que no digamos nada más...

—Muy bien, como quieras. Hasta mañana.

Colgaron de forma fría; él seguía enfadado por el empeño de Sara en viajar solas a Brasil y no esperar al mes siguiente que era cuando podría estar con ellas. Desde los cambios en la salud de Isabella, su vida íntima se había convertido en una convivencia de dos compañeros de piso que tenían una hija y se querían, pero no se deseaban.

Era la una y media de la madrugada y en la zona del barrio de la favela donde se encontraba la casa se respiraba una soledad inquietante paseando sus calles. El aire parecía pasar tímidamente, de puntillas, en una leve brisa que movía las cortinas y la ropa que colgaba, ya seca, olvidada por su dueño hasta el día siguiente. La vida transcurría sin prisas en aquel lugar. La luna casi llena lucía entre las casitas dibujando un agradable cuadro nocturno.

Hacía una madrugada de colores morados y cielo despejado. No se distinguían las estrellas debido a la contaminación lumínica de la gigantesca metrópoli, como si un pintor hubiera olvidado ponerlas en aquel lienzo. Sara tomaba un té de hierbas y raíces para relajarse. Tareyja le sugirió dejar los ansiolíticos y antidepresivos que estaba tomando y, por aquella noche, así lo hizo. También optó por no beber alcohol durante aquellos días. Sabía que ambas cosas eran un cóctel peligroso.

Salió al patio de la casa y contempló la luna, los colores de la madrugada,

y sintió la brisa pasar en una caricia que se llevó la angustia, impulsada por un suspiro de bienestar.

Desde el patio se veían las ventanas de todas las habitaciones de la casa, protegidas por visillos casi transparentes que, cuando había luz en el interior, resultaban un escaparate en el que se distinguía todo en la estancia. En una de ellas contempló sin trabas a Andiara, que dejaba caer el rodete deshecho de su larga melena blanca. No pudo dejar de mirar embelesada a aquella anciana tratando su pelo, imaginándola usando el mismo ritual desde hacía muchos años, o así quiso grabarlo en el cajón de las historias de su mente. Embobada por la longitud imperceptible con el pelo recogido, que ahora le llegaba por debajo de la cintura, observaba cada movimiento del cepillo deslizándose con suavidad por un cabello anormalmente blanco como el marfil y demasiado liso para su marcada genética, bien reflejada en su achocolatado tono de piel. Una piel uniforme que Sara envidiaba. Enterrada en aquel momento de intimidad de la anciana, Andiara se dio la vuelta como si supiera que Sara estaba ahí mirándola. Esta se asustó y a punto estuvo de derramar el té, que todavía conservaba su temperatura. Le indicó levantando la taza que se había distraído y compuso una cara de disculpa por la pequeña indiscreción. Dio un sorbo nervioso a su infusión, que le volvió a quemar los labios, pero no cambió el gesto. Andiara, en un principio con cara seria, esbozó enseguida una sonrisa mientras le indicaba que terminara el té y fuera a su habitación. Sara agradeció en sus pensamientos que hubiera restado la tensión a aquel momento tan embarazoso, pero así era habitualmente en su vida: como escritora no perdía detalle de lo bello, de lo cotidiano, de lo común y a la vez único de las personas y su forma de hacer su día a día.

Cualquiera de esos detalles podía despertar en ella la necesidad de escribir una nueva novela. Pensó que aquella situación había llamado la atención de su musa y quiso imaginarla susurrando en su oído mientras se dirigía a la cocina para dejar la taza. Se giró por impulso a mirar de nuevo hacia la ventana contigua a su habitación, que en ese momento se encontraba a oscuras, desde fuera no se veía nada. Tuvo que agudizar su vista, pues le pareció ver a Isabella mirándola a través de los cristales, entre las sombras, como queriendo pasar desapercibida, pero con aquella mirada clavada en sus ojos. A la derecha, en la otra ventana, Andiara la observaba también a oscuras, con el pelo cayéndole a ambos lados de la cara. La taza de té cayó, impactó en el suelo rompiéndose en mil pedazos. Cuando se agachó para coger los trozos más grandes, notó que alguien le tocaba la espalda. Dio un grito que

también asustó a la pobre anciana Andiara, que se había acercado al patio, al observar en Sara un comportamiento tan raro.

—Hija, ¿qué ha pasado? Me has dado un susto de muerte.

—Susto me acabo de llevar yo. Usted estaba hace un segundo en la habitación que está al otro lado de la casa —ambas rieron nerviosas, aunque se miraban con desconfianza, como si vieran algo raro la una en la otra.

—Mira, niña, deja que te cuente algo importante antes de que te pierdas en la oscuridad. Debes protegerte tú y debes proteger a tu marido. Tu hija, pobre niña, no sé qué podemos hacer por ella. Mañana visitaremos a un conocido mío, no está avisado, tendrá que recibirnos y decidir por sí mismo. Quizás él sí pueda alejar el mal de tu hija, pero no el que ya se ha podido apoderar de vuestras vidas a través de vuestros deseos; ese está esperando su pago y no son bienes lo que busca.

—Pero, Andiara, lo único que me importa es que mi hija esté bien. El resto no lo entiendo, yo no tengo deseos, ni creo en los espíritus, escribo novelas de terror y *thrillers* —Andiara hizo una mueca de no entenderla bien —, pero jamás pensé vivir un episodio digno de otro *best-seller*..., me estoy volviendo loca. No sé si soy una buena madre, si en mis sueños pedí algo o recé alguna noche a todos los santos o incluso si pensé en que vendería mi alma a cambio de la salud de mi hija, pero eso solo son cosas que se piensan en esos momentos. Ahora me da escalofríos darme cuenta de las veces que deseé que mi niña no sufriera más..., y de cuántas formas se me ocurría mentalmente pagar por aquel milagro.

—No entiendo nada, chiquilla, solo algo sobre vender tu alma y eso nunca, ni pensarlo. Mejor hoy *dorme*, no es bueno seguir hablando, lo oyen todo. Mañana podrás entender, seguro.

—Andiara, no me deje así..., joder, puto idioma —añadió entre dientes, haciendo un esfuerzo con el portugués—, no tengo sueño. Tengo miedo por mi hija. Yo venía creyendo que mi hija estaba curada de una enfermedad mortal y usted habla de ella como si tuviera algo horrible, como se habla de una condenada o algo peor, una maldita.

—Haga caso, descanse ahora, mañana respuestas —siguió en portugués—, duerma con su hija, ella la necesita hasta en sus sueños. Rece a sus dioses, no a sus demonios, no debe tentar a la oscuridad. Niña mía, no quiera saber más de lo que debe o tener más de lo que le corresponde —Sara entendió a la perfección.

Quedó muda mirando a la anciana encaminarse hacia el patio para recoger

los trozos de la taza y limpiar los restos de las hierbas esparcidas. Antes, se paró en seco, mirándolas como si pudiera interpretar algo en ellas y con una frase en portugués susurrada, las borró primero, antes de recogerlas, repitiendo lo mismo. Sara no pudo ver que Andiara había visto el rostro de la muerte dibujado en aquellas hierbas. La anciana sí creía que la magia negra o la oscuridad de algún alma estaba acechando sus vidas, no solo la de Isabella.

Sara dejó a la anciana. En otro momento se habría ofrecido sin dudarle a recoger los pedazos para que la mujer no tuviera que agacharse, pero estaba deseando llegar a la habitación y ver a su hija. Por primera vez sintió que el viaje había sido un completo error y se culpó de todo lo que le pasaba a la niña, incluido el día del ritual, cuando solo tenía tres años. Se acercó a la puerta, la abrió despacio por si estaba dormida, pero no lo estaba. Tampoco la encontró en la cama. Miró más detenidamente y la vio frente a la ventana. Se acercó a ella y cogiéndola por los brazos le preguntó:

—¿Qué haces en la ventana? ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Acabo de despertarme, mami, la tía estaba cantando una canción y la he visto limpiando el patio. ¿Por qué limpia tan tarde? ¿No puede dormir? Le pediré a mi ángel que la ayude a descansar.

—¿Qué dices, Isabella, qué ángel? No tienes que pedir nada a ningún ángel, cariño. ¿Quién te ha hablado de los ángeles?

—Lo leí en casa...

—¿Leíste?! Isabella, cariño, me estás asustando. Tú no sabes leer...

—Ya te he dicho que tengo un ángel, él me enseñó a leer..., ¿quieres que lo llame, mamá?

—¡No! Isabella, no llares a nadie. Mira, vamos a hacer un trato. ¿Te acuerdas de aquello que hablamos sobre tomar un helado en una playa muy bonita? Pues intenta descansar y mañana te llevaré allí.

—Ja, ja, ja —soltó una risita nerviosa y picarilla—. Mamá no debes mentir. Mañana iremos a ver al brujo, pero no tengo miedo... Él nos protegerá. Voy a dormir, que tengo sueño —añadió bostezando como si nada.



Capítulo 22

Un encuentro con la oscuridad

Isabella se metió en la cama y se arropó con la cara hacia la ventana, dando la espalda a su madre. Sara seguía mirándola creyendo que todo aquello eran cosas de niños, que quizás había oído hablar de ello y que realmente no sabía leer. Que lo del brujo no eran más que fantasías y que su ángel era algo parecido a los amigos imaginarios que crean muchos niños. Aunque el episodio con la monja la devoraba por dentro, pues no tenía explicación posible. Sintió una punzada en el corazón, pero no era física: tenía miedo de acercarse a su hija, de abrazarla. Era un sentimiento demoledor que le corroía las entrañas mientras intentaba contener las lágrimas.

—Mamá, abrázame, tengo miedo. No quiero estar aquí... Tú me quieres, ¿verdad? —su voz se parecía a la niña de hacía pocos días, más infantil, como si acabara de despertar de una pesadilla.

Su madre sintió un escalofrío, pero muda, y sabiendo que no podría dormir en lo que le quedaba de madrugada hasta que despuntara el día, se secó las lágrimas y se metió en la cama abrazando a su hija con fuerza y diciéndole:

—No temas, cariño, yo no permitiría que te hicieran daño. Estoy aquí, mi vida.

—¿Estás segura, mamá? —contestó Isabella con ese leve cambio en la voz más propia de una niña unos cuantos años mayor.

—¿A qué te refieres? Isabella... ¿quién te dice esas cosas?

—¿De verdad quieres saber, Sara?

Esta vez no era su voz. Había levantado la cabeza casi dando la vuelta para mirarla. Después se volvió a colocar en una postura más natural sobre la almohada.

Sara se incorporó para mirar la cara de su hija, esperando encontrar un monstruo fruto de toda aquella sugestión, pero vio a su niña plácidamente dormida, como si llevara así varias horas. Sin saber de dónde sacar el valor para afrontar lo larga que se presentaba la noche, sintió un cansancio lógico:

las hierbas empezaron a hacer su efecto y en unos escasos diez minutos de vigilia su sueño la alejó de aquella extraña realidad.

Eran las cuatro de la madrugada y ambas estaban dormidas. Sara seguía abrazada a Isabella, que parecía reconfortarse con su calor mientras disfrutaba de un sueño placentero.

Se balanceaba subida a un columpio en un parque de preciosas arboledas altas, con sus ramas y troncos vestidos de invierno; un paisaje nevado por completo. Le encantaba la nieve y nunca la había visto. Disfrutaba de la sensación de los copos cayendo sobre su cara, llegando a su piel con el sutil frío y posándose para terminar derretidos al acariciarla. Los sentía de verdad, sabía que era uno de esos sueños en los que podía hacer real lo que no lo era.

El viento empujaba con fuerza el columpio mientras la nevada apretaba lo suficiente como para que empezara a sentir bastante sensación de frío, demasiado. Quiso parar, pero no podía, comenzó a perder el control en su sueño por primera vez y trató de mirar a su alrededor para poder ver algo. Llamó a su madre, que no podía oírla, a su padre..., y finalmente a su ángel. El columpio se paró en seco, la nevada dejaba de caer, pausada a su alrededor tan sólo quebrada por sus movimientos con los que trataba de bajar del columpio parado a bastante altura. Un paisaje congelado, pero no por el frío, por el tiempo y el espacio, o quizás por la realidad de una niña. Con la suavidad de una hoja bajó al suelo y se posó mirando hacia arriba mientras una luz se acercaba y le preguntaba:

—¿Quieres pedir algo?

Isabella sabía cómo hablar con él, solo necesitaba pensarlo y él la escucharía.

—Me gusta la nieve, quería verla, solo eso. Me asusté y te llamé, creí que me caería. Tú no me dejarás caer, ¿verdad?

—¿De verdad quieres saberlo, Isabella?

La nieve se volvió negra y empezó a quemar. La nevada se convirtió en niebla, cenizas y lluvia, mezclándose en el cielo. Este, de repente, se tornó gris, mostrando negros nubarrones que lo cubrían todo. La luz se fue apagando, pero la voz seguía hablándole...

—Para saber y obtener es necesario devolver algo a cambio. Son las reglas —Isabella estaba asustada, aquellos sueños que empezaron como juegos, hadas y duendes estaban siendo cada vez menos divertidos. Le asustaba, a la vez que se sentía segura, pero le dijo mentalmente que ya no quería ver la nieve.

—Elige tú esta vez a quién debo visitar.

La niña despertó gritando, mientras la ventana se abría por una ráfaga de viento fuerte y demasiado frío para la época. Sara volvió sudando de su propia pesadilla y el grito de su hija la desconcertó aún más. El golpe de la ventana y los gritos alertaron al resto de la casa, que rápidamente se congregaron en la puerta seguidos de Andiara. Se calmaron al verla las dos, como si las pusieran de pronto en contacto con la realidad, en aquellos segundos en los que todavía no sabían si estaban soñando o despiertas.

—¿Qué pasa, Sara? ¿Isabella está bien? ¿Por qué gritáis? —se apresuró a cerrar la ventana y correr un poco la cortina, apagando de golpe la fría ráfaga.

—No lo sé, he tenido una pesadilla horrible. Luego me he despertado con el grito de Isabella. Cariño, ¿estás bien?

—Sí, mamá, nadie me oía..., tuve que gritar para que me oyeras. Estaba en un parque precioso y estaba..., mamá, está nevando. ¡Está nevando!

Miraron a la ventana y todos desde su posición vieron cómo algunos copos blanquecinos caían lentamente en el exterior. A excepción de Sara en varias ocasiones e Isabella en su sueño, los demás no habían visto nevar nunca, incluida la anciana. Andiara miró a Sara extrañada y le dijo que aquello no era posible.

—Es mi ángel, me ha escuchado en mi sueño —dijo Isabella acercándose a la ventana con intención de abrirla.

—Esto no es cosa de ángeles niña, esto es cosa del *diabo*... Él habita en estos fenómenos que nunca deberían pasar, por lo menos no en esta época. Creo recordar que mi abuela me contó que un día nevó aquí, en su casa, y al día siguiente ocurrieron desgracias. Nada bueno trae esta nieve del diablo —sentenció la anciana.

—Tía Andiara, no asustes a la niña. Ella no tiene la culpa —intervino Tareyja, apresurándose a atender a Isabella.

La nieve cayó como un velo, desapareciendo como si fuera un efecto cinematográfico al terminar la anciana sus últimas palabras. Los copos murieron en el patio derritiéndose en agua sucia, el mismo rastro que dejaría el granizo, pero más seco. Algo que se había podido experimentar en casi toda la región.

Los niños se fueron a regañadientes a dormir, e Isabella y Sara se quedaron en la habitación. Tareyja se ofreció a quedarse con ellas hasta que amaneciera. La pequeña Isabella pareció entender que aquello que había pasado no era algo normal. Cualquier niño sería capaz de ver la preocupación

en los adultos y, en este caso, ella era bastante especial. Se recostó en el pecho de su madre, boca arriba. Sara no volvió a cerrar los ojos hasta que de nuevo la luz inundó la habitación.

A la mañana siguiente abandonó con cuidado la estancia para no despertar a la niña y se encaminó al baño para asearse rápidamente. Se vistió con la ropa del día anterior y fue a la cocina en la que encontró a Tareyja despierta con un apetecible café preparado del que ya se estaba tomando la segunda taza. Le ofreció una a Sara y, antes de contestar a los buenos días, empezó a hablar como si la estuviera esperando desde hacía bastante rato.

—Debéis marcharos mañana, Sara, no es bueno que vayas a ver a Joao, no creo que él te aclare nada, más bien te puede confundir. La tía Andiara tiene fe ciega en él, pero yo he oído cosas que sé que no gustarán a tu marido. Usa una sabiduría..., algunos lo llaman magia negra, aunque no tiene pocos seguidores. El ritual que viste aquel día ha ayudado a mucha gente del pueblo. Es una simple representación en comparación a lo que ese hombre es capaz de hacer. No os haría daño, pero te dirá todo lo que no quieres oír y mi consejo es que no lo hagas. Llévate a nuest..., tu hija de aquí y no vuelvas en unos años hasta que todo se normalice. He visto familias, pueblos enteros, destrozados por creer que los demonios convivían con ellos.

—Tareyja, entiendo lo que dices y, si querías asustarme todavía más de lo que lo estoy, lo has conseguido. No puedo marcharme sin más, dices que ha ayudado a mucha gente, ¿y si puede ayudarla a ella?

—Ya te lo he dicho. Es un alto precio y no es dinero lo que se usa para el pago. Estas cosas no funcionan así.

—Mi alma, soy capaz de vender mi alma por salvar a mi hija de esa oscuridad que la visita en los sueños y en casi cualquier momento desde que hemos llegado a Brasil, como si todo lo que la perturba se acentuara. Voy a verle porque quiero respuestas. Hay preguntas que no se dejan de repetir. Si lo prefieres nos iremos a un hotel.

—No, no..., no es eso, no me malinterpretes. No quiero que os vayáis, mi casa es vuestra casa, os quiero como mi familia y has sido tan generosa trayendo de nuevo a Isabella que solo puedo tratarte como lo que sois: mi familia. Tú eres como aquella hermana que nunca tuve, e Isabella..., ella significa mucho para mí. Ya sabes, la quiero como a una... sobrina, bueno, ya me entiendes, contigo no quiero fingir, la quiero como a una hija, aunque sé que es hija tuya.

—No tienes que justificarte, siempre que pueda verás a Isabella y sabrá

que tiene una madre que le dio la vida y otra que se la haría un poco más fácil, o eso intento. No sé en qué he fallado, Tareyja. Soy una mala madre..., ¿verdad?

—Yo me la llevaría de aquí, Sara, y espero que no te enfades conmigo, he llamado a tu marido. Le he dicho que tienes que volver lo antes posible.

Las noticias se veían en la televisión mientras ellas seguían hablando. Una reportera hablaba de noche mientras había caído la supuesta nevada.

—Pues no, señoras y señores televidentes, no ha sido una nevada lo que hemos vivido esta noche. Todos nos hemos levantado y algunos hasta lo han podido vivir en tiempo real. La supuesta nevada se produjo más o menos a las cinco y media de la mañana y la causa ha sido lo más insólito —acabó la reportera para dar paso a un vídeo increíble del origen del fenómeno.

El impresionante plano se abría en una imagen aérea de una montaña en llamas mientras una voz en off explicaba la erupción de un volcán cercano que había emanado gran cantidad de cenizas, cubriendo por un par de días, según las previsiones meteorológicas, el cielo de gran parte de Sao Paulo y sus alrededores. No se habían registrado casos graves, pero hablaban de algunos heridos por quemaduras en las zonas más cercanas al volcán. La emanación fue leve, pero la mezcla de gases y la nube de cenizas dificultaban el tráfico aéreo y se habían suspendido la mayoría de los vuelos para salir del país. Por lo menos Sara había encontrado una explicación casi lógica a la extraña nevada que habían presenciado. No tenía ninguna intención de adelantar el viaje de vuelta, pero, aunque quisiera, no iba a ser posible. Sara le preguntó a Andiara si era imprescindible que Isabella fuera a conocer a aquel hombre.

—Es necesario, sin verla no podrá saber las almas que pelean por ocupar la vida de Isabella.

—Tía, no asustes más a Sara, la niña no se moverá de casa y Sara tampoco —intervino Tareyja poniéndose en la puerta de la cocina, mientras los chicos iban llegando, frotándose los ojos y sin articular ni una sola palabra.

Era sábado, no tenían que ir a la escuela, así que tomaron su desayuno y le pidieron permiso a su madre para salir a jugar con los amigos. Isabella no iría con ellos. Sara consiguió que se quedara dibujando en el salón, mientras ellas hablaban entre susurros, creyendo que evitarían que se enterara de la conversación.

—Quiero ir si es lo que tú harías con tu propia hija, Andiara. Te dejaré claro que, si lo primero que pide ese hombre es dinero, nos podemos ahorrar ir a su casa. Estoy pasando por un momento que no se lo desearía ni a mi peor

enemigo. Ni mis personajes se han visto en estas situaciones ¿Cómo sé que puedo confiar en él? Algo me dice que tengo que hacer caso a Tareyja e irme en el primer avión.

—Yo creo que es todo lo contrario, eso demuestra que debe estar aquí — la anciana señaló la televisión, en la que se terminaba de confirmar la cancelación de todos los vuelos durante las próximas veinticuatro horas.

En menos tiempo de lo que esperaban estaban montadas en el coche de otro conocido de la favela. Allí todo se arreglaba con la gente en la que confiabas para según qué cosas y el conductor parecía bastante amigable y dispuesto a ayudarlas. Sara colocaba el vestido de Isabella, que, a su vez, imitaba a su madre con su muñeca, haciendo los mismos gestos.

Estaban cerca de la dirección donde vivía el hombre al que iban a ver. Isabella se empezó a poner nerviosa, mirando por la ventana como si estuviera en un coche con personas que no conocía. Sara tomaba unas notas en un cuaderno que más tarde usaría para escribir su siguiente novela.

La niña estaba cada vez más alterada y había arrancado el vestido de la muñeca mirando a todas partes y mostrando la parte blanca de los ojos con una mirada demente. Sara le pidió al conductor que parara. Tareyja le tradujo y él respondió que estaban muy cerca. Hizo un gesto con los hombros, pero paró con un volantazo un poco brusco. Aparcó a la entrada de la zona de casas donde vivía el anciano. El conductor le dijo a Tareyja que preguntaría por el viejo mientras ellas hacían lo que tuvieran que hacer. Isabella seguía sentada mirando al frente y casi hiperventilando con cara de angustia.

—¡No teníamos que venir aquí! —soltó una carcajada que asustó al conductor que ya estaba a unos cuantos metros del coche—. Pero si te gusta jugar, jugaremos los cinco. Yo ya sé quién va a ganar.

—¡Isabella! ¿Qué estás diciendo?! Me estás asustando ¡Despierta! —le decía mientras la sacudía violentamente, tanto que Tareyja tuvo que pararla para evitar que le hiciera daño sin querer a la pequeña.

Sara sentía frustración y rompió a llorar como nunca, desconsolada y agotada de hacerse la fuerte con su hija y aquellas mujeres allí. Estaba aterrada porque se daba perfecta cuenta de que era la niña la que le provocaba aquel terror... No podía ni siquiera soportar pensarlo. Seguía llorando a lágrima viva, mientras veía a Isabella abrazada a Tareyja fuera del coche. La niña tenía la cabeza recostada en su hombro y parecía estar sosegada, mirándola.

Tareyja estaba cantándole una canción que Sara no podía oír. Se secó las

lágrimas e intentó recomponerse, pensando que podía coger aquel coche y escapar de allí sola, dejar a Isabella con la madre que le dio la vida, con la que parecía entenderse mejor que con ella. Recordaba que Isabella vivía contando los días y esperando la conexión por Skype con su familia de Brasil; entonces se dio cuenta de que ella misma había fomentado aquella relación y le había puesto la etiqueta de familia. Hasta pronunciaba mejor el nombre de Tereyja que ella misma. De nuevo la atormentó el sentimiento de mala madre por querer dejar allí a su hija deseada y amada. Allí mismo, en el coche, sintió que el miedo le había atravesado el alma con su oscuridad y estaba convencida de que no podría arrancarlo. No fue solo una sensación, también experimentó cambio dentro de ella, su cuerpo reaccionaba con rechazo ante la cercanía de la niña a la que adoraba y temía por partes iguales. Una contradicción con la que sintió que se le escapaba el alma y le desgarraba las tripas.

Andiara ayudó a bajar a Sara del coche para intentar hablar con ella, después de dejarla desahogarse. No le había quitado ojo. Desde que empezó a llorar pudo leer en sus gestos la mayoría de los sentimientos que afloraron en ella; sabía bien por lo que estaba pasando.

—Niña, no debes temer a tu hija, ella no tiene la culpa de ser pura. El que la busca lo sabe y por eso... no tiene prisa, no le hará daño. Ahora vamos a ver a Joao, por favor. Él nos dirá qué hacer y luego podrás preocuparte. Debes actuar, por tu hija y tu familia. Tú eres la que decides, pero solo tendremos una oportunidad. Si él nota que le estamos buscando, se negará a recibirnos; lo conozco, también teme como tú y como yo. Tampoco confío en que nos reciba, aunque lleguemos a su misma puerta...

—No entiendo nada, Andiara, quiero decir —había entendido lo que decía la anciana en su idioma—, ¿no sabemos si querrá ver a Isabella? Entonces, ¿qué hacemos aquí? Esto es una locura. No, espera —espetaba—, estáis todos locos..., y yo también me estoy volviendo loca. ¡Vamos a verlo! Ahora sí que vamos a verlo. Si mi hija está poseída por un espíritu —dudó al decir la frase—, o lo que sea que le pase, quiero saberlo y ya veré cómo la podemos ayudar. Conozco a personas importantes de la Iglesia a las que puedo acudir.

—Tus sacerdotes no pueden ayudarte, niña, los usarían como marionetas para engañarte y seguir con su diversión. No hay religión que pueda separar un alma que ha elegido su sacrificio. ¿Recuerdas? Aquella gallina no murió cuando debía. No hay solución, reza a tus dioses por tu familia si eso te hace sentir mejor, pero ahora debemos verle, date prisa o se hará tarde para volver,

los niños se quedaron solos en casa —acabó esta vez la anciana, acompañándola de nuevo a subir al coche donde ya se encontraba Isabella con Tareyja.

A los pocos minutos estaban frente a una casa pequeña que destacaba de las demás por la larga entrada con vegetación que la flanqueaba. La propiedad no eranada lujosa, pero se podría decir que disfrutaba de ciertas mejoras, ya que las magias del anciano habían curado algún que otro mal y eso se le había convertido en riquezas. No cobraba. Al contrario de lo que pensaba Sara, jamás pedía nada a cambio, ni siquiera nombraba la palabra voluntad. Si decidía ayudarte, lo hacía y, si tú querías compensarle, lo recibía de la misma manera que si no fuera nada. Prefería que fuera una especie de trueque justo que la mayoría de las veces se quedaba en trabajos en la casa, las mejoras visibles del exterior. Se decía que rechazó mucho dinero a uno de los delincuentes de la zona, pero no se negó a ayudarlo.

La vieja puerta de madera de la casa de una planta apenas se abrió cuando el coche aparcó justo por el lado derecho, dejando la ventanilla de Isabella como si fuera un escaparate protegido para ella. Negaba con la cabeza, a la vez que frotaba el vestido de la muñeca de nuevo, con fuerza, como si quisiera colocarlo, pero con saña, sin dejar de mirar la casa. Salió una mujer joven, con la piel del color del caramelo tostado, sin ni una sola marca, con una uniformidad casi de otro mundo. Isabella se calmó al verla; ella misma abrió la ventanilla para ver mejor a la mujer, paró a la mitad la ventana y abrió la puerta, bajándose la primera del coche, mientras la tía Andiarra contenía a Sara con la mano para que no la siguiera.

—Déjala hacer.

—No puedo hacer eso, es mi hija y no iré sola a esa casa —se bajó del coche y pegó un portazo viendo por encima del techo a Isabella que había vuelto la cara para mirarla.

La niña le hacía un gesto con la palma hacia ella indicándole que parara. Y así se quedó, inmóvil, intentando serenarse, pues pensaba que era otra de sus paranoias. El teléfono móvil vibró, dándole un susto de muerte. Isabella seguía acercándose a la mujer, que la esperaba sonriente en el umbral de la entrada.

El conductor le dijo a la tía Andiarra que estaría fuera de la propiedad; le daba escalofríos estar cerca de la casa, era muy supersticioso y también se imaginaba al viejo como un brujo. Se marchó dejando allí a las tres mujeres.

—Hola, pequeña. ¿Vienes a ver a mi padre?

—No, mi madre quiere verle, yo no quiero estar aquí.

—Está bien, mi padre quiere recibirlas —le había dado la orden desde dentro con un golpe de su bastón, sentado en su sillón de orejas y oyendo una radio que parecía tener más años que él, que contaba con 86.

—Yo no puedo entrar, a mí no puede ayudarme... —Andiara se dirigió a Tareyja—, debes entrar tú con ellas, además podrás ayudar con el idioma.

—Tía, yo ni siquiera quería que Sara trajera a la niña, no puedes hacerme esto.

—Sabes que es imposible... ¿Vas a dejarlas solas?

Como si no tuviera otra opción y pensando en ayudar a Isabella, Tareyja avanzó, dando pie a Sara a hacer lo mismo detrás de Isabella, que entraba en primer lugar, arropada por la bella Felitzia Belomonte.

Allí lo encontraron, sentado en su sillón del que parecía moverse poco. Con su bastón de madera en su mano izquierda, mirando al frente, con una televisión apagada y la radio puesta. Lo primero que impactó a Sara fueron sus ojos. Tareyja tampoco sabía que era ciego, pero su blanquecino color en el iris delataba la evidencia. La luz de la sala era tenue, pero se veía bien. Estaban en un agradable salón con olores a incienso y algunas velas que Felitzia cambiaba, encendía y atendía diariamente. Lo cierto era que el anciano no les parecía tan oscuro después de todo. Este miró en la dirección en la que se encontraba Isabella y dijo:

—¿Sabes quién soy? —El silencio se hizo y las respiraciones se contuvieron, incluida la de Felitzia, hasta que Isabella contestó:

—Claro que sé quién eres, viejo, no sé cómo puedes esconderte en una piel tan podrida. Ahora lo entiendo, ella... —y miró a Felitzia, que le devolvió un gesto de asombro y mezcla de miedo en sus ojos—..., vas a prepararla para quedarte, ya veo que no todos son tan buenos.

El anciano Joao veía susurros de los muertos alrededor de la niña, que dibujaban sombras, gritos y risas macabras. La habitación se volvió oscura y vieja, plagada de insectos y ratas que rodeaban sobre todo a Isabella y a su madre. Dio un fuerte golpe con el bastón y le pidió a Felitzia con un gesto de su cabeza que hiciera lo que le correspondía y así saldría también de aquellos terrores traídos por los huéspedes de la niña. La voz de Felitzia salió de su garganta, inundando todo el espacio con su tono hipnótico. La melancólica y cálida nana sonaba susurrada y única, como si la sutileza de aquella ejecución fuese de un nivel celestial. A los pocos segundos, el gesto de Isabella, hasta ahora desencajado, comenzó a relajarse, soltó la maltrecha muñeca dejándola caer de su mano y perdió el control de sus sentidos. Se desmayó, esta vez

cogida por Felitzia, que se adelantó como si supiera de antemano lo que iba a pasar.

Sara y Tareyja se acercaban mientras el bastón del señor Joao hacía de barrera para que no osaran interrumpir a Felitzia. Sara lo miró a los ojos y no vio su blanquecino color; se quedó con su mirada que le transmitía serenidad y una absoluta seguridad de saber lo que estaba haciendo, teniendo en cuenta que no se había movido casi de la postura cómoda que conservaba en su sillón. Tareyja abrazó a Sara y le pidió calma.

La voz seguía sonando como proyectada desde la boca de una diosa, con una tesitura antigua, controlada y clara. Aun sin saber el idioma, aquella melancolía parecida al fado traspasaba el alma de los presentes, incluidas las más oscuras, que se rendían, como la niña, pero disolviéndose en el suelo en una neblina negra y putrefacta, esta vez solo a la vista del anciano. Felitzia no podía verlos, pero sí podía sentirlos. Sabía que su poder se debilitaba y llevaba varios días preparándose para aquel encuentro.

Isabella comenzó a toser como si acabara de salir de un lago del que había sido rescatada. Soltaba agua y se recuperaba entre los espasmos de la tos, incorporándose y despertando, ahora sí, de aquel extraño trance. La niña rompió a llorar y el anciano invitó a su madre, con un gesto de su cabeza, a ir a abrazarla. Así lo hizo, viendo por fin en los días que llevaban allí, a su pequeña cansada, con sus ojitos caídos y llorando como lo que era: una niña de cinco años que no sabía lo que le pasaba. Felitzia apagó suave su voz y dejó a todos en un completo silencio.

Al poco rato, el anciano se levantó de la silla para encaminarse al baño, donde se oía como si estuviera sufriendo violentas náuseas. Cuando volvió parecía también cansado y, con la habilidad de un vidente, se volvió a su silla, secando su sudor con un pañuelo blanco que le había facilitado Felitzia; todo orquestado en un elaborado ritual que acababa de concluir. También trajo agua para todos los que estaban, pero ofreció un primer vaso a su anciano padre y otro a Isabella, pues sabía que tenían que saciar su sed. Sus creencias le habían enseñado que el agua purificaba y que, después de una experiencia similar, beber era lo que más les reconfortaba. Sara y Tareyja no la probaron. Todavía seguían a la espera de una explicación que llegaría de inmediato.

—Me llevo a su hija fuera con la anciana. No se preocupe, ahora estará bien por un tiempo —Joao asentía mientras Felitzia sacaba a Isabella. Esta recogió su muñeca y le colocó la ropa, bastante extrañada, preguntándose por qué estaba desgarrada. Salió guiada por Felitzia del hombro.

—Bien, tengo una duda: las dos sois las madres de la criatura que habéis traído para que vea. ¿Por qué hay un vínculo de sangre y otro distinto, más familiar?

—Ambas somos sus madres. En realidad, Tareyja prestó su vientre para que mi marido y yo pudiéramos tener una hija. Esa es la explicación, no sé si responde eso a su pregunta. Y dígame, ¿qué ha visto, qué le pasa a mi hija?

—Cuando entró no era ella, ya era un espíritu antiguo, un demonio tirano que disfruta atormentando las almas y ha encontrado una joven con la que saciar sus más oscuras atrocidades. No debería estar con ella y creo que la mujer a la que no pude recibir en su día tiene la culpa por atreverse con una magia prohibida que ni yo mismo me atrevo a rozar. Es demasiado joven en su conocimiento, ahora veo que ha pagado caro su atrevimiento.

Tareyja le confirmó lo sucedido en el primer viaje a Brasil de Isabella y este entendió que a la anciana tampoco la movía ningún tipo de interés. Quizás indirectamente sí, pues su familia había recibido un dinero bastante generoso por el pago de la gestación subrogada.

—Su hija no solo tiene un huésped queriendo quedarse con ella y destruir todo su entorno. Intentará engañarles con riquezas, éxito, lo hará hasta en lo más simple y cotidiano. Utiliza los estados de vigilia del sueño para sugestionar a sus elegidos, de los que solo quiere sufrimiento, locura y desesperación, pues de eso se alimenta. La niña tiene ahora un arma que puede usar en su beneficio: esa canción que ha aprendido la ayudará a apaciguar la sed del más peligroso, pero no hará que se vaya. Solo le servirá si el otro huésped quiere ayudarla. Ahora necesita a los dos, ambos se controlan por el mismo fin: quedarse con su alma.

Sara pasó más de una hora oyendo las historias antiguas sobre aquellas creencias cercanas a la santería y mezcladas con una magia oscura más parecida al vudú. Aprovechó para anotar algunas cosas que consideró importantes para poder buscar más información e intentar entender mejor lo que aquel hombre le contaba tan convencido. El anciano, en un momento determinado, se despidió cordialmente alegando que estaba cansado y necesitaba hacer sus propios rituales de protección después de liberar la parte oscura de su ser que solo en dos ocasiones había tenido oportunidad sacar. Les contó que recibió su don y su huésped cuando presenció la muerte de su padre a los doce años, sin detenerse en detalles y en los años que vivió como el maldito del pueblo por una bendición que nadie, ni vecinos, ni familia, entendía como tal.



Capítulo 23

Una cita con el pasado

Juan y Lola salieron de la clínica de Kai. Ella no parecía contenta con los resultados. Allí le confirmaron su embarazo, pero también le advirtieron de que podía ser un falso positivo. Lola comprobó con curiosidad que en el hospital psiquiátrico donde se encontraba Esther, la madre de Paula, tenían intención de que se quedara ingresada a toda costa. Juan la dejaba indagar en sus pensamientos sin preguntarle nada. Creyó que necesitaba tiempo para asimilar todos aquellos sucesos tan extraños. Se dio cuenta de que a lo mejor necesitaba un poco de ánimo y el trabajo parecía ponerle las pilas.

—¿Por qué no vamos directamente a mi piso?

—¿Me estás proponiendo que consumemos nuestra aventura? —Lola trataba por todos los medios de salir de aquel agujero oscuro en el que tenía sus pensamientos y se dio cuenta de la intención de Juan de mantenerla ocupada.

—Claro, agente, me pone usted mucho, sobre todo con el uniforme y la porra —Juan soltó una carcajada y se dio cuenta de que a lo mejor se había pasado con la broma, después de todo no tenían ese nivel de confianza, pero entonces Lola rompió a reír a carcajadas como nunca.

—Vale, capto la idea, seguimos trabajando, vamos a tu apartamento, yo también tengo ganas de ver lo que contiene la cinta. Ojalá funcione tu VHS. Joder, por qué no habrá enviado un *pendrive*, un DVD o un CD...

—Está claro que está ligado a alguna explicación, yo también tengo curiosidad por verlo. Además, si no funciona el VSH, tengo un as en la manga —contestó Juan arrancando el coche—. Conozco a alguien que tuvo un videoclub en la zona, un rollo de varios veranos que pasé allí, el tema es cómo localizarle. Hace varios años que no vengo, tuve que alquilar el piso un tiempo, así que me despegué mucho de esta tierra donde encontré tan buenos momentos.

—Curioso, me hablas como a una amiga, es lo que más necesito en este

momento. Me acabo de dar cuenta de que, desde que murió Paula, no había tenido ningún amigo con el que compartir confidencias, y eso que la fiesta que me preparó Kai estaba llena de conocidos.

—Bueno, si te sirve de algo, mis relaciones personales, sobre todo con amigos, no es que sean precisamente mejor. También eres lo más parecido a un buen amigo que tengo, nadie sabe tanto como tú sobre mí, eso será por algo.

—Porque soy poli, tío, no te olvides —y siguieron riendo y comentando vivencias hasta que llegaron al apartamento.

Juan entró directamente al trastero y allí estaba el viejo aparato en su caja ya reforzada con cinta adhesiva y con todos los cables necesarios. Subieron al piso y, al llegar al salón, Juan se sintió como un idiota al darse cuenta de que no tenía tele. Los últimos inquilinos tenían la suya propia y se acababa de acordar de que estaba también en el trastero. Dejó a la agente Blumer en la casa mientras bajaba a por la televisión que pesaba bastante; una LCD que les serviría perfectamente para poder ver la cinta. Lola aprovechó la coyuntura para dar un paseo por el salón, mirando algunas fotografías donde aparecía Juan de joven y otras tantas de cuando estaba con su esposa. Le pareció cuanto menos curioso, no el hecho de que las conservara, sino que las expusiera en su casa de verano.

—Ya está, aquí viene la tele. Vamos a probar, te va a tocar elegir un buen restaurante, agente.

—Dalo por hecho —contestó con pocas ganas de seguir bromeando, ya que tenía curiosidad y a la vez temía lo que pudiera ver en ese vídeo.

En unos quince minutos estuvo todo dispuesto para darle al botón del play y ver los secretos de *El mago de Oz*. La calidad de la grabación era tan mala y el aparato tan antiguo, que decidieron usar el mando para adelantar la cinta. A los tres cuartos de hora de película nada parecía raro, ningún corte, ninguna frase.

—Espero que el mensaje no esté encriptado en el argumento, sería buscar una aguja en un pajar —añadió Blum con cara de hastío, controlando no ir muy rápido, pues tenía miedo de que la cinta se quedara atascada. Le había pasado alguna vez en su adolescencia, aquellos aparatos eran expertos en comerse las películas y destrozarse parte de la cinta. En este caso no parecía que fuera a pasar. Se fueron acomodando, intuyendo que la parte interesante vendría al final de la misma..., *e voi lá*, después de unos segundos de agüilla, se enfocó una imagen un poco mejor grabada.

Mostraba una silla vacía mientras el movimiento de la cámara delataba que alguien intentaba manipularla y ponerla en marcha. Entonces apareció un hombre corpulento, con demasiada ropa, intentando ocultar su fisonomía y rostro. El dispositivo estaba colocado de tal forma que no era fácil calcular su altura y varios datos que Blum ya se afanaba en grabar en su cabeza. Se sentó frente al objetivo. Llevaba la máscara de una bruja verde, parecida a la bruja del oeste, de esas de látex malo que cubren toda la cabeza hasta el cuello. Los ojos era imposible verlos, llevaba gafas de sol bajo la careta.

—Este sabe lo que hace —añadió Lola mientras seguían atentos.

—Hola, agente Blumer. Tengo una petición especial para usted: quiero pedirle una cita —la voz estaba distorsionada—. No voy a decirle que no llame a la Policía, porque en este caso sería absurdo. Debe venir a la dirección que voy a darle a las tres de la tarde si quiere saber lo que le pasó a su padre. Traiga esta cinta con usted.

Lola se quedó petrificada, no se esperaba aquello, pero la persona que había detrás de la máscara estaba segura de que acudiría sin preguntar.

—Sí, su padre —siguió el extraño mensajero—. ¿Y si le dijera que no fue una bala perdida lo que le mató? Venga sola. Si trae compañía, alguien de su entorno podría salir perjudicado.

La cinta se volvió de nuevo agüilla y ruido después de que aquel hombre diera la dirección. Lola miró la hora. Eran las dos y media del mediodía, por sus cálculos llegaría tarde y no había tiempo para pensar.

—Mierda, sé que es una trampa, Juan. ¡No me mires así! Tenemos que hacer algo.

—Ese tío da escalofríos, agente, es una trampa de libro, de esas que dices en una peli: «a que baja el tonto al sótano, ya verás». Perdona que sea tan irónico, pero en estos casos me pongo nervioso. ¿Qué tiene que ver tu padre? Si no quieres contestarme lo entenderé.

—Pues, si te digo la verdad, no lo sé... ¡Date prisa! Tenemos que salir ya. Te quedarás cerca con el coche, pero tengo que entrar sola. Es un polígono industrial, seguro que es una nave. Es una trampa de libro, sí, pero el que la ha preparado sabe que iré. Lo de mi padre es algo que solo puede saber alguien que me conoce bien y eso me asusta...

—Espera, Lola, ¿y si detrás de todo esto hay algo más, quiero decir, algo más gordo y lo que quieren es hacerte daño..., o algo peor? Recuerda que tú misma piensas que han intentado que te quedaras en ese hospital.

—No hay opción, ¿tienes una cinta VHS?

—No sé... ¿para qué?

—Pues para cambiarlo por esta. La pegatina es reciente y en un primer momento no se notará que no es el mismo vídeo. Usaré la misma carcasa y tú te quedarás con el original. Si no vuelvo o me pasa algo, serás responsable de hacerlo público y siento decirte que no sabría aconsejarte en quién puedes confiar.

—Joder, Lola, esto es mucha responsabilidad, esta mierda va en serio, creo que me recuerdas a Paula, aquel día, sus palabras... Debes tener cuidado, espero que funcione.

Al cabo de una hora estaban en el coche. Lola había intercambiado la cinta y dejado a Juan dentro, a un par de calles de aquella zona del polígono que estaba bastante abandonada. Apretó el paso todo lo que pudo y se agarró el hombro un par de veces por las punzadas de dolor.

Llegó a la altura de una puerta de metal enorme con otra más pequeña entreabierta. Pasó y, aunque no había luz eléctrica, pudo observar el lugar sin dificultad. Los ventanales rotos de la nave a ambos lados dejaban pasar gran cantidad de rayos que se proyectaban por su camino. Al final de la nave, diáfana y con la mayoría de las paredes decoradas con pintadas de haber sido ocupada por los jóvenes, se abría otra puerta que se encontraba a unos cien metros de la entrada. También estaba abierta; daba a una habitación más pequeña y peor iluminada. Allí estaba su cita, en la misma silla que había usado para grabar el vídeo y con la cara al descubierto.

—Blum, esta vez te has pasado, te pareces demasiado a tu padre —Lola casi se desmaya al verle—. Si no hubieras ido al hospital o si te hubieras quedado allí, quizás las cosas serían distintas, ahora no estaría haciendo esto —ella había desconfiado de Millán, pero lo que no esperaba es que estuviera dispuesto a matarla. El comisario portaba un arma que le estaba apuntando directamente a la cabeza.

No retrocedió al verle, aunque notó que perdía un poco el equilibrio. Él estaba seguro de que estaba sola y quiso darle una explicación al mensaje antes de que ella le preguntara nada.

—Tu padre se metió con la gente equivocada, igual que tú estás haciendo ahora. En aquella época, ambos estábamos propuestos para el puesto de comisario e indudablemente él tenía todas las papeletas para serlo. Era un buen policía, mucho mejor que yo.

—¿Quieres decir que le mataste tú por el puesto? No puedo creer lo que estoy oyendo, Millán, fuiste como un padre para mí, me consolaste mil veces

en su duelo y ahora... ¡Joder! ¡¿Eres un puto psicópata o algo así?!

—No fue por eso..., era mi compañero y yo lo quería como te quiero a ti. Él descubrió un asunto de tráfico de drogas en el que tuve que pasar la mano. Yo no le maté, Lola, pero tampoco pude evitarlo — mintió.

—¿Te estás justificando antes de matarme? —le preguntaba mientras se acercaba lentamente a él, desafiándole con una mirada de odio y sin ningún miedo ante el cañón que apretaba con fuerza su frente.

—No he dicho que vaya a matarte —Lola recibió un golpe en la cabeza mientras veía la imagen del comisario desapareciendo, para dar paso a la oscuridad.

Juan esperaba en el coche impaciente. Ya hacía más de media hora que Lola se había marchado y decidió a ir a buscarla en un impulso incontrolable. Cuando estuvo a la altura de la puerta de la nave la encontró cerrada a cal y canto. No dudó un minuto y, antes de aporrear la puerta, intentó dar la vuelta a la nave para tratar de encontrar otra forma de acceder. Vio una de las ventanas, la más cerca del suelo, pero estaba enrejada, así que ni se planteó intentar entrar, aunque uno de los barrotes estaba bastante separado. Para un niño valdría, pero no para un hombre como Juan. Se agarró a la ventana y subió como pudo para intentar ver algo del interior por uno de los cristales rotos. No vio nada. La puerta por la que pasó Lola le pasó desapercibida, oculta por las sombras. Oyó un ruido claro de motor. Se bajó de un salto de la ventana y se torció un pie al caer. Intentó seguir corriendo a pesar de la cojera, pues el ruido venía de la parte trasera. Se escondió en una esquina para mirar con prudencia y le dio tiempo a ver una furgoneta alejarse y un coche detrás, lo bastante lejos como para que no vieran nada por los retrovisores. Pensó en usar el arma que llevaba y que no le había contado a Lola que tenía. Estaba escondida en una caja del trastero y la última vez que fue a buscar el reproductor, se la guardó con gran habilidad. Él sabía que Lola sí iba armada, pero no le había dado tiempo ni a plantearse poner la mano en la empuñadura. Juan no sabía qué hacer, estaba seguro de que se la habían llevado o, quizá, algo peor...

«¿Qué puedo hacer? Dios, ¿por qué me habré metido en este lío? Con lo tranquilo que estaba en la escuela», pensaba rascándose la cabeza. En ese mismo momento recordó que tenía el móvil de Lola en el coche y pensó que aún podía hacer algo.

Sacó el teléfono de la guantera y recordó que Lola le dijo que no confiara en nadie, pero que, si tenía que pedir ayuda, que el primero fuera Kai.

Encendió el teléfono y recordó el patrón en la pantalla que usaba Lola para abrirlo. Con el teléfono encendido entró en la agenda para buscar el contacto de Kai, cuando entró una llamada. El sonido del teléfono le asustó tanto que tocó sin querer la bocina del coche, lo que hizo que el susto fuera mayor. El contacto de la pantalla tampoco era el que Juan esperaba. «El comisario» parpadeaba mientras Juan sopesaba qué hacer. Entonces se dio cuenta de que era demasiada coincidencia que el comisario llamara en ese preciso instante.

La llamada cesó y Juan suspiró aliviado. Pensaba que no podía arrancar el coche sin comprobar que Lola no estuviera en la nave. Tenía que hacer algo.

—¿Pero el qué? No puedo llamar a la policía... —de nuevo el teléfono comenzó a sonar. El mismo contacto. Esta vez lo puso en silencio—, joder, joder, ¡joder! ¡¿Qué hago?! —repetía en voz alta.

Juan arrancó el coche imaginando a Lola moribunda en el suelo de la nave, pidiéndole ayuda. Esperó no equivocarse en que, si había una furgoneta, era porque se la habían llevado de allí. De momento, lo único en lo que pensaba era en salir de aquel polígono abandonado e ir a su casa en Torremolinos a pensar el próximo paso: ¿Qué haría con el móvil? ¿A quién llamaría? ¿Cómo podía saber si Lola estaba viva y dónde?

Miró otra vez el teléfono, que no paraba de sonar, y al lado la llave de aquel código postal con el número del salmo...

—Estás como una cabra, Juan, no puedes seguir con este asunto, se escapa de tu control y aún más de tu conocimiento —hablaba mientras se miraba en el espejo nervioso.

Cogió la llave, la apretó con fuerza y sintió que debía ayudar a Lola de alguna manera o, por lo menos, intentarlo. Tenía que llamar a Kai, aunque tardó bastante en decidirse. Antes de marcar ensayó en alto.

—¿Y qué le digo? Hola, soy el amigo de tu mujer, el que durmió anoche en tu casa. Resulta que ha desaparecido, tal vez le ha pasado algo malo y yo tengo todas sus cosas, hasta su móvil... —él mismo negaba poniéndose en situación.

Al poco rato estaba en su apartamento dando vueltas como una peonza. Le resultaba muy complicado tomar una decisión y se le ocurrió algo desesperado. Llamar de forma anónima y denunciar la desaparición de Lola, decir que había visto cómo se la llevaban a la fuerza. Se despejó un poco tomando un vaso de agua para ver si se le aclaraban las ideas y le vino bien. Se le ocurrió pasar los contactos de Lola a su móvil y apagarlo. El teléfono debía dejarlo en la nave de nuevo.

Así lo hizo y en menos de media hora estaba en aquel polígono desierto,

dejando el móvil de Lola tirado en la puerta trasera de la nave, cerca de las marcas que se veían perfectamente del acelerón de las ruedas. Lo había limpiado a conciencia, como haría un delincuente para intentar borrar las huellas, y, en menos de dos minutos, regresaba al piso donde comenzaría a pensar en un plan para encontrar a Lola.

Capítulo 24

Déjà vu

Lola empezó a tomar conciencia mientras despertaba a cámara lenta. Tenía una punzada de dolor en la cabeza, como una migraña insoportable que la había terminado de espabilar. Sentía que no podía moverse de cabeza para abajo. Estaba atrapada en su propio cuerpo. Solo era capaz de menear los ojos. Poco a poco, empezaron a llegar luces hasta su retina que le ayudaron a reconocer un sitio que le resultaba familiar. Era la cama de un hospital a cuyos pies encontró a alguien observándola. En un principio le costó reconocerlo, hasta que reparó en el rostro de Kai. Notó al mirarle cómo las lágrimas comenzaban a inundar sus ojos, como si esas lágrimas quisieran decir muchas cosas; conocía bien a su marido.

—Cálmate, cariño, no te preocupes. Estarás cansada —él la contemplaba con ternura, pero su mirada estaba perdida. Tenía ojeras de haber estado la noche anterior despierto desde que llegó de Londres.

—Kai, ¿dónde estoy, que me ha pasado?

—Has tenido un ataque de pánico, una reacción alérgica a un medicamento que casi te deja en coma. Llevas así desde que me fui de Londres.

Lola notó el leve dolor de su hombro y todas las imágenes brotaron de golpe en su cabeza. Ahora no tenía dudas, no había sido un sueño, por lo menos lo del accidente, pero antes de que pudiera decirle nada, Kai intervino a la vez que se abría la puerta de la habitación.

—Mira quién ha venido a verte —añadió con dificultad en el habla como si su lengua de pronto no supiera qué hacer.

Kai la miraba con una cara extraña que empezó a desfigurarse por una violenta contracción. Se levantó y cogió su mano. En su rostro Lola pudo ver como intentaba decirle algo. Le apretó la mano con tanta fuerza que movió su cabeza y le hizo una mueca de dolor; su cuerpo empezaba a responder. Millán se levantó para sujetar a Kai por el brazo, ya que estaba a punto de caerse de bruces. Kai en un último gesto lo apartó con poca fuerza, justo antes de sufrir otro espasmo que le hizo retorcerse y caer al suelo. Lola oía extraños

ronquidos que salían de la garganta de Kai. Pero aquellos sonidos guturales cesaron en una fina exhalación de aire y Kai acabó fulminado por la muerte con sus ojos desencajados clavados en dirección a Lola. Rezó porque todo fuera causa de los fármacos. Se retorció sin éxito, queriendo saltar de la cama, cuando vio a Millán allí, de pie, con cara de asombro mirando a Kai en el suelo. Sacó fuerzas de donde no le quedaban, recuperando parte del control de su cuerpo, y comenzó a gritar.

—¡Kai! ¡Contesta, cariño! ¡¡Kai!! —Lloraba desconsolada—. Le has matado tú. ¡¿Qué le has hecho?! ¡¡También mataste a mi padre!! ¿Qué le has hecho, hijo de perra?

Pronto se percató de que estaba atada a la cama con correas para contener sus movimientos. Recordó la mañana en la que Sara Watson estaba en su misma situación. La diferencia era que sus correas estaban perfectamente ajustadas y las de Sara se soltaron con el roce del aire ante sus ojos.

—Lola, cálmate, según el médico llevas varios días desvariando y con pesadillas. Ellos te van a ayudar, debes hacerles caso.

—Es lo mismo que le hiciste a tu mujer, ¿verdad? Ella también te descubrió... ¡Soltadme, joder! ¡No podéis retenerme contra mi voluntad! ¡Mi marido se está muriendo! ¡Soltadme!

Varias personas del equipo médico atendían a Kai en el suelo. Lola seguía retorciéndose en la cama, intentando ver qué le había pasado. Estaba convencida de que estando en un hospital podrían ayudarle. Pero no se pudo luchar contra un coágulo en el cerebro que le provocó una embolia acabando fulminante con su vida en unos pocos segundos.

—Lola, estás enferma, pero no te preocupes, pronto estas pesadillas van a desaparecer. Ahora confundes la realidad con los sueños y es normal, has estado en coma, ya todo pasó...

—¿En coma? —aquello le robó casi todas las fuerzas que le quedaban, como si al ser consciente del trance, su cuerpo lo hubiera recordado también, dejándola como un muñeco de trapo mirando hacia el techo.

Una de las enfermeras entró en la habitación con una bandeja en la mano. Contenía una jeringuilla apoyada cuidadosamente encima de una gasa. El pinchazo fue directamente al brazo, con el que sintió una punzada por no estar preparada. Apenas en segundos, todo su alrededor empezó a desvanecerse. Todavía podía oír algunas voces distorsionadas y ralentizadas, como si su cerebro se hubiera vuelto lento unos pocos segundos antes de perder totalmente la consciencia.

—Hay que mantenerla sedada, no queremos que sufra más ataques hasta que finalice su tratamiento. Y saquen de aquí a ese hombre. Esta paciente es responsabilidad mía.

La agente Blumer, cuya consciencia estaba a punto de desaparecer por los efectos del sedante, reconoció aquella voz, como el último recuerdo que tuvo de aquel fatídico día. Era el doctor Michel Brown que había entrado con el resto de los sanitarios.

En mitad de la noche despertó recuperando algo de visión. Estaba en otra sala con más camas cerca. Unos monitores frente a las camillas de los enfermos pasaban extrañas imágenes. Los sueños llegaban y se iban con facilidad, como si estuviera en un estado de vigilia semiconsciente donde solo era capaz de ladear la cabeza en los momentos en los que se hacía fuerte y luchaba contra los fármacos. Despertaba de vez en cuando, llorando por la pesadilla de la muerte de Kai. Aquella realidad la desveló en las distintas noches y días que llevaba allí, pues aquel estado de sedación se prolongaría hasta que su voluntad fuera la de una marioneta.

Habían pasado concretamente cinco días de secuestro por la vida de Lola y ella solo recordaba con cierta claridad los instantes en los que le daban comida. Era un trapo, pero su mente se resistía a olvidar los momentos en los que despertaba. Como imágenes que no dejaban de brotar y se repetían en su cabeza, podía verse en distintas salas del hospital, entre sueños y en distintos momentos de tiempo. La manipularon a antojo, incluso se recordaba firmando unos papeles, pero su ser luchaba contra todo ese control, sin éxito. Hasta que la última noche se sintió más libre que nunca, ligera y con un control total sobre ella misma, como si estuviera suspendida en el aire dentro de su estado.

«¿Es posible tal cosa?», pensaba mientras se dejaba llevar en aquella nueva sensación.

Estaba experimentado lo más parecido a un viaje astral, esa era la única forma que se le ocurría de explicar aquel estado en el que se encontraba. Se sentía libre de su cuerpo y por encima de sí misma, viendo la cama, la habitación, pero sin ver a Kai, aunque lo buscaba. Con solo pensarlo, apareció en la morgue del hospital.

Reconoció el sitio por las características cámaras que contenían los cadáveres en nichos frigoríficos para conservarlos. Aquella imagen le trajo la sensación de frío. Una de las neveras se abrió a su altura y vio claramente el gesto de su marido, con el mismo rictus que tenía al caer al suelo. Ella no quería creerlo e impulsada por una corriente que no controlaba, cruzó varias

habitaciones para terminar lejos aquella morgue que parecía haberle mostrado un recuerdo, un *déjà vu* de su rostro. Algo que de momento ella no estaba dispuesta a asumir y que apartó de su mente dentro de aquel sueño.

Se dio cuenta de que podía avanzar con tan solo pensar en ello, traspasó los pasillos a gran velocidad, recorriendo varias plantas. Atraída por una ligera corriente, llegó a la altura de una de las camas de las habitaciones contiguas. La madre de Paula yacía bocarriba mirando al cielo. Cuando se situó sobre ella, percibió que aquella mujer podía sentir su presencia.

—Paula, ¿eres tú hija? ¿Por qué no me hablas? —decía en voz alta esperando una contestación.

Lola trataba de hablar sin voz, cada vez más cerca de su cara, pero justo cuando empezaba a notar que todo desaparecía, volvió a toda velocidad a su cuerpo, sintiéndose pesada y sin poder moverse, postrada en la misma camilla de hospital.

Seguía atada y en una prisión extraña. Era su cuerpo, del que no tenía forma de salir. Por primera vez deseó estar muerta, cualquier cosa era mejor que aquello que sentía.

«Otra vez esta prisión»...

Habían pasado más de veinticuatro horas en las que intermitentemente y sin noción real del tiempo, pudo experimentar estados leves de libertad, incluso le había parecido ver a Juan en una de esas visiones. Se le hacían demasiado realistas para que se quedaran en residuos de simples recuerdos oníricos.

Todas y cada una de las personas ingresadas se encontraban en una situación parecida, incluidos los dos hombres. Solo algunos de los enfermos experimentaron lo que le pasaba a Lola, pero llevaban tanto tiempo confinados que se habían cansado de luchar y vivían en un eterno sueño semiconsciente que parecía no pasar por el deterioro del tiempo.

Al quinto día de encierro, Lola amaneció con la sensación del sol en la cara, unos leves rayos habían querido colarse por la ventana para acunar su despertar. Estaba sentada en una silla de ruedas, rodeada de otros enfermos. Tenía la cabeza caída y la baba colgando de la comisura del labio que, en conjunto con su aspecto, le hacían parecer una demente más en aquel psiquiátrico. Sus ojos intentaban enfocar su entorno, tratando de mirar al frente, enseñando la parte baja del óculo blanca, sin poder levantar la cabeza. Oyó que alguien se acercaba a su oído y le decía algo mientras sentía otra punzada en el brazo que le hizo dar un ligero espasmo por el momentáneo

dolor.

—Lola, estoy aquí, no te preocupes voy a sacarte del hospital. Ahora tengo que irme, pero te van a ayudar. Soy yo, Juan...

Le dejó una jeringuilla en las piernas, pequeña, con la dosis justa de la misma medicación. Lola, por instinto, intentó mover la mano para cogerla y ocultarla debajo de la silla. Poco a poco empezaba a sentirse más consciente y veía con impotencia, sin poder hablar ni emitir ningún sonido, cómo Juan ataviado con un uniforme de mantenimiento desaparecía por las escaleras de su izquierda. Miró a ambas direcciones y comprobó con la poca habilidad que tenía que no había sanitarios cerca. Se puso la jeringuilla debajo de la pierna, con tan mala suerte, que se le resbaló y cayó al suelo.

Antes de que pudiera plantearse siquiera recogerla, vio que alguien se agachaba y se colocaba rápidamente detrás de ella para empujar su silla. Lola creyó que era un enfermero, se hizo la desorientada mientras el extraño la sacaba a la zona del patio donde daba más directamente el sol.

—Will, ¿qué haces con esa paciente? —decía una de las enfermeras encargadas de pasear y vigilar a los pacientes de la zona exterior en el patio.

—So... soolo queería, saacar a la nuu, nnueva al pa, papatio —era uno de los pacientes que más consciente estaba. Ayudaba a los sanitarios a acomodar a los demás enfermos en las distintas estancias y así se mantenía entretenido.

—Eso no te corresponde, Will, pero, anda, déjala allí, al lado del banco, que no debe estar con nadie. Ya sabes que los nuevos son revoltosos.

—Ss, sí dooctora —él sabía perfectamente que no era doctora, pero era como hacerle un halago que le funcionaría para empatizar con ella.

Lola estaba intentando contenerse. Se sentía fuerte como para levantarse y tratar de salir de allí corriendo, pero pensó que el control de seguridad estaría esperándola en el hipotético caso de que pudiera salir del edificio por su propio pie. Intentó ver el rostro de aquel hombre, dejando caer la cara como si no pudiera controlar el peso, mirando de reojo al improvisado celador que, a su vez, se hacía el despistado hasta estar lejos de la enfermera. Era la primera vez que veía a ese hombre, pero había algo en su cara que le resultaba familiar.

—No se preocupe, señora Blumer, soy William Saturday, pronto estaremos fuera de aquí —Lola se sorprendió al escucharlo susurrándole al oído sin tartamudear—. Guarde como pueda la jeringuilla, su compañero Juan está preparando algo junto con mi hermana y alguien más, pero hasta mañana no

será posible. Esté preparada, ellos saben que lo estará.

—¿Y Kai? ¿dónde está mi marido? Vendrá a por nosotros, ¿verdad? — balbuceaba algunas palabras.

—Señora Blumer, siento mucho lo de su marido —esas palabras se clavaron en su pecho como una daga. Eran la confirmación de lo que prefería ver como una pesadilla—. Haga lo que le digo, use este antídoto e intente fingir como hasta ahora que no puede moverse. No haga ninguna tontería, por favor, llevo años intentando desenmascarar a esta gente y he visto a muchos morir en el intento. No puedo pasar por alto mi encierro ni las atrocidades que he visto y vivido en carne propia en este sitio, y usted tampoco. Intente mantener la cabeza fría, y... lo siento de corazón, al parecer no sufrió. Por cierto —añadió acto seguido en un tono casi demente ladeando la cabeza a la altura de sus ojos—, su amiga Paula está ahí enfrente...



Capítulo 25

La caja de los truenos

Paula dejó que el tono se extinguiera y apagó la cafetera, mientras veía acercarse a Sofía con una toalla puesta y una sonrisa pícaro, secándose el pelo.

—¿Quién era? ¿Alguna amante secreta? —le preguntó haciendo el amago de quitarse la toalla.

—No, tonta, era mi padre. No quiero hablar de eso ahora... Bueno, sí, era una amante —siguió para olvidarse de todo y no rechazar la descarada proposición de Sofía—, muy guapa..., pero no te preocupes, no tiene tus... curvas. Ni me hace temblar como lo haces tú cuando me besas, ni tampoco me mira como lo haces ahora, ni se preocupa por mí en absoluto, solo quiere mi cuerpo y por eso es solamente mi amante.

—Joder, Paula, deberías escribir, te lo he dicho muchas veces. Si lo que quieres es ponerme cachonda, lo has conseguido. En serio, deberías de llamar a tu padre, querrá saber cómo estas, ayer se fue preocupado.

—¿Preocupado? Mejor luego, ahora paso del teléfono, sígame enfermera, me temo que me están entrando unos calores un poco raros y quizá usted pueda hacer algo...

El café y el bizcocho se enfriaron en la encimera de la cocina. Pasaron horas agotando la pasión contenida de un par de semanas en las que no habían tenido tiempo para su intimidad. Como les pasaba cuando se metían en algún juegucito para encontrarse, esta vez, fue especial, como si el mismo destino supiera que debía premiar la belleza de aquel amor tan puro y cómplice.

Sofía amaba a Paula por encima de todas las cosas. La miraba excitada recuperando la respiración, la besó y se retiró de nuevo para volver a contemplar su rostro, acalorado y sonrojado por el calor.

La había sacado de los problemas que una adolescencia difícil le habían acarreado. Tuvo asuntos con las drogas y se conocieron cuando lo estaba dejando. Paula la encontró tirada cerca de su casa, aturdida y temblando desorientada. Sofía le pidió ayuda para llamar a sus padres. Se había

escapado del centro donde estaba desintoxicándose, pero una cadena de acontecimientos al intentar comprar la cocaína para consumir provocaron que le robaran todo lo que tenía y la dejaran tirada a su suerte. Habían comentado entre ellas, cuando todo pasó, que el destino la había traído hasta Paula de alguna forma, todavía limpia y con una patada de la vida en el culo que le había despertado las ganas de seguir en rehabilitación. Lógicamente no pudo comprar la coca y gracias a eso y la llegada de Paula a su vida no volvió a consumir y tampoco necesitó de ningún centro para desintoxicarse.

—¿Te acuerdas de la noche que me encontraste? No me hubiera importado que me hubieras subido a tu casa.

—Estás emocionada por el momentazo que nos acabamos de pegar, cariño, entonces ni siquiera sabías que te gustaban las chicas.

—Es verdad, todavía andaba un poco colgada con aquel traficante del barrio. ¡Qué fuerte! Me acabo de dar cuenta, me has hecho olvidar mi época heterosexual. Es cierto, al margen de una chorrada de crías con una compañera del cole, jamás pensé que me podría enamorar de una mujer. ¡Y qué mujer! —hacía el amago de hacerle fotos y le ponía caras para que le hiciera poses—. Bueno me voy a dar una segunda ducha, aunque no me importa seguir en la cama si no tienes nada mejor que hacer.

—¿Cenar? Tenemos que cenar y tengo que hacer dos cosas, una de ellas es contarte algo. Nos duchamos rápido y nos cenamos una pizza.

—¿Otra vez pizza? —de alguna forma Sofía quería evitar la conversación. Se temía que tuviera que ver con la enfermedad que su padre le había contado—. ¿Tiene que ver con la consulta de la psiquiatra? Quiero que tengas tu espacio, pero no me excluyas; igual que tú me ayudaste en su día, yo estoy aquí ahora, tú decides.

Paula decidió contárselo mientras hacían lo cotidiano. Terminarían la conversación preparando la pizza juntas...

—...Y eso es todo, Sofía, sé que ahora, como profesional de sanidad, te lo tomas todo muy en serio, pero no sé si quiero tomar esas pastillas. Ni siquiera la doctora, o así he leído yo en sus palabras, tiene claro que sea conveniente.

—¿Y dónde encajas tú lo de las visiones o lo que te pasó en casa de tu padre?

—Eso es lo que ninguno ha sabido explicarme, y tú tampoco, por lo que veo —en ese mismo instante le vino un recuerdo perdido hasta ahora en su mente de la noche anterior después de haberse quedado dormida en su apartamento...

«El timbre del interfono sonaba insistentemente y Paula despertó en el sofá con las arrugas y las costuras de la tela, marcadas en la cara. Parpadeó lo suficiente como para ver en la oscuridad con la poca luz que entraba por la ventana del salón.

—¿Quién es...? —Contestó con la voz aún dormida.

—Paula abre, soy yo, papá. Tengo que verte.

—¿Papá? ¿Qué haces aquí tan tarde? Deben de ser las 3 de la madrugada por lo menos. ¿Ha pasado algo? —no se le pasó por la cabeza que notara por el interfono que tenía más de un reproche—. Sube, pero estaba dormida, espero que sea importante.

Millán llegó a la entrada de su piso.

—¿Qué haces aquí? Es un poco tarde, ¿no? ¿Qué pasa? ¿Es mamá? —vio que su padre llevaba una bolsa de deporte consigo.

—No, cariño, no es tu madre. No pasa nada —por fin dio con el detalle que buscaba. La cinta y las cartas mal esparcidas en el sofá y con el gato y un cojín por encima.

—¿Has visto la película? —Paula notó que su voz era distinta, más fina y forzada, no reconocía al que era su padre en aquella voz.

—Pues si te digo lo que me ha pasado..., no me lo podía creer. Me he quedado dormida —y soltó una risa nerviosa para disimular, quería hacerle hablar más y ver su comportamiento.

—Paula, no juegues a detectives conmigo, sé que has visto el vídeo. Es parte de una investigación muy antigua que no se ha reabierto por falta de pruebas.

—Papá, ¿o debería llamarle... comisario? —añadió con ironía—. He visto un claro caso de abuso a una menor y no sé por qué todavía no he puesto una denuncia.

—Es un caso en el que no debes mezclarte. Pocos saben de su existencia. Como te digo está cerrado y no hay archivos, es solo algo de material que al final no se pudo vincular a un caso de la época. Casi me cuesta la carrera, pero tú no puedes acordarte, eras muy pequeña —la voz parecía ir tranquilizándose, o normalizándose, más bien, al parecer de Paula, que seguía curiosa la excusa de su padre.

—Espera, voy a ponerme algo y a cerrar la ventana, que entra corriente —dijo pensando en coger la sudadera que había dejado encima de su cama o el albornoz que estaba en el caliente toallas.

Al volverse, notó una punzada en el cuello y cayó fulminada por un sedante

muy potente preparado a conciencia por uno de los médicos del hospital. Millán se quedó allí de pie, mostrando tan solo una lágrima, como queriendo escapar del control que sufría, pero sin mostrar ningún otro sentimiento. Frío como el hielo, la agarró para que no se cayera, la acostó en la cama, pues tenía poco tiempo, y se dispuso a hacer lo que mejor se le daba, pero a la inversa. Con todo lo que había cogido de su casa recompuso la escena de la caída con las sábanas llenas de sangre, con las que manchó también el baño. Las mojó incluso para diluir las manchas que chorreaban en la bañera de Paula. No había que recrearlo perfecto, pues su intención era clara, Millán ya lo tenía todo dispuesto: a Paula en la cama, el baño manchado lo suficiente como para escandalizar a su objetivo que llegaría en breve, y un escenario lo bastante desconcertante como para pensar que había sido fruto de una completa locura. A los pocos minutos, después de recoger las cartas y la cinta de VHS, se puso a revolver un poco, observando que Gustavo rondaba la puerta. Sofía estaba a punto de girar la llave cuando Millán comenzó su papel...

—Sofía, no te asustes, Paula está bien, ya te dije que se ha caído y se ha dado un golpe. Se ha desmayado al ver la sangre, yo estaba con ella —tenía las manos levantadas y enfundadas en unos guantes de limpieza que había encontrado debajo del fregadero. La bañera aún sin limpiar, para que la viera, y el espejo y el lavabo con algunas manchas intencionadas.

—Pero... ¿dónde está?

—En su cuarto, ve a curarle la herida. Le he puesto unos puntos pegados como he podido. Tú ocúpate de ella mientras yo limpio el baño. No sabía qué hacer, quería evitar que te asustaras, se ha liado una que ni te imaginas, hija. Ya sabes lo que es una ceja. Ha resbalado, por lo visto, y luego se ha desmayado al ver tanta sangre, menos mal que he podido cogerla a tiempo.

—Gracias, Millán, no tiene que limpiar nada, puedo hacerlo yo. Déjelo, igual necesito ayuda con Paula.

Sofía comprobó el pulso, vio que efectivamente estaba bien, o por lo menos respiraba con normalidad, y abrió los ojos de vez en cuando.

—Paula..., ¿cómo estás cariño? Menudo golpe te has dado en la ceja —Paula asentía a la pregunta, en su relativa consciencia—. Voy a curarte la herida, ¿vale? Seguro que te has asustado mucho al ver tanta sangre —esta vez intentó hablar, para contestar mientras asentía, pero, como en la pesadilla de un niño, empezó a sollozar—. Cálmate, estoy aquí contigo, soy yo, Sofía. Descansa, ya estoy aquí.

La curó mientras se revolvía inquieta entre sueños. Sabía que necesitaba

descansar. Dudó de si ponerle un calmante, también pinchado, como el fármaco que no sabía que ya tenía en su cuerpo. Al ver la intención, Millán se acercó a ella y le agarró el brazo, justo cuando comenzaba con la preparación del analgésico; temía que la mezcla pudiera anular el efecto del fármaco o hacerle una reacción peor.

—Mejor que no le pongas nada, Sofía, después de un golpe en la cabeza..., bueno, ya sabes, esas cosas que decís los médicos sobre que es importante vigilar al paciente en esos casos, aunque ya te digo que el golpe no fue tan fuerte, era más el escándalo que montó aturdida con la sangre por todas partes que otra cosa. Ya la ves, parece cansada, no ha pasado un buen día, creo —hablaba nervioso.

—Pues no soy médico, Millán. Aunque estoy estudiando también para ello, soy enfermera, de momento —le dijo un poco molesta al sentirse cuestionada—. Pero tiene razón, la observaré de cerca, es lo mejor —contestó guardando todo dentro del maletín y dejando solo unos apósitos y las gasas para terminarle la cura.

Hablaron un rato antes de que Millán se fuera de casa y él le comentara la supuesta esquizofrenia de Paula. Ella sintió una punzada en el estómago al saber que su pareja podía sufrir una enfermedad mental, pero aquello tampoco justificaba aquella caída. Se agarró a la confirmación de que había sido un mal día en el que la visita a su madre, que Millán también le contó, había podido provocar el agotamiento y todo el suceso. El comisario forzó un abrazo que Sofía recibió de manera fría y con los ojos como platos por la exagerada muestra de cariño. Al segundo, levantó un poco los brazos para devolverle el afecto, un poco cortada en aquella nueva situación que, aunque reconocía que era positiva para ella, se le hacía ciertamente incómoda.

Al margen de Paula, a Sofía no le gustaba mostrar sus sentimientos con el resto, era de esas personas que muchos considerarían poco cariñosa.

—Me alegro de que Paula tenga alguien como tú a su lado. Cualquier cosa que veas extraña te agradecería que me llamas. Ahora seremos amigos, si tú me dejas, claro...

El comisario fue bastante torpe al seguir en exceso con el papel de suegro enrollado, pero Sofía solo pensaba en estar al lado de Paula hasta que se encontrara mejor.

—No te preocupes, Millán, te llamaré si lo necesito. Agradezco mucho este detalle que tienes conmigo. Sé que al principio no te gustaba nada que estuviera con Paula, pero ya llevamos muchos años juntas y, al margen de

habernos visto alguna Navidad y demás, espero que en adelante podamos compartir algún momento los tres. Seguro que a Paula le encanta ver que somos amigos. Vaya por delante que el sentimiento al principio era el mismo: usted, tú..., no me acostumbro, no me gustabas mucho. Ahora veo que no eres la misma persona estirada de entonces y a lo mejor me precipité en mis conclusiones —al final a Millán no le disgustaba tanto Sofía, pero las circunstancias y las consecuencias que se habían provocado con Paula se escapaban de su control e incluso de su papel como padre.

—Lo dicho, Sofía, os he dejado el baño lo mejor que he podido, me voy a descansar que mañana tengo trabajo. Mañana llamaré a Paula para ver cómo sigue.

Al día siguiente Paula acabó de componer el recuerdo sin saber nada de la parte en la que estuvo dormida. Pero su cara cambió al recordar el pinchazo que recibió: solo pudo dárselo su padre. No estaba dispuesta a preocupar más a Sofía, pero decidió usar sus habilidades de detective para intentar averiguar algo.

—¿Qué te pasa, Paula? Te has quedado muy callada. No quiero presionarte, hablaremos de tu problema, si es que lo tienes, cuando quieras.

—No es eso, ahora estoy acordándome de la caída y de que mi padre me ayudó aquí, en casa —mintió—. ¿Hablaste con él? Te contaría algo más además de que podía estar enferma, ¿no?

—Pues sí, nos hicimos colegas. Tú estabas dormida, tratabas de hablar entre sueños y yo tenía la intención de ponerte un analgésico, pero no parecías dolorida. Entonces él me detuvo cuando iba a preparar el calmante. Le salió la vena de padre y la de suegro, para mi asombro.

—¿A qué te refieres? ¿Le notaste extraño?

—¿Es un interrogatorio, agente? Porque me tendría que leer mis derechos... —intentó hacerla reír—. No, en serio, un poco rarita sí fue la situación. ¡Me dio un abrazo y todo! Me pidió que dejara de llamarle de usted e hizo un par de bromas micromachistas, pero que no le iba a tener en cuenta, claro. Raro, lo que se dice raro... Mira, yo estaba tan preocupada de que estuvieras bien que lo vi lo más normal del mundo. Ya sabes que tampoco es santo de mi devoción, pero tendremos que limar asperezas. Que él haya dado el paso a mí me lo pone más fácil, no me gusta abrirme a la gente, eso también lo sabes.

—Bueno, me quedo con la parte positiva entonces, pero si te llama o algo,

¿me lo contarás?

—Claro —dudó un instante—. ¿Es que hay algo más que yo no sepa?

—No, de momento no, me alegro de vuestro acercamiento. Sé que es tarde, Sofía, pero tengo que ir a la comisaría, ahora me acuerdo de que mi padre me dejó allí unas cosas de mi madre —mintió de nuevo—. Sé que está de guardia hoy. No tardaré. Creo que debemos tener una conversación... padre e hija.

—Paula, son casi las diez de la noche, ¿por qué no le llamas? Ya recogerás las cosas mañana.

—No tardaré, te lo prometo, estaré aquí antes de las once. Necesito ir, además tengo que arreglarme con él, tuvimos una conversación tensa sobre mi madre y no quiero sentirme culpable después de lo que me cuentas —sabía perfectamente que su padre estaba fuera de Málaga, según le había confirmado el compañero que estaba de tarde.

Salió de la casa y dejó a Sofía poco conforme, aunque le daría la distancia de una galaxia si se lo pidiera, y la dejó marchar.

Paula llegó a la comisaría como un rayo. Pasó a la sala de las distintas dependencias separadas de la entrada, donde había un par de compañeros de atención al ciudadano y un vigilante de seguridad. El acceso se controlaba con un moderno sistema de reconocimiento de huellas que también se usaba para fichar el horario de entrada y salida del personal. Aquello no era normal, así que tuvo que inventar una excusa para disuadir al vigilante, aunque no podía borrar su paso por allí aquella noche. Fuera de la comisaría había más compañeros, como cuarenta efectivos patrullando que hacían las labores de calle, junto con los secretas y personal de servicios varios.

—Hola, Rafa, ¿qué tal estás? Empezando la jornada de noche, ¿eh? Espero que no tengáis mucho jaleo.

—No suele haberlo. ¿Qué haces aquí, agente Millán? ¿Estás de guardia? No te tengo registrada.

—No, que va. Vine esta mañana con mi padre y me dejé el móvil y unas cosas en su despacho. Soy una despistada y ahora tengo que localizar a mi pareja, soy tan torpe que no soy capaz de acordarme de su número —se ponía la mano en la cabeza, la situación parecía casi cómica.

—No es normal que entréis fuera de vuestro turno, pero a mí me vale con registrar la entrada y que pases por el detector de la huella, ya te arreglas con tu superior.

—Ya sabes cómo se las gasta el comisario, tú te lo encuentras siempre y, además, cuando no se ha tomado ni el café. Sé cómo es mi padre, Fran, no

pongas esa cara, me va a echar una bronca por venir al trabajo a estas horas... Es peor tenerlo en casa, te lo puedo asegurar, menos mal que ya no vivo con él. Imagino que tengo que registrar también la recogida de la llave, ¿verdad?

—Sí, no hay más remedio, agente, tienes que rellenar el impreso y firmarlo, ya sabes. Pero que conste que no le daría la llave del despacho de tu padre a cualquiera —esto lo dijo para marcarse un tanto con la hija del comisario. No vio nada raro en Paula, creyó a pies juntillas su argumento.

Hicieron las gestiones que solo les llevaron cinco minutos y Lola pasó el control de puertas como el que pasa el bono del metro, pero en este caso con la huella de su dedo pulgar. Fran la esperaba fuera del acceso, tenía que seguir con la ronda habitual, cerca de la puerta, por si los de atención ciudadana de guardia necesitaban algo.

Paula entró en el despacho y le vino un fuerte olor a puro. Estaba claro que su padre fumaba en la oficina; aunque abriera las ventanas para fumar, aquel olor se había impregnado en las gruesas cortinas e incluso en las paredes y el techo. Casi como lo recordaba antes de la ley antitabaco, el olor estaba potenciado por la falta de ventilación. Fue directa a la mesa donde escudriñó un poco entre los papeles de encima y las bandejas desordenadas. Dio con la bolsa que buscaba dentro de uno de los cajones. La cogió creyendo que pesaría menos hasta que se percató, para su asombro, de que estaba la caja completa con todas las películas infantiles dentro. Las metió en el bolso y sacó su móvil para terminar de hacer el papel de su vida. Salió de las dependencias oficiales, entregó de nuevo las llaves a Fran y llamó a Sofía mientras simulaba buscar algo para distraer la atención de su compañero de seguridad. Levantó el dedo y las cejas cuando Sofía descolgó el teléfono.

—Oye, que ya he recuperado el teléfono, voy para casa, no te preocupes que he visto las doce llamadas perdidas—hizo un gesto mordiéndose el labio—. Estoy bien, ahora te veo.

—¿Paula? No entiendo nada, bueno será que no puedes hablar.

—Eso, eso..., ahora te cuento, no te preocupes, me lo dejé en el despacho de mi padre.

—Paula, estás muy rara, ahora hablamos, no tardes. ¿Quieres que vaya a buscarte?

—No, cariño, ahora nos vemos —y abrió una sonrisa forzada firmando el papel de entrega de las llaves.

Consiguió que el vigilante estuviera evitando el contacto visual por respeto, así no se fijaría tanto en que su bolso había crecido bastante, que ya

de por sí no era pequeño.

—Gracias, Fran, y perdona, tengo que marcharme, me espera una conversación de pareja.

El vigilante se quedó allí un poco pensativo, recordando la conversación e imaginando a las chicas hablando del tema. Subió los hombros y siguió con su rutinaria ronda. Rezaba para que fuera una noche tranquila y no trajeran a muchos delincuentes.

Paula llegó a casa y le contó a Sofía que había sido una simple maniobra de despiste para coger algo que se dejó encima de su mesa. Omitió la entrada al despacho de su padre por si colaba con eso, pero preparada para darle las explicaciones justas si veía duda en su rostro. Desconocía que Sofía estaba bastante sugestionada con la idea de su posible enfermedad y nada de lo que hiciera se atrevería a cuestionarlo. Se limitaría a observar su comportamiento en estos días y ayudarla en lo que necesitara hasta tener claro lo que le pasaba, fuera enfermedad mental o simples paranoias por una sucesión de acontecimientos, como a ella le ocurriera en su oscuro pasado. Ahora jugaba con ventaja, tenía algo de información que, de momento, también se guardaría por prudencia.

—Vale, creo que te has olvidado de que salgo en una hora para el trabajo. Sigo de guardia toda la semana y ayer me vine antes. Tendré que recuperar las horas uno de estos días, no quiero seguir acumulando, que se me junta un día completo —Paula vio la luz: iba a estar sola y le daría tiempo a ver las cintas y, quizás, a atar algún cabo de aquel caso o lo que fuera que su padre ocultaba celosamente en su casa.

—Vaya, sí que lo había olvidado, daría lo que fuera por pasar la noche juntas y dormir diez horas seguidas abrazándote —esta vez no mentía.

Aunque también tuviera ganas de que pasara el tiempo para quedarse sola, tenía una sensación encontrada, se sentía culpable, pero no más culpable que Sofía. Ella también le estaba ocultando que había hablado con su padre por teléfono.

Este aprovechó para contarle algo en su favor.

—¿Sí? —Sofía contestó al teléfono justo cuando Paula estaba dentro del despacho del comisario rebuscando entre las bandejas y cajones de la mesa.

—Hola, Sofía, soy Millán. —Estaba viendo por un dispositivo de vigilancia colocado en su despacho a Paula, mientras hablaba con Sofía— ¿Qué tal se encuentra Paula, está ahí contigo?

—No, qué va, debería estar en la comisaría, por la hora a la que salió de

casa. ¿No está contigo? Me dijo que iría a verte, que estabas de... ¿guardia?

—Lo cierto, es que he tenido que salir a buscar... una información — físicamente el comisario se encontraba en Madrid, atendiendo un asunto real con un confidente—, pero estoy llegando al despacho —mintió—, seguro que la encuentro esperándome con el bigote torcido.

—Sí, bueno..., je, je, je —Sofía no sabía qué responder, la llamada era un poco extraña.

—Escúchame porque tengo algo importante que decirte: Paula anda metida en una investigación personal de un caso un poco complicado del que yo apenas acabo de enterarme. Un contacto me ha pasado información y mi hija podría estar en peligro si no se aparta de cierta gente. Necesito saber todos los pasos que dé y que me guardes el secreto. Es la única manera que tengo de protegerla y creo que en eso jugamos en el mismo equipo —Millán volvió a utilizar sus armas.

—¿Un caso? ¿Es del que hablaba cuando despertó confundida?

—No creo, pero la confusión podría venir de esto que te estoy contando. Esta gente se las gasta muy mal. Son traficantes de una sustancia nueva que se quiere meter en las calles, una nueva droga de diseño que mueve tanta pasta que ni yo mismo puedo meterme a investigar el asunto sin adentrarme de lleno en un campo de minas y con los ojos tapados, ya me entiendes —ella torcía el gesto por tener de pronto al Millán padre tan cerca—. Tú cuéntame lo que haga, por favor, e intenta no preocuparte. Yo la protegeré cuando salga de casa, pero necesito tu ayuda para ello.

—Así lo haré, pero eso de los traficantes..., no sé si podré obviarlo, es demasiado peligroso mezclarse con esa gente y es su trabajo, prometí no meterme, pero si es por su bien... En fin, haré lo que dices.

—En su estado y con su enfermedad latente en la fase de sus primeros brotes, será mejor no perderla de vista. Adiós, Sofía, espero tus noticias — colgó mientras veía que Paula había dado con las cintas en el cajón.

Lo vio como un error de cálculo, creía que le daría tiempo a llegar por la mañana y deshacerse de esos vídeos que ahora le obligarían a tomar una decisión drástica...

Entre tanto, Paula y Sofía se despedían en la puerta de su piso con un tímido beso y un abrazo. Sofía notó un tono distinto en este caso; se daban un pico cuando se veían o se cruzaban simplemente por la casa, pero le pareció distinto. Se paró en la puerta mirándola con intención de contarle algo y preguntarle por el caso del que le acababa de hablar su padre y la tenía un

poco obsesionada.

—¿Quieres decirme algo? —preguntó Paula adelantándose.

—No, bueno..., sí. Que te quiero, lo sabes, ¿no? —no se arriesgó, decidió callar pensando que era lo mejor.

—¿Siii? Pero muy poquito, no me das unas buenas vacaciones desde hace dos años, yo creo que podríamos escaparnos en cuanto puedas juntar unos días. ¿Qué te parece?

—Me parece una idea fantástica, que no se te olvide, ¿eh? Yo lo organizo esta vez y vamos donde a mí me dé la gana, ¿de acuerdo?

Paula cerró la puerta con el mal presentimiento de que aquellas vacaciones eran una utopía. En su interior sabía que no había nada bueno detrás de lo que estaba a punto de investigar y aún se sentía peor sabiendo que su padre podría estar salpicado de alguna forma. Tenía pensado ya un plan para proteger las pruebas que tenía y se le ocurrió visitar a alguien en quien creía que podía confiar, sin tener que implicar a Sofía.

Solo pudo ver tres de las diez horribles grabaciones para poder encajar los datos y su horror se convirtió en algo peor al ver el tercer vídeo. Apenas empezaban las primeras imágenes, cuando descubrió aterrorizada que era su padre el que manipulaba una cámara tratando de enfocar bien y abrir el plano. Hasta con una máscara lo reconoció al instante y un escalofrío recorrió su cuerpo al ver que, en el sofá, de la misma manera que había visto a dos menores en otros vídeos, estaba ella, dormida, abrazando su muñeca. Las horrorosas imágenes, por suerte, terminaban cuando las víctimas, incluida ella, iban a ser desnudadas. En ningún caso tuvo que soportar ver ninguna vejación. Aunque estaba perfectamente claro que aquellos niños sufrían abusos o que aquellas imágenes, más bien, eran contenido para adultos y quizás se había traficado con ellas. Pensaba negando con la cabeza en la salvajada que acababa de presenciar y en la que se había reconocido como si viera una película...

El paquete de cintas cayó al suelo y Paula se sentó rendida en el sofá, pues había tenido que levantarse y acercarse a la televisión para reconocerse bien en el vídeo. Comenzó a llorar, esta vez de rabia, mordiéndose el labio con tanta fuerza que se hizo sangre. Apretaba los puños y gritaba tacos e insultos al aire, sin poder creer que su padre había podido abusar de ella de pequeña. Por las cartas y aquella reclamación en la posdata, le pareció que nunca enviaría *La historia Interminable* a ninguno de los destinatarios. Esto le hizo sorber los mocos y secarse las lágrimas, pensando que todo tenía alguna explicación,

por rocambolesca que pareciera. Podía llegar a sospechar que su padre era un corrupto, o más bien, que había levantado la mano en un par de casos en los que ella no estaba de acuerdo, pero sentía muy dentro de ella que lo que había visto no era posible, quizás estaba manipulado, quizás no era ella y su mente la dibujaba en el vídeo... Eran las 6 de la mañana cuando recibió un mensaje de Sofía diciéndole que le quedaban un par de horas para terminar. Ella ni siquiera abrió el móvil al ver en la pantalla el mensaje completo. Estaba decidida a salir y no quería que su pareja se lo impidiera.

Se encendió la televisión como si le hubiera dado sin querer al mando a distancia y la noticia del supuesto caso de abuso de Isabella colmaba todos los titulares. «INOCENTE por el caso de abuso sexual. El acusado es absuelto por falta de pruebas, demasiadas incongruencias en la declaración de la niña». En primer plano, la foto de Isabella y un vídeo a la derecha de cuando tocaba el piano en el *talent show*.

Paula no pudo tomarlo como otra cosa, se estaba haciendo muchas preguntas en su mente, pero había encontrado una respuesta a ese titular. No iba a ponerse a pensar cómo se había puesto la tele en el canal o si lo que estaba emitiendo era la señal analógica del vídeo. Se vistió todo lo rápido que pudo, tomando media taza de café y un trozo de tostada mal mordida por las prisas, como si tuviera una mecha encendida metiéndole prisa. Se dejó la chaqueta, notó que estaba refrescando, pero no volvió a por ella una vez montada en el coche. En un paquete bien cerrado, en el asiento del copiloto, dejó todas las cintas, junto con su diario de pequeña y las cartas de los pederastas. Cada vez que miraba el paquete le daban ganas de escupir del asco y la repulsión que sentía al darse cuenta de que aquellas diez cintas podían ser la punta de un *iceberg* oscuro y podrido de corrupción, poder y dinero, sobre todo dinero. Pensó que, si ese club se hubiera convertido en una red, podría haber miles de menores y personas adultas implicadas como víctimas y como criminales. Al ver la importancia de aquello tuvo la necesidad de guardarlo o confiarlo a alguien y Lola no estaba. Estaba claro que a ella la descubrirían rápido, solo tendrían que mirar el registro de esa misma mañana y revisar las cámaras. Paula no sabía que su padre tenía una aplicación para eso con la que podía acceder a su despacho y otros lugares desde el teléfono móvil.

Paró en una oficina de correos y pidió información de un apartado de correos y una caja de seguridad asociada al mismo. En ella quería guardar algo privado, especificó. Enseñó la placa para que la dependienta se sintiera

segura y le dijo que era algo personal, unas cintas de recuerdo en VHS. No quiso contratar una caja de seguridad en ningún banco porque el director del suyo, era amigo personal de su padre.

Lo guardó todo y eligió el número 034 que le perseguiría sin que ella lo supiera, así como la llave y la caja fuerte donde lo guardaría todo.

De allí, con uno de los folletos que venían en los sobres, se dirigió a su próximo destino: fue a buscar al profesor para hablar con él y entregarle las llaves. Una corazonada la llevaba sin sentido a conducir camino de una cafetería donde habían quedado. Le llamó antes, como en el futuro haría Lola y, de la misma manera, él la sintió tan sincera que accedió a reunirse con ella. El resto de la historia se la contó Juan a Lola en su segundo encuentro.

Después de hablar con Juan, salió de la Escuela de Música segura de que había hecho lo correcto y, en un impulso, mientras iba en el coche, miró el móvil que tenía en silencio y vio una llamada parpadear: el comisario.

Paula contenía las lágrimas y posaba el dedo encima del botón para descolgar mientras le temblaba la mano en el volante. Pulsó con fuerza y le dejó hablar para ver hasta dónde estaba dispuesto a llegar.

—Hola, Paula, hija, ¿estás bien?

—¿Eh...? Bueno, sí, no exactamente, pero ¿para qué me llamas? Me encuentro un poco mejor después del golpe de ayer en... mi casa —recalcó subiendo un poco la voz.

—Verás, Paula, hay cosas que tú no puedes entender. No sé qué has visto en esas cintas, pero todo está manipulado.

—¿Manipulado? ¡¿Estás de coña?! —perdió los nervios—. Encima te has creído que soy gilipollas. Era una niña. ¡Hijo de puta!

—Paula, te estás confundiendo, igual que tu madre, ella vio lo mismo que tú y se volvió loca. A ti te lo puedo explicar —intentaba hablar mientras Paula no paraba de insultarle. Los conductores la miraban extrañados por los aspavientos que hacía aquella temeraria conduciendo.

—Mira, papá... No te atrevas a hablar de mamá. Ni siquiera te mereces que te hable. ¡Debería ir a buscarte y pegarte un tiro en los huevos, hijo de puta! ¿Dónde te has escondido? ¿Y si me llevo el material a la comisaría y pongo una denuncia ahora mismo?

—Hija, así solo empeorarás las cosas y no conseguiremos nada más que desenmascarar a los más pardillos, como yo.

—¿De qué hablas?

—Te juro que, por lo menos dos de los que aparecen ahí junto conmigo,

fuimos engañados. Verás que son personajes conocidos, casi todos, creo que te habrás quedado asombrada al ver al político y al aristócrata —ni siquiera se atrevía a pronunciar sus nombres.

—No puedo creer lo que estoy oyendo. ¿Le quitas importancia a lo que pude ver sobre ti?

—¡Te repito que es una manipulación! Fuimos drogados como yo hice contigo ayer, no tuve más remedio que hacerlo, no pude negarme. Cuando me vi grabado en aquel vídeo ni siquiera recordaba cuándo había pasado. Pasé meses atormentándome y mirándote. Tú no lo notaste, pero pasé un tiempo que ni te rozaba para darte un beso de buenas noches por miedo a que lo que vi en el vídeo fuera cierto. Tardé en darme cuenta de que me habían drogado, no sé si recuerdas aquel club al que íbamos donde había familias y se hacían juegos de mesa. Era allí donde hacían las grabaciones y donde conseguían manipular a los hombres, que fueron mayoría. Tenemos que sacar a tu madre del hospital, Paula. Si quieres desenmascarar a esa secta, tienes que ayudarme primero y aguantar, no te puedes cargar años de esfuerzo —le estaba dando datos reales y verdades a medias. Ella desconfiaba y le costaba trabajo hasta escuchar su voz.

—Está bien, sacamos a mamá de allí y luego... No sé cómo vas a demostrarme que esas imágenes en las que se te ve claramente son falsas.

—No te hablo de que sean falsas o estén manipuladas, los manipulados son algunos de los que aparecemos. Nos usan como a marionetas. No puedo contarte más por teléfono, seguro que me tienen controlado por todas partes. ¿Cuánto tardas en llegar?

—Una hora y media, más o menos. No me fio de ti, no sé qué pensar, primero sacamos a mi madre de allí —le excluyó— y después nos dejas en mi casa. Acto seguido nos vamos a comisaría y hacemos la denuncia que debía tener ya asuntos internos. Después podrás intentar darme alguna explicación que no sé si quiero escuchar.

Colgó el teléfono y aceleró por inercia para intentar ganar unos cuantos minutos en llegar al hospital. Estaba impaciente por verle la cara, ver qué hacía al verla y cómo se comportaba.

Fijó en su mente que su madre era lo más importante en lo que debía pensar y apartar todo lo demás de momento, aunque no pararan de llegarle las desagradables imágenes que, como una tortura, veía una y otra vez. Fue una hora y cuarto larguísima, pero por fin llegó a la entrada del hospital psiquiátrico. Aparcó, miró las ventanas que otras veces había visto, aunque,

esta vez, ninguna de las cortinas se movió. Todo estaba calmado, como si el hospital estuviera apagado, en silencio. Al entrar al vestíbulo, pues en el control exterior con el coche ya le había confirmado que su padre la estaba esperando, le indicaron que fuera a la habitación 334.

Cogió el ascensor, saludando secamente a la recepcionista que le recordó a un *ciborg* por los movimientos mecánicos y posturas al teclear al ordenador. Ya en el tercer piso, el mismo silencio. No había nadie, ni personal médico, ni se oía nada en las habitaciones cerradas a las que acercó la oreja antes de llegar a la 334. Una vez en la puerta entornada, entró hasta casi la mitad de la habitación mal iluminada. Pudo distinguir una figura anormalmente pequeña sentada en la cama. Una niña.

—¿Isabella!? ¿Qué haces tú aquí, pequeña?

—No soy tan pequeña —la puerta se cerró violentamente, asustando a Paula y dejándola parada sin saber si salir corriendo—. Tu padre me ha dicho que tienes preguntas, que eres muy curiosa... ¿De verdad quieres saber, Paula?

Sintió un espasmo incontrolable, le vinieron cientos de visiones horribles, como de otro tiempo, y su cuerpo se retorció sin que ella pudiera hacer nada. Isabella la miraba con una sonrisa macabra, con lágrimas sucias cayendo por sus mejillas. Paula alzó la cabeza para intentar contener la fuerza que la impulsaba a retorcerse. Sentía que los brazos se le iban a romper y en su interior tuvo la necesidad de saber... Muy en silencio, esbozó un sííí susurrado y muerto de intención y al momento cayó al suelo desmayada frente a la mirada y la cara cada vez más apenada de Isabella.

La niña perdió la sonrisa cuando entraron dos médicos y más personal junto con el comisario. Sacaron de allí a la niña que se tocaba la oreja como si pudieran estar susurrándole algo y, despertando de un sueño, rompió a llorar preguntando dónde estaba su madre.

La puerta de la habitación 334 se cerró para Paula. Aquella sería su prisión de muerte en vida.



Capítulo 26

¿De verdad quieres saber?

El mismo día en que desapareció Lola, Kai entró en el hotel con el resultado de la analítica que le había hecho su compañero de una prueba de drogas. Había encontrado, entre otras sustancias, cocaína, anfetaminas, LSD y éxtasis en el análisis más simple. El compañero le apuntó que, si no recordaba nada, podría haber ingerido escopolamina, que era bastante difícil de detectar. No pensaba procesar la muestra por ahora, pues tendría que registrarla en el laboratorio y le había pedido a su compañero que le guardara el secreto. Estaba esperando la llamada de Lola, preocupado por su estado y confundido por las imágenes que le llegaban de la noche anterior. Eran retales, como secuencias de una película que le pasaban rápidas. Incluso llegó a verse en el congreso al que había sido invitado. Recordaba perfectamente una ovación después de su intervención, aunque no la situación ni las horas allí vividas. De aquel recuerdo su mente saltaba a otro, borroso y confuso, con música de fondo a un volumen alto. Estaba en un local oscuro lleno de gente, una discoteca o algo parecido, con unos reservados en los que se veía entrando del brazo de su misteriosa amiga. Era como acordarse de un sueño, a trozos.

Se vio en un lugar aún más oscuro y con más gente, consumiendo drogas que ni de adolescente se había atrevido a tocar. Era de las personas que en su vida no había fumado ni un solo porro en su época de estudiante. Bebía y bailaba descontroladamente, mientras se besaba con desconocidos. Sí, estaba seguro: de género masculino. Recordaba muchos de ellos, varios cuerpos desnudos dándose placer en una descontrolada y morbosa danza sobre una inmensa cama de sábanas de raso negras en la que también se encontraba él. La escena se tornó aún más rocambolesca cuando aquella vampiresa y sus seguidores lo abandonaron en la maraña de suave y pegajosa negrura en la que se había convertido el lecho común, formando un pasillo en cuyo final Kai podía divisar a una sola persona que se acercaba hasta él y lo acariciaba con ternura. Los golpes en la puerta de su habitación le devolvieron a la realidad.

Tenía la sensación de deslumbramiento en los ojos, como si aquel residuo

de la memoria se le hubiera quedado grabado de alguna forma para siempre.

—*Room service!* —Sonaron varios golpes.

Abrió la puerta y recibió un paquete a su nombre con un sobre marrón y una rosa fresca recién cortada y decorada por una floristería de forma muy sencilla.

—Gracias... ¿Está seguro de que es para mí?

—Sí, señor. Ha venido un mensajero a la recepción. De todas formas, yo no me ocupo de esas cosas, a mí me mandaron subir el paquete. Si lo desea puede llamar a la recepción, solo tiene que marcar el número nueve.

—Gracias, no es necesario.

Cerró la puerta y abrió el paquete con celeridad, rompiendo la envoltura y dejando al descubierto una caja con algo dentro: un *pen drive*. Además, estaba la carta donde venía atada la rosa. La desató dejando caer el lazo, que lentamente cayó en espiral hasta llegar al suelo, otro *dèjà vu* en el tiempo, dejando señales no tan perceptibles para Kai, pero como un recuerdo macabro, una sonrisa de la muerte, camuflada en un simple detalle sutil. Abrió el sobre y sacó la nota que tenía un par de párrafos escritos.

«Hola guapo, lo pasé muy bien anoche. Mis amigos me preguntan cuándo te volveré a traer. Depende de ti, yo estaría loca por verte de nuevo la cara; sobre todo cuando veas las imágenes que te he preparado en el álbum de recuerdos que he hecho especialmente para ti. Espero que te guste...

PD. Si de verdad disfrutaste podemos repetirlo cuando quieras. Y no te preocupes no las haremos públicas. Todas no, claro».

Kai cogió el *pen drive* con torpeza y se le cayó por detrás de la mesa, que estaba debajo de la moderna pantalla de plasma. Después de buscar un rato, lo introdujo en la clavija que encontró en el lateral y encendió la televisión. Como cualquier televisión moderna, al detectar el dispositivo le mostró un mensaje que le indicaba que podía ir directamente a abrir el contenido. Una carpeta con fotos y un vídeo en la carpeta matriz. No sabía qué abrir primero, pero la vista previa del vídeo llamó su atención.

Comenzaba con cortes y algún fallo de edición por haber sido hecho por un aficionado, en plan casero. Tenía un mensaje claro, en texto, mientras pasaban las imágenes grabadas. Se le veía con la chica que recordaba en la orgía, pero solo a él. Recreó el momento en el que se quedó a solas con ella, el resto no aparecía en el vídeo y lo peor era que se veía mirando a la cámara, consciente de que le estaban grabando y con cara de estar disfrutando la experiencia. Reconoció perfectamente en sus pupilas y la caída de los ojos los

efectos de las drogas que había leído en la analítica. El mensaje decía:

«Queremos que trabaje para nosotros. Recibirá una llamada pronto».

Mientras miraba las fotos, confirmando que se había pegado una orgía en toda regla y sin pudor, se puso las manos en la cabeza para intentar contener la tensión. Sintió vergüenza ajena al recordarse en situaciones bastante embarazosas y no solo por verse con chicos, si no por lo cómodo que se veía en las imágenes en las que posaba con gestos lascivos. Le dieron ganas de vomitar, no de asco por lo que estaba viendo, si no, probablemente, de los nervios. Sin poder evitarlo como algo natural, pero no para aquel momento, tuvo una erección involuntaria y terminó vomitando al notarse excitado, como si su cuerpo le estuviera confirmando la veracidad de las embarazosas y macabras fotos en algunos planos. Había un par de personas con máscaras que parecían llevar la voz cantante y se mostraban bastante agresivos. Temió que le hubieran dejado marcas. Por un instante lo deseó; al menos sería la confirmación de que no se estaba volviendo loco. Se levantó la camiseta, se bajó los pantalones y se revisó minuciosamente. Sí las tenía: marcas de dedos, arañazos superficiales, incluso marcas en los tobillos de haber estado colgado en algún tipo de máquina sexual. Fue la imagen que más le impactó. Al acercarla en zoom, en un primer plano de su cara, tuvo que apartarse por la impresión: mostraba sus ojos en blanco y la cara desfigurada, como si lo hubieran torturado. En ese mismo momento, un ruido desvió su atención: el segundo tono del teléfono sonó esta vez más fuerte para sus sentidos.

—¿Sí...? —preguntó con miedo.

—¿Señor Hergueta? Le paso una llamada.

—¿Sí...? —dudó—... Gracias.

—Hola, Kai. Deja que te cuente antes de colgar o hacer alguna pregunta. Soy Millán, el comisario —le aclaró mientras Kai miraba a su alrededor como sintiéndose observado—. Lola está en peligro y yo no puedo ayudarla. Se ha metido con la gente equivocada, como tú has podido comprobar en carnes propias —puso énfasis en las últimas palabras—. Si quieres ayudarla, haz todo lo que te pidan. Ya sabrás que saben jugar muy bien con la gente y manipularla a su antojo. A estas horas tú serás una marioneta más.

—¿Y te quedas tan tranquilo al decirme que me están manipulando, Millán? ¿Qué tienes tú que ver con todo esto? Mira, toda esta historia es una locura y ya he oído lo suficiente. Sigue hablando si tienes algo más que decirme, porque estoy a punto de colgar y llamar a la Policía.

—No llegarías a la comisaría si ellos quisieran. ¿No lo entiendes? Tu

consciencia es efímera, podrían estar controlando lo que dices en este momento —Millán hizo un silencio para dar más peso a su sentencia—. Escucha, insensato estúpido, si quieres tener una posibilidad de ayudarla y tienes la suerte de poder aceptar lo que te propongan, no tendrás problema. Si no colaboras, estás perdido y Lola también lo está. Yo perdí a mi mujer, a mi hija y algún amigo por el camino —ahora le hablaba el Millán más sincero, pero también el más psicópata.

—Millán... ¿qué le van a hacer a Lola?

—Ver si pueden borrar los últimos meses de su memoria. Si no les diera resultado, estaríamos en el mismo barco. Te cuento esto porque no sé cuánto tiempo podré estar...

El tono de la línea cortada sonaba de fondo para frustración de Kai. Soltó un taco, dando un golpe con el teléfono en la mesa. No le devolvió la llamada.

«¿Y si todo aquello era una secuela de las drogas?», pensó.

Miró las llamadas recibidas, y sí, la había registrado. No entendía qué era todo aquello que tenía que aceptar. Volvió a ver la imagen parada en la tele, con la foto en zoom de su cara y sintió de nuevo un escalofrío al reconocerse como poseído o fuera de su propio control.

A veces, la imagen de la foto se superponía con su propia cara cuando se observaba en el espejo. Quiso convencerse de que eran efectos de las drogas definitivamente. Se mentalizó para no asustarse y actuar como haría en su laboratorio. Montó todo un metódico esquema de cómo combatir una bacteria o un tipo de cáncer celular que era de lo que sabía, pero en este caso su objetivo radicaba en contener o destruir a un supuesto demonio que lo poseería a su antojo y que jugaba con él por culpa de las drogas. Kai no era precisamente creyente de las culturas oscuras, pero las fotos y el vídeo evidenciaban un extraño estado en todos los que recordaba que estaban fotografiados. A él mismo, para más pruebas, en aquella postura cabeza abajo, con los brazos en cruz y desnudo completamente con varias personas alrededor, haciéndole todo tipo de vejaciones indescriptibles. Las evidencias de su cuerpo y sensaciones, que ahora le brotaban sin parar por los recuerdos, eran demasiado reales como para pensar que había sido una pesadilla y aquello le terminó de asustar y le obligó a empezar a creer en cosas que normalmente descartaría por sus conocimientos como científico.

Buscó información sobre posesiones para no dejarse ningún arquetipo por consultar. Leyó durante bastante tiempo y guardó varios enlaces y capturas de pantalla de la información encontrada para más tarde. Mientras seguía

recabando datos para identificar entre toda la información algo que le ayudara a protegerse, se fijó en que lo primero que decían en casi todas las páginas *web* que hablaban de los que habían sido «montados» por un espíritu —así los describían en algunas culturas ocultistas—, era que había que creer en ello, y él, desgraciadamente, no lo dudaba a estas alturas, pues ni drogado habría actuado de aquella forma.

A los pocos minutos de estar perdido en decenas de portales, *blogs* e hilos en redes sobre el tema, un sobre se deslizó por la rendija de la puerta, parándose en seco a mitad del hall de la habitación. Estuvo tentado de salir corriendo a ver quién lo había dejado, pero se dio cuenta de que los andares eran lentos y al poco percibió el sonido de estar empujando un carro por alguien del servicio. Imaginó a una camarera de pisos dejando el sobre a su nombre a petición de la recepcionista. Se levantó de los pies de la cama, donde estaba sentado con el portátil en las piernas y la imagen aún parada en la televisión.

En el sobre le ofrecían un contrato como microbiólogo y un puesto como investigador en un laboratorio que no tenía límite de presupuesto. También contenía un contrato que debía firmar y enviar escaneado a una dirección de *e-mail*. No quería atarse con aquel contrato, pero sabía que no tenía opción y firmó sin pensarlo. En realidad, pensaba en Lola y lo siguiente que hizo fue buscar el siguiente vuelo a Málaga. Lo reservó, hizo una carta de despido a su empresa de su puño y letra, y la envió certificada a través de un servicio del propio hotel. En ella renunciaba al puesto por fuerza mayor, pero no esperaba compensación alguna por los gastos ocasionados con su traslado y demás contratiempos.

Kai decidió pasar por una farmacia. Aunque no era médico de familia, sí controlaba los efectos de los medicamentos. Además, tenía la carrera de medicina, biología y un máster en microbiología e investigación aplicada a la genética. Hablaba varios idiomas, lo cual, para esta organización que controlaba varios entes internacionales importantes, era vital, sobre todo después de haber perdido al padre de Isabella.

Entretanto, en el psiquiátrico Santa María La Mayor William Saturday, o Charlie Discreet, aparcaba la silla de Lola bajo la sombra de un gran sauce llorón. A ella le llegó un leve susurro de su entorno. Notaba que su improvisado celador, sin saber quién era, se alejaba por su espalda y le dejaba un susurro al oído.

—Allí hay alguien conocido...

Intentó enfocar la vista, los fármacos no le dejaban ver con claridad a cierta distancia y no distinguía bien a la persona que tenía delante. En aquel momento y con aquellas limitaciones podía ser cualquiera, pero con el susurro le quedó bastante claro.

A unos ochenta metros cruzando el patio había otra enferma, en una postura parecida a la suya con la cabeza a un lado, los brazos dejados caer en las piernas con las palmas cuencas hacia arriba, muertas sobre su regazo. Mientras intentaba sostener esa imagen enfocada, se acordó de que acababan de ponerle algo que le hacía sentir más consciente a cada rato, pero no sabía cuánto tardaría en poder mover los brazos con la suficiente agilidad, como para plantearse siquiera acercarse a ella.

Le llegó una voz clara que parecía venir de aquella mujer que llevaba el pelo rapado y a la que su extrema delgadez le hacía parecer una adolescente con la mayoría de edad acabada de cumplir. Le resultaba difícil dibujar el rostro de Paula en aquella presencia de la silla. La voz fue clara y cercana como si se lo acabaran de susurrar al oído.

—334, te espero...

Y desapareció de su campo de visión tirada por una enfermera con su resplandeciente bata blanca, intensificada por los rayos del sol de aquella tarde. Sintió un tirón por su espalda. Alguien empujaba su silla.

—Pues sí que debes de ser importante. La primera semana y ya en el patio... Bueno, Bella Durmiente, vamos a tu habitación que llega la hora de la siesta.

A unos kilómetros del hospital psiquiátrico y al siguiente día del encierro de Lola, Juan no había dejado de pensar en ella ni siquiera un segundo.

Con el estómago vacío, pero sin ganas, se obligó a buscar algo para comer mientras pensaba en los datos y la agenda del teléfono de la agente Blumer con los contactos que había volcado en el suyo. Tenía que ver de qué manera podía averiguar en quién podía confiar para que le ayudara.

Decidió bajar a la calle a buscar un sitio con un menú para picar algo, con que hicieran bocadillos rápidos le valdría. Caminó un par de minutos con todo lo sucedido rondando su cabeza, hasta el punto en el que estos pensamientos lo distrajeran y lo llevaron a las puertas de una de las tascas de tapas de La Nogalera, un sitio que conocía bien de antaño. Se paró justo delante del expositor en uve invertida que mostraba los platos con raciones, tapas y bocadillos de cien formas distintas y precios. Dos veces pasó la vista por todos los números de los platos de la carta, sin leerla. Seguía distraído...

—¿Juan? No me lo puedo creer... ¿Qué tal estás? Soy Hada, «Sed-hada Madrina». Jo, cuántos años chico —le plantó dos besos y le dejó un dulce olor a perfume que le recordó su época de ligoteo en los bares de noche de la zona—. Te han tratado bien los años, ¿eh? Estás más guapo que antes. ¿Tú te has hecho algo? Un lifting como poco.

Juan se conservaba realmente bien y tenía cuarenta y ocho años muy bien cumplidos.

—Eh, ¿qué tal Hada? Por ti sí que no pasan los años. Estás igual —la miraba asombrado, como viendo un fantasma del pasado.

Enseguida se percató de que Hada no había cambiado en lo más mínimo su forma tan especial de comunicarse. Le salió media sonrisa al acordarse de los buenos ratos de risas sin parar que habían pasado junto con más amigos de la época.

—Bah, lo mío se arregla con más kilos de maquillaje cada vez y pelucas de las caras, cari. Cuando tenga sesenta me haré una máscara de látex —dijo soltando una carcajada que se oyó en media calle.

Aquella antigua amistad le hablaba como si no hubiera pasado el tiempo. Creyó que sería buena idea pasar un rato agradable y conversar con alguien totalmente ajeno a su vida actual, aunque Hada fuera una deslenguada sin remedio dentro y fuera del escenario.

«Ahí está, es ella, bueno y él..., quizás me esté volviendo loco, pretendiendo meter a una antigua amiga travesti en este lío. O quizás la cordura y la razón sean lo más alejado que debo buscar en este caso», pensaba a gritos en su interior.

—¿Tienes prisa, Hada? Eres a la última persona con la que pensaba cruzarme hoy, quizás necesite una mente fresca y ácida como la tuya para poder encajar lo que tengo encima.

—Claro, tengo una hora. Vengo a comer algo antes del pase de La Demence, aquel *after* en el que terminamos más de una noche, ¿te acuerdas? Ahora es de chicas, no sabes el éxito que tengo con las lesbianas, cari, les encanta mi lengua bífida —soltó otra sonora carcajada—. ¡Estoy flipando, nene! Y claro que tengo tiempo para un amigo, bueno, o lo que surja —y volvió a carcajear, esta vez contagiando a Juan que apartó una de las sillas para que se sentara.

El enorme pelucón de Hada captaba la atención de todos los presentes. Juan pensó con sorna que debería de ponerse un cartel de mercancías peligrosas por la ingente cantidad de laca usada para soportar el cardado. Era

toda una personalidad en el barrio. La gente se acercaba para hacerse fotos con ella y saludarla. A Juan le parecía estar acompañado de toda una *celebrity*, cosa que le divertía bastante, pues lo hacía todo cada vez más absurdo y enrevesado.

Se sentaron juntos, como habían hecho más de una vez, para hablar de sus cosas. Pero entonces aquellas reuniones tenían lugar con un desayuno y la «penúltima» copa en la mesa, intentando mantener los ojos abiertos.

Aquella situación era bien distinta, ambos estaban frescos y Juan se encontraba cada vez más cómodo de tener una compañía tan divertida. Le recordaba las actuaciones en las que Hada llenaba los garitos de la zona y, aunque seguía haciéndolo, llegaban las nuevas estrellas pisando fuerte y él, o más bien ella, pues estaba en su personaje *drag* y las veía como «a las modernas». No las soportaba.

—Se creen que porque se pongan monísimas y hagan el *playback* de la famosa del momento son las mejores. ¿Y de micro? De micro nada, cari, no les pidas que te animen el local porque te lo vacían en el segundo pase. Mira, esta noche después de La Demence y divertir a las chicas, que me encantan, se ríen mucho con mis chistes y no les importa que sea cruel con ellas, a algunas les pone yo creo..., bueno, que me enrolló... Te decía que después tengo dos pases en el XXY y te puedo colar gratis. Anda, vente, por los viejos tiempos... ¡Ay que torpe! Ni te he preguntado, cari. ¿Qué haces aquí en Torrolles? ¿Estás de paso? Dime que te vuelves a vivir a Torremolinos que me vuelvo loca —no le dejaba hablar...

—No, ehmmm...

—Alexis —le dijo susurrando—, que sé, que no te acuerdas de mi nombre.

—Es verdad, pero es que ahora no te imagino como Alexis, sigues trabajando solo como *drag queen*, por lo que veo.

—Sí, cari, yo no me opero ni nada. Ya sabes, este es mi personaje de noche y algunos días, depende, como hoy. El *alterego* con el que hago todo lo que me da la gana y que a la gente le encanta. «Mi hermano» es más aburrido e introvertido, Mari, es un tostón...

Juan no tardó en acostumbrarse a la jerga de la que se había despegado hacía tiempo, pero que formaba parte del folclore local y nocturno en el que se movía entonces. En la escuela se reprimía por querer ser del montón y su mejor manera de pasar desapercibido, pero antaño había marcado, no solo una forma de expresión, sino también de reivindicación, la mejor manera que tenían de mostrarlo a la sociedad. En su caso siempre fue bastante discreto con

su entorno por la situación en la que se enteraron de lo suyo.

—Pues eso —Juan le cortó para agilizar la conversación que se estaba empezando a convertir en un monólogo—. A tu pregunta: estoy de paso, he venido a dar una vuelta por el piso. Y, bueno, tengo algunos problemas...

—Otra vez esa arpía de tu mujer dando por saco —Hada se había quedado en el pasado.

—Para nada, si te lo cuento ibas a flipar y mañana se enteraría medio Torremolinos del tema y eso es cosa seria, Hada...

—Mi niño, me estás asustando —le salieron las raíces canarias, mezcladas con el deje de llevar más de quince años en Andalucía—, yo soy una tumba cuando me lo propongo. A ver, que sé que tengo fama de que me gusta hablar y eso, pero lo hago de mí, del resto no me importa una mierda, cari.

—Sí, claro, como haces con las modernas, ¿no? Les acabas de hacer un traje completo, con tocado incluido, Hada.

—No compares, Juan, esas niñas, que son muchas, están empezando y se cotizan muy barato. Son mis rivales en este negocio, aunque he ayudado a más de una, que ya me conoces. Mira, no me quiero justificar, si no me quieres contar nada, lo entiendo, pero puedes fiarte de mí, a lo mejor tienes la solución delante. ¿Es un hombre? ¿Ha pasado algo? Cari, me tienes en ascuas, tengo una hora hasta que empiece con las niñas y solo tengo que empolvarme un poco la nariz y lista, así que, suelta la gallina.

—Hada, no sé por dónde empezar y si no te callas no me va a dar tiempo a contártelo todo —Hada se cerró la boca con una cremallera imaginaria—. Tengo una amiga metida en un problema gordo con la Policía de por medio. Digamos que se ha metido con la gente que no debía. El tema es... que no puedo fiarme de nadie. Estoy metido hasta el cuello en una historia que, si te la cuento completa, te quitas los tacones de aguja y sales corriendo. ¡Uff! ¿Por dónde empiezo...?

—A ver, tranquilo. ¿Qué es lo que necesitas? Bueno, no sé si te acuerdas de que «mi gemelo» estudió informática y controla bastante bien las redes. Puedo rastrear o conseguir casi cualquier cosa por mis contactos en el ciberespacio —le dijo en voz baja, guiñándole un ojo— ¿A que no te lo esperabas? Bueno, también canto en directo, ya lo sabes; tengo dos *singles*, hago pilates, defensa personal, me han atacado un par de veces... Por no extenderme más, también hablo tres idiomas casi perfectamente, no sé, igual te vale algo.

—Hada, eres tremenda, no paras y esto no es una entrevista de trabajo. Pero no me acordaba de que eras informático, podría venirme bien y, bueno, creo que, si no te cuento algunos detalles, no podré saber si puedes ayudarme o no. Ella está en peligro, pero no puedo llamar a la poli, está implicada, como te digo. La tienen encerrada en un hospital psiquiátrico, o eso creo.

—Verás que hacemos pleno, Juan. ¿No será el psiquiátrico que hay en Marbella, ese de lujo?

—Pues ese mismo, ¿por qué? —preguntó ahora Juan con los ojos como platos ante la contestación.

—Pues, chico, que las cosas no pasan porque sí. Si crees en el destino, cari, ha venido a verte o te ha traído hasta mí, estoy segura. Tengo una prima que tiene una empresa de limpieza, y, cariño..., te ha tocado la lotería: trabaja para aquel psiquiátrico.

—Pues es una casualidad, pero no sé qué tiene que ver.

—Dices que la tienen reculída o secuestrada allí. Es un sitio muy raro, cari, le hice dos días que estuvo de baja y me dio muy mal rollo. En las habitaciones se oían ruidos. Menos mal que yo me limitaba a limpiar los suelos de todas las plantas. ¿Lo entiendes? Soy tu llave al hospital, cari.

—Hada, no sé, no debo fiarme de nadie y encima la casualidad de encontrarme contigo, no sé si es tan «casual». Si tienes acceso a ese hospital, es de las cosas más importantes que necesito. Pero ahora debo pensar qué hacer cuando consigamos entrar.

—Ay, chico, qué emoción, sí que ha cambiado tu vida... ¿Dejaste la docencia? ¿Eres poli?

—No soy poli, pero se puede decir que soy lo más parecido a un compañero de una poli que está en peligro, como te dije.

—Mira, Juan, me voy a intentar alejar un poco de la euforia de Sedhada Madrina, ¿vale?, aunque con este pelucón y el «lookazo» de hoy lo voy a tener complicado. Vamos a empezar, porque esto no es una puta causalidad. Tienes el piso vacío y, por lo que recuerdo, lo has tenido alquilado mucho tiempo. Yo necesito un piso y si te interesa alguien de confianza, estaría loca por vivir en esa zona, que ahora tengo que coger el coche para todo —se seguía enrollando mientras Juan intentaba prestarle atención sin perderse—, pero eso es otra cosa. Lo que digo es que te puedo ayudar en lo que necesites. Verás, Juan... Yo también he cambiado, pero no dejé de ser un *friki* de la informática. Me dedico al diseño digital, se podría decir que soy lo más parecido a un hacker de confianza que vas a encontrar. Tengo tiempo, una vida que, incluso de

noche, me resulta aburrida y monótona.

Juan empezó a visualizar una imagen que, además de hacerle gracia, le confirmó que podía contar con la ayuda de dos personas en una sola. Era un comodín, una decisión casi demente, meter a un personaje tan histriónico en la historia, pero vital para lo que él necesitaba: tratar de entrar en el hospital de incógnito. Por un momento pensó que las habilidades de transformismo de Hada podrían ser útiles llegado el momento.

—... Claro que, si ahora estás viviendo tú, también busco habitación. Vamos que estoy tirada, cari. No te lo puedo poner más claro. Con lo que estoy dispuesta a «prostituir» los conocimientos de mi hermano, hasta los más oscuros y ocultos, para echarte un cable y que tú me ayudes a mí —y torció la boca haciendo un gesto con la cabeza y la mano, más propio de una *drag queen* de Brooklyn, que saco otra sonrisa de Juan—. Si quieres entrar ahí dentro, podemos colarnos con la furgó de la empresa, tú como Juan, aunque no me importaría sacar tu parte femenina, pero quedarías un poco mamarracha, así que no arriesgaremos —seguía parlotando sin dejarle intervenir—. Yo sí iré como Hada, necesitarás que la líe mientras tú haces lo que se te ocurra, ¿no, cari? Un poco de acción en mi vida. ¡Por fin! Esto es mejor que trabajar para Almodóvar, es como participar en una de sus pelis...

—Bueno, no te pases. El tema es serio, Hada —Juan le cortó en seco—. No solo está en juego la vida de una persona, sino que, además, desconocemos las víctimas que nos podemos encontrar detrás de este asunto, incluso podríamos caer alguno por el camino... Mira, Hada, no tenemos tiempo —aceptó su ayuda desesperado—, así que mientras tú trabajas esta noche, yo organizo algunas cosas. Recoges lo que creas que necesite tu hermano Alexis y te vienes para mi piso, yo no tengo tiempo de ir de copas. No sé si estoy cometiendo un error, Hada, pero no lo comentes con nadie, por favor. Es importantísimo que nadie sepa que estoy aquí. Y si no me encuentro con ningún conocido, mejor. Lo entiendes, ¿verdad? Así que, no se te ocurra llamar a nadie más —recalcó.

La merienda cena que ambos tomaron terminó con un abrazo efusivo. Juan, cada vez que lo pensaba lo veía más descabellado, pero estaba desesperado y se sentía solo. Tuvo una corazonada con Alexis, sus dotes como *hacker* podrían ser una buena arma en el caso de que tuvieran que publicarlo todo. Las noticias en las redes corren como la pólvora prendida.

Llegó al piso pensando en un posible plan para poder entrar y sacar sin más a Lola. Pensó en visitar al comisario, pero no podía arriesgarse tanto. Si

lo quitaban a él de en medio, entonces Lola nunca saldría de allí, si es que estaba realmente en el psiquiátrico. De repente recordó que la pareja de Paula era enfermera. Lola le había contado su historia en una de sus conversaciones. La buscó en la agenda del teléfono.

—¿Cómo era su nombre...? ¿Lucía...? Joder, no me acuerdo. Paula y..., Sofía... ¡Eso es! ¡Se llama Sofía!

Sin pensarlo dos veces, ya sentado en su sofá y recibiendo sin parar mensajes de wasap desde que le dio el teléfono a Hada, buscó y marcó el contacto de Sofía, sin saber muy bien lo que le iba a contar.



Capítulo 27

La poción del despertar

—¿Diga? —Sofía descolgó el teléfono de un número que no le sonaba de nada.

—Hola... ¿Sofía? Soy Juan, un amigo de Lola.

—¿Lola? ¿Qué Lola? Ahora estoy ocupada —cayó en ese mismo momento—. ¿Lola...? Sí, sí, dígame. ¿Por qué le ha dado ella mi teléfono?

—Bueno, ella no me lo ha dado, se lo he copiado de la agenda —se percató enseguida de que la verdad no había sido buena respuesta—, esto..., quiero decir que ella me autorizó a hacerlo de alguna manera. El caso es que tengo que hablar con usted, o contigo, si me permites que te tutee.

—Pues, mire..., Juan, ¿verdad? No sé qué necesita, pero ahora estoy en mi trabajo, termino en una hora. ¿Puede llamarme entonces? —le marcó distancia al ser un extraño para ella.

—Sí, por favor, es muy importante, también tiene que ver con..., bueno, Paula... —dudó si decir su nombre, pero sabía que sería infalible para que se interesara por la llamada.

—¿Paula? ¿Quién es usted? ¿Y por qué sabe de mi vida privada? Mire, no cuelgue, puedo pedir cinco minutos... —el corazón le dio un vuelco al oír su nombre— Espere, no cuelgue.

Habló con una compañera para que la avisara al busca y salió a la sala de descanso de su clínica. Miró al techo, cerró los ojos y deseó tener un cigarro para poder darle unas caladas, en tal caso, saldría a la terraza. Abrió los ojos y volvió a contemplar el techo. Juan estaba esperando al otro lado de la línea, comiéndose las pocas uñas que le quedaban, pensando que Sofía colgaría sin más.

—Juan, ¿sigue ahí? ¿De qué conoce a Lola y por qué le ha hablado de mi relación con Paula? Espero que no sea usted un vidente o algo parecido, porque le cuelgo ahora mismo —sentenció.

—No, no me cuelgue, Sofía. Necesito ayuda. Lola está en peligro y la

madre de Paula también. No sé si hago bien siquiera en llamarla porque ella me dijo que no confiara en nadie, pero aparte de una..., un amigo, no tengo a nadie a quien llamar.

—¿En peligro? Llame a sus compañeros, ella es policía, si la conoce debería saberlo —dijo desconfiando aún más de él.

—¿No cree que lo habría hecho si hubiera podido? Es muy complicado, pero para que me entienda, le diré que —dudó—, la Policía es en quien menos puedo confiar en este momento. Nadie debe saber de nuestra conversación si decide no ayudarme.

—Explíquese. ¿Por qué está Lola en peligro y cómo podría yo ayudarla?

—Se la han llevado a un hospital psiquiátrico. No creo que le hayan hecho nada todavía, pero no sé hasta dónde están dispuestos a llegar para impedir que siga investigando. Encontró algo que podría implicar a varios poderosos de la medicina. Tenemos que hablar con su marido, pero por lo que sé cuando desapareció llevaba casi todo el día sin poder hablar con él y temo que le haya pasado algo o tenga que ver con su desaparición.

—Pero..., ¿qué me está contando? ¿Es el mismo hospital en el que está ingresada la madre de Paula?

—Lola cree que Paula le ha mandado mensajes de alguna forma, a través de sueños —le contó el episodio del baño donde le pareció verla y, sin querer, provocó que Sofía recordara los episodios extraños que sufrió Paula antes de aparecer muerta.

—Paula está muerta, no creo que haya podido contactar con ella, no creo en esas cosas.

—Pero se acordará del episodio en su casa, el día del cumpleaños de Lola.

Juan estuvo rápido con el apunte.

—Bueno, aquello... fue raro, la verdad, y me recordó a Paula —se empezó a abrir a aquel extraño que tenía tantos datos y que no tenía razón para mentirle—. No niego que parecía que estaba poseída y vi los ojos de Paula en ella..., no sé por qué le cuento esto...

—Tengo que verla y explicarle los detalles, usted es enfermera y quizás necesitamos de sus conocimientos. Lola es una mujer fuerte y, si está retenida, la habrán tenido que sedar.

—¿Cree que en el hospital también tienen retenida contra su voluntad a la madre de Paula?

—Así es. Lola la vio y dice que le pareció ver a otras enfermas en

habitaciones cerradas con llave y un control de visitas con demasiada seguridad.

—¿Y qué sabe del comisario? ¿Por qué no quiere avisarle? —se dio cuenta en el mismo momento que hizo la pregunta— Ya..., le interesa que su mujer esté allí confinada. Mire, Juan, voy a quedar con usted, pero tendrá que ser cuando salga de mi turno. Dígame dónde nos vemos y allí estaré. Le daré media hora para que me convenza de que no me va a decir en algún momento que puede contactar con Paula, ya le he dicho que no creo en esas cosas... Si no me convence, llamaré a la policía —lo cierto es que la curiosidad la impulsaba a salir corriendo en ese mismo momento.

—Soy profesor, catedrático en música y con bastante prestigio en gran parte de Europa —se sintió ofendido por lo peyorativo del comentario—. No soy vidente y le diré que antes no creía en nada, como usted, pero que ojalá ahora conociera a uno de verdad. Nos veremos y le prometo que cuando le cuente todos los detalles, me dirá si Lola está o no en peligro.

—¿Se refiere a que no está seguro? Mire, no sé qué pensar. Llamaré a su marido para ver si sabe algo de ella.

—No, por favor, no lo haga, todavía no, debo hablar con usted antes. Luego decidiremos si llamamos a su marido.

—Ya está dando por hecho que le voy a ayudar y ni siquiera estoy segura de quedar con usted a solas.

—No estaremos solos, un amigo estará también... —dijo imaginando a Hada sin dejarla hablar y metiéndose en la conversación—, mejor que le conozca directamente, en él sí puedo confiar.

—Si Lola y la madre de Paula están en peligro, y ni siquiera la Policía puede ayudarlas, no sé qué podría hacer yo. No voy a negar que parece usted sincero. Además, juega con ventaja al nombrar a Paula; no me deja opción. ¿Por qué Lola creía que tenía contacto con ella? No la veo creyendo en esas cosas... Me estoy volviendo loca, es como vivir una vieja pesadilla —hizo un silencio que Juan aprovechó para intervenir.

—Si de verdad quiere saberlo, venga y ayúdeme, quizás juntos encontremos las respuestas. No puedo hacer esto solo y si se entera de que un loco ha intentado entrar en un psiquiátrico para sacar a los enfermos, no dude en hacer pública esta llamada —la última frase disipó las pocas dudas que tenía de Juan.

—Bueno, tiene mi contacto, envíeme la ubicación, le llamaré antes de llegar. Ahora le dejo que estoy en el trabajo —repitió colgando sin más.

Juan respiró profundamente con la sensación de que había sido buena idea contactar con Sofia. Siguió entonces con sus pesquisas para intentar encontrar algo más de luz. Usó el portátil de Lola para buscar información en Internet, cuando se dio cuenta de que no tenía conexión.

Vio algo que le llamó la atención: una carpeta con el informe de Isabella donde encontró un sinfín de documentos y subcarpetas bien ordenadas sobre el crimen y los implicados. Había una con las conclusiones del caso; era de Lola, rezaba «Blum» en el título y contenía toda la información nueva recopilada en un archivo en Word en el que había puesto un nombre bastante llamativo: «Psiquiátrico de Santa María la Mayor».

En el informe había relatado todo lo sucedido y vivido desde que había comenzado con el caso de Isabella. El momento en la comisaría cuando se realizó el interrogatorio de Sara, sus impresiones al conocer a Juan y las frases en las que al principio lo veía un poco sádico y raro, antes de conocer su historia. A Juan no le gustó leer esa parte tan íntima de Lola, sintió como si estuviera usurpando los secretos de un diario. Siguió con el informe en el que leyó sus dudas con el embarazo, detalles de los sueños, algunos que ya conocía y otros que le confirmaban de alguna manera que Paula quería comunicarse con ella a través de los delirios de su madre. Si le dijeran que aquel informe era de un psiquiatra, lo habría creído por la cantidad de detalles que contenía. Las últimas frases del informe las escribió la noche de aquel episodio con Juan y el disparo a un reflejo extraño en el espejo. Juan leyó claramente:

«...creo que, un segundo antes de disparar, vi un reflejo. Era la cara de Paula en el espejo, detrás de una niña oscura que se parecía a Isabella...»

Juan sintió escalofríos al leer aquello. No sabía que aquella visión se había revelado también para Lola y por eso desvió su arma y disparó.

Miró el teléfono móvil y comprobó que tenía treinta mensajes de Hada, con un par de fotos incluidas mientras estaba en el camerino. En los últimos le decía que cancelaban uno de los pases y que estaba en el piso de su amigo, recogiendo sus cosas. Juan negaba con la cabeza y sonreía de nuevo al pensar en que la locura de Hada le había traído una inmensa cordura y que le había puesto en contacto con su pasado más loco a la vez. Cerró la carpeta del informe, ahora más seguro de que no debía avisar al comisario, pero convencido de que debía tratar de contactar con Kai.

El interfono sonó insistentemente. Se levantó de golpe y se dirigió a la puerta, abrió y comprobó que no oía nada por el telefonillo, debía de estar

estropeado. Se quedó en el umbral esperando a que se abriera el ascensor que daba justo frente a su puerta. Era Hada que arrastraba dos maletas y llevaba un par de bolsos de deporte y otros tantos colgados a ambos lados del cuerpo.

—Ayúdame, hijo no te quedes ahí, que son muchas cosas.

Hada venía desmaquillada y no parecía la misma persona. Llevaba el pelo rapado al uno y, aunque tenía unas facciones muy finas, era un *look* bastante masculino y normal para tener un *alter ego* tan extravagante y descarado. Juan había visto pocas veces al hermano diurno de Hada, y pensó que aquel chico no se parecía en nada a la «petarda» de su hermana nocturna. Si se quedaba calladito y no arrancaba a hablar sin parar, podría pasar por una persona tímida; pero nada más lejos de la realidad.

—Alexis..., esto Hada...

—Llámame como quieras, cari, pero agarra una maleta que vengo muerta, que diría Hada.

—Estas son todas tus cosas, por lo que veo. No hemos hablado aún de lo del piso. Te dije que trajeras lo que pudieras necesitar para ayudarme.

—Juan tengo problemas con el capullo de mi jefe, llevo dos meses sin cobrar y los ahorros se agotan. Necesito asilo por unos días hasta que consiga que me pague, que me debe un buen dinero. Mi compañero de piso tiene un novio pegajoso a más no poder, están enamoradísimos y, chico, ¿qué quieres que te diga? Voy a terminar vomitando un arcoíris. Es complicado encontrar pareja, y, en mi caso, más. Cuando ven mi armario piensan que estoy casado y cuando les cuento mi trabajo de fin de semana... —Juan empujaba una de las maletas, escuchando resignado el monólogo—..., al principio te dicen que no les importa y esos son los que no suelen volver. La mayoría de las veces terminamos siendo amigos, pues cuando conocen a Hada se enamoran de ella y yo pierdo el morbo. Soy una *fashion victim*, cari, como las *celebrities*, pero con mucha menos pasta y ahora tirada en la calle.

—Y ¿qué pretendes que haga, si ya te has traído todo?

—No, espera... ¿Me dejas quedarme? —Lo abrazó efusivamente sin que Juan lo esperara—. He dejado un taxi esperando por si acaso, tengo un par de bolsas más.

—¿Más? Hada..., estás como una cabra. ¿¿Bajo??

—¡Qué va...! Tardo un minuto, cari, son otro par de chismes, nada importante.

Hada llegó con otro ascensor lleno, mientras Juan no salía de su asombro. Llevaba varios porta trajes con un montón de accesorios. Tendría que contratar

a alguien para recoger la mitad del equipaje que se había dejado en el piso donde vivía hasta ahora. Aquello era solo lo que le había dado tiempo a recoger en una hora, antes de llegar a casa de Juan. Había dejado colgado el último pase para demostrarle a su jefe que no podía seguir trabajando gratis, mientras él llenaba el local y fardaba de ropa de marca, invitando a copas a todo el que se le antojaba llevarse a la cama y que venía a verle al local después de haber ligado con él por *Grinder*. Así se lo iba relatando Hada bastante más efusiva y, como de costumbre, sin dejarle hablar.

Ya eran las doce de la noche cuando Juan cargaba el último de los bolsos. Se llevó la mano al bolsillo y recordó haber puesto el móvil en silencio por los insistentes mensajes de Hada, por lo que no había oído la llamada de Sofía, que estaba en su portal a punto de irse.

—Espera, Hada, bajo a por una amiga. Ahora te explico y cuando venga no la asustes, por favor. Deja que yo hable y luego le cuentas lo que quieras de tu vida.

—Qué controlador, has perdido algunos puntos... Vale, seré el informático aburrido, no te preocupes, soy buen actor.

—Hada, te conozco —dijo mientras se cerraba a la puerta del ascensor.

Hada había visto a una chica en la puerta, de hecho, le había ayudado con uno de los bultos que casi se le cae, mientras llamaba al teléfono de Juan sin que este respondiera. Sofía veía cómo aquel chico pagaba al taxista y corría a por sus cosas dedicándole una sonrisa y dándole las gracias por la ayuda. Al poco rato, Juan aparecía en el portal.

—Hola, Sofía, podemos subir a mi casa, pero si te sientes más cómoda, vamos a un sitio público.

—¿Ese chico era el amigo del que me hablabas, por casualidad?

—Eh..., sí, Hada, digo Alexis, perdona. Es muy especial y muy buena persona. Creo que puede ayudarme, mejor dicho, ayudarnos, si decides unirme a mi empresa para averiguar cómo encontrar y liberar a Lola.

—Vale, acepto subir. Me suena la cara de ese chico... Ahora no sé de qué, pero me resulta familiar. Y la tuya también.

—Bueno, si le conocieras te acordarías, créeme. A mí es probable que me conozcas por otro asunto. Vamos, sube y te pongo al día. He podido leer un informe que me ayudará a contaros en lo que ando metido —le explicaba mientras entraban en el ascensor. Juan se dio cuenta de que había bajado sin llaves.

—Vale, intentaré tener paciencia, pero ya tiene que ser muy gordo lo que

está pasando para que alguien como tú, si te parece me permito tutearte, tenga la agenda de Lola.

—No solo tengo su agenda, también su bolso, sus cosas... y la seguridad de que se la querrán quitar de en medio en cualquier momento.

Llamaron al timbre. Juan levantó las cejas y esbozó una sonrisa en tono jocoso, mirando a Sofía que cada vez entendía menos aquella absurda situación. Les abrió la puerta Alexis, bailando y con la música puesta en su teléfono móvil.

—Oye, cari..., ¿solo tienes VHS? No doy crédito, eres súper rural, no me lo esperaba...

—A ver, Hada..., Alexis, eso tiene su explicación —le decía sin poder contener la risa, que se le borró en cuanto recordó la imagen al ver de nuevo la cinta encima de la mesa —Sofía no entendía por qué Juan se había equivocado ya dos veces de nombre y a Hada se le notó en la cara.

—Nena, soy *drag queen* de noche cuando me da la gana. Tengo un jefe tirano que no me paga mientras él sigue engordando su caja.

—Vaya, ya sabía yo que me sonaba tu cara. No puede ser... ¡eres Sed-hada Madrina! No sabes la de veces que me he reído contigo en La Demence, donde conocí a mi chica, pero vamos si te veo por la calle no te conozco.

—¿A Paula? —preguntó Juan.

—No, a mi pareja... actual. Desde el cumpleaños de Lola han vuelto algunos fantasmas del pasado y si estoy aquí es porque últimamente me han pasado cosas muy extrañas.

—Mira, cari, me estáis poniendo el vello de punta. Sí, soy Sed-Hada. Y de eso se trata, cariño, es parte del transformismo, no soy una mujer, como puedes ver, y, si me quedo callado, paso hasta por raro, en plan introvertido... —y congeló el gesto que les hizo sonreír— Encantado, Hada, Alexis. Llámame como te salga del... alma, mari.

Miró a Juan para que viera que estaba moderando su lenguaje, normalmente más ácido y casi en el papel de Hada, pero sin su maquillaje. Como a los actores que llevan mucho tiempo con un personaje que los terminan absorbiendo. El caso de Hada era el mismo: le costaba bajarse de los tacones.

—Escuchadme, por favor. He podido leer el informe que estaba redactando Lola, que no puedo imprimir para vuestra comodidad porque no tengo impresora.

—¡Aah! Pero yo sí. ¡Empieza la fiesta! Tengo una impresora portátil súper

mona, que te va a encantar. Es un cilindro y está..., ¡en esa maleta! Mira lo que ocupa. ¡Tachááán! —sacó un consolador que utilizaba en su *show* para sacar risas al público. Ambos soltaron una carcajada que relajó bastante el ambiente —. En serio, la tengo de veras, ja, ja, ja, pero os habéis descojonado, ¿eh?

—¿Hada? Por favor... —le recriminaba Juan entre risas. Sofía, que se dio cuenta, intervino:

—Oye, no soy una mojjigata, estoy acostumbrada a su forma de hablar y yo también digo tacos. No soy tan divertida, pero no me importa reírme un poco. Sí, Hada me he descojonado y sigo descojonada, ja, ja, ja...

Con aquel ataque de risa Hada conectaba como podía la impresora al portátil que no tardó en reconocer el dispositivo. En pocos minutos tendrían la copia del informe. Juan les puso al día mientras leían el documento. Le pareció necesario para que entendieran su locura y, en el caso de Sofía, para que se diera cuenta de la posibilidad de que el comisario podía tener algo que ver en todo aquello y no debía ponerse en contacto con él. Después de leer los detalles que describía y escuchar las conclusiones a las que llegó Lola, Juan les enseñó el vídeo para que terminaran de creerse la posibilidad del secuestro y el confinamiento de la agente en el psiquiátrico. Ambos se quedaron boquiabiertos con la grabación. No pensaron que el tema iba tan en serio. Sofía, en un principio, creyó que todo era una exageración, pero, al ver la grabación, esta le confirmó el engaño. Le quitó mentalmente la ropa al extraño personaje y pudo meter la fisonomía del comisario dentro. Hada seguía con la boca abierta y la ceja levantada, hasta que soltó la primera impresión.

—Mira si habré visto vídeos de *Anonymous* y gente por Internet y de la *deep web* de gente rarita..., ¿eh?, pero este es misterioso que te cagas. Eso que le dice del padre es como para no ir. Yo iría, vaya... Bueno, cuenta conmigo para liarla, no puedo mezclar la empresa de mi prima en esto, por si acaso, pero sí clonar su logo y tunear una furgó. Se me da bien la edición digital y se puede imprimir a un par de calles. Hago allí mis carteles para los espectáculos y las fiestas que presento. También puedo hacer saltar la alarma de cualquier puesto de bomberos para que vayan al hospital. Y, bueno, tengo un par de aparatitos bastante divertidos que tenía ganas de usar. Tecnología punta para volver locos a los sistemas automatizados de las puertas, luces y cualquier artilugio domótico que tenga implantado el hospital —Juan no daba crédito a la reacción de Alexis.

—Si su madre está allí encerrada, quizás..., no sé, es una locura, voy a

ayudar en lo que sé. Pongamos por caso que es cierto que están usando una medicación para mantener sedados a los enfermos. Hay un fármaco que podemos usar para neutralizar esos efectos y hacerlos despertar, pero el plan creo que incluye a Lola. Tampoco estoy segura de que tenga el efecto deseado, ni si será rápido, aunque generalmente lo es, pero depende de los narcóticos u otros fármacos con los que tenga que luchar el Anexate, que es el que contiene dicho principio activo llamado flumazenilo. Por raro que parezca, tuve un caso hace muy pocos días en el que un paciente había tomado una sobredosis de benzodicepinas. Despertó en el momento al administrarle el fármaco, solo hay que saber su peso aproximado y con Lola lo tengo claro. El resto de pacientes deberán esperar a que avisemos a la Policía...

—Eso es genial, Sofía. Sabía que tenías que estar con nosotros. Por cierto, ¿qué hacemos con Kai?

—Joder, se me había olvidado —contestó Sofía.

—¿Quién es Kai? Me he perdido algo, creo. Y a mí me lo contáis todo, cari. No he salido corriendo porque no creo en las casualidades y creo que me tenía que cruzar con Juan para que me alquilara su casa, bueno, eso lo tenemos que hablar todavía.

—Eso, Hada, no te adelantes, a ver qué pasa con todo esto, que tenemos mucho que preparar. Kai es el marido de Lola y no sé si es buena idea avisarle.

—Ojalá pudiera saberlo, Juan. A mí me parece buen tipo, pero, claro, cuántas cosas raras se han visto. Podríamos llamarle y preguntarle directamente por ella. Quizás con su reacción podremos decidir si contarle lo que sabemos o no. Por cierto, gracias por confiar en mí, quiero ayudar a Lola y a la madre de Paula. Llevo varias noches soñando con el día del entierro y eso me ha traído recuerdos bastante claros. Se repite en mi mente y, aunque no sé si es sugestión a estas alturas, el gesto frío de Millán al decirme que había ordenado su incineración para poder velar su cadáver lo antes posible no me cuadra. Él mismo reconoció los restos y ni siquiera se dignó a consultarme por sus últimas voluntades. Yo estaba destrozada y no tenía fuerzas ni cordura para ocuparme de nada, así que él tomó todas las decisiones. Ahora bien, después de ver esa grabación, los recuerdos que tengo de aquel día se distorsionan... Llevó a su esposa en un estado que parecía una *zombi*, no reconocía a nadie, incluso sonreía en ocasiones de forma macabra. Fue extraño, lloraba de vez en cuando, comportándose como lo haría un enfermo con trastorno bipolar o con alguna demencia.

—Joder, nena, ¡qué nivel! ¿Eres médico?

—No llegué a terminarla, es mi segunda carrera, me queda un año, la retrasé cuando pasó..., bueno, Paula te conoce... ¿Sabes? Esto es todo muy raro; también salimos por Torremolinos en alguna ocasión juntas, eres una personalidad en las noches de La Nogalera, Hada, recuerdo que tenemos hasta una foto las tres juntas. Y lo que dices tiene sentido, no creo en las casualidades. Juan, recuerdo tu caso en aquella época, le caías bien a Paula. He encajado los datos que tenía inconexos: eres el profesor de música de Isabella.

—Juan, estoy helada...—añadió Hada—, entonces no me hacía una idea de que tu separación tuviera todo aquello detrás. Aquí ya sabes que al final la gente empezó a comentar, imagino que como en todos los círculos. Luego, cuando supieron de tu inocencia, desapareciste. Siento mucho lo que tuviste que pasar, nene, debió de ser muy duro. A Paula no la recuerdo, llevo más de diez años trabajando en la noche y en La Demence he visto más *bollos* que en una pastelería, cari —por la cara de Sofía, se dio cuenta de que no le gustaba el lenguaje que a veces se usa en el ambiente y aclaró que no lo hacía en forma peyorativa—. Es mucho tiempo y en nada me planteo dejarlo, creo que en breve me lo podré permitir con el montaje de páginas webs y demás cosas de diseño que hago. Alexpix es mi nombre en Internet como ilustrador. También lo uso en la *deep web*, pero al revés. Quizás pueda encontrar algo de información de lo que están haciendo en ese psiquiátrico... ¿Cómo dices que se llama? Sí, no me mires así, aunque estuve dos días, no me acuerdo del nombre..., tengo muchas cosas en esta cabeza, cari —le decía a Juan, que no había cambiado el gesto.

—Agradezco vuestras palabras, pero olvidemos eso ahora. ¿¿*Deep web*?? Ilústrame, Alexis, que me pierdo con tanta jerga cibernética. El psiquiátrico se llama Centro de Salud Mental Santa María la Mayor. Que yo sepa, es el único privado que hay en Marbella, o por lo menos el más importante, así lo remarca el informe de Lola.

—La *deep* es todo un mundo de tráfico e información debajo de lo que ves en Internet, por eso se llama la *deep web*, profundo e inhóspito, como si se pudiera entrar en el alma oscura de la red, en el que se mueve este mundo de marionetas.

Alexis creía a pies juntillas en la mayoría de las teorías de conspiración y apoyaba varias causas, hackeando algo de la podrida basura de los oscuros sótanos de Internet.

—Se supone que no hay reglas, creo que puedo conseguir cualquier cosa con mi portátil, que todavía no he sacado, por cierto. Yo sí tengo conexión a Internet. Bueno vamos a ponernos a trabajar en un plan, ¿no? —contestó emocionado, casi sin tener en cuenta la importancia y vidas implicadas en el asunto.

Capítulo 28

Isabella. Una muerte en vida

Sara adelantó la vuelta de Brasil justo cuando las autoridades levantaron la prohibición de volar por las cenizas del volcán. Pasó el último día hablando con el anciano Joao. Este le dio más recomendaciones sobre cómo tratar los episodios de Isabella. La única medida que debían tomar ya se la había repetido varias veces: no aceptar ni pedir nada, por ínfimo que fuera, a los demonios. Dejaba bien claro que jamás nadie había burlado los engaños de aquellos demonios antiguos. El abuelo le dijo algo que, en el futuro, repetiría su hija.

—Llegado el momento no dude, haga lo que debe hacer.

Al día siguiente, Sara tomó el vuelo de regreso con su hija, de nuevo nocturno, aunque esta vez sin contratiempos. Llegaron al día siguiente a Madrid y de allí tomarían un AVE que los llevaría a Málaga en dos horas y media. Su marido, Tomás, las esperaba en la estación impaciente por tenerlas de nuevo en casa. Se asustó mucho al no saber cuándo podían volver y aún más cuando Sara le dijo que tenía que contarle algo importante sobre Isabella. Él amaba a su hija más que todas las cosas en el mundo, más que a su esposa, a la que hacía tiempo que no veía en la intimidad. Los problemas con la niña y el asunto del cáncer desaparecido habían hecho mella en una pareja que buscaba tener descendencia para arreglar un matrimonio que pasaba por numerosas crisis. Sara dedicaba mucho tiempo a sus libros y Tomás, cuando quiso entenderla, ya estaba bastante alejado de ella como para que estar juntos se convirtiera en pura rutina. Isabella llegó como agua fresca, recuperaron la ilusión y de nuevo la pareja encendió una llama que en poco tiempo se apagó, sin dejar ni siquiera un poco de mecha para volverla a encender. Se tenían mucho cariño, pero la nueva situación de la familia terminó de hacer desaparecer el respeto entre ellos: solo mantenían la compostura cuando Isabella estaba delante.

A su llegada, Isabella salió corriendo a los brazos de su padre. Él la besó

y abrazó, como si hiciera meses que no la veía. A Sara la recibió con un suave roce de labios y un abrazo todavía aún corto que el beso, mientras le recriminaba al oído:

—Te dije que no era buena idea que os fuerais a Brasil. Ya veo que mi opinión no cuenta para nada últimamente... ¿Qué tal princesa, has visto a los primos de Brasil? —esta vez se dirigió a la niña.

—Sí, papi, y a un hombre que tenía un demonio detrás.

—¿Qué dices hija? ¿Fuisteis a un carnaval?

—No preguntes —contestó Sara entre dientes.

—No, ji, ji, ji..., fuimos para que me sacara el mío, pero no puede, nadie puede.

—Isabella, cariño, tú no tienes ningún demonio. ¿Qué coño está diciendo la niña, Sara?

—Te cuento en casa, no te preocupes, no ha participado en ningún ritual extraño. Tenías que haber estado allí para verlo con tus propios ojos —se acercó a su oído—. Ahora yo también estoy segura de que tiene varios demonios dentro y en Brasil han salido a la luz.

—Estás loca, Sara, me das escalofríos —contestó apartándose con cara de desprecio.

—Mamá no está loca, tiene toda la razón, tú serás quien acabe con él, papá, pero antes tendrás que matarme ji, ji, ji —se reía y hablaba con una vocecilla inocente que asustaba solo por el tono, se notaba forzada por la niña o, tal vez, por sus demonios...

Tomás pasó la noche entre sus libros de investigación, intentando olvidar las palabras que había oído de su hija de tan solo cinco años. No podía concentrarse e intentó varias veces, ayudado con un vaso de *whisky*, disipar su mente de aquella horrible voz que se le repetía una y otra vez. Se sintió como Sara, un poco culpable por tener aquel rechazo hacia su propia hija, sentía que todo aquello se les estaba yendo de las manos. Aquella noche viviría algo en primera persona que lo cambiaría todo.

Miró el reloj y en apenas dos horas, pues eran las cinco de la madrugada, llevaría con él a Isabella para hacerle un chequeo completo. Ni siquiera había querido hablar con su mujer de lo sucedido, se limitaron a pasar el día, deshaciendo la maleta y evitándose, mientras Isabella se entretenía con sus hobbies como si no pasara nada. Tomás empezó a oír una melodía, mal ejecutada, en un piano electrónico de juguete que habían comprado a Isabella. Aquellos acordes eran lentos, pero seguros, como si supiera perfectamente

cómo debía sonar la melodía. Escuchó las repeticiones, hasta que se dio cuenta de que la melodía estaba completa. No imaginaba a su mujer tocando aquel instrumento y pensar que lo estuviera haciendo su hija le asustaba, le aterrorizaba escuchar como en cada minuto mejoraba la ejecución de la repetida melodía. Se acercó a la habitación principal y comprobó que Sara estaba dormida y con una tableta de pastillas cerca de la mesilla que revelaba que había tomado algo para poder dormir y parecía hacer su efecto. Se encaminó al dormitorio de Isabella y, antes de llegar a la puerta entreabierta, el sonido del teclado cesó. La melodía esta vez salía de la voz de Isabella y, por primera vez, Tomás la oyó cantar. Su sorpresa fue mayúscula al ver que lo hacía en portugués.

—Cariño, ¿qué estabas tocando? ¿Sabes una canción y no me habías dicho nada? ¿Por qué estás despierta?

—Quiero que se vayan, papá, no quiero que vengan a verme cuando duermo, ni que se metan en mis sueños. Me ha dicho que vendrá porque tiene algo que tú quieres. Tengo miedo, papá, dice que tú me matarás, aunque no quieras. ¿De verdad quieres saber? —la frase fue dicha esta vez con otra voz más grave y redoblada, ejecutada por varias gargantas adultas.

Tomás retrocedió por el pánico. La cara de Isabella se desfiguró con aquella frase. Él sacudió la cabeza pensando que el cansancio le estaba jugando una mala pasada. No sabía si cogerla en brazos, salir corriendo, llamar a su mujer... Se quedó allí, mirando a la niña, cómo se levantaba con diligencia y pasmosa tranquilidad, guardaba su organillo electrónico y se vestía delante de él, para su asombro. Una vez estuvo vestida por completo, le cogió la mano, que no le tembló al contacto con la de su hija, y esta se la pasó suavemente por la cara, forzando una caricia; lo miró, sonrió y dijo:

—Tendremos que desayunar si me vas a llevar al hospital, ¿no, papá? Mamá debe dormir —se paró en la puerta del dormitorio, tirando de su padre como si se hubieran invertido los papeles—, está cansada, ella los ha visto; tú todavía no...

Tomás no había articulado palabra desde que salió de la habitación de Isabella. Preparaba el desayuno como un autómata, sin dejar de fijarse en que la niña no había cambiado la sonrisa desde que lo hizo en el piso de arriba. Lo seguía con la mirada en todos los movimientos mientras a él le temblaba el pulso. Sentía un frío inusual que le había cortado el cuerpo, no se le quitaba ni acercándose a los fogones. Se quedó mirando unos segundos el fuego, recordando la pregunta y la cara de su hija a la que le costaba volver a mirar,

antes de poner el cazo para calentar un poco de leche. Para cuando decidió volverse, al notar que Isabella se había movido, dio otro respingo al encontrarla justo a su derecha en un par de segundos, apagando el gas.

—El fuego es peligroso. Mamá lo calienta en el microondas, tardaremos menos, papá.

Tomás estuvo a punto de derramar la leche sobre Isabella, pero ella se apartó a tiempo desviando unas gotas y se volvió a sentar con la misma parsimonia de antes.

—¿Qué te parece si la tomamos fría? Con una magdalena de esas de pepitas de chocolate que tanto te gustan —no veía la hora de llegar al hospital. Tenía la esperanza de poder consultar a un compañero psiquiatra sobre el tema.

Hacía poco que le habían ofrecido la plaza en el laboratorio, un contrato bastante bueno para lo que se suele pagar a un médico científico con un par de carreras y varios idiomas. No tenía ganas de ejercer, quería dedicar su vida a la investigación científica y aquella empresa le había dado la oportunidad. Tenía buen currículum, pero la oferta le llegó justo después de la mejoría de su hija a través de este amigo psiquiatra al que tenía pensado ir a ver primero.

Isabella jugaba con su muñeca de trapo en el asiento del copiloto. La tía abuela Maritza le había arreglado un poco el vestido y cosido bien la espalda para que no se le saliera el relleno y lucía casi como nueva. Tomás atendía los retrovisores y señales de tráfico, echando un ojo de vez en cuando a su hija, comprobando que jugaba indiferente a todo lo que sucedía a su alrededor. El sonido del teléfono despertó a ambos de sus atenciones y al instante la voz se oyó en el interior del coche:

—¡Tomás! ¡¿Está Isabella contigo?!

—Sí, Sara, no te preocupes, la llevo a que le hagan un chequeo, solo eso. Pensamos que necesitabas descansar.

—Eh..., pero, os vais..., y te la llevas así, sin decir nada. Joder, Tomás, me he asustado.

—No te asustes, mamá. Papá me lleva a un médico que cree que me va a curar, pero yo no estoy enferma. No discutáis por mí —en ese momento comenzó a llorar y el silencio, con el llanto de fondo, se hizo en el coche por unos instantes.

—No te preocupes, papá y yo tenemos que hablar, solo es eso. Volved pronto, ¿vale? Tomás, llámame, eh... ya sabes, cuando puedas.

—Luego hablamos —todavía estaba molesto con ella—. No tardaremos,

Sara, es solo para que la vean, nada más.

Colgó y a los pocos segundos, los enormes y abundantes lágrimas de Isabella dejaron de brotar. Se limpió la cara y añadió:

—Solo tienes que llamar a mamá cuando yo no esté delante y decirle que tu amigo médico me va a hacer pruebas durante semanas, que me pincharán tantas veces, que tendrán que ponerme un catéter —Tomás frenó en seco en un semáforo asombrado del vocabulario de su hija— para poder seguir poniéndome distintos tratamientos, sin ningún resultado. ¿Te acuerdas de que les decías que no investigarían con tu hija como con una cobaya? Pues tú me meterás en la jaula, padre —Isabella no volvió a hablar en todo el trayecto, dejando a Tomás mudo y con un tremendo sentimiento de miedo y culpabilidad.

Una vez en la consulta, el médico, al oír los detalles completos y los sucesos extraños que le contaba Tomás, empezó a sacar sus conclusiones. Aquel padre desesperado no se dejó nada en el tintero, incluso contó el primer episodio vivido en Brasil, cuando estaban haciendo el ritual. Este dato llamó la atención del médico. La primera conclusión fue clara: un trastorno mental que, a su vez, se había convertido en la histeria colectiva de toda su familia. Tomás, al oírlo, se sintió ofendido, pero siguió escuchando lo que decía su colega, uno de los mejores psiquiatras que conocía.

—Dices que su madre ha motivado las fantasías de Isabella. Debería hablar también con ella para poder tener una impresión completa de lo que cada uno piensa que le ocurre a la niña. Podría ser vital para poder ayudarla.

Aquella misma tarde acudieron con Sara, a regañadientes, a la consulta del psiquiatra, ya que Tomás no estaba dispuesto a dejar pasar la oportunidad de que aquel médico la viera. Por lo general, estaba viajando a otras clínicas, así que era una suerte que estuviera en Málaga y pudiera atenderlos. Dejaron a Isabella en una sala en la que se encontraban un par de auxiliares que intentaban entretener a la pequeña con pinturas de colores y algunos juguetes, mientras Sara y su marido hablaban con el médico a solas. Ella se abrió en canal al psiquiatra y le contó detalles, incluso, del viaje a Brasil que Tomás todavía no había escuchado. Permaneció todo el rato callado, pero sin poder evitar caras de sorpresa y haciendo gestos de negación con la cabeza.

—Entonces, Sara..., ¿usted cree que su hija fue poseída por unos demonios?

—Sí, pensará que estoy loca, pero así es. Mi hija no es la misma. Al principio solo eran detalles que nos llamaban la atención como lo rápido que

aprendía las cosas o algunas contestaciones y palabras que estábamos seguros de que no había podido escuchar en ningún sitio.

—Bien, según veo, Tomás, desconocías ciertas cosas que han pasado últimamente. ¿Qué opinas tú de lo que dice tu mujer?

—No sé qué pensar, la verdad... Hemos discutido mil veces porque creía que ella le metía ideas sobre ángeles y demonios en la cabeza a la niña, pero, por otro lado, yo mismo he comprobado un comportamiento en mi hija que no entiendo. No entiendo por qué habla portugués y parece hacerlo perfectamente, si antes del viaje no lo hacía. No sé por qué toca al piano la melodía que mi mujer dice que aprendió en Brasil. Yo mismo escuché como la ejecutaba, al principio torpemente, después con increíble pericia —ahora era Sara la que estaba sorprendida por lo que contaba Tomás.

—Entiendo, pero alguna explicación debe de haber. Por ejemplo: no sería raro que con todo el tema del cáncer y su «curación» —puso las comillas en el aire mientras se levantaba de su silla y se ponía delante de ellos sentado en el escritorio— milagrosa, hayáis hablado sobre temas religiosos y ella los haya oído. Lo del aprendizaje no me parece tan raro. Conozco a muchos niños prodigio y os sorprenderíais de las cosas que algunos pueden llegar a hacer. Lo del idioma... ¿sabéis si habla algún otro? —ambos atendían embobados.

—No, que nosotros sepamos.

—Otra curiosidad, Sara: cuando hablabas de que Isabella se acercó a aquel niño en el hospital que, según tú, se puso de pie después de llevar meses en la cama sin poder moverse..., ¿crees que Isabella tuvo algo que ver en su mejoría momentánea? Por lo que dices, el chico murió aquella misma noche, hecho que bien podría explicar aquel episodio: la mejoría de la muerte. Me interesa saber qué opinas tú al respecto.

—Creo que Isabella le ayudó a partir, pero antes intentó que..., bueno, aquello que ella llama su ángel, le hiciera sentir mejor. Ella dice que lo vio. Sé que mi hija no es capaz de inventar esas cosas, pero también tengo que reconocer que últimamente no reconozco a Isabella; es como si estuviera madurando por días lo que los demás niños tardan años en aprender. He vivido varias situaciones con ella de las que, si usted hubiera estado delante, pensaría igual que yo, estoy segura de ello. Y nosotros, yo, no he metido ninguna idea rara en la cabeza de mi hija. Me habla de cosas que ni conozco, me da miedo. ¡Mi propia hija! ¡Por Dios, es para volverse loca! —Sara rompió a llorar de nuevo. Estaba claro que toda aquella situación le había provocado angustia, ansiedad y un estado depresivo latente que, cada vez, iría a más.

—Tomás, vamos a otro asunto —el psiquiatra tomaba sus notas—. ¿Qué hay de esa medicación con la que estás experimentando? ¿Ha llegado a tomarla Isabella?

Sara miró a Tomás, enjugando las lágrimas rápidamente y recomponiéndose al oír aquello.

—Estuvo unos días tomándola antes de que nos fuéramos al viaje cuando supimos de su enfermedad. Estaba desesperado y tenía que probar algo.

—¿Experimentaste con nuestra hija, Tomás? No puedo creerlo. Esas putas pastillas de vitaminas, cómo no me di cuenta entonces. Estás mal de la cabeza, has podido provocar un trastorno a Isabella, y a mí, yo también las he tomado. ¡Necesitas un psiquiatra! Y yo más por hacerte caso.

—Quería curarla, además el tratamiento solo pararía el avance del tumor, ahí es donde llegamos con los animales, pero estoy seguro de que no hizo efecto en ella. Y lo que tú tomabas son tranquilizantes, un compuesto natural y lo sabes. ¿Estás insinuando algo, Sara? Estoy harto de tener la culpa de todo. También es mi hija.

Sara comenzó a gritarle dando vueltas en la sala, ignorando que el psiquiatra estaba delante de ellos. Le echaba la culpa de que Isabella sufriera aquellos trastornos y de intentar volverla loca a ella. El psiquiatra, sin embargo, esbozó media sonrisa sin querer al oír el relato de Tomás e intervino para calmar a Sara. Quería preguntar más cosas al marido y ella no le estaba dejando hacerlo.

—¿Quiere salir un momento, Sara? ¿Por qué no va a buscar a su hija? Me gustaría hacerle algunas preguntas a ella también.

—Se acabaron las preguntas y las consultas. Me llevo a mi hija de aquí. Tú puedes quedarte si quieres —el médico le hizo un gesto a Tomás para que se quedara sentado.

—¿Y si le dijera que podemos ayudar a Isabella? No creo que su marido tenga la culpa de su mal. Usted misma ha visto algunos demonios, dice, rondándola, y tampoco está segura de que hayan sido sueños.

—Me da igual lo que piense, mi hija no va a tomar nada más. Será una niña normal y si tú, que eres su padre, no quieres ayudarme, puedes ir pensando en irte de casa —dio un portazo al salir de la consulta que retumbó en la sala contigua en la que estaba Isabella.

La niña miró a las cuidadoras y se despidió de ellas, antes de que su madre tocara la puerta. Se levantó y se puso al lado del umbral, mirándolas. Dos toques en la puerta y Sara apareció sin esperar a que nadie contestara. Se

sobresaltó al ver a Isabella esperándola con la muñeca en la mano y vio a aquellas mujeres observando a la niña con asombro.

—Buenas tardes. Nos vamos cariño.

—Adiós, nos veremos pronto —las cuidadoras se despidieron con la mano y se miraron, luego comentarían en privado que aquella niña les daba escalofríos.

Sara tiraba de Isabella con tanta prisa que no se daba cuenta de que le estaba dejando la mano marcada en la muñeca, aunque la niña no se quejaba. Cogieron el coche y, mientras Sara apoyaba la cabeza en las manos encima del volante, escuchó la voz de su hija.

—Papá no va a venir. Bueno, vendrá más tarde, tiene que hablar con el padre del niño —Sara levantó la cabeza con gesto de incredulidad.

—¿Que niño? Isabella, deja de hablar de esa forma. Me estás asustando. Ya se van a acabar estas historias. ¿De dónde sacas todas esas fantasías?

—Lo oigo y veo todo en mi cabeza... —Sara puso otro gesto de duda—. Te entiendo, mamá, al principio yo también me asustaba. Ahora ya sé lo que va a pasar, así que no tengo miedo, bueno..., no tanto como antes.

—¿De qué tienes miedo, cariño? —contestó preocupada intentando obviar la madurez con la que hablaba su hija—. Yo te voy a proteger y lo sabes, no va a pasarte nada malo.

—¿Cómo estás tan segura, mamá? ¿Y si me pasa algo en el colegio o cuando tú no estés conmigo? No puedes protegerme, no puedes protegernos. La monja tenía razón, estamos todos condenados. ¿Sabes lo que es un títere, mamá? Pues así nos usan, como a títeres, y se divierten mucho; cuanto más sufrimos, más se divierten. Tú me sujetarás mientras papá me mata, pero todavía queda mucho para eso.

Sara dio un volantazo que le hizo perder el control del coche sin que pudiera evitarlo. Por su izquierda y a toda velocidad, un coche impactó en el lado del conductor, haciendo saltar los *airbags* del auto y dejando atrapada a Sara en un amasijo de hierros, milagrosamente ilesa. El otro conductor salió despedido del impactó contra su cristal, perdiendo la vida en el acto. La niña, ya con el *airbag* vacío, colocaba el pelo de la muñeca y miraba a su madre, haciéndole un gesto con la cabeza para que mirara el cuerpo del hombre que yacía encima del capó.

—¿Lo ves mamá? Estamos condenados, pero cada uno tiene su momento. A este hombre ya le ha llegado. Su huésped se ha cansado de él y a nosotros no nos ha pasado nada; ellos eligen cuándo y también cómo.

Sara salió del coche con bastante dificultad, ayudada por los demás conductores que habían parado al ver el accidente. En poco tiempo llegó una patrulla de carretera, ambulancias y varios efectivos de tráfico que cortaron la calle por seguridad y para poder contener la curiosidad de la gente que se había congregado allí en apenas diez minutos. A ellas las atendieron en la ambulancia, ya que Sara se negaba a ir al hospital, y cuando el equipo de emergencia vio que estaban perfectamente, no pudieron oponerse a su decisión por raro que les pareciera. La Policía le hizo a Sara la prueba del alcohol que dio negativa, pero se encontraron con una sorpresa: en los exámenes de drogas salió parte de la medicación que apenas había dejado de tomar hacía unos días. Mostró un informe médico que certificaba un tratamiento, pero eso no le impedía conducir. Una agente de policía que estaba de patrulla preguntaba al médico de la ambulancia por la veracidad del informe.

—Tenga, pueden marcharse, pero les recomiendo que llame a alguien a que venga a recogerlas. Nosotros pasamos por el centro. ¿Dónde vive? Quizás podamos llevarla a su casa, me llamo Paula. Y tú... ¿cómo te llamas pequeña?

—Isabella, y soy una niña de alquiler —Paula trató de no cambiar el gesto por aquella contestación tan comprometida que daban a veces los niños.

—Vaya... —miró a Sara que negaba con la cabeza con un poco de vergüenza por el embarazoso momento—, Isabella, es un nombre precioso y esa muñeca se parece mucho a una que yo tuve.

Sara se apartó un poco para hablar con ella y preguntarle algo que le llevaba carcomiendo las entrañas desde que sucedió.

—Perdone, agente, ese hombre ha muerto..., ¿verdad?

—Sí, por desgracia murió en el acto, prácticamente. Se saltó el semáforo y venía a mucha velocidad. El milagro es que usted y su hija no tengan ni un rasguño, parece que no fueran siquiera en el coche.

Sara no sentía dolor ni molestias por nada, tampoco el cinturón le había hecho marcas. Sintió un escalofrío al confirmar lo que ya sabía por su hija: aquel hombre había tenido su trágico final. Se le vino a la mente la imagen del conductor, con la cara desencajada y apretando el acelerador a mitad de calle sabiendo que el semáforo estaba en rojo. En su visión pudo ver el impacto de su coche.

—Sí, agente, nos vamos con usted. Quiero ir a mi casa con mi hija. ¿Tiene usted hijos?

—No, señora, me gustaría, pero a veces se me quitan las ganas —quiso hacer una broma por el comentario de Isabella.

Sara sonrió forzada mientras agarraba a la niña de la mano para subir al coche patrulla. Ya en el interior Isabella volvió a romper su inquietante silencio.

—Gracias por traernos, Paula, nos veremos pronto —contestó la niña dejando a las dos con la misma cara de duda.

Paró el coche justo delante de la casa con las indicaciones de Sara.

—¡No me digas! Pues me encantaría volver a verte, preciosa. ¿Y cuándo nos vemos? Que mona es, por Dios —le decía a Sara mientras se volvía en el asiento para mirarlas.

—¿De verdad quieres saber, Paula?

Sara abrió la puerta y casi empujó a Isabella para que saliera del coche. Paula se extrañó más del trato de la madre a su hija que de aquella pregunta, a la que no dio importancia.

Pensó que era una de esas niñas resabiadas y redichas, pero lo cierto es que no olvidaría aquellos profundos ojos azules que le acompañarían en sus sueños y pesadillas durante años...

—Vámonos, Isabella, ya está bien, deja de hablar que últimamente no paras —quiso disimular, aunque no le hacía falta.

—No se preocupe, no me molesta. Pero habla muy bien para la edad que tiene. ¿Cinco años me dijo?

—Sí, bueno, es una niña... prodigio, eso es, una niña prodigio; muy inquieta, dice lo primero que le pasa por la cabeza ja, ja, ja...

Sin querer, con aquella respuesta recibida, Paula les puso la «etiqueta» a las dos.

Isabella se quedó mirando a Paula mientras ella tampoco le perdía ojo por los espejos, incluso cuando se alejaba. Entraron en la casa y Sara experimentó su propia epifanía. De pronto, tenía explicación para todas las cosas que le estaban pasando a su hija, o así lo quiso ver sin preguntarse por qué tenía la niña aquellos conocimientos nuevos. Sin más, se agachó a su altura y comenzó a hablarle con la ternura que lo había hecho hasta el viaje a Brasil.

—Cariño, tú eres maravillosa y no tienes demonios, en todo caso, son ángeles que lo único que hacen es ayudarte y por eso aprendes tantas cosas. Quiero que seas feliz y hagas lo que más te guste. Mira, mamá te va a dar clases en casa, no tendrás que volver al cole de momento, ¿vale? —a Isabella pareció no gustarle tanto la idea— Y dice papá que sabes tocar esa canción al piano... ¿quieres aprender a tocar el piano de verdad?

—Sí, quiero tocar el piano, también tengo que hacerlo. Y no son los

ángeles los que me enseñan, no sé si hay ángeles conmigo...

—Y, ¿cómo son esos... ángeles?

—No lo sé, son como cuentan, seres de luz que jamás se acercarán a nosotras, mamá. Mañana conoceremos a Nathan.

Sara no quiso hacer caso. Demasiadas incógnitas para seguir haciendo preguntas. Recordó que no había llamado a Tomás cuando habían sufrido el accidente y ya había pasado casi una hora.



Capítulo 29

Voces desde el infierno

Tomás oyó como su mujer pasaba de largo por la puerta de la consulta para llevarse a su hija del hospital y en aquel momento se derrumbó delante de su colega médico. El psiquiatra lo escuchó paciente hasta que Tomás se desahogó y soltó todos los pensamientos que le pasaban por la cabeza: divorciarse, dejar su carrera, irse fuera de España a trabajar o incluso suicidarse.

—Tomás, sé que no debéis de estar pasando un momento fácil, pero las habilidades de Isabella, no solo su inmunidad frente al cáncer, no son naturales. Pude ver las imágenes, no te molestes, me las pasó el médico que las hizo y las valoró. Gracias al él también supe de tu trabajo y por eso te propuse para el laboratorio de la clínica.

—¿Y qué más quieres que haga? Porque me da que esto no es una casualidad.

—Eres listo, Tomás, no ha sido una casualidad. Quiero que pruebes ese tratamiento con mi hijo, no me voy a andar con rodeos. Tiene un tipo de cáncer parecido al de Isabella, pero menos avanzado. Podríamos hacer un estudio de ambos que liderarías tú mismo. Tendríamos que hacer pruebas para averiguar por qué Isabella combatió el cáncer y de qué forma pudo influir esa mezcla de fármacos tuya.

—No. Me niego a investigar con mi hija, me arrepiento de haberle dado el tratamiento. No se puede jugar con la muerte. Michel..., no estoy seguro de que fuera solo el tratamiento. Además, yo no soy oncólogo —quiso seguir poniendo excusas, con la sensación de que no servían de nada. Recordó entonces las palabras de su hija en el coche: «Tú serás el que me meta en la jaula».

—No te estoy pidiendo experimentar o que le des el tratamiento a Isabella, de ella solo necesitaríamos unas muestras de sangre. Con el equipo que tienes a cargo podrías incluso mejorar la fórmula. Además, hay más enfermos con los que podemos probar el tratamiento. Si esa mezcla ha podido, no solo parar, si no hacer desaparecer el tumor de tu hija, mejorar sus habilidades cognitivas e

influir positivamente en el aprendizaje, quizás podamos usarla con enfermedades de tipo mental como alzhéimer, demencias, incluso paraplejas como la de aquel chico que se supone se bajó de la cama delante de tu hija.

Michel sospechaba que Isabella era la clave de la recuperación, no solo el tratamiento. Quería por todos los medios que se viera con su hijo. En aquel momento no era más que un padre desesperado con una familia rota, como la de Tomás. Tenía que intentarlo, por más que sus oscuros negocios le impidieran mezclar personas ajenas con los equipos de trabajo formales: creía firmemente que Tomás o Isabella podían ayudar a su hijo.

—Quiero pensarlo, no puedo traer a mi hija al hospital por la fuerza, su madre..., ya lo ha visto. Como médico, más aún como científico, me veo en la obligación de hacer algo y comprobar si de verdad esos resultados son ciertos. Pero, como padre, no puedo permitirme el lujo de hacer algo que le pueda perjudicar más. Si es cierto lo que mi mujer cree que le pasa a mi hija, preferiría que tuviera el tumor. Creo que no puedo ser más claro.

—Entiendo todo lo que sientes, también mi familia se ha ido al carajo por culpa de una enfermedad, pero siéntete dichoso de que tu hija está sana. Mi hijo morirá en unos años, dependiendo de su calidad de vida, si no se encuentra una cura alternativa a la quimio o la radioterapia, que hasta ahora no han conseguido más que deteriorarlo. Y tú, que crees tener la cura... ¿pretendes quedarte de brazos cruzados pensando en demonios y fantasmas? ¿Es por dinero, Tomás? ¡Dímelo! Puedo doblar tu sueldo ahora mismo, no me importa nada y, por fortuna, me sobra. Pídelo sin remordimientos, no creas que me haría pensar distinto de ti. Sería capaz de vender mi alma al diablo y perder todo lo que tengo por la recuperación de mi hijo —Michel oyó las risas de una niña como si vinieran de la sala de al lado, como si Isabella siguiera jugando allí, pero sabía que en la sala ya no había nadie a esas horas y aún menos otro niño. Era evidente: esas risas habían sido solo para sus oídos.

Tomás sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Aquellas palabras las había repetido él en la intimidad de su casa varias veces. Vender su alma... Recordó entonces que tenía una hija deseada y muy querida, una niña que, milagrosamente, estaba sana y debía estar agradecido. Aunque no pudiera entender como médico lo que había pasado en realidad, prefería quedarse con la explicación de que era un milagro a pensar que fuera una maldición.

—Está bien, lo pensaré. Y lo del dinero también, aunque no es eso lo que me hará decidirme, ya te lo adelanto. Sé que mi mujer no estará de acuerdo.

—Eso es otro asunto en el que te puedo ayudar. Tiene depresión y tenemos los mejores psiquiatras, ya lo sabes, por lo menos, los mejor preparados. Si consigues que venga a ponerse en tratamiento, mejorará su ánimo y entenderá que es por un bien mayor y que Isabella no tiene por qué sufrir. Ahora vete a casa con tu familia. Yo voy a hacer lo mismo, pero no los veré hasta dentro de tres horas. Piensa una cosa: si aceptas el trato, me vendré a vivir a España y te aseguro que no me hace ninguna gracia dejar mi casa en Londres. Recuerda que yo también haré sacrificios, Tomás. Hay que salirse de la zona de confort y, seamos honestos, hoy día la investigación está infravalorada. Tengo toda una fortuna heredada de mi padre, no quiero fardar, pero vengo de buena cuna, y gran parte del dinero que tengo lo utilizo para la investigación de nuevos fármacos. Ese es tu trabajo, ¿no? Ayúdame, Tomás, y te prometo que tendrás todo lo que tú y tu familia deseáis.

Se despidieron cordialmente y Tomás salió pensando en la conversación con Michel. El psiquiatra se parecía más a un amigo cercano, pero en realidad, lo único que pretendía era tener a Tomás lo más de su lado posible, aunque para ello tuviera que agasajarlo con detalles, sin importarle lo que fuera.

Tomás se acordó de que su mujer se había llevado el coche. Ya hacía una hora más o menos que estaba allí, resignado, por lo que decidió acercarse a una parada de taxis cercana y le dio las indicaciones al taxista. Habían recorrido la mitad del camino, cuando este le avisó de unos posibles cortes de circulación.

—¿Por dónde quiere que vayamos? Han cortado esta calle y solo podemos girar a la izquierda. Un accidente, creo que un conductor se ha comido un coche y ha muerto en el acto. No me mire así, las noticias en la radio del taxi vuelan como la pólvora, tenemos que informarnos de los cortes y, de paso, si algún compañero termina sabiendo algo, pues claro, como en cualquier trabajo, pues se habla. En fin, yo sigo por la izquierda y en la próxima me dice por dónde tiramos.

Estaban en el mismo carril por el que venía el coche que había chocado con Sara. Habían apartado los vehículos y los restos a un lado para llevárselos al depósito.

—¿Isabella, Dios mío!?! ¡Pare! ¡Que pare ahora mismo, joder! ¡Mi familia iba en ese coche!

—No me diga..., bueno, no se preocupe, al parecer a ellas no les ha pasado nada, eso también lo dijeron; salieron sin un rasguño —el taxista cerró

la boca para no quedar como un cotilla, pero vio necesario tranquilizarlo, ya que conocía el dato—. Le esperaré aquí si necesita algo —dijo viendo cómo se bajaba del taxi sin pagar.

Se acercó a los policías que todavía estaban controlando la circulación y retirando el vehículo del accidentado, al cual se llevaban tras la certificación de la muerte *in situ*. Le confirmaron que las ocupantes del otro vehículo implicado habían salido ilesas del accidente. Tomás volvió al taxi y le dijo que siguiera por donde le diera la gana, pero que lo hiciera rápido. El taxista entendió la urgencia y condujo como si tuviera que llevar a un familiar al hospital, empatizando con aquel padre desesperado.

—No se preocupe, hombre, todo estará bien, llegamos en siete minutos, según marca el navegador, aunque espero hacerlo en cinco o menos.

—Gracias, disculpe —y levantó la mano mientras marcaba el teléfono para llamar a Sara—... ¿Sara?! ¿Qué os ha pasado? Acabo de ver nuestro coche remolcado por la grúa. ¿Estáis bien?

—Sí. No te preocupes, no tenemos ni un rasguño. No te alteres, Tomás. Todo está bien.

—¿Que no me altere? ¿Sabes la impresión que me he llevado cuando he visto el coche destrozado por el lado del conductor? En fin, en nada estoy llegando a casa, ahora me cuentas. Tardo cinco minutos —colgó—. Perdona, tenía que llamar a mi casa.

—Le entiendo, yo haría lo mismo. Estamos más cerca, bueno se habrá dado cuenta de que estamos a dos calles.

Tomás pagó al taxista y agradeció con una buena propina su temeraria conducción. Se había detenido en la puerta de su casa con la llave en la cerradura, inmóvil, cuando empezó a oír aquella melodía que tocaba su hija, esta vez en la voz de su mujer. Sostenía a Isabella en brazos y mantenía entre sus dedos un papel donde había escrito la nana. Se la cantaba mientras la pequeña parecía calmarse y quedarse dormida. Tomás entró y contempló una imagen que le enterneció, sin cuestionar por qué su mujer le cantaba aquello. Se acercó a besar a su hija y dedicarle una caricia a Sara, que le recibió apartando unos segundos la vista del papel y tarareando la melodía hasta apagarla con una sonrisa y un guiño.

—Necesita descansar. ¿Has visto las ojeras que tiene? Sé que sufre pesadillas que no la dejan dormir —le dijo susurrando mientras la acostaba en el sofá y la tapaba con la manta.

—Todos los tenemos, Sara. Tengo miedo por vuestra seguridad y no me

veo capaz de protegeros. No quiero discutir sobre lo que ha sucedido en la clínica, entiendo tu postura. Hace semanas que ninguno de nosotros descansa bien. Tengo que contarte algo que podría cambiar las cosas.

Se sentaron juntos en la cocina, mientras ella preparaba un té, como habían hecho siempre que intentaban solucionar un problema. Él le habló del hijo de Michel y su propuesta. Estaría dispuesto a doblarle el sueldo solo por probar el tratamiento con el niño y seguir sus investigaciones con los fármacos. Ella no estaba de acuerdo y no quiso profundizar en el tema.

—¿Y si fuera como él dice? —preguntó Sara.

—No sé a qué te refieres. ¿Quieres decir que el tratamiento funcione? —preguntó seguro de que no era por eso.

—A que Isabella sea una niña prodigio..., eso podría explicar muchas cosas que no entendemos —él vio una manera de hacerla ir al hospital.

—Bueno, Sara, creo que por hoy ya tenemos bastante, estamos de acuerdo en que ambos queremos lo mejor para ella. Podemos preguntarle al psiquiatra si cree que Isabella es una niña prodigio y ayudarnos a entenderla mejor. Yo no pierdo nada por probar el tratamiento con su hijo, sabe que no hay garantías.

—Está bien, vamos a preparar algo para la cena y, si no te parece mal, me encerraré en mi despacho a escribir. Hace semanas que no lo hago y mi editora está bastante cabreada. Si no le mando nada nuevo antes de que termine el mes, no me publicará nada más, tiene a varias autoras nuevas en cartera y dice que son muy buenas.

—Ocúpate de tu trabajo, cariño, yo me ocupo de la cena y de Isabella.

—¿Te has dado cuenta de que hacía mucho tiempo que no me llamabas «cariño»? Casi me suena raro, antes lo hacíamos constantemente.

—¿El qué? ¿El amor? —preguntó Tomás añadiendo un reproche ya pasado del que tampoco habían hablado.

—Bueno, eso también, pero me refería a hablarnos cariñosamente. Echo de menos esos momentos y reconozco que soy la primera desgana. Pensaba que tener una hija nos uniría, pero está siendo todo lo contrario.

La conversación acabó con pocas palabras más, era de esas cosas que se comentaban de pasada y quedaban de nuevo en el cajón de los reproches para otro momento.

Sara pasó las horas intentando escribir algo del proyecto que tenía empezado, pero en vez de eso, pues veía que no se concentraba en la trama y se perdía con los personajes, le escribió un *e-mail* a su editora pidiéndole más

tiempo y prometiendo una historia increíble, si le daba un mes más.

Cenaron y conversaron como una familia normal, vieron un rato la televisión y cuando Isabella cayó rendida por el sueño, se fueron los tres a la cama. La niña pidió dormir sola. Hacía un mes que su madre pasaba la noche con ella en su habitación. Al principio, a Tamás y a Sara se les hizo extraño, tantos días sin acostarse juntos y ahora de pronto tenían que hacerlo por petición de su hija.

Aquella noche pasó rápido, los tres descansaron tranquilos, como si los sucesos acaecidos en los días anteriores se hubieran borrado de sus mentes, quitándoles toda la tensión. A la mañana siguiente, un coche esperaba a Tomás en la puerta para ir a su trabajo. Le habían asignado un chofer: el mismo que le entregó una carta de parte de la empresa, presentándose como tal. Se sintió abrumado con aquella muestra tan ostentosa, a la que, en poco tiempo, terminaría acostumbrándose.

—Disculpe que le avise tan temprano, señor, pero no tengan prisa. Solo quería que supiera que, a partir de ahora, estaré siempre a su disposición y, por supuesto, a la de su familia. En cuanto estén listos los llevaré a la casa de señor Michel Hamilton.

—Esto..., muchas gracias, pero creo que no sé de qué me habla. Pensaba que íbamos al laboratorio.

—Disculpe, señor, creo que... —le señaló la carta—, dentro hay otra nota, vi como el señor Hamilton la ponía ahí.

Una invitación para pasar el día en la finca de Michel con su familia. Tomás se planteó rechazarla, pero no sabía cómo. Pensó hablarlo con Sara y ver qué le parecía la idea. Se la imaginó haciendo aspavientos y negando de un lado a otro de la cocina, pero se encontró con algo bien distinto.

—¿Quién es ese hombre, Tomás, y que quiere a estas horas de la mañana? —le preguntaba mientras cogía el sobre para leer su contenido.

—Es una invitación, bueno, y tengo chofer, tenemos chofer, o eso creo. Léelo tú misma —Isabella le echó los brazos a su padre—. Buenos días, princesa. ¿Cómo te has levantado hoy?

Sara no estaba segura de animar a su marido a aceptar el trabajo, pero viendo que estaría ligado a un cambio de vida un poco más cómoda, le dedicó media sonrisa y le hizo un gesto con la cabeza con un evidente mohín que preguntaba qué quería hacer él, pero no fue su marido el que respondió.

—Quiero conocer a Nathan, he soñado con él y con su madre..., pero ella no estará en la casa.

Ambos se miraron asombrados, sin saber qué responder ante la intervención de Isabella. Tomás ni siquiera recordaba el nombre del niño, aunque lo había oído de boca de su padre la tarde anterior. Y pensó que Isabella tampoco sabía que habían invitado a la familia a una casa y mucho menos que habría un niño allí. Extrañados, decidieron aceptar la invitación movidos por la curiosidad de confirmar que Isabella sabía aquellas cosas por sí misma y que nadie se las había contado. Era la primera vez que vivían un episodio similar juntos. Sara habló con su marido, intentando que ella no les oyera...

—¿Te das cuenta? No son cosas mías. Isabella está cambiando y a veces me asusta su forma tan adulta de comportarse. Anoche mismo me dijo que íbamos a conocer a ese niño..., me dijo su nombre, Tomás —le susurraba mientras se preparaban para irse.

—Sara, lo he visto como tú, pero no te obsesiones con ese tema. Puede que Michel tenga razón: Isabella podría ser una niña prodigio, no tiene porqué ser nada raro. Ojalá te olvidaras de toda esa historia de los demonios de una vez.

—Tú no has visto lo que yo. Aquel hombre, Joao, parecía estar bastante seguro de lo que le pasaba. Tenías que haber visto sus ojos; a pesar de ser ciego la miraba como si pudiera verla, y no solo a ella. No sé si serán sus demonios los que la atormentan o los míos. Pero estoy segura de que un médico no podrá darme una explicación de lo que viví.

—Él es psiquiatra y uno de los mejores, no perdemos nada por escucharle. ¿Y si Isabella estuviera sufriendo algún tipo de enfermedad mental? Prefiero buscar en la ciencia y la medicina que confiar en las supersticiones y creencias de un viejo ciego que asegura estar poseído por un demonio capaz, además, de ver los demonios de los demás. Sara, tienes que entenderme, tengo que basarme en algo lógico como médico. Tantos años de carrera intentando saber cómo funciona la mente humana deberían servir para algo, ¿no crees? Vayamos a la casa de Michel y pidámosle ayuda con Isabella.

—Está bien, respetaré tu decisión, pero si Isabella no mejora, vendrás conmigo a Brasil a ver a Joao. Sé que serás capaz de cuestionar hasta tus creencias científicas y religiosas. Aquel hombre no tiene porqué mentir y su «ciencia» —Sara dibujó comillas en el aire— podría ser tan válida como la tuya. Yo ya no sé qué creer. ¡Vamos, cariño! —dijo esta vez elevando el volumen y dirigiéndose a Isabella que acababa de asomarse a su dormitorio— ¿Estás lista?

—Sí, mamá. Nathan me espera.

En menos de una hora estaban llegando a la gran entrada de la finca donde vivía Michel con su familia. Aquella enorme mansión se habitaba durante los periodos que el psiquiatra pasaba en España. Era una propiedad escondida en un terreno boscoso, entre caminos de tierra acompañados a ambos lados por una arboleda alta hasta llegar a la fachada de la casa. Una casona andaluza de estilo clásico que en la antigüedad había sido un monasterio y que hacía no mucho había sido rehabilitado casi en su totalidad y convertido en una preciosa vivienda, muy parecida a los típicos hoteles *boutique*.

La familia les esperaba en la puerta de la casa. Parecían los típicos señores de mediados de siglo, con parte del personal de servicio formado en la puerta como si fueran a recibir a alguna personalidad. Eran una pareja de la misma estatura más o menos, altos y rubios como la cerveza, muy guapos y bien vestidos. De la alta sociedad británica. De hecho, Michel era bastante famoso en su país.

—Si encima son buena gente, no les falta detalle. Ella parece un poco estirada, espero que no sea la típica pija que tiene la nariz más alta que el flequillo —dijo Sara entre dientes, sin darse cuenta de que el chófer la había oído.

—Bienvenidos a nuestro hogar. Os presento a Sharon. Y esta es la familia Sánchez que cuida de nuestra casa mientras estamos de viaje —los sirvientes se presentaron con un gesto de cabeza de exquisita educación y una sonrisa que Sara percibió ligeramente forzada, al igual que la de Sharon.

—Sara, encantada, estaba deseando conocerte —Sharon tenía un marcado acento, pero hablaba perfectamente castellano—. He leído todos tus libros, de hecho, tengo aquí en España dos de ellos y no te irás sin dedicármelos —Sara sonrió emocionada. Le había dado en su punto débil, su profesión, la que hacía más de un par de meses tenía bastante olvidada.

—Vaya, gracias, no esperaba esto. Estoy un poco abrumada. No soy tan conocida, todavía me sorprende encontrar nuevos lectores.

—Yo no soy nueva, te sigo desde... «La sombra del lago». Creo que fue el primero, pero no estoy segura. Leyéndolo mejoré mi español y aprendí muchas palabras.

—Es un placer que hayáis aceptado la invitación. ¡Hola, Isabella! Nathan está deseando conocerte, pero antes pasad, pasad, no os quedéis en la puerta —interrumpió Michel, viendo que Sharon se estaba excediendo un poco en su papel de anfitriona.

Pasaron por todas las estancias de la planta baja hasta llegar al amplio salón donde solían recibir a las visitas. Estaba decorado con madera a dos alturas y una de las paredes vestía una biblioteca de aspecto antiguo de la que Sara se quedó prendada. Observó que todos los títulos eran en inglés o al menos los que alcanzó a ver con su rápida ojeada por los estantes, mientras Michel les contaba que era una de las joyas de la casa. A Sara le llamó la atención ver sus dos libros, el primero y el último publicados, en el estante bajo de la biblioteca. Se volvió hacia Sharon y le dedicó una sonrisa, pero también se dio cuenta de que eran los únicos libros modernos que había allí. Estaban colocados aposta, ni mucho menos parecía que tuvieran un lugar definitivo en aquella librería.

Los adultos seguían conversando, parecía que tenían cosas en común. Tomás con Michel, como médicos, y Sharon, que no dijo a lo que se dedicaba, pero compartía afición por la lectura con Sara y, además, leía sus libros.

—¿Puedo subir a ver a Nathan? Quiero jugar con él —comentó Isabella mirando la puerta que daba al *hall* de entrada.

—Cariño, Nathan está malito y a lo mejor no tiene ganas de jugar, después lo veremos —le respondió Tomás.

—¿Cómo sabes que Nathan está arriba? —Michel se extrañó al oír la pregunta de la niña.

—Pues porque hemos estado en todas las habitaciones de la planta baja y no le hemos visto —respondió Isabella con la vehemencia que mostraría un adulto.

—Bueno, ahora podrás jugar con él, pero antes me gustaría preguntarte algo, pequeña: lo de las habitaciones es cierto, pero has pronunciado su nombre con un acento perfecto, ¿sabes hablar inglés?

—Sí, estoy en un colegio bilingüe —Sara asintió orgullosa, le faltó acomodarle la ropa.

—Difícil palabra para una pequeña. ¿Y hablas otros idiomas? Como el portugués, por ejemplo.

—Creo que sí..., el portugués es mi lengua materna, la oigo en mi cabeza desde hace mucho. Ellos me hablan en esa lengua, pero también lo hacen en otras —Sara miró a Tomás, preguntándole con el gesto si todavía le quedaban dudas. A Sharon le dio un escalofrío al oír aquello. Michel siguió con sus preguntas.

—¿Y quiénes son ellos, Isabella? ¿A quién oyes en tu cabeza?

—¿De verdad lo quieres saber? Ten cuidado, no quieren hablar contigo, de

momento solo quieren ver a Nathan —Sara sintió un escalofrío al oír a su hija.

—¿Y para qué quieren verlo? ¿Crees que pueden curarle, como le pasó al chico del hospital?

—No es bueno pedirles cosas, se llevan otras a cambio, pero creo que sí. Si quisieran podrían curarle como han hecho conmigo.

En ese mismo instante, Nathan, con una mascarilla de oxígeno acompañado por uno de los sirvientes, entraba en la sala para asombro de todos. Sharon se echó hacia atrás como si viera a un apestado. Michel la agarró de la mano para detenerla. Tomás y Sara se dieron cuenta de la reacción.

Un instante antes de que entrara, Isabella ya se encaminaba a la puerta para recibirlo, así que se encontró con el chico de frente que la miraba muy serio. Su respirador hacía un ruido fuerte y molesto que inundaba toda la sala. Los adultos observaban callados y los niños se miraban inmóviles hasta que uno de los dos se decidió a romper el silencio.

—¿Esta es la niña que me va a curar? No parece gran cosa, es una pequeñaja —comentó en su idioma materno.

Aquel niño tenía ocho años, tres más que Isabella en aquel momento, pero su aspecto escuálido y demacrado por la enfermedad le hacía parecer más o menos de la misma edad.

—No soy yo, Nathan, estás condenado, nadie va a salvarte, pero si quieres, puedes hablar con ellos. Creo que quieren jugar contigo..., dicen que eres su próximo paso.

—¿De qué estás hablando, Isabella? —Sara se acercó alterada a reprender a su hija y la apartó del niño para cortar aquella extraña situación.

—No te preocupes, Sara —intervino Michel—, son cosas de críos. Deja que jueguen juntos. ¿Quieres jugar con Isabella, Nathan?

—Umm... —su voz salía entrecortada y aspirada, con dificultad— bueno, puedo enseñarle mis dibujos.

—Eso es, enséñale tus dibujos, luego iremos nosotros. Os llevarán la comida a la habitación y María, su tata, estará con vosotros. Podemos tomar algo en el jardín, ¿os parece que pasemos? —Michel actuaba como si las palabras de la niña no fueran extrañas.

Abrió las puertas dobles de la biblioteca que daban a la parte exterior del jardín. La señora se llevó a los niños a la planta superior, mientras Sara observaba cómo salían con cierta desconfianza por dejar a su hija con unos desconocidos. Nadie parecía querer hacer caso a las palabras de la niña. Nadie, excepto Sara, que seguía dándole vueltas a la cabeza.

Se sentaron en un velador compuesto por varios sillones de forja con elegantes cojines acolchados y una mesa con patas también de forja, protegidas por un grueso cristal. El conjunto se acomodaba bajo una enorme pagoda de estilo oriental que desentonaba con la decoración clásica del resto de la casa. Estaba construida frente a un gran estanque con peces *Koi*. Aquel conjunto daba al exterior un clima de paz y tranquilidad que tampoco pudo contagiar a Sara. Miraba la limonada mientras Sharon trataba de darle conversación, hablándole de nuevo de su primer libro, el único que realmente había leído casi por completo.

En la mesa se sirvieron exquisitas tapas típicas de la cocina andaluza. Les ofrecieron dos tipos de vino, aunque Michel abrió el tinto que pareció convencer más a Tomás. Sara aceptó su copa con intención de intentar relajarse y así poder mantener una conversación normal, evitando los monosílabos de los que no había sido capaz de salir en los últimos veinte minutos. Cuando se dispuso a dar un sorbo, se acordó de los momentos en los que ella y Tomás compartían una botella juntos, mientras comentaban los avances de la novela que estaba escribiendo. Aquella tranquilidad que empezaba a embriagarla desapareció al instante con los gritos de la señora que cuidaba los niños.

—¡Señor Hamilton! ¡Señor Hamilton!! ¡Su hijo está en suelo! No sé qué le pasa. ¡Ayuda, por favor, se está ahogando!

Michel y Tomás subieron primero, seguidos de sus mujeres. Sharon iba en último lugar. Se quedó por un momento sentada a ver qué hacía Michel y cuando vio que este se levantaba de un salto, soltó su copa de vino, se limpió las comisuras de los labios con la servilleta tomándose su tiempo y salió detrás de Sara, que la esperaba con cara de no entender nada. Vio aquellos movimientos de Sharon como a cámara lenta, con la sensación de que debía tener en cuenta aquella reacción tan poco parecida a la que tendría una madre. Entonces recordó el momento en el que Isabella dijo que la madre de Nathan no estaría allí y, creyendo a pies juntillas la afirmación de su hija, se montó su propia historia en segundos en su cabeza: Sharon era la actual pareja de Michel, pero no era la madre de Nathan.

Ya en la planta de arriba y dentro de la habitación, la escena era bastante peor de lo que había relatado a gritos la cuidadora. Nathan estaba en el suelo, convulsionando y retorciéndose de dolor mientras escupía sangre y espuma por la boca. La niñera lloraba desconsolada e Isabella permanecía de pie delante del cuerpo del niño, tarareando su canción preferida desde hacía un

tiempo. Sara y Tomás no sabían qué hacer, mientras Michel intentaba parar los violentos espasmos de su hijo pidiendo ayuda a Tomás, que salió de su bloqueo para intentar sin éxito contener la increíble fuerza con la que se retorció el pequeño.

—¿¿Qué ha pasado?! ¿Cuánto tiempo lleva así?

—Ha sido ahora mismo, señor Hamilton, ahora mismo... Estaban viendo sus dibujos y la niña empezó a hablarle en otra lengua, su voz era... —dudó mirando a Sara—, horrible, como la de un demonio.

—¿No diga estupideces, Martha! Es una de sus crisis. *Shit!* Hacía años que no le daba tan fuerte. ¡Sharon, trae mi maletín, rápido!

Intentaban ponerle de lado para que no se ahogara con su propia sangre. Sufría un tipo raro de cáncer de pulmón. El pequeño se retorció hacia atrás, curvando su cuerpo por completo, intentando coger aire entre los golpes de tos y las arcadas. Sus huesos crujían con los espasmos para desagrado de Sara. El pequeño parecía estar pasando una agonía que le asfixiaba poco a poco, haciéndole perder casi la consciencia.

Michel abrió el maletín y sacó una jeringuilla en la que en pocos segundos mezcló dos compuestos que suministró a Nathan, consiguiendo calmarlo y llevarle a un estado de leve sedación en el que podía respirar algo mejor.

Todos suspiraron al unísono al ver que el ataque parecía estar cesando. Su respiración se oía esta vez más débil, como si pasara por un fino tubo e hiciera un silbido seco, tan solo acompañado por la voz de Isabella. La niña repetía una y otra vez aquellos versos que ninguno se atrevió a silenciar. Parecían calmar, no solo a Nathan, también ellos sentían un extraño halo de embriaguez. Notaron en sus paladares el sabor de los medicamentos, como si el sedante se lo hubieran suministrado a ellos también.

Todos quedaron extasiados, mirándola. Nathan abría los ojos por encima de la mascarilla que su padre le había vuelto a colocar. Michel le limpió un poco la cara a su hijo y le arropó con la colcha que, de un tirón, rescató de la cama. Al poco rato, la voz que salía de Isabella se apagó...

—Michel, he visto la muerte de Nathan, ellos me la han enseñado, pero no será hoy... Quieren que sepas que la decisión está en tu mano. Les pediste ayuda hace tiempo y ahora, si quieres, puedes tenerla a cambio de... cosas, je, je, je —la risa de Isabella sonó tétrica hasta para Tomás, que seguía asombrado por el comportamiento de su hija.

—¿Qué quieres decir, niña? Quiero que mi hijo se cure, como te pasó a ti, y haré lo que sea necesario. ¿¿Quiénes son ellos?! ¡Dime, niña del diablo!

¿Quiénes son?!

Sara se acercó a Isabella agarrándola del brazo con la intención de sacarla de aquella casa. Cuando iban a cruzar el umbral de la puerta, la niña se volvió y contestó:

—Tú los llamaste y ahora ellos están aquí —Sara se detuvo en seco, como si la mano de su hija la hubiera congelado por completo.

Esta vez fue Isabella la que cayó al suelo sin que su madre pudiera hacer nada. Yacía como dormida y comenzó a respirar como Nathan. Sara solo podía mirarla y Tomás, también inmóvil, levantaba la vista para ver a su esposa, con la mismaimposibilidad de dar un paso ante lo que estaba sucediendo. Ambos recordaron el primer episodio en Brasil, aquel ritual para llamar a la suerte y el éxito del que ahora se arrepentían en silencio.

La respiración de Isabella se hacía cada vez más fuerte y seca. La velocidad en aumento era aún más evidente por el vaho que emitían sus labios. Se apreciaba bien en el violento movimiento del pecho y el estómago que bombeaban el aire, concentrándolo por encima de ella, a la altura de Sara. Notaba el frío subiendo por aquella extraña neblina frente a sus ojos. Sintió que una energía la rozaba, congelando una de sus lágrimas, dejándola paralizada. Estaba segura de haber visto unos ojos en la neblina, pero, antes de que el miedo la hiciera gritar, la nube se alejó movida por una corriente que traspasó a Nathan y a Michel, dejando a ambos boca arriba y totalmente inconscientes. La puerta de la habitación se cerró de golpe, dejando dentro a los dos matrimonios junto con los niños y dos de los sirvientes.

Sharon sugirió que llamaran al hospital donde trabajaba Michel y donde también trabajaría Tomás. Incluso en un momento como aquel, se acordaron de que debía usar el seguro privado de su marido. Antes de que terminara la frase, uno de los hombres del servicio ya estaba marcando el número del hospital en un teléfono inalámbrico.

Había varios sirvientes presenciando aquella escena que se quedaron detrás de la puerta. Esta se cerró con violencia sin que nadie la empujara. Los creyentes se hacían la señal de la cruz y rezaban en susurros, horrorizados. Isabella y Nathan dentro de la habitación comenzaron a despertar y ambos se pusieron de pie. El resto, incluido el sirviente que no terminó de marcar el número del hospital, miraban a los niños a los que les había cambiado el gesto. Ante la visión de sus envejecidos y demacrados rostros se les despertó un miedo irracional que les impedía moverse; a excepción de Michel, que se levantaba con torpeza para quedarse como una estatua mirando a los niños,

mostrando parte del blanco de los ojos en su mirada demente y con media sonrisa esperando impaciente la aparición de aquellos a los que había visto en su inconsciencia.

Desde fuera oían un coro de voces que hablaban a la vez en distintas lenguas. Unas susurradas, otras que rozaban el grito, distorsionadas e imposibles de entender.

—¡El sonido del infierno! —Sentenció uno de los sirvientes.

Una de las mujeres que ayudaba en la casa, la más religiosa, no pudo aguantar el miedo y salió corriendo agarrando su crucifijo colgado del cuello. Le quemaba la piel y ahora la mano, pero no lo podía soltar. Intentó sin éxito salir de la casa, pero la puerta estaba bloqueada por una fuerza a la que ella no podía hacer frente. Solo le quedaba rezar. Y así estuvo la media hora que duró aquel réquiem de voces del infierno, que aún podía oír desde la planta baja.

Lo que sucedió dentro influiría en los presentes para forjar una historia en el futuro llena de sangre, mentiras y muerte. Sara no soltó la mano de su hija, que le brindaba la posibilidad de vivirlo todo como en un segundo plano, un sueño consciente que le permitiría recordarlo más adelante y plasmarlo en las que serían sus últimas páginas escritas.

Las voces cesaron hasta convertirse en silbidos y meros susurros, mientras la puerta se abría lentamente. Los sirvientes observaban la escena pensando en las palabras de la mujer, que se les habían clavado en el estómago, infundiéndoles un terror que todavía les hacía temblar. Vieron salir a todos de aquella habitación con los dos sirvientes que se quedaron dentro. La cuidadora de Nathan, Martha, y el capataz de la finca comenzaron a dar instrucciones para que cada uno volviera a sus quehaceres. El teléfono inalámbrico aún en la mano del capataz emitía el tono inconfundible de mal colgado. Lo miró extrañado dándose cuenta de que no recordaba para qué lo había cogido. Tomás, Michel, Sharon y Sara seguían a Isabella. La niña salía en primer lugar como si allí dentro no hubiera pasado nada, como si cada uno hubiese seguido una instrucción precisa, actuando con aparente y fría normalidad. Martha se quedó con Nathan, que se levantaba y se metía en su cama mirando hacia la puerta y dedicando una sonrisa macabra a los que todavía se atrevían a mirar dentro de la habitación.

Bajaron al piso de abajo y encontraron a la mujer agarrando su cruz, blanca como la pared y con los ojos morados. Estaba ahorcada con aquella gargantilla retorciéndole el cuello. Cuando todos estaban frente a ella, la

puerta de la casa se abrió dejándola caer a plomo, muerta en el umbral. Isabella pasó por su lado dando saltitos, como si nada ocurriese, mirando a su madre a la que no había soltado la mano.

—Iros a casa, mañana nos veremos en el hospital, yo me ocupo de esto. Llamaré al comisario, me debe un par de favores. Y ustedes —Michel se dirigió al personal de servicio—, vengan todos a la biblioteca, tengo algo que decirles. ¡Deje de llorar! ¡Haced que se calle! —gritó refiriéndose al marido de la mujer que había muerto.

Más de la mitad de aquel personal fue invitado a marcharse con una buena suma de dinero a sus países de origen. La mayoría de los despedidos acabaría medicado y confinado en distintos hospitales psiquiátricos controlados por la compañía de Michel. Todos manifestarían síntomas de demencia, depresión, brotes esquizofrénicos y psicóticos, para los que precisaban de una fuerte medicación.

Sara y Tomás llegaron a su casa y prepararon algo para comer, intentando mantener cierta sensación de normalidad frente a lo vivido. Isabella, sentada a la mesa, intervino en mitad de la comida, mientras ambos hablaban de ponerle un profesor de piano a la pequeña y empezar a tratarla como a una niña prodigio:

—Ahora ya no tenéis que protegerme a mí, ellos son más importantes, lo entendéis, ¿verdad?

Aquellas palabras le hicieron recordar retales de lo que les había pasado en la habitación. Se miraban confundidos, pero ninguno se atrevía a preguntar al otro por temor a confirmar que no había sido una alucinación o los residuos de algún sueño. Tomás se pasaría meses después de aquello pensando que Michel les había drogado antes de que fueran a la habitación, pero no podría probar sus sospechas; al contrario, estaba condenado a hacer lo que él quisiera. Ahora Michel había tomado el control y aquel encuentro, como ya sabía, no había sido casual.



Capítulo 30

El milagro de los demonios

Las siguientes dos semanas las pasaron en familia, yendo al cine, incluso disfrutaron de unos soleados días de playa. Isabella seguía progresando en su aprendizaje constante de todo aquello a lo que ponía atención. Disfrutaba del silencio que sentía en su cabeza y también de sus sueños desde que su padre había dejado de hacerle pruebas con los fármacos. Michel no estaba muy de acuerdo con su decisión y dejó pasar el tiempo, pensando que volverían pronto a focalizar la atención en su objetivo principal: hacer desaparecer por completo el tumor de Nathan.

Por primera vez en todo el tiempo que disfrutaron juntos, Isabella se dirigió a ellos en un atardecer en el que el sol se escondía tras el horizonte al tiempo que la niña hablaba:

—Papá, sabes que Nathan no va a mejorar, ¿verdad? Ellos están jugando con su padre.

En ese mismo momento Tomás recibió una llamada a su teléfono. Michel quería saber cuándo volvería al trabajo. Le recordó que tenían estudios atrasados y que la enfermedad de su hijo era como una cuenta atrás. En la conversación también le comentó algo que cambiaría la breve normalidad de la que habían disfrutado.

—Por cierto, he estado investigando sobre aquello que le sucedió a tu hija cuando era pequeña y, a través de unos contactos que tengo en Brasil, me han dado la solución. Tenemos que vernos, Tomás.

—Michel, nos vemos pronto, en un par de días me tienes en el laboratorio, pero yo también tengo novedades a ese respecto. El tema de Brasil... Hay ciertas cosas que es mejor no tocar por si acaso.

—Venga, Tomás, ¿me estás diciendo que crees esas historias de los demonios? Ja, ja, ja —soltó una risa forzada y casi estudiada—. Vale, hablamos, pero sabes que hay mucha gente implicada en este nuevo avance

médico y hemos invertido muchos recursos en vosotros, espero que no me decepciones. Puedo colmarte de comodidades y no tengo que repetirte que puedes pedirme cualquier cosa que necesitéis, pero no puedo protegerte si, llegado el caso, te niegas a seguir con los estudios. No es solo por Nathan, hay varios de nuestros inversores importantes interesados en aplicar la cura a sus familiares. Y estarían dispuestos, como tú y como yo, a vender su alma al diablo por esa cura. Aunque fueran demonios los que lo hicieran..., ¿no habría que llamarlos ángeles?

—Ahora no puedo hablar, Michel. El lunes nos vemos y me cuentas.

—Que tengas buen fin de semana. Yo estoy de vuelta de Brasil, por eso insisto en que tenemos que hablar.

El tono que indicaba el final de la conversación dejó a Tomás con las ganas de decir algo, pero lo cierto es que se había quedado sin palabras y hasta Sara se lo había notado. Ella no preguntó nada, pero había oído parte de la conversación cuando Tomás se encontraba más cerca, aquello de los ángeles. También Isabella esbozó una sonrisa pícaro y negativa de la que Sara fue testigo en primer plano. Cuando Isabella se dio cuenta de que su madre la miraba fijamente, cambió su gesto y comenzó a fingir que jugaba con su muñeca...

La tarde acabó en la casa familiar con Sara y Tomás preparando la cena. Mientras, la pequeña Isabella se encerró en su habitación a estudiar partituras de música con su querida muñeca tirada en el suelo boca abajo con la cabeza retorcida.

En la planta inferior Sara estaba a punto de recibir una llamada.

—¿Sara? ¿Estás bien? Llevo días intentando hablar contigo. No me contestas a los mensajes y tengo a la editorial encima. Bueno, antes de nada, tengo buenas noticias: tu tercera novela, «Los hilos del agua», ya es un *best seller*, Sara. ¡Se han vendido más de tres mil ejemplares en la versión en inglés! ¡En su primera semana! La editorial está como loca y quiere más cosas.

—A ver, María, para un poco, que no te entiendo. ¿Dices que «Los hilos» se está moviendo en el mercado americano? Siempre me ha ido mejor en Francia con la novela romántica e histórica.

—No he dicho nada del mercado americano, es en Reino Unido, principalmente. Varias librerías importantes nos han solicitado ejemplares. Han montado incluso algunos *stands* por su cuenta. Nos han pedido afiches, *roll ups*, lonas, marcapáginas y esas cosas, ya sabes. Dos de ellas quieren invitarte como una de las principales autoras de habla no inglesa y darte

promoción así, por la cara. Oye, ¿tú has movido algo por allí? Es que me parece un poco raro. Ya sabes que me encantan tus libros, pero lo que dices es cierto; en Francia no se está vendiendo tanto teniendo en cuenta este despegue en UK. Pues, chica, habrá que aprovechar la racha, ¿no te parece? Tienes que enviarme más cosas, dime que tienes ya la novela terminada, por favor. Quieren la segunda parte de tu saga de aventuras «Asesinos del bosque negro» y algo nuevo e inédito... Dime que vas a enviarme algo pronto.

—Mira, no estoy en mi mejor momento, no puedo explicarte ahora las razones, pero es posible que no escriba en un tiempo. La segunda parte ya está terminada, por eso no hay problema; y en cuanto a si tengo algo nuevo... podría ser. Aunque es muy diferente a todo lo que he escrito y no sé si quiero publicarlo.

—¿Cómo que no? Tú manda lo que tengas, ya sabes que yo te voy a ser clara, pero espero que eso de dejar de escribir no sea ahora. Te iba a ofrecer una propuesta personal. Me gustaría ser tu agente literario —se hizo un silencio—, pero no me contestes ahora. Conozco editoriales importantes en Londres y teniendo el respaldo de estas librerías famosas, la cosa cambia. Tendríamos que vernos en algún momento y así comentarlo personalmente. Espero que no te moleste la propuesta.

—María, ahora mismo no puedo decidir por mí misma, es algo difícil de explicar, mi hija..., bueno, Isabella me necesita. Te enviaré un fragmento junto con la segunda parte de «Asesinos del bosque negro», de algo en lo que estoy trabajando. De momento no tiene un género definido, pero ha empezado como un ensayo.

—¿Cómo se llama esa joya? No puedo esperar para saberlo —le cortó entusiasmada la editora.

—Pues no lo tengo muy claro, algo como «El milagro de los demonios», pero es provisional, no te emociones que apenas tengo doscientas páginas, todavía tengo que revisar y corregir y es de lo que no tengo tiempo. Ahora te tengo que dejar, que quiero enviártelo todo. Ah, y a tu primera pregunta, no tengo contactos en Londres, pero habría que aprovechar el tirón, como dices. Y..., no sé si necesito un agente literario. Ya hablaremos, igual la semana que viene puedo sacar un hueco y tomamos un café.

—Sí, por favor, que últimamente hemos perdido el contacto. Antes creía que tenía una amiga y desde que fuiste madre, que lo entiendo, no es lo mismo. Echo de menos nuestros *gin-tonic* en la cafetería, hablando de los nuevos proyectos. Recuerdo la ilusión con la que me contabas las nuevas aventuras o

líos en los que habías metido a tus personajes. Antes me llamabas, eras tú la que más se preocupaba en quedar. ¿Qué ha cambiado, Sara? Yo también soy madre y sé que te está pasando algo, estás distinta.

—No me pasa nada, ya hablaremos, ahora no puedo contarte más. Tienes razón, he cambiado, y mi hija..., mejor te cuento cuando nos veamos. Te mando lo dicho y estamos en contacto —cortó la comunicación sin atinar bien con las respuestas.

Pasaron los días y se terminaron sus pequeñas vacaciones con una desafortunada situación que marcaría los pasos de alguien importante en el futuro. Como cada lunes desde hacía ya bastantes meses, iban a casa de Juan, el profesor de música, siempre encantado de recibir a su alumna preferida. Su madre la describió como una niña prodigio cuando empezó con sus clases y ahora él incluso pensaba que se había quedado corta. Pero aquella tarde fue algo distinta; Isabella no atinaba con las partituras, casi machacaba las teclas sin sentido y sin ritmo. Estuvo la primera media hora preguntándole cosas que ya sabía de sobra, como si por momentos olvidara parte de sus conocimientos de música. A él, que era un romántico, le encantaba pensar que aquella niña estaba bendecida por una musa que la visitaba de vez en cuando y que ahora no estaba con ella. Decidió dejar la clase y hablar con Sara sobre un *talent show* al que se presentarían varios de sus alumnos y añadió que un talento como el de su hija seguro que podía ganarlo. A Sara al principio no le gustó mucho la idea, pero pronto le picó el gusanillo de saber por dónde iba la cosa.

—¿Y cuándo sería ese concurso?

—Pues habría que ir a las primeras audiciones este miércoles, pasado mañana. Me tienes que perdonar, Sara —ya tenían algo de confianza, aunque ninguno pasaba los límites de la cortesía—, pero la inscribí por si acaso. Sé que tiene muchas posibilidades, solo tendría que ir el miércoles y tocar la pieza que ella quiera. La he visto ejecutar varios clásicos casi perfectos.

—Bueno, voy a preguntarle a Tomás, no quiero que tengamos ningún drama con esto, pero si acepta, vendrás con nosotras, ¿de acuerdo? Creo que Isabella se sentiría más segura. Contigo es distinta, disfruta de la música que le enseñas y la aprende rápido.

—A veces pienso que ya sabía tocar algunas de las piezas, tengo alumnos muy buenos y les cuesta años aprender a tocar una partitura completa y ejecutarla bien. Me ha preguntado por varios *réquiems*, que la mitad de los músicos de su edad no conocen, aunque lleven varios años de conservatorio. Tiene mucho talento, ¿por qué desperdiciarlo?

Cuando regresaron a casa lo comentó con Tomas, quien se negó con rotundidad, pero Sara estaba tan convencida de que sería bueno para la niña que hizo lo posible por que Tomás la apoyara y, finalmente, lo consiguió. Acordaron llevarla a la primera de las audiciones, pero sin presionarla, pues ya tenían bastantes cosas encima. Además, él no podría asistir, tenía que quedar con Michel para que le contara sus planes y tratar de convencerlo de que dejaran de experimentar con los niños. Isabella estaba encantada y decía que iba a tocar algo nuevo que iba a dejarlos a todos mudos.

Al día siguiente, Sara se presentó de nuevo puntual a la clase de piano de Isabella en la casa de Juan. Le dio la respuesta afirmativa y le dejó a Isabella durante las siguientes dos horas. Aprovecharía para quedar con María, su editora, y tomar un café, ya que le había insistido tanto.

—Perfecto, pues a las siete nos vemos, a ver qué aprendemos hoy Isabella y yo.

—Seguro que te vas a sorprender —la niña contestó mirando a Juan, cogiéndole de la mano para ir hasta el salón donde se encontraba el piano.

Sara se quedó esperando la despedida de su hija, mientras Juan miraba hacia atrás levantando las cejas y diciendo:

—El talento no se puede parar, hay que dejarlo fluir.

Sara sonrió por haber dejado a Isabella en buenas manos y se preguntó por qué Juan no tenía hijos con lo bien que se le daban los niños. Esta se montó en el coche y desapareció calle abajo.

En el pasado, se forjarían unos lazos que atarían el presente de otras familias, en las que el talento, tampoco ganaría la partida...

Parte 2

Corrían los años ochenta cuando el agente Pepe Millán y su compañero Henry Blumer fueron llamados por su superior, el comisario jefe, que se encontraba a las puertas de su jubilación y quería proponer a su sucesor.

—Bien, ya sabéis porqué os he reunido aquí, ¿verdad? Los rumores en esta comisaría vuelan como en una corrala de barrio. Ya os lo confirmo yo: me jubilaré antes de que termine el año. Os he propuesto a ambos para el puesto de comisario. Yo no sabría seleccionar al mejor de vosotros, pero tampoco está en mi mano la decisión. No creo que traigan a nadie de fuera, aunque se podría dar el caso de algún enchufe. De lo que sí estoy seguro es de que esta comisaría tendrá al mejor comisario y un buen compañero que servirá de balanza. Formáis un buen equipo y sois mis mejores hombres, espero que esta

propuesta no os cree rivalidades.

Ambos se despidieron agradecidos y emocionados por la propuesta. Se olían algo, pero oírlo del propio comisario era otra cosa. Terminaron la jornada compartiendo un par de cervezas. No solían beber, pero les dio por hacerlo a modo de celebración. Hablaron de cómo sería dirigir aquello juntos, más emocionado el agente Blumer que Millán, que daba casi por hecho que le elegirían a él. Aquella noche llegaron un poco tarde a cenar con sus respectivas familias, ya acostumbradas a que cualquier urgencia podría alargar la jornada hasta el infinito.

Millán se presentó en casa. Su pose hizo ver a su mujer que estaba contento y traía buenas noticias.

—¡Te han dado el puesto de comisario! ¿Verdad?

—No exactamente, también ha recomendado a Henry. El jefe dice que cualquiera de los dos sería un buen comisario, pero creo leer en sus palabras que tiene sus expectativas puestas en mí —contestó a su mujer con algo de arrogancia.

—Sois buenos amigos y mejores compañeros, hace muchos años que os conocéis, seguro que Henry estará a tu lado sin dudarlo.

—Eso no lo dudo, es mi mejor amigo.

Las semanas pasaron y el agente Blumer ya casi no hablaba del tema pues había notado cierta sensibilidad en Millán. Estaban a punto de hacer el relevo y el despacho del comisario estaba abierto. Millán sabía que la decisión ya estaba tomada y que seguramente el informe se encontraba en el despacho del jefe. Le hizo una seña a Blumer y este le siguió por inercia, se metió en el despacho, sin apenas testigos en la sala de oficinas, y cerró la puerta al entrar suponiendo las intenciones de Millán.

—¡Estás loco, Millán! Si nos pillan se nos cae el pelo y el jefe es capaz de sancionarnos. Esto nos podría perjudicar.

—Tú siempre tan prudente... No seas agorero, joder. Busca en ese archivo de ahí, yo miraré por la mesa. Ya sabes, déjalo todo tal cual, que no se note que hemos estado. Si lo haces bien, no tiene por qué pasar nada.

—Aquí está, a ver... —Henry pasó las dos páginas de parrafada burocrática y llegó hasta donde figuraba el nombramiento.

En ese mismo instante, la puerta del despacho hizo amagos de abrirse. Henry cerró el informe y lo guardó en menos de dos segundos colocándose frente a la mesa, como si estuvieran esperando al comisario. Millán se colocó junto a él, en la otra silla, después de cerrar los cajones que había estado

hurgando. El comisario entró por la puerta y, al verlos allí, en aquella fingida pose de naturalidad, miró a su alrededor extrañado y, por un momento, frunció el ceño al ver que uno de sus bolígrafos, meticulosamente colocados en la mesa, se había movido de su lugar...

—¿Qué hacéis en mi despacho? Lo dejé abierto y volvía para recoger unas cosas.

—Jefe, íbamos a dejarle una nota, queríamos hablar con usted —Millán tomó las riendas de la conversación—. Estamos un poco nerviosos con esto del nombramiento y, aunque nos da igual el resultado, si usted sabe algo, nos podría adelantar la noticia. Total, ya quedan pocos meses y Blumer y yo somos una tumba, usted lo sabe —Henry miraba a Millán recordando el resultado y asintiendo a lo que decía para disimular.

—No os voy a negar que ya han elegido a un candidato y está entre vosotros dos. Creía que no os importaba el resultado. Tendréis que esperar, no puedo saltarme las normas.

—Tiene razón, señor comisario, ha sido una tontería que le propuse a Millán, no se preocupe. Esperaremos a que se haga efectivo. Gracias y disculpe la intromisión en su despacho.

—Pues que no se vuelva a repetir. Por cierto... ¿quién ha tocado ese bolígrafo?

—Yo, señor, íbamos a dejarle una nota —respondió Millán, apuntillando la frase anterior.

Cerraron la puerta tras de sí, mirándose cómplices como dos niños que acaban de hacer una travesura. Cuando llegaron al coche patrulla Millán se dio cuenta de que su inseparable compañero se había quedado mudo y no tenía intención de decirle nada del informe.

—Oye, has visto el nombre, ¿no? Te has quedado muy callado —Henry levantó la ceja y le dedicó una sonrisa contestándole.

—Estaba creando un poco de suspense... ¿Y si te dijera que no he visto el nombre? No me creerías. ¿No es mejor que te enteres por el comisario? Después de todo este tiempo nos hemos conocido más, si cabe.

—Sí. Últimamente pasamos demasiado tiempo juntos, pero es lo que hacen los amigos. Además, están las chicas, Paula y Lola se quieren mucho. Eres lo más parecido a un hermano que he tenido.

—Yo también te considero un hermano Millán, pero, aun así, nunca me has contado nada de tu vida, de pequeño, digo. Sé que estuviste en un orfanato o algo parecido y se escuchan todo tipo de rumores, ya lo sabes...

—Si quieres que te lo cuente, lo haré, pero no volveré a hablar del tema. La última vez que conté algo de aquella época fue a la psicóloga del centro... del centro de menores. Todo lo que recuerdo son palizas y más palizas de mi padre a mi madre y a mí —Henry atendía atónito. Su amigo se acaba de derrumbar ante él—. Aquel día mi padre volvió después de haber desaparecido durante día y medio, el mismo día que cobró la paga. Se lo bebía todo y se lo gastaba en putas y drogas. Estaba desquiciado. Creo que además de la resaca tenía efectos de algún alucinógeno, estaba como loco. Empezó a increpar a mi madre por no tener cerveza fría en la nevera, y a mí por mirarle con ira y ganas de matarle, aunque solo tenía diez años. Cada vez se ponía más violento y me insultaba. Parecía que su ira crecía sin parar y me esperaba lo de siempre. Primero le tocó a mi madre y entonces no pude contenerme y, al irme hacia él, me dio tal puñetazo que todavía me duele —su amigo le ponía la mano en el hombro en un gesto de complicidad—. Aunque no lo recuerdo bien del todo, me desperté en hospital a los pocos días y, aparte de la nariz rota, no tenía nada más. Me dijeron que la casa de mis padres había salido ardiendo con ellos dentro. Al parecer intenté salir de la casa y me encontraron en la entrada unos vecinos. Una leve intoxicación de humo, la nariz rota y una historia que he querido olvidar hasta hoy.

—Joder, Millán, los rumores no tienen nada que ver, todos hablan de la época de después del orfanato y dicen que eras un «perla», ya sabes cómo se las gastan. Lo siento mucho amigo. Fue tu padre..., ¿verdad?

—Pues sí. Después de matar a mi madre, roció parte de la casa y su dormitorio con gasolina y se quemó a lo bonzo.

—Pero ¿qué dices? Madre mía, qué historia —por un momento pensó que no sería buena idea decirle que el nombre que rezaba en el informe no era el suyo—. Bueno, creo que has sabido curarte o protegerte bien de ese recuerdo. No será por eso por lo que tomas esas pastillas, ¿verdad? —se sintió con la licencia de preguntarle.

—¿Qué pastillas? Para nada... Estoy bien, ya estoy curado de aquello. Solo tienes que ver mi vida. Y ahora creo que el futuro será mejor, así que no me puedo quejar. Aquella historia me marcó hasta que decidí que quería ser policía, después de ser un «perla», como dicen aquellos —ladeaba la cabeza en dirección a la comisaría—, me centré en mi carrera tanto que, conseguí entrar el primer año que me presenté. Por entonces me ponía de todo, pero pude falsear las pruebas de orina y sangre gracias a un amigo de una clínica que me debía un par de favores.

—Venga, Millán, sé que tomas pastillas, o las tomabas. Te diré algo: si son para los nervios, vas a tener que cambiar de psiquiatra— le dijo para destensar la situación y hacerle reír.

—¿Has visto las pastillas?

—Te vi una vez tomarlas; estabas en el vestuario y yo entraba justo cuando te las tragabas. Luego no te pregunté porque entiendo que es algo muy personal.

—Sí, son ansiolíticos, pero no tengo que tomarlos siempre y a lo mejor debería de cambiar de psiquiatra— Millán aprovechó la broma de Henry para no dar explicaciones—. Bueno, ¿vas a decirme si has visto el nombre o qué?

—Henry dudó unos segundos y tuvo que improvisar.

—Pues sí, serás el nuevo comisario, amigo. Felicidades —mintió.

—Estás de broma, ¿verdad? ¿Lo has visto bien? Seguro que nos nombra los dos. No me mientas, Henry, que sabes lo importante que es para mí. Seguro que nos han metido a uno de esos nuevos polis de Madrid con varios idiomas y un par de carreras. Un tocapelotas integral que vendrá con la porra metida por el culo para jodernos la vida a nosotros. Ya lo estoy viendo, un niño a nuestro lado que habrá tenido dos años de calle como mucho, pero que es tan listo que pretende cambiar el sistema él solito —cada vez se encendía más haciendo conjeturas y hablando apresuradamente por los nervios.

—¡Eh, eh! Para el carro, Millán, deja que te cuente —le cortó—. He leído la frase del nombramiento, así que ya sabes. A partir de ahora relájate y guarda el secreto, que se nos cae el pelo. Y gracias por contarme algo tan delicado, nunca pensé que alguien como tú hubiera podido pasar por algo así. Ahora entiendo por qué no pudiste entrar en aquel escenario en el piso en el centro. Málaga entera quedó conmocionada...

—Fue por los menores, Henry. Los dos mellizos de cinco años pasaron por algo muy parecido a lo que viví. La diferencia es que ellos no pudieron escapar de las llamas...

—Lo entiendo perfectamente, entonces no, pero, claro, ahora tengo todas las piezas del puzzle. Bueno colega, vamos a celebrarlo. Esto se merece una cerveza, porque puedes beber con la medicación, ¿no?

—Vamos, llévame a ese bar inglés al que te gusta ir, aunque te aseguro que no pienso cruzar una palabra con ninguno de tus paisanos, ya sabes que los idiomas se me dan fatal.

—Es un *Irish pub*—marcó su acento británico—, no es inglés, pero vamos, te invito a una y nos retiramos. Mejor no digas nada en casa, sería

precipitarse, debemos mantenerlo en secreto.

—No te preocupes. Y quiero que sepas que podrías haber sido mejor comisario que yo. Te aseguro que pensaba que te darían el puesto a ti —añadió con falsa modestia—. La suerte es que te tendré cerca, amigo —Millán ignoraba que Henry le estaba regalando la mejor muestra de amistad que jamás recibiría de nadie.

Al día siguiente el agente Blumer habló con el comisario jefe y le dijo que no podía aceptar la promoción, en el supuesto caso, recalcó, de que se la dieran a él. Le resultó complicado no descubrirse.

—Y los motivos están en este folio, ¿verdad? —. Contestó casi despreciando el papel—. No entiendo nada, Henry. Eres uno de mis mejores hombres. ¿Es que prefieres estar más tiempo con tu familia? Ya sabes cómo es esto, creía que tenía al próximo comisario frente a mí hace un par de minutos. ¿Estás dimitiendo por Millán? Si es por eso deberías pensarlo bien. Mira, Henry, no soy tonto, soy tu jefe y además tengo cámaras instaladas en mi despacho, es una ventaja por ser comisario, ya lo ves —añadió con ironía—. Sé que has visto tu nombramiento. Lo que no puedo entender es que decidas esto por... ¿amistad? Suena raro —acompañó la frase con una mueca—. Tienes una carrera por delante que para mí la hubiera querido. Con tu preparación y juventud esta comisaría ganará con creces. Lo tuyo es un plus: por ser licenciado y tener varios idiomas tienes más puntos que Millán. Henry se quedó callado un buen rato y recordó que no podía dar marcha atrás. De momento no le dijo nada de lo que había hablado con Millán. Lo que no sabía ninguno de los dos era que Millán había escuchado la mitad de la conversación a través de la puerta. Le extrañó que Henry se metiera en el despacho del jefe y él no lo supiera. Oyó lo suficiente como para saber que no había sido nombrado y recordó la conversación con Henry en el coche. En vez de verlo como un amigo, ahora se había convertido en un rival. Esto le llevó a un recuerdo del pasado, justo al momento en que su casa comenzó a arder...



Capítulo 31

Sobre las brasas del Averno

Escuchaba con estupor los gritos de su madre mientras su padre la emprendía a golpes con ella. No podía soportarlo más. Empezó a oír voces en su cabeza que le mandaban mensajes claros. Él, a su vez, invocaba una oración oscura que dormía en su interior y cambiaría su vida para siempre. Esas voces no eran ajenas, las oía desde pequeño, pero nunca les contó a sus padres que las oía.

—¡Mátalo! Puedes hacerlo, acaba con él...—escuchaba en su cabeza. —Ayúdame, haré lo que quieras, te daré lo que me pidas —sollozaba entre gritos de impotencia.

—Hazlo, yo te ayudaré, pero a cambio te acompañaré hasta el mismo momento de tu muerte. ¿Qué dices? —las voces se hacían más fuertes y se fusionaban en una sola para intensificar su propósito.

—¡Acepto! —gritó fuerte y claro.

Pepe Millán con solo diez años se puso frente a la puerta de la habitación de sus padres y, después de oír los lamentos de su madre a punto de ser, una vez más, salvajemente forzada por aquel monstruo, se dio la vuelta dando la espalda a la puerta y siguió las indicaciones de sus voces. Bajó al garaje y cogió un bidón de gasolina, subió a la cocina y vació gran parte del bidón en un cubo. De nuevo delante de la habitación y con un trapo mojado en gasolina en la mano, oyó un golpe seco mientras seguía escuchando los gritos de su padre insultando a su madre. Escuchó a través de la puerta que la estaba estrangulando. Cuando pudo abrirla su madre yacía muerta con los ojos abiertos, aguantando aún las embestidas de su asesino. Una imagen dantesca que Millán no olvidaría hasta el último día de su vida. Antes de que su padre tomara conciencia de que su hijo había entrado en la habitación, el niño le echó la gasolina encima, empapando parte de la cama, las cortinas y también a su madre ya sin vida.

—Pero... ¿qué haces? No tienes cojones, te voy a matar, hijo de puta —antes de que terminara la frase, Millán encendió el nudo del paño y lanzó la bola de fuego al monstruo que tenía delante, como si aquel acto estuviera

premeditado desde hacía tiempo, gestándose en algún rincón oscuro de su mente.

Salió de la habitación y la puerta se cerró de golpe sin que él la tocara, quedando completamente bloqueada. Una cárcel de fuego para un asesino que, según su hijo, debía arder en la hoguera del infierno. En un fogonazo, todo su cuerpo se prendió en llamas, avivadas por la oscuridad de su ser. Entre lamentos de dolor y desesperación trató de salir de la habitación, pero le era imposible abrir la puerta. Fue de un lado para otro dando tumbos, antes de caer al suelo haciendo aspavientos que prendieron las cortinas y el resto de la habitación. Las llamas de la muerte se intensificaron por deseo oscuro del niño que quería asegurarse de que su padre moriría. Cuando los gritos cesaron, abrió la puerta para poder comprobarlo por él mismo. Se quedó parado en el umbral con el reflejo de las tinieblas en su mirada.

Tardó en reaccionar, pero consiguió arrastrarse hasta la puerta de su casa, donde se desvaneció unos segundos antes de que lo encontraran los vecinos que presenciaban atónitos aquella escena de la casa en llamas...

Volvió de aquel recuerdo cuando salía de la comisaría. Pensaba en el que antes consideraba su amigo y apretaba los dientes con rabia. Su mirada demente gobernada por la ira y la envidia, cegaba la poca cordura que había conseguido conservar hasta ahora.

Sufría una enfermedad mental diagnosticada que más tarde utilizaría para controlar a su propio entorno familiar y profesional. Después de aquel suceso, su historial psiquiátrico marcaría en gran medida su integración en la sociedad. Cuando llegó a ser comisario, lo primero que hizo fue borrar todo rastro de su pasado que pudiera resultar incómodo o manchar su poderosa posición.

El deseo incontrolable de alcanzar sus ambiciones se llevó por delante a varias personas que podían afectar a su control. Henry, su mejor amigo, fue engañado y traicionado por Millán en los días posteriores a la conversación que escuchó en aquel despacho. Se las arregló para que su confiado «colega», que daría su vida y renunciaría a su promoción por él, le acompañara a una redada en la que conseguirían detener a uno de los mayores traficantes de la zona. El recuerdo de aquel día no se borraba de su mente...

—He recibido un chivatazo de uno de mis confidentes. Esta vez es un contacto seguro y tenemos un pez gordo que pescar.

—Hace mucho que no estamos en primera línea, Millán. Creo que

deberíamos informar a los muchachos y pedir ayuda al departamento. Ya sabes, ser prudentes —dijo marcado por la extraña mirada de su amigo.

—Venga ya, Blumer, ¿dónde has metido a mi compañero? Será como hace unos años: lo haremos juntos y además tendremos el reconocimiento de los jefes.

—Ya te han promocionado, no creo que sea buena idea arriesgar, podríamos perder todo el prestigio que nos hemos ganado si algo sale mal.

—¿A qué te refieres? Lo tengo todo controlado, la dirección, la fecha... Llevaremos un equipo reducido y, precisamente por seguridad, no avisaremos hasta el último momento. Esta tarde es el momento perfecto. Vete a comer con tu familia... —aquella frase se le clavó a Henry como un dardo envenenado—. Confías en mí, ¿verdad?

—Millán, todo este tema de la promoción..., te veo distinto. Claro que confío en ti, eso sin dudarlo. Pero no somos unos niños, ya hace tiempo que no nos saltamos las normas de esa manera.

—Bueno, lo dicho, nos vemos por la tarde. Quedamos en el garaje, yo me ocupo de avisar al equipo. Lo haremos de una forma muy limpia. Es una entrega en el muelle, no puede ser más fácil, Blumer. El pez gordo ha salido a la calle para atender a uno de sus compradores más importantes, es nuestra oportunidad; llevamos años detrás de ese hijo de puta.

—Por eso mismo creo que debemos ser prudentes, como te he dicho. Confío en ti y no te dejaré sólo —se despidió pensando que su amigo Millán le ocultaba algo, pero creyó que tenía que ver con aquel tratamiento de pastillas del que no quería hablar.

A la hora acordada, ambos compañeros se encontraron. Juntos emprendieron rumbo a un lugar del que solo regresaría uno. Estaba todo dispuesto para que pareciera una bala perdida... Millán se las arregló para cambiar una de las armas de los compañeros que intervenían en la redada. Llevaba semanas pensando el plan perfecto para deshacerse de alguien que podía interferir en sus planes. Por otro lado, hacía bastante tiempo que no tomaba el tratamiento. Se limitaba a tomar tranquilizantes para una enfermedad mental que no se podía apaciguar con nada. Ya en el muelle, se aseguró de que todos estuvieran en su puesto previamente asignado. De hecho, a algunos les pareció extraño que Henry no estuviera en la reunión de planificación del asalto. Millán miró una de las ventanas de los edificios abandonados contiguos y confirmó con un brillo de las gafas del francotirador que el verdugo estaba preparado. Le pidió a Henry que tuviera cuidado, aunque había

podido reunir algunos refuerzos: ocho agentes de policía, incluidos Henry y Millán. Se posicionaron detrás de los coches como barrera y dejaron una tercera patrulla en una de las calles aledañas a la nave donde se encontraban los traficantes. El francotirador esperaba el momento justo para realizar su disparo mortal. Era un pobre diablo sin experiencia, un traficante de armas de poca monta, al que el comisario había engañado para perpetrar su sentencia. Se sentía poderoso y en unos segundos miró a su amigo y, antes de terminar de bajar la vista, hizo un gesto levantando la mano para que comenzase el tiroteo. Henry vio a cámara lenta una gota de sudor de su inseparable compañero que le hizo dudar por un momento de si su amigo estaba tomando la decisión correcta.

—¡Policía! Salgan con las manos en alto.

Un grupo de cuatro hombres, con ellos dos a la cabeza, se acercaría a la puerta por indicación del comisario. El resto vendría a cubrirles sabiendo que la nave no tenía otra salida, con lo que el tiroteo sería tenso y acabaría con varios heridos, incluido Millán. Una bala que también le alcanzó a él y le serviría para tapar su incompetencia en un asalto tan temerario. El tiroteo acabó con varias detenciones, cuatro policías heridos y uno fallecido, junto con dos de los traficantes. Millán sostenía a su amigo en el suelo, llorando desconsoladamente. Se fijó en la herida errática de la bala que había entrado en su cabeza. Millán permaneció a su lado las horas posteriores al tiroteo únicamente para asegurarse de que Henry iba a morir. Era el único que lo conocía tan bien como para descubrir sus oscuros asuntos.

El *shock* que aquel suceso sumaría a ambas familias se trasladó a la relación de las respectivas hijas del matrimonio, haciendo que se unieran más, si cabe. Paula no se separó de Lola. Pero en la vida del comisario no iban a ser todo facilidades para delinquir a sus anchas. En todo ese tiempo al resto de compañeros no les extrañó que se pasara las horas en la comisaría, intentando buscar una explicación a lo sucedido. Hubo otro damnificado en el caso: el compañero de ambos. Le atribuyeron el accidente de la bala perdida. Su pistola había sido cambiada por otra y devuelta a su sitio, para confirmar las pruebas de balística y conseguir así a un falso verdugo.

Los días pasaban rápido y, sin que se diera cuenta, tenía otra semana encima. Todos parecían querer recuperar la normalidad, a excepción de su esposa y madre de Paula, la cual había quedado conmocionada por el suceso. Deambulaba por la casa, sin un rumbo claro. Millán tampoco estaba demasiado consciente, aunque por otros motivos, ya que hacía bastante que no

tomaba su medicación. Su mujer, sin poder hacer frente a la situación por más tiempo, se armó de valor para abordar un tema peliagudo, casi como tratar de cruzar un arbusto lleno de zarzas y espinas:

—Millán, hace días que no nos dirigimos la palabra, pero hay algo que me preocupa más que todo eso. No te veo tomar tus pastillas y, aunque sé que no te gusta hablar de ello, la verdad es que hace tiempo que me di cuenta de que no son vitaminas.

—Mira, Esther, no vayas por ahí; el que está loco y necesita medicación no soy precisamente yo. No empieces con tus desvaríos y ralladas de cabeza. Ojalá la cita con el psiquiatra te ayude a entender que necesitas ayuda urgente. Yo ya tengo bastante con lo que tengo, así que deja de inventar historias y arregla de una vez tu cabeza o nos volverás a todos locos —sentenció para tratar de hacerla sentir culpable.

—¿Y qué hay de aquellas cintas de vídeo que tienes por ahí guardadas? Te empeñas en que fue un sueño, pero sé lo que vi, llevaba tiempo espíandote y te oigo hablar mientras estás dormido... ¿Sabes? A veces hasta me cuentas tus pesadillas.

—¡Que te jodan, Esther! ¡Estás loca! Con lo que estamos pasando —intentaba desviar el foco de atención hacia ella—, eres una puta egoísta que solo piensas en ti. Hace una semana que perdí a mi compañero y ya no tomo las putas vitaminas, ¿qué pasa? Tú preocúpate de nuestra hija y estaremos bien, no tienes otra cosa que hacer en todo el día. Bueno, eso y tu jardín, que cualquier día vas a echar raíces ahí fuera.

—¿Tu compañero? ¿Estás seguro de que sientes su muerte? —la voz le temblaba—. Ya te lo he dicho, a mí no puedes engañarme.

Millán le soltó una bofetada con gran fuerza e ira irrefrenables, que la hizo caer al suelo. En la puerta entreabierta de la cocina Paula presenciaba horrorizada la escena. Por entonces contaba con doce años y era la primera vez que veía una agresión por parte de su padre. Hasta ahora un hombre estricto, pero cariñoso, que de repente se había convertido en un monstruo. La mirada demente de su padre fija en sus ojos, como si se tratara de otra persona, como si alguien más pudiera ver por aquellos ojos, se le clavó en el alma. Antes de que pudiera articular palabra vio cambiar el gesto de su padre y cómo le brotaban lágrimas sin control al mirar a su esposa. Al ver la situación en la que estaba, reaccionó al instante e intentó tranquilizar a su hija que también rompió a llorar tremendamente asustada.

—Hija, mamá está mal, voy a llamar a un médico, se ha vuelto loca, por un

momento empezó a decir cosas que me hicieron perder el control, pero te juro que no le he hecho daño, nunca lo haría. Sabes que os quiero mucho a las dos —intentó abrazarla y Paula rehusó el abrazo, apartándose con un gesto de odio en su mirada que no pudo reprimir.

Aunque fuera la primera vez que presenciaba tal cosa, estaba segura de que su padre no era ninguna de las dos personas que había visto en su rostro. Millán, con total frialdad, marcaba en el teléfono y se ponía a la espera de la contestación con su mujer en el suelo, mientras acariciaba su pierna con un gesto forzado, a la misma vez que su hija permanecía inmóvil e intentando mantener la compostura ante aquella forma de actuar de su padre.

—¿Hola? ¿Michel? Necesito tu ayuda. Ya sabes, me dijiste que te llamara si podías hacer algo por mí y, bueno, necesito que vengas rápido a mi casa. Mi mujer está peor, necesita un médico, un buen psiquiatra, ya me entiendes, por eso te llamo...

Michel lo tranquilizó diciendo que iría inmediatamente y le preguntó si necesitaba una ambulancia.

—No, no es necesario, quiero decir, que no está herida, pero igual sí que necesita ser trasladada a tus instalaciones. Tengo miedo de que intente hacerse daño, se puso muy violenta.

Paula no daba crédito a tal mentira. Ella sabía que su madre en ningún momento se había puesto agresiva. Aunque no había presenciado toda la conversación, estaba segura de ello, la conocía bien. Oyó colgar a su padre y los siguientes veinte minutos hasta que llegó la ambulancia fueron interminables. Para cuando Esther se despertaba, la inconsciencia llegaba de nuevo con la afilada aguja de una jeringuilla que descargó toda la mezcla que contenía en su interior para hacerla sentir libre y de nuevo a salvo. La imagen real era bien distinta: la pequeña Paula entraba en un estado de nerviosismo incontrolado al ver a su madre en aquella situación. Su padre la apretaba con fuerza a su costado en el umbral de la casa, mientras se llevaban a Esther a uno de los mejores y más modernos hospitales psiquiátricos: el Hospital Psiquiátrico Santa María la Mayor.

—No te preocupes, Paula, nosotros iremos en el coche, ¿ok? Intentaremos llegar casi a la par de la ambulancia, aunque tenga que hacer uso de la sirena auxiliar del coche.

Paula asentía enjugando sus lágrimas y tratando de recomponerse pensando que a lo mejor su padre tenía razón.

Pocos días necesitó Millán para convencer a su hija Paula de que su madre

se encontraba bien y que debía permanecer ingresada en el psiquiátrico por su propia seguridad. Iban a verla todos los días juntos y pasaban allí largos ratos, mientras ella descansaba en un letargo que no parecía terminar. Sin que Paula se diera cuenta, Millán se las ingenió para que su mujer tomara la dosis que le había prescrito el psiquiatra. Aprovechaba cualquier momento, un zumo en el hospital, una simple botella de agua o, incluso, una pastilla con la excusa de que era completamente inofensiva y le ayudaría a calmar los nervios. Estaba en época de verano y no tenía clases, así que también se ocupó de cubrir todas las necesidades que tuviera una adolescente de su edad, haciendo realidad todos sus deseos e incluso excediéndose cuando les propuso a Paula y a su inseparable amiga Lola unas vacaciones juntos en Disney. Habían pasado solo dos meses desde el fallecimiento de Henry.

Aunque no fuera el mejor de los momentos, aquel viaje estaba pensado para las dos adolescentes. Al principio Lola no estaba muy por la labor, pero después había accedido por la insistencia de Paula.

A las pocas semanas, su madre volvió a casa un poco más consciente, pero con un par de tratamientos de electro musculación que trabajaban directamente en el cerebro y que casi la dejan como un vegetal en la última intervención. Estaba totalmente ida y controlada por unos fármacos que la tenían sometida incluso cuando dormía. Millán pronto se hizo con el control de la comisaría y llegaría a ser condecorado como comisario con su primera medalla al mérito. Fue el mismo día de su promoción en el Cuerpo de Policía por haber detenido a aquellos traficantes, dejando cojo al cártel andaluz más grande de los últimos treinta años. Se mostraba ante todos altivo, orgulloso por su hazaña y, además, elogiado por el resto que, aunque también le habían visto cambiar, pronto se acostumbrarían a su nuevo carácter huraño, lejano y cortante.

Aquella noche Paula aprovechó la soledad con su madre para tumbarse a su lado. Se puso justo frente a ella, con su cara apenas a unos milímetros. No pudo reprimir las lágrimas mientras le acariciaba el rostro con tanta ternura que hizo a Esther abrir los ojos en un momento de consciencia bastante real.

—Mamá, ¿dónde estás? ¿Por qué no vuelves conmigo? Te necesito... — musitó con la voz entrecortada y la mirada perdida de su madre clavada en un infinito a su espalda.

—No te des la vuelta o te asustarás... ¡No te des la vuelta! ¡No te des la vuelta! ¡No lo hagas! —Sin poder moverse, intentaba que su hija la hiciera caso, aunque provocó todo lo contrario.

Paula se volvió por puro impulso y contempló horrorizada una sombra

negra, más negra que la propia oscuridad de la habitación. Tendría más de dos metros de alto y parecía acercarse a ambas. Se dio de nuevo la vuelta reprimiendo un grito, encontrando entonces el abrazo de su madre, que lloraba de dolor desconsolada mientras balbuceaba sin parar las mismas frases.

—Estoy aquí, no te preocupes, yo estoy contigo.

—Mamá, estoy asustada. ¿Qué es eso? —Esther repetía las frases provocando más tensión a Paula que, además del miedo, sentía que aquella presencia se le acercaba cada vez más.

En aquel momento, percibieron un hedor indescriptible mientras la sombra se acomodaba en la cama, y al segundo cayeron en un profundo sueño. Más tarde lo explicarían como una pesadilla en la que incorporarían ese estado semiconsciente de los sueños, por no poder encontrar razón a lo que vieron, principalmente Paula. Por desgracia, su madre estaba más acostumbrada a aquellas visitas de las sombras. Varios episodios como este y alguno peor como intentos de suicidio, autolesiones, despertares en llamas y sangre, serían la consecuencia de que los ingresos de su madre se alargaran tanto que los años pasaron para la familia Millán como prende una mecha por una llama.



Capítulo 32

Una víctima de la oscuridad

Después de encontrar a Paula ensangrentada en su habitación, vio la oportunidad de darle veracidad a la misma enfermedad con la que había ingresado a su mujer: la esquizofrenia. El comisario pensó que, llevando toda aquella escena al piso de su hija, conseguiría que Sofía creyera que Paula no tenía buena salud mental. Y lo conseguiría, pero a costa de otro delito y de una muerte que él, en su cordura, consideró necesaria.

Paula sabía perfectamente lo que había visto y a ratos le llegaban recuerdos inconexos con los que componía vagas imágenes en su mente. El caso de supuestos abusos de aquella niña, Isabella. Ella estaba segura de la inocencia del profesor de música; ese sexto sentido que la caracterizaba, y que compartía con Lola, le aseguraba que Juan no mentía.

Su teléfono no paraba de sonar, insistente. Era su padre, al que no tenía intención de atender. Sabía que quería convencerla de que siguiera aquel tratamiento para la esquizofrenia y ella se resistía a pensar que tenía que tomar aquellas pastillas de por vida. Sabía que su padre no estaba en su casa, pues llevaba más de media hora aparcada en la puerta esperando el momento para entrar de nuevo a escondidas. El teléfono dejó de sonar durante un rato y cuando bajó del coche para encaminarse a la entrada sonó de nuevo. La pantalla mostraba un contacto desconocido. Dudó un momento y descolgó.

—¿Diga?

—Paula, soy «el Yoni» —reconoció la voz de aquel chivato. Era un contacto que le había pasado su padre cuando empezó a trabajar en su misma comisaría—. Tengo algo importante. Me acaban de dar un soplo, pero es muy peligroso. Tenemos que vernos para poder contarte todo, vas a flipar. Tiene que ver con..., es difícil de explicar, con alguien que conoces bien, muy bien —su voz parecía convincente y, al tratarse de un confidente conocido, sintió curiosidad por si tenía algo que ver con lo sucedido los últimos días.

—¿Dónde estás? Tengo que hacer algo antes, pero puedo verte en una hora.

¿Quedamos en la cafetería de tu barrio?

—No, sería demasiado arriesgado. Tenemos que quedar en otro sitio; no me fio de nadie, Paula y tú deberías hacer lo mismo.

—¿Y cómo sé que me puedo fiar de ti? —preguntó con acierto.

—Joder, porque te estoy avisando y porque no te queda otra opción. Te juro que no te lo vas a creer, pero no puedo decirte más por teléfono. Me han soplado algo sobre un caso a nivel europeo de supuestos pederastas —el chivato recibió un golpe al otro lado del teléfono para que cerrara el pico.

—Está bien, dime dónde nos vemos y allí estaré —no podía reprimir su inquieta curiosidad como agente y decidió ir por si su corazonada era cierta y Zion estaba detrás de aquello.

Arrancó decidida a poner a salvo aquellas cintas y se le ocurrió abrir una caja de seguridad en un banco, pero pronto cayó en que solo ella podría abrirla o algún miembro de su familia, así que, si ella moría estando su madre ingresada, y su padre con el control como tutor, se convertiría automáticamente en el primer beneficiario. Fue entonces cuando creyó que un apartado de correos sería perfecto. Le daría acceso a la única persona en la que confiaba: su amiga Lola. Si a ella le pasaba algo, sería la única persona en poder abrir aquella caja. También pensó que era la única que podría descubrir algo así, dado el caso.

Se le pasó por la cabeza la idea de que aquel confidente le estaba tendiendo una trampa, pero sabía que no tenía otra opción: debía presentarse en un polígono abandonado, cerca de un antiguo desguace de camiones y coches, en una zona muy frecuentada por prostitutas, traficantes y clientes de ambos.

«Una trampa de libro», pensó. Pero tenía que acudir como fuera a buscar respuestas.

Una vez encontró el lugar que el confidente le describió a la perfección, como si conociera bien la zona o se hubiera hecho un mapa del polígono en la cabeza, se percató de que entraba en una calle larga y sin salida. La calle daba justo a la puerta de una nave comercial que parecía un hangar por su tamaño. Dudó un momento antes de parar el coche y, el teléfono sonó para sacarla del dilema. Era de nuevo un número oculto. Descolgó.

—Paula, entra en la nave y sube la escalera de la primera oficina. No te preocupes, estamos solos tú y yo. Sube..., está iluminada. Y deja el coche ahí aparcado; a esta hora el polígono se queda desierto.

—Sí, ya me he dado cuenta. Oye, por cierto, ¿por qué no me llamas desde

tu teléfono?

—¡Ah! Eso —dudó—, pues no me había dado cuenta. Es por mis negocios, ya me entiendes, cada vez tengo que proteger más mis intereses. Vamos que tengo que darte un... —dudó de nuevo—... una noticia importante.

Paula abrió la puerta de la nave con el teléfono todavía en la oreja, aunque ya no había nadie al otro lado. Subió la escalera y entró en la oficina del primer tramo. Encontró sentado en un sofá al confidente con la mirada perdida y con aparente estado de nerviosismo. Sudaba de forma exagerada, detalle que no le pasó desapercibido. Se levantó acercándose a ella con la intención de saludarla. Paula respondió al saludo con la otra mano en la empuñadura de su arma. El confidente, al darse cuenta, añadió:

—¿No pensarás apuntarme con el arma? Vamos, Paula a estas alturas ya deberías conocerme.

—Por eso mismo, porque te conozco y estás muy raro. No te olvides de con quién estás tratando. Dime qué querías contarme y no me hagas perder el tiempo, estoy en un momento complicado y tengo trabajo que hacer.

—Verás, creo que tu padre está metido en algo —empezó a reírse descontroladamente, era evidente que estaba drogado—. No puedo decirte quién me lo ha dicho...

Oyó la puerta sin tiempo para darse la vuelta y sintió un pinchazo. Un torrente recorrió su cuerpo, experimentó una hipotermia con temblores que, junto con el sedante, fue el catalizador del posterior desmayo. La oscuridad se quedaría a su lado unos años, dándole pocos momentos de luz...

—Cuidado con ella, no quiero que se haga daño —oía entre sueños de niebla e imágenes borrosas que la atormentaban en su prisión onírica.

—Vale, Millán, la llevaremos al hospital. Yo me encargo del otro cuerpo según lo acordado —las últimas palabras se apagaron para Paula.

El comisario ayudó a cargar a su hija con la ayuda del médico que dirigía el psiquiátrico. Michel sería uno de los contactos más importantes que había tenido nunca. A su lado, aunque tuviera que incurrir en delitos, se sentía poderoso y protegido, podía hacer cualquier cosa y corromper a todo aquel que estuviera dispuesto a venderse por algo, cualquier cosa.

A las dos semanas de la desaparición, se las arregló para que una patrulla de guardia en el polígono encontrara a una chica asesinada de las mismas características de Paula y con su ropa puesta. Había intentado deshacerse del cuerpo con sosa cáustica y lo único que había conseguido era desfigurarle casi por completo. El forense que hizo el levantamiento del cadáver era conocido

de Michel y del entorno de pederastas de Zion que tapaba el comisario. Una marioneta extorsionada por una grabación manipulada con drogas y experimentos de control mental. Se manipulaba al individuo para que incluso colocara la cámara y creyera que iba a tener una relación adulta consentida. También estaba el caso del forense, un cerdo sin escrúpulos que no dudó en hacer realidad la más oscura de sus perversiones. Claro que, esto añadió otra incógnita a la ecuación: los demonios se habían fijado en ellos.

El propio comisario reconoció el cadáver de su hija y aligeró su cremación para sorpresa de Sofía, pareja de Paula, que no fue avisada para el sepelio, cosa que la marcaría de por vida. Desde entonces, el comisario no perdió de vista el único cabo suelto que consideraba que tenía en su vida: Lola la mejor amiga de su hija.



Capítulo 33

Una huida de locura

Llevaban varios días planeando cómo entrarían al hospital a sacar a las chicas. Por consenso, habían acordado que el objetivo principal eran Lola y Paula. El grupo estaba decidido a entrar por aquella puerta, primero con prudencia y luego dispuestos a todo por su cometido. Habían ensayado, incluso con planos y guiones, cómo actuaría y se movería cada uno. Juan hizo de jefe de grupo en esta improvisada unidad de agentes infiltrados. Sofía estaba escondida dentro de la camioneta y Juan y Hada, vestidos con los uniformes de limpieza. Hada iba de copiloto con Juan al mando del coche. Se pararon en la entrada con la valla de acceso al recinto bajada. El guardia de seguridad identificó perfectamente el vehículo de la empresa de limpieza y cogió su carpeta para anotar la hora de entrada antes de abrir la barrera. Se quedó un segundo mirando a Hada que, para disimular, arqueaba la ceja y le hacía gestos de coquetería mientras el guardia comunicaba por teléfono a la enfermera jefe que venía una mujer un poco extraña a limpiar.

—Bueno... seguro que es alguna sustituta, si trae la acreditación que te firme la entrada y déjalos pasar —contestó la voz detrás del teléfono.

—Vale, usted manda; vienen dos, como siempre —colgó sin más, mientras levantaba el interruptor que abría la barrera y se acercaba con el portafolio. Juan firmó la entrada de servicio con la mano un poco temblorosa y le entregó el boli con una gran sonrisa al guardia.

Hada suspiró aliviada. Por un momento pensó que los pillarían *in fraganti* y no llegarían ni a pisar el hospital. Pronto se abrió a sus ojos la imagen del inmenso hospital y su magistral entrada, que dejaron a la derecha para encontrar a continuación la segunda verja de hierro. El equipo de limpieza se había adelantado una hora de la cuadrilla real.

Hada todavía pensaba en cómo iba a explicar a su prima que se había hecho pasar por trabajadora de la empresa. Se darían cuenta pronto, así que

tenían que actuar sin meter la pata o todo se complicaría aún más. Les quedaba la hermana de William Saturday, que estaba dispuesta a publicar todo lo que Lola y Juan habían descubierto. Lo más difícil iba a ser que el comisario no se las ingeniara para hacer desaparecer a los implicados con la ayuda de Zion.

Sofía esperaba con impaciencia el momento para salir e infiltrarse entre el personal médico. Ella se había llevado una bata médica y Hada le había fabricado una placa con una banderita inglesa exacta a la que usaban los residentes extranjeros que se ocupaban de las distintas nacionalidades del psiquiátrico. Seguía esperando que la puerta se abriera por fin y dejar de respirar aquel aire viciado que le estaba empezando a dar náuseas. Recordaba con detalle las indicaciones que había recibido de Kai sobre las respectivas habitaciones de ambas, antes de que muriera. Él estaba dispuesto a ayudarles, pero el destino jugó una carta inesperada.

Tenían dos opciones: o iban directos como elefantes en una cacharrería y trataban de sacarlas por la fuerza, cosa difícil con tan poca ayuda, o esperaban a la hora del patio, donde los internos salían cinco minutos antes de su segunda dosis diaria de fármacos. Él les recomendó que eligieran la segunda opción e intentaran esperar, pero llegaron a la conclusión de que tenían que improvisar, pues se encontrarían seguro con alguna dificultad. De hecho, su objetivo principal, entrar en el psiquiátrico, ya estaba cumplido.

La puerta trasera del coche se abrió para alivio de Sofía, que bajó y se recompuso la bata y el pelo. Estaba bastante nerviosa, no veía la hora de ver a Paula. Pensar solo en la idea de que estuviera viva le daba fuerzas para afrontar con valentía la intrusión en aquel hospital. La tensión le provocaba altibajos emocionales, además del dolor de cicatrices del pasado que se habían vuelto a abrir.

Juan tomó el control de la situación, recordando a cada uno su papel y siguiente cometido. Sofía iría derecha a las habitaciones por las escaleras de servicio sin usar los ascensores, Hada entraría al *hall* donde empezaría limpiando la recepción y comenzaría su nuevo *show*. Sofía no pudo evitar dedicarle unas palabras que aliviaran un poco la tensión de los tres.

—Si con esos tacones no llamas la atención de todo el hospital, deberíamos probar con una bocina —los tres rieron y Juan se dio cuenta de que tenían que bajar la voz, la única que debía llamar la atención era Hada.

—¡Sshh! Chicas, chicas, bajad la voz. Tú ya sabes, Hada, no te cortes. Tú, Sofía directa a las habitaciones; yo iré detrás de ti. Recuerda que debes encontrar a Paula; yo me ocupo de Lola.

—Venga, vamos al lío. ¿Alguien quiere?

—Hada, no me lo puedo creer... ¿¿Un porro?? ¿Estás loca? Sí, definitivamente estás como una puta cabra —Juan se llevaba la mano a la frente y negaba con la cabeza mirando hacia arriba y oliendo el inconfundible olor de la mariguana.

—Cari, si la tengo que liar a las seis y media de la mañana y no estoy de *after*, necesito un poco de motivación. Es solo para no caerme de los tacones del miedo. Estoy cagada, joder. Juan, me debes una muy gorda y no te quepa la menor duda de que me la voy a cobrar.

—Hada, haré lo que me pidas, pero no metas la pata; nos jugamos mucho, no es momento de tonterías.

—Vale, vale, ya lo tiro, joder qué estirado te has vuelto, hijo, antes eras más molón. Venga, nena, ponte el fonendo y mueve el culo que empieza el *show*.

Sofía, que ya llevaba varios días con ellos en casa, se había acostumbrado al carácter y el humor ácido de Hada, así que asintió y se puso en marcha con paso firme por las escaleras.

La furgoneta estaba preparada para salir de allí, si conseguían bajar a ambas. Para ello debían hacerlo en un montacargas y desaparecer lo antes posible de aquel lugar. Una vez encontraron la puerta del tercer piso, salieron al pasillo cerrando la puerta de emergencias tras ellos. Enseguida fueron a sus respectivos puestos.

Hada era la más importante, debía captar la máxima atención. LLevaba unos auriculares puestos con la canción de Gloria Gaynor *I will survive* a todo volumen y empezó cantarla en voz alta y estridente, forzando la voz. En menos de treinta segundos, casi todos los residentes de la planta se divertían mientras veían limpiar de espaldas a Hada con movimientos que dejaban ver su atuendo por debajo del uniforme. Se quitó la bata de limpieza y dejó ver todo el brillo que tenía escondido. Las seis enfermeras del turno de noche se miraban extrañadas por tan pintoresco personaje. Hada desconectó los auriculares y la canción inundó el vestíbulo, amplificado por su bóveda de entrada. En un principio, las enfermeras no pudieron evitar escuchar la canción y poner media sonrisa, hasta que la jefa del turno intervino.

—¡Oiga! ¡Usted! ¿Qué hace aquí? Apague eso, ¿está mal de la cabeza? Esto es un hospital psiquiátrico —la enfermera se dio cuenta de que su pregunta seguida de la aclaración aún resultaba más absurda que la propia situación.

—¿Qué si estoy loca, cari? Pero loca, loca, vamos como una cabra... Na, na na, na, na. Nanana na, na, na, naa, na..., venga aburridas, que parecéis espárragos mustios, moved el esqueleto. ¡Venga chicas! —las enfermeras no daban crédito a lo que estaban viviendo, aunque algunas no pudieran aguantar la risa.

Se acercó a una de ellas, la que más se había reído del grupo, y como en una actuación real, decidió que sería la diana de sus *gags*. La cogió de la muñeca y le dio una vuelta, luego le puso la mano sobre los hombros y empezó a dar saltos, invitando a otra de las enfermeras, que no tuvo más remedio que retorcerse como una anguila para escaparse de Hada.

La jefa de las residentes decidió llamar a seguridad sin saber que aquel era uno de los objetivos de Hada, aunque esto debía ocurrir lo más tarde posible. Así el resto tendría algo de tiempo para encontrar a Lola y Paula.

Salió a la puerta principal y se puso de pie en el borde de la fuente. Perdió por un momento el equilibrio y casi se cae dentro mientras los presentes la miraban atónitos. Aquello precisamente era lo que tenía que conseguir: captar la atención del máximo personal posible y sacarlos del hospital. Y así fue, casi todo el personal que había en aquel momento acompañó a Hada en su delirante espectáculo.

Sofía estaba en el tercer piso, apoyada en el marco de la puerta de la habitación donde se suponía que estaba Paula. Respiraba profundamente tratando de recuperar un ritmo menos acelerado. Había corrido como alma que lleva al diablo escaleras arriba con una idea fija en la cabeza: volver a ver al amor de su vida y tratar de sacarla de allí. Miraba al techo con los ojos cerrados y la cabeza reclinada ligeramente a un lado, sin saber que Paula estaba apoyada en la puerta casi en la misma posición.

El grupo contaba con una ventaja que les haría ganar muchos puntos. El día anterior, Alexis había conseguido hackear los ordenadores del hospital y cambiar así los tratamientos de todos. No solo Paula, medio hospital había recuperado la conciencia por la mañana. En la primera planta, algunos madrugadores se habían levantado y dirigido directamente a la salida por instinto, confusos por el espectáculo que había allí montado y desconcertados por la falta de los sedantes. Provocaron una avalancha de casi sesenta personas que intentaban salir del hospital al encontrarse con más fuerza de lo habitual. El vigilante se limitó a informar de lo sucedido al compañero del puesto de guardia exterior y este, a su vez, cumplió el protocolo de seguridad del psiquiátrico: llamó a Michel, el máximo responsable.

Lola soltó un gemido al despertar por la tensión contenida, no pudo evitar dar un grito al ver que la puerta de la habitación se abría lentamente. Cuando se dio cuenta de que era Juan, su grito pasó al llanto al ver una cara conocida.

—Lo siento mucho, Lola —y la abrazó— William Saturday nos lo ha contado todo a través de su hermana, que nos está ayudando.

Sacó fuerzas enjugando sus lágrimas, pensando en vengarse del comisario. Por un momento, lo imaginó en la misma situación que a su marido. Juan le acercó una silla de ruedas. Ella no dudó un momento, quería salir de aquella habitación. Había vivido entre sueños el papel de William, pero sabía que todos corrían peligro allí dentro.

Entre tanto, Sofía levantaba la mano hacia el pomo decidida a entrar, cuando la puerta se abrió con suavidad y lentitud, como si alguien estuviera esperando. Paula estaba de pie, parada frente a Sofía que la miraba negando con la cabeza sin dar crédito a lo que estaba viendo. También sintió miedo, además de un sentimiento de culpa muy fuerte, al haber vuelto a ver a alguien que pensó que no volvería a ver jamás. Le parecía un fantasma, era como si viera una radiografía; estaba tan demacrada... Pero detrás de todos aquellos años de tratamientos e investigación cual cobaya de laboratorio, el pelo rapado, las ojeras y el ancho pijama de hospital, estaba la Paula de siempre, y la estaba esperando. Juntas lloraron fundidas en un abrazo sin consuelo por tantas lágrimas antiguas y perdidas. Paula sabía que había pasado mucho tiempo, pero ninguna sabía realmente cuánto. Le preguntó por su madre y Sofía no pudo responderle.

—Primero os sacamos a Lola y a ti... —dudó antes de nombrarla con la voz entrecortada al dirigirse a ella después de tres años—..., Paula. Sois nuestra prioridad, pero no te preocupes que, si podemos, nos llevaremos a tu madre también.

—Sofía, no llevo aquí encerrada no sé cuántos años para esperar a que me rescates. No me iré sin ella, aunque tampoco entorpeceré el rescate de Lola, por mí te puedes ir ahora mismo a ayudarla.

—Paula, de verdad, ¿no se te ocurre otra cosa mejor que un reproche para este momento? No entiendo nada, joder —rompió a llorar desconsolada—. ¿Qué coño se supone que debo creer? ¿Qué estás muerta? ¿Qué no lo estás? —a los dos segundos se dio cuenta de sus palabras—. Perdóname, Paula, iremos a por tu madre, no la dejaremos aquí.

Antes de que terminara la frase, la estridente sirena de aviso de incendio lo inundó todo. Entonces, apareció otro aspirante a detective privado: el

excéntrico William Saturday. Ambas se quedaron mirándole con la duda de si tendrían que reducir en el suelo a aquel flaco de casi dos metros de altura. Un hombre fuerte, a pesar de su aspecto. Paula pronto lo reconoció en los recuerdos de sus sueños.

—¡Hola, chicas! ¿Dejáis que me una a la fiesta? —intervino con la mirada ida como lo haría un demente.

—¿Eres ese tal..., Saturday? —el periodista asintió— Vámonos de aquí, no hay tiempo. Paula, ¿estás lista? Vamos a por tu madre. Él viene a ayudarnos. Nos encontraremos con Juan en la bajada de la puerta de servicio.

—He conectado los ascensores interiores. Están detrás de la puerta de emergencia, pero sospecho que hay un cambio de planes.

—Sí, vamos a la segunda planta.

—Esa vieja demente de la 202 —Paula se tuvo que contener para no pegarle—, disculpa no quería ofenderte, pero la señora está fatal. Creo que el hombre que viene a verla... ¡Claro! ¡Es el comisario! Dios mío, es tu padre..., ¡el comisario es tu padre!

—¡Sssh! No grites, es mejor que no llamemos la atención.

—Bueno, nos vamos de fiesta ¿lo sabéis?

A Sofía y a Paula no parecía gustarles aquel humor tan extraño que no paraba de usar el periodista, pero dadas las circunstancias no tenían elección; era una mano imprescindible en el traslado.

Salieron a paso ligero del pasillo, entrando por la puerta de emergencia al silencio de las tripas del edificio. Fuera el revuelo se había contagiado en todas las plantas. Se escuchaban voces que Paula solo recordaba de sus pesadillas y que le hacían volver la cabeza a cada rato en dirección al sonido. Una vez cerrada la puerta de emergencia, los ruidos cesaron y dejaron paso a la sonora sirena que todavía no había sido detenida, ahora más intensa y hueca en el interior. Los ascensores tenían un problema: estaban bloqueados por un protocolo de seguridad que incluso Saturday desconocía y que solo Hada, o en este caso Alexis, podría haber hackeado de saber que existía.

—Yo me adelanto, Paula, bajaré al segundo piso; allí me encontraré con Juan que debe de estar en la misma situación. Debemos llegar como podamos. Me ocuparé de que tengamos sitio para salir. Al final, lo de la alarma de incendios no ha sido mala idea. Hay que evacuar al personal y, si tenemos suerte, los bomberos no tardarán en llegar.

—Está bien, pero trata de salvar a mi madre; yo estoy bien, William me ayudará a bajar. Sé que no saldré de ésta, pero te agradezco que estés conmigo

hasta el final, ahora vete. ¡Corre! ¡No tenemos tiempo! —Paula tuvo que resignarse al notarse tan débil.

La besó en los labios. Fueron dos segundos que se congelaron en el limbo al que van los besos robados. A Sofía le supo a despedida, pero el destino las dejaría encontrarse de nuevo. Sofía corrió tan rápido como pudo, tratando de ignorar el sonido de la sirena que ahora se oía para ella en segundo plano. Las últimas palabras de Paula rebotaban en su cabeza y la mantenían en la tensión necesaria para el momento que estaba a punto de vivir.

Llegó al segundo piso donde se encontró con varios enfermos desorientados, intentando buscar la salida sin caer en la cuenta de que podían bajar por la escalera principal. Sofía les indicó el camino y preguntó a una de ellas por la habitación de su madre y si había visto a su residente salir. Esta negó con la cabeza y miedo en su rostro.

Corrió entonces hasta el final del pasillo, donde la mayoría de las puertas estaban abiertas. Al llegar a la altura de la de la madre de Paula, vio como la puerta se balanceaba debido al viento y no dudó en empujarla. Al principio le costó encontrarla. La habitación parecía vacía, pero nunca hubiera esperado lo que vio a continuación. Esther estaba en la ducha de la habitación con la luz apagada, mojándose por completo, como si quisiera ensordecer el sonido exterior con la agradable cascada de agua templada cayéndole directamente en la cabeza. La sacó a empujones de la ducha y le puso una toalla por encima intentando secarla.

—Vamos, Esther. Su hija Paula nos está esperando. Tenemos que salir de aquí.

—No es cierto, quieres engañarme como han querido hacer todos estos años. No te creo, tú solo la querías para ti, ella nunca vino a verme...

—Si Paula no vino a verla cuando estaba conmigo fue porque su marido le daba largas con las visitas, hasta que nos dimos cuenta de que se las había arreglado para decidir quién iría a verla y cuándo. La excusa siempre era que usted estaba sedada y no era conveniente molestarla, pues tenía noches largas de insomnio.

—Eso es lo único cierto, aunque dormida, las pesadillas no te dejan descansar. De hecho, no tengo la sensación de que todos hayan sido sueños. Sabes que voy a morir, ¿verdad?

—¡Qué manía tiene esta familia con la muerte, por Dios! De momento está viva, así que vamos a salir de aquí y se muere luego, a mí no me vaya a dar la mañana —aquel comentario convirtió instantáneamente a Esther en una

muñeca a merced de alguien que parecía saber lo que hacía; por lo menos lo parecía.

Al salir de la habitación, al final del pasillo, les esperaba una sombra que hizo pararse en seco a la madre de Paula. Agarró la mano de Sofía con tanta fuerza que esta tuvo que sacudirla para soltarse por el dolor.

—¿Juan? ¿Eres tú? ¿¿Paula??

La sombra venía acompañada de una silla de ruedas que parecía manejarse con un mando eléctrico. Las sombras salieron del lado donde no quemaba la luz del día para dejarse ver.

—No es Paula. Es un demonio de los más perversos que jamás verás. Ya te dije que iba a morir. Dile a mi hija que la quiero.

Michel y su hijo habían irrumpido en el pasillo para asombro y terror de ambas. El niño fijó la mirada en la madre de Paula. Ella se volvió con fuerzas renovadas, como si su cuerpo estuviera conducido por una energía nueva. Cogió una lamparita de una de las mesas que había al final del pasillo para decorar la estancia. Arrancó de cuajo el cable, pelándolo por ambos extremos para descubrir el cobre, deslizó el plástico con los dientes haciendo sangrar sus encías y haciéndose un corte en los labios. A los pocos segundos, se metió el cable en la boca y puso el otro extremo directamente en el enchufe, pero antes, volvió la cabeza para mirar a Sofía.

La descarga duró unos interminables segundos hasta que traspasó todo su cuerpo, para salir por varios sitios y provocarle daños en varios de los órganos vitales más importantes. La oscuridad reinó en el psiquiátrico y acrecentó el desconcierto de los residentes y el personal, que no sabía ni lo que había pasado ni cómo actuar en un caso como aquel.

Las habitaciones daban al interior del edificio y la luz del patio interior todavía no iluminaba lo suficiente los pasillos. Sofía, inmóvil por la imagen de la cara de Esther, que se le quedaría grabada para siempre en sus recuerdos, sintió que le había fallado a Paula por no haber conseguido proteger a su madre. No pudo mover ni un solo dedo, no le dio tiempo a actuar, paralizada por el miedo y la situación de ver aquellas sombras que repentinamente se habían oscurecido y seguían avanzando, llegando ya hasta la mitad del largo corredor. Sofía los sentía cada vez más cerca, el miedo se había convertido en rabia. En los ojos del niño y de su padre leyó sin dificultad que habían tenido algo que ver con aquel horrible suceso. Los veía como los verdugos de Esther, como si con su mente hubieran podido manejarla a su antojo; aquello no formaba parte de un sueño.

Sin poder perder más tiempo, recordó algo que la misma Paula le contó: «Si alguna vez te quedas acorralada, ataca como una rata, pero también corre y escapa como ella; solo ataca para defenderte y corre». Aquellas palabras llegaron a su mente para ayudarla a fijar un objetivo y, como si fuera una jugadora de *rugby*, decidió abalanzarse contra Michel para tirarle al suelo y tratar de escapar. Antes de que ninguno pudiera darse cuenta, Paula apareció y vio caer a Sofía. La ayudó a levantarse sin perder de vista a Michel que yacía en el suelo sin intención de moverse ni atacarla, como si supiera que decidirían marcharse. Nathan giró la cabeza para mirarlas a las dos y les dedicó una macabra sonrisa que Paula respondió con odio y oscuridad en sus pensamientos; su mirada ardía mientras los miraba con ira y dolor, sin atreverse a comprobar si el cuerpo de su madre seguía con vida.

Se dio la vuelta, obligando a Sofía a seguirla. Esta se levantó rápidamente y permaneció unos instantes observando el laxo cuerpo. Paula estiraba de su mano mientras desafiaba con su mirada oscura a los ejecutores de su madre. En ese momento la alarma de incendios se apagó.

Hada seguía en la fuente y miró por instinto a una de las ventanas. Al hacerlo, tuvo una visión del pasado: una sombra detrás de las cortinas le señalaba la parte trasera del edificio y Hada no lo cuestionó. Precisamente lo que marcaba el plan era terminar juntos en la salida de servicio, con lo que aquella señal confirmaba que debía dar el siguiente paso.

Se bajó de la fuente pegando gritos, diciendo que sacaran a todo el mundo y reprochándoles que estuvieran allí mirando lo que hacía. Les costó reaccionar, pero como no le faltaba razón, cada uno se puso en su puesto designado para casos de emergencia. A los ojos del personal, un incendio se había declarado en el edificio y además se había ido la luz. Los enfermos gritaban tanto que la sirena había pasado a un segundo plano desde hacía rato, ni siquiera sintieron que se hubiera apagado.

El agente de seguridad subió al segundo piso donde estaba el cuarto del centro de operaciones, las cámaras y el bloqueo de las puertas. Al buscar en el bolsillo echó en falta las llaves y se acordó de que había tropezado con un enfermo que se agachó para devolverle el manajo cuando este se desprendió del enganche. Apretó la mano con rabia y con la idea en la cabeza de darle su merecido a aquel atrevido, al darse cuenta de que le faltaban algunas.

Hada aprovechó para correr hasta la parte trasera del edificio, no sin antes volver a mirar la ventana en la que solo vio moverse levemente la cortina. Se sacó las inmensas plataformas, quedando descalza mientras corría hacia el

coche. Al llegar al vehículo, vio cómo el resto del grupo había empezado a aparecer por la puerta. Estaban todos, por lo menos todos los que querían rescatar según su plan. Ahora quedaba la parte más difícil: llegar hasta el centro de la ciudad al estudio de grabación que emitiría en directo su testimonio, gracias a la ayuda de Alexis, que contaba con las manos más ligeras de los *hackers* autodidactas del panorama actual.

—Mari, te digo una cosa, esta actuación te va a salir cara, encima te la has perdido, me debes una pero que muy gorda —decía mientras se acercaba para ayudar a las que traían peor cara, Sofía y Paula—. A este paso te tienes que casar conmigo. O eso o me pones un kiosco, maricón, que me tiembla hasta la última pestaña. Casi me desnucó en la puta fuente. ¡Uy! Qué cara, mari, ni que se hubiera muerto alguien. Estáis vivas, ay que dramáticas sois las niñas cuando os lo proponéis —Juan hizo un gesto con la cabeza indicándole que no había sido un comentario muy afortunado.

Hada lo comprendió al instante y quiso que la tragara la tierra. En aquel caso, su humor le había jugado una mala pasada.

—Lo siento mucho, niña... Definitivamente, soy una *lodemouth*.

William Saturday fue el único en sonreír por haber entendido el término en inglés: bocazas.

Capítulo 34

El origen del mal no puede combatirse con dudas

Se montaron en el coche, pero decidieron que no se irían todos. Saldrían hasta pasar la barrera del control de seguridad exterior y, una vez fuera, a pocos metros apostada a los lados de una rotonda, les esperaría la hermana de William para ayudar al grupo con la fuga. Esta había dejado a un amigo de total confianza encargado de la publicación de lo que habían descubierto. Sería un bombazo mediático en el caso de que le sucediese algo a su protegido.

Michel llegó a su posición justo cuando Hada, que se ocupaba de conducir,

había apretado el acelerador. Lola, Juan y William Saturday se metieron en la parte de atrás y Sofía, Paula y Hada tomaron los mandos en la parte delantera de la furgoneta.

—¡Agarraos fuerte los de detrás! Si me encuentro alguna barrera no pararé.

—¡¡No, no pares!! —Se oyó una respuesta de todos, al unísono.

Pero pronto se les bajaría la valentía a los pies. Paula se dio cuenta de que no había tenido tiempo de saludar a su amiga, así que le dio un abrazo silencioso y cálido y se limitó a consolarla por la muerte de Kai.

La primera puerta de acceso al recinto cerrado de la propiedad, después de pasar el control exterior de seguridad, estaba flanqueada por un coche que atravesaba todo el espacio. Era el comisario, que no había dudado en bajarse, asumiendo el riesgo de que el conductor no se detuviera a tiempo.

Hada tuvo el impulso de frenar unos metros antes del coche para darle tiempo a los de atrás a salir. Acordaron que, si se paraba bruscamente antes de ninguna de las puertas, se bajarían de la parte trasera para huir corriendo. Así lo hicieron justo en el momento en el que Millán apuntaba a Paula con la pistola con intención de disparar a su cabeza a través de la luna delantera.

Juan se fijó en el gesto del comisario. Su mirada mostraba la fiera del cazador ante la presa y la templanza del pulso evidenciaba una inquebrantable seguridad. Todos habían salido del coche, a excepción de Hada que, paralizada por el terror, estaba convencida de que aquel sujeto que tenía frente a ella no dudaría en pegarle un tiro si se movía de donde estaba. Millán la apuntaba sin titubear un ápice, enrocado en su posición, preparado para dar jaque mate en cualquier instante.

Juan pensó entonces que era el momento idóneo para repartir las armas que Alexis había conseguido en el mercado negro: una a Paula, la otra a Lola.

Estas cargaron las respectivas armas decididas a defenderse como pudieran. No querían herir a nadie, otra cosa es que lo consiguieran. Paula apuntó a su padre mientras Lola levantaba la mano en dirección a Michel y su hijo que apenas se encontraban a ocho metros de distancia y seguían avanzando.

Michel negaba con la cabeza y susurraba algo que Lola pudo leer perfectamente en sus labios, ahora morados, como si toda su vitalidad hubiera sido consumida y estuviera manejado desde sus entrañas por una fuerza oscura y maligna. Sus ojos se alimentaban de la oscuridad de la destrucción; el dolor, los miedos, las perversiones, la representación más cercana de la maldad en

estado puro.

—No te atreverás, eres una cobarde, mátame, yo no valgo nada...

Sin embargo, el comisario estaba en otro estado totalmente distinto. Paula le apuntaba y este gritaba con fuerza para asombro de los presentes.

—¡Os dejaremos marchar a todos, pero yo me llevo a mí... hija!

—¡Estás enfermo! Maldito hijo de puta, mi madre ha muerto por tu culpa. Debería volarte la tapa de los sesos ahora mismo.

Paula escupía saliva de rabia mezclada con lágrimas, mientras gritaba con impotencia, ajena a que Michel y Nathan estaban justo detrás de ellos. Miró entonces, por puro instinto, y vio a Lola apuntando a Michel a la cabeza. Dudó de si avisarla de que debía ser prudente, aunque teniendo en cuenta la situación, aquello era bastante difícil; mantener la calma no iba a ser la opción elegida por los allí presentes.

Lola recordó algo que también vino a su mente como un destello...

Andiara, la abuela biológica de Isabella, le decía que, llegado el momento, no debía dudar. En su recuerdo vio a alguien que no conocía, como si aquellas palabras un día dedicadas a Sara, se hubieran clavado ahora en su mente. Era la anciana Andiara Alvés de largo pelo blanco, a la que vio en su mirada. Más adelante, cuando la conociera, aquel recuerdo cobraría todavía más sentido.

Su mano le temblaba apuntando directamente entre ceja y ceja. A pesar del temblor sabía que no fallaría; aquel loco no dejaba de animarla a que lo hiciera. Cuando estaba a punto de apretar el gatillo del arma, el comisario cambió su objetivo por ella y todos reaccionaron.

William Saturday saltó a proteger a Lola, pues sabía que el comisario tenía intención de disparar. Paula, en el último segundo en el que Lola apretaría el gatillo, desviaba el arma hacia el niño con gran acierto. Una bala inmisericorde le traspasó la cabeza para asombro de todos. En ese momento, Lola recibió un golpe tremendo antes de poder saber lo que había pasado. Era William, que consiguió protegerla del segundo disparo que se descargó en aquella escena por parte del comisario, tumbándola de un empujón.

Michel no dejaba de mirar a su hijo que yacía con los ojos abiertos y un disparo en la mitad izquierda de su frente, lo suficientemente limpio como para que hubiera sido ejecutado por un movimiento certero de la mano de Paula.

Lo único que se le ocurrió para que Michel no hiciera nada fue dispararle en la pierna, después de apuntarle a veinte centímetros de los ojos. La cara de Michel ahora era la de un hombre desesperado, un padre roto que acababa de

presenciar la muerte de su único hijo.

Estaba seguro de que él perdería la vida, pero no Nathan, tenía sus esperanzas puestas en que viviría. Un cruel giro del destino le había preparado la peor de las condenas: tener que vivir con la muerte de su primogénito y soportar la parte de responsabilidad que le tocaba. Se echaba la culpa y le pedía a Paula que le matara. Gritaba sin consuelo, pues lo amaba más que a todas las cosas que poseía en el mundo, aunque su forma de querer fuera desesperadamente enfermiza. Paula reaccionó entonces dándole un golpe seco con la culata de la pistola y lo dejó inconsciente.

Millán la miraba con una mezcla de orgullo y rabia por haber desmontado los oscuros intereses que con tanto recelo había protegido por el simple hecho de mantener el control y el poder. Ahora, en una posición no tan poderosa, solo pensaba en llevarse a su hija.

—Está bien, me voy contigo, pero Sofía se queda —decía mientras se dirigía hacia el coche.

—Ni hablar, no pienso dejarte sola. Tendrás que llevarnos a las dos o te buscaré por cualquier rincón del planeta, Millán.

—Subid al coche las dos, pero tú deja esa pistola. ¡Tírala, joder! —Disparó a los pies de Sofía, a la que veía en aquellos momentos como una moneda de cambio.

Y así era: Paula sentía que, además de Lola, Sofía era lo único que tenía en el mundo. Su padre era un demonio que ella no recordaba o que quizás algún día decidió olvidar y colocar en la carpeta de las pesadillas de su mente. Se agachó lentamente y soltó el arma en el suelo. Acto seguido se dirigieron juntas a la parte de atrás, pero Millán no parecía tener esa idea. Sofía debía conducir el vehículo mientras él y Paula se montaban detrás. Sacó un cuchillo con el que rodeó el cuello de Sofía con la mano izquierda, mientras apuntaba con la mano derecha a Paula con el arma. Instantáneamente se dio cuenta del error del comisario: él era zurdo.

—Arranca, joder, o te rebano el cuello aquí mismo. ¡Vamos!

Sofía obedeció sin dudar al ver el gesto de asentimiento de Paula, que le hablaba con los ojos. Aunque hubiera pasado el tiempo, sus miradas eran las mismas cómplices de antaño, un vínculo que siempre tuvieron y que les sirvió para salir juntas de más de un atolladero. Al llegar al puesto de entrada, el agente de seguridad comprobó que era el comisario el que había llegado. A la vez, el camión de bomberos pedía paso con prioridad.

El guardia, viendo que aquello no parecía una situación normal, decidió

llamar a la policía.

A pocos metros, Juan, Lola, William, con un rasguño de bala, y Hada, intentando mantener la compostura a los mandos del coche, les seguían en su huida. Se habían situado todos en la parte delantera, hacinados en lo que serían tres asientos un poco incómodos, pero a salvo de todo, al fin. Vieron que el coche del comisario se desviaba por la autopista de Marbella y se dirigía a una estación de servicio. La duda se despejó en cuanto observaron cómo una de las ruedas había pinchado. A punto estuvieron de estrellarse y el comisario casi le corta el cuello a Sofía, que vio por el retrovisor que era el momento de actuar. Paula aprovechó el fallo en la guardia de su padre al apuntarle con la derecha y en un último intento, mientras Sofía daba unos inevitables volantazos, empezó un violento forcejeo con él.

Frenó en seco justo frente a los surtidores y la inercia le despegó el cuchillo de la garganta y dejó ver una mancha de sangre de un leve corte que había sentido. Aprovechó mientras Paula trataba de quitarle la pistola a Millán para agarrar la mano de este con fuerza, resbalando por su muñeca en el intento y cortando su propia carne para evitar que el cuchillo llegara a zonas vitales. La adrenalina que corría por sus venas tapaba todo dolor por el momento y ayudaba a mantener la tensión necesaria.

Paula se hizo con el arma, por fin, y dio un par de patadas a Millán que, sorprendido por el ataque, no supo reaccionar a tiempo. Se bajó del coche y apuntó a través de la luna delantera. El comisario apretaba como si tuviera la intención de cortar el cuello de Sofía y llevarse los dedos y parte de la mano por delante. Sofía miraba fijamente a Paula, mientras Lola y los demás llegaban en el coche y paraban a unos metros de la gasolinera, seguidos de cerca por un coche patrulla que les cortó el paso. Acordonaron con dos coches y un furgón de atestados que estaba por la zona, la salida de la gasolinera a la autopista a unos cien metros de allí.

Lola se bajó del coche para poder ver a su amiga, sin dejar de apuntar a Millán. Leyó en los ojos de Paula que algo no andaba bien. Esta observaba tensa cómo la mano de Sofía sangraba abundantemente, mientras intentaba alejar el cuchillo sin éxito.

Los ojos de Millán se clavaron entonces en Paula, a la vez que ella fijó su mirada en Sofía, que asentía cerrando los ojos y susurrando: «Siempre juntas, siempre juntas...», como un mantra...

Paula cambió la dirección del cañón y apuntó directamente al surtidor que tenían enfrente. Lola no tuvo tiempo de gritar cuando la explosión hizo que

saliera despedida por encima de los coches patrulla por la onda expansiva de la increíble deflagración. Hasta cuatro explosiones se sucedieron, desplazando uno de los vehículos y haciendo sonar sus alarmas por la onda expansiva.

El comisario salió del coche patrulla, todavía con el arma en la mano y gritando de dolor, con una voz que parecía provenir del mismo infierno. Se puso el cuchillo en la garganta, con movimientos erráticos y dementes, mirando en todas direcciones, viendo y sintiendo cómo se le quemaban el pelo, las pestañas y todo su ser, pues solo podía ver la destructiva luz del fuego que lo rodeaba por completo. Un paradójico final: iba a morir entre las llamas del infierno, las mismas llamas que una vez le ayudaron a sobrevivir.

Segundos antes de intentar cortarse el cuello sin éxito, vio la imagen de su padre esperándolo con los brazos abiertos. A su lado, Isabella le sonreía con su inseparable muñeca colgando de una de sus manos. Lola también pudo distinguir la silueta de la niña entre las sombras provocadas por las llamas. La vio desaparecer con los gritos del comisario que, al instante cayó al suelo y se calcinó en segundos, como si el foco principal de las lenguas de fuego estuviera haciendo un remolino mortal en torno a su cuerpo.

Los bomberos dejaron a la policía atender el cuerpo de la madre de Paula en el hospital por las quemaduras a causa de la electricidad, cuando decidió quitarse la vida al meterse el cable pelado en la boca, obligada por lo que ella creía que eran los demonios que habitaban su agotada alma.

También estaba Michel, al que estaba atendiendo una ambulancia mientras permanecía esposado por seguridad, pues había perdido el poco juicio que le quedaba. El camión de bomberos llegaría a la gasolinera a los pocos minutos de iniciado el incendio. Oyeron la explosión por el camino y aparecieron con la sirena a todo volumen para agilizar la circulación del tráfico en su favor.

Las llamas pronto fueron controladas por una dotación de seis bomberos. La zona que primero pudieron liberar fue parte del coche y los cuerpos de los tres que habían muerto en aparente accidente. Paula y Sofía dedicaron los últimos momentos de sus vidas a intentar tocarse, compartiendo el suspiro final que las apagaría para siempre, reflejado en una imagen tan dantesca como romántica. Era una escena difícil de asimilar hasta para los efectivos más experimentados. Se distinguían los cuerpos unidos por las manos, dibujando aquel particular lienzo en llamas que iba consumiéndose poco a poco.

Lola no podía dejar de mirar el fuego cuando, de repente, recibió una descarga en el estómago que percibió como una corriente que daba vida a algo

en su interior. Cayó al suelo aturdida, mientras su vista borrosa, acertaba a ver a sus rescatadores. Se encontraban rodeados de policías, bomberos y médicos, y de una ambulancia que se dispuso a atenderla de inmediato.

La extraña descarga y la tensión de todo lo vivido la mantenían en un estado de letargo, mirando alrededor mientras la colocaban en una camilla y se la llevaban junto a Juan al hospital más cercano. Esta vez, para su suerte, no sería un psiquiátrico...



Capítulo 35

Un viaje en el tiempo

Los días siguientes fueron difíciles de afrontar para todos los implicados, pero Lola tenía que pasar por la peor parte. No solo tuvo que soportar ver morir a su marido, sino que, por segunda vez, presenció la muerte de aquella amiga perdida que recuperó por unos instantes; todo su mundo se había desmontado. Ahora solo le quedaba intentar recomponerlo con la ayuda del tiempo y algunas respuestas que faltaban en su cabeza.

Juan no se separó de ella ni un segundo y Alexis hizo lo mismo con ambos. Él se encargó de ayudarla con todo el papeleo con la compañía de seguros, mientras ella intentaba explicar a la familia lo sucedido.

El atestado y el parte médico certificaron la muerte natural por un aneurisma cerebral que fulminó a Kai prácticamente en el acto. Lola estaba agotada, física y mentalmente, sobre todo, lo segundo. Sus pensamientos perdidos en los últimos días no la dejaban seguir atendiendo a los familiares y, para asombro de todos, abandonó el velatorio cuando llegó la madrugada.

Se levantó de la silla con el llanto de fondo de la hermana pequeña de Kai, Nekane. La chica de veintinueve años agarraba la mano de Lola con fuerza mientras la miraba atónita, apagando sus sollozos por un momento, al ver su intención. Soltó su mano con suavidad y, sin palabras, se despidió.

Juan y Alexis la siguieron al verla salir y los asistentes se cruzaron miradas entre ellos sin entender nada. Nekane, sabiendo que Lola había pasado un trance brutal, y no solo por la muerte de su hermano, calmó a los más inquietos diciéndoles:

—Lleva más de veinte horas despierta, debe de estar agotada, mañana nos queda un día muy duro. ¿Qué más da? Su marido, —decía la chica entre llantos—, mi hermano lleva fallecido más de tres días metido en una nevera —algunos exclamaron un quejido al conocer aquel detalle tan concreto—. Todos deberíamos irnos a descansar —y se levantó para fumar un cigarro, dejando a todos con el corazón en un puño al creer que se iría también.

En un principio fue su intención, descansar. Lola siguió sin hablar durante el trayecto del coche y cuando llegaron a la puerta de su casa, permaneció sentada por unos instantes en el asiento del copiloto con la cabeza gacha.

—Lola..., ¿te encuentras bien? Ya sé que no puedo ayudarte mucho en estos momentos, pero estoy aquí. No vamos a dejarte sola, lo sabes, ¿verdad?

Juan tomó su mano, a lo que Lola reaccionó con un abrazo. Se volvió para agarrar la mano de Alexis, que lloraba por haber encontrado lo más parecido a una familia. Lola sabía que ellos entendían perfectamente lo que estaba pasando y, con aquellos gestos, sobraron muchas palabras.

—Ya lo estáis haciendo, chicos, sin vosotros..., ¿quién sabe? Todavía estaría allí. Gracias a los dos, bueno, a los tres.

—Sí, cari, sin Hada no habríamos conseguido salir de allí con los tacones puestos —los tres rieron al recordar su aventura en el psiquiátrico.

—Estáis como cabras... ¿Cómo se os ocurrió aquella locura?

—Sofía y yo no sabíamos lo que Hada tenía preparado, pero hasta ahora no me ha decepcionado en ninguno de sus *shows*, aunque, sin duda, este es como para un musical —enseguida se dio cuenta de que Lola volvía a bajar la vista al oír el nombre de Sofía.

—Bueno, vamos a entrar en casa, creo que tengo algo pendiente todavía por hacer y no veo mejores compañeros que vosotros para ello. Es tarde, así que será mejor que os quedéis aquí, así os cuento el plan.

—Lola, ¿plan? No estarás pensando... ¿¿Brasil??

—Ahora más que nunca tengo que buscar las últimas piezas de este puzle. Es algo que debí hacer mucho antes, pero todavía estamos a tiempo de saber lo que le pasó a la familia Quintana y a casi todo su entorno. Al fin y al cabo, era mi único cometido en este asunto, Juan. Si no queréis acompañarme, lo entenderé, pero quiero que sepáis que me iré mañana mismo, poco después de que se celebre el entierro —le brotaron unas lágrimas.

—Pero, ¿qué ibas a hacer tú sin nosotros, boba? —Alexis intervino—. Mira, nena, si todo esto que ha pasado es para que yo por fin conozca Brasil... ¡¡Aleluya!! Además, tengo un amigo allí que tiene una casa grande. ¿No será a Sao Paulo por casualidad donde quieres ir?

—Pues sí. ¿No me digas que vive allí...? —preguntó asombrada.

—No, pero está a un par de horas de Sao Paulo, quizás él nos pueda llevar si se lo pido.

—Bueno, antes tenemos que averiguar un par de cosas. La más importante es: ¿dónde vive la familia biológica de Isabella? Ahí está la clave. He leído el

libro que estaba escribiendo Sara antes del asesinato y es bastante perturbador, pero he podido encontrar un poco de coherencia en sus escritos, aunque son verdaderamente caóticos. Habla de sus demonios interiores, sus más oscuros deseos, ambiciones e incluso algunas perversiones oscuras que ni ella misma sabe entender. Es como un diario, no de vida, sino de muerte, en el que se anuncian todos los acontecimientos que la familia vivió por creer en aquellos demonios que los atormentaban en su demente delirio a la destrucción.

Mientras Lola hablaba, los demás la escuchaban sentados entorno a la encimera de la gran cocina americana. Tenían abierta la puerta del jardín y la brisa, aunque suave, refrescaba con un ligero vaivén aquella calurosa madrugada del mes de Julio. En ese mismo momento, se hizo un silencio que heló a todos la sangre en las venas. Sus ojos se dirigían instintivamente al jardín; una sombra se movía entre los arbustos. Los finos visillos dibujaban un figura oscura e indescriptible que avanzaba hacia la estancia. Gustavo apareció y los tres dieron un suspiro de alivio mientras el minino maullaba pidiendo la comida a su dueña.

—Pobre Gustavo. Tú también has pasado lo tuyo, amigo. Esto me hace pensar en que no sé con quién voy a dejarte. Bueno, te llevas bien con Nekane, así que no creo que le importe venir a visitarte o quedarse contigo.

Juan y Alexis la miraban mientras se dirigía al mueble a buscar una lata de comida.

—Nos vamos... ¿No? —Alexis le susurró a Juan con entusiasmo.

—Yo voy, y tú también. Ahora estamos juntos en esto, pero creo que no tengo dinero suficiente. He decidido no renovar mi contrato para cursar nuevos estudios, así que tengo tiempo, pero el dinero no me sobra.

—Yo, sin embargo, tengo buenas noticias al respecto: he cobrado lo que me debía mi jefe. ¿No te lo he dicho? Tengo dinero para mantenernos a los dos. Además, he conseguido hacer... algo. Bueno, es legal, pero ya me entiendes, no puedo hablar de ello. Tengo unos *bitcoins* de sobra, nene.

—Eres tremendo, Alexis, tienes soluciones para casi todo. Quién me iba a decir a mí que Hada se convertiría en mi amigo inseparable en la resolución de un caso policial... En fin —se cortó al ver que Lola estaba más cerca—. Que sí, Lola, que nos vamos contigo. Pero tenemos que pasar por el piso para coger algo de ropa y los pasaportes.

—Saldremos a las ocho de la mañana volveré al tanatorio para esperar a su incineración. Será temprano. Cuando acabe con la comida de Gustavo, nos

ponemos con los vuelos, yo me encargo... —el teléfono fijo de Lola sonó cortando la conversación en seco, era un número desconocido.

—¿Diga?

—¿Agente Blumer, Lola... Blumer? —una voz femenina y suave hablaba al otro lado.

—Sí. Soy yo. ¿Quién es usted? —preguntó extrañada.

—Soy Felizia Belomonte. Usted no me conoce, he conseguido su número. Su apellido no es muy común y por suerte estaba en la guía.

El marcado acento brasileño de la mujer que hablaba dejó a Lola paralizada un instante antes de poder reaccionar. Y lo hizo como solo una agente de policía atenta lo haría.

—¿Y cómo supo mi nombre? —Preguntó acertada.

—Bueno, es difícil de explicar..., no quiero que cuelgue. Es importante que hable con usted. Está en peligro.

—¿En peligro? ¿Quién es usted? ¿Y por qué me está amenazando?

—Yo no la estoy amenazando, señora Blumer, la estoy advirtiéndole. Mire, le voy a contar cómo sé su nombre, pero no cuelgue, por favor. Desde pequeña cuidó de mi abuelo Joao, mejor dicho, lo cuidaba. Hace unos días falleció, cansado de luchar con sus espíritus y los de otros... Él me dijo que debía encontrarme con usted, que la había visto en sueños. Fue capaz de describirla, incluso. Y, aunque no la haya visto, la fuerza de sus palabras la definen claramente. Su nombre me lo dio Isabella —Lola sintió un frío intenso, que traspasó a Gustavo cómodamente enroscado en sus piernas. El gato bufó con fuerza cuando Felizia nombró a la niña.

—¿De qué conoce usted a Isabella? —Sospechaba que fuera alguien de su familia.

—Su madre la trajo para que mi abuelo la ayudara con sus visiones. La niña era muy especial y «veía» en sus sueños. También sabía más que todos los que estábamos allí aquel día; «una pequeña de alma vieja», decía mi abuelo Joao. Por algún motivo tengo que verla y reunirme con usted. Yo también sé cosas desde niña que no puedo explicar. Me siento unida a ciertas personas hasta que sueño con ellas; entonces el destino me las pone por delante y sé que nos veremos pronto... —Lola hacía rato que había puesto el altavoz, para que los demás pudieran oír la conversación. Atendían atónitos.

—Señorita Belomonte —le pareció una chica muy joven y no se equivocaba—, si hace un mes me hubiera llamado para contarme algo así, no habría colgado, le habría puesto una denuncia. Dadas las circunstancias, y las

veces que he tenido sueños extraños durante las últimas dos semanas, le contaré algo: tenía pensado ir a Brasil mañana mismo y si conoce a la familia de Isabella, es usted la persona que estoy buscando.

—Pues entonces tengo que verla, yo estaba dispuesta a viajar a su país si fuera necesario. Pero veo que mis visiones... sueños me siguen mostrando verdades. La esperaré impaciente. Llame a este teléfono cuando lleguen a Brasil. Es de un guía que los acompañará a donde ustedes quieran. Tengan cuidado.

Le dio el teléfono y Lola consiguió anotarlo con la ayuda de Juan. Se despidió y los tres mantuvieron un denso silencio durante varios segundos. Una vez más la casualidad había confirmado los pasos a seguir.

Eran casi las seis de la mañana y decidieron tratar de descansar lo que pudieran hasta el amanecer. De alguna manera, sentía lo mismo que había descrito Felizia. Una conexión especial con aquella tierra desde que empezó a interesarse por el caso de Isabella. Visiones, sueños, experiencias que no sabría cómo explicar.

La mañana pasó tan rápido como se fue la madrugada. Daban las doce cuando avisaron para la recogida de los restos de Kai.

—Aquí lo tiene. Le acompañamos en el sentimiento.

Una oficial del tanatorio le entregaba las cenizas en una urna metida en una bolsa y allí se acababa todo, sin más. Lola se levantó de la silla de la austera «sala de entrega» para recoger el pequeño recipiente. Nekane y los padres de Kai la acompañaban igual de noqueados por la insensibilidad del momento. Ninguno había tenido que vivir aquello antes.

La familia había decidido llevarse los restos para meterlos en el panteón familiar de su pueblo natal, Balmaseda. A Lola le pareció bien, ya que sabía que Kai quería regresar allí algún día y lo vio como una forma de compensarle. Ella no tenía intención de volver al cementerio, nunca lo había hecho con su padre y tampoco lo haría con Kai.

Se quedó con una muestra de las cenizas que metió en un relicario pequeño que colgaba de una pulsera, aunque no pretendía conservarlo para ella. Nekane llevaba uno idéntico, fue a ella a la que se le ocurrió comprarlos para ambas. Quería mucho a Lola y, por supuesto, a su hermano Kai.

A las dos horas, estaba camino a su casa. Juan y Alexis ya tenían todo listo para el viaje y ella, aunque cansada, estaba impaciente por encontrar respuestas.

Tuvieron tiempo de sobra hasta que salió el vuelo para no olvidar ningún

detalle importante. Una grabadora, el portátil, cuadernos para tomar notas y un informe resumido hecho por ellos. Durmieron casi todo el vuelo, solo despertaron en Lisboa, donde hicieron escala para llegar a Sao Paulo desde Málaga.

Cuando llegaron a Brasil todavía no se había puesto el sol. Estaban locos por dejar el avión y estirar las piernas. Lola llamó al teléfono que le había dado Felizia y habló con la persona que las recogería en el aeropuerto. El chico los llevaría donde ellos quisieran. Decidieron por unanimidad ir directamente a reunirse con Felizia.

Pusieron rumbo a la casa de la misteriosa mujer. Tantas horas de viaje les estaban empezando a pasar factura. El trayecto de una hora y media en coche se les hizo eterno. Por el camino decidieron parar a cenar e invitar al conductor. El chico no hablaba mucho y no sabían si era por el idioma o por timidez, pero escuchaba atentamente todos sus comentarios sin perderse ninguno. Con ello averiguó que tenían buenas intenciones. Al poco rato, reemprendieron la marcha y se adentraron en una zona de favelas con sus calles apenas iluminadas por las pocas farolas que aún funcionaban. Había gente por casi todos los rincones, incluso por los más oscuros, y hasta Lola, acostumbrada a sitios así, se sintió un poco intimidada en algunos sectores. Salieron por la parte alta del conjunto de favelas a un camino flanqueado por arbustos, árboles y precipicios, hasta que llegaron a un camino que, a penas en un kilómetro, llegaba al pequeño poblado donde se encontraba la casa del anciano Joao.

La bella Felizia estaba en umbral de la humilde casa de madera y les saludaba con la mano a su llegada. Al conductor se le caía la baba observándola desde el coche mientras arrancaba para irse. La respetaba como a una diosa. Los Belomonte eran una familia muy antigua y temida en toda la comarca. Con el paso de los años, cientos, fueron también queridos, pero se seguían contando cuentos para asustar a los niños basados en sus leyendas oscuras.

Saludaron a su anfitriona y entraron en la casa invitados por ella como mandaban sus costumbres más antiguas: con las puertas abiertas de par en par. Lola no podía parar de mirarla, aquella mujer tenía una luz especial. Era de esas personas a las que no olvidas cuando las conoces por primera vez. Además de poseer una belleza cautivadora, tenía un misterioso brillo en los ojos, como si pudiera ver mejor que ellos en aquel salón iluminado por velas. Al contrario que el poblado grande, aquel no tenía apenas luz en las calles; la

mayoría ni siquiera estaban asfaltadas. Aquello era el campo y, si mirabas al cielo, parecía que tenía más estrellas que ningún otro lugar. Las cortinas estaban corridas para que los posibles curiosos no pudieran interrumpirlos o cotillear. Por aquel lugar no había mucho que hacer y, en ocasiones, los foráneos se dedicaban a prestar más atención de la necesaria a los quehaceres del prójimo.

Les sirvió una fresca limonada con limas y menta que todos agradecieron, pues el calor era pegajoso y aquel lugar no estaba ventilado. Solo movía el aire un viejo ventilador pequeño que a veces empujaba un suspiro de aire hacia ellos, removiendo el embriagador aroma a incienso.

—Señora Blumer. Agradezco que haya venido a verme. Normalmente las personas que no nos conocen nos temen por lo que cuentan los viejos del pueblo.

—No nos ha dado tiempo a hacer turismo, la verdad, pero estoy deseando que me cuentes por qué era tan importante que nos encontrásemos. Y prefiero que dejes los formalismos, podría ser tu hermana mayor. Me siento más cómoda si me tuteas, puedes llamarme Lola. Y estos son Juan y Alexis, unos buenos amigos, en estos momentos son lo más parecido que tengo a una familia.

—Eso está bien. El apoyo de los seres queridos cura todos los males del alma.

—¿Cómo sabes que tengo herida mi alma? ¿Es porque tienes visiones?

—Visiones, sueños, premoniciones, sueños de otros... ¿Cómo explicarlo? Hace tantos años que me sucede y lo he intentado justificar de tantas formas que a estas alturas no sabría decirte qué es. Lo único que sé es que forma parte de mí desde que recuerdo.

Felizia tenía sus reservas con respecto a aquellos dos hombres que acompañaban a la agente, a los que no había contemplado en ninguno de sus trances. Lola se dio cuenta e intervino para no cortar el hilo de su historia.

—Puedes decir lo que quieras delante de ellos, me han ayudado aun sin conocerme, como tú. Querías advertirme de algo..., ¿no?

—No sé si advertencia es la palabra, me defendí al oír que te sentías amenazada y lo entiendo, pero tenía que hablar contigo. Llevo semanas intentándolo.

—¿¿Semanas?? —dijeron al unísono.

—Eso era antes del asesinato de Isabella...

Lola no daba crédito a lo que decía Felizia y la dejó continuar.

—La familia de Isabella, la de Brasil me refiero, no quiere saber nada más de la historia, también han pagado con muchas muertes. Mi abuelo Joao la vio en varias ocasiones y, una de ellas, en persona. Él era un hombre muy especial. Podía ver lo que otros no veían... Paradójicamente, era invidente; se quedó ciego muy joven, los médicos dijeron que sufrió una subida de azúcar, pero aquello no fue lo que le dejó sus ojos blancos como dos lunas aquella noche fatídica en la que recibió su maldición —se hizo un silencio y prosiguió—. Él, como nuestros antepasados más recientes, quiso convertirlo en un don para otros..., pero todos pagaron un alto precio.

Les contó la visita de Sara con la niña y la historia del ritual de Sara y Tomás en casa de las Silveira. Una familia que también era tachada de maldita por algunos, por el mero hecho de quedarse viudas muy jóvenes. Todas ellas fueron fértiles matriarcas, aunque, una vez habían engendrado a su prole, el marido moría en todos y cada uno de los casos conocidos desde hacía varias generaciones.

Aquellas creencias y supersticiones del folclore local que ellos no conocían y que gobernaban por encima de muchas leyes e incluso religiones, fueron vitales para que Lola pudiera encajar gran parte de la historia, sobre todo, el principio de lo que pudo ser un desencadenante de sucesos, por más inexplicable que resultara. Por un momento pensó que estaban sufriendo una especie de histeria colectiva basada en aquellas creencias. Pero después de lo vivido, sabía que era algo más. Aunque tal vez se tratase de una fantasía de sus delirantes mentes, algo oscuro la rondaba desde que cruzó las primeras palabras con Sara.

Pasaron largo rato oyendo atentamente a Felizia que los tenía a todos hechizados con su simple presencia. Además la candidez y dulzura de su voz penetraba en los oyentes, encandilados sin que fuera su intención.

—¿Y qué hay de esa nana? ¿Por qué se la enseñaron a la niña?

—Eso es complicado de explicar y aún más difícil de entender —hizo otra pausa y prosiguió—. Es una nana, sí, pero de despedida. La compuso una mujer de la familia Silveira, los ascendientes biológicos de Isabella. Hace muchos años, una madre desesperada por no poder cuidar a su niña de pocos meses, tomó la decisión más horrible que puede tomar una madre. Le dió de beber una mezcla de hierbas que había conseguido para el último sueño de su bebé. Mientras lo hacía le cantó esa nana de dulce muerte que se convirtió en otra maldición para su familia. Según me contó mi abuelo, un demonio se fijó en su acto y decidió ayudar a aquella mujer que le había regalado el alma

joven de su primogénito: la acompañó hasta su muerte —los presentes sintieron un escalofrío y se miraron algo escépticos, pero bastante sorprendidos—. Mi abuelo decía que aquel espíritu no era malo, simplemente disfrutaba con la maldad de los demás. Me contaba que lo había visto en dos ocasiones, precisamente su don era ver a través de los otros... Pero a este huésped, como él los llamaba, había que atraerlo con aquella canción.

—Vale, intentando creer todo lo que dices, ¿dónde encaja que se les enseñaran a Isabella si servía para llamarlo?

—Porque, dándole fuerza, el otro ser que habitaba asido al alma de la niña se debilitaba. Creedme, era mejor que estuviera manipulada por un ser egoísta y perturbado que por uno vacío y sin otro objetivo que la muerte de la niña para alimentarse de su alma.

—Mira, Felitzia, he..., hemos vivido cosas bastante raras, eso es cierto, pero esta historia de los demonios me hace recordar el libro de Sara, la madre de Isabella. Quizás sí que estuviera sugestionada por esa historia, si es que la conocía, y ella misma propició que la niña la aprendiera. O quizás estamos todos locos, porque a mí también me persigue esa canción.

—Yo la he usado muchas veces con mis alumnos y ahora, viéndolo desde esta perspectiva, no puedo evitar sentir algo de miedo. Isabella me dijo que la había aprendido en sus sueños y yo pensaba que era fruto de una mente prodigiosa... Ya no sé qué pensar.

»—Puedes tutearme a mí también, Felitzia.

—Y a mí, bonita, y a mí —añadió Alexis que no se perdía detalle.

—Ahora que lo dices, algunos venían al día siguiente con alguna composición, aunque fueran un par de partituras, habían sido creadas en muy poco tiempo y por lo general eran buenas.

—Ese demonio es culto, cari.

—Alexis... ¡Ssh! —le siseó Lola para que se cayara.

—Creía que contarles la historia de una niña prodigio que soñó con una melodía y la compuso sería el verdadero catalizador para la chispa de su inspiración, pero no imaginaba que podría ser una melodía maldita.

—Yo solo le digo que la he cantado en dos ocasiones en mi vida y ambas fueron por petición de mi abuelo. No es bueno utilizar las armas que usa el diablo —aclaró Felitzia.

—Pues me dejas más tranquilo —apuntó Juan con ironía.

Las horas pasaron como minutos y, sin fuerzas para más, aceptaron la invitación de Felitzia de quedarse a dormir allí. Era demasiado tarde para

cruzar aquellos poblados.

Al día siguiente tomaron un desayuno con varios tipos de fruta, un café natural que les supo a gloria, y dulces de varias clases. Felizia los había comprado el día anterior, como si supiera que sus invitados se quedarían a dormir. Les preguntó si habían dormido bien y Lola asintió mientras levantaba su taza. Sin embargo, Felizia se dio cuenta de que se trataba de una verdad a medias...



Capítulo 36

Isabella, víctima y verdugo

Habían pasado tres años desde aquellos días que conmocionaron a la opinión pública nacional e internacional con una velocidad pasmosa. Los medios aún se hacían eco de noticias internacionales sobre los psiquiátricos afectados, principalmente, privados. Médicos de todas las materias conocidas, no solo psiquiatras, directa o indirectamente implicados en un escándalo de una inmensa magnitud.

Lola se encontraba en el nombramiento de una medalla al valor y al mérito en el Cuerpo de Policía cuando se supo de todo el entramado. La mención era más que merecida por destapar aquel caso. Se trataba de la mayor red de pederastas que jamás se había descubierto, además del caso con mayor número de profesionales de la sanidad implicados a nivel internacional. Aunque los psiquiátricos estaban repartidos principalmente por Europa, los que descubrieron en Brasil se dedicaban también a traficar con madres de alquiler y padres desesperados por tener hijos. Se preocupaban de todos los trámites, aunque algunos niños «desaparecían» por el camino si llegaba algún poderoso con más dinero. Habían elaborado, incluso, una especie de «carta» donde los padres podían elegir qué recién nacido querían llevarse. «La granja de los Horrores», lo llamarían en la prensa distintos programas que se habían hecho eco de la noticia desde entonces y no eran pocos.

Lola, con todos estos recuerdos en la cabeza, decidió llamar a Juan antes de subir al escenario para así despejar la mente. Estaba en el *backstage* del salón de actos que había en la recién reformada comisaría. Miraba a su hija pequeña de tres años sonriéndole desde su carrito, que ya empezaba a quedarse pequeño. La preciosa Paula... Le puso el nombre en recuerdo a su mejor amiga. La niña le echó los brazos, a lo que ella tuvo que rehusar al oír que descolgaban al otro lado de la línea.

—Espera, cariño, que es el tío Juan. Ahora le dices dónde estamos. Sí, está conmigo, me ha fallado la canguro. Pobre chica, Juan, es muy joven...

Vino llorando para decirme que su madre le había echado una bronca tremenda por un examen de mates y que no sabía si podría volver a cuidar de Paula. La envié para casa, claro, ¿qué iba a hacer? Lo raro es que estaba tan afectada que no se despidió de la niña, la adora, sí que ha tenido que ser gorda la bronca, sí.

—Lola, a lo mejor no tenías que haber ido, se puede considerar un caso de fuerza mayor y, además, tú todavía no estás bien del todo, ninguno lo estamos. Eso sí me da pena, no un examen de mates... Perdona, Lola, soy un insensible, pero creo que toda esa historia ha puesto mi vida boca abajo por algo. También te digo otra cosa, no tengo ganas de saber nada más sobre el asunto, estoy deseando que se terminen los actos públicos.

—Te entiendo. Siempre tengo a mi hija como coartada Juan, pero no me he podido librar de este acto. Mira, te dejo con Paula mientras subo. Entretenla un poco, no creo que tarde mucho —cogió a la niña del carro y conectó los cascos con intención de ponérselos a Paula—.

Se colocó bien a la niña en la cadera y la subió al escenario, mientras la nombraba el presentador del evento que se celebró en el auditorio de la comisaría.

Le entregaría la medalla uno de los altos cargos de Andalucía que se había dedicado los últimos tres años a convencer a Lola de que debía volver al Cuerpo de Policía como comisaria. Le ofrecieron, después de muchas negativas, la posibilidad de elegir destino e incluso de formar parte de una especie de grupo de élite que se dedicaba a resolver los casos más escabrosos e inexplicables. Solo le faltaron los ojos de su hija para dar de nuevo la respuesta asertiva y seguir con su nuevo proyecto de vida.

—Señoras y señores, me tienen que perdonar por subir con mi hija a este solemne acto donde se da valor, a la labor de muchos antiguos compañeros a los que admiro, pero, como ven, ahora tengo una familia. Sí, esta que estáis oyendo hablar con su tío Juan es mi hija y por ella, y por los menores implicados en el horrible caso por el que me quieren dar una mención honorífica, no puedo aceptar tal reconocimiento —el murmullo se hizo en la gran sala que no entendía nada de lo que estaba diciendo—. No quiero aceptarlo porque fracasé en mi intento de salvar vidas, que es el objetivo principal por el que me hice policía. Ahora voy a dedicar mi tiempo a intentar salvar la mía propia, que, si no llega a ser por este ángel —Paula la miró como si estuviera escuchándola e ignorando las canciones que le cantaba Juan—, estaría totalmente destrozada. Que pasen una magnífica velada. Y una

última petición a la prensa nacional e internacional: me ayudaría un poco más a obtener esa normalidad, esa paz que ahora necesito, el no tener quince periodistas de guardia desde las siete de la mañana en nuestra puerta. Los que buscan demonios, que busquen dentro de ellos mismos, pues en el ser humano está la maldad que lo corrompe todo —y bajó del escenario para asombro de todos, arrojada por cientos de *flashes* de las fotos de curiosos y periodistas.

Lola cogió sus chaquetas y las puso debajo del carro en la cesta donde llevaba otro sin fin de cosas que podían servirle para atender a su hija.

Juan seguía hablando por los auriculares con Paula y Lola ya estaba colocando a la niña en la silla del coche. Cogió los cascos y se los sacó con cuidado, pues eran las doce de la mañana y era hora de echar una cabezada.

El coche era para Paula como una mecedora: mano de santo, cuando querían que se durmiera. Alguna que otra vez, cuando la niña era aún un bebé, le tocó dar vueltas a la manzana para que cayera en los brazos de Morfeo. Era una técnica infalible que pocas veces había podido usar por los *paparazzi* que tenían siempre cerca.

Llevaba un tiempo ocultando ante Juan y Alexis que, de nuevo ese mismo año, las pesadillas habían vuelto a surgir. Lo más duro de soportar fue un escrito que llegó a la prensa de parte de uno de los policías encargados del registro, revelando casi todos los datos del caso.

Recordó la última historia que le contó Felizia, aquella mañana mientras desayunaban.

«—Has venido buscando una respuesta concreta que no está disponible aún para ti —Y les contó lo que supo por boca de su abuelo, que fue la única persona que habló con la niña, con sus demonios en la tierra y con los de su propio interior—. Mi abuelo también conoció a ese médico que engañó a la familia Quintana, Michel, y tuvo una visión de sus intenciones. Desde entonces supo que el alma de Isabella no tenía salvación, estaba demasiado disputada como para que un anciano como él, aunque fuerte de espíritu hasta su muerte, se enfrentara a tal maldad».

La visión de Joao no pudo estar más acertada. Michel quería conseguir su objetivo a toda costa, aunque tuviera que recurrir a métodos que nada tenían que ver con la medicina convencional ni con ningún código ético conocido. Tomás, sin embargo, no estaba dispuesto a seguir haciendo pruebas con su hija.

Isabella abría los ojos aquella noche difícil en su habitación del hospital. En la cama vecina, Nathan se había despertado tosiendo sangre y los médicos

le atendían convencidos de que perdería la vida en uno de esos espasmos que le ahogaban. El tumor había llegado a empeorar los pulmones, como era lo esperado, pero Michel no se rendiría.

—Tomás, hay que hacer algo. El tratamiento no es suficiente, debemos actuar rápido. No nos queda otra salida.

—No, me niego. ¿Un ritual satánico para curar un mal...? Mira, aunque estuviera seguro de que iba a dar resultado, no creo que sea buena idea. Estos últimos días he deseado que Isabella estuviera enferma, como Nathan, y no curada por una ciencia o creencia que no puedo explicar.

—Eso es —Michel aprovechó para apuntillar la frase—. No es un ritual satánico, simplemente es una creencia que nosotros desconocemos. ¿Qué perdemos por probar?

—¿Te parece poco perder a nuestros hijos? Mira, esto que te voy a decir tampoco me gusta, pero, si fueran unos extraños, quizás pudiera llegar a tener la misma ilusión en probar algo, aunque fuera sobrenatural. Lo que no entiendo es cómo tú, un hombre de ciencia, puede aferrarse a algo así y alejarse del caso como si su hijo no fuera uno de los primeros implicados.

—Todo lo que hago es por Nathan y por Isabella y estaría dispuesto a llegar más lejos si hiciera falta. Ese ritual sacará al huésped de Isabella y se alojará en Nathan, es lo que quieres, ¿no? Olvidar todo este asunto de los demonios para siempre. Que sepas que, después de todo esto, se acabarán las investigaciones con tu hija y, si todo sale bien, en un futuro próximo, con Nathan. Estamos trabajando con alguno de los enfermos residentes, pero los adultos son más difíciles de convencer en los sueños. Sus pesadillas no dejan de estar directamente relacionadas con sus vidas. Los niños, en cambio, son como un lienzo en blanco, tú mismo sacaste esa conclusión en una de las pruebas.

—Y no sé por qué entonces avivé este fuego que ahora me está quemando por dentro. ¿No lo notas, Michel? Esto nos consumirá a todos —los ojos de Michel brillaban dementes y enajenados por el poder que sentía.

Efectivamente, Michel se sentía poderoso, sin embargo, era consciente de que necesitaba a los niños, mejor dicho, a sus huéspedes, para controlar dicho poder.

—Mira, Tomás, sé que el otro día viviste uno de los peores momentos en este proceso. Isabella, o ese huésped suyo, te obligaron a hacer algo que no querías hacer. Quizá no quieras colaborar, pero no puedo evitar que esas imágenes lleguen a mis jefes, no sé si me explico. Ellos tienen acceso a todos

los detalles de nuestras investigaciones. Son los que ponen dinero sin límites para que este psiquiátrico y otros tantos, donde se están empezando a hacer los primeros ensayos, no tengan problemas de fondos para su fin. Nos debemos a ellos, fuera de estas cuatro paredes yo no puedo protegerlos. Tú, Sara y los chicos nos importáis, pero Nathan me importa por encima de todas las cosas de este mundo. O estás conmigo o estás fuera. Ellos no entenderán como yo tus intereses personales.

—¿Fuera? ¿Es una amenaza? Eso en mi lengua se llama extorsión, no sé cómo lo entenderéis los ingleses —dijo con un tono de aparente desprecio, nada acorde con su cortesía natural—. Solo probaría esa última locura de la que me hablas si estuviera seguro de que el demonio saldrá de Isabella, aunque volviera a estar enferma. No quiero que esas imágenes vean la luz, te lo digo claro. Sara no soportaría ni entendería su contenido, aún no le he dicho que podemos controlar la voluntad de otros a través de los niños y que a veces ellos pueden hacer lo que les dé la gana en esos sueños. Michel, estás mal de la cabeza, si repetimos el ritual, Sara estará delante, eso no quiero ocultárselo. Si pasase algo malo, el único responsable serías tú —el egoísmo inconsciente le llevó a olvidarse casi de la niña en interés propio.

En el punto en el que estaba aquella muchachita de trece años, solo podría seguir los designios de su destino mortal. Pensando en todo lo que había sucedido desde que recordaba por sí misma, y completando los retazos que le faltaban con la ayuda de sus huéspedes, llegó a momentos muy poco posteriores a su nacimiento e incluso algunos un poco más lejanos, de épocas pasadas, quizá de otras vidas, como si su alma hubiera sido alquilada en pago a los deseos egoístas de ella misma y las personas de su entorno.

Estaba sentada en su escritorio, sola en la primera planta, mientras que su madre escribía en su despacho los que serían sus últimos párrafos. Llevaba varios días encerrada en su mundo oscuro. Su última novela había sido un éxito, esta vez no tenía que nombrar al diablo en su texto para, indirectamente, firmar un pacto de sangre y así ayudar al contenido con una fuerza oculta y subliminal que había comprobado en varias ocasiones que surtía efecto. No tuvo que hacerlo esta vez, pues su alma también estaba en alquiler, lo estuvo desde que recibió todas las comodidades que había aceptado. Al contrario que Tomás, pensaba que la mejoría de Isabella era lo más importante y, si además traía riquezas y éxito a sus vidas, no podía pedir más. Él sabía que rehusaría hacer cualquier ritual, aunque estuviera controlado por el mismo Joao.

Isabella se dispuso a componer una canción, no sin antes comenzar con la

melodía que desharía su último vínculo con la vida. La nana esta vez sonaba distinta, salía de sus manos directamente al piano. Ella se limitaba casi a escuchar y embriagarse con su melodía, ya no tan melancólica a sus oídos. Al poco tiempo de estar tocando, las voces de su cabeza llegaron claras para inundar sus sentidos. Algunas de lamento, por un encierro lírico momentáneo o, más bien, una inhibición del control.

Uno de los huéspedes recibiría más poder gracias a la debilidad de los otros. Su luz no era más que un leve reflejo de la sombra, de la propia oscuridad que escondían sus intenciones. Aprovechó todo el entramado corrupto del entorno, en consideración al propio ser humano y sus ambiciones. Decidió mover ficha y contar un cuento de muerte a la niña entre susurros.

—Isabella, ya eres adulta. Tu pureza empieza a perder fuerza para nuestro cometido y, a estas alturas —los susurros llegaban a veces seguidos de otros que intentaban acallar los primeros en una lucha infernal librada dentro de la propia Isabella—, sabrás que todo tiene que suceder. Antes tienes que deshacerte de esa muñeca o, mejor dicho, de lo que tiene dentro. Debes sacar esa alma artificial de su interior. ¡Hazlo! No pierdas tiempo.

La niña se levantó y dejó de tocar, mientras su madre seguía escribiendo sus propias conclusiones inmersa en el texto y acostumbrada a oír tocar a su hija.

Isabella le dio la vuelta a la muñeca como si pudiera ver a través de ella y descubrió las huellas de una costura posterior que no había visto nunca. Estaba bien disimulada, pero perfectamente perceptible ahora a sus ojos. Tiró de uno de los hilos y desgarró la espalda con violencia. Cosido al interior de esta, encontró el amuleto que un día su madre recibiría de Andiara. Fue cuando visitaron a Joao. Lo escondió para que ni la misma Isabella supiera que aquello la estaba protegiendo. Sacó de un tirón el amuleto, trayéndose algo del relleno de espuma que haría las veces de buen combustible. Abrió el cajón de su mesita y, como si hubiera acabado allí por casualidad, encontró un mechero con el que encender la bola de lana y tejido sintético en su núcleo, que todavía concentraba el poder del amuleto. La llama se hizo al instante y la adolescente la soltó en la papelera de metal de su escritorio, prendiendo también otros papeles e intentos de partituras anteriores. Miraba el fuego escuchando lo que las voces le contaban, mostrándole imágenes sobre sus padres. Antes de que pudiera hacerse ninguna pregunta en su perturbada mente, una voz destacó clara de nuevo.

—Tu madre tiene un objetivo que cumplir y, llegado el momento, no

dudará en hacerlo. Ella juega un papel fundamental y será cómplice de tu ejecución —un silencio necesario se hizo en su cabeza— ¿No crees que merece una lección por su egoísmo y desatada ambición?

Isabella comenzó a describir su muerte sentada de nuevo al piano y componiendo la partitura. Tuvo la revelación clara hasta el mismo momento en que su madre la sujetaba, al ver impotente que su marido no cumplía con su parte, esperando a que reaccionara.

Mientras ejecutaba la partitura de su cabeza, sintió cómo unas manos invisibles apretaban su cuello impidiéndole respirar. Notó el filo del cuchillo desgarrar sus entrañas y el último susurro de unos huéspedes a los que conocía bien. Y, por fin, sintió una punzada de dolor que confirmaba la culminación del ritual y reforzaba la seguridad de que sus padres merecían sufrir su muerte, ya no tenía duda. Sara cantaba La Nana de Dulce Muerte horrorizada, mientras hacía su papel de verdugo. Ella y su marido actuaban impotentes, movidos por una fuerza oscura que les empujaba al filicidio.

Isabella volvió de su alucinación futurista... Su mirada se tornó aún más oscura y, como en el pasado, terminó la melodía tal y como vino al mundo, completando un ritual iniciático que la llevaría a las mismas puertas de la muerte, por puro deseo expreso. Su alma a cambio de aquel dolor para sus padres como pago por su ambición...

Epílogo

El final del presente

Hacía diez minutos que Lola había salido del auditorio de la comisaría. Se despidió de Juan por teléfono, quedaron a la hora de cenar y por supuesto vendría Alexis, como hacían siempre los viernes. Miró por el espejo retrovisor del coche y vio que su hija Paula seguía plácidamente dormida, ajena a todo lo que ella había tenido que pasar.

La muñeca de Isabella que había visto en las pruebas estaba ahora al lado de la sillita de la niña, apoyada en el asiento. Sintió un repentino miedo de que su hija despertara y la viera, pero Lola estaba segura de que esa imagen no era de este mundo.

«Otra vez no. ¡Otra vez no!», pensó golpeando el volante.

Se centró en su reflejo en el retrovisor del coche y sacudió la cabeza

apretando los ojos, intentando convencerse de que había sido solo un desagradable residuo de su cerebro que le estaba jugando una mala pasada. Volvió a mirar el asiento, comprobó que no había nada y suspiró aliviada.

Al poco rato llegaron a la urbanización, entró en la casa con la niña en brazos, intentando que no despertara todavía de su siesta hasta que tuviera, por lo menos, su comida lista. No se podía desviar de sus rutinas diarias, algo que también le ayudaba a llevar mejor las heridas del pasado.

La niña abrió los ojos en cuanto sonó el timbre del microondas. Le llegó ese aroma delicioso que conocía tan bien: un succulento puré de lentejas. Las devoraba, era uno de sus platos favoritos. La comida duró poco y Lola le dijo que podía jugar en el salón mientras ella terminaba de recoger la cocina. La verdad es que estaba impaciente por encender la tele; aunque había intentado alejarse de todo, tenía la necesidad de seguir informada, por si saltaban nuevos detenidos o detalles que desconocía de aquel caso que la había llevado al borde de la obsesión.

Se colocó un delantal para no mancharse la ropa con la idea de ir al parque con Paula un poco más tarde. Encendió la televisión sin darse cuenta de que su hija había salido al jardín. A la pequeña le gustaba sentarse en el césped y jugar con las briznas de hierba.

Puso el canal donde normalmente solía ver las noticias... Y, como si la estuvieran esperando, al pie de las imágenes anunciaban la última hora. Era una conexión en directo desde la misma puerta del psiquiátrico, al cumplirse el tercer aniversario de su clausura.

Lola subió un poco el volumen del televisor para oírlo bien. Comenzó a retirar los pocos platos de la comida y los vasos del desayuno mientras observaba a su hija a través de la ventana. Al principio le extrañó que estuviera fuera, pero después se quedó más tranquila al verla sentada de espaldas apenas a unos metros de distancia. Desde allí podía controlarla perfectamente y la piscina estaba vallada, por lo que no corría ningún peligro.

De fondo podía oír a la reportera en la retransmisión desde el Hospital de Salud Mental Santa María la Mayor, relatando los detalles centrales del caso...

«—Se cumplen tres años desde el cierre de esta prisión de los horrores. Más de trescientos imputados en toda Europa, con un sinfín de delitos imposibles de enumerar en esta conexión. Son ya más de cien los profesionales de la sanidad imputados y doscientos treinta enfermos sedados contra su voluntad, en la mayor red de secuestros y extorsión descubierta en el mundo hasta la fecha. Como saben, nos encontramos en Marbella, donde

empezó todo. El mismo comisario, Pepe Millán, de la comisaría central de Málaga, estuvo implicado. Era la tapadera perfecta de una de las mayores redes de pederastas y una de las más antiguas que se han descubierto. Pero..., ¿qué pasó con el asesinato de la niña Isabella Quintana? Se especula con que sus padres podrían pertenecer también a esta red de redes, que escondía un secreto aún más oscuro. La organización, llamada Zion, era una especie de secta satánica que adoraba a los demonios y los usaba para extorsionar a sus adeptos, la mayoría bastante poderosos. ¿Sería su asesinato fruto de uno de esos rituales? También es conocida la participación del ya calificado como psicópata, el psiquiatra Michel Brown, máximo responsable de todos los hospitales de salud mental implicados en el caso y la pieza clave de todo este entramado junto con el corrupto comisario».

Mientras, se proyectaban imágenes de los detenidos más relevantes entrando en prisión por varios cargos. Lola oía como la reportera seguía con su crónica.

«—Cabe destacar que han salido más de 70 centros en los que se han encontrado irregularidades; algunos, como en el caso del hospital que tengo a mis espaldas, donde se hacían pruebas de control mental con fármacos creados por el padre de la pequeña Isabella, uno de los primeros conejillos de indias y la prueba de su implicación directa. Esta es otra de las hipótesis que se barajan como motivo del brutal asesinato. Los implicados habrían podido experimentar algún tipo de histeria o un brote de alucinación colectiva, según la opinión de numerosos expertos a nivel internacional. Demasiadas muertes se ha cobrado este caso, que destapó también algún crimen enterrado en los archivos de la misma comisaría central. El agente Henry Blumer fue asesinado por su compañero, el comisario antes mencionado. Este psicópata, además de una mente perversa y oscura, tenía una enfermedad mental diagnosticada, para la que no tomaba ninguna medicación: padecía de esquizofrenia desde pequeño. Su historia bien merece un programa entero, pues su infancia estuvo colmada de horrores. Gracias a un conocido *hacker* se filtró la historia real más macabra jamás divulgada en la red. Podrán ver todos los detalles en un especial que nuestra cadena tiene preparado para esta misma noche. Por otro lado, la agente de policía que lo descubrió todo, Lola Blumer, hija de agente Henry Blumer, asesinado por Pepe Millán el comisario, ha vuelto a aparecer en los medios. No quiso recibir la medalla al mérito, alegando que no merecía tal mención en toda una declaración de intenciones. Vean su última intervención pública de esta misma mañana».

Lola tenía la mirada clavada en el chorro de agua, levantó la vista hacia donde estaba Paula y le pareció ver en una de las ventanas una sombra observándola. Los aniversarios de aquel suceso siempre fueron complicados, pero hasta ahora no había vuelto a tener más episodios extraños. Lo que antes eran escalofríos, ahora se había convertido en un fuego interior que le subía por el estómago, seguido de la horrible sensación de falta de aire. Un cuadro claro de ansiedad. Abrió un poco la ventana al oír a Paula hablando.

Mientras terminaba de lavar uno de los vasos, escuchó algo que no esperaba en absoluto... Su hija estaba tarareando aquella nana que ella no se permitía ni traer a su mente. Rompió el fino vaso haciéndose un corte profundo que empezó a sangrar escandalosamente. Cogió un paño de cocina sin notar apenas el dolor del corte. Salió con celeridad al jardín mientras oía cada vez más cerca y clara la macabra canción de cuna que tantas pesadillas le había causado. El paño pronto se empapó de sangre que goteaba abundante tiñendo de un rojo intenso el verdor del césped a su paso. Paula permanecía de espaldas ejecutando a la perfección la Nana de Dulce Muerte...

—¿Paula? ¿Quién te ha enseñado esa canción? ¿Por qué la cantas, cariño?
—preguntó con la voz temblorosa...

—¿De verdad quieres saber, mamá?

Fin.

«Si la cordura no puede explicar algo,
quizás la locura tenga la respuesta».



Notas del autor.

Desde la antigüedad la psiquiatría ha sido una materia bastante controvertida. Las enfermedades mentales ya estaban contempladas en los escritos de las tablillas de más de cuatro mil años que fueron encontradas en la antigua Mesopotamia. En ellas se describe la enfermedad como un castigo divino: un *shêrtu* o pecado que tenía cura. Pero el médico debía encontrar el mal. Para ello tenía que identificar el demonio que lo causaba entre más de cinco mil posibilidades...

Los antiguos egipcios y los aztecas, por ejemplo, interpretaban la enfermedad mental e incluso una forma de locura en sus grabados. Estos últimos consideraban a Tlazoltéotl, Madre Tierra, diosa de la fertilidad, vinculada a la enfermedad mental. Se adueñaba del alma del enfermo provocándole convulsiones y la locura...

La epilepsia, por tomarla como ejemplo, se ha confundido con posesiones demoníacas en numerosas culturas antiguas. Los «malditos» en algunos casos eran quemados para purificar o exorcizar sus almas. En la Historia, una vez más, encontramos la evidencia en las prácticas de la Inquisición Española en la Edad Media. Su caza de brujas no solo «purificó» a personas inocentes que se curaban con antiguas recetas de hierbas, sino también a enfermos mentales de los que no se podía explicar su mal. La causa de tal despropósito podría ser la creencia en este caso de la posesión del alma. Solo se puede purificar con fuego..., pero es un fuego celestial, llamas del mismo infierno que proceden de las inmaduras, confundidas y, a veces, perturbadas mentes del ser humano...

En mi opinión, y al tener un caso cercano de enfermedad mental, la psiquiatría debería ser tratada de una manera profesional y respetada, pues hay muchos enfermos que reciben tratamiento actualmente y se curan de su mal del alma. Pero, ¿y los casos en los que los enfermos no responden a ningún tratamiento? ¿O en los que el enfermo no es más que una complicación y termina medicado con tranquilizantes y lo más ausente posible de la realidad para que no dé problemas? Desgraciadamente, todo depende del cristal con que se mire y de la propia enfermedad, pero ahí la psiquiatría podría explicar muchas cosas..., o no. ¿Por qué una persona al despertar puede creer que está ardiendo en su habitación en llamas...? Claro, cuando digo despertar, resulta que todo se queda en sueños o pesadillas..., ¿verdad?

Con o sin mi experiencia, que cada cual saque su conclusión.



J. A. RIOS

ISABELLA

LA NANA DE DULCE
MUERTE

Agradecimientos

A mis musas porque nunca me abandonen. Porque sigan siendo tan tiranas y me traigan fragmentos, títulos, y hasta personajes cuando estoy a punto de caer en los brazos de Morfeo...No me importa, ya me puse la libretita en la mesilla de noche, gracias.

A mis lectoras/res cero:

Por regalarme la mejor de las visiones, con la lectura de la peor de las versiones, por vosotras/os necesitaba este tiempo y la ayuda recibida, porque merecéis disfrutar la historia como toca.

Y a mi compañero en la vida por regalarme la ilusión de creer que, los sueños son posibles de alcanzar si eres capaz de despertar en ellos. Por animarme a publicar mi primera novela, sin cuestionarme que no podía hacerlo. Gracias por la ilusión con la que lees cada libro que escribo y por llenar cada silencio con tu compañía.

A Virginia Peña por mostrarme su opinión más sincera y animarme a seguir cuando apenas tenía un par de ideas. A Magda Jiménez Guerra, por dar soporte no solo a mis ilusiones, también por leer mi este Thriller a pesar de que no es su género favorito, gracias por ser madrina y ayudar a muchos autores/as que están empezando a encontrar el camino. A Marisa Vicente por sus notas, consejos e ilusión. A mi querida hermana, por creer desde que nací en mis sueños, por disfrutarlos de la manera tan generosa que lo haces, y sé porque eres lectora desde pequeña, que debo tener tus opiniones en cuenta, te quiero hermana, gracias. A Irina Cristina, por sacar tiempo donde no lo tenía para regalarme sus comentarios con ilusión y, ¡en un tiempo récord! Gracias, compañera. A Verónica Escudero por entregarse como «cero» y hacerme disfrutar con tanto cariño de mi propia obra, por sorprenderte y también por regalarme el tiempo libre que dedicaste a leer mi locura. A Susana que siempre me apoyó a que leyera y después que escribiera todo lo que me diera la gana, y a por ello voy..., a seguir leyendo. A Dulce Merce por su certera visión y por el empujón a que siguiera adelante cuando el manuscrito apenas estaba esbozado. A Marcos GoGa, por compartir muchos ratos y también tener buen ojo para algún que otro detalle importante, gracias, hermano. A mi Ana por sus consejos y porque siempre has sacado tiempo para mis obras.

Y en especial a mi Hada Madrina en todo este proceso e, «institutriz» de Isabella: Marisa Mestre. De casta le viene a esta maravillosa persona el apellido y bien dice de ella lo que es: toda una Maestra. Y todo un detective de las palabras. No puedo decir que haya revisado mi obra, porque no se ha tratado de eso. Después de año y medio de trabajo apareciste en el momento en el que iba a tirar la toalla. Magda, tú mezclaste la pócima y *e voila*. He aquí el resultado. No encuentro las palabras... ¿Raro verdad? ... Así que solo diré que tu maestría es algo con lo nunca pensé que podría contar. Tu ayuda con los detalles más importantes ha sido vital para llegar hasta aquí. Gracias por hacerme ver lo evidente, por enseñarme, y por las horas que has dedicado a que me ocupe de que mi obra brille con luz propia. GRACIAS, gran maga de las letras...

Y a ti, querido lector. Te agradezco que hayas dedicado un rato a leer esta... ¿Locura? También espero que hayas disfrutado a sus personajes, y su papel en la trama. Y si me permites la licencia, me encantaría saber: ¿Cuál es el que más, y por qué?

Quizás eso me ayude a sacar la historia de alguno de ellos, quien sabe.

Tu opinión es fundamental para que otros lectores amantes del género puedan tener una referencia. Para ello Amazon te lo pone fácil y a través del enlace de compra del libro en tu Kindle, o desde tu cuenta ahora mismo en el móvil, puedes hacerlo.

Esta obra está publicada de forma totalmente independiente. Los autores/as independientes necesitamos tu opinión para seguir creando sueños de tinta y papel. Esta novela no tiene otro fin que llenar los momentos de ocio que tú elijas con una lectura entretenida.

Gracias por tus comentarios que recibiré siempre como la mejor de las recompensas.

Sígueme si quieres en:

Facebook

[facebook.com/joseantonio.rios.10](https://www.facebook.com/joseantonio.rios.10)

Twitter

[@JARios_autor](https://twitter.com/JARios_autor)

Instagram

[@jarios_writer](https://www.instagram.com/jarios_writer)